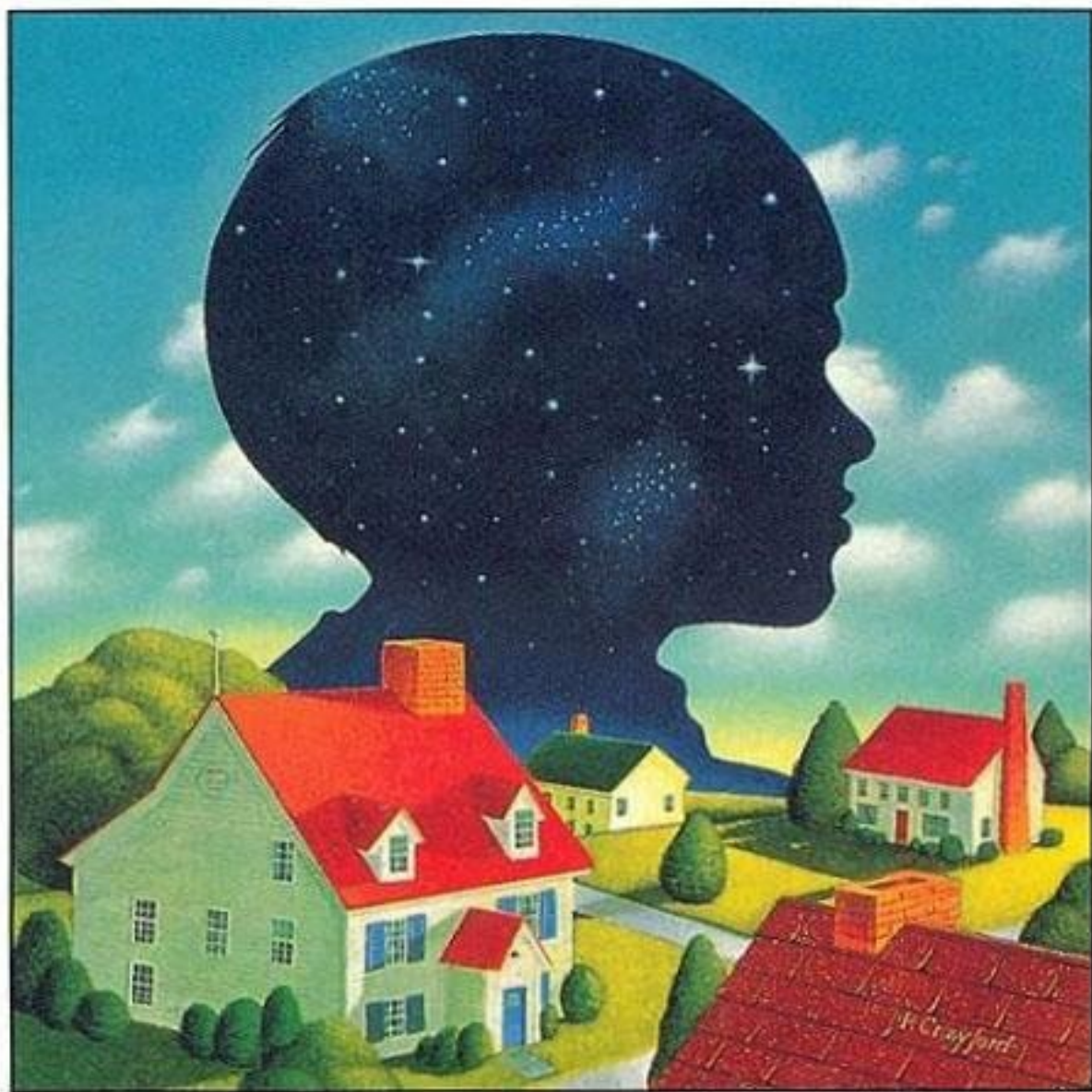


ORSON SCOTT CARD



NIÑOS PERDIDOS

La novela más autobiográfica, personal
y desgarradora que ha escrito Orson Scott Card

Lectulandia

El programador de juegos de ordenador Stop Fletcher se muda, junto con su familia, a Steuben, un pueblecito de Carolina del Norte (EE. UU.). La familia, de religión mormona, deberá superar los problemas de la vida cotidiana, agravados por la necesidad de integrarse en el nuevo trabajo, en la nueva escuela y en la nueva comunidad. Pero la preocupación de los Fletcher por sus hijos se convertirá en espanto y terror al saber que varios niños han desaparecido de Steuben y que, ¡terrible descubrimiento!, esos «niños perdidos» tienen especial relación con su hijo mayor Stevie.

Lectulandia

Orson Scott Card

Niños perdidos

ePub r1.1

Palikrovol 23.08.13

Título original: *Lost Boys*
Orson Scott Card, 1992
Traducción: Carlos Gardini
Diseño de portada: Estudio Ediciones B.

Editor digital: Palikrovol
Corrección de erratas: saramon401
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Erin y Phillip Absner,
por compartir vuestras vidas con nosotros
y por vuestro amor
y cariño por Charlie Ben

Presentación

Todo empezó con el éxito popular y las repetidas reediciones de una novela como la hoy ya famosísima EL JUEGO DE ENDER. Tras ese éxito a mediados de los años ochenta, Orson Scott Card ha logrado en pocos años el reconocimiento que, hasta la actualidad, sólo habían conseguido autores ya veteranos como Asimov o Clarke. Y eso en un género aún minoritario como la ciencia ficción y la literatura fantástica.

Card ha sido el primer autor avalado por el extraordinario reconocimiento popular que concede la obtención de tres premios Hugo consecutivos, el mayor galardón de la ciencia ficción mundial. Un éxito inédito hasta que Card lo lograra con novelas como EL JUEGO DE ENDER, LA VOZ DE LOS MUERTOS y la novela corta OJO POR OJO. Un éxito que le llegó tras haber sido considerado como el más prometedor autor joven de la literatura fantástica en el año 1978, cuando obtuvo el prestigioso premio John W. Campbell Memorial. Un pronóstico, el de 1978, que se reveló certero y premonitorio.

Tal vez el secreto de Card, la explicación de su gran éxito popular, reside en su notable habilidad como narrador y en el profundo humanismo que preside sus novelas. Card concede gran importancia a los sentimientos y a las emociones de sus personajes, y sus historias, siempre amenas, interesantes y sorprendentes, cuentan también con una intensa emotividad. Sin llegar a predicar, Card es un autor que aborda los temas de tipo ético y moral con suma poesía lírica. Y, no hay que olvidarlo, Card es un autor extraordinariamente dotado para realizar la difícil tarea de narrar historias que cautiven al lector.

Por ello nadie debería extrañarse de que en el todavía reducido mundo de la ciencia ficción y la fantasía, los libros de Card destaquen de forma inevitable, desbordando las ajustadas fronteras comerciales del género. Ésta es la principal razón de que nos haya parecido lógico abordar de forma especial la edición de la obra más reciente y destacada de Orson Scott Card, un autor ya famoso que ha traspasado fácilmente los límites de una literatura de género como la ciencia ficción y la fantasía. Tras un primer tanteo, aparece por fin esta serie extraordinaria de la colección NOVA que lleva el título genérico de NOVA SCOTT CARD, de la que este libro es su tercera entrega.

En las dos primeras, y sin que sirva de precedente, no se ha incluido una presentación como ésta. Era innecesaria en MAPAS EN UN ESPEJO (1990, NOVA Scott Card, núm. 1), ya que el mismo Orson Scott Card enriquece dicha antología con sus propios comentarios que, en realidad, vienen a representar un autorizadísimo ensayo sobre su obra de una extensión que supera ampliamente el centenar de páginas. En LA MEMORIA DE LA TIERRA (1992, NOVA Scott Card, núm. 2), primera entrega de una nueva serie en la que hay previstos hasta cinco libros, no

hubo presentación por aquellas misteriosas razones de los duendes que, dicen, habitan en las editoriales y en los centros de impresión. No hay problema, el carácter de serie de la obra permitirá que pueda referirme a ella en próximas introducciones. A ellas les remito.

Muy brevemente, les diré aquí (por aquello de la mala conciencia con relación al trabajo no realizado en su tiempo...) que MAPAS EN UN ESPEJO es la recopilación de los relatos y narraciones cortas de Orson Scott Card, en realidad la mejor síntesis de toda su obra de escritor. Con excepción de los relatos unificados temáticamente de LA GENTE DEL MARGEN (1989, NOVA ciencia ficción, núm. 14) esta nueva y monumental antología incluye toda la narración breve de Orson Scott Card, donde destacan obras como OJO POR OJO, PASEAPERRORS o NIÑOS PERDIDOS, premiadas con el Hugo y el Locus. También encontramos en MAPAS EN UN ESPEJO los relatos breves originales que, con el tiempo, dieron lugar a los grandes éxitos de Card en formato de novela: EL JUEGO DE ENDER, MAESTRO CANTOR y la saga fantástica de ALVIN EL HACEDOR. El conjunto de esta antología imprescindible ofrece una visión completa del mejor Card, de su brillante saber hacer narrativo, con el complemento de las ricas y variadas informaciones que sobre sí mismo y sobre el arte de escribir y de narrar expone en sus presentaciones y apostillas. Una antología irrepetible que recomiendo encarecidamente por las narraciones y, last but not least, por ese centenar de páginas adicionales y sugerentes que forman las presentaciones y apostillas del autor.

Por su parte, LA MEMORIA DE LA TIERRA es la primera de una serie de novelas relacionadas con el tema del retorno a la Tierra de los habitantes del planeta Armonía. Un planeta con una curiosa organización social bajo el gobierno benévolo y benefactor de un viejo ordenador central, al que se conoce como Alma Suprema. Un marco temático general que tendrá continuación en LA LLAMADA DE LA TIERRA (1993, prevista en NOVA Scott Card, núm. 4) y en LAS NAVES DE LA TIERRA (1994, prevista en NOVA Scott Card, núm. 5) a cuyas presentaciones (y novelas) les remito. La serie, lógicamente, recibe el nombre genérico de «La saga del retorno» (Homecoming).

En el futuro, esta nueva colección centrada en la obra de Orson Scott Card presentará también algunas de sus obras de temática más variadas y no se limitará a la ciencia ficción y la fantasía. Como se puede comprobar, por ejemplo en MAPAS EN UN ESPEJO, Card ha tratado también con éxito la literatura histórica y varias facetas de la literatura fantástica. Nuestro propósito es que toda la obra nueva de Orson Scott Card encuentre acomodo en esta colección especial.

Y llegamos (¡por fin!) a NIÑOS PERDIDOS, la novela que hoy presentamos. Es un libro original y sorprendente en la obra de Orson Scott Card, y su primer intento de dirigirse al público, mucho más amplio, que no suele leer ciencia ficción o

fantasía. Una novela destinada, en definitiva, a ese mundo literario que los anglosajones denominan mainstream y que podríamos traducir por «la corriente principal de la literatura», con temas no directamente encuadrables en la literatura de género como la ciencia ficción o la fantasía tolkeniana.

NIÑOS PERDIDOS parte de un relato que obtuvo el premio Locus en 1990 y, además, generó abundante polémica. En la versión en relato corto (ver MAPAS EN UN ESPEJO, págs. 149-166), Card narra la historia en primera persona y como un hecho real acaecido en su propia familia, lo que le valió no pocas críticas a las que Card respondió diciendo:

... desde su publicación ha recibido ciertas críticas porque es un poco tramposo: al principio prometo contar la verdad y luego miento. Sólo puedo alegar que es una larga tradición en el cuento de fantasmas fingir que contamos la verdad; parte de la gracia consiste en lograr que el lector se pregunte si esta vez el cuento será real.

En cualquier caso, en la versión novelada Card ha dejado de ser (tal vez sólo nominalmente) uno de los protagonistas. Pero la narración sigue siendo, en palabras del mismo Orson Scott Card: «la narración más autobiográfica, personal y desgarradora que he escrito», y así lo ha entendido la mayoría de críticos y lectores.

En la novela, el programador de juegos de ordenador Step Fletcher se muda, junto con su familia, a Steuben, un pueblecito de Carolina del Norte (EE. UU.). Card, que trabajó como redactor en revistas de informática, también tuvo que trasladarse a Greenboro, un pueblecito en el que su familia mormona no podía dejar de sentirse desarraigada. La familia de Step Fletcher, de religión mormona como la de Card, deberá superar los problemas de la vida cotidiana, agravados por la necesidad de integrarse en el nuevo trabajo, en la nueva escuela y en la nueva comunidad. Pero la preocupación de los Fletcher por sus hijos se convertirá en espanto y terror al saber que otros niños han desaparecido en Steuben y que, ¡terrible descubrimiento!, esos «niños perdidos» tienen una especial relación con su hijo mayor Stevie.

Se trata de una novela fantástica y de terror o, mejor, de lo que el mismo Card etiqueta como «espanto», que identifica con «esa tensión, ese compás de espera que se produce cuando sabemos que hay algo que temer pero aún no hemos identificado de qué se trata». Tras esa primera sensación, la más agobiante e interesante literariamente en opinión de Card, viene el terror, precisamente «cuando vemos aquello que tenemos» y, a la postre, queda lo que, para Card, es el sentimiento más débil de todos: el horror, que se centraría en cómo «una vez que ha ocurrido lo que temíamos, vemos sus vestigios, sus reliquias». Ni que decir tiene que Card lamenta que «los narradores contemporáneos de cuentos de terror se hayan volcado casi

exclusivamente hacia el horror, apartándose del espanto». (Todas estas reflexiones, y mucho más, se encuentran en las interesantes presentaciones y apostillas que el propio Card redactara para MAPAS EN UN ESPEJO, a la que, de nuevo, les remito.)

Para que el espanto sea efectivo, es necesario que, antes, nos identifiquemos con los protagonistas y por ello es imprescindible describir su vida, sus problemas cotidianos y sus temores. Stephen King es un maestro en ello, y así lo reconoce el mismo Orson Scott Card:

Muchos autores de relatos de terror no han aprendido la verdadera lección que brinda el éxito de Stephen King. Los relatos de King no funcionan por acumulación de truculencias, sino porque nos identificamos con los personajes antes de que empiecen las escenas truculentas.

Con esta idea en mente, Card, el más popular autor de ciencia ficción y fantasía de los años ochenta, nos emociona y sobrecoge con las dificultades cotidianas de una familia como la suya propia, antes de que el espanto y el horror entren en sus vidas. El resultado es una novela intensa, emotiva y sorprendente que cuenta mucho de la vida de los mormones (y en definitiva del mismo Card) y de la vida en las pequeñas comunidades de la Norteamérica más alejada de urbes tan conocidas como Nueva York, Los Ángeles y San Francisco.

Por ello la referencia autobiográfica no es ociosa y una especialista tan exigente y certera como Faren Miller, de Locus, recomienda NIÑOS perdidos para conocer mejor a Card como persona y a todo su entorno socio-afectivo: «Aquí se encuentra una descripción del Card hombre, para quienes deseen ahondar en ella, junto con un enérgico retrato de su esposa y una visión realista de su vida familiar con dos niños pequeños».

Pero, además, Niños perdidos es una buena e interesante novela que se lee con facilidad y satisfacción. Describe brillantemente una realidad social de la que no siempre somos conscientes, y ahonda en la vida cotidiana de esa América profunda de la mano de un grupo casi marginal, el de la comunidad mormona, que Card conoce tan bien. Asimismo, es una muy buena novela de «espanto», modalidad temática en que, evidentemente, Orson Scott Card, no tiene nada que envidiar ni siquiera a Stephen King.

Miquel Barceló

Agradecimientos

Mi gratitud para:

Los alumnos del Watauga College de la Appalachian State University, que oyeron la primera versión oral de este relato en Halloween;

Ed Ferman, por creer en el cuento original;

La gente que escribió emocionadas cartas sobre el cuento original, las cuales me ayudaron a mantener con vida esta narración;

Eamon Dolan, mi editor, por su increíble paciencia;

Wayne Williams, por una semana más en la playa, donde escribí la primera mitad de esta novela;

Clark y Kathy Kidd, por la segunda mitad (entre muchas otras cosas);

Scott Jones y Alien, por mecanografiar cantidades ingentes de texto y mil otros servicios;

Clark L. Kidd, por la tercera palabra del capítulo 8;

Dave Dollahite, por una visión de paralaje;

Jay Wentworth, por llenar lagunas y alentarme a continuar;

Erin, Phillip, Jones, Kathy, Geoff y Em, por leer y comentar los capítulos a medida que iban saliendo;

Kristine, por mantener a los niños con vida, los coches en funcionamiento, los suelos secos, y conservar el equilibrio de la narración y del narrador; y Charlie Ben, por el corazón de este relato.

Niño

Así lo llamaba su padre cuando él hacía algo malo: «¿Dónde estabas cuando pasó esto, Niño? ¿En qué estabas pensando, Niño?»

Él guardó esa palabra en su interior y la usó para nombrar sus malos deseos. Niño lo incitaba a hacer travesuras que no le parecían graciosas a nadie, a copiar en los exámenes del cole aunque supiera la respuesta. Niño le hacía levantarse y mirar desde el armario cuando sus padres creían que estaba acostado, para verles hacer esa cosa de perros, el vientre de papá flojo y tembloroso, mamá blanca y débil y muerta, los pechos caídos a ambos lados como peces. Era la peor diablura de Niño, hacerle mirar eso, y para su sorpresa a Niño no le gustaba, se enfadaba aún más que él, al ver a papá tan malo.

Nunca haré eso, decía Niño en su interior. Es malo matar así a una mujer y después revivirla para hacérselo de nuevo.

Desde entonces, cuando miraba a las mujeres mayores con sus pechos, sus secretos y sus rostros que podían quedar muertos frente a un hombre, Niño se iba. Niño no quería participar en ese juego.

Pero eso no significaba que Niño se fuese ni se callase. Niño seguía allí, y a veces se salía con la suya, sí; y pedía cosas nuevas. Pero Niño no tenía cuidado. Niño no se daba por vencido hasta que conseguía su propósito, y luego se escondía y él tenía que afrontar las consecuencias, cargar con la culpa de lo que Niño había hecho aunque él no hubiera querido hacerlo.

Ahora la gente no lo dejaba acercarse a sus hijos por las cosas que Niño le había hecho hacer. ¡Maldito seas, Niño! ¡Muérete!

Pero prometieron no contarle, dice Niño. Dijeron que no lo contarían, pero luego lo hicieron.

¿Qué esperabas, Niño feo y estúpido? ¿Qué esperabas, Niño malo? ¿No se te ocurrió que quizás ellos tengan dentro otro Niño que les hace mentir y prometer que no contarán algo, pero luego rompen su promesa porque su Niño los obligó? Ahí tienes, Niño, y esto te dará una lección, porque nadie más te permitirá acercarte a sus hijos y tendrás que masticarte a ti mismo cuando tengas hambre y beberte a ti mismo cuando tengas sed.

Ni hablar, dice Niño. Haré un lugar y los llevaré allí y nunca les creeré cuando prometan no hablar de mí. Los llevaré y nadie sabrá dónde están y nunca más volverán, así que no podrán contar nada.

No harás eso, Niño, porque no te dejaré.

Y Niño reía y reía en su interior, y él supo que lo haría, que prepararía ese escondrijo e iría a buscarlos y los llevaría, y que Niño haría lo que le diera la gana. Niño no tendría miedo. Niño haría todo lo que se le ocurriera, porque sabía que nunca

se irían y nunca contarían nada.

Por eso comenzaron a desaparecer esos niños de Steuben, y por eso no encontraron a ninguno de ellos hasta la Nochebuena de 1983.

1

Chatarrero

Así era el coche donde viajaron desde Vigor, Indiana, hasta Steuben, Carolina del Norte: un Renault 18 de lujo, familiar, metalizado, un modelo del 81 con sesenta mil kilómetros de uso, cuarenta mil de esos kilómetros recorridos por ellos mismos. La herrumbre apenas se notaba, pero las conexiones eléctricas habían reventado quince fusibles y tuvieron que ponerle tres nuevos ejes de transmisión, porque estaba diseñado de tal modo que cuando un cojinete de bolas se gastaba había que reemplazar todo el conjunto. No podía subir una cuesta a setenta por hora, pero tenía sitio para dos adultos en los asientos de cuero de venado y tres niños atrás. Step Fletcher conducía desde que habían salido de la casa después del mediodía. Una casa vacía. Estuvo oyendo ecos todo el camino hasta Indianápolis. En alguna parte debió de pasar al camión de mudanzas, pero no lo vio o no lo reconoció, o tal vez el conductor se había metido en un MacDonald's o una gasolinera cuando ellos lo adelantaron.

Los demás se durmieron después de cruzar el río Ohio. Step había hablado tanto sobre las guerras con los indios y las balsas, que los chicos quedaron defraudados. Sólo los impresionó el puente. Y luego se durmieron. DeAnne permaneció despierta un poco más, pero luego le estrujó la mano y se acurrucó contra la almohada que había metido entre el respaldo del asiento y la ventanilla.

Como siempre, pensó Step. Está despierta mientras yo estoy despierto, y cuando siento somnolencia y necesito que ella se ponga un rato al volante, va y se duerme.

Puso una cinta en el aparato. Era el sonido dulce y metálico de *The E Street Shuffle*. Hacía rato que no lo ponía. DeAnne debía de haber estado escuchándolo mientras hacía los últimos mandados en Vigor. Step le había hecho escuchar ese álbum en su segunda cita. Era una especie de prueba. DeAnne se tomaba tan en serio la religión, que Step tenía que averiguar si podía soportar su gusto por la música desbocada. Pocas chicas mormonas habrían captado las insinuaciones sexuales, pero DeAnne no era tonta y no sólo reparó en ese pasaje sobre las chicas que prometían abrirse la cremallera y los maricas enzarzados en una pelea de zorras, sino que también comprendió la parte de las ramerías contoneándose en el tren de medianoche, pero no se ofendió, sólo se echó a reír, y Step supo que todo andaría bien, que era religiosa pero no mojigata, y no tendría que fingir que era perfecto para estar con ella. Diez años atrás, 1973. Ahora llevaban tres hijos en la parte trasera del Renault 18, tal vez el peor coche jamás vendido en Estados Unidos, y enfilaban hacia Steuben, Carolina del Norte, donde Step tenía un empleo.

Un buen empleo. Treinta mil pavos al año, lo cual no estaba mal para un flamante doctor en historia en un año de crisis. Salvo que no enseñaría historia ni escribiría

libros de historia, sino que se dedicaría a redactar manuales de informática para una compañía de software. Ni siquiera iba a programar. Ni siquiera lo habían contratado para eso, aunque Hacker Snack era el juego de Atari más vendido en el 81. Durante un tiempo parecía que iba a dedicarse a diseñar juegos de ordenador. Ganaron tanto dinero que pensaron que podría regresar a la universidad para terminar su doctorado. Luego llegó la crisis, y el lamentable Commodore 64 superaba las ventas de Atari en las tiendas, y de pronto el juego de Step dejó de circular y nadie quiso contratarlo salvo como autor de manuales. Así que Springsteen cantaba con su tono melancólico mientras Step se internaba con el coche en las montañas y el sol se ponía en el oeste mientras la carretera enfilaba hacia el este en la oscuridad. Debería sentirme feliz, se dijo. Me he licenciado, tengo un buen empleo, y nada me impide crear otro juego en mi tiempo libre, aunque tenga que usar ese estúpido ordenador Commodore. Podría ser peor. Podría haber conseguido un empleo como programador de Apple.

Pero esas palabras tenían un amargo regusto a fracaso. Treinta y dos años, tres hijos, y estoy yendo cuesta abajo. Antes era independiente, y ahora tengo que trabajar para otro. Igual que mi padre y su compañía de letreros, que se fue al traste. Al menos él tenía esa cicatriz en la espalda por la operación donde le extrajeron una vértebra. Yo no tengo heridas visibles. Un día estaba en la cresta de la ola y al siguiente descubrimos que nuestros derechos de autor sumarían 7.000 dólares en vez de los 40.000 de la vez anterior, y empezamos a buscar trabajo y estamos endeudados hasta el cuello y pasaré el resto de mi vida en números rojos como mis padres y es sólo por mi culpa. Un asalariado igual que papá.

Al menos no sufro la vergüenza de que mi esposa deba aceptar un empleo de mala muerte como mamá. No me importa que trabaje, si desea hacerlo, pero no quiero que se vea obligada a hacerlo. Sin embargo, ese podía ser el siguiente paso. Si no conseguían vender la casa de Vigor, DeAnne tendría que buscar empleo para seguir pagándola. Fuimos insensatos al comprar una casa, pero pensamos que sería una buena inversión. No había crisis cuando nos mudamos aquí, y tenía unos buenos ingresos con mis derechos de autor. Insensatos, pensando que duraría para siempre. Nada dura para siempre.

La autocompasión lo mantuvo despierto el tiempo suficiente para conducir una hora más. Estaba pasando la cinta por segunda vez cuando inició el pronunciado descenso hacia Frankfort. Qué alivio. Tiene que haber un motel en la capital del Estado. Puedo conducir hasta allá, y DeAnne no tendrá que despertarse hasta que lleguemos.

—Papá —llamó Stevie desde el asiento trasero.

—¿Sí? —dijo Step en voz baja, para que el niño comprendiera que no debía despertar a los demás.

—Betsy ha vomitado —anunció Stevie.

—¿Sólo un poco, o es serio?

—Sólo un poco —dijo Stevie.

Se oyó un sonido gutural y apremiante.

—Ahora es serio —añadió Stevie.

Mierda, mierda, mierda, dijo Step en silencio.

—Gracias por avisarme, Stevie.

El sonido se repitió mientras Step salía de la carretera, y ahora olía el tufo amargo del jugo gástrico. Cada vez que hacían un viaje largo, uno de los chicos se mareaba, pero habitualmente en la primera hora.

—¿Por qué paramos? —dijo DeAnne, despertándose alarmada. No le gustaba que sucediera algo inesperado, y siempre temía lo peor.

Step recordó que la canción que acababa de cantar Springsteen había inspirado los apodos que usaban él y DeAnne. La Pescadera y el Chatarrero.

—Oye, Pescadera, huele y echa un vistazo.

—¡Oh, no! ¿Quién?

—Betsy Pipí —dijo Stevie desde atrás. Otra vieja broma. DeAnne se impacientaba con Step por los apodos irreverentes que les ponía a los niños. Odiaba el apodo Betsy, pero como era una broma, el nombre había quedado y ahora Betsy se hacía llamar así.

—Más bien Betsy Puaj —dijo Step.

Stevie se rió.

Era una risa agradable. Hizo sonreír a Step, y de pronto no le importó tener que meterse hasta los codos en vómito de bebé.

Step había aparcado en la cuneta, de modo que pudo abrir la puerta de Betsy sin exponerse al tráfico. Aun así, no le gustaba sentir la ráfaga que provocaban los coches. Qué modo de morir, aplastado como paté en la portezuela trasera del coche, una especie de canapé. Por un instante pensó en lo que significaría para los niños que él muriese en la carretera frente a sus ojos. Los pequeños quizá no se acordarían de él ni de su muerte. Pero Stevie lo vería, Stevie se acordaría. Era la primera vez que Step pensaba en ello: Stevie tenía edad suficiente para recordar todo lo que ocurriese. Casi ocho años, y ahora su vida era real porque él la recordaría.

Recordaría cómo había reaccionado papá cuando Betsy vomitó, que papá no se puso a protestar ni se enfadó, que papá ayudó a limpiar el desastre en vez de quedarse cruzado de brazos mientras mamá solucionaba el problema. Antes de casarse se había prometido que no existiría ninguna tarea en la familia que fuera tan repulsiva o incómoda como para que DeAnne pudiera hacerla y él no. Habían trabajado a la par, pañal tras pañal, con los tres niños, y no se amilanaba por un poco de vómito.

Mucho vómito, en realidad. Betsy, pálida y lánguida, atinó a sonreír.

DeAnne ya se había bajado y sacaba toallas húmedas del recipiente de plástico.

—Ten —le dijo—. Dame a Betsy y yo le cambiaré la ropa mientras tú limpias el coche.

DeAnne cogió a la sucia Betsy y la llevó hasta el asiento del coche, donde ya había extendido un paño para proteger el cuero.

Robbie, el de cuatro años, también estaba despierto, extendiendo el brazo. Antes estaba sentado en el medio, junto a Betsy, y tenía un reguero de vómito en la manga.

—Qué generosa ha sido tu hermana al compartirlo contigo —sonrió Step. Limpió la manga de Robbie—. Listo, Robot.

—Huele fatal.

—No me sorprende —dijo Step—. Lúcelo con orgullo, como una herida sufrida en combate.

—¿Eso fue un chiste, papá? —preguntó Robbie.

—Eso ha sido una ironía —aclaró Step.

Robbie trataba de aprender a decir los chistes. Últimamente Step le había dado un discurso aconsejándole que no repitiera los mismos chistes una y otra vez, y Robbie lo había comprendido, pero las diversas clases de humor aún lo desconcertaban y estaba tratando de diferenciarlos. Si la experiencia de Stevie servía como guía, tardaría años.

DeAnne le habló a Robbie desde el asiento delantero.

—Te cambiaremos la camisa en cuanto tu padre haya terminado de limpiar la sillita de Betsy.

Step no lograba limpiar el interior de la hebilla del cinturón de seguridad de Betsy.

—Nuestros cinturones de seguridad sólo volverán a ser iguales si Betsy se las apaña para vomitar sobre todos los demás —declaró.

—Cámbiala de sitio y tal vez lo haya logrado cuando lleguemos a Carolina del Norte —dijo Stevie.

—No vomita con tanta frecuencia —advirtió DeAnne.

—Era un chiste, mamá —dijo Stevie.

—No, una ironía —sentenció Robbie.

Vaya, al fin lo estaba comprendiendo. Las toallas no alcanzaban para limpiar la prodigiosa producción de Betsy. Se les terminaron antes de que hubieran limpiado bien el asiento.

—Cuando se enteren de que estás embarazada otra vez, las acciones de Johnson & Johnson subirán diez puntos —se burló Step.

—Hay más toallas en la bolsa gris del fondo —dijo DeAnne—. Acuérdate de comprar las acciones antes de anunciarlo.

Step fue hasta la parte trasera de lo que los distribuidores de Renault llamaban un «familiar de lujo», abrió la portezuela y la levantó. Aunque la bolsa estaba abierta, no

encontró las toallas.

—Oye, Pescadera, ¿dónde guardaste las toallas?

—En la bolsa, tal vez en el fondo —respondió ella—. Ya que estás ahí, necesito un pañal para Betsy. Está mojada y ya que la he desnudado, haré el trabajo completo.

Step le dio el pañal a Stevie para que lo pasara adelante, y luego encontró las toallas. Iba a cerrar la portezuela cuando notó que había alguien a sus espaldas. Un hombre con botas grandes. Un policía. Un coche patrulla se les había acercado sin que Step lo oyera. Ni siquiera había reparado en su presencia.

—¿Algún problema? —preguntó el uniformado.

—Mi hija de dos años ha vomitado en el asiento trasero —dijo Step.

—Usted sabe que la cuneta de la autopista sólo debe utilizarse para emergencias —dijo el policía.

Step tardó un segundo en comprender.

—¿Me está diciendo que un vómito en el asiento trasero no es una emergencia?

El policía lo miró fijamente. Step conocía esa mirada. Significaba no te pases de listo, y la había visto a menudo cuando le ponían multas por exceso de velocidad antes de que le retiraran el carné en el 74 y DeAnne tuviera que conducir a todas partes. Step sabía que debía cerrar el pico, porque cualquier cosa que dijera empeoraría la situación.

DeAnne acudió al rescate. Se acercó con las ropas húmedas y malolientes de Betsy.

—Agente, creo que si usted tuviera esto en el coche treinta segundos, también se saldría de la carretera.

El policía la miró sorprendido y sonrió.

—Señora, me ha convencido. Pero dese prisa. No es seguro detenerse aquí. Mucha gente conduce a gran velocidad, y hace una curva muy abierta para virar.

—Gracias por su interés, agente —dijo Step.

El policía entornó los ojos.

—Sólo hacía mi trabajo —respondió de mala gana, y regresó a su coche.

Step se volvió hacia DeAnne.

—¿Qué he dicho de malo?

—Dame una bolsa de plástico, por favor —pidió ella—. Si sigo oliendo esto, me desmayaré.

Step le pasó la bolsa y ella metió dentro la ropa sucia.

—Sólo he dicho: «Gracias por su interés», y ha actuado como si le hubiera dicho que su madre era soltera.

DeAnne se le acercó y dijo afectuosamente:

—Step, cuando tú dices «Gracias por su interés», siempre da la impresión de que por accidente has omitido la palabra «imbécil».

—Pero no lo dije con sarcasmo. Todo el mundo cree que soy sarcástico cuando no lo soy.

—No sé —dijo DeAnne—. Nunca he estado presente en un momento en que no hayas sido sarcástico.

—Te crees muy lista, Pescadera.

—Y tú eres muy tonto, Chatarrero.

Step la besó.

—Un momentito y estaré preparado para devolver a nuestra pequeña Betsy Pipí a su sitio.

—Se llama Elizabeth —masculó DeAnne mientras regresaba al coche.

Step sonrió, continuó limpiando el asiento.

—Ni siquiera oí acercarse a ese policía —dijo Stevie.

—¿Policía? —preguntó Robbie.

—Vuelve a dormir, Robot —ordenó Step.

—¿Nos han puesto una multa, papá? —preguntó Robbie.

—Sólo quería ver si estábamos bien —aclaró Step.

—Quería que moviéramos el trasero y nos largáramos de aquí —puntualizó Stevie.

—¡Step! —exclamó DeAnne.

—Lo ha dicho Stevie, no yo —se justificó Step.

—No hablaría así si no lo aprendiera de ti —acusó DeAnne.

—¿Todavía está allí? —preguntó Step.

Stevie se irguió para ver por encima de la pila de cosas que había en la parte trasera del coche.

—Sí.

—Yo tampoco lo oí —comentó Step—. De pronto me di la vuelta y allí estaba.

—¿Y si hubiera sido un hombre malo en vez de un policía? —preguntó Stevie.

—Tú le contagias esa imaginación morbosa —dijo DeAnne.

—Nadie nos haría nada en plena carretera, donde cualquiera que pase puede vernos.

—Está oscuro —observó Stevie—. La gente pasa deprisa.

—Bien, no ha pasado nada —insistió DeAnne—. No me gusta hablar de esas cosas.

—Si hubiese sido un hombre malo, papá le habría dado un puñetazo en la nariz —dijo Robbie.

—Claro —sonrió Step.

—Papá no permitiría que nos ocurriera nada malo —añadió Robbie.

—Eso es —asintió DeAnne—. Mamá tampoco.

—El asiento está limpio —declaró Step—. Y el cinturón está tan limpio como es

posible.

—La llevaré.

—¡Subir! —exclamó Betsy alegremente, y antes que DeAnne pudiera cogerla, había pasado entre los dos asientos. Se sujetó el cinturón, miró a Step, sonrió.

—Bien hecho, mi muñequita Pipí.

Step se inclinó para besarle la frente, cerró la puerta y regresó al asiento del conductor. El policía seguía detrás de ellos, y eso lo puso nervioso. Procuró no cometer ningún desliz. Encendió el intermitente. Condujo por debajo del límite de velocidad. Lo único que les faltaba era una citación para comparecer en algún pueblo perdido de Kentucky.

—¿Cuánto falta para Frankfort? —preguntó DeAnne.

—Una media hora, tal vez menos —dijo Step.

—Oh, debo de haber dormido bastante.

—Alrededor de una hora.

—Has conducido desde que salimos. Eres un héroe.

—Dame una medalla después.

—Lo haré.

Step encendió el estéreo. Con el silencio que había en el coche, se dormirían todos otra vez.

—Papá —dijo Stevie—, si hubiera sido un hombre malo, ¿le habrías pegado un puñetazo?

¿Qué debía responder? Sí, hijo mío, le habría pegado tan fuerte que llevaría la nariz en la nuca el resto de su vida. ¿Era eso lo que hacía falta para que Stevie se sintiera seguro? ¿Orgulloso del padre? ¿O debía contarle la verdad: que jamás le había pegado a nadie en su vida, que jamás había asestado un puñetazo a nadie?

No, hijo mío, mi modo de pelear siempre ha consistido en gastar una broma y alejarme, y si no me dejaban, corría a más no poder.

—Depende —dijo Step.

—¿De qué?

—De si un puñetazo hubiera mejorado o empeorado las cosas.

—Ah.

—Es decir, si hubiese sido medio metro más alto que yo, pesado ciento cincuenta kilos y empuñado una barra de hierro, un puñetazo no habría sido buena idea. Creo que en ese caso le habría ofrecido mi cartera para que se marchara.

—¿Pero si hubiera querido asesinarlos a todos?

DeAnne intervino sin levantar la cabeza de la almohada.

—Entonces tu padre lo hubiese matado, y si no lo hubiese matado yo.

—¿Y si antes os hubiera matado a los dos? —insistía Stevie—. ¿Y si luego hubiese querido matar a Robbie y Betsy?

—Stevie —suspiró DeAnne—, el padre celestial no permitirá que os ocurra semejante cosa.

Step carraspeó.

—Dios no opera de ese modo —objetó—. No impide que la gente malvada cometa crímenes.

—Nos está preguntando si está seguro —se impacientó DeAnne.

—Sí, Stevie, estás seguro, tan seguro como cualquiera que viva en este mundo. Pero tú querías saber qué sucedería si alguien realmente malo quisiera hacer algo perverso con nuestra familia, y lo cierto es que a veces la gente buena no puede detener a los malvados hasta que han cometido muchas maldades. Así son las cosas.

—Entiendo —dijo Stevie—. Pero Dios lo pillaría, ¿verdad?

—A la larga sí —respondió Step—. Y te diré una cosa... el único modo en que alguien te pillara a ti, a tus hermanos o a tu madre, llegado el caso, es si ya estoy muerto. Te lo aseguro.

—De acuerdo —asintió Stevie.

—No hay tantas personas realmente malas en el mundo —añadió Step—. No creo que debas preocuparte por eso.

—De acuerdo.

—¿Por qué has preguntado eso, a fin de cuentas?

—Él tenía una pistola.

—Claro que tenía una pistola, querido —intervino DeAnne—. Es policía. Tiene una pistola para proteger a la gente como nosotros de la gente mala.

—Ojalá siempre tuviéramos un policía con nosotros —deseó Stevie.

—Sí, sería maravilloso, ¿verdad? —dijo Step.

Maravilloso como una hemorroide. Tendría que conducir a ochenta todo el tiempo.

Al parecer Stevie había terminado con sus preguntas.

Poco después, Step sintió que DeAnne le palmeaba el muslo. La miró de soslayo.

—Lo siento —susurró—. No quise contradecirte.

—Hablaste bien —murmuró ella.

Step sonrió y le cogió la mano un instante, hasta que necesitó apoyar las dos manos en el volante para coger una curva.

No pudo olvidar las preguntas de Stevie hasta que llegaron a Frankfort. Tampoco pudo olvidar sus respuestas. Había impedido que DeAnne enseñara a Stevie que Dios siempre lo protegería de la gente mala, pero luego había prometido que él daría su vida antes de que sus hijos sufrieran algún daño. ¿Pero era verdad? ¿Tenía ese valor? Pensó en los padres que en los campos de concentración habían presenciado con sus propios ojos la muerte de sus hijos, y sin embargo no pudieron hacer nada. Y aunque lo intentara, ¿qué podría hacer Step contra alguien decidido a usar la violencia? Step

no sabía pelear, y estaba seguro de que no era una de esas cosas que uno supiera hacer porque sí. Cualquier matón idiota le daría una buena paliza, y sus hijos buscaban protección en él. Debería estudiar karate o algo. Kung-fu. O comprar un arma. Para que cuando Stevie tenga catorce años la encuentre en su escondrijo y se ponga a jugar y termine matándose, o matando a Robbie o a un amigo.

No, pensó Step. Nada de eso. No haré ninguna de esas cosas, porque soy un hombre civilizado que vive en una sociedad civilizada, y si los bárbaros llaman a mi puerta estaré indefenso.

Llegaron a Frankfort y encontraron un Holiday Inn que anunciaba habitaciones libres. Step lo consideró un buen augurio. Oficialmente no creía en los buenos augurios. Pero qué diablos, se sentía mejor tomándolo de ese modo.

2

Gusanos

Así era la casa adonde se mudaron: la única vivienda barata de madera en un vecindario de ladrillo rojo. Sin sótano, sin garaje, ni siquiera un techo sobre el aparcamiento. Alrededor había un enrejado marrón, como la cerca que rodea una casa rodante. Moqueta azul en el salón, que no quedaría muy bien con los muebles, un anticuado sofá de terciopelo verde y un sillón panzón que Step había comprado en Deseret Industries cuando estudiaba en Brigham. Pero tenía cuatro dormitorios, lo cual significaba uno para Step y DeAnne, uno para los niños, uno para Betsy y el nuevo bebé cuando naciera en julio, y uno para el estudio de Step, porque aún esperaban que él pudiera dedicarse a programar en su tiempo libre y que volverían a vivir como querían, en un lugar mejor.

La empresa de mudanzas había apilado dos metros de cajas en el salón, más de las que podrían desembalar y guardar en una casa de ese tamaño, y tenían un solo fin de semana para instalarse antes de que Step empezara a trabajar y Stevie empezara la escuela. Lunes, el último plazo, la línea divisoria. Nadie lo esperaba con mucha alegría, y Stevie menos que nadie.

DeAnne notó la angustia de Stevie mientras desembalaban durante el fin de semana. En general Stevie cuidaba de Robbie y Elizabeth, salvo cuando Step o DeAnne le pedían que fuera a buscar algo en otro lado de la casa. Como siempre, Stevie se mostraba callado y servicial. Se tomaba muy en serio sus responsabilidades de hijo mayor. O tal vez sólo parecía serio, porque se guardaba sus sentimientos hasta que los ordenaba, o hasta que ya no podía aguantarse. DeAnne supo que estaba realmente preocupado cuando Stevie entró en la cocina y se quedó un rato en silencio.

—¿Quieres decirme algo o soy demasiado bonita para que me hables? —dijo DeAnne.

Era lo que decía siempre, pero Stevie no sonrió. Guardó silencio un instante más y dijo:

—Mamá, ¿no puedo quedarme en casa un par de días?

—Stevie, sé que te da miedo, pero debes afrontarlo. Enseguida harás amigos y todo estará bien.

—En la otra escuela no hice amigos enseguida.

Eso era cierto. DeAnne recordaba las consultas con la maestra de Stevie. El niño no jugó con nadie hasta noviembre de ese año, y no tuvo amigos hasta el primer grado. Si no hubiera sido por sus amigos de la iglesia, DeAnne habría temido que Stevie estuviera socialmente inmaduro para asistir a la escuela. Pero con los niños de la iglesia no tenía problemas, y corría alrededor del templo como un indio de película

hasta que Step intervenía, lo recogía y lo llevaba al coche.

No, Stevie sabía jugar y sabía trabar amistades, sólo que le costaba un poco. No era como Robbie, que podía charlar con cualquiera, niño o adulto. Era natural que Stevie se preocupara por la escuela. También DeAnne estaba preocupada.

—Pero esa fue tu primera escuela —le dijo—. Ahora ya tienes experiencia.

—Cuando Barry Wimmer entró después de Acción de Gracias, todos lo trataron muy mal.

—¿También tú?

—No.

—Entonces no fueron todos.

—Se burlaban de todo lo que hacía —insistió Stevie.

—A veces los niños son así.

—Ahora harán lo mismo conmigo —se lamentó Stevie.

Era desgarrador. DeAnne quería decirle: tienes razón, se comportarán como idiotas, porque así son los niños a esa edad, salvo tú, porque tú naciste sin saber hacer daño a nadie, naciste con compasión, pero eso también significa que la crueldad te hiere profundamente. No entenderás que debes reírte en la cara de los que te tratan mal y ganarte su respeto, sino que te preguntarás qué has hecho para que se enfaden contigo.

Por un instante pensó en decirle exactamente esas palabras, Pero no lo ayudaría confirmándole sus peores temores. Si le decía eso, Stevie no se dormiría.

—¿Y qué harías si te trataran mal, Stevie?

El pequeño reflexionó.

—Barry lloró —dijo.

—¿Eso solucionó las cosas?

—No —admitió Stevie—. Se burlaron de él. Ricky lo seguía por todas partes haciendo: «bua, bua, bua». Aún lo hacía el último día que estuve allí.

—Ya ves —confirmó DeAnne, en parte para inducirlo a hablar, en parte porque no sabía qué decir.

—No creo que llore —dijo Stevie.

—Me alegro.

—Simplemente, trataré de alejarlos.

—No creo que dé resultado, Stevie. Cuando más quieras alejarlos, más se te pegarán.

—No me refiero a alejarlos, sino a mantenerlos lejos.

—¿Quieres pasarme esas toallas de papel?

Stevie se las alcanzó.

—Creo que no entiendo la diferencia entre alejarlos y mantenerlos lejos.

—Ya sabes, como cuando papá está programando. Lo mantiene todo lejos.

Conque comprendía eso respecto a su padre, y pensaba que podía ser útil.

—¿Te concentrarás en los deberes?

—O lo que sea —asintió Stevie—. Cuesta concentrarse en los deberes, porque son tontos.

—A lo mejor en esta escuela no son tontos.

—A lo mejor.

—Ojalá pudiera prometerte que todo irá bien, pero no creo que te traten como trataron a Barry Wimmer. —DeAnne recordó las veces que había visto al niño cuando llevaba golosinas, un proyecto o un almuerzo a la escuela—. Barry es el tipo de chico que... ¿Cómo decirlo? Es una víctima ambulante.

—¿Yo soy una víctima? —preguntó Stevie.

—Ni en broma —respondió DeAnne—. Eres demasiado fuerte.

—No tanto —objetó él, mirándose las manos.

—No me refiero a tu físico, Stevie. Quiero decir que tienes un carácter fuerte. Sabes qué estás haciendo. Sabes qué te propones. No esperas que los demás te digan quién eres. Sabes quién eres.

—Supongo que sí.

—Vamos, ¿quién eres? —Era un viejo juego, pero a él todavía le gustaba, aunque el propósito original (prepararlo para identificarse por si se perdía) ya estaba cumplido tiempo atrás.

—Stephen Bolivar Fletcher.

—¿Y quién es ése?

—El primer hijo del Chatarrero y la Pescadera.

Ésta era la respuesta favorita de DeAnne, pues la primera vez que él la había dicho tenía esa sonrisa pícara, como si supiera que estaba invadiendo territorio adulto, como si supiera que los apodos que usaban sus padres eran anteriores a él y en cierto modo le habían dado la existencia. Como si advirtiera que esos nombres, aun dichos en broma, tenían connotaciones sexuales que él no podía comprender pero que sin embargo conocía.

—Y que no se te olvide —añadió ella jovialmente.

—No lo olvidaré —prometió Stevie. Y preguntó—: ¿Mamá?

—¿Sí?

—Por favor, ¿no puedo quedarme en casa un par de días más?

DeAnne suspiró.

—No lo creo, Stevie. Pero hablaré con tu padre.

—Él dirá lo mismo.

—Probablemente. Así somos los padres.

El peor momento fue el desayuno del lunes. Los niños estaban comiendo su

papilla caliente mientras Step engullía sus Rice Krispies mirando el periódico.

—Este periódico es casi tan malo como el de Vigor —rezongó.

—No conseguirás el *Washington Post* a menos que vivas en Washington —dijo DeAnne.

—No quiero el *Washington Post*. Me conformaría con el *Salt Lake Tribune*. Salt Lake tiene dos periódicos, pero Steuben ni siquiera puede mantener uno que ponga las noticias internacionales en primera plana.

—¿Acaso no tiene esas simpáticas notas sobre anécdotas locales?

—Cierto, no necesito nada más para ser feliz.

Sonó un bocinazo fuera.

—Llegan temprano —comentó Step—. ¿Crees que tengo tiempo para cepillarme los dientes?

—¿Crees que podrás aguantar el día entero si no lo haces?

Step se levantó deprisa.

—¿Quién llega temprano? —preguntó Stevie.

—El coche que lleva a tu padre. Durante la primera semana uno de los hombres del trabajo lo recogerá por la mañana y lo traerá a casa por la noche, para que nosotros podamos usar el coche.

Stevie parecía asustado.

—Mamá —dijo—. ¿Y el colegio?

—De eso se trata. A partir de mañana cogerás el autobús, pero tu padre me dejará el coche para que hoy te lleve yo.

—¿Papá no me llevará el primer día?

Demasiado tarde, DeAnne recordó que cuando Stevie inició el parvulario ella aún se recobraba del nacimiento de Elizabeth, y Step acompañó a Stevie el primer día de escuela.

—¿Tanto importa quién te lleve?

La mirada de pánico de Stevie fue una respuesta más elocuente que su susurro:

—No.

Step regresó a la cocina con su maletín. Su «cárcel portátil», como lo llamaba.

—Step —dijo DeAnne—, creo que Stevie esperaba que lo llevaras al colegio esta mañana.

—Vaya, ni siquiera se me ocurrió. —Puso esa cara de furia interior que DeAnne conocía tan bien—. ¿No es magnífico tener un trabajo que ni siquiera me permite llevar a mi hijo a la escuela el primer día?

—También es tu primer día.

Step se arrodilló junto a la silla de Stevie. El pequeño estaba mirando su desayuno.

—Stevie, debí planearlo mejor, pero no lo hice y ahora este tío me está

esperando...

Sonó el timbre.

—Demonios —dijo Step.

—Tienes que irte —suspiró DeAnne—. Stevie estará bien, ya verás. ¿Verdad, Stevie?

—Sí —murmuró Stevie.

Step besó a Stevie en la mejilla y Betsy pidió: «Yo también, yo también», así que besó a los otros dos niños, cogió el maletín y se dirigió hacia la puerta.

DeAnne trató de calmar a Stevie.

—Lo siento, pero tu padre tiene que ganarse la vida, y no puede...

—Lo sé, mamá —la interrumpió Stevie.

—Iremos a la escuela, conocerás a la directora y...

Step regresó a la cocina.

—Le he explicado que hemos tenido una crisis y que mañana me encontrará esperando en la acera, pero que hoy llegaré tarde. Tengo que llevar a mi hijo a su primer día de colegio.

DeAnne estaba tan encantada como apabullada. Sabía perfectamente que Step tenía tanto miedo de volver a un empleo con horario como Stevie de entrar en la nueva escuela.

—Esto causará una magnífica impresión, Chatarrero —dijo con una sonrisa huraña—. No subes al coche y llegas tarde el primer día.

—Más vale que se acostumbren a la idea de que en primer lugar soy padre, y que mi trabajo como autor de manuales de informática queda en el octavo puesto.

—¿Qué hay entre el primero y el octavo? —preguntó Stevie de mejor humor.

—Todo lo demás —contestó Step.

—Será mejor que llames —dijo DeAnne.

Step llamó por teléfono y DeAnne supo de inmediato que las cosas no salían tal como él había esperado.

—Qué desastre —dijo al colgar—. Tienen una reunión de personal a las ocho y media y pensaban presentarme. Todo el mundo ha organizado sus horarios contando con que yo llegaría puntual esta mañana.

—Pero el coche se ha ido —señaló DeAnne, tratando de que no pareciera un reproche.

Step se arrodilló de nuevo junto a Stevie.

—No puedo evitarlo, Portero —dijo, usando uno de sus apodos.

—Lo sé.

—Lo he intentado. Pero la familia necesita que yo conserve este empleo, sobre todo teniendo en cuenta que nos mudamos a Carolina del Norte para eso.

Stevie asintió, tratando de demostrar entereza.

—Yo haré mi trabajo por la familia —dijo Step—. Tú haz el tuyo.

—¿Cuál es el mío? —preguntó Stevie, esperanzado.

—Armarte de coraje e ir al colegio —respondió Step.

Al parecer había esperado que le asignaran otra tarea, pero tragó saliva y asintió de nuevo. Luego pensó en algo.

—¿Cómo llegarás ahora que has perdido el coche?

—Irá volando —sugirió Robbie.

—No —dijo DeAnne—, sólo tu madre la bruja sabe volar.

—Subiremos todos al coche y me dejarás en el trabajo de camino al colegio.

—¿No podrías dejarme en la escuela mientras te llevamos al trabajo? —preguntó Stevie.

—Lo siento, Portero —suspiró Step—. Tendríamos que dar una vuelta, y la geografía se opone. El reloj también se opone. El tiempo y el espacio están en contra. Einstein está en contra.

Cuando llegaron a Eight Bits Inc., Step se inclinó hacia atrás para besar a Stevie. El niño no se resistió, aunque ya estaba en la edad en que no se aceptan de buen grado los besos de los padres. Mientras Step daba a Robbie y Elizabeth el tradicional beso ruidoso, DeAnne echó una ojeada al edificio de ladrillo rojo de una planta donde trabajaría Step.

Era una de esas estructuras feas y chatas que las empresas construyen cuando andan escasas de fondos y necesitan paredes y un techo. Era una buena señal, pues sugería que el dueño de la compañía no tenía delirios de grandeza ni derrochaba el dinero en chismes que no significarían nada cuando llegaran los tiempos de las vacas flacas. Ojalá nosotros hubiéramos sido tan previsores, pensó DeAnne, cuando empezó a llover el dinero de Hacker Snack. Claro que no lo despilfarramos. Un doctorado en historia significaba algo. Y algunas ayudas a la familia. Y un aparato de vídeo formato beta para el cual no conseguían cintas de alquiler en Steuben, Carolina del Norte.

—Adiós, Pescadera —dijo Step.

—Buena suerte, Chatarrero —respondió DeAnne.

Lo miró entrar en el edificio. Avanzaba con aplomo, a grandes zancadas. A DeAnne le gustaba su aspecto. Irradiaba confianza, pero no llamaba la atención como un vendedor que hubiera memorizado un libro sobre técnicas comerciales. Sin embargo, DeAnne sabía que en esta ocasión esa confianza era ficticia. La entrada en ese edificio representaba un fracaso, aunque los ejecutivos de Eight Bits se hubieran sentido halagados de que una eminencia como Step Fletcher les solicitara empleo. El hecho de que se sintieran halagados era un símbolo de la caída de Step. Trabajaba para una compañía que jamás habría imaginado que podría contratar a semejante experto.

—¿Llegaré tarde, mamá? —preguntó Stevie.

Step ya estaba dentro del edificio, y no había ningún motivo para esperar. DeAnne puso el coche en marcha y enfiló hacia Palladium Road.

—De todas formas ibas a llegar tarde a clase —dijo DeAnne—. Tenemos que pasar por la oficina de la directora para inscribirte.

—Tendré que entrar delante de todo el mundo.

—Tal vez la puerta esté en el fondo del aula. Entonces entrarás detrás de todo el mundo.

—No lo digo en broma, mamá.

—Sé que tienes miedo. Pero la directora es muy amable, y sin duda te ha escogido una maestra maravillosa.

—¿No puedo conocer a la directora hoy e ir a la escuela mañana, en el horario normal?

—Stevie, los otros niños notarán que eres nuevo de todas formas. Y si apareces mañana, ¿cómo sabrás dónde sentarte? Te quedarás de pie sintiéndote como un tonto. Si entras hoy, te asignarán un pupitre y te darán todas las explicaciones necesarias.

—Aun así.

—Stevie, hay una ley que establece que tenemos que mandarte a la escuela.

—Vaya —intervino Robbie—. ¿Podrías ir a la cárcel si dejaras que Stevie se quedara en casa?

—No es para tanto. Pero en nuestra familia respetamos la ley.

—Papá no —objetó Robbie—. Siempre conduce demasiado rápido.

—Tu padre considera que los límites de velocidad son bastante elásticos.

—¿Meterán a papá en la cárcel? —preguntó Robbie.

—No. Pero podrían retirarle al carné.

—Una vez casi lo hicieron, ¿verdad? —preguntó Stevie.

—Tu padre pasó un año a prueba una vez —asintió DeAnne—. Pero fue antes de que vosotros nacierais. Es un excelente conductor, y siempre conduce con prudencia.

DeAnne se preguntó por enésima vez si Step conduciría de otro modo si supiera que sus hijos se habían dado cuenta de que se excedía con la velocidad. Ya era bastante difícil enseñar a los niños a distinguir lo bueno de lo malo sin tener que incluir ambigüedades, como esas leyes que papá no se creía obligado a obedecer porque nunca se excedía tanto como para que lo multaran. Se imaginaba dando explicaciones a sus hijos cuando fueran adolescentes y comenzaran a salir con chicas. Se supone que debes ser cauto, es decir, que puedes hacer lo que quieras mientras ninguna quede embarazada. Pero Step no podía —o no quería— ver la relación entre las leyes de tránsito y los mandamientos. «Las leyes humanas y las leyes divinas son diferentes —decía siempre—, y nuestros hijos son listos y captan esa diferencia».

En fin. El matrimonio significaba aceptar que los hijos heredaran los defectos del

otro. A Step le molestaba que los niños hubieran heredado la actitud de DeAnne hacia los zapatos: nunca se los dejaban puestos. Step siempre andaba pisando zapatos ajenos, tropezando con ellos o —cuando los veía a tiempo— pateándolos para ponerlos bajo la almohada del infractor. «La diferencia entre la gente civilizada y los bárbaros —comentaba— es que la gente civilizada usa zapatos». Step tenía que convivir con bárbaros descalzos, y DeAnne tenía que explicar por qué papá cometía infracciones de tráfico. No era un intercambio justo —los pies descalzos no tenían ninguna implicación moral— pero ella se resignaba, aunque a regañadientes, y él también.

Para llegar a la escuela primaria Western Allemania había que pasar frente a la secundaria, que también se llamaba Western Allemania. Los autobuses amarillos descansaban en un gran aparcamiento, aguardando el final de la jornada escolar. Lo que menos le gustaba de mandar a Stevie a esa escuela era que los pequeños viajaban en los mismos autobuses que los alumnos de secundaria, y los conductores también eran alumnos del instituto. No le gustaba que un chico de diecisiete años tuviera la responsabilidad de conservar con vida a sus pequeños pasajeros y además mantener la disciplina. ¿Pero qué podía hacer? La directora la había mirado extrañada y había dicho: «Señora Fletcher, así hacemos las cosas en Carolina del Norte».

Condujo cuesta abajo hasta la calzada que había frente a la escuela. Antes y después del edificio, la calzada estaba reservada para autobuses. Los padres que recogían a sus hijos tenían que tomar otro camino hasta un pequeño aparcamiento en la cima de la colina, a doscientos metros de la escuela, y esperar a sus hijos. Le señaló la colina a Stevie mientras sacaba a Elizabeth de su sillita.

—Cuando venga a buscarte, sube esa escalera que va hasta la cima de la colina. Allá estaré esperando.

—De acuerdo —asintió Stevie.

—Y si pasa algo que me impida estar allí, como una avería en el coche, vuelve a la escuela, entra en la oficina de la directora y espérame allí hasta que yo venga a buscarte.

—¿Por qué no puedo esperar allá? —preguntó Stevie.

—Porque este mundo no es tan seguro —replicó DeAnne—. ¿Qué harías si alguien se acercara diciéndote que tu madre lo ha enviado a recogerte?

—No iría con él.

—No basta con eso, Stevie.

—Me alejo de esa persona y busco a la persona que mande más.

—En el colegio eso significa la doctora Mariner. ¿Y si no estás en la escuela?

—Si la persona me sigue, no me escondo, echo a correr a la vista de todos, donde haya más gente, y si se acerca grito a pleno pulmón: «¡No es mi padre!» o «¡No es mi madre! ¡Socorro!»

—Muy bien.

—Yo también sé todo eso —intervino Robbie.

—Yo sé, yo sé —balbuceó Betsy.

—Ojalá no tuviera que enseñaros estas cosas —suspiró DeAnne—. Pero hay gente mala en el mundo. No mucha, pero debemos andarnos con cuidado. Ahora bien, ¿y si yo enviara a alguien a recogerte, porque tal vez hubo un accidente y uno de los otros niños está en el hospital o algo parecido?

—La contraseña —dijo Stevie.

—¿Y cuál es?

—Gusanos.

—¡Pequeños gusanos viscosos! —exclamó Robbie. La contraseña era cosa de Step, naturalmente.

—Silencio, Robot, esto es serio —lo regañó DeAnne—. ¿Y les preguntas la contraseña?

—No. Ni siquiera les digo que hay una contraseña. Pero no voy con nadie a menos que me diga: «Tus padres me han dicho que te dijera Gusanos».

—Correcto —asintió DeAnne.

—Si no me dicen eso, están mintiendo y me niego a acompañarlos y grito si tratan de llevarme.

—Correcto.

—Mamá —dijo Stevie—. ¿Y si nadie me oye gritar?

—Nunca debes estar en un sitio donde nadie te oiga pedir ayuda a gritos, Stevie. Pero no te preocupes mucho por eso. Si haces todo lo que te he indicado, yo cumpliré mi parte y no habrá ningún problema. ¿De acuerdo?

—Mamá, tengo miedo de entrar.

Sensacional, pensó DeAnne. Y yo acabo de recitarle el catecismo de cómo impedir secuestros, para asustarlo aún más.

—Vamos, Stevie. La doctora Mariner es una mujer muy agradable y te gustará.

La doctora Mariner sabía cómo tranquilizar a los niños, y Stevie pronto le sonrió y se echó a reír cuando ella le gastó una broma. Pero el miedo regresó cuando, al cabo de unos minutos, la doctora Mariner le cogió la mano y le dijo:

—Ahora vamos a la clase.

Stevie retiró la mano y corrió a buscar refugio en DeAnne.

—¿No puede llevarme mamá?

—Claro que sí, si ella quiere —accedió la doctora Mariner—. Tu maestra es la señora Jones. Es un nombre fácil, ¿verdad?

—Señora Jones —repitió Stevie. Lo repitió varias veces en un susurro—. Señora Jones, señora Jones.

DeAnne dejó que la doctora Mariner encabezara la procesión por los pasillos,

comportándose como una guía turística. Les indicó dónde estaban el parvulario y el primer curso, luego llevó a Stevie al vestíbulo que el aula de la señora Jones compartía con otra. Era hora de que Stevie entrara en la clase. Aferró con más fuerza la mano de DeAnne.

—¿De verdad quieres que tu madre y tus hermanos entren en clase contigo el primer día? —preguntó DeAnne.

Stevie sacudió la cabeza.

DeAnne se acomodó a Elizabeth sobre la cadera y se acuclilló.

—A veces tienes que beber el cáliz —le dijo.

Stevie asintió, recordando. Cuando tenía tres años y estaba con gripe, no quería tomarse el jarabe Tylenol que le habían recetado para bajar la fiebre. Step se arrodilló junto a la cama y le contó la historia de Cristo orando en el huerto de Getsemaní. A veces tienes que beber el cáliz, dijo Step, y Stevie se lo tomó sin protestar más.

Esta vez funcionó igualmente. Stevie frunció la cara y asintió para demostrar que lo entendía. Luego dio media vuelta y entró por la puerta que la doctora Mariner mantenía abierta. Caminaba como Step un rato antes, tratando de demostrar valor. DeAnne sintió un nudo en la garganta por los dos.

Dentro de la clase se oyeron gritos: «¡Un nuevo! ¡Un nuevo!» DeAnne vio que la maestra, la señora Jones, se volvía sin entusiasmo hacia Stevie. La doctora Mariner cerró la puerta.

3

Gallowglass

Así era la compañía donde trabajaba Step: Ray Keyes era el especialista en sistemas informáticos de la Universidad de Carolina del Norte en Steuben cuando el Commodore 64 empezó a venderse en las tiendas K-Mart. Ray comprendió de inmediato que ese modelo llevaría el ordenador a todos los hogares del país, si alguien tenía la perspicacia de crear un software barato, que permitiera a la gente hacer algo con la máquina. Commodore no ofrecía las combinaciones adecuadas. A juicio de Ray, el software que ofrecía era chapucero y caro. Así que él creó el Scribe 64 y lo vendió por veintinueve dólares, rebajado a diecinueve con franqueo incluido si uno lo pedía directamente a Eight Bits, Inc.

Hubo un par de tropiezos al principio. La falta de experiencia empresarial de Ray casi resultó fatal para la compañía. Gastaba tanto en embalaje que perdía 22 centavos por unidad vendida. Cuando se le agotaron las primeras mil cajas, decidió utilizar una caja más pequeña sin texto impreso, sólo un autoadhesivo que decía «El único procesador de texto que necesitará. 29\$», y empezó a ganar cuatro dólares por unidad. Se vendió aún más rápido, y las ganancias por unidad aumentaron. Un día su mujer le dijo: «Ray, ya no tengo casa porque Eight Bits Inc. ha invadido todo. O me mudo con los niños o se muda la compañía».

Entonces Ray Keyes compró el desgarrado edificio de la calle Palladium. Originalmente era una planta climatizada para el montaje de calculadoras a mediados de los años 70, pero estaba vacío desde hacía un par de años y el propietario se lo vendió a un precio que sugería que se alegraba de quitárselo de encima. Ray modificó la instalación eléctrica y dividió la enorme planta en oficinas. Había pocas ventanas y era un lugar sórdido, pero todos los integrantes de la compañía —diez empleados hasta entonces— se alegraban de tener espacio y lo querían como una madre ama a un hijito feo.

Cuando Step se había presentado para sus entrevistas, seis semanas atrás, todos irradiaban euforia y entusiasmo. Pero en este primer día de trabajo había algo más. Ray Keyes había remodelado la oficina, y las modificaciones sugerían que Ray había leído ese libro sobre el poder que estaba en venta el año anterior. Ray estaba sentado ante un macizo escritorio en una silla con respaldo reclinable, mientras que los visitantes debían sentarse en sillas duras y bajas de asiento pequeño que les daban la sensación de estar sentados en el borde.

—Usted no responderá ante mí —dijo Ray—. He nombrado a Dicky Northanger vicepresidente a cargo del aspecto creativo. Será su jefe inmediato y me enviará un informe de vez en cuando. Contrataremos un ayudante para usted en cuanto sea posible. Por ahora, todos los manuales para nuestro software pasarán por sus manos,

pero Dicky le dará el visto bueno final.

Dicky Northanger era el hombre que redactaba todos los manuales. Era la primera persona que Ray Keyes había contratado, y ahora eran grandes amigos y los domingos por la mañana iban a comprar el *New York Times* en la librería Magazine Rack. Era cordial, corpulento y maduro, tal vez el hombre mayor de la compañía, y Step no tenía inconvenientes en ser su subordinado. Pero sentía cierta decepción, pues le habían dado a entender que sólo respondería ante Ray. Desde luego, Ray no podía supervisar a todo el mundo, pero la compañía sólo tenía veinticinco empleados, y en una empresa de ese tamaño resultaba raro que sólo pudiera comunicarse con Ray mediante el papeleo.

Tras media hora de incómoda charla con Ray, asistió con él a una reunión de personal donde se explicó el nuevo plan de sanidad. Al final, casi como un añadido, fueron presentados Step y un nuevo empleado del departamento artístico. Dicky se encargó de la presentación, e incomodó a Step al enfatizar que era el genio que había programado Hacker Snack. Para peor, señaló claramente que Step sólo respondería ante él, y aunque Step debía tener acceso a cada programador en cada etapa de desarrollo del software, no tenía autoridad sobre nadie y nadie debía pedirle consejos sobre programación. Step estaba allí únicamente para redactar manuales.

¿Por qué no me cortas los cojones y se los muestras a todo el mundo para que los admiren?, pensó Step.

Luego mantuvo una reunión con Bob, el «vicepresidente a cargo de las finanzas». Había sido contable hasta que Eight Bits sufrió un ataque de inflación laboral en las últimas seis semanas. Era un hombre enjuto y curtido, con botas de vaquero, cuyo acento parecía más tejano que sureño, y lo primero que hizo fue ofrecerle un contrato de dos páginas para que Step lo firmara.

—¿Qué es esto? —preguntó Step, pues ya había firmado el contrato de empleo.

—Un convenio de confidencialidad —explicó el contable vaquero—. Es lo habitual en la industria.

Step lo leyó de todos modos, aunque Vaquero Bob movía papeles para demostrar su impaciencia. Previsiblemente, resultó ser mucho más que un convenio de confidencialidad.

—Este contrato compra todos los derechos sobre todo lo que yo haga en programación por el resto de mi vida —observó Step.

—No es para tanto —dijo Vaquero Bob.

—Acabo de salir de una reunión donde se me excluyó por completo de toda tarea de programación en Eight Bits.

—Eight Bits Inc.

—¿Entonces por qué he de firmar un contrato cediendo a Eight Bits Inc. todos los derechos a los programas que yo cree mientras esté empleado aquí? Yo no me

encargaré de programar, ¿verdad?

—Oh, ha sido cosa de Dicky. Se puso celoso porque sabía que, aunque usted venía a redactar los manuales, todos sabían que era el programador con más talento que había pisado este edificio, así que está asegurándose de que todos sepan que él es el jefe. Ray y yo esperamos que usted ejerza el control de calidad sobre todo el software, porque Dicky no es tan buen programador e introduce alteraciones en todos los programas, que al final se distribuyen con fallos. Que quede entre nosotros.

—Dicky acaba de prohibir que se me pida consejo sobre programación —objetó Step.

—Bien, pero Ray y yo sólo le pedimos que no se lo refriegue por las narices.

—¿Eso significa que, además de redactar manuales, he de ser el encargado del control de calidad, sólo que no puedo decir a mi superior directo que estoy haciendo eso y debo actuar a sus espaldas?

—Por eso le pagamos treinta mil por año, amigo.

—Y entretanto, ¿debo ceder toda idea que se me ocurra a Eight Bits Inc.? ¿Por qué no sólo lo que afecte al software desarrollado dentro de la empresa?

—Este convenio es una condición para el empleo, Step —declaró Vaquero Bob. Parecía amigable y cordial, pero si hubieran estado en la taberna de un western, la mitad de los parroquianos habrían puesto los pies en polvorosa para no recibir un sillazo en la cabeza.

—Este convenio me hace prometer que si me voy de la empresa, nunca entraré en competencia con Eight Bits Inc.

—Nuestro abogado dijo que era una magnífica idea.

—No me diga. Pues yo he venido para redactar manuales, no para desarrollar software. Ayudaré con el control de calidad si Ray me lo pide, pero quiero que sea abiertamente, para no tener que actuar como un espía. Y no firmaré este convenio hasta que se limite la cláusula de no competencia a un año, para proteger mis derechos sobre todo el software que escribí antes de venir aquí, y sobre todo el software que escriba si dejo la empresa.

—Imposible.

Step se levantó. Le temblaban las rodillas y se sentía débil, pero sabía que no podía firmar ese documento.

—Acabo de mudarme a Steuben con mi familia porque firmé un contrato con Eight Bits que no decía nada sobre este asunto. En lo que a mí concierne, este papel significa que ustedes incurren en incumplimiento de contrato. Si su abogado no revisa este convenio, tendrá que hablar con mi abogado para que Eight Bits pague los costes de mi reciente mudanza, los costes de la nueva mudanza y, si el jurado lo aprueba, y creo que lo aprobará, un año de sueldo. Tiene usted mi número de teléfono.

Step no podía creer que ya estaba renunciando cuando sólo eran las once de la

mañana, pero en cierto modo era un alivio. La atmósfera de la oficina de Ray y la arenga de Ricky en la reunión de personal ya le habían causado ciertas reservas, así que le gustaba tener una excusa. Pero esa cháchara sobre el abogado era un mero farol. Aunque diera resultado, el litigio se prolongaría hasta que los asfixiaran las estrecheces económicas. No era sólo la hipoteca de la casa de Vigor y el coste de la mudanza. Además habían pensado pagar los impuestos del año anterior con los cheques por derechos de autor del otoño pasado, y ahora estaban endeudados con Hacienda, y ni siquiera la bancarrota los libraría de eso. Renunciar a ese empleo sería un golpe tan devastador que tendrían que regresar a Orem, Utah, a vivir en el sótano de los padres de DeAnne mientras Hacienda subastaba todas sus pertenencias.

Pero aun así le gustaba marcharse de esa oficina.

—Un momento, Step —dijo Vaquero Bob.

Step dio media vuelta. El vicepresidente de finanzas sacaba otro papel de la gaveta del escritorio.

—Ya que no le ha convenido el primero, lea esto antes de plantarnos y obligarnos a que nosotros lo demandemos por incumplimiento de contrato.

Step regresó y cogió el documento. Lo leyó sin sentarse. No pudo creerlo. Era una versión del convenio que sólo se podía haber redactado para él: excluía el software anterior, excluía la programación en ordenadores para los cuales Eight Bits Inc. no publicaba software, y la cláusula de no competencia era de un año.

—Ya lo tenía preparado —dijo Step.

—Ajá —admitió Vaquero Bob.

—¿Y por qué me mostró el otro?

—Porque quizá lo hubiera firmado. —Vaquero Bob sonrió—. Los negocios son los negocios, Step.

Step lo miró boquiabierto. No le interesaba vivir siquiera en el mismo planeta que aquel desaprensivo, mucho menos trabajar con él.

—Hemos satisfecho todos sus requerimientos, Step —lo azuzó Vaquero Bob.

—Sólo me pregunto si hay otro documento en ese cajón.

—Puede estar seguro, y tiene el número de teléfono de nuestro abogado. ¿Cómo decirlo amablemente, Step? Firme o enfréntese a un pleito.

—Caray, Bob, ¿así habla con todos los muchachos?

—Mírelo así, Step. Usted no trabajará conmigo. Lo único que sabrá de mí es que le firmo el cheque, y cuando haya recibido varios me cobrará simpatía. Ahora está enfadado, pero eso le pasará, y dentro de seis meses nos tomaremos un par de cervezas y nos reiremos de la rabieta que tuvo el primer día.

—Yo no bebo.

—Sí, lo olvidaba, usted es mormón —dijo Vaquero Bob—. Bueno, entonces eso queda descartado. Porque al verle me da la impresión de que jamás me perdonaría sin

haber empinado un par de cervezas.

Lo dijo con un destello en los ojos, y Step no pudo contener una sonrisa. Conque Vaquero Bob sabía que era un hijo de puta, pero no le importaba. Bien, Bob, yo sé que eres un hijo de puta, y creo que tampoco me importa.

Step apoyó el documento en la mesa, lo firmó y salió.

Era casi mediodía, y aunque en principio debía ir a ver a Dicky para preguntarle dónde estaba su oficina, Step necesitaba salir un minuto del edificio para decidir si quería gritar, llorar o reír.

Al dirigirse a la reunión de personal había visto un pasillo con una puerta que daba al lado norte del edificio. Dicky le había dicho al pasar que todo el mundo usaba esa puerta, pues allí estaba el aparcamiento. Hacia allí se dirigió.

El paisaje no era bonito, sólo un aparcamiento estrecho, una cerca coronada con alambre de espinos, un descampado donde sólo pacían llantas viejas y una oxidada nevera sin puerta. El Mercedes de Ray ocupaba el único espacio designado del aparcamiento, frente a la puerta norte. Step tuvo ganas de mearse en las llantas como un perro, pero se conformó con imaginarlo.

He sido un hombre libre en los últimos cinco años, se dijo, sin trabajar para nadie. Viviendo de préstamos para estudiantes, aprendí programación con el Atari para distraerme de mis estudios de historia, y terminé por crear un programa que gustó a mucha gente y me permitió ganar cien mil dólares en un año y medio. Ese dinero se ha esfumado, pero generó impuestos que no puedo pagar, y acabo de firmar un contrato para trabajar para una compañía con una política interna bizantina, un dueño que tiene delirios de grandeza, un vicepresidente de finanzas que cree que hacer negocios consiste en joder a quien se deje, y un supervisor tan incompetente que todos quieren que yo le corrija los errores sin que él se dé cuenta. Todo por treinta mil dólares al año. Dos mil quinientos al mes. El precio de mi alma.

Pero no era peor de lo que había afrontado su padre. Una compañía de letreros que se fue al traste cuando papá se rompió la espalda, pero papá se negó a firmar la suspensión de pagos, lo pagó todo lentamente, en diez años, y entretanto volvió a estudiar, se sacó el bachillerato, enseñó en el Centro Estatal de San José, y terminó trabajando en Lockheed, diseñando programas de adiestramiento para operadores de misiles. Si papá hubiera tenido la mitad del dinero que yo gané el año pasado, se habría asegurado de garantizar su libertad para siempre. Habría guardado dinero en el banco, por si las moscas. Yo lo gasté como si fuera a durar para siempre, y ahora estoy igual que él, que se aguantó todos esos años en Lockheed obedeciendo órdenes de ineptos y fines de semana trabajando en una tienda de fotografía en el Hillsdale Mall. Nunca le oí una queja, excepto el día en que le pidió perdón a mamá cuando ella tuvo que volver a trabajar como secretaria en escuelas públicas.

Por eso he firmado ese documento, comprendió Step. Para no tener que pedirle

ese mismo perdón a DeAnne.

Y si no descubro un modo de ganar un dinerillo extra en este año, Hacienda nos pondrá igualmente en ese aprieto.

La angustia, la desesperación, el recuerdo de las derrotas de su padre le hicieron un nudo en la garganta. Si dejo que me dominen las emociones, pensó, se me notará en la cara cuando vuelva adentro. Tragó saliva y respiró hondo para relajarse.

Alguien abrió la puerta y salió. Step no se giró, temiendo o deseando que fuera Vaquero Bob o el mismo Ray Keyes, preocupado por él, ansioso de hacer las paces.

Era sólo un adolescente que caminó unos metros y encendió un cigarrillo. Le dio una calada y soltó el humo, formando anillos.

—¿Cuánto tardaste en aprender a hacer eso? —preguntó Step.

El chico dio media vuelta. Tenía gafas gruesas de montura negra, así que parecía que sus ojos nadaban en un pote de laboratorio.

—He sabido hacer anillas desde que mi madre me enseñó a los diez años.

—¿Tu madre te enseñó a formar anillas de humo? ¿A los diez años?

El chico se echó a reír.

—Ésta es una zona tabacalera, señor Fletcher, y mi familia es tabacalera. Mi mamá me soplabá humo en la cara cuando yo era un bebé, así que me crié conociendo la diferencia entre la hierba barata de los cigarrillos Reynolds y el buen tabaco de los EE.

Step trató de disimular un escalofrío. Cuando él y DeAnne buscaban una casa, habían desechado el linde este de la ciudad, donde la EE Tobacco Company impregnaba el aire de alquitrán y nicotina. Era como estar encerrado eternamente en un ascensor con alguien que hubiera apagado el cigarrillo un instante antes.

¿Qué hacía una familia mormona en una región tabacalera?^[1] DeAnne era tan alérgica al humo del tabaco que le hacía vomitar aun cuando no estaba embarazada. La idea de que alguien soplara humo en la cara de un niño enfureció a Step. Hay cosas que no haces con los niños si tienes un mínimo de decencia. Y enseñar a un chico de diez años a formar anillos de humo...

—No quiero hablar como un estúpido admirador, señor Fletcher, pero Hacker Snack me pareció el mejor juego de Atari.

—Gracias.

—Por cierto, sus rutinas IA eran espantosas.

Fue como un puñetazo. Tras la tímida aceptación de un cumplido, una crítica demoledora.

—¿IA? —preguntó.

—Ya sabe, inteligencia artificial.

—Sé qué significa IA, pero no recuerdo haber tratado de incorporarla a mi juego.

—Me refiero al modo en que los oponentes acorralan al jugador. Las rutinas de

inteligencia de la máquina. Demasiado previsibles. Resultaba demasiado fácil eludirlos, hasta que al final usted derrota al jugador a toda velocidad. Como matarlo a garrotazos.

—Oye, gracias.

—No, en serio. Me encantaba el juego, pero hubiera deseado que los malos se movieran en forma semialeatoria, para que el jugador no comprendiera que lo acometían. Así no estaría seguro de lo que iban a hacer, y el juego habría sido divertido en niveles más altos, y nunca tendría que haber incluido esa velocidad pasmosa donde es imposible derrotar a los oponentes.

—La velocidad no es problema.

—¿Eso cree?

—No si encuentras la puerta trasera de las salas.

Esta vez fue el chico quien se sintió incómodo.

—¿Puertas traseras?

—Hacker Snack no es un juego de acción, sino un juego de ingenio —dijo Step—. No me digas que tratabas de andar más rápido que esas criaturillas en todos los niveles.

—Llegué hasta medio millón de puntos haciéndolo así —presumió el chico.

—Es lo más increíble que he oído. Debiste haber perdido antes de los veinte mil puntos. Has de tener reflejos de murciélago.

El chico sonrió.

—Soy el mejor especialista en juegos de vídeo que haya conocido —dijo—. Tiene que mostrarme esas puertas traseras.

—Y tú tienes que mostrarme qué quieres decir con lo del movimiento aleatorio.

—Acompáñeme. Introduje su juego en uno de los ordenadores, por si usted pasaba.

—¿Tienes un Atari aquí?

—Aquí nadie ignora que el Atari es diez veces mejor que el 64. Preparamos software para el 64 porque se está vendiendo como churros y el Atari aún cuesta mil dólares, así que nadie lo compra.

Step lo siguió al edificio.

—¿Por qué saliste a fumar? —preguntó—. He visto gente fumando en la mayoría de las oficinas.

—No en la mía —dijo el chico—. No permito que nadie fume cerca de las máquinas. Las estropea. Es como echarles Coca-Cola.

¿Ese chico *no permitía* que nadie fumara cerca de las máquinas?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Step.

—Mis padres me llaman Bubba. Me bautizaron Roland McIntyre, pero yo me considero Saladin Gallowglass^[2]. —Miró a Step por encima del hombro y sonrió—.

¿Alguna vez ha jugado a Dragones y Mazmorras?

—Mi hermano trató de enseñarme una vez, pero al cabo de cinco horas el juego aún no había empezado.

—Entonces es un pésimo jugador, sin intención de ofender. Un buen jugador puede entrar en pleno juego a la media hora y mantenerlo en movimiento como si estuviera viendo una película. Casi. Aquí está su oficina, de paso.

Era una habitación vacía. Sabían que él llegaba, y ni siquiera habían puesto un escritorio.

—Habían puesto una mesa aquí, pero la hice sacar —explicó Bubba Roland Saladin Gallowglass—. Les dije que usted no venía a escribir cartas de tía solterona, sino a redactar manuales, y para eso necesitaba un equipo completo de informática, con procesador de textos y cada uno de los ordenadores para los cuales preparamos software. Esta tarde le pondrán un escritorio como el que tengo aquí. Ésta es mi oficina. La compartiré conmigo hasta que la de usted esté lista, si no le molesta.

Step entró en el paraíso de un *hacker*. Había dos escritorios a lo largo de las largas paredes de la habitación, con un par de estantes encima. El estante inferior tenía monitores para media docena de ordenadores, y el superior tenía libros, papeles y pilas de discos. La mesa estaba abarrotada de Commodores 64, un par de Vic, un TI, un Radio Shack Color Computer, y hasta uno de esos chapuceros ordenadores Timex. También un viejo Pet monocromo, que al parecer se usaba como procesador de textos. Y un Atari, con Hacker Snack encendido y funcionando a modo de demostración. Excepto que el modo de demostración debía presentar el juego en el nivel uno, y éste funcionaba en el nivel veinte.

—Has descifrado el código —se asombró Step.

—Me gusta usar el juego como salvaguardapantalla, porque tiene mucho movimiento. Y el nivel veinte tiene los colores más bonitos.

—Eso estaba totalmente protegido.

—Sí, tardé diez minutos en penetrar en el esquema y una hora en dismantelar el código.

Bubba Roland Saladin Gallowglass parecía orgulloso de sí mismo, y era comprensible. Step era buen programador, pero ese chico era un auténtico *hacker*, un genio de la informática. Y tenía suficiente autoridad para hacer que Eight Bits Inc. remodelara la oficina de Step.

—¿Cuál es tu trabajo aquí? —preguntó Step.

—Oh, sólo doy vueltas y programo un poco. Se supone que estoy en la universidad, pero ahora tengo vacaciones.

—¿Vacaciones de primavera?

—Sí, que ya van para un año. Traté de seguir cursos de informática pero querían enseñarme COBOL, ¿se imagina? Tenía que saber Fortran o no me podía graduar.

Como estudiar anatomía de los dinosaurios en la facultad de medicina. Algunos iremos a Richmond para ver el concierto de David Bowie este fin de semana. ¿Le apetece venir?

Step se sintió halagado por la invitación, pero tuvo que rechazarla.

—Aún estamos desembalando, y prefiero el viejo rock and roll americano. Bowie es demasiado disco para mi gusto.

—Oh, ya ha pasado esa etapa. También la etapa del brillo. Ahora está en una onda punk.

—Sí, bien...

—Yo considero que mi personaje de Dragones y Mazmorras, Saladin Gallowglass, se parece a David Bowie. O Sting.

—¿Sting? —preguntó Step.

—El de The Police —aclaró el chico. Como Step no parecía comprender, el chico sacudió la cabeza y continuó—: Entiendo que usted se encargará del control de calidad.

—Por lo que Dicky ha dicho esta mañana, tengo que pedirle que me desabroche la bragueta cuando vaya a mear.

El chico rió.

—Así es Dicky, un mequetrefe. No, Ray me dijo que usted es un recurso valioso. Sólo logró que Dicky aceptara contratarlo prometiéndole que usted no se entrometería con la programación, pero él quiere que se meta en todo. Lo considera el mayor genio en informática del universo.

—Pues no lo soy. Soy un historiador que aprendió a programar en su tiempo libre.

—Todos los buenos programadores aprendieron por su cuenta, al menos en el negocio de los ordenadores personales.

—Oye, ¿cómo debo llamarte?

—Aquí me llaman Roland, así que tal vez deba llamarme así.

—¿Pero tú qué prefieres?

El chico sonrió.

—Como le he dicho, yo me considero Saladin Gallowglass.

—¿Entonces Gallowglass te parece bien, o es demasiado formal?

—Gallowglass es perfecto, señor Fletcher.

—Llámame Step. Puedes tutearme.

—De acuerdo, Step.

—¿Te molesta que te pregunte tu edad?

—Veintidós.

—Y si eres sólo un vulgar programador, ¿por qué Ray Keyes te cuenta cosas que no le dice a Dicky?

—Oh, supongo que me conoce desde hace más tiempo. Yo lo visitaba en su casa

y aprendí a programar en su Commodore Pet cuando tenía dieciséis años.

Step comprendió. En todas sus entrevistas y reuniones, nadie había mencionado la existencia de esta joven maravilla, y nadie le había contado quién había preparado el software con el cual Ray Keyes se había ganado un Mercedes y una oficina de gran jefe.

—Tú programaste el Scribe 64, ¿verdad? —Gallowglass sonrió tímidamente.

—Hasta el último detalle —asintió.

—Y apuesto a que tú te encargas de programar las nuevas versiones.

—Ahora estoy trabajando en una pantalla de sesenta caracteres —dijo—. Tengo que usar una especie de memoria virtual de pantalla y mapas subordinados de caracteres, pero funciona bastante bien. Se me ha ocurrido la idea de usar la memoria de caracteres como memoria virtual de pantalla, y así no habrá que utilizar RAM para los mapas.

—No sé lo suficiente sobre la arquitectura del 64 como para saber de qué hablas —dijo Step—. Pero espero que no te parezca impertinente si te pregunto, ya que eres el creador del Scribe 64, por qué no eres vicepresidente de nada.

—Ray me trata bien —dijo Gallowglass—. Gano más dinero que Dios. Y no soy buen material como ejecutivo.

—Me gustaría saber cuánto gana Dios —sonrió Step.

—Quizá te lo diga alguna vez. ¿Y qué hay de ti? ¿Tienes hijos?

—Tres, con el cuarto en camino.

—¿Qué edad tienen?

—Stephen tiene casi ocho, Robert casi cinco, Elizabeth dos y el nuevo tiene cinco meses negativos.

—Yo me llevo muy bien con los niños —dijo Gallowglass—. Si alguna vez quieres que los cuide, avísame.

—Sí, me imagino. Un programador que gana más dinero que Dios, y voy a llamarlo para que trabaje de canguro.

—Hablo en serio. Me gustan los niños, y a veces me siento solo.

—¿No vives con tus padres?

—Papá me odia —dijo Gallowglass—. Vivo solo.

—¿Te *odia*? Vamos.

—No, hablo en serio. Me lo repite cada vez que voy a casa. En cuanto cruzo la puerta me dice: «Cómo te odio. ¿Tienes que volver siempre?» Pero mamá es buena. Oye, sólo somos una típica familia sureña.

—Lo siento. No quería inmiscuirme —dijo Step. Gallowglass rió.

—Hace tiempo que no veía a un hombre mayor ruborizándose.

Pobre chico, pensó Step. Un joven simpático, brillante, amable, y no sólo su papá lo odia, no sólo su madre le soplaban humo en la cara cuando era niño, sino que es

estafado por la gente en quien más confía. No es asunto mío, pero este chico debería enterarse de que tiene otras posibilidades.

—Te diré una cosa —empezó Step—. La diferencia entre los derechos de autor y las bonificaciones es que un derecho te corresponde, es tuyo por ley, aun cuando te marches de la compañía, mientras que una bonificación es un obsequio. Si Ray decide no dártela, pues qué pena, tendrás que aguantarte.

Gallowglass lo miró fijamente a través de sus gruesas gafas.

—Pensé que te convenía saberlo —carraspeó Step—. Por si quieres escribir otro programa. Tal vez en el próximo mencionen tu nombre en el manual. Los programadores no recibimos mucho reconocimiento por nuestro trabajo.

—Tu nombre en Hacker Snack —observó Gallowglass.

—Rechacé a dos editores de software porque se negaban a incluir ese detalle en el contrato. Así es como la gente de Eight Bits conoció mi nombre. Pero hasta ahora nadie ha mencionado tu nombre aquí. Yo tenía la falsa impresión de que Ray había escrito Scribe 64.

—¿Eso creías?

—No porque él me lo haya dicho.

—Ray no puede programar un ordenador ni para que figure su nombre en pantalla —aseguró Gallowglass.

—Pues bien, yo no lo sabía. Nunca me lo dijo. No es culpa suya que yo me equivocara. Pero me parece importante que los programadores obtengamos nuestro reconocimiento, tal como el nombre de un autor aparece en sus obras.

—No fuiste el primero en lograr que un juego saliera con tu nombre —observó Gallowglass—. Doug Duncan ya lo había hecho con Russian Front.

—Sí —admitió Step—. Yo ya había firmado el contrato antes que saliera Russian Front, pero él fue el primero en publicar un programa con su nombre.

—Le conocí el año pasado en la universidad —dijo Gallowglass.

—¿Sí?

—Le hice lo mismo que a ti. Le dije que era un juego sensacional, pero luego le señalé algunos defectos.

—Oh, ¿lo haces con todo el mundo?

—Claro.

—¿Dónde aprendiste esa técnica, en *Cómo ganar amigos e influir sobre la gente*? Gallowglass rió entre dientes.

—Me gusta ver cómo reacciona la gente. Tú reaccionaste bien. El mejor hasta ahora. Escuchaste las críticas de un chico con gafas a quien ni siquiera conocías.

—¿Cómo reaccionó Duncan?

—Bueno, digamos que Doug Duncan es la clase de tío que jamás perdonará a nadie que se atreva a insinuarle que hay algún defecto en sus programas. Seis meses

después me hizo echar de una mesa redonda, diciendo que se negaría a participar si me daban un micrófono a mí. Nunca olvida y nunca perdona.

—Eso debió enseñarte a no criticar a los desconocidos.

—Yo lo llamo la prueba del imbécil flamígero, y Duncan deja una estela de cenizas dondequiera que va.

Step tuvo que reírse. Le gustaba ese chico. Tal vez demasiado. Aunque si Dicky había oído esa conversación sobre derechos de autor para los programadores, era probable que los dos estuvieran en dificultades.

—Oye, ¿alguien puede oír lo que se dice en esta oficina?

—No sé —dijo Gallowglass—. ¿Pero quién podría oírnos con todos estos juegos conectados?

Step pensó, pero no dijo, que los juegos de la oficina les hacían hablar en voz más alta, mientras que el ruido no molestaría tanto a alguien que deseara escuchar desde fuera.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Gallowglass.

Era Dicky, y Step se sintió como si lo hubieran pillado con las manos en la masa. Dicky había estado escuchando.

—Por fin le encuentro —dijo Dicky—. Le he buscado por todas partes.

—¿A mí? —dijo Step.

—Iba a pedirle que almorzara conmigo.

—No puede —intervino Gallowglass—. Almorzará conmigo, así podré asesorarlo sobre las nuevas características del Scribe 64.

—Y yo tengo que asesorarlo sobre todo lo demás —objetó Dicky con cierto enfado.

—No quiero complicaciones —terció Step—. Es mi primer día e iré adonde me digan.

Dicky y Gallowglass se miraron un largo instante.

—Venga a verme después del almuerzo —dijo al fin Dicky.

—Claro. Pero usted es mi supervisor, señor Northanger, así que estoy a su servicio.

—Llámeme Dicky —dijo Dicky.

—¿No Richard? —preguntó Step.

—¿Dicky tiene algo de malo?

—No, sólo pensé...

—Dicky no es un diminutivo de Richard —explicó Dicky—. Es mi nombre de pila.

—Perdón —dijo Step.

—Y *prefiero* que me vea después de almorzar.

Dicky se marchó y cerró la puerta tras él.

—Hombre, eres el campeón de los pelotas —rió Gallowglass.

Step se volvió hacia él.

—¿Qué estás buscando? ¿Que mi supervisor me coja manía desde el primer día?

—No te tomes a Dicky muy en serio. No puede tocar un programa sin estropearlo. Es un inútil.

Al parecer Gallowglass no tenía ni idea de los problemas que un sujeto como Dicky podía causarle a un hombre en la posición de Step. El muchacho era amigo del dueño y había programado la aplicación que les daba de comer a todos, así que podía tratar a Dicky como le diera la gana. Pero eso no significaba que Dicky estuviera conforme con la situación. Debía de perder los estribos cada vez que Gallowglass hacía o decía algo, y se desquitaría con quien estuviera cerca de Gallowglass y necesitara su empleo.

Es decir, conmigo.

—Hazme un favor —pidió Step—. No hagas que Dicky se enfade aún más conmigo.

—Claro —dijo Gallowglass—. No te enfades. Te aseguro que no habrá problemas. Eres un galán por aquí. Todos están entusiasmados con tu presencia. Ya lo verás, será sensacional.

—Entonces no hay problema —dijo Step, aunque era probable que Gallowglass se equivocara.

—En serio, me gustaría cuidar a tus hijos.

—Gracias.

—Lo hago muy bien. Y no me asusta cambiar pañales.

—Claro —dijo—. Hablaré con DeAnne sobre ello.

—De acuerdo. Sacomer.

—¿Qué has dicho?

—Sacomer. Es una palabra que usamos aquí. Significa «Vamos a comer», pero como cuando lo dices deprisa. Sacomer.

—Claro, entiendo —dijo Step—. Sacomer.

Agujeros asquerosos

Así fue como DeAnne, nacida y criada en el Oeste, llegó a la casa de Steuben, Carolina del Norte, donde ahora estaba desembalando cajas: sus primeros recuerdos era de su infancia en una zona humilde de Los Ángeles en los años 50. En esa época aún no predominaban las bandas; los negros, a quienes entonces llamaban «gente de color», iniciaban sus marchas de protesta y aún no se habían amotinado. Su vecindario y sus amigas de la escuela pertenecían a diversas razas y nacionalidades. DeAnne ni siquiera reparó en ello hasta que se marchó.

Su padre obtuvo el doctorado y fue a enseñar a la Universidad de Brigham. Ella tenía ocho años cuando fue a la escuela en Orem, Utah. Todos los niños de su clase eran blancos y mormones, y muchos eran los mismos que veía los domingos en la iglesia. Corría el otoño de 1962, y los niños pronto se pusieron a hablar de Martin Luther King y de los derechos civiles. DeAnne se asombró del modo insultante en que se referían a los negros, como si con sólo mencionarlos dijeran una palabrota.

Cuando notaron que DeAnne se enfadaba, se burlaron y dijeron cosas aún peores: que la gente de color era inmunda y estúpida, que todos robaban y llevaban navajas. Ella respondió airadamente que no era cierto, que su mejor amiga de Los Ángeles, Debbie, era de color y era tan lista como cualquiera y no apestaba, y el único chico que les había robado algo fue un blanco. Esto los enfureció. Le dijeron cosas terribles, la empujaron, le pegaron y la pellizcaron. Regresó a casa llorando. Sus padres le dieron la razón, pero DeAnne nunca olvidó el feo rostro del prejuicio ni la furia de otros niños cuando alguien se les oponía.

Cuando Step decidió preparar el doctorado en historia, ni siquiera pensaron en una universidad que estuviera al oeste del Mississippi. DeAnne no quería que sus hijos se criaran en Utah, donde todos sus conocidos serían mormones y blancos, y donde los niños podían creer terribles mentiras acerca de cualquiera que no fuese como ellos. Step estuvo de acuerdo. Según sus palabras, no quería criar a sus hijos en un lugar infestado de mormones.

Eso estaba bien en teoría, pero la realidad era una deprimente sala en una derruida casa de Steuben, Carolina del Norte. Y Stevie había tenido que iniciar sus clases como un extraño.

En Utah, Stevie ya habría conocido a todos los niños, por el vecindario y por la iglesia. Hubiese compartido el mismo estilo de vida, sabría qué esperar. Hemos dado a nuestros hijos una variada experiencia, tal como planeábamos, pensó DeAnne, pero también los hemos privado de una sensación de pertenencia. Aquí son extranjeros. Nosotros somos extranjeros.

Soy una extraña en una tierra extrañísima. Robbie y Elizabeth estaban en cama.

Para Elizabeth eso significaba dormir con dificultades; para Robbie, estar acostado leyendo chistes y cuentos. Bastaba con que estuvieran tranquilos y callados. Le daba la oportunidad de estar a solas, de vaciar las cajas de una en una, de cavilar sobre su vida y preguntarse si era buena madre, buena esposa, buena mormona, buena persona, aunque en secreto sabía que no lo era y jamás podría serlo, a pesar de lo que creyeran los demás, pues nadie, ni siquiera Step, sabía cómo era por dentro. Su debilidad, su temor, su inseguridad ante todo salvo la Iglesia. Eso era lo único que no cambiaba, el cimiento de su vida. Todo lo demás era modificable, incluso Step. Sabía que no lo conocía del todo, que siempre había la posibilidad de que un día él la sorprendiera, transformándose en un extraño que no la aprobaba y ya no la quería en su vida. DeAnne sabía que para conservar las cosas buenas de su vida —su marido, sus hijos— tenía que hacer siempre lo correcto. Era la orilla del paño de su vida. Pero no podía estar segura, día tras día, hora tras hora, de qué era lo correcto. Sonó el timbre.

Era una mujer de unos treinta años, esbelta como Jane Fonda, un poco más baja que DeAnne. Llevaba tres niños, y el mayor era un chiquillo de la edad de Robbie. Por alguna razón —tal vez por los niños, tal vez por ese rostro confiado y jovial sin una pizca de maquillaje— DeAnne supo que aquella mujer era mormona. Si no lo era, merecía serlo.

—¿Hermana Fletcher? —dijo la mujer.

En efecto, era mormona.

—Sí —dijo DeAnne.

—Soy Jenny —se presentó la mujer. Y añadió—: Mi apellido es Cowper.

—Como el poeta —comentó DeAnne.

Jenny sonrió.

—¡Lo sabía! He vivido seis años aquí, y cuando nos faltan sólo cuatro meses para mudarnos a Arizona, llega alguien que ha oído hablar de William Cowper.

Qué te parece, pensó DeAnne, me cae simpática y está a punto de mudarse.

—Adelante, por favor. Mis hijos están durmiendo, pero mientras nos quedemos en la sala...

—¿Tus hijos duermen a esta hora? Te los cambio —dijo Jenny al pasar. Ni siquiera miró si sus hijos la seguían—. Sé que estás ocupada desembalando, pero he traído un cuchillo afilado y alimenté y abrevé a mi rebaño antes de venir, así que muéstrame dónde están las cajas.

—Hoy me ocupo de los libros —dijo DeAnne, conduciéndola a la sala—. Pero no es necesario que me ayudes.

—¿Orden alfabético?

—Esa es la idea. Pero por ahora bastará con agruparlos. Jenny, ¿cómo supiste mi nombre? El domingo ni siquiera fuimos a la iglesia.

—Ya me di cuenta —dijo Jenny—. Hace unas semanas el obispo anunció que había recibido una llamada de un hermano de Vigor, Indiana, quien se mudaría a Steuben el primer fin de semana de marzo. Pensé que necesitaríais ayuda, así que esperé a que os presentarais en la iglesia, pero no vinisteis. Llegué a esta conclusión: el esposo no habría llamado a la iglesia sino fueran practicantes. O bien se atrasaron, o bien son de esas personas orgullosas, tercas y envaradas que jamás pedirían ayuda, así que se saltaron su primer domingo de iglesia y planean aparecer la semana próxima, cuando todo esté listo y ordenado, y cuando les ofrezcan ayuda darán las gracias diciendo que ya no la necesitan.

DeAnne se echó a reír.

—Nos has calado bien.

—Era la hora de la escuela dominical, pero no voy a la clase de doctrina evangélica, porque el maestro y yo no hacemos buenas migas. Me metí en la oficina del escribiente, busqué el barrio de Vigor^[3] en la guía de la Iglesia, y puse una conferencia. Hablé con el secretario y le pregunté si tenían gente que se acabara de mudar a Steuben, Carolina del Norte, y me respondió que eran los Fletcher, una familia maravillosa, que la hermana Fletcher había sido asesora de educación en la Sociedad de Socorro y que el hermano Fletcher era presidente del quórum de élderes^[4] y dirigía el coro, que tenían tres hijos y uno que llegaría en julio, y que eran grandes oradores, y que debíamos convencerlos de que hablaran en las reuniones sacramentales con la mayor frecuencia posible...

—Oh, te atendió el hermano Hyde. Sólo quiso ser amable.

DeAnne no podía creer que el hermano Hyde se acordara de la fecha de nacimiento del bebé, ni que hubiera dado esa información a una desconocida. Pero, a fin de cuentas, todos formaban parte de la Iglesia, y eso significaba que «no había desconocidos, sino conciudadanos de los santos», como decía esa epístola de Pablo a un grupo de griegos. O romanos. O hebreos.

—Sí, claro —dijo Jenny—. También me dio vuestra dirección, y luego recordé que el viernes pasado o así me crucé con vuestro camión de mudanzas, y nunca me imaginé que una familia mormona se mudaría a sólo seis casas de la nuestra. Imagínate, tener una vecina mormona. Es algo insólito en Steuben.

Aunque Jenny no se hubiera preocupado de guardar los libros por orden alfabético de autores y en los lugares correspondientes, DeAnne se habría alegrado de tenerla allí con tal de no sumirse en sus cavilaciones.

A pesar de su formación diferente, Jenny había logrado adquirir una actitud similar hacia la Iglesia. La diferencia consistía en que Jenny estaba dispuesta a decir sin rodeos cosas que DeAnne jamás admitía ante nadie excepto Step.

—Tenía que llegar aquí primero —explicó Jenny— o vuestro primer contacto con el primer barrio de Steuben habría sido Dolores LeSueur, nuestra profetisa.

—¿Vuestra qué?

—Se especializa en visiones y tiene revelaciones para todos. Hace quince años que se muere de cáncer, pero siempre se cura, y como la muerte le respira en la nuca se ha acercado muchísimo a Dios... y eso que antes ya estaba tan cerca de Dios que a lo mejor compartían el cepillo de dientes. No puede decirte hola sin aclarar que el Espíritu le ordenó que te saludara. Te encantará.

—¿En serio? No lo creo, si es como la describes.

—Oh, te gustará, pues de lo contrario demostrarás que eres un instrumento de Satanás y una influencia maligna. No te preocupes, mientras se salga con la suya es inofensiva.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego. Si ella está a cargo de una actividad, todo debe hacerse a su manera. Si ella decide que debes dirigir tu organización así o asá, no se te ocurra llevarle la contraria.

—¿Afirma que recibe inspiración?

—Oh, lo afirma cada vez que tiene que ir al cuarto de baño. Si no estás de acuerdo con ella, insta a sus discípulos a estorbar al obispo, y al final le das gusto con tal de que el obispo te deje en paz. Y si el obispo no cede, ella acude al presidente de la estaca, y si él no le da lo que quiere, llama a Salt Lake hasta que alguien la autoriza a someterte a garrotazos. Pero no permitas que mis opiniones te predispongan contra ella.

DeAnne dijo lo que decía siempre, pues sabía que era correcto rechazar la malicia.

—Preferiría formarme mi propia opinión.

Jenny ladeó la cabeza y estudió a DeAnne un momento, como si evaluara si DeAnne la juzgaba mal.

—Oh, sé que esto parece un chismorreó, y de hecho lo es. Pero te aseguro que no volveré a mencionar a Dolores hasta que tú saques el tema. Aun así, sé por experiencia que dentro de seis semanas te alegrarás de no ser la única que la ha calado. Ya basta. Tal vez soy demasiado frontal, pero me crié en un rancho de Santaquin donde la palabra «estiércol» sólo se usaba los domingos en la iglesia, así que estoy habituada a hablar sin rodeos. Por ejemplo, he notado que vigilas a mis hijos y los alejas de los objetos y eso significa que tus hijos deben de ser bien educados y no suelen romper cosas. Nuestra estrategia consistió en asegurarnos de no poseer objetos cuya pérdida nos importase. Pero te propongo una cosa. Hemos terminado con los libros, así que déjame ayudarte con esta caja y luego me llevaré a mis monstruos para que se dediquen a destrozar mi propia casa. Esta noche trae a tu marido y tus hijos a mi casa para cenar. Estamos a dos manzanas, por Chinqua Penn, hacia allá. Doblas en Wally y estamos cinco puertas a la derecha.

—Oh, no quisiera molestarte... ya he ordenado la cocina y...

—Sin duda estás pensando en dejar de desembalar para preparar la cena —suspiró Jenny—. Por si te interesa, no hago comida sureña, sino del Oeste. Eso significa que no habrá fritangas. Y cocino como en los ranchos del Oeste, no como los mormones del Oeste, lo cual significa que no serviré guisado de atún con ensalada, sino un poco de carne asada con patatas horneadas y salsa, y ya he comprado suficiente para toda la pandilla, así que no la desperdicies. Di que sí y ven a las seis.

Eso fue todo. Jenny terminó la caja, llamó a sus hijas y se marchó seguida con los chiquillos. DeAnne se sintió estimulada y aliviada. No, se sintió como en casa, porque ahora conocía a alguien, tenía una amiga.

Miró la hora. Eran las dos y trece. Al cabo de dos minutos debía estar en la escuela para recoger a Stevie.

Irrumpió en el dormitorio y sacó a los niños de la cama —Robbie estaba muy dormido, justamente hoy—, les hizo llevar los zapatos y los calcetines al coche y logró llegar al aparcamiento de la colina que daba a la escuela a las dos y veinte. Aún había gran cantidad de automóviles, más de los que podía albergar el aparcamiento, y gran cantidad de niños, pero Stevie no estaba. Debía de haber subido la colina y, siguiendo sus instrucciones, había regresado a esperarla en la oficina de la directora.

Logró ponerle los dos zapatos a Elizabeth al mismo tiempo, mientras Robbie se calzaba los suyos y se los ajustaba con la tira de velcro. Vaya, el velcro era una bendición. Eran casi las dos y media cuando entró en la escuela. El último autobús estaba saliendo. Stevie estaba sentado en la oficina de la doctora Mariner. En cuanto la vio, se levantó y enfiló hacia la puerta.

—Un momento, señora Fletcher —dijo la secretaria.

DeAnne se volvió hacia ella.

—Si no puede recoger a su hijo a tiempo, le sugiero que le permita viajar en el autobús. O que se inscriba en el programa de actividades extraescolares.

—Llegaré a tiempo —dijo DeAnne—. O le haremos coger el autobús.

—Porque esta sala no es para cuidar niños. Es una oficina —señaló la secretaria.

—Sí, lo siento. No volverá a ocurrir.

—Aquí nos gustan mucho los niños, pero debemos reservar esta zona para asuntos de adultos, y agradecemos que los padres tengan la consideración de no...

—Le prometo que sólo me retrasaré de nuevo si me muero. Muchas gracias.

Hirviendo por dentro, salió de la oficina, con Elizabeth sobre la cadera y Robbie detrás. Stevie esperaba en la puerta del frente.

—No llegué tan tarde —dijo DeAnne—. Pero pensé que tu clase aún no había salido, así que esperé en la colina.

Stevie asintió en silencio. En cuanto ella lo alcanzó, echó a andar enérgicamente,

subiendo la escalera de la colina.

Robbie se zafó de DeAnne y alcanzó a Stevie, pero su machacona conversación no logró penetrar el silencio de Stevie. Debe de estar muy enfadado, pensó DeAnne. Por lo general Robbie lo sacaba de su enfurruñamiento en treinta segundos.

Cuando llegaron al coche, DeAnne se disculpó de nuevo por su retraso, pero Stevie subió a su asiento sin responder mientras ella ajustaba el cinturón de los pequeños en el asiento trasero.

—¿Stevie está enfadado conmigo? —susurró Robbie a pleno pulmón.

—Creo que está enfadado conmigo —dijo DeAnne—. No te preocupes.

Subió al coche, salió del aparcamiento, atravesó un caminito en medio de una arboleda y al fin salió a una calle. Sólo entonces echó una mirada a Stevie.

—Por favor, no te enfades, Stevie. No volverá a ocurrir.

Él sacudió la cabeza y una lágrima plateada le brotó del ojo, reflejando un destello de sol antes de caer al suelo. No estaba enfurruñado, estaba llorando.

DeAnne le cogió la mano izquierda, la estrujó.

—Oh, Stevie, ¿qué pasa, cariño? ¿Tan mal te fue?

Stevie sacudió de nuevo la cabeza; aún no quería hablar de ello. Pero tampoco apartó la mano. Así que no la odiaba por haber llegado tarde, y cuando pudiera le contaría lo ocurrido y aceptaría el consuelo que ella le brindara. DeAnne no le soltó la mano hasta que llegaron a casa.

Stevie no quiso comer. Se fue directamente a su habitación. DeAnne mantuvo a Robbie apartado, aunque casi tuvo que clavarle los pies al suelo de la cocina para lograrlo. Dio de comer a Robbie y Elizabeth, y luego pensó que necesitaban salir. Se habían pasado el día encerrados, y aunque era la primera semana de marzo, había sido un invierno templado, sin un copo de nieve ni siquiera en Indiana, casi caluroso desde que habían llegado a Steuben. Podían caminar un poco y buscar la casa de los Cowper mientras aún era de día.

Se asomó al cuarto de Stevie. Estaba tendido en la cama, mirando hacia otro lado.

—Stevie, vamos a pasear. ¿Quieres venir?

Stevie masculló un no.

—Cerraré las puertas con llave. Sólo saldré unos minutos, ¿de acuerdo? Si hay un problema, estaremos aquí cerca, así que no te vayas, ¿vale?

Stevie asintió.

En la calle, DeAnne notó por primera vez que no había acera. Ni siquiera podía caminar en la hierba. La gente plantaba setos hasta la calle. ¡Qué locura, qué imprudencia! ¿Dónde patinaban los niños? ¿Dónde les enseñaban a caminar sin peligro? Tal vez la gente de Steuben aún no ha notado que a veces los coches atropellan a los niños.

Se sintió nuevamente atrapada, como si hubiera descubierto que tendrían que

vivir en una casa sin agua caliente y con retretes en el exterior. No tenía por qué traer a mis hijos a este lugar salvaje. En Utah los habría mantenido en la acera y habrían estado a salvo.

En Utah.

¿Acaso soy como esos mormones que ven mal todo lo que es diferente de Utah? Recobró la compostura y dio a los niños una versión revisada del discurso de la acera.

—Manteneos cerca del borde y caminad sobre el césped.

Robbie hacía botar su pelota roja en la alcantarilla. Era una pelota de goma, hueca y de tamaño mediano.

—Ojalá no la hubieras traído, Robbie —suspiró DeAnne.

—Me dijiste que era para jugar fuera, y estamos fuera.

—Bien, si salta a la calle, no podrás cogerla, tendrás que esperar a que ruede hacia un lado u otro, ¿verdad?

Robbie asintió enfáticamente. Y siguió cabeceando, no tanto para irritar a su madre sino porque era divertido cabecear con movimientos tan exagerados.

—¡Mira, mamá, el mundo entero sube y baja!

No había dejado de jugar con la pelota, y sucedió lo inevitable. La pelota rebotó y se alejó por el canalillo, rodando de aquí para allá, hasta desaparecer.

—¡Mi pelota! —exclamó Robbie—. ¡Se ha caído por ese agujero!

La pelota, con infalible puntería, había encontrado un desagüe y había caído dentro. Era la primera vez que DeAnne se fijaba en los desagües, y de nuevo se quedó asombrada. Eran enormes agujeros en el borde de la calle, y la alcantarilla bajaba en un declive abrupto para guiar el agua. Cualquier objeto que pasara cerca caería inevitablemente dentro. Y el agujero era tan grande que un chiquillo cabía perfectamente. Claro, la gente que diseñaba calles sin aceras tampoco iba a pensar en hacer desagües donde no pudiera caerse un niño.

—¡Mamá, sácala!

DeAnne suspiró y depositó a Elizabeth en el jardín del vecino.

—Quédate junto a tu hermana y no la dejes ir a ningún lado, Robbie.

Robbie cogió con fuerza el brazo de Elizabeth, quien se puso a gritar.

—No dije que la tumbaras y la sujetaras contra el césped, Robbie.

—Se iba a ir a la calle —se justificó Robbie—. Es muy tonta, mamá.

—No es tonta, Robbie. Es una niña de dos años.

—¿Yo me iba a la calle cuando tenía dos años?

Elizabeth había dejado de gritar y arrancaba hierba del césped del vecino.

—No, Robbie, porque tenías miedo de que pasara una moto. Te asustaban las motos. Soñabas que vendrían a comerte. Así que nunca te ibas a la calle porque ahí pasaba el Hombre de la Moto.

DeAnne se apoyó sobre las manos y las rodillas para mirar dentro del desagüe,

que estaba muy oscuro.

—No veo nada. Lo siento, Robbie. Ojalá no hubieras traído la pelota.

—¿Quieres decir que no vas a estirar el brazo para recogerla?

—No, Robbie, no lo haré. No veo nada allí. Puede haber cualquier cosa dentro de ese agujero.

—¿Cómo qué? —exclamó Robbie, repentinamente aterrado.

—Sólo digo que no sé que hay dentro y no pienso meter la mano. Tal vez tenga dos metros de profundidad, o la pelota ya esté rodando rumbo a la carretera. — DeAnne recogió a Elizabeth, cogió la mano de Robbie y siguió caminando hacia la casa de los Cowper.

—Stevie dijo que éste era un lugar malo.

—¿Qué dijo Stevie?

—Un lugar malo —repitió Robbie, pronunciando con claridad, como si su madre fuera sorda.

¿A qué se refería Stevie con semejante frase? ¿A la casa? ¿El vecindario? ¿La escuela? ¿Steuben?

Robbie miró el desagüe por encima del hombro.

—¿Crees que algún día encontrarán mi pelota allá abajo?

—Como la pelota no es biodegradable, es probable que aún esté allí para el Segundo Advenimiento.

Robbie aún trataba de comprender qué significaba esa frase cuando llegaron a la segunda esquina. DeAnne se detuvo y contó cinco casas hacia la derecha. La vivienda de los Cowper era una casa de ladrillo de una planta. Había una ranchera en la calzada, con dos niños subidos encima. Podían caerse. Podían romper algo. El capó de la ranchera estaba levantado, y en ese momento Jenny alzó la cabeza, como si hubiera estado reparando el motor. Jenny estiró la espalda, miró alrededor y vio a DeAnne. Agitó la herramienta gris que empuñaba. DeAnne respondió al saludo.

Jenny gritó algo, pero DeAnne no la oyó, y sintió vergüenza de que alguien le gritara en la calle. Saludó de nuevo, como para responder que sí a las palabras de Jenny, quien tal vez había dicho nos vemos a las seis, qué buen tiempo tenemos, y dio media vuelta para arrear su pequeño rebaño de vuelta a casa.

—¡Miau! —exclamó Elizabeth al oído de DeAnne—. ¡Miau, miau!

Un gatito negro cruzó la calle cuando pasaba un coche. El gato esquivó el vehículo, que no frenó. Los temores de DeAnne sobre los peligros de la calle quedaban más que confirmados.

—Vaya —dijo Robbie—. Casi tenemos pizza de gato.

Otro «stepismo».

El gato enfiló hacia el desagüe y desapareció.

—¡Mamá! —gritó Robbie—. ¡El agujero asqueroso se lo ha tragado!

Robbie corrió hacia el agujero. Entonces comprendió que estaba lejos de su madre y quiso volver. Pero no podía resignarse a abandonar al gatito, así que se golpeó los puños contra las caderas, pidiéndole que se diera prisa.

—Cariño, es probable que el gatito baje siempre allí para jugar.

Pero Robbie no le prestaba atención.

—¡La serpiente lo ha pillado, mamá! ¡Tienes que salvarlo!

Era natural que Robbie imaginara que había una serpiente en el desagüe. Step los había llevado a un museo de ciencias y habían visto una culebra que devoraba a un ratón. Robbie no podía olvidarlo. Las serpientes habían ocupado el puesto del Hombre de la Moto.

DeAnne se arrodilló y lo abrazó para calmarlo.

—Robbie, te aseguro que no hay ninguna serpiente. Cuando llueve, el agua baja por ese desagüe, y si hubiera serpientes ya las habría arrastrado al mar tiempo atrás.

—¿El agujero asqueroso da al mar? —preguntó Robbie.

—Como todo lo demás.

—Caramba.

Robbie sorteó el desagüe trazando una amplia curva, y se quedó en el borde de la calle, mirando el agujero asqueroso, mientras DeAnne hurgaba en la cartera buscando las llaves de la casa.

—¿Y si llueve mientras el gatito está allí, mamá? —preguntó.

—No lloverá durante días, y el gato tendrá hambre y llegará a su casa mucho antes —dijo DeAnne. Abrió la puerta—. Entra, Robbie.

—¿Crees que el gatito estará jugando con mi pelota? —preguntó Robbie mientras entraba.

—Miau —dijo Elizabeth—. Agujero, todo dentro.

—Sí —dijo DeAnne—. Parece que no podemos ocultarte nada, Elizabeth.

—Agua —pidió Elizabeth.

Robbie ya corría hacia la habitación que compartía con Stevie, contando a gritos la historia de la pelota y el gato y el agujero asqueroso. DeAnne sonrió mientras llevaba a Elizabeth a la cocina para darle algo de beber. Si alguien podía sacar a Stevie de su ensimismamiento, ése era Robbie.

Poco después Robbie fue a la cocina, tristón.

—Mamá —dijo—, Stevie me dijo que me callara y me muriera.

—¿Qué? —preguntó DeAnne.

—Ya no quiere tener un hermanito, mamá —añadió Robbie.

DeAnne dejó a Elizabeth en el suelo.

—Quédate un poco con tu hermana, ¿quieres?

—¿Puedo poner la tele?

—El servicio de cable aún no está conectado, así que no hay mucho que ver, pero

haz lo que quieras.

Encontró a Stevie acostado igual que antes.

—Hijo —dijo DeAnne.

—¿Sí? —murmuró Stevie.

—Hijo, siéntate y mírame, por favor.

Stevie se sentó y la miró.

—Por favor, no vuelvas a decirle semejante cosa a tu hermano.

—Lo siento.

—¿De verdad le dijiste que se callara y se muriera?

Stevie sacudió la cabeza.

—No exactamente.

—¿Qué le dijiste, entonces?

—Le dije que se callara, y como siguió hablando a gritos de la serpiente que se comía al gatito le dije que se muriera.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Todos lo decían en la escuela, mamá. No significa que yo desee que se muera.

—Bien, Robbie no lo entiende así, Stevie. No puedes decir esas cosas, ni siquiera en broma. Y menos a tu hermano.

—Lo siento.

Parecía muy abatido. DeAnne comprendía que Stevie perdiera la paciencia después de años de compartir la habitación con un fanático de la comunicación como Robbie. Cuando Robbie quería decir algo, no había manera de silenciarlo, ni siquiera rogándole que se callara. No podía guardarse sus pensamientos. Pero Stevie siempre era muy paciente con su hermano.

—Yo también lo siento —dijo DeAnne—. No debía hablarte en ese tono. —Se sentó en el borde de la cama y lo abrazó—. Has tenido un día difícil, y yo no te ayudo en nada.

—Estoy bien, mamá.

—¿No puedes contarme qué pasó?

—No pasó nada.

—¿Has hecho amigos?

—¡No! —exclamó Stevie, con tal vehemencia que DeAnne comprendió que le ocultaba algo.

—¿Se han portado mal contigo?

—No.

—¿La señora Jones es buena maestra?

Stevie asintió, se encogió de hombros.

—¿Tienes deberes?

Stevie negó con la cabeza.

—¿Quieres que te deje solo un rato más?

Stevie asintió. DeAnne se sintió inútil.

—Te quiero, Stevie.

Stevie murmuró un «yo también». Cuando DeAnne se levantó, volvió a acostarse, encogiéndose en la cama.

DeAnne salió del cuarto profundamente deprimida. Desde el pasillo oyó la cháchara de la televisión. Robbie estaba pasando de un canal al otro, así que el televisor alternaba entre un chisporroteo fuerte y una recepción borrosa en los canales locales. Se resistió a entrar en la habitación donde estaban sus hijos. Se suponía que ella debía conocer sus necesidades y satisfacerlas, pero estaba condenada a defraudarlos porque no entendía nada de nada.

Fue hasta la puerta delantera, la abrió y salió al porche. Luego, a pesar de los reproches de su mente racional, tuvo que caminar hasta la calle para echarle una ojeada al desagüe. El agujero asqueroso. Sólo para ver si el gatito había salido.

Claro que tal vez hubiera salido mientras ella estaba en casa, así que era absurdo quedarse a mirar. Volvería adentro. Ahora mismo. Esto era una tontería.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo. Volvió a la casa y vio un conejo gris en el patio lateral que separaba la casa de la cerca de los vecinos. Robbie había dicho que había un conejo silvestre viviendo en el vecindario, y tenía razón. El conejo la miró un instante y se alejó dando brincos.

DeAnne lo siguió para ver adónde iba. Los conejos eran animalillos simpáticos, pero eran roedores como las ratas y los ratones, y podían contagiar enfermedades. Tenía que averiguar dónde vivía, de dónde venía. Pero cuando llegó al patio del fondo, el conejo había desaparecido.

Caminó hacia la cerca de madera, para comprobar si se había escabullido por debajo, pero no vio ningún orificio del tamaño de un conejo. Examinó el enrejado que bordeaba los cimientos, y la idea de que el conejo pudiera vivir bajo la casa la hizo estremecer. Los sureños construían las casas sobre el suelo en vez de echar un buen cimiento de hormigón. Qué locura. Cualquier cosa podía meterse bajo la casa. Estaría lleno de arañas, escarabajos y otras criaturas repelentes, justo donde se hallaban las tuberías de agua, los cables eléctricos y los conductos de la calefacción. Se sintió desnuda al pensar que el blando vientre de su casa estaba totalmente expuesto.

Pero en apariencia no había ningún sitio por donde pudiera haberse colado el conejo. Se había ido. Tal vez regresó al frente mientras yo me dirigía al otro lado, pensó.

DeAnne volvió a la casa y se horrorizó al comprender que había dejado la puerta delantera abierta de par en par. Nunca había hecho eso. Siempre echaba la llave al salir. Pero esta vez lo había olvidado. Sólo salí al porche, recordó. No pensaba ir al

fondo persiguiendo un conejo.

No era excusa.

Mientras regresaba a la puerta, salió un hombre. ¡Un hombre había estado en su casa! ¡Un desconocido! ¡Con sus hijos! Lanzó un grito.

El hombre la miró, sorprendido e intimidado. Un viejo, con mechones de pelo blanco bajo una gorra de béisbol.

—Señora, lo siento...

—¿Qué diablos hacía usted en mi casa?

DeAnne logró recorrer la distancia que los separaba e interponerse entre el hombre y sus hijos.

—Señora, la puerta estaba abierta y llamé varias veces...

—¡Robbie! —gritó DeAnne por encima del hombro—. Robbie, ¿estás bien?

—Señora, por favor, comprenda...

—Lárguese de aquí o llamaré a la policía. Si ha causado algún daño a mis hijos...

—Señora, yo antes vivía aquí. Todavía no me he quitado la costumbre de entrar. Sé que no debí hacerlo, y me avergüenzo de haberla asustado así. Fue un error y le pido disculpas. A veces me parece que todavía vivo en el campo, donde una puerta abierta significa una bienvenida a las visitas.

Robbie se le acercó por detrás.

—¿Me has llamado, mamá?

—¿Tu hermana está bien?

—Sintonizamos un canal borroso en la tele y ella está mirando a ese tío que le pega a la gente en la cabeza.

—Gracias, Robbie.

—¿Puedo volver dentro, mamá?

—Sí, por favor. Gracias.

El viejo continuó con sus explicaciones.

—Mi hijo Jamie es el dueño de esta casa.

—Eso no le da ningún derecho —replicó DeAnne.

—Lo sé. Le repito que ha sido un error y lo siento, no volverá a ocurrir. Pero tenga cuidado, no deje la puerta abierta de esa manera. Eso no se hace en la ciudad. Por eso, al verla abierta, hice como la gente del campo y ni siquiera lo pensé dos veces. Si hubiera estado cerrada, habría llamado y esperado.

—No debí dejarla abierta —murmuró DeAnne—. Fue una imprudencia, una estupidez.

—Bien, yo no diría una estupidez, sólo un gesto de confianza que me resulta muy agradable. Aunque espero no volver a enfadarla nunca, porque con esos gritos despertaría a los muertos.

DeAnne miró alrededor, avergonzada. Pero aparentemente nadie la había oído. Al

menos nadie salía a la carrera de su casa para averiguar por qué esa mujer gritaba a esas horas.

—Señora, sólo he pasado para decirle que hace quince años que cuido esta casa, desde que mi hijo la construyó para mi mujer y para mí. Mi mujer ha muerto y a mi hijo lo abandonó la esposa. Él se sentía solo en su casa y quería mi compañía, y además necesitaba el dinero del alquiler de esta casa para pagar la manutención de sus hijos. Ya sabe cómo son estas cosas. Aquí pasé la Navidad más solitaria de mi vida el invierno pasado, así que me alegro de haberme ido y que ahora haya una familia. Vaya, Santa Claus vendrá a esta casa la próxima Navidad. ¿Qué le parece?

Ahora que estaba más serena, DeAnne comprendió que el viejo era inofensivo.

—Me llamo Bappy Waters —se presentó el viejo.

—¿Pappy? —preguntó DeAnne.

—Bappy, con B. Una abreviatura de mi verdadero nombre, Baptize^[5].

—No puedo creerle —dijo DeAnne.

—Pues así es. Mi padre era predicador protestante y creía en el bautismo como otros creen en el aire. Era la cura para cualquier dolencia. Otros acudían a los médicos o incluso a la imposición de manos, pero mi padre sumergía a la gente en el agua hasta sacarle el diablo de dentro. Era un fanático del bautismo, y yo fui el primogénito de la familia. Y siendo nuestro apellido Waters^[6], mi nombre era casi inevitable. En realidad, él estaba empeñado en llamarme «Bautizad a Todos los Hijos de Dios en lo Santo», pero mi madre se opuso terminantemente. Dijo que si llamaba a un hijo de ese modo merecería que lo matara a balazos cuando creciera, y cualquier jurado lo consideraría un acto de justicia. Claro que yo no estaba presente para escuchar esa conversación, pero le aseguro que me la contaron muchas veces.

DeAnne no pudo contener una carcajada. El anciano era encantador. Le pareció comprensible que una persona del campo, el hijo de un predicador, reaccionara ante una puerta abierta de modo diferente a un hombre de ciudad. Su irrupción no significaba nada. Más aun, le resultaba agradable imaginar la vida en tiempos más sencillos, cuando era posible dejar la puerta abierta y un visitante podía asomar la cabeza y uno estaba horneando pan en la cocina o fregando el suelo y se levantaba a servirle limonada y charlar un rato.

Antes de la televisión, los teléfonos y los trámites urgentes. Bappy Waters era un visitante de una época más sencilla.

—¿A qué ha venido? —preguntó DeAnne.

—Bien, me conozco esta casa como la palma de la mano. Hice todas las reparaciones durante quince años. Si tiene algún problema, sea una tubería que reviente en invierno o la conexión de la tele por cable, pues bien, tengo herramientas, me doy maña y sé dónde está todo. ¿Para qué dejar que un desconocido se meta en el altillo o en el sótano a buscar cosas si yo sé donde están? Además, mis servicios

serían gratuitos.

—Oh, no puedo aceptar...

—Sólo protejo la inversión de mi hijo en esta propiedad, señora.

—Llámemme DeAnne, por favor.

—Pues claro que sí. Conocí a una DeAnne en mi juventud, y era la muchacha más bonita del condado. Murió muy jovencita, la pobre. Se ahogó cuando su novio conducía borracho y cayeron al río Dan en medio de una inundación primaveral. En esa época había media docena de coches en el condado, pues eran tiempos de la Depresión. Aunque, a decir verdad, en el condado de Gary la Depresión comenzó con la Guerra Civil, y no ha cesado desde entonces. —Se echó a reír, y DeAnne rió con él—. Por ejemplo, señora, sus hijos están viendo la televisión, y me pregunto si usted sabe que yo puedo conectarle el cable.

—No hemos pagado el abono al cable.

—Bueno, pues vaya usted a la oficina, páguelos el dinero y se quedará tranquila. Ellos le darán una caja, si usted quiere los canales adicionales. Pero sólo le aclaro que las conexiones de la casa están preparadas, y sólo se necesita la conexión externa. Fue decisión de ellos dejar todo conectado cuando devolví mi caja a finales de diciembre, así que usted no estará robando nada.

—Pues bien, le diré a mi marido que conecte la tele a la pared —dijo DeAnne—. No creo que tarde.

Bappy asintió y se tocó la visera de la gorra.

—Comprendo, señora. Después de verme en su casa de ese modo, usted no querrá invitarme a pasar, y no la culpo. Mire, aquí tiene mi número. Se lo he apuntado en esta tarjeta. Si tiene algún problema, no dude en llamar. Es la casa que ahora comparto con Jamie, y siempre estoy allí, y cuando no estoy hay un contestador automático, ¿qué le parece? Si es algo que yo no puedo reparar, llamaré a quien pueda hacerlo.

—Gracias —dijo DeAnne, aceptando la tarjeta.

—Corren tiempos difíciles, señora, y con lo que cuesta el alquiler, no están las cosas como para andar gastando en reparaciones. Considéreme una especie de descuento.

El viejo sonrió, se tocó de nuevo la visera de la gorra, enfiló hacia la calzada y se dirigió a la izquierda, dando la vuelta a la casa. Eso asustó de nuevo a DeAnne.

¿Adónde se dirigía?

Pero cuando llegó al lugar donde la vereda del frente se unía con la calzada en la esquina de la casa, el viejo ya salía en una pequeña camioneta con herramientas de jardinería y un par de cajas de herramientas. Se asomaba por la ventanilla para ver por dónde iba, y la vio al pasar. Detuvo la camioneta cerca del fin de la calzada.

—Ha sido un placer, señora.

—Lo mismo digo —respondió DeAnne, aunque no era del todo cierto. Mejor dicho, había sido un placer después de reponerse del susto, sólo que aún le molestaba; aunque ahora comprendía, el corazón aún le palpitaba con tal fuerza que sentía los latidos en la cabeza.

—Eh, no sé cómo decírselo, señora, pero parece que usted tiene una mala costumbre, igual que yo.

Señaló a espaldas de DeAnne. Ella dio media vuelta. De nuevo había dejado la puerta abierta.

Se volvió hacia el viejo, furiosa consigo misma, tratando de explicar: que sólo había caminado hasta la calzada para ver qué hacía él. Pero el viejo ya retrocedía, riendo un poco. Agitó la mano para despedirse y se marchó.

En cuanto estuvo dentro, echó llave a la puerta y revisó toda la casa, mirando detrás de los muebles, inspeccionando los armarios, los cuartos de baño, para ver si él había birlado algo, movido algo, dejado algo o simplemente tocado algo. Quería sacar todo de los armarios y lavarlo. Y una pregunta la tenía inquieta. ¿Y si otra persona había cruzado esa puerta, tal vez antes que Bappy, y ahora se escondía en alguna parte de la casa, esperando a que todos se durmieran esa noche?

Sabía que era irracional inspeccionar todo de esa manera, pero así era como su madre revisaba la casa cuando regresaban de un viaje. Además, una vez que DeAnne pensó en la posibilidad de que alguien hubiera entrado en la casa, tuvo que fijarse. Por ridículo que fuera, no podía quitárselo de la cabeza.

He gritado frente a la casa a todo pulmón —pensó—, y ningún vecino ha salido a averiguar qué pasaba.

Step llamó a las cinco y media para avisar que llegaría tarde, pero que uno de sus compañeros de trabajo lo llevaría a casa. Que no lo esperaran para la cena. Cuando DeAnne mencionó la invitación de los Cowper, Step dijo:

—Coge una foto mía y diles que soy un pésimo marido que no llega a tiempo para cenar desde que trabaja para Eight Bits Inc.

—Muy gracioso —dijo DeAnne.

—Y además es cierto.

—Por favor, llega antes de las ocho. Stevie lo pasó muy mal en la escuela y no quiere hablarme de ello.

—Ah, un momento íntimo entre padre e hijo.

—Nunca lo había visto así, Step.

—Llegaré.

DeAnne llevó a los niños a casa de los Cowper y fue un circo. Los chicos Cowper correteaban y gritaban a pleno pulmón, y Robbie pronto los imitó, y Elizabeth sólo se contuvo porque DeAnne la aferraba con firmeza. Stevie, en cambio, se quedó sentado y callado, comiendo lo que le servían como un buen niño. Respondía a las preguntas

en voz baja, pero no seguía la conversación. DeAnne sospechó que el problema que había tenido en la escuela ya no era la causa de esta conducta. Ahora veía hostilidad, despecho. Furia expresada pasivamente. Stevie había salido triste de la escuela, pero ahora estaba furioso.

Los Cowper ni se enteraron de que había un problema. Como no parecía importarles lo que hacían sus hijos, pudieron quedarse a la mesa y conversar un rato después de la cena. Pero DeAnne no podía aceptar esta actitud. Sentía la incesante necesidad de saber qué hacía Robbie, si no corría peligro. Quién sabía a qué juegos descabellados se entregaban los hijos de los Cowper. Esa tarde los había visto subidos en el coche. Pasó la sobremesa con una creciente angustia. Al fin, pretextando que Elizabeth debía acostarse y que quizá Step ya hubiera vuelto, regresó a casa a las siete y media.

Fuera estaba oscuro, y durante el camino Robbie le habló a Stevie de las aventuras del paseo de esa tarde. Robbie eludió cuidadosamente el agujero asqueroso y pidió a los demás que hicieran lo mismo. Pero Stevie siguió en línea recta, acercándose al agujero y alarmando a Robbie.

—Stevie —dijo DeAnne—, tal vez estés enfadado conmigo pero Robbie no te ha hecho nada.

Al cabo de un rato Stevie dijo:

—Lo siento, Robbie. La próxima vez tendré más cuidado.

Robbie se calmó. En realidad, a ojos de Robbie, Stevie no podía hacer nada malo. Robbie parecía haber nacido con el don —o la maldición— de la empatía. Si Stevie, Elizabeth, Step o DeAnne se hacían daño, Robbie se ponía frenético porque se sentía impotente. Necesitaba ayudar, pero a los cuatro años no sabía qué hacer. Los otros eran el centro de su vida. Y DeAnne se preguntaba si un carácter compasivo y cristiano era algo innato, no un don adquirido.

Tal vez el cristianismo se empeñaba en convencer a la gente normal de que debía vivir, sentir y pensar de un modo que resultaba natural para ciertas personas especiales. Si esto era cierto, la mayoría de los creyentes terminarían frustrados por no estar a la altura de esa exigencia, o por estar a la altura de esa exigencia pero no hallar ninguna satisfacción en poner freno a sus instintos naturales.

Pamplinas, pensó. Somos lo que escogemos ser. Robbie es profundamente compasivo porque su espíritu es así, y siempre ha sido así, mucho antes de nacer. Y si yo no soy tan buena persona como él, ello no significa que no pueda aprender a serlo. Creer cualquier otra cosa llevaría a la desesperación.

Creer cualquier otra cosa significaría rechazar cada elección que había realizado en su vida.

Step no regresó a las ocho. DeAnne acostó a Elizabeth y a Robbie, pero dejó que Stevie se quedara levantado un rato más, esperando a Step.

—Ven, siéntate y léeme un libro.

Él se sentó junto a ella, pero dijo:

—No tengo ganas de leer.

—Pues veamos qué dan por la tele.

Pero como el cable no estaba conectado, no había nada que valiera la pena. Demasiadas interferencias, sólo tres canales en VHF, tal vez cuatro. Y dos canales en UHF, uno con un western desleído, y otro con un aullante vendedor de coches usados. Tendría que haber permitido que el viejo conectara el cable. Baptize. Bappy. Vaya nombre. Claro que tendría que contarle a Step lo que había hecho. Dejar la puerta abierta. O tal vez no, para no preocuparlo. Pero no, tenía que contárselo, pues no podían ocultarse cosas, sobre todo las cosas que los hacían parecer estúpidos. Sólo que el tema no era la estupidez de DeAnne, sino la seguridad de los niños, Step no podía preocuparse continuamente temiendo que ella no los protegiera, tenía que concentrarse en el trabajo. Además, Step no la culparía a ella, se culparía a sí mismo por no estar en casa, por no haber sido previsor, porque ahora tenía que irse todo el día y la dejaba a cargo de todo. No, mejor no decírselo. Pero tampoco podía dejar de confesarlo. Lo anotaría en el diario de la familia y se lo contaría después, mucho después, cuando ella hubiera salido varias semanas —no, meses— sin dejarse la puerta abierta.

—Quiero jugar al Kaboom —dijo Stevie.

DeAnne suspiró. Stevie prefería un juego de vídeo a su compañía. Un juego en el que no podía ganar, un juego que lo frustraba tanto que siempre golpeaba el ordenador o tiraba el joystick hasta que Step le prohibió varias veces usar el ordenador para que aprendiera a dominar su carácter.

Esta noche la furia parecía su estado de ánimo.

—Adelante —accedió DeAnne—. No sé dónde están los cartuchos.

—Aquí —dijo Stevie. Se dirigió a una caja de cartón y sacó un estuche de plástico con ranuras para guardar los cartuchos Atari. Step había instalado los ordenadores cuando todas las camas estaban juntas, y era evidente que Stevie sabía dónde estaba todo.

Eran casi las nueve y DeAnne ya iba a enviar a Stevie a la cama cuando llegó Step. Sabía que los había defraudado y se sentía mal por ello.

—Lo siento. ¿Todavía está levantado?

—Jugando al Kaboom —dijo DeAnne.

Step fue a la sala y se arrodilló junto a Stevie.

—Hijo, siento haber llegado tarde. No era mi coche, y seguíamos encontrando fallos en el programa. Yo quería volver, pero él insistía en revisarlo una y otra vez, y era su coche. ¿Qué podía hacer? Aun así, está enfadado conmigo porque no hemos resuelto el problema.

Stevie guardó silencio y siguió moviendo el mando a izquierda y derecha para coger las pequeñas bombas que caían desde la parte superior de la pantalla. Entonces falló una, y todas las bombas de la pantalla explotaron.

—Stevie, tu madre me ha dicho que estabas enfadado cuando saliste del cole. ¿Quieres contarme qué sucedió?

Stevie se quedó mirando la pantalla.

—No quiero hablar contigo acerca de ello —dijo al fin. DeAnne se dio cuenta de que era un duro golpe para Step.

—Bien, ¿con quién quieres hablar?

—Mamá —dijo Stevie.

DeAnne no podía creer lo que oía. Step se levantó.

—Me está castigando por no haber llegado temprano a casa. Y tal vez por no haberlo llevado al colegio esta mañana. —Step siempre hacía eso. Expresaba en voz alta su interpretación de los actos de los niños, para que vieran que no se dejaba engañar, o para que lo corrigieran si estaba en un error. Stevie no lo corrigió, así que Step continuó—: Mientras hables con uno de nosotros, no hay problema. Y si tratabas de herir mis sentimientos, lo has conseguido. Siento no haber estado aquí cuando me necesitabas, pero ya te hemos explicado que durante un tiempo las cosas estarán así. La mayoría de los padres tienen que ir a trabajar, y cuando van a trabajar no siempre pueden estar en casa cuando sus hijos los necesitan. Así son las cosas, si queremos tener comida en la mesa y vivir bajo techo. —Stevie no dijo nada. DeAnne nunca lo había visto tan intransigente. Más aun, Stevie *nunca* era intransigente. Lo que había sucedido en la escuela debía de ser realmente espantoso para que Stevie no pudiera perdonar a su padre por no haber estado allí para protegerlo.

Bien, lo averiguaría pronto.

—Venga, Stevie —dijo DeAnne—. Vamos a tu habitación y cuéntame qué ha ocurrido.

—No quiero que Robbie esté delante —pidió Stevie.

—Bueno, iremos a mi habitación. Step, si tienes hambre, prepárate algo de cenar, pero si esperas te haré unos huevos o algo así.

Step asintió, apoyándose en los estantes. Siguiendo a Stevie, DeAnne pensó que nunca había visto a Step tan abatido, tan destrozado, desde que lo conocía. Sentía ganas de abrazarlo y consolarlo, pero sabía que Step comprendería, convendría en que era más importante que ella estuviera con Stevie. Las necesidades del niño prevalecían sobre las necesidades de los adultos. Así eran las cosas cuando tenían hijos. Era el contrato que establecías con los niños cuando escogías llamar a sus espíritus del cielo para que bajaran al mundo, y mientras fueran pequeños y te necesitaran, las necesidades de ellos primaban sobre cualquier otro asunto.

Se sentaron juntos en la enorme cama que los padres de Step les habían regalado

cuando se casaron.

—¿Qué pasó hoy, Stevie? —preguntó DeAnne.

Stevie contrajo la expresión y las lágrimas reprimidas brotaron como en el coche.

—¡No pude entenderles, mamá!

—¿A qué te refieres?

—¡No entendía lo que decían! Cuando hablaban conmigo. Les entendía en la clase, cuando hablaban con la maestra, pero cuando hablaban conmigo no entendía nada, y se lo dije, y me llamaron idiota y retrasado.

—Cielo, sabes que no eres idiota. Sabes que eres muy buen estudiante.

—Pero no entendía nada. —Ahora hablaba con exasperación. DeAnne comprendió que gran parte de esa furia venía de su frustración al no haberse podido comunicar con los demás niños—. Les pregunté en qué idioma hablaban, y me dijeron «inglés americano», y se burlaron de mi modo de hablar, como si yo hablara mal. ¡Pero yo no me equivoqué en nada!

—Cariño, debes comprenderlo. Es una escuela de una zona bastante rural de Steuben. Una escuela de campo. Tienen un acento sureño muy pronunciado.

—Pues ellos entendían todo lo que decía yo.

—Porque tú hablas con acento normal. Como en la tele. Todos miran la tele, así que están acostumbrados a tu modo de hablar.

—¿Entonces, por qué no hablan así?

—Quizá lo hagan dentro de un par de generaciones. Pero ahora hablan con acento sureño. Además, algo has comprendido, pues de lo contrario no sabrías que te han llamado retrasado o idiota.

Stevie lloró con más rabia.

—Le pedí a una niña que me lo escribiera. Por eso lo supe. Y luego todos lo escribieron. Idiota y retrasado. Lo escribieron en papeles y me los dieron. Todo el día. Pero yo dejé de leerlos.

—Hiciste muy bien —asintió DeAnne—. Y ellos fueron muy crueles.

—Pero cuando ya me iba, al final de la clase, dejé todos esos papeles en el pupitre y la señora Jones me obligó a recogerlos. —Se estremeció al recordar esta humillación—. Los recogí, los tiré a la papelera y ella me gritó.

—¿Te gritó?

—Dijo que yo tenía una actitud huraña y una pésima conducta, y que me convenía aprender buenos modales si quería entenderme con los demás.

DeAnne lo rodeó con el brazo.

—Oh, hijo, lo siento mucho. No debió hablarte así.

—Todos están contra mí, mamá. Hasta la maestra.

—Stevie, sé que parece así...

—¡No lo parece, lo es!

—La señora Jones no comprendió qué eran esos papeles, ni lo que decían los demás niños.

—Ella habla como ellos, mamá. Me odian porque vengo de Utah.

—Los niños son crueles. Tú lo sabías... por el modo en que trataron a Barry Wimmer. —DeAnne recordó su propia infancia, las palabras de sus padres—. Pero no todos se burlaron de ti, ¿verdad? Seguramente la mayoría se quedaba mirando.

—Pero tampoco me defendieron —objetó Stevie.

—No, sólo miraban. Sólo miraban, y esto te hizo sentir que se habían puesto de acuerdo con los malos. Pero no es así, Stevie. Simplemente, no sabían qué hacer. Si mañana te ven avanzar con pie firme y...

—¡No quiero volver, mamá! —exclamó Stevie, temblando—. ¡No me hagas volver a la clase de la señora Jones! ¡Por favor!

—Hijo, cálmate, por favor. —DeAnne no sabía qué hacer. Su instinto le instaba a decir: Sí, Stevie, tienes razón, jamás te enviaría de nuevo a esa clase, y puedes quedarte conmigo en casa y estar a salvo el resto de tu vida. Pero a pesar de todo no podía decirlo. No estaría bien—. Estas cosas no dependen de mí... No puedo impedir que vayas a la escuela, y no puedo ponerte en otra clase a menos que la doctora Mariner lo apruebe.

—No me hagas volver —susurró Stevie.

—Hijo, mira... mañana tal vez aún sean crueles, pero al final se cansarán y se dedicarán a otra cosa. Y dentro de unos días los chicos más buenos se harán amigos tuyos. Además, te acostumbrarás a su forma de hablar y los entenderás, y todo estará bien.

—Nunca estará bien —replicó Stevie.

Se levantó y salió de la habitación. Era tristemente cómico, ese andar furibundo, el modo en que intentó ser enérgico al abrir la puerta, aunque tuvo que tantear el picaporte porque aún era un chiquillo. Pero una cosa era segura. No podría dejar que la situación continuara sin hablar con la doctora Mariner.

La guía telefónica de Steuben estaba junto al teléfono de la cocina. Step estaba a la mesa, comiendo un emparedado de atún. Con mostaza, lo cual desagradaba a DeAnne, pero Step no lo comía de otra manera.

—¿Qué pasa? —preguntó Step.

—Los niños se burlaron de su acento y de su dificultad para comprenderles, y la señora Jones lo riñó por no ser amable con sus compañeros.

—Los adultos pueden ser muy estúpidos con los niños —asintió Step.

—Me pidió que no lo enviara mañana a la escuela.

—Pues que se quede en casa —dijo Step.

—¿Lo dices en serio? —exclamó DeAnne, sin poder dar crédito a sus palabras.

—Esa maestra es una bruja y los niños son unos mierdecillas. Que se quede en

casa.

A DeAnne le molestaba que usara esas palabras chocantes, aunque a él le parecía simpático. Era una actitud juvenil, como si hablara con sus padres y no con su esposa. Pero DeAnne había aprendido que era mejor fingir que no lo había notado que montar un jaleo por ello.

—No podemos hacer eso —dijo DeAnne—. Hay leyes contra el absentismo escolar, ¿recuerdas?

—Sólo por un día. Y mañana llama a la doctora Mariner y pide que lo inscriban en otra clase de segundo curso.

—La llamaré esta noche.

—Mañana será horario de oficina. Hoy es hora de estar en casa.

—Es un problema serio, Step, y entenderá que la llame esta noche. No puedo dejarlo faltar mañana, o pensará que puede ausentarse cada vez que desee evitar una situación desagradable.

—Mi madre nos dejaba quedarnos en casa. Un día. Un día al año, decía, cualquiera de sus hijos podía quedarse en casa si no soportaba ir al cole. Podían hacerlo una sola vez, pero tenían ese día. La mayoría de los años yo no lo usaba. Pero era bueno saber que podía hacerlo. Y cuando iba en esos días en que no quería ir, cuando casi había decidido no ir, estaba allí por propia elección, y no porque me obligaran. Creo que era un buen plan.

—Pero es su segundo día en una escuela nueva. ¿Y si la doctora Mariner no le deja cambiar de curso? ¿Crees que el miércoles le resultará más fácil?

—Quizá.

—Y quizá no. No creo que le ayude aferrarse a su madre porque las cosas le han resultado difíciles.

Step se quedó mirando el bocadillo.

—Haz lo que quieras —dijo.

—Oh, Step, no seas así, por favor. Estábamos discutiendo el asunto.

—No, tienes razón. Tiene que ir. Creo que sólo pensaba en mí. Si no tuviera que regresar mañana al trabajo, sería lo mejor del mundo. Pero si me quedara mañana, no volvería jamás. Así que tienes razón. —Sonrió—. Debes enviar a tus pequeños hacia ese mundo frío y cruel.

—¿Tan malo ha sido el día de hoy?

—Malo no, sólo extraño. No te preocupes. Hubo un par de ocasiones en que tuve ganas de renunciar, pero era previsible. Hace tanto tiempo que trabajo de forma independiente que me siento rebelde y frustrado. —Mordió el emparedado, pero DeAnne no dijo nada—. Y luego regreso a casa y Stevie está enfadado conmigo... y pensé que tenía razón, que yo tenía que estar en casa. Nunca debí aceptar este empleo, deberíamos meter lo que quepa en el coche y regresar a Indiana, o a casa de

tus padres, y debería sentarme en el sótano y aprender a programar ese estúpido Commodore 64 y antes del desastre total quizás escriba un juego atractivo y nos revolquemos nuevamente en dinero inmerecido, como hace un año.

—Ese dinero no era inmerecido.

—Oh, ya sabes a qué me refiero.

—Pues si quieres renunciar, hazlo. Si tenemos que mudarnos nos mudaremos.

—No —suspiró Step—. ¿Crees que no lo he pensado? No podemos permitirnos otra mudanza, ni siquiera tenemos suficiente efectivo para llegar a fin de mes, mucho menos para viajar a otro Estado. Todas nuestras tarjetas de crédito están agotadas. No tenemos más remedio, a menos que queramos vivir en las calles. Mañana volveré a trabajar, y Stevie volverá a la escuela, y si me odia por no estar allí, lo tomaré como un gaje del oficio de ser padre —rio con amargura—. Se supone que los hijos deben odiar a los padres, sólo que no deben empezar desde tan pequeños.

—No te odia. Sólo estaba... frustrado.

—Llama a la doctora Mariner antes que se haga más tarde.

DeAnne buscó el número y llamó. Eran más de las nueve, y tal vez hubiera levantado a la directora de la cama, pero la doctora Mariner era una dama sureña a pesar de todo, así que negó que la hubiera molestado. Cuando DeAnne le contó los problemas de Stevie en la escuela, la doctora Mariner cloqueó en tono comprensivo.

—Haremos una cosa —dijo—. Mañana tendré a Stevie en mi oficina, para hacerle algunos tests que de todos modos son necesarios. Tests de nivel, para comprobar si debemos incluirlo en nuestro programa para niños dotados. Sus antecedentes de esa escuela de Indiana eran bastante excepcionales. Y mientras él realiza las pruebas, hablaré con la señora Jones. Luego lo cambiaremos de curso, o nos cercioraremos de que la señora Jones impida nuevos problemas en su clase. ¿Qué le parece?

—Es usted maravillosa, doctora Mariner —dijo DeAnne, tratando de no parecer demasiado afectada en su gratitud—. Se lo agradezco.

—Es mi trabajo, señora Fletcher. Gracias por llamar. Buenas noches.

—Buenas noches.

DeAnne colgó el teléfono y se desplomó en una silla.

—Buenas noticias, supongo —dijo Step.

—Lo mantendrá fuera de la clase, tomándole tests de nivel —dijo DeAnne—. Y luego lo mandará a la misma clase o verá de que las cosas anden mejor con la señora Jones.

—¿Ves? Tenías razón. Fue correcto llamarla esta noche. Por eso te escogí como madre de mis hijos, porque eres mil veces más lista que yo.

—No es que yo quisiera mandarlo a la escuela, Step.

—Lo sé.

—Yo quería que se quedara en casa.

—Lo sé, Pescadera. Tienes un corazón tan blando que te morirás de compasión terminal si te descontrolas.

—No te burles de mí.

—Eres una madre y esposa maravillosa, y ahora será mejor que le cuentes a Stevie las buenas noticias para que no le salga una úlcera antes de mañana.

—Ven conmigo.

—Él no quiere verme.

—Step, no seas tan terco como él.

—¿Y mi emparedado?

—Que se seque. Te prepararé huevos duros.

—Comí dulces en el trabajo, así que no necesito la cena —dijo Step mientras la seguía hasta el cuarto de los niños—. Engordaré trabajando allí. Hay una máquina de golosinas a la vuelta de mi oficina. Veinte pasos y tengo un dulce en la boca.

—Bien, pues contrólate —dijo DeAnne—. Te ha costado esfuerzo bajar de peso. Stevie aún estaba despierto. DeAnne explicó la propuesta de la doctora Mariner.

—¿No es maravilloso?

Stevie asintió.

—Es una buena directora, Stevie. Al menos ya tienes una amiga en la escuela.

Stevie asintió de nuevo. Luego, mirando de soslayo al padre, apoyó la mano en la nuca de la madre para acercarla y susurrarle al oído.

—No le has contado a papá que lloré, ¿verdad?

DeAnne quiso decirle que Step había sugerido que no fuera a la escuela, pero años atrás habían decidido que no demostrarían sus desacuerdos frente a los niños, para evitar manipulaciones. DeAnne negó con la cabeza.

—Pero aunque él lo sospechara —susurró—, no tienes por qué avergonzarte.

—Lo sé —murmuró Stevie—. Pero no se lo digas.

Se acostó, ella lo arropó y apagó la luz.

—¡Deja encendida la luz del pasillo! —gritó Robbie.

—¿Todavía estás despierto, Robot? —preguntó Step.

—Que nadie vaya mañana a la escuela —dijo Robbie—. Ni Stevie ni tú, papá.

—Qué más quisiera —suspiró Step. Dejó encendida la luz del pasillo.

Hacker Snack

Así eran los días de Step: iba al trabajo en coche, y sólo se lo dejaba a DeAnne si ella lo necesitaba para ir de compras. Se lo hubiera dejado siempre, pero nunca sabía a qué hora regresaba, y era una lata depender de otros con un horario tan incierto.

Siempre comenzaba el día de trabajo entrando en la sala de programación, una habitación amplia donde había aún más ordenadores que en la oficina de Gallowglass. La mayoría de las máquinas ya estaban conectadas, habitualmente con muchas líneas de lenguaje ensamblador en la pantalla, aunque a veces había una pantalla llena con los colores desleídos del 64. Mientras paseaba de máquina en máquina, los programadores le comentaban lo que estaban haciendo, y a veces tenían problemas. Step acercaba una silla y les ayudaba a localizar el fallo del código o a hallar una solución sencilla y elegante. Step se sentía incómodo, pues todos los programadores conocían el funcionamiento del 64 mejor que él y a menudo tenía que hacerles preguntas. ¿De dónde sacas este registro? ¿Qué significa almacenar el valor en esa posición? Ésa es la posición actual del conjunto de caracteres, ésa es la forma ondulatoria para el sonido, respondían ellos echándose a reír, con una voz que daba a entender que cualquiera lo sabía.

Pero aunque ellos conocieran el 64, Step tenía un don para los códigos. Él lo sabía y los programadores también. Podía observar una rutina varios minutos y luego reescribirla para reducir a la mitad la cantidad de memoria utilizada, o para hacer que funcionara al doble de velocidad, o para hacerla más ágil en pantalla. Cuando se dedicaba a programar, se había considerado un aficionado torpe y siempre se avergonzaba un poco de sus códigos. Ahora comprendía que era bastante bueno, o al menos mejor que el programador medio de Eight Bits Inc.

De todas formas, no era buena idea seguir considerándose un programador. Cuando Dicky asomaba la cabeza en la sala de programación, Step tenía que sintonizarse en modalidad de redactor de manuales, haciendo preguntas al programador sobre el funcionamiento del juego. A menudo preguntaba las mismas cosas que acababa de enseñar al programador, y cuando Dicky se marchaba los demás se reían en silencio. Pero a Step no le resultaba gracioso. Se sentía sucio y barato por engañar a Dicky. Y si todo el mundo estaba al corriente, parecía imposible que Dicky no lo supiera. Step sospechaba que Dicky ya lo sabía. Pero no se atrevía a comprobar esta hipótesis, por si se equivocaba, así que continuaba con la farsa. Por lo general esto duraba hasta el mediodía. Luego iba a almorzar con un grupo de programadores y ése era el mejor momento de la jornada, porque entonces no le mentía a nadie, no ocultaba nada, y se sentía a sus anchas hablando de sus cosas con aquella gente. En uno de esos almuerzos, mientras bromeaban o intercambiaban

anécdotas en Swensen's, Pizza Inn o Libby Hill, comprendió que era la primera vez en su vida que formaba parte de un grupo de este tipo. Nunca había sido atleta, miembro del equipo, ni siquiera para juegos improvisados en la escuela o en el vecindario. Durante sus años de escuela sus amistades habían sido femeninas. Le gustaba el modo de hablar de las chicas, tenía cosas que decirles. Y no lo despreciaban por ser listo y obtener buenas notas, no se avergonzaban de ser inteligentes, así que podían interesarse en las ideas de un modo que era poco frecuente entre los chicos. Sus amigos varones de la secundaria y la universidad habían sido los pocos que eran como él, los que hacían buenas migas con las chicas inteligentes.

Pero estos programadores eran hombres, y la conversación era decididamente masculina, pero no existía esa competencia jerárquica que lo incomodaba tanto con «los tíos» en la escuela. Mejor dicho, existía, pero se centraba en la programación, no en el atletismo ni en los coches, y en ese campo Step era una estrella. Junto con Gallowglass, ocupaba una posición destacada en la jerarquía, y como él y Glass (como le llamaba ahora) se llevaban bien, no había rivalidad. Step se sentía a sus anchas.

Sin embargo, el almuerzo terminaba —en principio a la media hora, pero siempre se tomaban una hora o más— y volvían a Eight Bits Inc., donde Step iba a su oficina y trabajaba en los manuales, a menudo para juegos que aún no estaban terminados. De hecho, a medida que escribía el manual, iba diseñando el juego, describiendo reglas y rasgos en los que el programador aún no había pensado. Si escribía sobre un juego que ya estaba casi acabado, lo jugaba una y otra vez para encontrar fallos en el código o defectos para el jugador. Luego hacía notas y se las pasaba a los programadores. Como cada juego debía pasar por sus manos para que él escribiera la documentación, Step estaba al corriente de todos los proyectos de la compañía. Él estaba al corriente de lo que se hacía, pero Dicky no, y en cierto modo Step era el verdadero jefe de la división creativa de Eight Bits Inc. Dicky tenía el título, el sueldo y las visitas dominicales con Ray Keyes a la tienda de revistas, pero Step tenía el respeto, la influencia y —lo más importante para él— los resultados: los juegos que llevaban su rúbrica.

El único programa con el cual nunca se inmiscuyó fue Scribe 64. Ése era territorio de Glass, y Step no quería invadirlo. Estaba preparando el manual para la nueva versión, que añadía justificación derecha e izquierda y la pantalla de 60 caracteres, y mientras lo ponía a prueba encontró fallos y se lo comunicó a Glass, pero nunca tocó el código. No era necesario, pues Glass sabía lo que hacía. Además, era la base tácita de su alianza: Step no haría nada para debilitar la posición de Glass en Eight Bits Inc. Si Step encontraba un fallo, se lo diría a Glass en privado, sin comentar a nadie que existía el más ligero defecto en el código original.

Las cinco de la tarde llegaban y pasaban todos los días, pero no tenían nada que ver con el horario de Step. Siempre estaba ocupado en algo. Siempre había un tramo de código que debía terminar de revisar antes de irse a casa, para que el programador lo encontrara por la mañana. O un juego que se debía probar en los niveles más altos, mientras el programador andaba por allí y daba consejos. A la hora de la cena iba a la máquina expendedora e insertaba monedas. Después de varias golosinas se comía una bolsa de patatas, que en comparación era comida dietética. Y palomitas de maíz o zumo de tomate, cuando se sentía realmente mal por lo que hacía con su cuerpo.

Comenzaba a aumentar de peso. Algunas camisas mostraban un hueco entre los botones cuando se sentaba. El cinturón le ajustaba, y tuvo que aflojarlo un agujero. Seis semanas, y ya se estaba estropeando. ¿Pero en qué momento del día podía hacer ejercicio? En Indiana andaba en bicicleta setenta kilómetros por semana en los meses de calor y usaba la bicicleta de ejercicios en invierno pero podía hacerlo porque tenía un horario académico que le dejaba muchas horas libres durante el día.

Siete, ocho, nueve de la noche, según la obstinación del fallo o la fascinación del juego, y al fin Step salía a la oscuridad, subía al coche y conducía hasta su casa haciéndose reproches. Tendría que haber salido antes, tendría que haber llegado para la cena. Casi todas las noches los chicos estaban acostados o a punto de irse a la cama. Podía darles un beso y oír cómo les había ido, pero nada más.

Tardaba horas en relajarse después de un día tan intenso. Charlaba con DeAnne, y a veces la ayudaba a plegar la ropa limpia o lavar los platos. A veces ella le guardaba algo de la cena y él comía mientras hablaban, aunque no tenía hambre. Ella siempre parecía muy cansada, y él se sentía mal. A fin de cuentas, DeAnne estaba embarazada, y aunque no sufría las horribles náuseas de las otras veces, su estado la dejaba agotada. Cuando los otros niños estaban en camino, Step estaba en casa para ayudar. Ahora no colaboraba en nada. Peor aún, sospechaba que sólo contribuía a extenuarla, como los niños. Cuando ella acababa de acostarlos y se disponía a gozar de unos momentos de tranquilidad después del trajín de todo el día, su querido esposo llegaba del trabajo pidiendo distracción.

Así que trataba de dejarla en paz temprano, para que se acostara y descansara mientras él olvidaba las tensiones del día. Miraba la televisión, o se acostaba a leer un libro. A veces DeAnne miraba la tele con él, pero pocos programas le gustaban. Le divertía MASH, pero ya habían pasado el último episodio de la serie, y Step ni siquiera estuvo en casa para mirarlo con ella. Y cuando se acostaban juntos para leer, ella estaba tan cansada que él no se atrevía a mantenerla despierta para hacer el amor, a menos que DeAnne mostrara la iniciativa, lo cual no ocurría a menudo. Aunque ella intentaba quedarse despierta para leer —Step le había comprado la última novela de Anne Tyler, *Reunión en el Restaurante Nostalgia*—, se dormía enseguida, con el libro caído sobre el pecho; Step se levantaba, le quitaba las gafas y las ponía en la mesilla

con el libro, apagaba la luz y regresaba a su lado de la cama. Sacrificar su apetito sexual por ella le hacía sentir virtuoso y frustrado, una combinación desdichada. La satisfacción que sentía por haberle dejado disfrutar del sueño que DeAnne necesitaba no bastaba para calmar sus impulsos. Podría dormir tranquilo, pensaba, si al menos viera cuánto la necesito; y se sentía culpable por pensarlo, porque él no tenía que levantarse a alimentar a los niños por la mañana y llevar a Stevie al colegio, no tenía que afrontar un día de tareas domésticas y cuidado de niños mientras llevaba en el vientre una criatura que le absorbía las energías. ¿Cómo podía enfadarse con el cansancio y la apatía de DeAnne? ¿Por qué no se contentaba con dejarla dormir? ¿Por qué no se sentía satisfecho?

Consumido por la culpa y el deseo, se quedaba despierto leyendo, o se levantaba para mirar la televisión en la sala. El desfile de invitados de Carson, que promovían películas y programas de televisión. Letterman arrojando cosas desde edificios. Luego Step recorría los canales de cable, mirando un par de malas películas al mismo tiempo, cambiando cuando una se ponía demasiado pesada o estúpida. A las tres de la madrugada recordaba que debía levantarse temprano y sentía un poco de sueño, y entonces comprendía que había tenido mucho sueño durante un rato, que incluso se había dormido frente al televisor, y sabía que no se había puesto a mirar la televisión porque no pudiera dormir, sino porque no *quería* dormir, porque *temía* dormir, e iba a los cuartos de los niños, que dormían con las luces encendidas porque tenían miedo de la oscuridad, y los miraba. Betsy a solas en su cuarto, frente a la cuna del nuevo bebé, el cabello rubio sobre la almohada; Robbie en la litera inferior del cuarto de los niños, las mantas siempre enmarañadas porque las movía en sueños; Stevie, quietecito en la litera superior, su rostro tan bello en el reposo. A las tres de la mañana, el aturdido Step miraba a sus hijos como un sonámbulo; se le partía el corazón.

Luego se acostaba sin hacer ruido para no despertar a DeAnne; ella se movía un poco, pero rara vez se despertaba. ¿Sabía siquiera hasta qué horas se quedaba él despierto? Tres, tres y media, cuatro, y luego la alarma lo despertaba a las siete y media u ocho y se iba tambaleando hasta la ducha y se disponía a afrontar otro día, pensando no pasa nada si llego tarde, no pasa nada si me tomo un almuerzo largo, porque tengo que quedarme mucho tiempo después de la jornada.

Una vez DeAnne le preguntó: «Si te levantas y fueras a trabajar siguiendo el horario, ¿no podrías acabar tu trabajo y regresar a las cinco? Si te preparo la comida, ¿no podrías almorzar en menos tiempo y regresar cuando aún es de día y tal vez pasear con los niños mientras preparo la cena?» Y él decía que lo intentaría, y al día siguiente se levantaba más temprano y llegaba a tiempo, pero estaba tan cansado que vagaba todo el día sin hacer nada y los plazos aún lo acuciaban. Y la mayoría de los programadores trabajaban después de las cinco, así que Step debía quedarse para

arreglar esto o revisar aquello, y por mucho que se levantara temprano no llegaba a casa hasta las siete y la cena ya había terminado. «Mañana necesito el coche», decía DeAnne. «Llévame al trabajo y pediré a uno de los muchachos que me traiga a casa», respondía Step. Así terminaba otro experimento en el intento de transformarse en un trabajador de ocho a cinco.

Así eran los días de Step Fletcher. Odiaba su vida y su empleo, aunque amaba a su familia y su trabajo.

En abril iban a lanzar tres juegos nuevos y la versión actualizada del Scribe 64 en la feria informática de San Francisco, en el Cow Palace, y Ray, Dicky y la gente de marketing decidieron llevar a Step y Glass para que hubiera alguien que supiera cómo funcionaban los programas.

El vuelo salía el viernes a las dos y media de la tarde, así que Step fue a almorzar a casa para hacer las maletas y despedirse de Robbie, Betsy y DeAnne. Aunque Step era autor de un prestigioso juego, nunca lo habían invitado a una convención de informática, y estaba nervioso y excitado. DeAnne no estaba tan entusiasmada ante la perspectiva de afrontar un domingo sin Step y de preparar a los niños para la iglesia y la reunión sacramental.

—Me siento sola cuando no estás aquí —le dijo.

—No estoy aquí aunque esté aquí —respondió Step.

—Pero sí que estás. Al menos sé que regresarás. Y duermo mejor cuando estás en casa.

—Volveré el domingo por la noche.

—Lo sé —asintió DeAnne—. Saberlo me mantendrá viva el fin de semana.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Step, horrorizado.

—¿A qué te refieres? —preguntó DeAnne, desconcertada.

—No estarás pensando en suicidarte.

—No —replicó ella, irritada ante la sugerencia—. Oh, Step, no he querido decir que pensara en matarme, por amor de Dios, sólo trataba de ser romántica. He querido decirte que vivo para ti.

Step se sintió estúpido.

—Claro. No sé en qué estaba pensando.

—Tal vez en que quisieras no tener una mujer con este vientre enorme.

—En el vientre no tienes nada que yo no haya puesto. Además, soy yo quien está engordando. Y después de nueve meses de aumentar de peso, no recibo ningún premio.

—Veintiocho de julio —dijo ella—. En lo peor del verano. No veo el momento de cargar con esos kilos de embarazo durante el verano.

—Te echaré de menos.

—Yo también Chatarrero. —Ella lo abrazó con apasionada ternura, como cuando quería hacer el amor, pero Step debía coger ese maldito avión. ¿Por qué se ponía romántica ahora, cuando no había tiempo, cuando no había modo de remediarlo?

—¿Qué quieres? ¿Que llegue tarde?

—Sí.

—Ven al coche, Pescadera, y llévame al aeropuerto. Cuando vuelva saldaremos esta deuda.

—Eres un aburrido —dijo ella.

—En efecto.

—Nuestras mejores veces siempre fueron durante el día.

Era verdad. Cuando Step trabajaba en casa también tenía un horario anómalo, distinto del de DeAnne. Pasaba noches enteras ante el ordenador, programando o preparando su tesis. Se levantaba por la mañana, iba a las clases o salía en bicicleta, regresaba a casa, se duchaba, y ella lo esperaba cuando Step entraba desnudo en el dormitorio.

Así habían concebido el nuevo bebé, sólo que ese día DeAnne no lo esperaba, estaba sentada en el borde de la cama hablando por teléfono. Bastó oírle decir «Ajá», «Claro» y «Pobrecilla», para comprender que DeAnne estaba hablando con la hermana Boompjes, quien era sensacional para una hora de amargura. Nada grave, nada que requiriese una solución; sólo necesitaba que alguien supiera que estaba viva, y como su artritis y su falta de correspondencia y los traviesos hijos de los vecinos eran los únicos acontecimientos de su vida, de eso hablaba. Como DeAnne había dicho más de una vez, alguien tenía que estar del otro lado del teléfono para que el rosario de aflicciones de la hermana Boompjes tuviera un efecto terapéutico, pero no era necesario que se le prestase plena atención.

Mientras DeAnne alentaba a la hermana Boompjes con sus murmullos, Step la desnudó metódicamente. La única protesta de DeAnne consistió en mover los ojos. Le gusta esta distracción, dedujo Step, y continuó. DeAnne no dejaba de confortar a esa hermana solitaria, incluso mientras su esposo la recostó en la cama y empezó a acariciarle el cuerpo. DeAnne era un poco ruidosa cuando las cosas le iban bien, pero se las arregló para emitir apenas un jadeo, y por supuesto tapó el micrófono del teléfono para que la querida hermana Boompjes no oyera nada, de modo que la pobre mujer tuvo el público que necesitaba mientras DeAnne follaba con su esposo.

La única consecuencia importante fue que DeAnne, ocupada con el teléfono, no había preparado el espermicida, y al cabo de una semana tuvo náuseas y dos semanas después su regla, infaliblemente puntual, se atrasó. La broma entre el matrimonio era que cada vez que tenían relaciones sin tomar precauciones, ella quedaba embarazada, y esta vez no fue una excepción. Sería el bebé número cuatro o el parto natural número tres, todo porque Step se había puesto juguetón mientras DeAnne hablaba por

teléfono. Pensaron en ponerle el nombre de la hermana Boompjes si era niña, pero decidieron que ninguna niña americana que se llamara Wilhelmina viviría una vida normal.

Era verdad que gozaban más teniendo relaciones de día. Cuando comprendieron que Step debería solicitar un empleo, jamás pensaron que su ausencia diaria les complicaría la vida sexual.

En el coche, Robbie se las ingeniaba para fastidiar a Betsy, lo cual no era difícil porque bastaba mirarla un poco raro para que se pusiera a berrear. Cuando estaban en la 421, camino al aeropuerto Step recordó que había dejado *El nombre de la rosa* en la oficina.

—¿Qué es eso?

—Un libro. Pensaba leerlo de noche durante la convención. Mientras los demás se emborrachan en las fiestas.

—¿No tienes otra cosa que leer?

—Compraré una revista.

—No, tenemos tiempo —dijo DeAnne—. Llevas todo el equipaje encima, ¿verdad?

Así era. DeAnne entró en el aparcamiento de una tienda Seven-Eleven y viró hacia la 421 en dirección contraria. Poco después cogió Palladium y llegaron a Eight Bits Inc. a las dos. Step debía coger el avión a las dos y media. Bien, pensó Step, esto es lo más que un mormón puede acercarse a vivir peligrosamente.

El nombre de la rosa no estaba en su oficina. ¿Dónde lo había leído por última vez?

Entró deprisa en la sala de programación.

—Hola —saludó—. ¿Podéis creer que soy tan estúpido que quizá pierda el vuelo por culpa de un libro?

Estaba en un escritorio. Step lo recogió, se dispuso a irse y comprendió que todos lo miraban de una forma extraña.

—¿Qué pasa? ¿Llevo la bragueta abierta? —preguntó. Entonces notó que tres pantallas mostraban imágenes de Hacker Snack.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Step.

—Era un proyecto secreto —dijo un compañero—. Una sorpresa.

—Sí —dijo Step—. Y estoy sorprendido.

Ellos no dijeron nada, Step se despidió y salió por la puerta, cruzó el corredor y fue hasta el coche.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó ella—. No sé si llegaremos en un cuarto de hora.

—Velocidad —dijo él.

—Ésa es tu especialidad.

—Adivina qué haré en San Francisco.

—¿Qué?

—Renunciar a este maldito empleo.

—¿Qué?

—Y cuando regrese a casa buscaré un abogado para demandarlos hasta que les duela el culo.

DeAnne quedó estupefacta.

—Step, sé que los niños aprenderán ese lenguaje, pero preferiría que no lo aprendieran de ti.

—¿No sientes la menor curiosidad por saber por qué los demandaré hasta que les duelan los codos?

—Gracias. Y sí, siento curiosidad, por supuesto.

—Porque esos cabrones están adaptando Hacker Snack para el 64 a mis espaldas. Ella hizo una mueca.

—Perdón, hijos míos. No cabrones, sino mamones.

DeAnne puso mala cara.

—Basta, Step.

—No me pidieron permiso, no se ofrecieron a comprarlo, no hay contrato ni convenio sobre derechos de autor. No dijeron una sola palabra, y creí que estos tíos eran mis amigos.

—No es motivo para desquitarte conmigo y los niños, Step.

—¡No me estoy desquitando con vosotros!

—Estás gritando y estás usando un lenguaje que no deseo explicar a los niños.

Step echó una mirada a sus hijos.

—No estoy enfadado con vosotros. Unas personas del trabajo me han hecho cosas malas y traicioneras y estoy enfadado con ellas. En cuanto a las palabras que he dicho, no debéis usarlas nunca salvo cuando alguien os apuñale por la espalda, y en esas ocasiones tenéis mi permiso para decirlas, pero no delante de mamá.

—Muchísimas gracias —dijo DeAnne.

—Te aseguro que recordarán esta conversación dentro de diez años.

—¿Alguien te apuñaló?

—Es un modo de hablar, Robbie —explicó DeAnne—. Nadie ha apuñalado a tu padre. Aunque tal vez yo lo haga en cualquier momento.

—Lo siento —dijo Step—. Me he pasado. Pero estoy tan... —Buscó la palabra apropiada—. Furioso.

Furioso. No era la palabra que buscaba, aunque quizá la palabra que buscaba no existiera.

—Así que renunciarás.

—Sin duda. Los demandaré por tanto dinero que terminaré por adueñarme de la

compañía y luego los despediré.

—Una sugerencia, Step.

—Sí.

—No renuncies en San Francisco. Quizá te cancelen el billete y no tenemos suficiente crédito en Visa para pagar el billete de regreso.

—Sí, en fin. Esperaré hasta volver a casa.

—Y quizás haya sido un malentendido, ¿no has pensado en ello? Quizás alguien no comprendió que habías firmado un convenio que excluía Hacker Snack. Quizás el señor Keyes no sabía que estaban trabajando en ello.

—Quizá los cerdos tengan alas.

—¡Cerdos voladores! —exclamó Robbie. Los cerdos voladores eran una broma familiar. DeAnne tenía dos cerdos de cerámica con alas y uno de trapo, y los guardaba en un estante junto al espejo del cuarto de baño—. ¡Cuidado abajo! —La idea de que los cerdos defecaran sobre los peatones era la aportación de Step al folklore de los cerdos voladores, y desde luego era la preferida de Robbie.

—Step, no actúes precipitadamente.

En otras palabras, pensó Step, tengo que quedarme en este empleo espantoso con estas comadreas, aunque me estén robando.

—No debería sorprenderte —dijo DeAnne—. Si te hacen actuar a espaldas de Dicky, ¿por qué Dicky no debería actuar sin que tú lo sepas?

—Bien, quizá no quiero que nadie actúe a espaldas de nadie.

—Exacto. ¿Crees que no quiero que renuncies? Pero piensa en ello. Si están tratando de adaptar Hacker Snack para el 64, tal vez sea una excelente idea, comercialmente hablando. Y estarás en la feria de informática con los jefes de las principales compañías de software. Tal vez sea el momento de vender los derechos de Hacker Snacker por tu cuenta.

—¿Sabes una cosa? Tienes talento.

—Sí, ya lo sabía.

—Quisiera saber dónde aprendiste política empresarial. ¿Cuando eras secretaria en el Departamento de Desarrollo Infantil y Relaciones Familiares de la universidad?

—No. Todo lo que sé sobre confabulaciones lo aprendí como consejera de la presidencia de la Sociedad de Socorro, cuando nos las ingeniábamos para lograr que el obispado nos autorizara a hacer lo que era necesario aunque se opusiera.

—Conque el plan consiste en portarme bien en San Francisco y regresar con un trato para vender el programa por mi cuenta.

—Y luego vas a trabajar el lunes por la mañana temprano, antes de que nadie pueda contar a nadie que sabes qué se traen entre manos, y consigues una copia del contrato que firmaste, el cual excluye Hacker Snack de tu trato con Eight Bits.

—Claro. Lo necesitaré. Porque ellos podrían alegar que lo han perdido y sostener

que he firmado el mismo contrato que los demás, y que el contrato estándar dice tal cosa y nunca hubo...

—Hemos llegado —dijo DeAnne—. Que tengas buen viaje. Ahora vete. Tienes cuatro minutos para llegar al avión. ¡Y todavía tienes que pasar por la puerta de seguridad!

—¡Te quiero! ¡Os quiero, niños! Dile a Stevie que aún tiene padre.

—¡Beso! —exclamó Betsy.

—No hay tiempo, cariño —dijo DeAnne.

Pero Step abrió la portezuela trasera, estampó besos ruidosos a los niños, cerró la portezuela y corrió hacia el avión. Estaban cerrando la puerta cuando llegó, pero lo dejaron pasar. Comprimido en el asiento, con la barbilla apoyada en las rodillas, se permitió soñar con lo que ocurriría en San Francisco. Sólo necesitaba vender los derechos de Hacker Snack a quien le quisiera pagar un anticipo suficiente para permitirle renunciar. No sabía si era adecuado rezar por esto cuando estaba de ánimo tan airado y vengativo, pero no pudo contener una plegaria silenciosa: Dios, haz que esto salga, por favor. Haz que funcione. Libérame. Envíame a casa.

Aunque Step había vivido en la zona de San Francisco gran parte de su infancia, nunca había estado en el Cow Palace. Al entrar por primera vez, vio que era digno de su nombre —Palacio de las Vacas—, pues parecía un enorme establo lleno de hileras de *stands* que parecían pesebres para ordeñar. Y cada *stand* producía el mayor ruido posible. Era un momento de supervivencia, y un momento para lucirse. El negocio de la informática estaba en expansión, pero se rumoreaba que el nuevo PC de IBM ya amenazaba con acaparar el mercado de los microordenadores, impulsando a los creadores de software y de sistemas configurados para funcionar con CP/M en el viejo chip Z80 a adaptarse o perecer; todos sabían que el proyecto semisecreto de IBM, Peanut, arrasaría con ordenadores como el Commodore 64, tal como el 64 había arrasado con el Atari. Todo ese bullicio tenía un propósito: coger por las orejas a los expertos, periodistas y minoristas para que echaran una ojeada al nuevo ordenador, el nuevo joystick, el nuevo juego, el nuevo procesador de textos o la nueva funda para ordenadores que revolucionaría el mundo y volvería a sus creadores tan ricos como Jobs y Wozniak. O al menos tan ricos como Ray Keyes.

Y la gente acudía en tropel, ansiosa de que la arrastraran. Resultaba difícil avanzar por los pasillos, y el ruido de los ordenadores tenía que ser estridente para imponerse al bullicio de la multitud. Cuando parecía que el lenguaje humano no podría resultar audible en ese lugar, una voz masculina pero aguda, con un áspero acento del Medio Oeste, amenazó con romper los tímpanos de Step.

—¿Por qué cuernos he de impresionarme con esto?

Step buscó —contra su voluntad— el origen de esa voz infernal. Era un hombre alto y escuálido, cuyo rostro rubicundo daba testimonio de la potencia de los cócteles

gratuitos de la compañía SuperCalc. Step lo reconoció al instante. Neddy Cranes, un ex columnista de Washington que había ocupado esa amplia gama del espectro político que iba de Benito Mussolini a Genghis Khan, y que ahora era más célebre por su ácida, fascinante e influyente columna mensual en la revista *Code*.

—Mío —dijo Dicky.

—No —murmuró Ray Keyes.

Dicky retrocedió para dejar que Ray Keyes se enfrentara al tigre. Pero Dicky obedecía a regañadientes. Se le notaba en el modo de apretar las mandíbulas. Le costaba esfuerzo mantener su pose de indiferencia. Odia a Ray Keyes, comprendió Step. Es natural. Ray lo controla en cada etapa de su trabajo. Ray controla a todos en cada etapa. Pero Dicky está dispuesto a continuar. Dicky está dispuesto a soportar sin demostrar el menor indicio de resentimiento. Pero Dicky también se desquitará con alguien.

Conmigo.

Bien, no estaré aquí cuando caiga el hacha, a menos que ese estúpido e ilícito intento de robarme Hacker Snack fuera el hacha, en cuyo caso la hoja estaba mellada, pues Step jamás había firmado nada que les concediera el menor derecho. No, pensó, el proyecto Hacker Snack debe de contar con el consentimiento de Ray, así que la venganza de Dicky, cuando llegue, cobrará otra forma. Una forma más furtiva y mezquina que no producirá más beneficios que la mezquina satisfacción que le brindará a Dicky Northanger.

—Usted no debe impresionarse —le decía Ray a Neddy Cranes—. Esto es para la gente corriente, no para expertos en informática con sistemas grandes y costosos.

Ah, Ray era muy hábil, pues Cranes se enorgullecía de ser un populista, de velar por el hombre medio. La voz chirriante habló otra vez a todo volumen:

—¡No me hable de la gente corriente! Veo que aquí tienen esas cajitas de Commodore... pisapapeles, eso son, porque no se puede hacer nada con ellas. Commodore asalta al individuo anónimo, le roba el dinero mientras K-Mart conduce el coche para escapar.

—Gracias a nosotros, señor Cranes, cuando la gente reciba estos pisapapeles podrá contar con un procesador de textos integral, un procesador por el cual sólo paga treinta dólares, o veinte dólares si nos lo compra directamente.

—¿Qué? ¿Acaso el manual cuesta cincuenta dólares más? —inquirió Cranes—. ¿O la gente debe pagar cien dólares para recibir un módulo adicional que le permita imprimir el texto?

—Todo está incluido en el mismo paquete —dijo Ray—. No es un paquete bonito, es cierto. Pero por eso lo vendemos barato. Pruébalo.

Step observó asombrado mientras Ray convencía a Neddy Cranes de que extendiera los dedos sobre el teclado de un Commodore para escribir algo con el

Scribe 64.

—Larguémonos de aquí —le dijo Glass.

—¿No quieres saber lo que Cranes piensa del Scribe? —preguntó Step.

—¡Vamos!

Glass estaba muy nervioso. Era evidente que no le interesaba el veredicto de Neddy.

—Tengo hambre.

—Yo no —dijo Step, pero siguió a Glass. Salieron del *stand* y cuando Glass encontró una fila de gente que esperaba un frankfurt que parecía preparado en los años cincuenta, con pezuñas y hocicos de jabalíes enfermos, Step lo acompañó y pidió un frankfurt con mostaza y cebolla.

—Si vuelcas esta mostaza sobre tu coche necesitarás tres manos de pintura para cubrirla —dijo Glass.

—Está bien. Las cebollas son el ingrediente secreto.

Se comieron los bocadillos.

—¿Nos registraste en nuestra habitación? —preguntó Glass.

—¿Qué? —preguntó Step.

—Nuestra habitación —dijo Glass—. Cuando llegué aquí tuve que venir directamente al *stand*, así que mi maleta está bajo la mesa.

—¿Compartimos la habitación? —preguntó Step, alarmado.

—Dicky me dijo que te había avisado. Ray dice que Eight Bits Inc. no tiene dinero suficiente para vuelos en primera clase ni para tomar habitaciones individuales en un hotel.

—Te apuesto a que él tiene una habitación individual.

—No, está con su mujer —dijo Glass—. Oye, sabía que no te gustaría la idea, así que procuré que te asignaran conmigo. Verás, no soy un fumador empedernido, así que no fumaré cuando estés en la habitación.

—Gracias —dijo Step.

Pero no era sólo el tabaco, sino que Step odiaba no tener intimidad. Le molestaba vestirse y desnudarse frente a los demás. Le disgustaba en la escuela secundaria, incluso antes de que tuviera edad suficiente para iniciarse en el templo, y ahora que usaba la ropa interior que simbolizaba las alianzas que había pactado allí, nunca se ponía en una posición que despertara interrogantes o burlas hacia algo que él tomaba muy en serio.

Si le hubieran advertido que compartiría una habitación, habría llevado un pijama para cambiarse en el cuarto de baño y dejar que Glass pensara simplemente que era tímido. Step no sabía qué haría. ¿Pagar por su propia habitación? Difícil, pues no le quedaba crédito en la tarjeta Visa.

—Vaya, te molesta mucho, ¿eh? —preguntó Glass.

—Sí. No es el hecho de compartir la habitación contigo, sino compartir una habitación. Me refiero a que no me dijeron nada. Yo no comparto habitaciones de hotel. No puedo creer que exista una compañía tan chapucera.

—Te aseguro que prefiero mi bonificación de mil dólares a una habitación individual —dijo Glass.

Step lo miró extrañado.

—¿Mil dólares?

—No tenía que haberte dicho nada.

—¿Con cuánta frecuencia la recibes?

—A principios de año. Por favor, no se lo cuentes a nadie. Dicky me dijo que la gente renunciaría si comprendía que yo recibía una bonificación tan grande.

—Glass, mil dólares no es nada. Mil dólares es como mearte en la mano.

Glass lo miró desconcertado.

—¿Sabes cuánto sumaban mis derechos de autor por Hacker Snack, en su mejor momento, cada seis meses?

Glass sacudió la cabeza.

—Cuarenta mil. Y Scribe 64 se ha vendido más que Hacker Snack.

Glass masculló algo que quizá fuera una plegaria, porque estaba dirigida a Dios, pero Step no creyó que el tono denotara suficiente reverencia.

—De paso —añadió Step—, lo que te he dicho sobre mis derechos de autor también es estrictamente confidencial.

—De acuerdo —suspiró Glass.

Ese bocadillo resultó ser la cena. Contra toda expectativa razonable, Ray no permitió que su gente abandonara el *stand* para cenar. Él y Dicky, por supuesto, fueron a cenar a un restaurante de lujo con varios distribuidores de Eight Bits Inc., pero Ray explicó pacientemente que era una cuestión de negocios, y que la comida era un mero accesorio. Además, tendrían tiempo de sobra para cenar en la cafetería del hotel cuando se cerrara la feria esa noche.

Cuando terminaron su trabajo en el *stand* los dos estaban demasiado cansados para comer en la cafetería, y además las comidas no se incluían en la cuenta de la habitación. Step tenía que pagar en efectivo y presentar los recibos en Steuben para el reembolso. Parecía una limitación mezquina, pero ya empezaba a comprender cómo conseguía Ray Keyes vivir a todo tren con las ganancias de un único programa estrella. A Glass tampoco le molestó saltarse la cena. Por lo visto había arrasado con todos los bocadillos salados de la máquina expendedora de la oficina, así que tenía comida en abundancia en la habitación. Step declaró que no le gustaban los bocadillos salados, de modo que pudo rechazarlos sin pasar vergüenza. No quería engordar más de lo necesario durante el viaje.

Cuando Glass entró en el cuarto de baño, Step llamó por teléfono a casa. A cobro

revertido, pues Eight Bits Inc. había ordenado que se bloquearan todos los teléfonos para impedir que se pusieran conferencias desde las habitaciones. DeAnne parecía cansada. Era más de medianoche en Carolina del Norte, pero Step sabía que no dormiría, o al menos que no dormiría bien, hasta que él llamara.

—Siento no haber llamado antes —dijo—. No me dieron tiempo.

—No te preocupes. Quería oír tu voz de todos modos. Te echo de menos.

—Hace sólo doce horas que me marché. En general estoy fuera durante más tiempo.

—Lo sé —dijo DeAnne—. ¿Por qué crees que te echo de menos? —Luego preguntó, con voz menos somnolienta—: ¿Hablaste hoy con otras compañías?

—Me han hecho compartir una habitación con Glass.

—¿Glass? Oh, el joven genio.

—En realidad, es una combinación de caballero y ladrón.

—¿Qué?

—Nada. Es un fanático de Dragones y Mazmorras, y su personaje es un caballero que también es un ladrón.

—El ejemplar perfecto para la Tabla Redonda.

—Es caótico, pero buena persona.

—Ah, ser joven otra vez. Bien, aunque no puedas hablar en voz alta, puedes responder mis preguntas. ¿Has hablado con otras compañías acerca de Hacker Snack?

—No.

—¿Demasiado ocupado?

—Sí.

—¿Y mañana?

—Tal vez lo mismo.

—¡Oh, no!

—Lo haré de un modo u otro —afirmó Step, aunque no estaba tan seguro—. ¿Cómo están los niños?

—Bien. Llámame mañana, ¿sí? Y lamento que debas compartir una habitación. Sé que te molesta mucho.

—Hay una excepción.

—Sí, pero al principio odiabas compartir la habitación conmigo.

—Hasta que dejaste de tirar los zapatos en medio de todas las habitaciones de la casa.

—Ahora que no estás, he desparramado pares de zapatos por toda la casa, para celebrarlo.

—Ah, cuando el gato no está...

—Este ratón se divierte más cuando estás aquí —dijo DeAnne, con una voz mimosa que le despertó deseo y resentimiento al mismo tiempo. Si podía mostrarse

atrevida después de medianoche cuando él estaba fuera, ¿por qué no lo era cuando él estaba en casa? Pero ahuyentó ese pensamiento.

—¿Cómo anda el bebé? —preguntó.

—No ha pateado más desde esa primera vez, pero se revuelca un poco de vez en cuando.

—Vamos, no puedes sentir eso.

—Pues sí.

—¿Conque es un nadador?

—A decir verdad, puedo prescindir de las patadas. Una vez Elizabeth casi me rompió las costillas desde dentro.

—Bien, trata de dormir ahora.

—Ya sé que es conferencia, pero te echo de menos.

—Te quiero, Pescadera.

—Te quiero, Chatarrero.

—Cuelga primero —dijo él.

—No, tú.

Cuando eran jóvenes y empezaban su noviazgo, ese juego podía continuar un buen rato. Les había costado ciento cincuenta dólares el verano que ella fue a trabajar a San Francisco mientras él estudiaba para obtener el master. Step se gastó lo poco que había ahorrado redactando ponencias para un profesor que las publicaba con su propio nombre. El muy caradura no les añadía una sola mejora y Step no recibía el menor reconocimiento, pues ni siquiera estaba preparándose para el doctorado. Pero aun sin dinero, Step pidió veinte pavos a sus padres, fue a buscar a DeAnne a Orinda, donde ella se alojaba en casa de una amiga, la llevó a conocer a sus tíos de San Mateo, y luego la llevó a casa. En ese viaje a Utah le propuso matrimonio. Ella le dijo: «Gracias, déjame pensarlo». Lo pensó durante cuatro meses y medio. Faltaban dos días para Año Nuevo cuando le dio el sí. Fue un milagro que llegaran a casarse, pero la madre de Step aseguraba que era un matrimonio dispuesto por Dios. «Dios nunca dijo que haría la vida fácil», decía siempre su madre.

Pero ya no eran niños, y el juego no podía continuar. Step tendría que cortar, aun sabiendo que la lastimaría un poco que él siempre colgara primero. No lo haría, le dijo una vez, si tú cortaras tan sólo una vez. Pero ella nunca podía.

Step colgó.

—¿Pescadera? —preguntó Glass.

Step no podía creer que cometiera la grosería de admitir abiertamente que había estado escuchando.

—Oh —dijo Step—, ¿hablaba demasiado alto? Quería hablar en voz baja, para que no estuvieras obligado a escuchar mi conversación.

—No —respondió Glass, sin prestar atención al reproche implícito.

Aparentemente las reprimendas educadas no surtían efecto.

—Dame un bocadillo —pidió Step.

—Creía que no te gustaban.

Es verdad, pensó Step. No debo comerlos.

—No iba a comérmelo. Quería partirlo en pedazos para metértelos en cada orificio del cuerpo.

—Perverso.

—Si tú no escuchas mis llamadas telefónicas, yo no escucharé las tuyas.

—No es justo. Yo no tengo a nadie a quien llamar.

—¿Ni a tu madre?

—Papá nunca le permitiría aceptar el pago de la llamada.

—Creí que ganabas más dinero que Dios.

—Pero Dios no es dueño de las compañías de tarjetas de crédito. No hay problema. Mamá sabe que estoy bien. ¿Cómo andan los niños?

—Bien.

—Debe ser duro para vosotros, tener tres críos y todo eso.

—A veces —dijo Step.

—Necesitáis pasar más tiempo juntos —comentó Glass.

—¿Eres consejero matrimonial?

—¿Quién no?

—¿Y tus padres?

—Claro. Mi madre sólo necesita la oportunidad de llorar todos los domingos sobre la tumba de mi padre. —Glass sonrió ante la desconcertada expresión de Step—. Una broma, hijo, una broma.

—¿Hijo?

—De acuerdo, papá. Hablaba en serio cuando te ofrecí cuidar a los niños para que los dos paséis un tiempo juntos.

—Lo sé.

—Sí, pero no le diste importancia. Quiero que sepas que lo digo en serio. Me gustan los niños, me llevo muy bien con ellos. No tengo hermanos menores, así que ahora me gusta cuidarlos. Nunca tuve un chiquillo en la casa... pero no me interpretes mal. Soy bueno con los críos. He cuidado a muchos. Cuidaba a los hijos de mis vecinos cuando era pequeño... no es que ahora sea mayor ni nada parecido. Pero ya me entiendes.

—Sí —dijo Step.

Estaba pensando si dormiría con la ropa puesta encima de la colcha o si trataría de desnudarse deprisa esperando que Glass no reparase en su ropa interior. Parecía improbable. Glass era observador. Haría preguntas, y habría una larga conversación, y Step se cansaba de sólo pensarlo. Además Glass debía de saber lo que estaban

haciendo con Hacker Snack. Debía de haber dado a los demás programadores una copia de su versión desmantelada y comentada del código de Step para el Atari, como base para que trabajaran. No era de fiar.

—Hacía de todo por esos niños. Tenían una pequeña que aún llevaba pañales. Yo la llamaba Lulu, pero no recuerdo por qué, pues se llamaba Gladys o algo así, un nombre apestoso para una niña, así que la llamaba Lulu. Y ella arrastraba las bragas sobre los tobillos. Ya sabes, los pañales pesan más cuando están mojados, así que corría en camiseta y pañales limpiando todo el polvo del suelo.

—Acabaré vomitando. Meados por doquier, mi visión nocturna favorita.

—Vamos, los pequeños no se mojan los pañales con orina, sino con lluvia de ángeles.

—Qué asco.

Glass rió encantado.

—A mí también me pareció gracioso, pero eso decía la señora Greenwood. Lluvia de ángeles, lo juro.

—Glass, necesito dormir. Es casi la una según la hora del Este.

—Pero ni siquiera te has desnudado, y no tenemos que presentarnos en la feria hasta las nueve, así que tenemos tiempo de sobra.

—Tengo un pequeño problema de insomnio —dijo Step, inventando sobre la marcha, pero procurando no alejarse de la verdad—. Me cuesta dormirme, lo cual significa que necesito relajarme temprano para conciliar el sueño tarde.

—Y entonces, cuando te estás adormilando, te levantas y te cambias la ropa.

Esto resultaba complejo e irritante. Step podía relacionarse con la gente, prestarle atención, ser amable y todo eso durante horas pero también necesitaba tiempo para sí mismo, un tiempo donde nadie le planteara exigencias, y en ese momento quería que Glass se levantara, fuera hasta la ventana, saltara y se desnudara. Nada personal. Sólo quería estar a solas.

—Glass, ¿tan fascinante te resulta todo lo que hago o dejo de hacer?

—Sólo te contaba por qué sería buen niño para tus hijos.

—No lo dudo.

—Sé cambiar pañales, eso te contaba. Limpiarles el pequeño trasero. Sé que no es tarea de hombres, pero sé hacerlo.

—Es tarea de hombres —dijo Step, entrando en la conversación de Glass—. Compadezco a cualquier hombre que no tenga la sensatez de ayudar a cambiar pañales. Así te vinculas con el niño... así llegas a quererlo, prestándole un servicio íntimo y personal, a veces repulsivo pero necesario, y el chico lo sabe. Un hombre no puede amamantar al bebé, ¿verdad? Necesita un punto de contacto.

—Magnífico sermón.

—Sí, le di el mismo discurso a mi hermano mayor. Me preguntó si me estaba

volviendo marica.

Glass rió a carcajadas y se palmeó el muslo. Una reacción excesiva, una risa exagerada, fuera de lugar. Qué está pasando, se preguntó Step. ¿Por qué está tan nervioso?

—De eso se trata —asintió Glass—. La niña te quiere por eso, le estás prestando un servicio, limpiando su pequeño culito. Le encanta.

Ahora de veras sonaba repulsivo. No por la idea, sino por el modo de decirlo, el modo esquivo con que decía «su pequeño culito». Step comenzaba a sentir un mareo. El chico simplemente no sabía cómo hablar de ello, eso era todo. En su avidez por ser servicial, no comprendía que un padre no quería que un aspirante a niñero le hablara así del cambio de pañales de su hijita.

—Incluso la bañé una vez —continuó Glass.

—¿Mm?

—Lulu, Gladys. Ya sabes. Se ensució con miel. No porque yo no la estuviera vigilando, pero tuve que hacer algo con los niños, no recuerdo qué, y ella se llenó de miel. Estaba en la mesa, y ella se la derramó en el cabello, y no se me ocurrió otra idea que quitarle sus prendas de muñeca y meterla en la bañera. Y mientras yo le lavaba el cabello, ella me dio la esponja y me dijo: «Tienes que lavarme el culito, Rolly». Su madre debió enseñarle que siempre debía lavarse las partecillas.

En ese momento Step comprendió que jamás dejaría a Glass a solas con ninguno de sus hijos, ni siquiera por un instante, y mucho menos con Betsy. No, si de Step dependía, Glass jamás llegaría a ver a Betsy, con su hermoso cabello rubio, su dulce sonrisa y su perfecta inocencia.

—Rolly —murmuró Step—, cambiemos de tema, ¿eh?

—Claro. No quise insinuar nada, sabes. Sólo que estoy dispuesto a cuidarlos, y que sé atender a los chiquillos.

—De acuerdo, Glass. Mira, aquí tienes cinco dólares. Ve a la cafetería y tómate algo a mi salud para que yo pueda dormir.

Step buscaba su billetera.

—¿Por qué no me abofeteas en la cara? —dijo Glass.

—¿A qué te refieres?

—«Aquí tienes cinco dólares». Como si yo fuera un mendigo que te tiende la mano en la calle. Tengo dinero, sabes.

—Lo siento, lo siento. Pero te he dicho que necesito dormir. Estoy desesperado por dormir. Por eso no quería compartir la habitación. Necesito tiempo para mí, tiempo a solas, totalmente a solas, o no puedo dormir.

—Debe ser un regalo para tu mujer.

—No me cojas manía por esto —dijo Step—. Soy un pésimo compañero de habitación, soy un mamón, lo sé. Pero te suplico que bajes a la cafetería o vayas a

fumar a recepción o lo que quieras. Por favor, déjame a solas treinta minutos. No te pido nada más.

—Bien.

—No te enfades conmigo. No quiero ofenderte, pero estoy cansado.

—Bien —dijo Glass. Caminó hacia la puerta, se detuvo y se volvió hacia Step, esperando, disponiéndose a decir algo.

—Qué —dijo Step.

—Nunca me llames Rolly —espetó Glass.

—¿Qué? No te llamo Rolly, te llamo Glass.

—Me has llamado Rolly hace un momento. Nadie me llama Rolly.

—¿Eso hice? ¿Por qué te llamaría Rolly? Ni siquiera te conocía ese apodo.

—No es mi apodo. Es el apodo de mi maldito padre.

Step recordó.

—Tú mismo usaste ese nombre. Dijiste que así te llamaba esa pequeña. Debía de usar el nombre porque tú lo mencionaste, es todo.

—¿Eso hice?

Step ahora recordaba la frase donde Glass había usado el apodo. «Tienes que lavarme el culito, Rolly». No pensaba repetirla.

—¿Por qué hubiera usado ese nombre? —preguntó.

—Nadie me llamó Rolly, jamás —dijo Glass con fastidio—. Mi apodo en la infancia era Bubba. Rolly es mi padre y nadie me llama así.

—Nunca te he llamado así y nunca lo haré. Siento haber sido grosero, Glass. Me pongo nervioso y raro cuando comparto una habitación. Ni siquiera hubiera venido de haber sabido que compartía la habitación, no sirvo para compartir una habitación, me saca de quicio. Pero ya que he de compartirla, mejor contigo que con otra persona, ¿verdad?

Glass sonrió.

—Mejor comerse una cucaracha que un escorpión, ¿eh?

—Correcto —dijo Step.

Glass se fue.

Cucaracha. Exacto. Estar ahora con Glass era como comerse una cucaracha. «Tienes que lavarme el culito, Rolly».

Step se levantó y se desnudó del todo, plegando su ropa interior y guardándola en la maleta, bajo la ropa limpia. Una vez desnudo, no soportó la idea de meterse entre esas sábanas. No supo por qué, pero no podía. Estaban demasiado limpias. Primero tenía que lavarse.

Se metió en la ducha y se enjabonó dos veces, hasta que se sintió lo bastante limpio como para meterse en la cama. Glass aún no había vuelto, y tampoco había vuelto una hora después, cuando Step miró el reloj, y luego debió de dormirse porque

no le oyó volver. Por la mañana Glass estaba en la ducha cuando Step se despertó, y sus sábanas estaban revueltas en la cama, así que debía de haber regresado en medio de la noche. Cuando salió del cuarto de baño, Glass estaba tan jovial como de costumbre y Step casi pudo olvidarse de las cosas que su compañero había dicho la noche anterior.

Por la mañana todos tuvieron que permanecer en el *stand*, al igual que la noche anterior. Step nunca había pensado que Ray llevaría a su gente a San Francisco sin permitirles ver el resto de la muestra, pero había muchas cosas que no había pensado sobre Ray hasta que fue demasiado tarde. Parecía que la única oportunidad de salir de exploración sería durante el almuerzo, y eso le daría sólo media hora. Y tendría esa media hora sólo si no comía, pues las colas para la comida eran aún más largas que las filas de los lavabos de mujeres. Casi no valía la pena intentarlo, pues tardaría ese tiempo en localizar las compañías de software. Y luego tendría que encontrar una que conociera su nombre y admirase Hacker Snack, lo cual podía resultar difícil, pues ese juego ya era noticia del año pasado. No, de hacía dos años, y estaba agotado. Era inútil. Step estaba atrapado en Eight Bits Inc., una empresa de mala muerte donde estaría rodeado de farsantes, estafadores, ladrones, tacaños y tíos que soñaban con lavar chiquillas.

Sintió náuseas. Pensó en fingir que estaba mareado para largarse del *stand*, pero se armaría un revuelo si lo pillaban visitando los otros *stands* cuando se suponía que estaba en cama. Además, no quería ser un embustero como ellos. Al menos, no más de lo que ya era cuando dirigía la división creativa de Eight Bits Inc., fingiendo que Dicky era su jefe.

De hecho, ésta era una de las principales molestias al atender al público. La gente se acercaba y quería hablar sobre los juegos, especialmente las demostraciones, y Step les mostraba el material y les describía futuras innovaciones, y luego comprendía que Dicky estaba escuchando —Dicky siempre parecía estar escuchando, flotando como un fantasma— y que Step hablaba de innovaciones que sólo conocían él y los programadores, innovaciones que no figuraban en ninguna versión que Dicky hubiera visto. Una vez pensó en una regla que debería incluirse en un juego y se la describió a un comprador de Service Merchandise, aunque en Eight Bits Inc. nadie había pensado en hacer que el juego operase de ese modo, lo cual no habría importado porque Step siempre imponía su opinión en estas cosas, salvo que ahí estaba Dicky, mirando el vacío, tal vez escuchando o tal vez no. El Espía, pensó Step. Recordó el juego de naipes de los Autores, la imagen del naipe James Fenimore Cooper, un anguloso rostro de comadreja que para Step resumía la esencia del espía. A partir de ahora Dicky sustituiría a Cooper como la imagen del espía. Dicky siempre parecía sumido en sus pensamientos. Entornaba los ojos y movía los labios gruesos y sensuales como si sorbiera algo con una pajilla imaginaria.

Tengo que largarme de aquí, pensó Step. No sólo de este *stand*, sino de Eight Bits Inc.

Terminó de atender al cliente de Service Merchandise, quien de todos modos no compraba juegos, sólo quería conocerlos para saber qué máquinas utilizarían el software más atractivo, y se acercó a Dicky sin saber qué diría hasta que empezó a decirlo.

—Tengo que salir del *stand*, Dicky.

—No me digas. Todos estamos aquí para trabajar, Step —respondió Dicky con indiferencia. Ni siquiera habría discusión, pues Dicky nunca cedía.

Step elevó la voz, para cerciorarse de que los demás lo oyeran.

—Tengo que ver los demás paquetes, Dicky. Tengo que ver qué hace la competencia.

—Nosotros no hacemos paquetes bonitos. Este es nuestro envase. Además, eso incumbe al departamento artístico, no a los manuales.

—Tengo que ver el nivel de la documentación. Tengo que ver el estilo. Tengo que ver cuánta personalidad incluyen en los paquetes.

—Si quieres intentar algo nuevo con nuestros manuales, escríbelo, tráemelo y Ray y yo decidiremos si funciona.

Step elevó la voz un poco más.

—¿Me estás diciendo que Eight Bits Inc. ha gastado dinero para traerme a San Francisco y no me dejas echar un vistazo para obtener ideas nuevas que nos permitan publicar manuales más competitivos?

—Nadie abre los paquetes para ver cómo es la documentación cuando está decidiendo si comprará un juego —objetó Dicky—. La documentación es irrelevante en cuanto a competitividad. Y tú sólo eres responsable de la documentación.

—Nuestros productos se venden porque la gente los alaba, y las alabanzas se refieren a todo el paquete. Si nuestros manuales son adecuados, los clientes lo comentan a sus amigos.

—La respuesta es no —dijo Dicky—. Has venido a trabajar, no a jugar, y es definitivo.

Step habría desistido tiempo atrás si sólo le importara su rivalidad con Dicky. Pero no le importaba. Deseaba continuar hasta... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que lo despidieran?

—No quiero jugar, Dicky. Quiero trabajar... con efectividad. Todas las empresas de software envían a su gente a echar una ojeada a la competencia, y nosotros nos quedamos encerrados en este *stand* sin aprender nada. Es la mejor receta para transformar Eight Bits Inc. en una reserva para dinosaurios.

Al fin Ray Keyes se acercó. Guardó silencio un instante, con la cabeza gacha, y miró a Step a los ojos.

—Adelante —le dijo. Dicky no se inmutó.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Step.

—Un par de horas —dijo Ray—. Y luego enviaremos a los demás, de uno en uno.

—Se volvió hacia Dicky—. Nueva política.

Dicky asintió.

—Excelente idea.

Step se volvió hacia Dicky y le habló sin regodearse mucho en su triunfo.

—Almorzaré mientras esté fuera, así que regresaré a la una y media.

Dicky asintió grácilmente. Step notó que apretaba las mandíbulas. Más vale que encuentre algo. Más vale que conozca a alguien y consiga un contacto, porque mis días en Eight Bits Inc. están contados, y los días que me quedan no serán divertidos, porque me he enfrentado a Dicky y he vencido, y no le gusta que lo humillen. Tiene la habilidad de ser pelota con Ray, pero lo pagaré caro.

Aun así, era magnífico haberse enzarzado con Dicky y haber obtenido la victoria. Mientras Step se marchaba del *stand*, Glass y un par de tíos de comercialización lo miraron de soslayo e imitaron subrepticamente un aplauso.

Mientras se abría paso entre la muchedumbre, Step comprendió que tenía un problema. No conocía a nadie. Había trabajado en solitario, nunca había asistido a una convención, aunque desde luego había oído hablar de ellas. Por lo pronto, había leído sobre ellas en la columna de Neddy Cranes. No podía entrar en un *stand*, preguntar quién era el presidente de la compañía y pedir una entrevista. ¿O sí? A fin de cuentas, no solicitaba un empleo. Necesitaba hablar sobre la licencia para una adaptación de Hacker Snack para otra máquina. ¿Con quién se hablaba de este tema sin revelarlo a cada empleado, evitando que corriera la voz de que Step Fletcher quería cerrar un trato?

Estaba en el *stand* de Agamemnon, mirando sus juegos —perfectos, era una magnífica empresa, la mejor— cuando oyó esa voz chillona.

—El PC puede ser el peor ordenador que se haya ofrecido al público americano aparte de los que fabrica Commodore —discurseaba Neddy Cranes—, pero eso no significa que no vaya a constituirse en la nueva pauta. Dieciséis bits son dieciséis bits, y ahora que los programadores pueden diseñar aplicaciones para más de 64K de RAM a la vez, podrán amontonar funcionalidades en el software y arrasarán con CP/M y esos engendros que llaman ordenadores personales. Quienes se aten a Commodore y Atari se hundirán con ellos, recuerden mis palabras.

Step decidió escuchar. En Eight Bits Inc. tenían un PC de IBM, y Ray Reyes aún estaba tratando de decidir si adaptaría su software para esa máquina. Step estaba seguro de que no lo harían, pues Glass odiaba el PC. Step también lo odiaba, con su defectuosa memoria de pantalla y los patéticos gráficos de cuatro colores que debían soportar los que no se conformaban con un monocromo. Era como tomar los peores

aspectos del Apple II, hacerlos más complicados y lamentables, y luego venderlos cinco veces más caro. Pero Neddy Cranes no era tonto, aunque fuera orgulloso e insoportable. Y no estaba a sueldo de nadie. No le molestaba ganarse enemigos. No era un promotor de IBM. Si él decía que IBM era el futuro, tal vez IBM fuera el futuro, por triste que pareciera.

Y los que hablaban con Crane no cuestionaban sus palabras. Tal vez procuraban convencerle de que eran tan visionarios como él y estaban plenamente de acuerdo. Y ahora mire estos magníficos programas, se los enviaremos, pruébelos, verá que son sensacionales. Y como eran de Agamemnon, quizá fuese cierto.

—¡Santísimo cielo, si es nada menos que Step Fletcher! —La voz tonante de Neddy Crane a tan poca distancia hizo temblar a Step, pero logró dominarse, pues la timidez no era la reacción más apropiada si Neddy Cranes te reconocía frente al *stand* de Agamemnon.

—Hola —saludó Step.

Cranes se volvió hacia un tío que estaba en el *stand* de Agamemnon.

—Lo que necesitas es poner a alguien como nuestro Step Fletcher a trabajar en software para el PC. Pídele que adapte ese juego suyo, Hacker Snack. Un juego magnífico, lo he jugado más tiempo del que jamás confesaré. Adáptalo para el PC y se verá como la mierda, porque en un PC todo parece mierda, pero los pobres diablos que tienen que usar esa máquina todos los días quedarán tan agradecidos de tener programas sencillos que harán una cola de diez kilómetros para lamerte el culo.

Step se preguntó si sus groserías incomodarían a DeAnne tanto como las exuberantes groserías de Crane lo incomodaban a él. Una vez más, decidió dejar de atormentarla con palabrotas que los mormones no debían usar.

El tío de Agamemnon al fin logró hablar.

—Encantado de conocerle, señor Fletcher.

—Step —dijo Step.

—Oh, ¿no os conocéis? —se extrañó Cranes.

—En realidad no conozco a nadie —admitió Step—. Ni siquiera a usted, señor Cranes.

Cranes echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estentórea, llamativa como el graznido de un cuervo. Step notó que la muchedumbre se volvía para descubrir el origen de ese sonido increíble. Y por un instante, dentro del círculo de espacio que rodeaba a Cranes, Step sintió que esa atención rebosaba una especie de energía intimidatoria y abrumadora, aunque Cranes parecía alimentarse de ella.

—¡Bien, me alegro de conocerte, Step! ¡He pasado tanto tiempo con ese puñetero juego que me siento como si fueras mi feísimo cuñado!

Y, para asombro de Step, Cranes le pasó el brazo por los hombros y lo estrechó. Era un momento imposible. ¿Qué debía hacer?

¿Responder al abrazo?

No tuvo que hacer nada. Cranes aún le aferraba los hombros cuando Step se volvió hacia el tío de Agamemnon y leyó la etiqueta de identificación. Dan Arkasian. Nada menos que Arkasian en persona, el fundador y presidente de Agamemnon. Y un sujeto agradable, a juzgar por la gracia y la paciencia con que afrontaba la invasión de Neddy Cranes. Era precisamente el hombre a quien deseaba conocer, el hombre que podía publicar sus juegos con la mejor distribución del país, con el mejor envase, y tenía que ser cuando Neddy Cranes lo estaba abrazando.

Mientras Cranes seguía con su perorata, Arkasian miraba a Step fijamente. Step sonrió lánguidamente.

—Te has liado con estos ordenadores de juguete que sólo tienen 48 K de RAM utilizable, y eso te hundirá —declaró Cranes—. Pero si alguien como Step Fletcher te diseña programas como la gente... ¡Qué va! Este tío no es sólo un chiflado de la informática, es doctor en historia. ¡El hombre sabe algo!

Step no pudo creer que Cranes estuviera enterado de ello. Y entonces recordó que Eight Bits Inc. había publicado una declaración de prensa donde anunciaba que lo había contratado, y había incluido el dato de que Step acababa de doctorarse. Step pensaba que nadie leía esas cosas.

—Me apuesto lo que quieras. Step tiene más ideas sobre lo que puedes hacer con el PC que cualquier otra persona de aquí. Vamos Fletcher, cuéntale algo, necesita una buena idea. La única ventaja de Arkasian es que sus productos son vistosos. Dale una idea nueva.

Esto era espantoso, imposible. Tenía que pensar en algo o quedaría como un tonto. Algo que pudiera funcionar con los lamentables gráficos del PC de IBM.

Algo que necesitara más memoria RAM. Y lo único que se le ocurría era ese maravilloso y viejo atlas que había memorizado durante dos días en la biblioteca de Salt Lake City, el que tenía mapas que mostraban los votos electorales y populares en cada elección americana desde 1788.

—Un atlas —dijo Step.

—Ya habíamos pensado en ello —asintió Arkasian—. El libro resulta más barato que el software, y no podemos competir con los gráficos.

—No, hay que ofrecer lo que sólo un ordenador puede hacer. Como las elecciones. El año próximo Reagan se presentará para la reelección, y con la crisis puede ser una competencia reñida.

—La crisis ha terminado —se burló Cranes—. Reagan ganará sin esfuerzo.

La crisis no ha terminado para mí, pensó amargamente Step. En cambio dijo:

—¿Por qué no hacéis un atlas que muestre todas las elecciones desde 1788, con los estados coloreados según el partido? Se puede animar mediante cambio de pantalla, seguir los votos electorales del Partido Demócrata a través de la historia,

hacia delante o hacia atrás, o buscar todos los candidatos de terceros partidos que obtuvieron votos de electores. A la gente le gustan los mapas, y sobre todo los mapas que cambian. El ordenador puede hacerlo, pero el libro no.

Arkasian asintió.

—No está mal.

—Y el Congreso —prosiguió Step, entusiasmándose—. Un mapa que muestre cada distrito parlamentario de cada Estado. Se puede realizar un acercamiento sobre el Estado y mostrar cómo han cambiado los distritos con cada censo, y qué partido dominaba el distrito. Animar la historia de un Estado y verla cambiar con el tiempo. Lo mismo con la población, condado por condado.

—Se necesitaría un disco duro para tanta información —objetó Arkasian.

—No si usamos vectores y rellenos. Como usted dijo, si quisieran un mapa de carreteras comprarían el Triple A y los guardarían en el coche. Así que las fronteras no tienen por qué ser precisas. Podemos almacenar todo como coordenadas y números y dibujarlo en tiempo real.

—¿Pero quién lo compraría? —preguntó Arkasian.

—Todos los padres que desean que sus hijos anden bien en la escuela. Todos los que se interesen en política durante un año electoral. Y hasta se podría vender como herramienta para planificadores empresariales. Se puede incluir una proyección de crecimiento demográfico, tal vez un mapa de mercados de medios, marcando todas las emisoras de televisión.

Arkasian rió.

—Ese programa necesitará 512 K tan sólo para funcionar.

—¿Y qué? —tronó Cranes—. Te digo que dentro de cinco años no se atreverán a ofrecer un PC que tenga menos de un megabyte de RAM.

—Neddy, estás loco de remate y lo sabes —dijo Arkasian.

—¡Estaré loco de remate, pero eso no significa que no tenga razón! ¡Ya verás! Y cuando tu compañía esté en la ruina porque seguiste preparando juegos para el Commodore 64 e ignoraste el PC, recordarás lo que te dije en 1983.

Finalmente Cranes soltó a Step y continuó su camino sin siquiera despedirse. El hombre irradiaba pedantería en olas estruendosas, y la corriente había arrastrado a Step. Siguió con los ojos a Cranes, y luego se volvió a Arkasian con una sonrisa tímida, ofreciéndole la mano.

—En serio, me alegro de conocerle, señor Arkasian.

—El gusto es mío —dijo Arkasian—. ¿Por qué tengo la sensación de estar boqueando para respirar?

Step rió.

—Cranes tiene mucha... presencia.

—Hablando en serio, me ha gustado su idea del atlas.

—¿De verdad?

—Usted estaba improvisando, ¿verdad?

Step sonrió lánguidamente.

—Cranes me puso entre la espada y la pared.

—Es la especialidad de Neddy, pero ha salido usted bien librado, señor Fletcher.

—Por favor, llámeme Step, señor Arkasian.

—Step. A mí todos me llaman Arkasian. Sin el señor. Por cierto, aunque Neddy tenga razón, pasarán un par de años antes de que resulte práctico elaborar el programa del atlas.

—Bien, tan sólo la investigación puede llevar dos años, si quiere hacerlo en serio.

—Me ha impresionado —dijo Arkasian—. Tener esa idea espontáneamente, sin preparación, incluida la estrategia de marketing. Con razón Eight Bits Inc. lo ha contratado.

Y allí estaba el problema, Arkasian pensaba que Eight Bits Inc. era su dueño, y si Step decía sin rodeos que quería renunciar y buscaba algo mejor, Arkasian lo catalogaría como desleal. Cualquier oferta que valiera la pena tenía que salir de Arkasian, sin que Step lo pidiera.

—Sólo me dedico a escribir manuales —puntualizó Step.

—¿Me está tomando el pelo? —preguntó Arkasian.

—No me contrataron como programador.

—¿En qué cuernos estaban pensando?

—Política interna, me parece. No importa, me gusta el trabajo.

—¿Entonces, ya no se dedica a programar?

Era el momento oportuno.

—Aún tengo los derechos de Hacker Snack —dijo Step—. Y puedo escribir programas en cualquier máquina sobre la cual no esté trabajando Eight Bits Inc.

—¿No están haciendo nada para el PC?

—Ray no se ha decidido.

—Acompáñeme —dijo Arkasian. Pidió a Step que lo siguiera al interior del *stand* de Agamemnon.

Al contrario del *stand* de Eight Bits Inc., la zona de Agamemnon —que ocupaba el doble de espacio— tenía una especie de sala privada, una unidad vertical de tres lados con una puerta con cerrojo. Arkasian lo condujo a un espacio pequeño y sin techo atiborrado de cajas vacías y material de embalaje. Cerró la puerta y dijo con firmeza:

—Ray Keyes es el hijo de puta más embustero de este negocio.

No era el momento de hablar mal de Ray ante alguien que quizá luego deseara confiar en la lealtad de Step.

—Sólo estoy en Eight Bits Inc. desde el uno de marzo, y no veo mucho a Ray.

—¿Por qué no habló conmigo antes de ir a trabajar como autor de manuales para Ray Keyes?

—Envié mis antecedentes a Agamemnon, pero recibí una carta diciendo que no contrataban a nadie.

—Mierda —dijo jovialmente Arkasian—. Hemos crecido tanto que tenemos un director de personal. Claro que no estábamos contratando a nadie, pero lo habríamos contratado a usted.

Era la oportunidad que Step esperaba. Era imposible pedir un momento más oportuno.

—Yo no deseo trabajar para nadie, Arkasian. Ni siquiera para Agamemnon. Si me voy de Eight Bits, será porque tengo un buen convenio de programación con alguien, y puedo trabajar por mi cuenta, en casa, con un anticipo lo bastante jugoso como para sobrevivir mientras programo. Y en el contrato de Eight Bits hay una cláusula que me impide competir con ellos durante un año. Pero Hacker Snack está excluido, y también los programas para máquinas en las cuales Eight Bits no está trabajando.

—¿Y cuánto necesitaría?

—Depende del tiempo que requiera el programa. Y ese atlas requeriría mucho tiempo.

—¿Qué me dice de Hacker Snack para el 64?

—Dos meses —dijo Step.

—¿Y Hacker Snack para el PC?

—No conozco el código de máquina 8088.

—Pues incluya el período de aprendizaje.

—Seis meses a lo sumo. Pero no quedaría tan bien en la pantalla de tres colores de IBM. Es pésima.

—De todas formas, lo quiero en blanco y negro.

—¿Por qué no hacer ambas versiones e incluirlas en el mismo paquete? De ese modo, si quieren cambiar de máquina, ya tienen el juego.

—¿Por qué no venderlo dos veces?

—Porque la gente se sentirá estafada —alegó Step—, y si piensa en cambiar de máquina, no postergará la compra de Hacker Snack hasta tener la máquina de color. Demonios, tal vez cambien de máquina porque ya poseen la versión en color del juego.

—Déjeme pensar. Le puedo decir sin rodeos que quiero el Hacker Snack para el 64. Pero diferente. Mejorado. Así podremos anunciarlo como mejor que la versión Atari. Nuevo y mejorado, todas esas historias.

—Pensaré en algo.

—Nosotros tampoco hemos tomado una decisión acerca del PC. No tenemos proyectos muy claros en ese sentido, porque aún ignoramos cómo será el mercado de

software de entretenimiento para lo que es esencialmente una máquina de trabajo.

—Una máquina de trabajo muy limitada.

—Con un precio exagerado, de monopolio —añadió Arkasian—. A mí tampoco me gusta IBM. Pero creo que Neddy tiene razón. Creo que IBM lanzará su PC. Creo que multiplicará por diez el mercado del CP/M, y creo que la gente lo querrá en color. ¿Y sabe por qué creo que lo querrá en color?

—Para jugar —dijo Step.

—Ni más ni menos.

Step rió.

—Para eso existen los ordenadores, ¿verdad? Para jugar.

—Ya lo creo —asintió Arkasian—. Y cuanto más parecido a un juego sea el software serio, mejor se venderá. Step Fletcher, le ofreceré un trato para que programe el Hacker Snack para el 64, en principio. Pero no será dinero suficiente para que usted renuncie a su empleo.

—Comprendo.

—Pero si Ray Keyes es el inepto y chapucero hijo de puta que yo lo considero, decidirá no trabajar para el PC. En tal caso, hábleme, y llegaremos a un acuerdo para el PC. Un acuerdo serio, que tal vez incluya ese atlas. Quiere hacerlo, ¿verdad? Sé que usted improvisaba mientras lo decía y quizá...

—Daría cualquier cosa por hacerlo.

—Entonces póngase en contacto conmigo cuando Ray Keyes tome una decisión.

Step respiró hondo.

—No puedo —dijo.

—¿Qué?

—Señor Arkasian, trabajo para Eight Bits Inc. No puedo informar a la competencia acerca de lo que averigüe sobre los planes de Ray Keyes.

Arkasian lo miró, perplejo.

—Pues que me cuelguen.

—En cuanto yo renuncie, podré decirle si esa cláusula me permite programar para el PC o no, y luego usted me dirá qué desea. Pero mientras no renuncie, no puedo informarle sobre las decisiones de Ray. Ni siquiera debí haberle dicho que aún no lo ha decidido, y ya me siento mal por ello. No quiero empeorarlo.

—Pues bien, si él decide no trabajar para el PC, renuncie a su empleo y llámeme.

—No puedo renunciar sin la certeza de tener algo entre manos. —Step no podía decirle que tal vez Arkasian le estaba ofreciendo un trabajo para contar con un espía dentro de Eight Bits Inc., y que él no estaba dispuesto—. Tengo tres hijos y esperamos otro para julio.

Step contuvo el aliento, preguntándose cómo reaccionaría Arkasian.

—Bien —dijo Arkasian—. Le enviaré un contrato por Hacker Snack para el 64.

Habrá una cláusula con una opción. Hacker Snack para el PC, y un convenio para programar para el PC. Si decido, como es muy probable, que Agamemnon desarrolle programas para el PC, utilizará la opción de Hacker Snack para el PC. En ese punto, si usted llega a la conclusión de que su convenio con Eight Bits le permite trabajar para el PC, podrá ejercer la opción sobre el PC. Y yo me asegurar  de que la suma sea tentadora.  Cu nto gana ahora?

—Treinta mil al año, pero no tengo suficiente para vivir.

—Entiendo —asintió Arkasian—. Bien, cien mil dólares, un contrato de dos años. No podrá ejercer su opción a menos que yo haya ejercido la mía, para la versión PC del Hacker Snack, pero después de eso queda en sus manos.

—En manos de Ray Keyes, querrá decir.

—Estoy apostando a que Ray Keyes tomar  una decisión errónea. Tal vez sólo por seis meses, hasta que se arrepienta, pero si todo sale bien, el trabajo de usted saldr  con el emblema de Agamemnon.

Step ladeó la cabeza.

—No estar  us ndome para perjudicar a Ray Keyes,  verdad?

—No invierto dinero para perjudicar a nadie. Invierto dinero para obtener más de lo que puse. —Arkasian sonrió—. Pero si de paso le amargo la vida a Ray Keyes, tanto mejor.

—Necesitar  mi dirección —dijo Step.

—Deme su tarjeta.

—No tengo tarjeta. Acabo de mudarme y... en fin, no tengo tarjeta.

—An tela en el dorso de la mía. Y gu rdese una de éstas.

Step se guardó una tarjeta, puso la dirección de Chinqua Penn y el número de teléfono en el dorso de la otra y se la devolvió a Arkasian. Arkasian se la guardó en el bolsillo y le tendió la mano. Step la estrechó.

El apretón de Arkasian era c ldido y firme y le dio cierta sensación de seguridad. Como si ahora estuviera en buenas manos.

Arkasian no le soltó la mano.

—En cuanto a lo que le he dicho sobre mis planes... —dijo.

—No soy espía de nadie. Y Ray Keyes sabe que no gana nada con preguntarme. —Claro que Ray puede pedirme que actúe como jefe de programación a espaldas de Dicky, pens  Step, y yo me presto al juego. Finjo ser un chico honrado, pero no lo soy.

Seguía pensando en ello cuando abandon  el *stand* de Agamemnon. Sólo soy honrado en parte, sólo tengo algunos principios a los que no renuncio. Y si Arkasian me hubiera ofrecido suficiente dinero, tal vez me hubiera prestado a todo. Tal vez él crea que soy un buen hombre que merece su confianza, pero sí que sólo merezco confianza hasta que creo que con ello no conseguir  lo que quiero.

Soy un farsante y un embustero que ha venido a hablar con uno de los competidores más poderosos de Eight Bits cuando Eight Bits me ha pagado para asistir a esta convención. Me hice pagar el vuelo para entrevistarme con un rival. Incluso me están pagando por el tiempo que paso aquí.

Lo correcto sería mencionar la idea del atlas en Eight Bits. Eso dice mi contrato. Las ideas que se me ocurran mientras trabajo para ellos les pertenecen.

Luego pensó: es fácil. Sólo tengo que proponerle el atlas a Dicky, y hacerle creer que me entusiasma la idea. Él se encargará de frenarla. Parará el proyecto con tal de fastidiarme. Si logro que lo haga por escrito, estaré libre. Tendré pruebas de que lo ofrecí y eso me dejará libre.

Taimado. Soy un taimado redomado.

Esa noche, Glass quiso convencerlo de que se reuniera con él, la gente de marketing y unos jóvenes programadores de Apple que estaban trabajando en software para el ordenador Lisa. Iban a emborracharse por todo San Francisco, y Step declinó.

—Pero necesitamos un conductor sobrio —dijo Glass.

—Coged un taxi —dijo Step.

—Claro —exclamó Glass—. Lo había olvidado. Ésta es una verdadera ciudad. Taxis.

Así que Step tenía la habitación para él solo cuando llamó a DeAnne y le contó todo lo que había sucedido con Neddy Cranes y Dan Arkasian. Se alegró de que ella reaccionara con alivio y entusiasmo.

—No es seguro —dijo Step—. Aunque sí el dinero para la adaptación del 64.

Luego ella temió que algo saliera mal. DeAnne era experta en pensar que algo podía salir mal.

—Sólo si consigues que Eight Bits Inc. deje de trabajar en su propia adaptación.

—Les diré que abandonen el proyecto.

—Claro. Te presentarás allí diciendo que se lo vendiste a Agamemnon.

—No, sólo diré que no se lo venderé a ellos.

—Y te preguntarán por qué, ya que trabajas para ellos, sobre todo cuando ya han invertido tanto en el proyecto.

—No es culpa mía.

—No es culpa tuya, pero de todas formas te despedirán porque no juegas para el equipo.

Step suspiró.

—Todo esto es muy complicado.

—Es sólo un problema de oportunidad —dijo DeAnne—. Podría ocurrir que el conflicto por la adaptación para el 64 se produzca antes de que recibamos un contrato

de Agamemnon, y entonces le dirás a Eight Bits que no pueden hacerlo, te despedirán y quizá no consigas ese contrato.

—Pero tal vez el contrato llegue primero y el conflicto no estalle hasta que Ray decida desarrollarlo para el PC y después de que Arkasian decida que él sí lo hará para el PC.

—Todo depende de otros —suspiró DeAnne.

—Como de costumbre. Y quizás el Señor haya decidido cuidarnos. Quizá Dios tenga un plan.

—Bien, si planeó que tú trabajaras para Agamemnon, ¿por qué no nos hizo mudar a California, sin esta excursión a Steuben? ¿O al menos no nos dejó donde estábamos? Éramos felices en Indiana. Allá Stevie no jugaba con amigos imaginarios.

Eso era nuevo.

—¿Amigos imaginarios?

—Me he dado cuenta hoy, pero viene sucediendo durante semanas. Casi desde que nos mudamos aquí. Viene muy apático de la escuela, como si no tuviera amigos aquí. Le he preguntado con quién juega en la escuela y dice que con nadie, pero no me preocupé porque de cuando en cuando decía «Jack y yo hicimos esto» o «Scotty y yo hicimos aquello». Llegué a la conclusión de que sí tenía amigos, que sólo quería hacerse el mártir.

—Vaya, ni siquiera sabía que hablaba.

—No está catatónico, sólo deprimido.

—Ah, perfecto.

—Los sábados yo pasaba el tiempo contigo, ¿entiendes? Hacíamos las compras, las tareas de casa, desembalábamos. Pero este sábado no estabas y me sentí sola, así que mientras los niños jugaban me senté en el patio a leer ese libro de Anne Tyler que me regalaste. Robbie y Elizabeth jugaban a pillar, se perseguían, pero Stevie se quedó sentado en la hierba, y luego se puso a caminar, tocando la cerca, tocando la pared de la casa. Me preocupó. Antes jugaba con los pequeños, y ahora andaba enfurruñado como si no quisiera saber nada con ellos, aunque Robbie insistía en invitarlo. Lo cierto es que fui adentro, lavé la ropa y todo eso, pero seguí vigilando a los niños, porque ésa es mi función...

—La madre perfecta.

—Ésa soy yo, Chatarrero. Pero lo que quería contarte es que sé que Stevie no se fue del patio y sé que no había otros niños allí. A la hora de la cena le pregunté con quién jugaba en el patio. Me dijo que Jack y él estaban buscando un tesoro enterrado. Le pregunté si eso era en la escuela, pensando que allí estaba Jack. Me dijo que Jack no iba a la escuela.

—¿Estás completamente segura de que comprendió lo que le estabas preguntando?

—Sí. Le pregunté cuándo habían buscado juntos el tesoro enterrado, y me dijo que aquel mismo día. Le pregunté dónde, y me contestó que en el patio.

—¿No es un poco mayor para tener amigos imaginarios?

—Claro que sí, Step. Demasiado mayor. Me preocupa.

—Tal vez sólo finge que sus amigos de la escuela forman parte de su juego imaginario en casa. ¿Entiendes? Los incluye aunque ellos no estén.

—No estoy inventando, Step. Dijo que Jack no va a la escuela. ¿No crees que se trata de un amigo imaginario?

—Olvidé que me habías aclarado eso. No he tenido la oportunidad de pensar en esto tanto como tú.

—Step, aparentemente no tiene amigos en la escuela, y en casa no juega con sus hermanos, sino con amigos imaginarios... aunque los niños estén allí, aunque yo esté allí. Esta noche traté de convencerles de que jugaran conmigo a ese juego de mesa que a Stevie le gusta tanto, pero no quería. Le obligué a jugar, pero no quería mover su coche ni administrar su dinero. Terminé haciendo los movimientos por él, como si fuera un maniquí, y él se quedó mirando el vacío.

—¿Todavía nos está castigando por haberle obligado a mudarse y asistir a una nueva escuela?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? —preguntó DeAnne.

—Las cosas tienen que solucionarse. Tienen que solucionarse para que yo pueda regresar a casa, trabajar en casa. Para que recobremos nuestra vida. Me siento impotente, aislado. Mi hijo tiene problemas, está furioso con nosotros, y no puedo hacer nada. Estoy atrapado. ¿Cómo se las arreglan los otros hombres que van a trabajar todo el día? Y ahora las amas de casa quieren salir a trabajar como los hombres, para aislarse de sus familias, cuando lo conveniente sería que los hombres regresaran a sus hogares, que la familia volviera a reunirse.

—Lo sé, Step, lo sé. Nosotros, al menos, necesitamos que sea de esta forma.

—Reza por nosotros esta noche —dijo Step—. Reza para que pueda efectuarse este contrato. Para que todo salga en el momento oportuno.

—No sé si corresponde rezar por estas cosas —dijo DeAnne—. Es muy egoísta.

—Escucha, hasta Cristo manifestó una preferencia personal antes de decir «Hágase tu voluntad».

—¡Sí, pero mira qué le sucedió a él!

Step se echó a reír.

—No puedo creer que tú hayas dicho eso.

—No quise que sonara tan... sacrílego.

—No lo ha sido, Pescadera, no lo ha sido.

—Todo se solucionará.

—Te quiero —respondió Step.

—Mañana pasaré a recogerte al aeropuerto.

—Todos llegaremos en el mismo vuelo, así que podré regresar a casa con uno de los que aparcaron su coche allá.

—Pero yo quiero ir a buscarte, Chatarrero. Los chicos quieren ir.

¿Cómo decirle que no quería que sus hijos estuvieran allí cuando Glass bajara del avión?

No quería que ninguna persona de Eight Bits viera a su familia. Los niños aún eran puros, aún no estaban contaminados por esa gente repulsiva, y no quería que nadie los manchara, no quería que Ray Keyes acariciara el cabello de Robbie, que Dicky Northanger tocara la barbilla de Stevie, ni que Glass siquiera mirase a Betsy.

—Por favor —suspiró—. Quédate en casa con los niños. Por favor, deja que yo regrese a casa. A ti. A vosotros. Por favor.

—Lo que digas, Chatarrero —dijo DeAnne, pero él notó que se había enfadado.

—Compréndelo, por favor.

—Está bien, está bien —dijo ella, aunque obviamente no estaba bien—. Te quiero.

—Yo te quiero más —respondió Step. Otro ritual.

—Imposible —dijo DeAnne. La respuesta ritual.

—Cuelga primero —pidió Step.

DeAnne colgó primero.

6

Inspiración

Así fue como DeAnne inició su carrera: en la escuela secundaria comprendió que una mujer decente sin estudios sólo podía ganarse la vida sirviendo hamburguesas, así que decidió estudiar. Al ingresar en la universidad, mecanografiaba cien palabras por minuto. Ganó dinero suficiente como secretaria en el Departamento de Desarrollo Infantil y Relaciones Familiares como para pagar la tela para confeccionar su propia ropa y comprar la gasolina que usaba para ir y volver de la universidad en el viejo Volkswagen rojo. Aprendió a manejar una máquina eléctrica, obtuvo un aumento y ahorró lo suficiente para pagarse un semestre en París.

Su elección de los estudios fue menos práctica. Le gustaba el arte, la música y la literatura, así que se diplomó en humanidades, aunque sabía que no había ninguna carrera profesional para la cual un diploma en humanidades se considerase una calificación seria. Pero eso no le importaba. En el fondo sabía que su carrera sería la maternidad, como había sido para su madre. Estudió humanidades para crear un hogar lleno de arte y sabiduría para sus hijos. Si alguna vez necesitaba un empleo, podía entrar en una oficina, mecanografiar una impecable página de trescientas palabras en tres minutos o menos, y conseguir trabajo en el acto.

Sin embargo, la maternidad no respondió a sus expectativas profesionales. Por lo pronto, siempre iba precedida por meses de sufrimiento. De no haber sido por el Bendectin, que apenas controlaba sus náuseas continuas durante los primeros cuatro meses de cada embarazo, habría llegado al hospital vomitando con cada niño, y la náusea nunca pasaba del todo hasta que nacía el bebé.

Pero lo más importante era que cada recién nacido era un salvaje. Ella y Step colgaban reproducciones de arte en las paredes y ponían discos de la mejor música, pero eso era el trasfondo. Su principal actividad consistía en perseguir, alimentar, fregar, lavar, cambiar, reñir, consolar y contener su impaciencia con esos pequeños vándalos. Había momentos maravillosos, pero eran pocos y esporádicos, y aunque DeAnne quería a sus hijos y se enorgullecía del afecto que les profesaba, no creía haber llegado a nada en la vida. Cuando Step terminaba de trabajar, deseaba paz y soledad; ella se moría por conversar con un adulto. La ayuda que le prestaba Step con los quehaceres domésticos o el cuidado de los niños sólo le indicaba que ella no tenía ninguna habilidad exclusiva, excepto la de amamantar a los bebés, cosa que hasta un mandril hembra podía hacer.

La maternidad no era una carrera. Era la vida. Una buena vida que DeAnne no se proponía abandonar, pero que no le bastaba. Necesitaba hacer algo que le recordase que era humana.

Le contaba esto a su buena amiga Lorry Tisch, quien administraba la emisora de

televisión educativa de Salt Lake City, cuando Lorry se echó a reír.

—¿Tienes una carrera, boba! ¡Y tan satisfactoria como la mía!

—Si dices que debería conformarme con la maternidad...

—Escucha, DeAnne, mucho antes que tú y Step os casarais, cuando Step iba y venía entre México y Washington, trabajando en ese proyecto para el Departamento de Historia, y sólo estaba en casa un miércoles por la noche, ¿por qué no tenías tiempo para verle? Recuérdalo, él ya era el amor de tu vida, y no podías dedicarle esa única noche en dos meses...

—Tenía una responsabilidad —dijo DeAnne.

—Joven presidenta de la Sociedad de Socorro, y tenías una reunión. ¡Podías haber alterado tus horarios! ¡Podías haber cancelado la reunión de esa semana!

—¿Por qué sales de nuevo con eso, Lorry?

—Porque estás dispuesta a sacrificar cualquier cosa por tu carrera, incluso a Step. Casi lo perdiste por eso, ¿sabes? Esa noche tuve que hablarle tres horas para impedir que te mandara a la porra.

—Step lo hubiera dicho con menos delicadeza —dijo DeAnne.

—Tu carrera es la Iglesia, DeAnne. Sea cual fuere tu vocación en cualquier momento, para eso vives, y más vale que todo lo demás se aparte de tu camino. Así que no digas más bobadas (por decirlo con delicadeza) sobre tu falta de carrera profesional. Tuviste una carrera cuando ambas estábamos en bachiller y prácticamente dirigías el programa de mujeres jóvenes mientras los dirigentes adultos se apartaban de tu camino.

DeAnne comprendió que Lorry tenía razón. Tenía una carrera que podía seguir sin abandonar a su familia. Así que abordó su vocación con renovado entusiasmo, y desde entonces no la abandonó, a través de sus años en Salt Lake City, en Orem, en Vigor. Dondequiera que iban, en cuanto las mujeres más fuertes del barrio comprendían que DeAnne era digna de confianza, competente e imaginativa, acudían al obispo para otorgarle un puesto en su organización. De inmediato se hallaba relacionada con las mejores mujeres del barrio, al corriente de todo: los problemas familiares, conyugales y económicos, las mujeres que no se llevaban bien, las que eran de fiar y las que no. Armada con estos conocimientos, podía ser eficaz. Sus programas funcionaban a la perfección y ella cumplía con todas sus tareas, pero para DeAnne eso era el mínimo. Mucho más importante era el trabajo que se imponía a sí misma, el de tratar de ayudar a las hermanas a ser más pacientes con los fallos ajenos, más tolerantes con lo extraño, más afectuosas y menos irritables, más obedientes de las leyes de Dios y menos dóciles ante las obtusas exigencias de la tradición.

Era el trabajo de una vida, porque no terminaba nunca, y sin embargo había realizado progresos, había avances. Y cuando comparaba su carrera en la Iglesia con las carreras de sus amigas —incluso una carrera de tanto éxito como la de Lorry, que

ahora era directora de programación de una emisora nacional en un mercado importante— no se sentía insatisfecha, pues aunque nunca obtuviera la fama, ni el reconocimiento ni el dinero de Lorry, ¿qué lograba Lorry al final de cada día de trabajo? Reposiciones de *MASH* insertadas entre Carson y el nuevo programa de Letterman.

Si la Iglesia era la carrera de DeAnne, mudarse a una nueva localidad —más aún, mudarse a un nuevo barrio— era como una transferencia de sucursal. La Iglesia, a grandes rasgos, era igual en todas partes. Había que cumplir las mismas funciones, desempeñar las mismas tareas. Pero la gente era distinta, la organización de cada barrio era distinta. Cada nuevo barrio tenía sus propias costumbres, sus propias tradiciones, sus rencillas y grupitos.

Ante todo, DeAnne nunca sabía cuál sería su función en cada nuevo barrio. Llevaba tiempo darse a conocer y lograr que la gente supiera qué podía hacer. Y mientras tanto, el obispo buscaba en la lista a alguien que pudiera dar clases en primaria o administrar la biblioteca. DeAnne estaba dispuesta a aceptar cualquier función y a desempeñarse del mejor modo posible, pero a menudo había visto que la gente la etiquetaba y mientras viviera en ese barrio era vista dentro de esa función. Se lo había dicho a Step cuando se disponían a mudarse a Steuben:

—Me pregunto quién seré en nuestro nuevo barrio.

—¿Quién serás? Serás DeAnne Brown Fletcher, no faltaría más.

DeAnne sabía que no era tan sencillo. En Vigor había sido consejera de la Sociedad de Socorro, una de las dirigentes femeninas de todas las actividades. En Salt Lake City había sido presidenta de las mujeres jóvenes; en Orem había trabajado con la organización de mujeres jóvenes a nivel de la estaca. Cada papel era diferente; en cada lugar, como cumplía una nueva función, los demás santos^[7] la veían de otro modo, según el papel que desempeñara.

¿Y por qué no? Así funcionaban las carreras, ¿verdad? Esa era la diferencia entre una carrera y un empleo, ¿verdad? Un empleo era un trabajo, una carrera definía a la persona. Step tenía un doctorado en historia, pero nadie lo veía como historiador porque ésa no era su carrera; era un diseñador de juegos, porque sus logros se centraban en ese campo. Pues bien, DeAnne había sido una hábil consejera de la Sociedad de Socorro en Vigor, y en el primer barrio de Steuben sería otra persona, y ansiaba saber quién.

Se habían mudado varias veces y eran expertos en entablar nuevas relaciones en el nuevo barrio. Algunos ingresaban en un barrio tímida y calladamente, asistiendo a las reuniones y conociendo gradualmente a los demás. Pero siempre eran desconocidos a quienes no se otorgaba una función durante meses, lo cual resultaba irritante. DeAnne y Step habían perfeccionado una técnica para participar rápidamente en las actividades de un barrio.

Se unían al coro.

Step tenía una potente voz de barítono que podía desempeñar la mayoría de los papeles de tenor, y como todos los coros de la Iglesia necesitaban hombres, sobre todo tenores, de inmediato se convertía en la estrella del coro. La voz de soprano de DeAnne no era tan buscada, pero aprendía los papeles deprisa y cantaba con energía y sin desafinar. Además, tocaba el piano y podía sustituir a una acompañante ausente. Siempre había un grupo de melómanos en cada barrio intercambiando puestos y ayudándose en cada organización. Cuando conseguían que los melómanos los conocieran, DeAnne y Step pronto eran conocidos por todos. Conocidos y valorados. Como procuraban no faltar al coro, la gente también sabía que eran «activos», como decían los mormones. Eran de fiar. Si se les asignaba una tarea, se presentaban a cumplirla. Gracias a su presencia en el coro, al cabo de varias semanas de vivir en un nuevo barrio eran bien conocidos.

Habían seguido el mismo plan en Steuben, y la técnica funcionó con la misma eficacia. Cuando se presentaron en el ensayo dominical del coro —los niños a rastras, armados con papeles para dibujar y libros para leer o, en el caso de Elizabeth, con algunos juguetes silenciosos para jugar mientras Stevie la vigilaba— la directora del coro les echó una ojeada y dijo: «¡Tenemos un nuevo hombre en el coro!» A DeAnne siempre le divertía esta declaración. Al cabo de unos instantes la directora del coro se disculpó, y DeAnne la tranquilizó diciendo que comprendía que los hombres andaban muy buscados y que las sopranos como ella valían un céntimo la docena.

Al participar en los familiares ritos del ensayo coral, DeAnne se sentía cómoda y bienvenida. No conocía a nadie, pero como eran mormones y amantes de la música, en cierto modo los conocía a todos, y todos les conocían a ella y su marido. Habían encontrado un lugar propio.

La semana siguiente DeAnne sustituyó a una maestra de primaria. El marido de la presidenta de primaria era uno de los bajos, y cuando la presidenta se quejó porque una maestra estaba fuera de la ciudad, sugirió que nombraran a la nueva hermana. «Hermana... Fletcher, creo que se llama». Y a la semana siguiente Step sustituyó al maestro de doctrina evangélica. Había hablado un par de veces en clase las dos primeras semanas, y se estaba difundiendo la voz de que era doctor en historia, lo cual le dio gran prestigio en un barrio predominantemente obrero, así que era normal que lo pusieran como maestro en la escuela dominical para adultos.

Durante la siguiente semana, el obispo llamó a DeAnne para concertar una cita con ella y Step. El sábado era el único día en que Step estaba en casa a horas razonables antes del domingo, así que se citaron para el sábado. A ella la confirmaron como maestra primaria —función habitual para una mujer nueva en el barrio— y a Step para la clase de doctrina evangélica. Step estaba eufórico. Le gustaba enseñar y le molestaban las funciones administrativas. No le había complacido ser presidente

del quórum de las élderes en Vigor.

Además, la clase de doctrina evangélica sólo le exigía ir los domingos y no habría reuniones durante la semana, lo cual significaba que no habría conflictos entre su empleo y su función en la iglesia.

DeAnne, sin embargo, aguardaba una mejor oportunidad. Era buena maestra y le gustaba trabajar con niños, pero sabía que no permanecería mucho tiempo en primaria. Quedaría alguna vacante en la Sociedad de Socorro y la designarían para ocuparla. Lo sabía porque la presidenta de la Sociedad de Socorro, Ruby Bigelow, se había sentado junto a ella el segundo domingo que fueron a práctica oral, y cuando terminaron de cantar charlaron como viejas amigas un cuarto de hora, antes de que los niños dieran a entender que estaban famélicos y eran capaces de tragarse un banco. La hermana Bigelow ya sabía que DeAnne había sido consejera educativa en la Sociedad de Socorro de Vigor —Jenny Cowper se lo había contado— e intercambiaron anécdotas sobre reuniones calamitosas.

—Espero tener la oportunidad de conocerte mejor —dijo la hermana Bigelow después de esa primera conversación.

Sucedió el último martes de abril por la noche. Una llamada telefónica del obispo. Quería hablar primero con Step. Step habló sólo unos instantes.

—Claro, no hay problema —dijo.

Llamó a DeAnne. Ella comprendió que el obispo tenía una nueva designación para ella, y había tanteado primero a su marido. No le molestaba esa costumbre, pero hubiera deseado que hicieran lo mismo en el caso inverso, y consultaran a la mujer antes de designar al esposo en un nuevo puesto.

—Hola, hermana Fletcher —saludó el obispo.

—Hola de nuevo —dijo DeAnne.

—No me gusta hablar de esto por teléfono, pero tengo que coger un avión dentro de una hora y no volveré hasta el domingo. La hermana Bigelow me despellejará si esta resolución no queda confirmada para este domingo.

Conque sería una designación en la Sociedad de Socorro. Era un alivio; había tenido una buena experiencia en Vigor, y se consideraba adecuada para el cargo. Y le gustaba la hermana Bigelow. Sería agradable trabajar con ella y estar con las mujeres del barrio.

—La hermana Mansard acaba de ser designada para la junta de la Sociedad de Socorro, y el barrio se queda sin maestra de vida espiritual. La hermana Bigelow y yo creemos que usted es la que el Señor desea en ese puesto. ¿Acepta?

Claro que aceptó, aunque le asombraba que le dieran vida espiritual. Era el más prestigioso de los cuatro puestos docentes de la Sociedad de Socorro. En sus momentos más ambiciosos, DeAnne habría aspirado a dar clases de temas culturales. La hermana Bigelow debía de tener una asombrosa confianza en una recién llegada.

Así, a los dos meses de su llegada a Steuben, DeAnne supo cuál sería su carrera en este lugar. Se sintió aliviada y encantada. Como Step, sería maestra en la organización que más amaba y en el puesto que más valoraba.

—Pensándolo bien —dijo Step—, tú y yo tenemos dos puestos docentes muy influyentes. Si el Señor nos ha traído a Steuben para introducir cambios, no pudo habernos ofrecido mejores funciones para lograrlo.

DeAnne estaba de acuerdo. Era grato cumplir esas funciones, como si el Señor les confirmase que habían hecho lo correcto y estaban donde él deseaba.

Ojalá Stevie pudiera adquirir la misma confianza en lo concerniente al lugar donde estaba y a lo que hacía. Pero era más difícil para un niño, aunque fuera tan inteligente y maduro para su edad como Stevie. Aún no tenía suficiente experiencia para ser paciente, para saber que incluso las cosas difíciles y desagradables tenían un propósito —el miedo, el dolor—, que todo contribuiría a convertirlo en un hombre sensible al sufrimiento y la soledad de los demás. Aun así, había tiempo de sobra. Eso era lo bueno, que al cabo de un par de años le diría a Stevie: «¿Recuerdas cuánto te costó cuando nos mudamos aquí? Vaya, si hasta tenías amigos imaginarios con quienes jugabas, tan cerrado estabas en tu soledad. ¡Y mírate ahora, con tantos amigos, y andas tan bien en la escuela!» Ojalá pudiera saltarse los próximos años y llevarlo a ese sitio ahora, para que él viera que esta crisis de su vida pasaría.

Mientras tanto, DeAnne tenía su carrera, y también Step. Bien, Step tenía dos carreras, pero aunque detestaba trabajar con esa gente rara de Eight Bits Inc., tenía el alivio de los domingos, la oportunidad de hablar con gente que comprendía su modo de ver el mundo, de ser un servidor del Señor en vez de un servidor de Ray Keyes.

A Step le resultaba fácil dar la clase de doctrina evangélica. Pensaba en ella durante la semana, ni siquiera la preparaba hasta la reunión sacramental. Leía un par de capítulos del Viejo Testamento mientras los oradores peroraban, escribía algunas notas, y pocos minutos después de la reunión sacramental se plantaba frente a su curso y lo deslumbraba. En cierto modo se había preparado toda la vida para dictar ese curso. Sólo necesitaba unos minutos de reflexión para extraer de su memoria meditaciones acerca de las Escrituras que dejaban a los miembros del curso pensando durante una semana. Para DeAnne, en cambio, era una tarea mucho más exigente. Por lo pronto, las mujeres de la Sociedad de Socorro esperaban más preparativos por parte de sus maestras. Tenía que haber ayudas visuales, y a veces folletos, a veces regalos, con lo cual DeAnne tenía que organizar cada lección durante días o semanas. Además, pronto descubrió que la hermana Bigelow deseaba que sus maestras formaran parte de las dirigentes de la Sociedad de Socorro. A menudo le hablaba por teléfono para pedirle ayuda en esto o aquello. Por ejemplo, para que llamara a una lista de hermanas diciéndoles que llevaran comida a casa de Fulanita, pues habían hospitalizado a su madre y no debía preocuparse por cocinar.

—Lamento muchísimo molestarte con esto —decía la hermana Bigelow—, pero nuestra compasiva encargada de servicios no está... bien, no siempre es capaz de hacer lo necesario.

DeAnne comprendía perfectamente: la compasiva encargada de servicios era una de esas personas a quien le habían encomendado una función que aún era incapaz de realizar, para ayudarla a crecer. Mientras tanto, los demás tenían que compensar sus deficiencias y hacer que la tarea se cumpliera mientras la hermana aprendía a desempeñar su función.

DeAnne aceptaba esos encargos de buena gana y los cumplía de inmediato. A fin de cuentas, era su carrera. Hacer esas llamadas telefónicas mientras Robbie y Elizabeth dormían la siesta, recortar elementos visuales para su lección mientras Elizabeth dibujaba a su lado y Robbie practicaba el alfabeto... así debía vivirse la vida, siempre en contacto con los hijos, y siempre con las hermanas del barrio. Pero la parte más apremiante de su labor era la lección de vida espiritual, pues si no la realizaba bien sería menos efectiva en todo lo demás. Debía ganarse la confianza de las hermanas desde el principio, y sería difícil porque habría cierto resentimiento contra una recién llegada que recibía semejante puesto. Además, su primera clase fue enseguida, el uno de mayo. No tuvo más remedio que descuidar algunas tareas domésticas. Las cajas restantes quedarían cerradas hasta que hubiera dado su lección.

El domingo estaba tan nerviosa que se despertó temprano y no pudo dormirse de nuevo. Cuando Step se levantó a las ocho, los niños ya estaban desayunando, vestidos con ropas dominicales.

—¿Qué pasa? ¿La iglesia empieza a las ocho y media y no a las nueve?

—Hoy no quería ir a la iglesia con el tiempo justo —explicó DeAnne.

Step sonrió y la abrazó. DeAnne sabía que él no era muy amante de los abrazos, pero comprendía que ella necesitaba contacto físico. Hoy ella no había advertido hasta qué punto necesitaba la calidez de ese abrazo. La embargó una sensación de calma, y aferró a Step un instante.

—Estarás maravillosa —la tranquilizó Step—. Siempre te preocupas demasiado, pero eres una maestra magnífica y todas quedarán encantadas.

En la reunión sacramental estaba tan nerviosa que apenas pudo escuchar los testimonios de la gente. Durante la clase de Step en la escuela dominical, echaba ojeadas a sus notas, tratando de precisar los conceptos. Por un momento, las palabras de Step la arrancaron de su distracción. Él contaba la historia de cuando Josué se había contrariado porque un par de hombres estaban profetizando en el campamento de Israel, y quiso que Moisés los detuviera. Step parafraseó la respuesta de Moisés: «No sientas celos por mí. Ojalá todos fueran profetas». Step señaló que Dios esperaba que cada santo fuera guiado por el Señor, sin depender de las indicaciones de otros, ni siquiera del profeta, para tomar una decisión. Por un momento de espanto, DeAnne

pensó que él daría su lección. Debí decirle sobre qué era mi lección porque él cubrirá el tema entero y en la Sociedad de Socorro parecerá que repito las palabras de mi marido, lo cual quitará toda sustancia a mis observaciones.

Pero Step pasó a un comentario sobre el ritual, y DeAnne suspiró aliviada, aunque dibujó un asterisco en sus notas y escribió «Step» al lado, en el punto de su lección en que correspondía referirse a lo que Step había dicho en la escuela dominical. Lo haría funcionar.

No contaba con la hermana LeSueur.

Gracias a la advertencia de Jenny Cowper, DeAnne había identificado de inmediato a la hermana LeSueur. Una mujer guapa y sesentona, con el cabello teñido de blanco, y siempre vestida para alardear de su dinero y su dignidad. Siempre tenía una sonrisa y una palabra para todos, y DeAnne le profesaba simpatía. No comprendía por qué Jenny había dicho cosas tan desagradables de ella. Quizá la dulzura de la hermana LeSueur fuera excesiva, empalagosa, pero había defectos mucho peores. Jenny debía de haber interpretado mal algo que ella había dicho. O quizá tenía poca tolerancia por la gente que se desvivía por demostrar su actitud cristiana. A DeAnne tampoco le gustaba esa gente, pero la hermana LeSueur no parecía tan objetable.

Comenzó a entender de qué hablaba Jenny cuando terminó su lección y llegó el momento de que las hermanas dieran testimonio. La lección había salido muy bien. Era acerca de los testimonios, y después de contar varias historias llegó al tema principal, es decir, que cada hermana debía entablar su propia relación con el Espíritu de Dios.

—El único mediador entre nosotros y nuestro Padre Celestial es Jesucristo, y nadie más, ni el obispo ni nuestro marido, puede interponerse entre nosotros y el Señor. El último día seréis juzgadas por vuestro testimonio del Señor, no por el de otros. Como dijo el Salvador, las palabras que decimos, no las que oímos, son las que pueden condenarnos... y también elevarnos. El testimonio de vuestro marido no puede llevaros al cielo.

Muchas asintieron. DeAnne comentó que ella y Step no habían conversado sobre sus lecciones, pero que ambos habían terminado por enfatizar ese mismo punto: que el Señor quería que todos sus hijos fueran profetas, que recibieran el Espíritu en su vida.

—Tal vez el Señor quiso que hoy oyerais esta lección. Pero no tuve que acudir a mi marido para averiguarlo. Si uno de los dos recibió inspiración, entonces ambos la recibimos, y lo mismo debería ocurrir con nuestros testimonios.

Asintieron de nuevo, y cuando DeAnne terminó su lección algunas se estaban enjugando los ojos. La reunión testimonial que vino a continuación fue encantadora, y eso también formaba parte de lo que buscaba DeAnne. La tarea de la maestra de

vida espiritual consistía en encontrar el tono apropiado, para que en cada reunión mensual las hermanas ansiaran ponerse de pie para exponer sus testimonios. Cuando hablaron las primeras, reinaba una atmósfera de fervor y entusiasmo. Luego se levantó la hermana LeSueur.

Rompió a llorar de inmediato, claro. Eso se esperaba de la gente que hacía alarde de espiritualidad, y también de quienes eran realmente espirituales. Pero no fueron las lágrimas, sino las palabras de la hermana LeSueur, las que indicaron a DeAnne que Jenny Cowper podía estar en lo cierto.

—Mi corazón está rebosante después de esa maravillosa lección —dijo la hermana LeSueur—. Tenía que contar a mis hermanas lo maravilloso que es mi querido esposo Jacob, y qué bendición representa para mí. Él me fortalece, y quiero contaros que él toma todas las decisiones en nuestra vida, porque es el verdadero jefe de nuestro hogar, y el Señor le indica el camino para los dos. Si alguna vez entro en el Reino de los Cielos, será porque su fuerte y maravilloso testimonio me condujo allí. Agradezco que el Señor haya entregado sus hijas a las manos de hombres buenos, porque sin nuestros esposos estaríamos totalmente extraviadas y solas. Ojalá yo fuera tan espiritual como la hermana Fletcher... Yo jamás me atrevería a dar una lección sin hablar primero con mi esposo, porque esa es la razón por la cual el Señor me dio a mi esposo, para que fuera mi guía y maestro en todo.

La hermana LeSueur continuó, pero DeAnne apenas la oía. Era como un bofetón en la cara. Además de insinuar que era falsa doctrina, la hermana LeSueur minaba la posición de DeAnne como maestra de vida espiritual al contradecir el meollo de su lección. Era inaguantable. La hermana LeSueur parecía gozar de gran prestigio, y si se oponía a DeAnne, ¿a quién creerían? Una de las mujeres más influyentes de la congregación había tildado a DeAnne de inepta. Apenas pudo contener las lágrimas, sobre todo cuando otra hermana se levantó para atestiguar que la hermana LeSueur era una gigante espiritual, y no era extraño que el Señor le hubiera curado el cáncer para que pudiera seguir viviendo en Steuben y brindar esa maravillosa guía y ese excepcional ejemplo de fe.

Piadosamente, la reunión terminó. DeAnne cogió sus cosas y enfiló hacia la puerta. Ansiaba llegar al coche para llorar un poco antes de que Step llegara con los niños, para mostrarse más animada ante ellos. Sin embargo, quedó atascada en el apiñamiento de la puerta de la sala, y antes de poder pasar sintió manos que le tiraban de la manga. Era la directora del coro, Mary Anne Lowe. Tenía lágrimas en la cara.

—Maravillosa lección —dijo—. Era precisamente lo que necesitaba oír hoy.

Y se fue, perdiéndose en la multitud.

Jenny Cowper fue la próxima en tironearle la manga, apartando a DeAnne de la puerta.

—Oí lo que dijo Mary Anne, y quiero que sepas una cosa. Su marido dejó de ser

activo cuando nombraron sacerdotes a los negros, porque es un hombre con prejuicios. A Mary Anne se le rompe el corazón cada vez que una imbécil atestigua que su marido es maravilloso y una mujer no es nada si no tiene un buen marido. Cuando dijo que necesitaba oír tu lección, que tu esposo no puede interponerse entre tú y Dios, dijo la verdad.

—Oh —dijo DeAnne. Conque su lección había sido buena para alguien.

—Esa bruja, por no decir esa zorra, siempre habla así de su marido.

—¿Te refieres a la hermana LeSueur? —preguntó DeAnne.

—Una zorra con Z mayúscula —asintió Jenny—. Al dar esa lección has limpiado el aire del ambiente enrarecido que hemos respirado en este barrio durante años. Un comienzo sensacional.

—¡Sensacional! —exclamó DeAnne—. ¡Estoy condenada!

—¿Condenada? Ni hablar. Las que tienen algo de seso están tan contentas con tu nombramiento que podrían besar a la hermana Bigelow para darle las gracias. Les has quitado un enorme peso de encima. Sólo hay seis matrimonios bien avenidos en esta Sociedad de Socorro, y cuando la Reina Z habla así de su querido Jacob, las demás sienten una puñalada en el corazón.

—Pues debe desconocer el efecto de sus palabras —dijo DeAnne.

—Tonterías. Pero mira quién viene.

DeAnne se volvió y se topó con la hermana LeSueur, quien sonreía extendiendo la mano.

—Oh, queridísima hermana Fletcher, qué lección tan maravillosa. Le estaba diciendo a la hermana Bigelow que ha sido muy bondadosa al permitir que una persona tan joven tenga la oportunidad de asumir una función tan importante. Y tiene usted mucho talento. Les repito a todas que deben saber esperar unos meses. Tengo muchísima confianza en usted.

Guiñó el ojo y estrujó el brazo de DeAnne antes de seguir su camino.

—Te da ganas de lavarte el brazo, ¿verdad? —dijo Jenny.

—O cortártelo —suspiró DeAnne—. Es francamente desagradable, ¿no?

—Pero es una ayuda saber que no eres la única que se da cuenta. De lo contrario te sientes culpable por odiarla, porque ella es tan dulce y espiritual que ese odio sólo significa que estás destinada a la destrucción.

—Perdóname por pensar que eras propensa a las habladurías maliciosas —dijo DeAnne—. Fue pura caridad. Como avisarle a alguien que se aproxima un tornado.

—Oh, aún no has visto nada —le aseguró jovialmente Jenny—. Llámame mañana, o esta noche si puedes. Tengo que contener a los monstruos antes de que arranquen de raíz la antena parabólica.

DeAnne se echó a reír.

—No es broma —aclaró Jenny—. Cuando instalamos la antena parabólica hace

unos años, mis dos hijos mayores se subieron a la cerca y la tumbaron. Pero ahora la han atornillado a una losa de hormigón, así que supongo que estará a salvo mientras no dejemos que los niños traigan herramientas a la iglesia. Adiós.

Cuando se fue Jenny, DeAnne enfiló de nuevo hacia la puerta, aunque ya no sentía esa urgencia por marcharse a llorar. Pero alguien más la detuvo.

—Hermana Fletcher, necesito hablar contigo —dijo la hermana Bigelow.

Oh-oh, pensó DeAnne. Aquí viene.

DeAnne caminó hasta la mesa donde la hermana Bigelow estaba apilando los libros de himnos.

—Mejor deja esas cosas que traes —dijo la hermana Bigelow.

Me pedirá que le devuelva el manual, pensó DeAnne. Me quitará el cargo de maestra de vida espiritual ahora mismo. Ni siquiera tendré una segunda oportunidad.

Pero si así ocurre, es porque así ha de ser, decidió DeAnne, y dejó los materiales para la lección.

—¡Ahora puedo abrazarte sin clavarme un libro en el ojo! —dijo la hermana Bigelow. Era media cabeza más baja que DeAnne, pero su abrazo fue cálido y entusiasta. Cuando la hermana Bigelow se apartó, echó una ojeada alrededor para asegurarse de que estaban solas en la sala—. DeAnne, ahora sé con certeza que el Señor te ha traído a Steuben, Carolina del Norte, para ser nuestra maestra de vida espiritual.

—¿Entonces la lección te pareció bien?

—Es evidente que esa lección era muy necesaria —dijo la hermana Bigelow—. No diré más porque nunca hablo mal de mis hermanas, pero noté que uno de los testimonios pudo desalentarte y quería decirte que no existe la menor razón para tal desaliento. Eres maná del cielo para mí, así que ahora ve a casa y alimenta a tu familia.

Todo saldría bien.

¿O no? Jenny le había advertido que la hermana LeSueur siempre se salía con la suya. Que no escatimaba recursos con tal de imponer su voluntad. DeAnne no quería pasar varios años con fricciones constantes o, peor aún, enzarzada en una guerra abierta. No, no se prestaría a eso. Triunfaría sobre la hermana LeSueur con amor y bondad. Nunca le daría el menor motivo para que la considerase una enemiga.

DeAnne fue a buscar a sus hijos. No los encontró en ninguna parte y supuso que estarían con Step, así que se dirigió al coche. Esperaba que Step ya hubiera abierto la portezuela trasera de la ranchera para que pudiera guardar sus materiales y el saco de pañales y juguetes de Elizabeth. Ahora que ya no estaba nerviosa por la lección, todo parecía más pesado y más lento y necesitaba dormir. Claro que no tendría la menor posibilidad. Quizá Step preparase algunos bocadillos para los niños mientras ella dormía una siesta antes del ensayo coral.

La parte trasera del coche estaba abierta. Tal vez no necesite a Step para salvar mi alma, pensó, pero es bastante útil cuando necesito a alguien con brazos fuertes.

—¿Cómo ha ido, Pescadera?

—Interesante.

—Huelo una historia.

—Te la contaré cuando haya menos orejas presentes.

—No escucharé —ofreció Robbie desde el asiento trasero.

—Hablando de la cantidad de orejas —dijo Step—, ¿no has visto a Stevie?

—¿No está aquí? —preguntó DeAnne. Miró el asiento trasero. No estaba allí. ¿Cómo era posible que no hubiera notado la ausencia de uno de sus hijos? Desde luego, estaba muy cansada.

—No lo vi dentro —señaló DeAnne.

—No te preocupes —dijo Step—. Iré a buscarlo.

—No te molestes. Ahí viene.

Stevie caminaba despacio, la cabeza gacha. Desgana, pensó DeAnne, siempre con desgana. Va a la escuela con desgana, vuelve con desgana, anda con desgana por la casa, incluso en la iglesia.

—A veces pienso que Stevie ni siquiera se esfuerza, Step —suspiró DeAnne.

—¡Vamos, Stevie! —llamó Step—. ¡Tus hermanos tienen mucha hambre!

—Yo no tengo hambre —declaró Robbie—. He comido tres galletas.

—¿Galletas? —preguntó DeAnne.

—Nos las dieron en clase.

—Oh, azúcar. Magnífico. Creí que no te gustaban las galletas.

—Eran de chocolate —explicó Robbie.

—¿Eran tan buenas como mis galletas de chocolate? —preguntó Step.

—No —contestó Robbie—. Eran horribles.

—¿Y por qué te las comiste? —preguntó DeAnne.

—Porque me las gané.

—¿Cómo las ganaste? —preguntó Step.

—Respondí a todas las preguntas.

—Mmm —dijo Step—. Quién sabe qué te hubieran dado si las hubieras respondido bien.

—¡Las respondí bien! —gritó Robbie, aunque con tono de irritación, no de broma.

—Veo que estamos cansados —dijo Step—. Vale, no bromeo más.

Stevie abrió la portezuela trasera y se metió en el coche detrás de DeAnne.

—Me alegro de que hayas podido llegar —dijo Step—. Espero que no te haya molestado mucho emprender la travesía hasta el coche.

—No —dijo Stevie.

—Tu padre bromeaba —dijo DeAnne—. Estaba sugiriendo que deberías venir directamente al coche después de la iglesia. Estaba preocupada por ti.

—Gracias por la traducción —dijo Step, un poco molesto.

—No era una traducción —replicó DeAnne, extenuada—. Vámonos a casa de una vez.

Step puso el coche en marcha y salieron del aparcamiento.

—En serio —insistió Step—, quiero saber qué estabas haciendo.

Stevie no respondió.

—Stevie —llamó Step.

—¿Qué?

—Quiero saber por qué has tardado en llegar al coche.

—Estaba hablando —dijo Stevie.

—¿Con quién? —preguntó DeAnne. Tal vez Stevie había encontrado un amigo, en cuyo caso le alegraría que se hubiera retrasado.

—Una mujer.

Conque no era un amigo.

—¿Qué mujer?

—No sé.

DeAnne notó que Step prestaba más atención. No sabía cómo, pero siempre notaba esa crispación. Step seguía conduciendo, pero había más tensión en sus músculos, cierta lentitud en sus movimientos. Actuaba como si oliera una amenaza. Alguien se ha acercado a los niños más de la cuenta, y el primate macho se pone alerta. Bien, le gustaba eso; era confortante que él se pusiera alerta.

Desde luego, ella actuaba como primate hembra, reuniendo a la prole en torno del macho ante la primera señal de peligro. Todos somos chimpancés bajo la piel.

—¿Qué te dijo, Stevie? —preguntó Step.

—No me gustó ella —dijo Stevie.

—¿Pero qué dijo?

—Que tuvo una visión acerca de mí.

Esas palabras fueron como un fogonazo que cegó a DeAnne un instante. Una visión. Dolores LeSueur.

—LeSueur —murmuró DeAnne.

—Sí —dijo Stevie—. La hermana LeSueur.

—¿Y qué dijo de su visión?

—No quiero decirlo.

—Pues tendrás que hacerlo —exclamó DeAnne sin poder dominarse.

Step le acarició suavemente el muslo. Le estaba diciendo que se calmara, que estaba demasiado nerviosa, que no estaba haciendo las cosas bien. A DeAnne le fastidió sentirse vigilada, pero pronto comprendió que estaba transfiriendo la furia

que sentía contra Dolores LeSueur a su blanco más próximo: su marido. Step tenía razón. Stevie les contaría más si no los veía enfadados.

—Necesitamos saberlo, Stevie —explicó Step—, porque aunque no importa lo que haya visto, y aunque no importa que fuera una visión, un sueño o un invento, no tenía por qué contártelo.

—Era sobre mí —repitió Stevie.

—Tonterías —murmuró DeAnne.

—La hermana LeSueur no tiene derecho a tener visiones sobre ti, Stevie. Ella no es tu madre ni tu padre. No es nada tuyo —explicó Step—. La casa del Señor es una casa de orden. Él no enviaría visiones sobre ti a alguien que no tiene nada que ver contigo. Si tuvo una visión, apuesto a que no vino del Señor.

—Oh —dijo Stevie.

Step había preparado bien el terreno, pero DeAnne estaba impaciente por saber.

—¿Y cómo era la visión?

—Ya nos lo contará —adujo Step—, en cuanto comprenda que es lo correcto. Tuviste una sensación desagradable cuando te la contó, ¿verdad, Stevie? Por eso dijiste que ella no te gustaba.

—Sí —dijo Stevie.

—¿Y no crees que esa sensación desagradable era una advertencia de que te estaban contando mentiras? Te hizo sentir mal, ¿eh?

—Un poco mal, no del todo —dijo Stevie.

—¿Te ha pedido que no nos lo contaras? —preguntó Step.

—Sí —murmuró Stevie.

—¿Qué? —exclamó DeAnne, sulfurándose.

—Ha dicho que sí —explicó Robbie.

—Ya le he oído.

—¿Entonces, por qué lo has preguntado? —dijo Robbie.

—Tu madre sólo estaba sorprendida —dijo Step—. Estibador, Stevie, Stephen Bolívar Fletcher, hijo mío, ya sabes lo que os hemos dicho. Si alguien os dice que no debéis contar algo a vuestros padres, ¿qué hacéis?

—Yo lo sé —dijo Robbie—. Prometemos que no lo contaremos, pero en cuanto podemos os lo contamos.

—¿Y por qué?

—Porque ninguna persona buena nos pediría que ocultemos algo a nuestros padres —prosiguió Robbie.

—¿Recuerdas eso, Stevie? —preguntó Step.

—Sí —dijo Stevie.

DeAnne le notó algo raro en la voz. Se volvió en el asiento y vio que Stevie estaba llorando.

—Para, Step —dijo.

Step metió el coche en la calzada de una iglesia metodista. El aparcamiento se estaba vaciando. Por lo visto los metodistas salían de la iglesia a la misma hora que los mormones.

—¿Por qué estás llorando, cariño? —preguntó DeAnne.

—No sé —dijo Stevie.

—Stevie, por favor, es hora de que nos cuentes qué te dijo esa mujer.

—Dijo... —Stevie rompió a llorar a moco tendido.

—Calma, Stevie —lo tranquilizó Step—. Dilo despacio. Tómalo tu tiempo.

—Dijo que yo era un niño muy especial.

—Bien, eso es verdad —convino Step.

—Y dijo que el Señor me había escogido para hacer cosas maravillosas.

—¿Cómo qué? —preguntó Step.

—Como Ammón —respondió Stevie—. Un misionero.

—¿Sí?

—Pero primero yo tendría que demostrar mi valía.

DeAnne sintió ganas de escupir, como si tuviera algo repulsivo en la boca.

—¿Te explicó qué tenías que hacer para probarte a ti mismo? —prosiguió Step.

—E-enseñar a mis padres.

—¿Enseñarnos qué?

—V-v-virtud —murmuró Stevie.

DeAnne sintió que el bebé se movía. Pero no era una patada, sino un empujón, un empujón firme y constante contra las costillas. El bebé debía de haber sentido su furia, la adrenalina debía de haber cruzado la placenta, y ahora el bebé también estaba furioso, o al menos contrariado, rebosante de energía. Debo calmarme, pensó DeAnne. Por el bebé.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Step.

—No lo sé.

—Yo sí —intervino DeAnne—. Stevie, hoy di una lección en la Sociedad de Socorro, y a la hermana LeSueur no le gustó.

—¿Por qué no? —preguntó Stevie.

—Porque en mi lección dije que cualquier persona puede hablar con el Señor y no necesitamos que nadie más nos indique qué quiere el Señor, porque el Espíritu Santo puede hablarte directamente al corazón.

—Cuando me hayan bautizado —puntualizó Stevie.

—Para lo cual falta poco más de un mes —asintió DeAnne—. E incluso ahora el Espíritu de Dios puede susurrarte en el corazón, si existe un motivo. Pero a la hermana LeSueur no le gustó que yo dijera eso.

—¿Por qué no? —preguntó Stevie.

—Porque a la hermana LeSueur le gusta presumir de su espiritualidad. —DeAnne recordó todo lo que había dicho Jenny Cowper, y ahora lo creía, y habló de ello como si lo supiera por experiencia propia—. Le gusta hablar con los demás sobre las visiones que le ha presentado el Señor. Le gusta que los demás dependan de ella y hagan lo que ella dice. Si la gente comprende que la verdadera inspiración del Señor les llegará directamente, y no a través de alguien como la hermana LeSueur, ella perderá importancia. ¿Entiendes?

—Sí.

—Así que no quiere que yo diga esas cosas —concluyó DeAnne.

—Y yo di una lección que decía cosas parecidas —añadió Step.

—Así que acudió a ti para hacerte creer que tenía visiones —continuó DeAnne—. Para que acudas a ella para averiguar qué hacer de tu vida, en vez de aprender de tus padres.

—¿Por qué iba a contarme semejante mentira? —le preguntó Stevie.

—Trata de robarte, de alejarte de nosotros —explicó Step.

—¿Como la gente mala? —intervino Robbie.

—Exactamente —asintió Step—. Pero poco a poco, y despacio, empezando por tu corazón, Stevie. Creándote dudas acerca de nosotros. Haciéndote pensar que quizá no seamos virtuosos, y que debes aprender la virtud de otra persona y luego enseñarnos. ¿Y quién crees que sería esa otra persona?

—Ella —dijo Stevie—. Es lo que ella dijo... que sabía que el Señor le hablaría más sobre mi g-glorioso futuro.

—Cuánto veneno —masculló DeAnne.

—Eso se llama adulación, Stevie. Cualquiera que sepa algo de ti sabe que tendrás un glorioso futuro. Eres listo y bondadoso, ¿cómo podría ser de otra manera? No se requiere una visión del Señor para saber eso. Pero ella te dice esas cosas maravillosas sobre tu futuro para que deposites tus esperanzas en sus palabras, y no en lo que decimos nosotros.

—Es lo que hacen los falsos adivinos —añadió DeAnne—. Te cuentan cosas maravillosas en las que tú quieres creer. Las crees porque deseas que ocurran. Y te convences de que el adivino no es un farsante, de que tal vez sepa algo, aunque sólo diga mentiras.

Stevie reflexionó. Step salió del aparcamiento, cogió la calle y enfiló hacia la casa.

—¿Pero y si fuera cierto que tuvo una visión? —le preguntó Stevie.

No hubo tal visión, quiso gritar DeAnne. ¡Te han vertido veneno en el oído, como el padre de Hamlet! Pero contuvo la lengua, confiando en que Step estuviera más sereno que ella, porque él no había tenido un enfrentamiento con la hermana LeSueur.

—Stevie —dijo Step—, si es cierto que tuvo una visión, y si es cierto que vino

del Señor, tuvo muchas oportunidades para hablarnos a tu madre y a mí de ello. Pero no lo hizo.

—Porque la visión decía que no erais virtuosos —alegó Stevie, aunque DeAnne percibió una nota de sarcasmo en su voz, en el modo de enfatizar las palabras. Decía que no erais virtuosos. Comienza a tomar partido por nosotros, contra ella. La hermana LeSueur no ganará este combate.

—Si fuese una visión verdadera —continuó Step—, ella no temería decirnos en la cara que no somos virtuosos. Los profetas del Señor hablan sin rodeos. Les dicen a los malvados que son malvados, en la cara. ¿No te hemos contado historias así? ¿Como la de Samuel el Lamanita?

—¡Casi lo mataron! —exclamó Robbie—. ¡Se subió a la muralla!

—Veo que sí escuchabas en Nochebuena —dijo Step.

—Ya veo —dijo Stevie con mayor firmeza. Había atado cabos—. Si fuera verdad, ella os lo habría contado a vosotros, en vez de andarse con rodeos.

—Como Abinadi —terció DeAnne.

—¡Murió quemado! —gritó Robbie^[8].

—¿Qué? —chilló Elizabeth.

—Quemado, Betsy Pipí —repitió Robbie. Le explicó el concepto del fuego, y aunque ella no entendió nada, eso no molestó a Robbie. No necesitaba que la otra persona comprendiera lo que él decía mientras escuchara en silencio. Y con el cinturón de seguridad puesto, Elizabeth era el público perfecto.

DeAnne notó que Step aún quería hablarle a Stevie, y lo comprendió, pues ella también quería. Pero los dos guardaron silencio. Stevie comprende. Entiende que esta mujer ha intentado manipularlo. No es necesario añadir más.

Pero cuando llegaron a casa, mientras Step cargaba con Elizabeth, DeAnne no resistió la tentación de redondear el sermón.

—Stevie, quiero que sepas una cosa.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella había bajado el seguro y Robbie abrió la puerta para Step y Elizabeth. DeAnne llevó los materiales de clase y la bolsa de pañales a la cocina y dejó todo sobre la mesa. Stevie estaba a sus espaldas.

—Quiero que sepas esto. —DeAnne se arrodilló para mirarlo a los ojos—. Es verdad que eres un niño especial, con un futuro maravilloso. Lo supe desde el principio. Lo supe cuando todavía estabas en mi barriga.

—Útero —puntualizó Stevie. Step le había dado la primera lección con pájaros y abejas el otoño pasado, y ahora Stevie insistía en no usar lenguaje infantil.

—Sí, mi útero —convino DeAnne—. Y sin duda cuando eras un bebé. Tienes un espíritu sensible. Sabes cosas. Sabes cuando las cosas están bien. Como esa sensación que tuviste mientras ella te hablaba. Aunque te estaba adulando, no te gustó, ¿verdad?

—Verdad —asintió Stevie.

—Porque dentro de ti hay algo que discierne si alguien es bueno o no. O quizá sólo lo disciernes cuando necesitas saber si algo es correcto. Y creer en la historia de la hermana LeSueur no era correcto, y lo supiste. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Stevie, confía en ese lugar de tu corazón que sabe hacer lo correcto. Confía en él, y haz lo que te indique.

—¿Aunque me diga que os desobedezca a ti y papá?

—Nunca te dirá que hagas algo malo, Stevie. Te lo aseguro.

Él asintió solemnemente.

—De acuerdo —dijo. Dio media vuelta y se fue de la cocina.

DeAnne se sentía extenuada, trémula. ¿Qué acababa de decirle a su hijo? ¿Que confiara en un sentimiento interior, aún más que en los consejos de sus padres! ¿Cómo podía haberle dicho algo tan irresponsable, tan descabellado? Aunque en el momento no había podido dejar de decirlo. ¿Pero cómo podrían enfrentarse con esa mujer, esa Reina Z, si DeAnne daba a Stevie permiso para ignorarlos? No, no le daba permiso. Insistía en ello.

Fue a la cocina para decirle a Step lo que acababa de hacer y pedirle que la ayudara a aclarar las ideas, pero allí sólo estaba Elizabeth, hurgando entre las galletas que habían sobrevivido en el recipiente Tupperware que DeAnne siempre llevaba a la iglesia en la bolsa de pañales.

DeAnne recorrió el pasillo, echando una ojeada al estudio de Step. No estaba allí. Ni en la habitación de Elizabeth. Ni en el cuarto de los niños, donde Stevie estaba acostado mirando el techo. Pobre niño, cuánta confusión, cuántas cosas extrañas en su vida. ¿Cómo podía comprender?

Step no estaba en el cuarto de baño, como ella había supuesto. Estaba sentado en la cama, hablando por teléfono.

—Siento mucho que ella no se encuentre bien —dijo Step—. Pero no me extraña, hermano LeSueur, pues tuvo un día agotador en la iglesia. Escuche, si ella no puede venir al teléfono, hermano LeSueur, tal vez usted pueda transmitirle un mensaje mío. ¿Es posible?

DeAnne aguardó, conteniendo el aliento, para oír lo que diría Step, teniendo en cuenta que el pobre hermano LeSueur no debía de tener la menor idea de lo que su esposa había hecho aquel día. Tal vez no tuviera la menor idea de lo que hacía nunca.

—Bien, he aquí el mensaje. Hoy me planteó una cuestión doctrinal; me preguntó qué debía hacer un padre si alguien trataba de robarle a los hijos. —El hermano LeSueur debió de responder algo, porque Step hizo una pausa antes de continuar—. No, no fue en clase, fue después de la reunión. En cualquier caso, he aquí la mejor respuesta que he hallado. Creo que si alguien intentara robar los hijos de un hombre,

ese hombre tendría justificación para hacer cualquier cosa con tal de proteger a su familia... Sí, correcto, cualquier cosa... incluso matar, sí. No creo que fuera asesinato, sino defensa de los desamparados. ¿No opina lo mismo, hermano LeSueur...? Sí, pensé que estaría de acuerdo conmigo. ¿Por qué no le dice, pues, que usted está de acuerdo, que un hombre tendría justificación para matar a alguien que intentara robarle a los hijos? Creo que quedará muy satisfecha con esa respuesta... Sí, no creo que me plantee esa pregunta de nuevo... Muchas gracias, y dígame que espero que se recupere pronto y viva una vida larga y feliz... ¡Oh, gracias! ¡Adiós!

Step se volvió hacia DeAnne y sonrió.

—Dijo que le gustó mucho mi lección.

—¡No puedo creer que le hayas dicho eso a su propio marido! —exclamó DeAnne.

—Bien, lo dije porque quise cerciorarme de que fuera la última vez que nos molesta con esas artimañas.

—Es una mujer horrenda. Jenny trató de avisarme, pero nunca pensé que alguien cometería la bajeza de atacar a los padres envenenando el corazón de los hijos.

—Oh, cielos, la gente hace eso desde siempre. Los nazis lo hicieron, y también los comunistas, y muchos padres divorciados.

—De acuerdo, pues. Hay mucha gente que comete esa bajeza. Y ya veo que ella figura en el grupo.

—Oh, sí —dijo Step—. Decididamente ha salido de debajo de una piedra.

—¿Cómo puedes tomártelo con tanta calma? ¿No estás furioso?

Step sonrió.

—Oye, Pescadera. Acabo de pedirle a un hombre que le comunique a su esposa que me sentiré con todo derecho a matarla si vuelve a entrometerse con mi familia. ¿Crees que no estoy furioso?

—Pero no lo harías.

—Sería lamentable que la hermana LeSueur pensara lo mismo.

—Tú no eres una persona violenta.

—He pensado en ello —dijo Step—. Y creo que quizá sólo finjo que no soy una persona violenta. Porque hasta ahora no se ha presentado la necesidad de violencia.

—Pues no creo que la violencia sea la respuesta.

—Oh, lo sé. La respuesta es mantener a nuestros hijos lejos de ella y enseñar la verdad a la gente cada vez que podamos. Esa es nuestra ventaja... ella se equivoca y nosotros tenemos razón, y la gente buena y perspicaz al fin se dará cuenta.

Ella se le acercó, se sentó en la cama y le apoyó la cabeza en las piernas.

—Me gustó que hablaras de matar gente por teléfono —dijo—. Debo de ser la persona más mala del mundo, pero me hizo sentir... maravillosa.

—También a mí.

—¿No somos malísimos? —sonrió DeAnne.

—Entre nosotros —murmuró Step—, creo que somos sensacionales.

Esa noche DeAnne despertó repentinamente de un sueño, pero el sueño se le escabulló mientras intentaba aferrarlo. Rodó en la cama y vio que Step tenía la lámpara encendida y estaba leyendo.

—¿No puedes dormir? —murmuró.

—Vaya sueño que tenías —dijo Step—. No te entendí una palabra, pero lo decías con mucha firmeza.

—No recuerdo.

Luego recordó. No el sueño, sino otra cosa sobre la cual había querido hablarle a Step. Le confesó a Step que le había dicho a su hijo mayor que confiara en su propio juicio más que en los consejos de sus padres.

—Bien —dijo Step—. Bien.

—¿Eso es todo? Sólo «Bien».

—No, no sólo «Bien». Recuerdo claramente que he dicho «Bien, bien». Dos veces.

—Hablo en serio, Step.

—DeAnne, es la misma situación. Es algo que tenías que decir, hasta el momento en que lo dijiste, y de pronto no comprendiste por qué tenías que hacerlo.

Aún estaba medio dormida, y tal vez por eso no entendía adonde quería ir a parar Step.

—Pescadera —continuó él con paciencia—, estabas siguiendo tu propio consejo. Hiciste lo que en ese momento creíste correcto. Le dijiste a Stevie algo que jamás le habrías dicho si hubieras estado en tus cabales.

—¿Conque me estoy volviendo loca?

Step suspiró.

—¿De verdad crees que lo dije por inspiración? —le preguntó DeAnne.

—¿Cómo voy a saberlo? Creemos que es posible, ¿verdad? Y desde luego, no le diré a Stevie nada que le haga dudar de tus consejos. Porque es cierto. A la larga, cada ser humano es responsable de sus propios actos. Stevie no podrá ocultarse detrás de nosotros diciendo que nos obedecía. Tendrá que plantarse ante el estrado de Dios y decir: «He hecho esto y aquello por tal razón».

—Pero sólo tiene siete años.

—No es sólo un chico de siete años. Tú lo sabes. Es algo que una vez me dijo mi madre. Había momentos en que pensaba que quizás, antes de que todos hubiéramos nacido, cuando vivíamos con Dios en la preexistencia, tal vez sus hijos fueran mayores que ella. Tal vez fueran muy viejos y sabios, y Dios simplemente los retuvo hasta entonces porque necesitaba tener algunos de sus mejores hijos en la Tierra en los últimos días. Tal vez mi madre tuviera razón. No en cuanto a sus hijos, sino a los

tuyos.

—Tiene siete años, Step, aunque su espíritu sea muy viejo.

—Dijiste lo que dijiste, y la hermana LeSueur dijo lo que dijo. ¿Y sabes una cosa, Pescadera? Me gusta mucho más tu versión. Ella le transmitió: Depende de mí, apóyate en mí, haz lo que digo, y te convertiré en un gran hombre. Tú le transmitiste: Apóyate en tus propios pies, toma tus propias decisiones, ya eres un hombre, y tal vez con el tiempo logres convertirte en un gran hombre. ¿Qué tiene de malo?

—Me haces sentir muy bien, Chatarrero.

—Es mi trabajo. Figuraba en el contrato matrimonial. Cuando la esposa se despierte en plena noche y necesite consuelo, el marido debe brindárselo o pasarse sin comidas calientes durante una semana.

—Ah. En tal caso, estás respetando el contrato.

—Hago lo posible. Pero aún así me pierdo la mayoría de las comidas calientes.

—No por culpa mía.

—Tal vez llegue el contrato de Agamemnon. Tal vez mañana.

—Aunque no llegue, Step, aunque el señor Agamemnon o Akabakka...

—Arkasian.

—Aunque él haya cambiado de idea o cualquier cosa... Aunque eso quede en nada, todo se solucionará.

—Ojalá tengas razón, Pescadera.

—La tengo. Puedes estar seguro. Porque recibo inspiración ¿verdad?

—A veces la das. A mí.

Ella se le acurrucó y cerró los ojos, sintiéndose confortada preparada para dormir.

—Me haces sentir muy bien, Chatarrero.

Él le besó la frente. Luego DeAnne debió de dormirse, porque no recordó nada más hasta la mañana siguiente.

7

Grillos

Así era el trabajo que le pidieron a Stevie en segundo curso: para fin de año tenía que mostrar «un medio ambiente» y las criaturas que lo habitaban, pero las instrucciones no eran muy precisas. Debían entregarlo el 22 de abril, e incluir un informe escrito y una «representación visual».

—La mayoría de los niños presentan murales —dijo Stevie—, pero yo no quiero.

Había leído algo acerca de los pulpos, y quería dedicar su proyecto al medio ambiente submarino. Y en vez de recortar figuras de revistas y pegarlas en un cartulina, pidió a su madre que comprara arcilla de color y modeló peces, almejas, corales y un pulpo. Los distribuyó sobre una base de cartón que Stevie cortó del lado de una de las cajas de la mudanza. Luego redactó el informe, lo mecanografió en el ordenador que Step usaba para procesar textos y grapó por la esquina.

Era la primera vez que Stevie manifestaba interés en algo desde que asistía a ese colegio, y DeAnne se lo mostró a Step con verdadero orgullo, la noche antes de que Stevie lo llevara a la escuela.

—Esto es increíble —dijo Step—. ¿Tú no lo has ayudado?

—No hice nada. Es más, le aconsejé que no hiciera algo tan complicado. No tenía ni idea de que sabía modelar peces que parecieran peces.

—Por no mencionar un pulpo que parece un pulpo. Y mira esa almeja. ¡Hay una estrella de mar que intenta abrirla!

—Aún no habla sobre el colegio —dijo DeAnne—. Ni siquiera cuando le pregunto. Pero hizo esto, así que las cosas no pueden andar tan mal.

Luego llegó la nueva designación de DeAnne, y estuvo tan ocupada preparando su lección de vida espiritual que dejó de pensar en el trabajo de Stevie, que ya estaba entregado.

Sin embargo, el primer lunes de mayo, cuando ya había dado su lección, se acordó del trabajo mientras llevaba a Stevie a la escuela y le preguntó qué pensaba la maestra.

—Me puso mala nota —dijo Stevie—. Un suficiente.

—¿Qué? —preguntó DeAnne.

—Quedó todo roto.

—¡Todo roto! ¿Cómo? ¿Se cayó?

—No —dijo Stevie—. Lo pusieron en exhibición en el centro audiovisual, y los demás niños lo rompieron.

—¿A propósito? —preguntó DeAnne.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar seguro? ¿Les viste hacerlo?

—Raymond dijo «Marejada», y él y los demás lo pisaron hasta que sólo quedó un montón de arcilla.

—¿Dónde estaba tu maestra mientras hacían esto? ¿Dónde estaba la bibliotecaria?

—La señora Jones estaba allí.

—¿Y no hizo nada?

—No.

—Debe haber visto lo que hacían.

—Lo vio.

—¿Lo vio? ¿Y no lo impidió?

—No.

DeAnne se sintió mal. No, pensó. Stevie había interpretado mal la situación. La maestra no podía estar mirando. No podía haber consentido que ocurriera semejante cosa.

—Hablaré con tu maestra —decidió DeAnne.

—¡No, por favor! —pidió Stevie.

—Es preciso aclararlo. Tu trabajo no merecía un suficiente.

—¡Por favor, no vengas! —suplicó Stevie.

—De acuerdo. ¿Por qué no?

—Todo será peor si lo haces.

—¿Peor?

Acabaron de llegar a la escuela, y Stevie salió corriendo. Era la primera vez que le veía apresurarse para llegar a clase, pero eso no la tranquilizó. Aquí había un problema serio, y no sólo su ensimismamiento debido a la mudanza. La señora Jones no podía haber calificado ese trabajo con un suficiente. Ninguna maestra podía haber permitido que los demás niños destruyeran el trabajo de un alumno. No podía ser.

Bien, si no podía hablar con la señora Jones, al menos podía hablar con la bibliotecaria y averiguar su versión de lo sucedido.

—Venga, niños, vamos a entrar.

Dejó el coche en el espacio para visitas del aparcamiento de maestros y fue al centro audiovisual. Pensó que debía pasar por la oficina, pero la recepcionista era antipática y DeAnne ya estaba de mal humor, así que decidió pasar de largo.

La bibliotecaria era una mujer mayor y amable, y cuando le sonrió DeAnne recordó, por alguna razón, la vez que había tenido una lesión ocular y tenía las vendas puestas y no podía ver, y alguien le ponía un paño húmedo en la frente.

—Me alegro mucho que los padres vengan a la biblioteca —dijo la bibliotecaria.

—Creí que ahora se llamaba centro audiovisual —señaló DeAnne.

—En efecto. Tenemos dos equipos de vídeo y un ordenador Apple III, así que es un centro audiovisual. Pero mire todos esos libros. ¿No la llamaría biblioteca?

—Pues sí. Y me gusta más al saber que usted también la llama biblioteca.

La bibliotecaria sonrió y palmeó la mano de DeAnne.

—Es usted un encanto. —Luego se inclinó (aunque no mucho, porque no era muy alta) para saludar a Robbie y Elizabeth con un serio apretón de manos—. ¿Estudiarás aquí, jovencito?

—Empiezo el parvulario el año próximo —dijo Robbie.

—Oh, veo por tu modo de hablar que te han educado muy bien.

Robbie sonrió.

La bibliotecaria se volvió hacia DeAnne.

—¿Ha pasado a hacer una visita? ¿O puedo ayudarla en algo?

—Entiendo que los trabajos de segundo curso se exponían aquí.

La bibliotecaria puso cara de tristeza.

—Retiramos la exposición el fin de semana. Lamento que se la haya perdido. Estamos muy orgullosas de los alumnos de segundo.

—Es sorprendente que haya trabajos finales en segundo —comentó DeAnne—. Nunca había oído hablar de ello. Creo que ni siquiera teníamos trabajos finales en bachillerato, cuando yo estudiaba.

—Creo que se debe a que nuestra escuela sólo abarca desde el parvulario hasta segundo. La doctora Mariner quiere que nuestros alumnos se despidan de la escuela con algo especial... algo que puedan recordar en el futuro.

—Pues así es como mi hijo se tomó la tarea. Tal vez usted haya notado que su proyecto estuvo en exposición.

—Oh, no creo recordar ninguno en particular... señora...

—Soy DeAnne Fletcher.

La bibliotecaria abrió mucho los ojos y sonrió de nuevo.

—Oh, usted ha de ser la madre de Stevie Fletcher.

—En efecto.

—Qué niño tan especial. Pues claro que recuerdo su proyecto. Era un jardín de esculturas... un ámbito submarino, creo. Con un pulpo, y esa almeja con la estrella de mar que la abría. Y noté que el tiburón se estaba tragando un pececillo. Un poco truculento, tal vez, pero muy creativo. Estará usted orgullosa de que su hijo recibiera la cinta azul, el primer premio.

—¿Primer premio? Stevie me contó que le pusieron un suficiente.

—¿Pero cómo es posible? La doctora Mariner vino aquí y los juzgó por sí misma, y no había acabado de ver el resto de los proyectos cuando puso la cinta azul al lado del proyecto de Stevie y dijo: «Esto se quedará aquí hasta que encuentre algo que me convenza de ponerla en otro trabajo». Y allí la dejó, claro, porque Stevie se la ganó. Qué espanto lo que hicieron esos niños. Tenían envidia, supongo, pero aun así me pareció cruel que lo estropearan de ese modo.

De modo que esa parte de la historia de Stevie era verídica.

—Sí, Stevie se sintió bastante mal.

—Es un chico muy reservado —dijo la bibliotecaria—. Pasa todos los recreos aquí, ¿sabía usted? Creo que debe de haber leído la mitad del material audiovisual de mi pequeño centro audiovisual. —Le guiñó un ojo.

—¿Todos los recreos? Sé que le encanta leer, pero esperaba que jugase con los demás niños.

—Lo sé. Yo también opino que los niños deben jugar juntos. Pero si es tan reservado, la compañía de un libro es mejor que ninguna, ¿no le parece?

—Oh, sí. Bien, no quería molestarla. No veo el momento de contarle al padre de Stevie lo de la cinta azul. ¿Dónde está?

—Bien, se la dieron a la señora Jones para que la exhibiera en el aula de Stevie. Por lo general las conservan allí hasta fin de curso y luego la envían a casa con el alumno que la ganó.

DeAnne se despidió cortésmente y se fue, sintiéndose mucho mejor. Salvo que Stevie no le había contado la verdad. ¿Era posible que aún tratara de mortificar a sus padres por haberlo matriculado en esa escuela? ¿Era posible que aún se negara a comentarles sus buenas experiencias para hacerlos sentir culpables? No parecía típico de Stevie, ¿pero qué otra explicación había? Debía de estar muy furioso.

Por primera vez DeAnne se preguntó si no debían acudir a un terapeuta que le ayudara a orientarse en esa maraña de problemas. Amigos imaginarios. Y ahora mentiras. Llamó a Step al trabajo y él convino en que esa noche no llegaría tarde.

La gente que solía acompañar a Step no podía llevarlo temprano a casa, porque ningún programador salía hasta después de las siete. Así que pidió a dos telefonistas que lo llevaran; eran las chicas que recibían los pedidos de software de Eight Bits en el número de llamada gratuita. Durante el regreso notó que había algo raro en ese viaje, y no porque las dos chicas charlaran en el asiento delantero ni porque se sintiera apretujado en el asiento trasero de un Rabbit. Sólo cuando frenaron delante de la casa y vio que el césped estaba crecido y necesitaba una poda notó qué era lo extraño. ¡Era de día! Hacía dos meses que trabajaba en Eight Bits Inc., pero nunca había regresado de día. Dio las gracias a las chicas y entró en la casa. DeAnne estaba en el salón, tocando el piano mientras Robbie cantaba y Elizabeth graznaba siguiendo el ritmo con dos palillos. La canción era *Jesus Wants Me For a Sunbeam*.

—Nunca pensé que estas canciones necesitaran acompañamiento de percusión —dijo Step.

—¡Papá! —exclamó Robbie.

—¡Robot! —respondió Step. Robbie corrió hacia él y Step lo lanzó al aire y lo cogió.

—¡Papá! —chilló Betsy.

—¡Betsy Pipí! —respondió Step.

—Un día les estrellarás la cabeza contra el techo —protestó DeAnne.

Step lanzó a Betsy al aire. La cogió, la levantó y le hizo chocar la cabeza contra el techo.

—¡Ay ay ay! —aulló Betsy.

—No seas llorona, Betsy —dijo Step—. Eso no ha dolido nada, era sólo una broma.

—¡Ay ay ay! —Betsy tendió los brazos hacia DeAnne.

—¿Qué te dije?

—¡Betsy es una llorona! —gritó Robbie—. ¡Betsy es una llorona! ¡A mí sí puedes hacerme chocar contra el techo, papá!

—Será mejor que no —renunció Step—. Tu cabeza podría causar daños estructurales.

—¡No importa! —insistió Robbie.

—No puedo creer que hayas llegado tan temprano —sonrió DeAnne.

—Te dije que llegaría temprano cuando me lo pediste.

—Nunca creí que fuera a las cinco y cuarto. ¿Te han despedido?

—Todavía no. Aunque tal vez lo hagan, después de hoy.

—¿Porque te fuiste a las cinco?

—El césped está muy crecido —dijo Step—. No me había dado cuenta.

—Bien, porque ayer no estaba tan crecido como hoy. ¿Por qué pueden despedirte después de hoy?

—Porque hoy al fin me armé de valor para pedirle a Vaquero Bob una copia de ese convenio que firmé con ellos.

—¿Aún no la habías pedido? Creía que la tenías desde hace semanas.

—La pedí en cuanto llegué de San Francisco. Bien, no en cuanto llegué, pues de lo contrario alguien habría sospechado que estaba haciendo precisamente lo que estoy haciendo. Lo hice al viernes siguiente.

—¿Y no te la han enviado hasta hoy?

—No me la han enviado. He tenido que ir a pedirla. Y no me la ha dado Vaquero Bob, en realidad, porque él no estaba y su secretaria estaba almorzando. Así que la secretaria de otro la sacó de mi archivo de personal y me hizo una copia.

—¿Sólo tienes una copia?

—¡No iban a darme el original! De cualquier modo, la tengo, y es posible que Vaquero Bob aún no esté enterado.

—Bien, entonces no te despedirán.

—Salvo si averigua que fui y la conseguí a sus espaldas. Entonces empezará a sospechar.

—Bien, debo admitir que no me disgustaría tenerte en casa todos los días —dijo

DeAnne—. Qué gran regalo, Step.

—¡Regalo! —rezongó Step—. No. Aquí es donde debo estar, y me saca de quicio que tuvieras que llamarme y prácticamente concertar una cita para que yo venga a casa a hablar con mi propio hijo. Estoy viviendo como esos acelerados corredores de bolsa, como un hiperambicioso robot de Madison Avenue que sólo vive para el trabajo, con la diferencia de que no gano tanto como ellos. A todo esto, ¿dónde está Stevie?

—O bien está fuera, jugando con... Jack y Scotty, o lo encontrarás en su cuarto.

Step asintió de mal humor ante la mención de los amigos imaginarios de Stevie. Y ahora había empezado a mentir. He estado demasiado aislado de la familia, pensó. Aquí soy prácticamente un extraño.

Stevie estaba en su cuarto, tendido sobre la litera de arriba, leyendo un libro. La conversación no anduvo nada bien. Step se apoyó en la barra de la litera y dijo:

—Tu madre me ha dicho que tu trabajo submarino estuvo muy bien.

—No fue así —replicó Stevie.

—Ella dice que ganó la cinta azul.

—J. J. ganó la cinta azul.

—Bien, la cinta del primer puesto, al menos. No me dijo de qué color era.

—La del primer puesto era azul —asintió Stevie.

—Estibador, te diré una cosa... Tu madre fue a preguntar a la escuela. La doctora Mariner concedió la cinta del primer puesto a tu jardín submarino.

—Mi proyecto se rompió —objetó Stevie—. Así que no pudo obtener el primer puesto.

—Hijo, la doctora Mariner evaluó los proyectos ese primer fin de semana, antes de que los otros niños te lo estropearan. Y te concedió el primer puesto.

—¡Claro que no! —exclamó Stevie, con voz trémula de indignación—. Dijo que mi proyecto era una birria y que no merecía estar expuesto ante nadie. Y me pusieron un suficiente.

—¿La doctora Mariner dijo eso? —Step no podía creerlo, no lo creía.

—Sí.

—¿Te dijo eso en la cara?

—No. Se lo dijo a la señora Jones, y la señora Jones nos lo dijo a nosotros.

—¿Nosotros? ¿A qué te refieres?

—Nosotros —dijo Stevie—. A mí y los otros niños.

—¿A toda la clase?

—Sí.

Step trató de imaginar a una maestra que repitiera semejante comentario ante todos los alumnos. Decirlo en privado ya sería excesivamente cruel, pero frente a todos era impensable.

—Stevie, ¿estás seguro de que no estás... inventando esta historia?

Stevie miró a su padre a los ojos.

—No, papá. Yo no miento.

—Sé que nunca habías mentido antes de que nos mudáramos a Steuben, Stevie. Pero debes admitir que esta historia es difícil de creer. ¿No es posible que hayas exagerado un poco? ¿O inventado?

—No estoy inventando.

—Pero inventaste a dos amigos, Jack y Scotty.

Stevie lo miró en silencio.

—Yo nunca dije eso.

—No me lo dijiste a mí. Pero le hablaste a mamá de cosas que habías hecho con Jack y Scotty.

Stevie guardó silencio.

—No me molesta que inventes. Tal vez lo necesitas para afrontar tiempos difíciles en el cole. Pero no puedes contarnos cosas inventadas como si fueran ciertas.

—Es que no lo hago —aseguró Stevie.

—Querrás decir que no lo harás más.

—¡Quiero decir que nunca lo hago! —gritó Stevie.

Su vehemencia desconcertó a Step. ¿Era posible que Stevie no estuviera mintiendo? ¿Que hubiera ocurrido tal como él decía? ¿Entonces, cómo explicar lo que la bibliotecaria le había contado a DeAnne? Imposible, no podía haber sucedido tal como decía Stevie. Y sin embargo insistía en que le creyeran, y Step recordó las veces en que era niño y los adultos no le creían porque estaban seguros de saber cómo eran las cosas. Recordó que le había contestado a su madre: «Tú no estabas allí. ¿Entonces, cómo lo sabes?» Y aquí estaba ahora, negando la versión de Stevie cuando él no había estado allí. ¿Entonces cómo lo sabía?

—Estibador —dijo Step—, ¿estoy cometiendo un error?

—Sí.

—Si la señora Jones dijo semejante crueldad frente a la clase, aunque fuera cierta, deberían despedirla.

—Sí —convino Stevie—. Ojalá se muriera.

Step quedó horrorizado.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Lo pienso continuamente. La miro hablar y pienso que le sale sangre de la frente, porque le han pegado un tiro. La imagino cayéndose muerta en la clase y entonces me reiría y cantarí una canción. Cantaría la canción más alegre que conozco.

Esto era peor de lo que Step había supuesto. Fuera cual fuese la verdad en cuanto al proyecto, era innegable que Stevie odiaba a la señora Jones. Era desgarrador que

ese niño tan dulce —un niño que siempre había sido tolerante y generoso— odiara tanto a una persona.

Y estos sentimientos debían de haberlo acuciado durante mucho tiempo, aunque los hubiera silenciado.

—Stevie, ¿por qué la odias tanto? ¿Es por la cinta azul?

—Nunca me pregunta —dijo Stevie.

—A veces parece que es así. Como eres tan inteligente, tiene que dar a los demás la oportunidad de contestar.

—Siempre pregunta a los demás chicos.

—Sí, sé que da esta sensación.

Stevie lo miró con un destello de furia en los ojos.

—¡He dicho que siempre pregunta a los otros niños! ¡No es una sensación, sino que así son las cosas!

Step comprendió que nuevamente había hablado como un típico adulto, tomando el claro y sencillo lenguaje de un niño y distorsionándolo para adaptarlo a sus prejuicios sobre la realidad. ¿Y si Stevie hablaba en serio? ¿Y si era literalmente cierto?

—¿Quieres decir que nunca te pregunta? ¿Nunca?

—Ni una sola vez —declaró Stevie.

—¿Estás seguro de que te ve levantar la mano?

—Sí. Siempre me ve.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me ve.

—¿Dices que te ve levantar la mano, pero nunca te pregunta?

—Sí.

Las lágrimas que humedecían los ojos del chiquillo obligaron a Step a creer que esto era cierto, o que al menos le parecía cierto a Stevie, porque era indudable que su hijo lo creía.

—Hijo, comprende, yo no estoy allí y no puedo verlo con mis propios ojos. Tienes que ayudarme. ¿Qué dice ella cuando ve que has levantado la mano y no te pregunta?

Stevie respiró hondo y habló con voz trémula.

—Dice: «Claro que Stephen Boluva Fletcher sabe la respuesta. Él lo sabe todo».

Step oyó esas palabras con un nudo en el estómago. No podía ser cierto. Nadie podía hablarle a su hijo en ese tono. Pero si era así... si era así... él haría algo. Algo.

—Hijo, ¿en serio dice tu nombre de ese modo? ¿Boluva?

—Sí.

—¿No le has dicho que es Bolívar? ¿Que es el nombre de uno de los grandes libertadores de la historia?

—¿Cómo puedo decírselo, papá, si nunca me pregunta?

—No, claro. ¿Es verdad que se burla de ti cuando levantas la mano?

—Ya no levanto la mano.

—No, supongo que no. —Step trató de pensar, de comprender—. ¿Cuándo empezó con esto?

—El primer día.

—¿Tu primer día de colegio?

Stevie pensó un minuto.

—El primer día dijo que yo era un estúpido porque ella decía las cosas y yo no las entendía. Entonces levanté la mano para preguntarle qué había dicho, y ella lo repitió y yo aún no entendía.

Step trató de recordar cuál había sido el problema ese primer día.

—¿Por el acento?

Stevie asintió.

—Yo lo entendía casi todo, pero siempre había un par de palabras que no comprendía. Y dijo que yo era muy tonto. Y todos los niños se burlaron de mí.

—Pues no me sorprende, si la maestra te llamó tonto —suspiró Step—. Pero al día siguiente te quedaste en la oficina de la doctora Mariner para hacer esos tests. Volviste a la clase al día siguiente. ¿Qué sucedió entonces?

Stevie rompió a llorar.

—Me hizo poner de pie y dijo, dijo... —no pudo continuar. Se quedó tendido en la cama, sollozando.

Step cogió a Stevie en brazos, lo bajó de la litera y se sentó en el borde de la cama de Robbie con Stevie sobre las rodillas, tratando de calmarlo.

—Tranquilízate. Sé que es difícil para ti. Debe de ser muy difícil. ¿Por qué no nos dijiste nada de esto?

—Yo debo hacer mi parte.

—¿A qué te refieres?

—Yo debo hacer mi labor en la escuela como tú haces la tuya en el trabajo.

—Sí, Portero, es verdad. Pero cuando las cosas andan mal en el trabajo, yo no guardo el secreto. Se lo cuento a tu madre. Y cuando ella tiene un día difícil, me lo cuenta a mí.

Stevie se calmó, dejó de llorar.

—No lo sabía.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo? Nosotros hablamos de noche, cuando vosotros estáis dormidos.

—No lo sabía —repitió Stevie.

—¿Puedes contarme qué sucedió al día siguiente, después de haber hecho los tests? Dijiste que te hizo poner de pie frente a la clase. ¿Qué hizo luego? ¿Dijo algo?

—Dijo que se había equivocado conmigo. Que yo no era tonto, sino muy listo, el chico más listo del mundo, y que no entendía lo que decían los demás porque era demasiado listo para entenderlos, porque ellos eran estúpidos en comparación conmigo, así que era inútil hablar conmigo porque yo era demasiado inteligente para entenderles o interesarme en lo que decían.

Increíble, pero sin embargo ahora Step le creía. Había demasiados detalles. Stevie no podía haberlo inventado. Y sonaba convincente. Tal vez, cuando la doctora Mariner llamó a la señora Jones para hablarle acerca del primer día de Stevie, la señora Jones supuso que Stevie había contado a los padres lo que ella había dicho en clase, aunque Stevie no había comentado nada hasta este momento. Dio por sentado que la doctora Mariner lo sabía y era demasiado amable para mencionarlo abiertamente. Supuso que Stevie la había delatado, le había creado problemas con su jefa, y decidió desquitarse.

—Hijo, me parece que te creo. Lamento no haberte creído antes, pero tienes que comprenderme. Es algo tan terrible que cuesta creer que una maestra haya actuado así. Yo tuve maestras estrictas, pero nunca una que fuera tan malvada. Tenías que haber hablado con nosotros. Pensábamos que todo se solucionaría.

—Se ha solucionado —dijo Stevie—. Excepto por eso.

—¿Así que tienes amigos en la escuela?

—No.

—Entonces no todo se ha solucionado.

—¿Cómo puedo tener amigos cuando la señora Jones dijo que nadie me hablara?

¿Hasta dónde llegaba esto?

—¿Me estás diciendo que *ordenó* a los demás niños que no te hablaran?

—Un par de ellos lo intentó en la hora de recreo, pero ella les gritó: «No molestemos al señor Fletcher, por favor. Está sumido en pensamientos más elevados y no conviene distraerlo».

Step lo abrazó con más fuerza.

—Oh, Stevie, no lo sabía, no tenía ni idea. ¿Cómo podía saber esto?

—Jaleema habla conmigo a veces —dijo Stevie.

—¿Es una de las niñas?

—Es la niña negra, así que a la señora Jones no le importa lo que hace. Pero no me habla mucho porque es difícil entenderla. Tiene que hablar muy despacio. Así que no me habla mucho.

Conque así habían sido los dos meses de Stevie en el segundo curso de Steuben. Aislamiento. Ridículo. Absoluta soledad. Y no había dicho ni una palabra en casa. Ningún indicio salvo su resistencia a ir al colegio.

—Pero todavía haces los deberes —observó Step—. Estás aprendiendo cosas.

—Hicimos la mayor parte en la otra escuela.

—Al menos te gustó el trabajo final, ¿verdad?

Stevie cabeceó.

—Hijo, tendré que hablar con la señora Jones.

Stevie brincó al suelo y se plantó en el medio del cuarto, los ojos desorbitados de miedo.

—¡No! —exclamó—. ¡No hables con ella! ¡Por favor, papá! ¡No puedes hablar con la señora Jones! ¡Por favor!

—Hijo, los padres hablan con los maestros. Así funciona el sistema.

—Pero no puedes. ¡Todo empeorará si hablas con ella!

—Stevie, te prometo una cosa. Lo prometo. Todo irá mejor cuando hable con ella. De lo contrario, te quedarás en casa y no irás a la escuela.

—¡Sí! ¡Quiero quedarme en casa!

—Sólo si las cosas empeoran después de hablar con ella.

—No, quiero quedarme en casa *ahora*.

—Stevie, no es posible. Hay una ley que establece que debes ir a la escuela, y en Carolina del Norte la aplican con mucho rigor. Si no te dejo ir a la escuela, podríamos terminar en un juzgado. O mudarnos de nuevo.

—¡Volvamos a Indiana!

—Hijo, no puedo. Si nos mudáramos, tendríamos que regresar a Utah para vivir en la casa de los abuelos Brown. Perdería mi empleo. Te estoy diciendo que haré todo esto si es necesario, si las cosas empeoran después de hablar con la señora Jones. Pero creo que las cosas mejorarán, ¿entiendes? El último mes de escuela no será tan malo, te lo prometo.

—Un mes entero —dijo Stevie con voz inexpresiva.

—Piénsalo así. Piénsalo como si te hubieran condenado por un delito que no has cometido. No eres culpable, no hiciste nada malo, pero el sistema ha fallado, te han condenado y ya no puedes hacer nada salvo resistir y aguantar hasta el último mes de la sentencia. Y luego saldrás y nunca más tendrás que ver a la señora Jones. Y el año próximo estarás en la escuela media y habrá muchos niños nuevos de otros colegios. Todos serán nuevos, no sólo tú. El año próximo será mejor. Tendrás que aguantar este año.

—No hables con la señora Jones. Por favor.

—Confía en mí, Stevie. Cuando hable con la señora Jones, las cosas mejorarán.

Evidentemente, Stevie no lo creía. Esa incredulidad irritaba a Step, pero él había tardado un buen rato en creer a Stevie. Había cierta justicia en esa inversión de papeles.

Cuando salió del cuarto de Stevie encontró a DeAnne apoyada contra la puerta de la habitación de matrimonio, al otro lado del pasillo. Con aire sombrío, DeAnne abrió la puerta y lo condujo adentro. Cerró la puerta.

—¿Has oído? —preguntó Step.

—No pude contenerme. Estaba tan preocupada.

—Pues bien, ahora lo sabes todo. —Step rió amargamente—. Al menos sabemos por qué ansiaba tanto creer en las zalamerías de la hermana LeSueur. Si lo han maltratado en la escuela, está hambriento de alabanzas.

—¿De veras lo crees? —preguntó DeAnne.

—Pues sí. Al menos en parte.

—¿Pero qué hay de la bibliotecaria? Step, sé que la bibliotecaria no mentía. Es una mujer amabilísima, y hablaba como si le tuviera gran afecto a Stevie. Me contó que todos los días, durante el recreo, él va a leer, y comentó su trabajo con mucho orgullo. —DeAnne calló de golpe—. Ya ves. Aquí me tienes, diciéndote que estoy más dispuesta a creer a una mujer que he conocido esta mañana que a mi propio hijo.

—No creemos algo por lealtad. Lo creemos porque parece plausible. Y la historia de Stevie no parecía plausible hasta que él me contó más detalles y cobró coherencia. Por ejemplo, ¿por qué iba a mentir la bibliotecaria? Tal vez decía la verdad. Tal vez el proyecto de Stevie obtuvo el primer puesto, y tal vez la señora Jones le mintió a la clase.

—Oh, Step, ¿pero cómo pudo creer que se saldría con la suya?

—¿Por qué no? Hay muchos chiflados en este mundo.

—Pero no son maestros.

—¿Por qué no? Los locos que están en las clínicas mentales no nacieron allí. Antes de llegar al manicomio estaban fuera, y muchos tenían un empleo, y algunos probablemente fueran maestros. ¿No crees que los maestros puedan enloquecer? Demonios, tal vez tengan un porcentaje mayor que los demás, considerando lo que deben padecer. Quizás esa mujer esté a tres meses del manicomio, porque ha llegado a odiar profundamente a los niños. Como una enfermedad. Y este año ha encontrado un chivo expiatorio, alguien en quien podía derramar la bilis y el veneno, y ha sido Stevie.

DeAnne sacudió la cabeza.

—Es posible —dijo Step—. Al menos tengo que averiguarlo.

—Le has hecho a Stevie una promesa que no podrás cumplir.

—Oh, la cumpliré. De un modo u otro.

—¿Cómo puedes impedir que lo castigue aún más en cuanto termines de hablar con ella?

—Si es necesario, iré a clase todos los días.

—Ella jamás lo permitiría. La escuela no lo permitiría.

—¿Impediría que un padre observe la clase de su hijo?

—Perderías el empleo.

—¡Renunciaré al empleo! —exclamó Step, asombrándose de su voz airada. Bajó

la voz, habló con vehemencia—. Renunciaré al empleo. Odio ese empleo. Ese empleo me impide ser un buen padre. Ese empleo me está matando y está destruyendo mi familia. Al diablo ese empleo.

DeAnne se disgustó visiblemente.

—Step, por favor.

Le irritó que ella tomara a mal su lenguaje cuando estaba hablando de algo mucho más importante.

—Ah, ¿no te gusta cómo lo he expresado? ¿La palabra «diablo» es demasiado grosera para ti? Es un eufemismo, DeAnne. ¡No te puedes enfadar conmigo por usar un eufemismo! Pude haber dicho...

—No me enfado contigo por lo que hayas dicho, tonto. No estoy enfadada contigo, y tampoco te enfades conmigo, porque no lo soporto. —Rompió a llorar—. ¡Ibas a decir una palabrota! Delante de tu propia esposa.

—¿De qué estás hablando? Tú estabas enfadada conmigo, y te conozco lo suficiente para saber cómo son las cosas. Te has enfadado conmigo por haber dicho «diablo»...

—¡Es cierto! ¡Por un estúpido segundo! Luego comprendí que era absurdo y lo lamento. No puedo evitar si pongo cierta expresión por una fracción de segundo. Pero no merezco que lances juramentos en mi cara.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué discutimos?

—Porque han atormentado a nuestro hijo en el colegio y no hemos hecho nada para ayudarlo...

—¿Cómo podíamos ayudarlo? No sabíamos nada.

—Y ambos estamos tan furiosos que queremos pegarle a alguien y sólo nos tenemos a nosotros. —DeAnne calló un instante. Luego, para sorpresa de Step, se echó a reír. Riendo, se sentó en el borde de la cama.

—Bien, comparte la broma con el resto de los que estamos en esta habitación —dijo Step.

—Sólo pensaba... esto es tan estúpido, ni siquiera es gracioso... —DeAnne se enjugó las lágrimas de los ojos.

—Lo sé. Entiendo que no es nada gracioso.

—Y mientras decía que estamos tan enfadados que sólo podemos desquitarnos entre nosotros, pensé: «Vayamos a pegarle a la hermana LeSueur».

Tenía razón. No era gracioso, pero Step tuvo que sentarse junto a ella y reírse a carcajadas.

Step no pidió permiso para salir del trabajo en la mitad de la jornada. Asomó la cabeza en la oficina de Dicky y dijo:

—Esta tarde almorzaré a las dos y media porque tengo que ver a la maestra de mi

hijo después de la escuela.

—¿No puede ir tu mujer? —preguntó Dicky.

—Dicky, es mi hora de almorzar, y la tomaré a las dos y media. Te lo digo porque quiero que sepas dónde estaré durante esa hora. No te estaba pidiendo permiso.

Dicky no discutió, sólo se encogió de hombros y le dirigió una media sonrisa. Step se dijo que estaba demasiado quisquilloso, que Dicky no había tenido segundas intenciones y él se había pasado en su reacción.

A las dos y veinte, mientras Step se guardaba el grabador de microcasetes en el bolsillo del pantalón antes de irse, Dicky lo llamó por teléfono.

—Ven a mi oficina, por favor.

—Iba a salir a almorzar —objetó.

—Pues mientras sales, pasa por mi oficina.

Step sintió un nudo en el estómago. ¿Me está despidiendo? ¿Porque le contesté con malos modos? O quizá Ray Keyes ha descubierto que cogí una copia del contrato, sospecha que estoy buscando otro empleo y me están echando por esa razón.

En cambio, Dicky era todo sonrisas cuando Step entró en la oficina. Había otro hombre allí, un sujeto alto y delgado de tez morena y rostro sepulcral que habría resultado temible de no ser por su amplia sonrisa. Tenía una cabeza tan estrecha y una sonrisa tan ancha que daba la impresión de que literalmente sonreía de oreja a oreja. La boca de un Muppet, pensó Step.

—Te presento a Damien Weinreiter —dijo Dicky—. Lo entrevistaremos para ese puesto de programador que hemos ofrecido.

—¿Sí? No sabía que buscábamos un programador. —Step nunca sabía cuándo contrataban o despedían a nadie. No participaba en los trámites de personal.

—Oh, sí, y se me ocurrió que no podíamos aprobarlo sin que tú tuvieras la oportunidad de entrevistarlo.

¡Entrevistar! ¿Cuando Step tenía que ir a la escuela de Stevie?

Ya lo comprendo —pensó—, Dicky se está vengando por lo que le he dicho hoy. Trata de ponerme en posición de quedarme y perder esa cita. Y lo peor es que dará resultado. No había una manera amable de decirle a Dicky que se fuera a la porra, que se marchaba ya.

—Dicky, ¿por qué yo? Yo escribo manuales.

—Oh, Step, no seas tan modesto. No eres sólo nuestro autor de manuales.

Lo sabía, pensó Step. Ha sabido desde siempre que yo trabajaba a sus espaldas.

—Además eres el programador de Hacker Snack —continuó Dicky—. Así que Damien desea tener la oportunidad de conocerte.

—Magnífico juego —dijo Damien—. Es usted el mejor.

Sí, claro, pensó Step. Y tú quieres un empleo aquí y tienes la ilusión, pobre

diablo, de que cepillarme un poco te ayudará a conseguirlo. Dicky tal vez ya haya decidido que no te contratará, y sólo te usa para joder mi vida familiar.

Bien, Dicky, esto no funcionará.

Step hizo lo que pedía Dicky. Entró y se sentó mientras continuaba la entrevista. Pero sabía que Dicky no tenía la menor intención de permitirle que participara en la conversación. Sólo quería humillarlo, así que lo mantendría callado mientras realizaba una entrevista donde Step no era necesario.

Step abrió el maletín, extrajo una libreta amarilla y escribió una breve nota para Dicky:

Querido Dicky:

Te escribo esto en una nota para no avergonzarte en medio de la entrevista. Iré a ver a la maestra de mi hijo, tal como te avisé. Y no veo el momento de estar en la reunión donde le dirás a Ray Keyes que piensas incluirme en el proceso de contratación de programadores. Con esa ampliación de mis responsabilidades, sin duda obtendré un aumento.

Afectuosamente tuyo, Step

Se levantó, dejó la nota sobre la mesa de Dicky y se marchó sin decir palabra.

Camino a la escuela, Step trató de calmarse. Su furia contra Dicky no serviría de nada si lo predisponía mal para su conversación con la señora Jones. Tenía que saber comportarse, pues de lo contrario sólo empeoraría las cosas. Estar furioso no ayudaría.

DeAnne le había dejado llevar el coche. Últimamente él trataba de que lo llevaran otros empleados, pues sabía que ella se sentía encerrada, estando todo el día en casa sin vehículo. Sabía que necesitarían un segundo coche, sobre todo después del nacimiento del bebé ese verano. No podía dejarla en casa con un bebé y sin transporte. Sin embargo tampoco le convenía viajar con otros. Siempre terminaba haciéndolos salir más tarde. O yendo a casa con Gallowglass, y odiaba llevar a Gallowglass a su casa. Ni siquiera quería que Glass supiera dónde vivía, aunque ahora ya era demasiado tarde. Y Glass todavía le preguntaba, de vez en cuando, si lo llamaría para cuidar de los niños. No, Step necesitaba un coche y DeAnne también, y no podrían reunir el dinero para comprar ni siquiera un cacharro, mucho menos un vehículo confiable.

Frenó frente a la escuela cuando salían los últimos autobuses.

Demasiado tarde recordó que DeAnne le había dicho que cogiera Fargo Road para aparcar colina arriba. En fin, pensó Step. ¿Qué van a hacer, fusilarme? Frenó detrás del último autobús, lo siguió por el cruce circular y aparcó en un espacio para

visitantes.

La doctora Mariner estaba en la puerta cuando Step se acercó a la escuela.

—Supongo que usted no sabía que los padres no deben usar el cruce circular después de la escuela —dijo.

—En realidad sí, pero no me acordaba. Luego vi que el último autobús salía y pensé que no pasaría nada.

—Pues tiene razón. No ha pasado nada. ¿Puedo servirle en algo?

—Eso espero, señora. Soy Step Fletcher, y he venido a...

—¿El padre de Stevie Fletcher?

—Sí, el mismo.

—Oh, qué hijo tan excepcional tiene usted. Y su esposa es un encanto. Y creo que tiene un pequeñín que vendrá a nuestro parvulario el año próximo.

—Sí, Robbie.

—Bien, no veo el momento, aunque lamentaré despedirme de Stevie. Es un chico encantador, y sumamente inteligente. La señora Jones me ha contado que progresa mucho, y desde luego ya debe de saber cómo le fue con su proyecto de segundo curso.

—He oído algo al respecto —dijo Step. Quería que *ella* se lo dijera, pues ignoraba qué versión era verdadera.

—¿Ha oído algo al respecto? ¿Su hijo obtiene el primer puesto y ese es todo su comentario? No tenemos muchos alumnos de ese calibre, y debería saberlo.

—Oh, sí. Pero me alegra saber que usted también lo sabe.

—Pues claro —dijo la doctora Mariner—. Pero no quiero retrasarle... usted habrá venido a ver a la señora Jones, y no quiero hacerla esperar.

—Ella no sabe que he venido.

—Oh, razón de más para darse prisa, pues de lo contrario se irá a casa. Vaya, espero que no se haya ido. ¿Sabe dónde está el aula?

—No.

—Le acompañaré.

—No, sólo indíqueme el camino. No quisiera molestarla...

Pero la doctora Mariner ya lo precedía por el corredor.

La señora Jones ya estaba allí, poniéndose el abrigo. Si Step hubiera esperado indicaciones en vez de contar con una guía, tal vez la hubiera perdido. Así que agradeció profusamente a la doctora Mariner, aun mientras se preguntaba si esta entrevista era necesaria. Obviamente, la versión de la bibliotecaria era veraz.

—Caramba, señor Fletcher —dijo la señora Jones cuando se fue la doctora Mariner—. Es raro que el padre venga a la escuela. Si hubiera concertado usted una cita, me habría quedado hasta más tarde.

—Creo que será un momento —dijo Step—. He venido para hablarle del trabajo

de Stevie.

—¿Trabajo?

—El trabajo final de segundo. El que se relacionaba con el medio ambiente. El preparó una escena submarina. Con arcilla.

—Oh, sí, desde luego. Muy creativo.

A Step se le estrujó el corazón. Tendría que sentir alivio sabiendo que la señora Jones no le había puesto un suficiente. Pero eso significaba que Stevie había mentido.

No, se dijo. No te apresures a desconfiar de Stevie.

Metió la mano en el bolsillo y conectó el grabador de microcasetes. Ya lo había probado en la oficina. Recibía muy bien a través de los téjanos.

—Me preguntaba si podría decirme, señora Jones, qué nota obtuvo Stevie por ese trabajo.

—Oh, no lo recuerdo. Fue hace bastante tiempo.

—Hace una semana —objetó Step.

—Oh, aquí está. —La señora Jones apoyaba el pulgar en la libreta, pero miraba hacia la puerta. ¿Por qué? ¿Para ver si la doctora Mariner aún estaba allí?—. Vaya, veo que sacó un suficiente.

—Ah —dijo Step. Por dentro ardía de furia. Stevie había dicho la verdad. Y también la bibliotecaria. El proyecto había obtenido el primer puesto, pero la calificación era un aprobado justo.

—Sí, en efecto —dijo la señora Jones—. Un suficiente.

—Pues resulta difícil de entender.

—No creo. Un suficiente no tiene nada de malo. Es una nota intermedia.

Step ya había echado una ojeada a la columna donde estaba marcada la nota de Stevie.

—No es una nota intermedia —señaló Step—, pues todos los demás tienen notables y sobresalientes.

—Vaya, señor Fletcher. No permitimos que los padres miren las calificaciones de otros alumnos, y usted estaba mirando la columna equivocada de mi libreta.

Pero Step no la miraba a ella, miraba el aula.

—Me gustaría ver qué aspecto tiene un trabajo de sobresaliente, si el de Stevie sólo obtuvo un aprobado. Nos sería útil como padres saber qué exigencias debe cumplir, para ayudarle a desempeñarse mejor en trabajos futuros.

Eso era lo que buscaba. Una cinta azul, clavada en un tablero de anuncios. Nada escrito al lado. Sólo una cinta azul.

—Oh, hemos devuelto todos los proyectos —dijo la señora Jones—. Stevie decidió tirar el suyo, me temo, pero para entonces era sólo una masa de arcilla. Es una pena que esos niños mal educados estropearan su proyecto, pero no tenemos ninguna práctica con esculturas. Si Stevie hubiera traído un mural como los demás,

eso no habría sucedido.

Step extrajo la página de instrucciones del bolsillo de la camisa.

—He mirado una y otra vez estas instrucciones que usted envió a casa, y no dice nada sobre un mural. Sólo pide «una representación».

—Verá usted, eso significa un mural.

Step miró la cinta azul.

—Ah —dijo—. ¿Y cómo iba a saberlo? La Mona Lisa es una representación, ¿verdad? Pero no es un mural. ¿Y usted no llamaría representación al David de Miguel Ángel?

—Los otros padres lograron entender que se trataba de un mural —objetó la señora Jones, con tono más distante.

—Comprendo. Tal vez conocían la tradición local. Pero nosotros somos nuevos, y no lo sabíamos.

—Obviamente.

—Pero no me querrá decir que el proyecto de Stevie obtuvo un suficiente porque no era un mural, ¿verdad?

—En absoluto. Como he dicho, era creativo.

—Entonces aún necesito su ayuda para entender en qué se equivocó Stevie.

—Y yo insisto en decirle, señor Fletcher, que un suficiente no tiene nada de malo. Significa regular. Era un proyecto regular.

Step ya no podía decirle nada directamente, salvo llamarla mentirosa. Era momento de hablar de la cinta.

—Bien, señora Jones, pero me pregunto por qué la doctora Mariner concedió la cinta del primer puesto a un proyecto regular.

—La doctora Mariner tiene su juicio, y yo tengo el mío —replicó la señora Jones. Sí, pensó Step. El tono es decididamente gélido.

—Oh, claro. Pero verá, usted entregó las notas después de que la doctora Mariner tomara su decisión, ¿verdad?

—Mi juicio fue totalmente independiente.

—Señora Jones, usted calificó con la nota más baja de la clase al proyecto que ganó el primer puesto. Sin duda le halló algún defecto.

Se volvió para mirarla. La señora Jones tenía una expresión severa, pero se entrelazaba las manos tensamente. Oh sí, tiene miedo. Mucho miedo. Porque todo lo que me contó Stevie es verdad.

—Muy bien, señor Fletcher —dijo ella, rompiendo al final el silencio—. Le diré qué tenía de malo el proyecto de Stevie. La parte escrita, el informe. Los demás niños presentaron informes de cinco o seis páginas. El de Stevie era de sólo dos páginas.

Con gran dificultad, Step controló su ira.

—El informe de Stevie estaba a máquina. ¿Los demás también?

—Eso no tiene importancia.

—Todos estaban redactados con letra grande, ¿verdad? Como esos papeles del tablero, ¿verdad?

—Claro. Estamos en segundo, señor Fletcher.

—A ojo de buen cubero, yo cuento... cincuenta o sesenta palabras por página, escritas a mano, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Pero el informe de Stevie estaba escrito a un solo espacio, lo cual significa de cuatrocientas a quinientas palabras por página. De modo que cada una de sus páginas contiene lo mismo que...

—¡Una página es una página! —exclamó la señora Jones.

—La hoja de instrucciones no mencionaba cantidad de páginas.

—Todos los demás lograron entender que se necesitaban cuatro o cinco páginas. Y no pidieron a sus madres que mecanografiaran... usaron su propia letra.

—La hoja de instrucciones no decía que escribir a mano fuera parte de la tarea. Así que naturalmente Stevie pensó hacer lo mismo que yo había hecho con mi tesis. Fue a mi ordenador, lo conectó, llamó el WordStar y escribió cada letra. Luego lo imprimió y lo unió con grapas. Él solito.

—Ése fue otro problema. Los informes de los otros niños tenían bonitas cubiertas plásticas, y el de su hijo consistía sólo en dos hojas de papel con una grapa. Demostraba falta de respeto.

—La hoja de instrucciones no mencionaba una cubierta. De lo contrario, habría venido con una cubierta. Pero en la escuela de posgrado yo entregaba mis monografías con una grapa en la esquina, así que Stevie pensó que era el modo adulto de hacerlo. Y de hecho lo es, señora Jones, ¿verdad? No me dirá que la diferencia entre un sobresaliente y un aprobado es una cubierta de veintinueve céntimos.

—Claro que no. Sólo es parte de la diferencia.

—¿No cree usted que el manejo de un ordenador y una presentación de nivel universitario deberían ser una ventaja y no un inconveniente?

—Otros niños no viven en hogares ricos con ordenadores, señor Fletcher. Otros niños no tienen padres universitarios. No estoy dispuesta a favorecer a un niño a causa del dinero.

—No soy rico, señora Jones. Trabajo con ordenadores para ganarme la vida. Tengo un ordenador en casa tal como los vendedores de coches a veces llevan coches nuevos a su casa. —Ojo, Step. No te dejes desviar—. Lo que importa es que el informe de Stevie era diez veces más largo que los demás. Hizo todo el trabajo por su cuenta, y cumplió con todas las estipulaciones de la hoja de instrucciones. ¿Por qué el proyecto que ganó el primer puesto obtuvo un suficiente en su curso?

—¡No tengo que justificar mis notas ante usted ni ante nadie! —exclamó la

señora Jones.

—Sí —replicó Step con calma—. En realidad sí. Puede justificarla hoy ante mí, o puede justificarla ante la junta escolar.

—¿Me está amenazando? —espetó la señora Jones.

Step estaba a punto de sacar el grabador para enseñárselo, pero supuso que la señora Jones callaría en cuanto lo viera, y necesitaba que ella siguiera hablando.

—No, señora Jones, ni se me ocurriría. Si mi hijo merece un aprobado, sea. No quiero que usted cambie la nota, sólo que me ayude a entenderla.

—Esta conversación se ha prolongado más de la cuenta. De cualquier modo, no es correcto que usted esté a solas conmigo en esta clase, señor Fletcher.

—Tal vez tenga usted razón. Pidamos a la doctora Mariner que participe en la conversación. Aún no le he mencionado el suficiente de Stevie, pero sin duda ella sentirá tanta curiosidad como yo por esta nota.

La señora Jones lo fulminó con la mirada, se sentó a la mesa, hurgó en un cajón. Sacó el informe de Stevie. Había una gran S roja arriba.

Ninguna otra marca.

—Supongo que todos los errores están en la segunda página —comentó Step.

—¿Qué?

—No hay faltas en la primera página, así que los errores deben de estar en la segunda. Me gustaría verlos.

Ella le entregó el informe.

Step lo abrió. Había una sola marca roja en la segunda página. La señora Jones había marcado el plural de pulpo en inglés, *octopuses*, y en el margen había escrito *octopi*.

—Será una broma —dijo Step.

—¿Una broma?

—Mire —dijo Step, mostrándole el informe—. Es un chiste, ¿verdad?

—No bromeo cuando corrijo los errores de mis alumnos.

—Pero, señora Jones, sin duda usted sabe que el plural de *octopus* es *octopus*, sin ningún añadido, u *octopuses*.

—Creo que no.

—Pues piénselo mejor, señora Jones.

Ella comprendió que no pisaba terreno firme.

—Tal vez *octopuses* sea un plural alternativo, pero sin duda *octopi* es el preferido.

—No, señora Jones. Si lo hubiera buscado, habría descubierto que *octopi* no es la forma preferida. Ni siquiera existe. La palabra sólo existe en labios de quienes pretenden ser cultos pero no lo son. Ocurre que el final *us* de *octopus* no es una desinencia de nominativo singular latino, el cual formaría el plural con la letra *i*. En cambio, la sílaba *pus* de *octopus* es la palabra griega que significa «pie», y forma el

plural a la griega. Por tanto, *octopoda*, no *octopi*. Nunca *octopi*.

—Pues bien, *octopoda*. El informe de su hijo decía *octopuses*.

—Lo sé —convino Step—. Cuando Stevie me preguntó el plural correcto, le dije *octopoda*. Pero aún no estaba seguro, porque mi hijo no da algo por sabido hasta que lo averigua por su cuenta, así que lo buscó. Y para mi sorpresa, *octopoda* sólo se utiliza cuando se refiere a más de una especie de pulpo, y no cuando se refiere a más de un pulpo. Lo que Stevie puso en el informe es la definición preferida por el diccionario. Y usted también lo sabría, si lo hubiera buscado.

—Pues soy humana, señor Fletcher. Cometí un error.

—También yo, señora Jones, también yo. Pero lo cierto es que la única falta de este informe que mereció un suficiente está en el sitio donde usted ha tomado un plural correcto y lo ha sustituido por uno incorrecto, ¿verdad?

—Si usted lo dice.

—Así que todavía estoy confuso. ¿Cómo puedo ayudar a Stevie a hacerlo mejor la próxima vez? Usted no ha señalado un solo defecto en este informe... excepto que no le puso una cubierta.

—No habrá próxima vez. Su hijo no tendrá que preparar otro trabajo de segundo en toda su vida. Así que no tiene importancia, y usted me está haciendo perder tiempo y está perdiendo el suyo. Buenas tardes, señor Fletcher.

—Una pregunta más, señora Jones.

—No —saltó ella—. Debo irme a casa ahora mismo.

—Es sólo una pregunta más —insistió Step con calma. Si esa mujer no se detenía, le mostraría el grabador. No la dejaría escapar.

—Muy bien. ¿Qué?

—¿Quién se llevará esa cinta a casa?

La señora Jones miró la cinta que señalaba Step.

—Esa es la cinta del primer puesto, que corresponde al proyecto de Stevie, ¿verdad?

—Podría ser.

—¿Entonces, quién se la llevará a casa?

—Si es la cinta a que usted se refiere, pues desde luego que Stevie se la llevará a casa a final de curso.

—Ah. ¿Y qué le dirá usted a J. J.?

Ella palideció.

La versión de Stevie quedaba totalmente comprobada.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que los compañeros de Stevie tienen la impresión de que J. J. recibió ese premio.

—Imposible.

—¿En serio? Llamemos a los padres de J. J. para averiguarlo.

—No molestaré a los padres de mis alumnos por semejante cosa.

—Entonces iré de inmediato a la oficina de la doctora Mariner y ella y yo haremos esa llamada —dijo Step—. No le molesta, ¿verdad?

La señora Jones apenas podía contenerse, era evidente. Retorcía las manos y estaba temblando.

—Es posible que alguien se haya creado una falsa impresión. Tal vez alguien cometió un error y...

No, pensó Step. No te escabullirás con evasivas. Lo dirás con toda claridad.

—Usted se plantó ante la clase y anunció que J. J. había ganado el premio, ¿verdad? —preguntó.

—Venga, no sea absurdo.

—¿Y si vinieran los abogados que representan la junta escolar a interrogar a sus alumnos y preguntaran de dónde sacaron la idea de que J. J. había ganado el premio? ¿Qué dirían los niños?

Step sabía que semejante cosa nunca ocurriría, pero supuso que la señora Jones no estaba tan segura, y menos en el estado en que se hallaba.

—Tal vez dijera algo que dio esa impresión —dijo la señora Jones.

—¿Tal vez haya dicho, o de hecho lo dijo?

Ella miró hacia la ventana, retorciéndose los dedos.

—Pensé que el juicio de la doctora Mariner era demasiado apresurado y que había pasado por alto los méritos superiores del trabajo de J. J.

—Ah.

—Si usted desea, cambiaré la calificación de Stevie. Y desde luego enmendaré el error cometido con la cinta.

Sí, no lo dudo, pensó Step. Y luego atormentará y ridiculizará a Stevie con más saña hasta que termine la escuela.

—No —dijo Step—, no quiero que cambie la nota de Stevie. Más aún, *insisto* en que no la cambie. Quiero que figure en los libros, tal como está.

La señora Jones entornó los ojos.

—¿Y a qué viene todo esto? ¿Sólo la cinta? Muy bien.

—La cinta... sí, eso me gustaría. Puede decir a los alumnos que hubo un error y que la cinta pertenece a Stevie.

—Muy bien, lo haré mañana.

—Pero hay algo más —añadió Step.

—Creo que no. A menos que haya cambiado de parecer en cuanto a la nota.

Step extrajo el grabador del bolsillo, oprimió el botón de rebobinado y puso la cinta en marcha. El sonido era sucio, pero comprensible: «... los méritos superiores del proyecto de J. J.». Step oprimió STOP.

Ella estaba pálida, y Step pensó que tal vez se había extralimitado. No sería conveniente para nadie que la mujer se desmayara.

Pero no se desmayó. Cuando habló, su voz era más decidida de lo que él esperaba.

—Eso es ilegal —protestó—. Grabar una conversación de ese modo.

—Al contrario. Sólo es inadmisibile cuando sea obtenida por un empleado del gobierno sin orden judicial. Yo no soy policía. Soy sólo un hombre que lleva un grabador. Además, no me propongo usar esto en un tribunal. Sólo quiero darlo a conocer a la doctora Mariner y a todos los integrantes de la junta escolar mientras pongo fin a la carrera de usted.

—¿Por qué me hace esto?

—La pregunta es por qué le hizo usted a Stevie todo lo que le hizo.

—Yo no le hice nada —aseguró ella con tono desafiante—. Puede usar esa cinta.

—De acuerdo —dijo Step.

Se la guardó en el bolsillo, enfiló hacia la puerta y echó a andar hacia la oficina de la doctora Mariner. Con cada paso sentía mayor incertidumbre. Tal vez la señora Jones lograra librarse. Tal vez comprendiera el sistema mejor que él, y ni siquiera esa grabación sirviera de nada. Tal vez no he cumplido con mi promesa a Stevie y estoy empeorando las cosas.

—¡Señor Fletcher! —lo llamó ella. La voz retumbó en el pasillo desierto.

—¿Sí? —dijo Step, sin volverse.

—Hay otra cosa más que olvidé mostrarle sobre el trabajo de Stevie.

Step dio media vuelta y regresó al aula.

Cuando estuvieron de nuevo en el aula, ella parecía cansada, derrotada.

—No lo hice con mala intención —dijo ella—. ¿Esa cosa está apagada?

Step extrajo el grabador, le sacó la cinta y los guardó en bolsillos diferentes.

—No lo hice con mala intención. Es sólo que... resulta difícil ser maestra y tener padres que la atacan a una continuamente. Cuando la doctora Mariner me llamó esa noche a casa, porque tanto Stevie como ustedes estaban molestos, sólo había hecho una pequeña broma... Es decir, él me hacía repetir todo lo que yo decía, y estaba alterando la clase. Así que hice una broma...

—Llamándolo estúpido.

—Una broma —insistió ella—. Y luego él se lo contó a los padres y ustedes llamaron a la doctora Mariner... estaba harta de todo, y cuando volví a clase me enfurecí tanto que dije cosas que no debía. Lo siento.

—Pero usted siguió haciéndolo.

Ella rompió a llorar.

—Lo sé. Y me avergonzaba, pero no podía parar, no sé... no podía parar. Y luego él empezó a levantar la mano y... pensé que había terminado.

—Si pensó que había terminado, ¿por qué no le dejó ganar la cinta azul? ¿Por qué no le puso un sobresaliente en el trabajo?

—No sé —respondió ella, con voz baja y aflautada, como una niña. Step se sintió como un matón, un tirano, por haber presionado a aquella mujer hasta hacerla llorar.

Luego recordó el llanto de Stevie. Esa mujer lo había atormentado, y aunque ahora dijera que se avergonzaba y trataba de enmendarse, había insistido en ello. Incluso había mentido sobre algo tan tonto como la cinta otorgada por la directora. Sin duda debía de saber, en alguna parte racional de su mente, que esto no podía pasar inadvertido. Que era demasiado público, demasiado abierto para salirse con la suya.

Quería ser descubierta, comprendió Step. La deducción psicológica más obvia. Quizá porque odia la enseñanza. U odia a los niños. O no quiere enseñar más, pero no puede renunciar porque es su trabajo. Entonces juntó todo su odio y lo descargó en mi hijo una y otra vez, pero él seguía aguantando; nada ocurría, así que ella siguió insistiendo; y Stevie aún aguantaba y absorbía todo; y al fin ella insistió tanto que lo consiguió. Stevie se quebró. Stevie contó la verdad a su padre, y al fin he venido aquí a darle lo que ella quería.

—Queda un mes de escuela —dijo Step—. A partir de ahora, si Stevie levanta la mano, quiero que le pregunte. No siempre, sino con la frecuencia con que preguntaría a cualquier otro niño inteligente. ¿Me comprende? Quiero que lo trate con normalidad. Si da la respuesta correcta, no se burle de él, y si da una respuesta errónea, corríjalo amablemente. ¿Comprende? —Ella asintió, enjugándose los ojos.

—Si otro niño le habla, permita que esa amistad se desarrolle normalmente. No haga nada para entrometerse. No quiero que ordene a los niños que traben amistad con él, porque entonces le odiarían aún más. Quiero que trate a mi hijo con justicia y normalidad. ¿Puede hacerlo? —Ella asintió de nuevo.

—Sí, creo que puede —convino Step—. El problema es si quiere. Sólo tenga una cosa presente. Si siente la necesidad de tratar con despecho o crueldad a Stevie, o a cualquiera de sus alumnos, recuerde que esta cinta existe. Junto con todas las copias que yo desee hacer. Por el resto de su vida, si otro niño sufre lo que ha sufrido Stevie, tal vez oiga de nuevo esta cinta. La estaré observando.

—¡Entonces no es cristiano! —exclamó ella—. ¡Los cristianos creen en el perdón!

—Soy un cristiano que cree en el arrepentimiento antes del perdón. Si nunca vuelve a maltratar a un niño, nada debe temer de mí. Esta cinta nunca aparecerá. Sólo que tiene que controlar su odio. Si no es capaz de hacerlo, señora Jones, no debería ser maestra.

—¡Es mi vida!

—No. La mujer de esta cinta no es una maestra, señora Jones. La mujer de esta

cinta es una nazi.

Ella sepultó la cara entre las manos. Step recordó el llanto de Stevie. Más que nunca en su vida, quería hacer daño a alguien, ensañarse con ella. Se asustó de esa necesidad de violencia. No la había sentido con tanto ímpetu hasta que ella estuvo indefensa y llorando. Era terrible comprender que podía sentir tanto afán de castigar a un enemigo sometido.

Se volvió y huyó del hombre que había encontrado en ese aula. Poco después la rabia se extinguió y la satisfacción ocupó su lugar. Había cumplido con la promesa hecha a Stevie. Mientras caminaba hacia la puerta de salida, pensó que se había enfrentado al mal y lo había derrotado. El tema mítico de tantas películas, programas de televisión y novelas, y también de gran parte de la historia. Desde luego, había sido demasiado limpio para una película. La señora Jones tendría que haber llevado una pistola, la pistola que había comprado para defenderse. Habría sacado la pistola de la cartera, lo habría seguido, le habría disparado y habría cogido la cinta antes de que él pudiera hacer copias.

¿Y si tenía una pistola? ¿Y si estaba dispuesta a seguirlo? Era una idea absurda, pueril, pero Step apuró el paso. No me disparará en el pasillo, pensó, porque todavía quedan maestras en el edificio, y el personal de vigilancia, testigos. No, lo hará en el aparcamiento, a la vuelta, donde nadie pueda verla cuando huya en el coche. Se apresuró, y llegó al coche casi corriendo. Sacó las llaves, se le cayeron. Las recogió, miró atrás, y sí, allí estaba ella, saliendo de la escuela. Step abrió la puerta del coche, alzó la vista y vio que ella seguía de largo, que ni siquiera lo veía, o al menos no demostraba que lo veía. Subió a su coche, un maltrecho Pinto, y salió del aparcamiento.

Un Pinto. Conduce un Pinto. Es maestra, por amor de Dios, cobra un sueldo miserable y nadie la respeta. Aguanta niños insoportables durante años y toda la rabia de padres estúpidos y furiosos que le gritan por nada, cuando ella procura dar lo mejor de sí, y aquí estoy yo, suprema encarnación del padre furioso, un padre diabólico que la destruye cuando ella sólo quiere enseñar. Quién soy yo, pensó, para erigirme en dios airado, para decidir quién merece el castigo, quién merece conservar su trabajo y quién no.

Luego recordó el llanto de Stevie y pensó que algunas cosas, algunas personas, debían ser detenidas. Ello no significa que la persona que los detiene sea noble, grande ni heroica. No soy un héroe. Pero tal vez la haya detenido. Tal vez ahora no termine por hacerle algo peor a otro niño, tal vez impulsándolo al suicidio. Y quién sabe si no lo habrá hecho antes. Tal vez siempre tenía un chivo expiatorio en sus cursos, un pobre niño que se transformaba en víctima de sus abusos, sólo que esta vez ha encontrado la horma de su zapato. Esta vez se ha topado con el niño que pondrá fin a la situación.

No debería sentirme orgulloso de esto, pensó Step. Pero tampoco debería avergonzarme. Debería alegrarme de que haya terminado. Si es que ha terminado.

La señora Jones se alejó en su coche.

Step subió al suyo, lo puso en marcha, retrocedió y se dirigió hacia su casa.

Por la radio emitían una canción de Hall y Oates que había sido un gran éxito en enero, cuando Step visitó Steuben para las entrevistas. «Caníbal». He salvado a Stevie de una caníbal. Una fiera que trataba de masticar y escupir a ese niño. ¿Por qué no me siento mejor?

Porque no soy mejor. O la he masticado y escupido, y desconocía esta sensación. No me gusta ser cruel. No tengo estómago para eso.

Y sin embargo me gusta, porque lo he hecho. Tal vez eso sea bueno, tal vez no.

Cuando paró en la calzada, notó que algo había cambiado en el césped. Apagó el motor y la radio calló, y oyó el ruido de la máquina. DeAnne estaba segando el césped.

No, no era DeAnne. Al bajar del coche, vio a un viejo que segaba el césped. ¿Un vecino?

DeAnne apareció de repente a sus espaldas, rodeándole la cintura con el brazo.

—¿Cómo ha ido?

—¿Quién es? —preguntó Step.

—Oh, es Bappy. Te he hablado de él, el padre del propietario. Lo llamé para preguntarle si conocía algún niño que segara el césped, y se ofreció a hacerlo.

—Yo puedo segar nuestro césped —objetó Step—. No podemos pagar a un adulto.

—¿Cuándo vas a hacerlo, Step? No tienes tiempo. Y si tuvieras tiempo, los niños y yo preferiríamos que lo pasaras con nosotros en vez de segar el estúpido césped. Además lo hace gratis. Dice que viviendo en su apartamento nunca tiene una excusa para salir a hacer ejercicio.

Step miró a Bappy, quien le saludó con la mano. DeAnne devolvió el saludo, y Step la imitó de mala gana.

—Entra y cuéntame cómo ha ido.

Mientras entraban en la casa, Step dijo:

—Reconoció todo lo que dije. El acoso terminará. El último mes en el cole debería ser mejor.

—¿En serio lo reconoció? —preguntó DeAnne.

—Oh, sí. Y creo que cumplirá.

—Pero cuéntame qué le dijiste, y qué dijo ella. ¿Era tan malo como nos dio a entender Stevie?

—Todo lo que nos dijo Stevie era cierto —asintió Step.

—¿Pero cómo pudo hacer semejante cosa?

—Ya te lo contaré. Esta noche oirás hasta la última palabra.

—¿Qué, lo has memorizado?

Step sacó el grabador y la cinta de los bolsillos. Ella los miró, se echó a reír, frunció el ceño.

—¡Espero que tuvieras la cinta en el grabador!

—Lo oirás, Pescadera. El Chatarrero llevó su chatarra esta vez.

Ella lo rodeó con los brazos hasta donde podía, entorpecida por su macizo y ancho vientre. Lo besó.

—Ven dentro —dijo—. Stevie estaba muy nervioso. Cuéntale que todo ha ido bien. Es magnífico que además tengas la tarde libre.

—¿Qué estoy haciendo? —exclamó Step—. No puedo creer que haya venido a casa. Es mi hora del almuerzo. Debo regresar.

—¡Oh no! Son las cuatro. De todos modos sólo queda una hora.

—Sí, pero Dicky y yo tuvimos un enfrentamiento por mi salida, así que tengo que dar la cara. Trataré de llegar temprano. Dile a Stevie que todo ha ido bien, que su maestra no volverá a molestarlo... y que si lo intenta, haré que la despidan, y puedo conseguirlo.

DeAnne rió.

—Apuesto a que sí.

—Y gracias por hacer recortar el césped.

—Se las transmitiré a Bappy.

Pero Step no podía irse.

—Oh, Pescadera —dijo con esa voz que parodiaba pena—, tengo que decírselo yo mismo.

—Claro, tonto. Está en la sala jugando con el ordenador.

Step se asomó a la sala por la puerta de la cocina. Stevie estaba sentado ante el Atari, jugando un juego donde había un barco pirata, hablándole a la pantalla.

—¡Vamos, Scotty! —exclamó Stevie.

—Stevie, tengo que volver al trabajo, pero quería contarte una cosa.

Stevie apretó el botón RESET y la pantalla se puso blanca y luego azul.

—No tenías que apagarlo —dijo Step—. Sólo quería contarte que todo ha ido bien con la señora Jones. Los días difíciles han terminado, te lo prometo.

Stevie asintió. Poco convencido, pensó Step. Bueno, es normal. No sabrá que tengo razón hasta mañana. Y además, superar este problema no significa que al instante tenga un montón de amigos en el cole. Tal vez nunca los tenga, pues sólo le queda un mes. Pero al menos es posible que algunos le hablen. Y el acoso habrá terminado.

Step besó nuevamente a DeAnne, regresó al coche y volvió al trabajo. Cuando llegó, vio tres notas en su mesa. Eran tres mensajes de Ray Keyes. Todos decían lo

mismo: Ray ha llamado. Quiere saber dónde estás.

Dicky era tan ruin, tan mezquino, tan rencoroso, que después de meses de impedir que Step hablara directamente con Ray Keyes, había logrado que Ray intentara ponerse en contacto con él cuando sabía que Step había salido durante la jornada laboral.

Step cogió el teléfono y tecleó el número de Ray. Como había esperado, respondió la secretaria.

—Hola —dijo—, Ray quería hablar conmigo.

—Oh, lo siento. Ahora está en una reunión —respondió la secretaria.

—¿No es típico? Apuesto a que está reunido con Dicky.

—Bien, Dicky es uno de los que está ahí dentro.

—¡Será posible! Ray trataba de llamarme, y Dicky estaba con él, y Dicky sabía que yo había almorzado tarde para ver a la maestra de mi hijo. Lo más normal sería que Dicky le hubiera dicho a Ray que no perdiera el tiempo tratando de llamarme.

—Oh, a lo mejor Dicky se olvidó.

—Sí, claro. Por favor, dile a Ray que siento que me haya llamado durante mi almuerzo. Y dale a Dicky un codazo en las costillas de mi parte, por olvidarse de decírselo a Ray.

—Lo haré —dijo la secretaria—. Qué cosas pasan, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Step, y colgó.

Tal vez esa farsa diera resultado y tal vez no, pensó Step, pero al menos Dicky tendría un momento apurado si la secretaria transmitía el mensaje con cierta fidelidad y Ray estaba allí en ese momento.

Como se había ausentado durante la tarde, Step no estaba liado con ningún proyecto y pudo salir a las cinco y media. Cuando pasó frente a la sala de programación, Glass lo llamó.

—¡Oye, Step!

—Hola, Glass.

Entró en la sala. Había varios programadores, pero no estaban trabajando, sino remoloneando. Lo supo porque reconocía los juegos que había en las pantallas, y ninguno era publicado por Eight Bits. A veces se quedaban después de hora para practicar con juegos de otras compañías. Lo llamaban «espionaje industrial», pero lo cierto es que les encantaban los juegos de ordenador, y allí había muchas máquinas, gran cantidad de software, y la mayoría no tenían más familia que sus padres. ¿Por qué no quedarse a jugar después de hora?

—¿Vas a tu casa? —preguntó Glass.

—Ojalá tuviera tiempo de jugar. Pero sí, voy a casa.

—Ray te andaba buscando.

—Recibí los mensajes. Salí a almorzar tarde.

—Parecía importante.

—Bien, cuando volví, llamé para que Ray supiera que había vuelto y él no me volvió a llamar, así que no sería para tanto.

Glass revolvió los ojos.

—¿Sabes qué significa «estar en apuros»?

—Glass, Dicky sabía dónde estaba. No le gustó, pero era mi hora del almuerzo, y no estaba rehuyendo el trabajo. Si este universo tiene un grado mínimo de racionalidad, no estoy en apuros.

—No he dicho que lo estés —adujo Glass, sonriendo pícaramente—. Sólo he preguntado si conocías el significado.

Step remedó un gesto de enfado.

—Vaya, debería...

—¿Deberías qué?

—Olvídalo, eres demasiado joven. Más aun, yo soy demasiado joven. Ni siquiera yo lo entiendo. Os veré mañana, humanos. Te veo mañana, Glass.

Step se dirigió al coche. En el camino, recordó que conocía prácticamente todos los juegos para Atari, y no recordaba ninguno con ese barco pirata con el cual jugaba Stevie. Tendría que averiguar cuál era. Tal vez uno de los juegos que él había llevado a casa desde el trabajo. Era una de las ventajas de trabajar para una compañía de software. Podías llevarte los juegos a casa siempre que los devolvieras. Stevie debía de haber encontrado uno que Step aún no había visto en pantalla.

Cuando llegó a casa, estaba pensando en otra cosa, y cuando se sentó ante el Atari sólo recordaba que quería hacer algo aunque no sabía qué. En fin, ya se acordaría más tarde.

Todos cenaron juntos, y Step convenció a Stevie de que jugara con ellos después. No fue muy divertido, pero al menos jugaba. Quizá las cosas empezaran a andar mejor en casa cuando comprobara que el problema de la escuela estaba resuelto.

Step se disponía a ayudar a DeAnne a bañar y acostar a los niños cuando sonó el teléfono. Era Sam Freebody, presidente del quórum de élderes. Freebody era un hombre alto y fofo, y parecía empeñado en demostrar todos los clichés acerca de la jovialidad de los gordos. Parloteó un poco antes de explicar el motivo de la llamada. Era lo que Step había esperado... y temido.

—Me gustaría que usted fuera maestro visitante —dijo el hermano Freebody.

—Para ser franco, le agradecería que lo postergara por un tiempo.

—Andamos escasos de gente. Cada cual debe cumplir con su parte para que la Iglesia no se paralice.

Step recordaba haber dado el mismo discurso cuando era presidente de los élderes en Vigor.

—Hermano Freebody, entiendo a qué se refiere, creo en las lecciones hogareñas y

soy un excelente maestro, pero en este momento mi trabajo me absorbe doce horas casi todos los días. Nunca veo a mi familia, y no creo que sea justo para ellos ni para mí salir en mis pocos días libres...

—Está en casa ahora —señaló el hermano Freebody. No es cosa suya, quiso gritarle Step. Pero sabía que Freebody cumplía con su deber, y lo hacía bien.

—Sí, en efecto. Mire, haré lo posible. Sólo le advierto que tal vez no pueda atender a toda la gente todos los meses.

—En este momento, hermano Fletcher, nuestro nivel mejoraría aunque sólo atendiera a algunas personas algunos meses.

Step rió, anotó el nombre de las familias que debía visitar y tomó algunas notas sobre ellas. Freebody era un excelente presidente del quórum de élderes, comprendió Step. Sabía quiénes eran esas personas, no eran meros nombres en una lista. Las lecciones hogareñas no eran para Freebody una labor que debía encargar a otros, sino una tarea que comprendía y valoraba. Step decidió dedicar el tiempo necesario, no sólo para ayudar a Freebody sino porque creía en el programa.

Creía sinceramente en él, salvo cuando se olvidaba de pensar en ello, es decir casi siempre.

—Y su compañero es un candidato a élder llamado Lee Weeks. Es un converso de diecinueve años, y espero prepararlo para una misión, tal vez dentro de un par de años. Dele un buen ejemplo.

—Es decir, que no debo invitarlo a beber una cerveza.

Freebody se echó a reír.

—Sólo muéstrole cómo es un miembro normal de nuestra Iglesia. Es muy entusiasta, pero tiene ideas extrañas.

—¿Como cuáles?

—No sé si debería contárselo, hermano Fletcher. Digamos que su primer contacto fueron los hermanos LeSueur, y tomó todas sus lecciones en casa de ellos.

—No sé bien qué significa eso —respondió Step, aunque lo sabía perfectamente: el chico había recibido la versión más extravagante y tendenciosa del evangelio. Step comenzaba a comprender cómo funcionaban las cosas en el primer barrio de Steuben: sabes que determinadas personas son difíciles, pero las sorteas como puedes tratando de no exponer las fealdades a pleno sol. Como nativo del Oeste, Step estaba acostumbrado a un modo más directo de hacer las cosas. Pero si este complejo esfuerzo para no herir los sentimientos de nadie ni provocar conflictos era el estilo sureño, tendría que aprender a actuar como los sureños.

No se sorprendió de la única explicación de Freebody.

—Ya verá usted. Pero es un buen chico.

Step anotó el nombre de Lee Weeks, y un número de teléfono.

—¿Vive en casa de su familia o me atenderá un compañero de cuarto? —

preguntó.

—Vive con su familia. Su madre es psicoterapeuta. Divorciada, así que no conozco al padre. Sin embargo, ella aprobó el ingreso de Lee en la Iglesia, de forma que no habrá problemas de hostilidad.

—Es decir que le transmitirá mis mensajes.

—Caray, tal vez lo empuje por la puerta para que salga con usted. Si hasta lo lleva en coche a la iglesia los domingos.

—¿Él no tiene permiso de conducir?

—Creo que no, o tal vez haya tenido varios accidentes. Lo cierto es que ella lo acompaña.

Eso fue todo. Step se despidió, colgó y suspiró al sentarse ante la mesa de la cocina.

—Te han designado maestro visitante, ¿eh? —dijo DeAnne. Estaba cargando el lavavajillas.

Step se levantó para ayudarla.

—No, Step, ya casi termino, y ya eres el héroe del día. Sólo quiero oír la cinta.

—¿Todos los niños están bañados?

—Ahora soy muy rápida. Un chapuzón y a la cama. Y Stevie se baña solo. Todo listo en tiempo récord. Soy una maravilla.

—Pues es verdad —sonrió Step.

DeAnne le devolvió la sonrisa.

—Déjame oír esa cinta.

Se sentaron en la sala y escucharon mientras Step copiaba la cinta del grabador de microcasetes al pequeño y barato Panasonic que aspiraba a ser un aparato potente cuando creciera, pero que jamás lo lograría. La calidad de la grabación no era muy buena, sobre todo cuando Step estaba a cierta distancia de la maestra, pero prácticamente se oía toda la conversación, y la copia salió aceptable.

—Oh, Step —dijo DeAnne cuando terminó la cinta—. Eres muy astuto.

Era un cumplido, pero a Step le molestó. No le gustaba considerarse una persona astuta.

—Tendrías que haberme oído después —suspiró—. Dejé de ser astuto para convertirme en prepotente. —Le contó detalladamente lo que había hecho cuando dejó de grabar. Que la señora Jones lo había considerado un chantaje, y que Step no sabía si en cierto modo no tendría razón.

DeAnne le pegó traviesamente en el brazo.

—Pues ya estás castigado. Caso cerrado.

—Sólo pensaba que me sentiría mejor de lo que me sentí.

—Vamos, ¿no te sentiste bien cuando sacaste el grabador para enseñárselo?

—Sí, pero después...

—Después encontraste un modo de transformarte en el malo de la película. Pero no lo eras. Estabas rescatando a tu hijito.

—Sí, cuando recuerdo eso me siento mejor. Pero no siempre lo recuerdo.

—Yo te lo recordaré —dijo DeAnne—. Una y otra vez. —Para su sorpresa, le dio un beso largo, suave y profundo, y Step comprendió que estaba dispuesta a hacer el amor esa noche.

—Tal vez debería maltratar a maestras indefensas más a menudo —se burló cuando terminaron de besarse.

—Cállate, Chatarrero —murmuró ella, y lo besó de nuevo.

—¡Step, Step!

Step soñaba que DeAnne estaba muy alterada y lo llamaba, murmurando para no despertar a los niños, pero con una voz llena de temor. Abrió los ojos, miró el reloj y oyó que ella lo llamaba de nuevo. Comprendió que no era un sueño, que eran las tres de la madrugada, había un problema y DeAnne pedía ayuda.

Alzó las sábanas, se levantó y notó que estaba desnudo; se debía de haber dormido en cuanto terminaron de hacer el amor. Espero que haya permanecido despierto el tiempo suficiente para terminar, pensó. Y luego recordó que así era. DeAnne no había quedado insatisfecha, como él durante tantas noches.

Se reprochó ese pensamiento malicioso y fue a coger la bata. La única luz de la habitación era la que llegaba desde el cuarto de baño de los niños, que estaba al final del pasillo, así que apenas veía, pero encontró la bata y se la puso. DeAnne llamó de nuevo.

—Ya voy —dijo Step, tratando de hablar en voz baja pero potente al mismo tiempo.

—Ponte las zapatillas.

—No las necesito.

—¡Sí las necesitas! —exclamó ella, elevando la voz, Step se puso las zapatillas y fue hasta la puerta del pasillo. Estaba encendiendo la luz cuando notó que había pisado algo, y algo había chocado contra su pierna, y con la luz encendida descubrió que el suelo era un hervidero de grillos. Docenas, cientos.

—Mierda —dijo—. Es decir, santo cielo.

—¿De dónde vienen, Step?

—Buena pregunta —respondió Step. Se agachó y se sacudió las piernas. Era imposible dar un paso sin aplastar un grillo bajo los pies mientras los demás brincaban sin cesar.

DeAnne sostenía un bote de Raid.

—No creo que deba aspirar insecticida estando embarazada —dijo.

—No hay suficiente Raid en un bote para matarlos todos. Asfixiaríamos a los niños antes de liquidar a los grillos.

—¿Y qué hacemos? ¿Los barremos para meterlos en bolsas de basura?

—Es mejor idea que pisotearlos. ¿Dónde están las gaviotas cuando las necesitas?

—Traeré las bolsas de basura —dijo DeAnne, dirigiéndose a la cocina.

Entretanto, Step trató de averiguar de dónde venían. Al parecer, el vestíbulo era el foco del problema. Había sólo unos pocos en el cuarto de Betsy y en el cuarto de baño. Pero cuando encendió la luz del cuarto de los niños, era aún peor. Había tantos grillos en el suelo que en algunos puntos cubrían la moqueta. Los grillos que saltaban sobre él le daban ganas de gritar, y andaba muy despacio porque tenía que sacudírselos. Al fin desistió de sacudírselos, aunque no soportaba sentir esas patas en las piernas desnudas. No podía sacudírselos porque estaban en el cuarto de sus hijos y tenía que librarse de ellos y no importaba si se sentía cómodo o no.

Salían por un pequeño orificio del fondo del armario de los niños. Primero asomaban las antenas y luego los cuerpos negros y mecánicos, las patas como pistones. Grillos robot, pensó, eso son. Alguien los ha fabricado.

Y luego pensó: Yo los he fabricado. Grillos del infierno. Una plaga de grillos. Una señal de que Dios vio que maltrataba a esa mujer y sabe que en secreto disfruté de la situación, que me gustó el poder que tenía sobre ella. Y así, al igual que el faraón, recibo una plaga.

DeAnne llegó al cuarto con bolsas de basura, una escoba y una pala.

—Sostén la pala mientras barro —dijo—. Ahora no puedo agacharme tanto.

—Olvida la pala. Se escaparían dando saltos. Yo abriré la bolsa. Pero primero tenemos que impedir que sigan entrando.

—¿Has encontrado el agujero?

—Una grieta entre el suelo y la pared, en el fondo del armario empotrado. ¿Tenemos trapos?

—Calcetines viejos —dijo ella.

—Mójalos y los meteremos dentro.

—¿Mojarlos? ¿Para qué?

—Por favor, DeAnne, no lo sé, sólo hazlo. —No sabía por qué, pero pensaba que los calcetines mojados encajarían mejor y los insectos se quedarían pegados y no tendrían que andar impidiendo que saltaran en el cuarto.

Necesitaron todos los calcetines que DeAnne había guardado para usar como trapos, pero cuando al fin lograron insertarlos, los grillos dejaron de salir.

Entonces empezó la parte difícil. Los grillos no se quedaban quietos, y era un trabajo de Sísifo. Step mantenía el fondo de la bolsa plano sobre el suelo, sosteniendo dos esquinas con los pies, y luego abría el borde con las manos mientras DeAnne procuraba empujarlos al interior. Entretanto brincaban sobre la cabeza, los brazos y las piernas de Step; pero no podía soltar la bolsa para quitárselos de encima, sólo temblar y sacudir la cabeza. Los grillos más audaces parecían disfrutar con ello, y se

le adherían hasta que Step pedía a DeAnne que los sacudiera.

Poco a poco fueron realizando progresos, sobre todo cuando Step comprendió que rociando el saco de basura con Raid convencería a los que habían atrapado de que se quedaran quietos. Tardaron una hora en juntar los grillos visibles, sujetar los sacos y llevarlos al garaje. Luego comenzó la cacería de los que aún andaban sueltos.

Sacaron a los niños de la cama, uno por uno, y los trasladaron al cuarto de Step y DeAnne, donde no había grillos; cerraron la puerta. Como los niños habían dormido mientras las masas de grillos los invadían, era posible que no hubieran visto ninguno, con lo cual no tendrían pesadillas.

Espero que tengamos esa suerte, pensó Step. Encontraron tres grillos que se habían metido entre las sábanas de Robbie, y DeAnne decidió deshacer todas las camas para cambiar todas las sábanas, aunque era imposible que un grillo hubiera entrado en la litera de arriba, la cama de Stevie. Por fin terminaron. Todos los grillos desaparecieron; si quedaba alguno, tuvo el sentido común de quedarse escondido y callado. DeAnne sugirió bañar de nuevo a los niños, pero Step le dijo que lo olvidara.

—No eran cucarachas, cariño, sólo grillos. Que los niños vuelvan a dormir.

Ya estaban dormidos, despatarrados sobre la cama de Step y DeAnne, pero Step los llevó uno por uno a su cuarto y DeAnne los acomodó en la cama. Volvieron a dormirse enseguida.

—¿No sería bueno —le dijo Step a DeAnne mientras arrebujaba a Betsy en sus sábanas limpias— que todas las cosas malas de la vida les ocurrieran en sueños y pudiéramos combatir las sin que se enterasen de que ocurrieron?

—Tengo que lavarme —refunfuñó DeAnne—. Aún siento patas de grillos en todo el cuerpo. —Tiritó—. Me sorprende que no haya empezado con las contracciones.

Ahora que lo mencionaba, Step aún sentía el hormigueo de esas patitas, y cuanto más lo pensaba peor era.

—Dúchate primero —dijo—, pero date prisa.

DeAnne no se dio prisa, pero Step comprendió. Cuando le llegó el turno, tuvo que enjabonarse y enjuagarse tres veces para sentirse limpio. Al acostarse revisó las sábanas. Sabía que ningún grillo se había metido en su cama, pero tuvo que mirar para asegurarse.

—Mañana, los exterminadores —dijo mientras se tapaba.

—Sí —dijo DeAnne—, ya lo había pensado. Llamaré a Bappy para que averigüe si tienen algún tipo de contrato, como Terminex u otras empresas.

A la mañana siguiente llegó al trabajo más tarde que de costumbre, porque había dormido muy poco la noche anterior. Encontró una nota en la mesa. Era de Ray Keyes, y aunque estaba dirigido a todos, Step sabía que estaba destinada a él.

He notado que algunos empleados abusan de nuestra actitud tolerante con los

horarios. Por tanto se instituye una nueva política a partir de mañana. Todos los empleados deben estar en sus puestos de trabajo a las ocho y media. Se almorzará de doce a doce y media, siendo las únicas excepciones las telefonistas, quienes tendrán turnos de media hora de 11:30 a 13:00. Quien llegue cinco minutos tarde por la mañana o se tome un almuerzo de más de treinta minutos será despedido en el acto. Las únicas excepciones serán por razones médicas o por emergencias familiares debidamente certificadas.

Step sintió ganas de irrumpir en la oficina de Dicky e insultarlo de arriba abajo. Pero no podía. Ojalá lo hubiera llamado Arkasian. Ojalá tuviera un contrato en otra parte, un modo de salir de ese lugar. Sería una alegría decirle a Dicky Northanger lo que pensaba de él. En cambio, guardó la nota en el maletín, le echó la llave y se dirigió a la sala de programación.

Había silencio cuando Step entró en la sala, y por un instante pensó que todos lo culpaban en la sala. Pero pronto comprendió que el silencio se debía a que Dicky estaba en la sala. Como Dicky rara vez iba allí, esto era significativo, aunque tal vez sólo lo hacía para aplacar el mal humor que sin duda todos sentían. Bien, mejor así. Cuanto más tiempo estuviera Dicky en la sala, más dirigirían su enfado contra él y no contra Step.

—Glass —dijo Step—, te necesito en mi oficina, si es posible. Tengo un problema con la inserción de guiones y creo que hay un sistema que tú puedes explicarme. —Habían trabajado en ello la semana anterior, pero Dicky no lo sabía.

No importó.

—Glass no irá a tu oficina —dijo Dicky—, y no tienes por qué estar en la sala de programación. Glass me está ayudando a trabajar con mi personal de programadores, y eso tiene precedencia sobre todo lo que necesiten los redactores de manuales. Confecciona una lista de preguntas, déjala en mi mesa y yo te daré las respuestas. Últimamente los programadores están haciendo demasiado el vago, y no consentiré más distracciones.

—La documentación no es una distracción, Dicky —objetó Step.

—No, pero la gente que entra en el centro de programación y habla en voz alta sí, y no lo toleraré. Deja tus preguntas en mi mesa.

Step se quedó mirándolo un instante, y pensó: Anoche no matamos todos los grillos. Quedó uno, dispuesto a saltar sobre mí en cuanto me descuide. Bien, Dicky, soy un campeón matando grillos, un experto. Y si puedo exterminar esas hordas de patas sinuosas, puedo manejar a un cantor solitario como tú.

Step regresó a su oficina y escribió una nota.

Querido Ray:

Dicky me ha prohibido entrar en la sala de programación y quiere que canalice mis preguntas para los programadores a través de él. Si te parece bien, yo no me opongo. Pero si no quieres que trabaje así, tú tendrás que ordenar el cambio.

Step lo firmó y se lo llevó a Ludy, la secretaria de Ray.

—¿Está Ray? —preguntó.

—Sí, pero no quiere ver a nadie.

—¿Hay alguien con él?

Ella se sobresaltó un poco.

—Step, no creo que eso sea de tu incumbencia.

—Sólo quiero saber si cuando entre allí para dejarle esta nota en la mesa lo avergonzaré frente a otra persona.

Ludy no parpadeó ni dejó de sonreír.

—Comparado con irrumpir en su oficina, Step, avergonzarlo frente a otra persona no será problema. Te aconsejo que no lo hagas.

—Pues dime qué puedo hacer para asegurarme de que reciba la nota. Le he enviado varias acerca de diversos temas desde que estoy aquí, y por lo que sé no ha llegado a recibirlas. Nunca responde, al menos, y la única vez que me telefoneó fue ayer, cuando sabía perfectamente que yo no estaba.

Ludy le tendió la mano encima de la mesa; si él hubiera estado más cerca, el gesto habría sido un toque en el brazo.

—Step, te aseguro que recibe todas tus notas.

—¿Lo juras?

Ella sonrió.

—Lo juro.

Step le entregó el memo.

—Dile que si no responde ésta, tendrá que buscar un nuevo redactor de manuales.

—Le diré que agradecerías una respuesta urgente. Así, si quiere enviarte una respuesta, estarás allí para recibirla. —Ludy le guiñó el ojo.

—Tienes un tic en el ojo —dijo Step, y le hizo un guiño de respuesta. Ludy revolvió los ojos, y Step se fue.

Cuando DeAnne llamó a Bappy para que averiguara qué exterminador llamar, él reaccionó con entusiasmo.

—Yo hago ese trabajo —graznó—. Trabajé para una de esas compañías hace tiempo, y me he mantenido al corriente. Iré enseguida, pero asegúrese de que todos los recipientes de la cocina estén herméticamente cerrados.

—¿La cocina? ¿Tiene que rociar la cocina?

—Es la habitación favorita de los insectos, el sitio donde está la comida. Y será mejor que se lleve a los niños mientras trabajo.

DeAnne tenía planes para ese día. Y Step se había llevado el coche, pues había salido tarde. Tal vez pudiera llevar los niños a casa de Jenny. Y la mayoría de sus tareas podían esperar. Se trataba principalmente del balance de los cheques, aunque no había mucho que comprobar. Podría hacerlo cuando Bappy hubiera terminado. Y su esperanza de dormir una siesta con los niños, para compensar el sueño perdido en la noche... bien, no era la primera vez que planeaba una siesta y tenía que renunciar a ella. Gajes del oficio de madre. Parte de la lucha incesante para organizarse. Cuando al fin se organizara, habría tiempo para siestas.

—¿Cuánto tardará? —preguntó.

—Un par de horas —respondió Bappy—. Tengo que meterme debajo de la casa y también subir a la buhardilla. Hacerlo bien. ¿Dice que ya ha taponado el lugar por donde entraban?

—Sólo con calcetines viejos.

—Yo hubiese usado algo parecido —asintió Bappy—. Lo importante es que esté taponado. De cualquier modo, dos horas después de que haya terminado, el pesticida se habrá asentado y podrá regresar a la casa, abrir las ventanas y ventilar. Pero no podrá volver pronto. Tiene que cuidar de su preciosa carga.

DeAnne tardó un instante en comprender que su «preciosa carga» era el bebé, que en ese momento se le apretaba con fuerza contra la distendida pared del estómago. Bien, no era preciso que Bappy le recomendara que no inhalara insecticida cuando no se sabía lo que podía atravesar la placenta. Y tampoco quería que los otros niños lo respirasen.

Llamó a Jenny, quien pareció encantada de contar con tan inesperada compañía, y cuando Bappy llegó con su camioneta y comenzó a descargar algo parecido a un equipo de buceo, DeAnne le dio la llave de repuesto, se cargó al hombro un pesado saco de pañales y echó a andar con los niños hacia la casa de los Cowper.

DeAnne había acompañado a Stevie al colegio esa mañana, para que Step pudiera usar el coche, pero Stevie regresaría en el autobús escolar, y no sabría que estaban fumigando la casa. Eran sólo las once, y quizá no regresaran a la casa antes de que el autobús dejara a Stevie. Tendría que volver para recibirlo. Le molestaba la idea de que sus hijos llegaran a una casa vacía.

La estancia en casa de Jenny Cowper fue difícil para DeAnne, al principio. Le molestaba el caos, los niños correteando por todas partes, aullando o entrando para presentarle un informe sobre daños a Jenny, quien se limitaba a responder «Gracias por decírmelo, cariño» y no hacer nada. DeAnne estaba horrorizada por la indiferencia de Jenny ante la seguridad de los niños. Y cuando vio que el niño de cinco años estaba sentado encima de la barra del columpio del patio, montándolo

como un poni, no pudo contenerse.

—Jenny, tienes que hacer algo.

Jenny sonrió.

—¿Qué quieres, que le clave los pies al suelo? La primera vez que se subió ahí casi tuve un infarto, pero es muy hábil y nunca se cae. Lo he observado, y va con cuidado. Mi conclusión es que se subirá de todos modos, y prefiero que lo haga donde puedo verlo, donde pueda presumir, en vez de hacerlo cuando no miro. Eso sí sería peligroso. Así que llegamos a un trato: puede trepar allí, pero sólo cuando estoy mirando.

—Perdóname, Jenny, pero no estás mirando. Estás hablando conmigo.

Jenny se echó a reír.

—Pues bien, estoy escuchando. Si oigo un grito, sé que necesito hacer algo.

—Ya se han oído cincuenta gritos.

—Lo sé, pero esos gritos no son para preocuparse. Y la mitad eran tuyos, DeAnne.

—¿Yo he gritado?

—Ese gritito chillón, sí. Sé que crees que soy una madre fatal, y te diré una cosa. Yo era como tú. Siempre detrás de mis hijos. Vigilándolos sin cesar.

—¿Yo los vigilo?

—¿Crees que no?

—Quiero que estén a salvo —admitió DeAnne—. Si algo les ocurriera...

—Pero les ocurrirán cosas. ¿Crees que si los miras, impidiendo que se diviertan, no se romperán un brazo ni se partirán un labio? ¿Y qué harás cuando Elizabeth empiece a salir con chicos, tratar de que nunca le rompan el corazón? Dios dio vida a nuestros hijos, y no nos corresponde arrebatársela sólo porque tenemos miedo. Eso es lo que yo pienso.

Parecía muy sensato, muy sabio. Sin embargo...

—¿Qué hay de ese niño desaparecido? —preguntó DeAnne, señalando el periódico.

—¡Qué horror! —exclamó Jenny—. Y hubo otro hace seis meses. Cuando ves esos rostros en los cartones de leche y piensas que allá hay una madre que un día llamó a su pequeño y no recibió respuesta, y de pronto comprende que nunca la oirá, que nunca le responderá de nuevo... Oh, DeAnne, ¿no te parte el corazón?

—Sí. Él sólo iba a visitar a sus amigos, a tres casas de distancia, y nunca llegó.

—Y esa madre se culpará a sí misma, DeAnne. Se dirá: «Tendría que haberlo vigilado. Tendría que haber salido a mirarlo hasta que entrara en esa casa».

—Sí —dijo DeAnne—, y tendría razón.

—No —replicó Jenny—. Porque dentro de esa casa pudo haber un arma cargada. ¿Y qué habría hecho entonces? ¿Quedarse allí mientras jugaba? ¿Prohibirle que entre

en casa de un amigo? ¿Encerrarlo en su cuarto? ¿Crees que el niño no hubiera sabido que su madre estaba mirando? ¿Que no le tuvo suficiente confianza como para dejarlo ir a visitar a un amigo que vivía a tres casas de distancia?

—¡Pero él no llegó!

—Esta vez no —reconoció Jenny—. Pero tal vez ya lo hubiera hecho cien veces. Como cuando tus hijos aprenden a caminar y ya no les coges la mano, pues llega un momento en que debes soltarlos. ¿Crees que eso significa que nunca más se caerán?

—Desaparecer no es lo mismo que caerse.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé que bastaría un instante de descuido para que mi Aaron se desnucara bajo el columpio? ¿Para que muriera o quedara inválido el resto de su vida? ¿Crees que no siento una punzada de temor cada vez que le veo subir allí?

—¿Entonces por qué lo dejas?

—¿Por qué nos deja Dios vivir en este mundo? ¿Por qué no baja y observa cada uno de nuestros movimientos y nos impide cometer errores? Porque no podemos crecer si alguien nos vigila. No podemos llegar a ser nada. Seríamos marionetas.

DeAnne no supo qué responder. La angustia la carcomía. En parte era por esa noticia sobre la madre del niño perdido. En parte era por la tensión de no estar en casa, de ver a sus hijos jugando con esos salvajes desaforados que Jenny criaba con tanta libertad. En parte era por lo que Stevie había soportado durante semanas en el colegio, sin que DeAnne tuviera la menor idea. Y además Dolores LeSueur lo había llevado aparte para sembrar en su mente las semillas de una maleza espantosa, y cuando DeAnne lo supo las semillas ya habían echado raíz, y no había nada que hacer excepto esperar que la bondad innata y el sentido común de Stevie le ayudaran a liberarse de esos pensamientos.

—No puedo evitar vigilarlos —suspiró DeAnne—, aunque sé que no puedo protegerlos del todo. Lo sé. Sé que la mayor parte del tiempo están fuera de mi protección. Cuando Stevie está en el colegio, e incluso cuando estoy fuera de la habitación, podría ocurrir cualquier cosa. Pero aun así puedo hacer algo, puedo intentarlo.

—DeAnne, también yo entro a impedir que mis hijos hagan cosas realmente peligrosas —dijo Jenny—. Sólo que mi nivel de tolerancia no es tan bajo como el tuyo.

—Jenny, ahora no hablo de ti. Hablo de mí. Porque sé que tienes razón, y yo... no quiero sobreproteger a mis hijos y convertirlos en hámsteres asustados en el rincón de una caja. Pero puedo hacer algo, a veces puedo salvarlos, ¿verdad? Es como esa vecina que tenía en Orem. Había un tío con una camioneta que pasaba por la calle a toda velocidad. Ella lo odiaba, y el marido habló con él, pero el hombre se le rió en los morros. Una noche, a esa hora en que ya está oscuro pero todavía se ve un poco,

ella se dio cuenta de que los niños aún estaban fuera y los llamó. Entonces oyó que la camioneta doblaba la esquina y el motor aceleraba y vio que los faros barrían la calle. Oyó los cochecitos de su hijo haciendo ruido en el asfalto de la calle. No en la acera, en el asfalto, y pensó que él estaba allí, que se iba a morir jugando en la calzada. La camioneta se acercaba y el conductor no iba a ver al niño a tiempo, y su hijo estaba a veinte metros a la derecha, demasiado lejos para que ella llegara a tiempo, y el camión venía de la izquierda y el conductor no le oiría gritar con ese motor, así que sin pensarlo bajó a la calzada delante del camión. Bajó a la calzada.

—Cielo santo —dijo Jenny.

—El hombre la vio y hundió los frenos. Atinó a frenar justo a tiempo, pero ella era una persona mayor. ¿Qué hubiera ocurrido con su pequeño? El hombre bajó del camión gritando e insultando, preguntándole si era idiota, y ella rompió a llorar, hasta que el hombre vio al niño que se acercaba con los cochecitos en medio de la calle, y comprendió que no había visto al niño hasta ese momento. Nunca más aceleró por esa calle.

—No sé si yo podría haber hecho eso —dijo Jenny—. Me habría quedado en la acera gritando. No sé si habría tenido valor para bajar a la calzada.

—Ella tampoco lo supo hasta que lo hizo.

—Cualquiera salvaría a su hijo de un coche que acelera —señaló Jenny—. ¡Hasta una pésima madre como yo lo intentaría! Pero lo que ella hizo... va más allá del amor, es descabellado. ¿Y si el camión no paraba? ¿Qué haría ese niño viendo a su madre muerta ante sus propios ojos? Y crecería sin madre.

—Crecería sabiendo que su madre había dado la vida para salvarlo. Eso debería ayudarlo.

—O se sentiría culpable toda la vida por pensar que ella había muerto por su causa, DeAnne. No estoy diciendo que fuese un error... no lo fue, pues salió bien. Pero aun salvándole la vida, pudo causar daño. Cualquier cosa puede causar daño, y cualquier cosa puede funcionar. Bien, no cualquier cosa, pero ya me entiendes. Quizá tú tengas razón al ser tan protectora, y quizá yo tenga razón al ser menos estricta. Quizá, quizá, quizá.

—Es decir, que siempre podemos equivocarnos.

—No, DeAnne, no lo veas así. Mientras intentemos dar lo mejor de nosotras a nuestros hijos, funcionará. Quizá se hagan daño. Quizá crezcan enfadándose con nosotras y no nos hablen en veinte años. Quizá los maten... forma parte de la vida. Perder un hijo es lo peor del mundo. No se me ocurre nada peor, al menos. Pero sucede. Y cuando el niño muere, Dios lo acoge en su seno tal como recibe a los ancianos que mueren. Aunque su vida haya sido breve, fue una vida. ¿Fue buena? ¿Fue feliz? ¿Tuvo la oportunidad de saborearla, de escoger, de...?

—Entiendo —asintió DeAnne. Aunque odiaba la flaqueza de llorar frente a los

demás, comenzó a lagrimear. De sólo pensar en la muerte de los niños, y en la madre cuyo hijo se había perdido, y en su amiga de Orem, dispuesta a dar la vida por su hijo. Y Stevie—. Lo siento. Es que... hemos pasado una mala época con Stevie... desde que nos mudamos aquí. Me sentía impotente. Y ahora las cosas saldrán bien, porque Step fue al colegio y lo solucionó. Todo estará bien si Stevie logra prescindir de esos amigos imaginarios. ¿Por qué lloro ahora? ¿Por qué siento frío y temblores y...?

Jenny acercó su silla a la de DeAnne, la abrazó. DeAnne lloró sobre su hombro.

—No puedes impedir que ocurran cosas malas —murmuró Jenny—. Por eso lloras. ¿Crees que nunca he tenido días así? Y luego lo superé y comprendí que sólo puedo hacer lo que es posible, y dejé de aspirar a buscar una vida perfecta para mis hijos, a brindarles una perfecta seguridad, una perfecta felicidad. A veces lloran, a veces se hacen daño, y aún me desgarran por dentro, pero mi capacidad tiene un límite, y tú también debes comprenderlo, DeAnne. En cuanto te conocí comprendí que te exiges demasiado, de modo que estás condenada a fracasar, pues nada te parece un éxito a menos que hayas hecho lo imposible.

Eran palabras alentadoras, confortantes, pero DeAnne no las creía. Sabía que había pasado demasiado tiempo sintiéndose una fracasada, Jenny tenía razón en eso. Pero Jenny se equivocaba al no poner más empeño. ¿Cómo podías aprender a ser perfecta si no procurabas superar tus límites? Luego el Señor te impulsaría el resto del camino. ¿O no? Si ella hacía honestamente todo lo posible, el Señor haría el resto, y las cosas saldrían bien, tal como habían salido bien para Stevie. Porque había que intentarlo.

Pero sería menos protectora. Lo intentaría. Jenny tenía razón en este aspecto. Los niños necesitaban la oportunidad de ser niños. Como cuando ella era pequeña y jugaba en el huerto de la casa. Era peligroso, pues había viejas herramientas de metal, alambres y otros objetos desparramados, sobre todo cerca de las zanjas de irrigación, y ella y sus amigas hacían cosas alocadas. Ella había trepado a cerezos más altos que el columpio de Aaron Cowper. Eran momentos maravillosos y años maravillosos. No podía permitir que sus hijos se los perdieran sólo porque su madre tenía miedo de que se hicieran daño. Pero tampoco podía cobrar tanta distancia. Simplemente, ella no era así.

—Eres una persona muy bondadosa —dijo DeAnne, apartándose de Jenny. Se enjugó los ojos con un servilleta de papel de la mesa de la cocina. Sintió la aspereza del papel en la delicada piel de los párpados—. Pero no he venido aquí a lagrimear. Vine porque un viejo está rociando mi cocina con insecticida.

—Y si te conozco bien —añadió Jenny—, tirarás todas las cajas de cereal que estaban abiertas. Más aún, apuesto a que tirarás las que estaban cerradas, pues no podrás convencerte de que el insecticida no ha atravesado el cartón.

DeAnne se echó a reír.

—Jenny, ya las he tirado. Incluso antes de que él llegara. ¿No te parece estúpido?

—Así eres tú, DeAnne, y no eres nada estúpida. Vaya, eres la maestra que al fin dio a las mujeres del primer barrio de Steuben permiso para no fingir que adoran a sus maridos a la manera pegajosa de Dolores LeSueur. Te enfrentaste a la araña en su propia tela.

—Eso demuestra que soy estúpida —dijo DeAnne.

La horda de niños invadió la casa y llegó la hora de preparar el almuerzo. A las dos, cuando DeAnne logró acostar a sus hijos —Robbie se durmió enseguida, pues había corrido tanto que estaba agotado—, regresó a su casa para ver si Bappy había terminado y el olor se había disipado. Comprendió que tendría que haber ido al mediodía para ver cuándo terminaba, así hubiera sabido cuándo concluían las dos horas. Pero de todos modos él había dejado una nota en la puerta lateral:

He terminado a las doce. La llave está en la mesa.

Qué hombre tan considerado.

Considerado, pero muy equivocado en su cálculo de cuánto tardaría el veneno en asentarse. Le ardieron los ojos cuando entró. El tufo era espantoso.

Salió deprisa, dejando la puerta abierta. Podía olerlo desde fuera. Y no se disiparía si dejaba la casa cerrada.

Entró y contuvo el aliento mientras mojaba y estrujaba una servilleta. Se la apoyó en la boca y la nariz mientras recorría la casa abriendo puertas y ventanas. Las ventanas del salón no tenían postigo, así que no podía dejarlas abiertas. Tampoco podía dejar las puertas abiertas, ni con las mosquiteras cerradas. Claro que un ladrón profesional podía colarse sin problemas por las ventanas. ¿Por qué no dejar las puertas abiertas? No pudo hacerlo.

Dejó la servilleta colgada en el picaporte interno de la puerta lateral y se fue a la calle a esperar el autobús escolar de Stevie.

Después del almuerzo Dicky apareció en la puerta de la oficina de Step.

Step creyó que estaba allí para cerciorarse de que no se hubiera tomado más de media hora para almorzar, y tal vez así fuera en parte, pero el principal motivo era un mensaje.

—Ray piensa que no puedes hacer bien tu trabajo si no tienes contacto con los programadores, y a decir verdad estoy de acuerdo con él.

Claro que sí, pensó Step.

—Así que puedes volver a visitarlos en la sala —prosiguió Dicky—. Pero

agradecería que redujeras las distracciones al mínimo.

—Claro, Dicky.

—Y me gustaría que me presentaras un informe sobre todo lo que les preguntas.

—Magnífica idea, Dicky. Reducirás mi productividad al cincuenta por ciento si además de hacer mi trabajo debo presentarte un informe detallado de todo.

—No importa.

—Cuando el infierno se congele —dijo jovialmente Step—. Mi informe sobre cada proyecto es el manual concluido.

Dicky se quedó mirándolo con esa expresión bovina, pero al fin se marchó.

No debí burlarme de él, pensó Step. No debí provocarlo.

Pero le gustaba provocarlo. Le gustaba saber que Ray Keyes aún pensaba que Step, o al menos el papel de Step en la compañía, era tan valioso como para poner a Dicky en su lugar. Era Dicky quien se había extralimitado esta vez, no Step. Además, Dicky aún tenía su victoria con el tema del horario.

Minutos después, Step fue a la sala de programación para que todos vieran que la absurda restricción de Dicky había tenido muy breve vigencia. En cuanto entró, uno de los programadores murmuró «Atención a Dicky» y un par de ellos se levantaron para echar un vistazo a los pasillos. «Dicky no está a la vista», informaron. De inmediato todos hicieron girar las sillas hacia el centro de la sala, como si hubieran estado esperando a Step para celebrar una reunión.

Step se puso en el medio.

—Muchachos —dijo—. Lo siento. Creo que este problema del horario es culpa mía, porque ayer salí tarde a almorzar y tuve un enfrenamiento con Dicky.

—Que se joda —dijo Glass—. Dicky no es una fuerza de la naturaleza. Actúa así porque quiere, no por tu culpa.

—Actúa así porque es un imbécil —intervino un programador.

—Pues así son las cosas —añadió Glass—. Si nos obligan a presentarnos a las ocho y media y a tomar media hora para almorzar, nuestra reacción es evidente.

—Nos despedimos —dijo uno.

—Incendiamos el edificio —sugirió otro.

—Nada tan dramático —sonrió Glass—. Es sencillo y elegante. Nos iremos a las cinco.

Todos sonrieron, rieron entre dientes, y algunos se arquearon como si soltaran una carcajada.

—A las cinco en punto —prosiguió Glass—. Todas las tardes. En medio de una línea de código, si es preciso. Guardamos el trabajo, apagamos el ordenador y abandonamos este oscuro lugar a las cinco. ¿Todos de acuerdo?

—De todo corazón —asintió Step. Los demás repitieron sus palabras.

—Uno para todos y todos para uno.

—Ahora todo el mundo a trabajar —asintió Step.

Step regresó a casa a las cinco y cuarto. Encontró una nota en la puerta lateral.

Fíjate si todavía hay insecticida. Estoy en casa de los Cowper.

Cuando entró, el hedor era insoportable. Era tan intenso que se paladeaba. La casa estaba fresca. Sería una noche fría, y ya soplaba una brisa gélida. Si llueve, pensó Step, estas ventanas abiertas significarán alfombras y muebles mojados. Pero tampoco podemos cerrarlas. Tendré que vigilar el cielo.

Será imposible dormir aquí esta noche.

Echó llave al cancel de la puerta del frente y dejó la puerta abierta. Tal vez alguien irrumpiera para robar algo, pero también podía hacerlo con las ventanas abiertas, y el salón no se estaba aireando. Cuando entró allí los ojos empezaron a escocerle. Echó la llave a la puerta lateral, regresó al coche y fue a casa de los Cowper.

—Otra vez llegas temprano —observó DeAnne, feliz de verle.

—Tal vez sea siempre así a partir de ahora —dijo Step—. A menos que se retracten. Pero ya no podré llegar tarde por la mañana. —La besó. Jenny Cowper estaba allí, pero Step sólo la saludó con la mano mientras besaba de nuevo a DeAnne.

—No os preocupéis por mí —rió Jenny—. Ya había adivinado que sabíais besar.

—Somos principiantes —se justificó Step—, así que necesitamos mucha práctica. Jenny rió y regresó a la cocina.

—¿Cómo fueron las cosas con Stevie? —preguntó Step.

—No lo que esperábamos —dijo DeAnne—. Una suplente.

—Ah —dijo Step—. No pudo superarlo.

—Y Stevie volvió a casa con su cinta. La señora Jones debió decirle algo a la doctora Mariner, porque hoy entró en la clase y dijo que...

Pero en ese momento varios niños irrumpieron en la habitación. Robbie y dos niños Cowper que Step no pudo identificar, pues ni se había molestado en tratar de distinguirlos. Todos parecían gemelos de varias edades. Stevie los seguía con un libro. Al parecer no participaba en el juego. Pero al menos hablaba.

—Hola, papá.

—Me han dicho que hoy tuviste una suplente.

Stevie asintió. Step se agachó frente a él, comprendió que no estaba cómodo en esa posición y se apoyó en una rodilla.

—Me han dicho que te han dado la cinta.

—No me importaba la cinta —replicó Stevie.

—Bien, supongo que sí le importaba a la doctora Mariner.

Stevie miró a Step a los ojos.

—¿Mataste a la señora Jones?

—¡No! —exclamó Step, asombrado—. ¡Claro que no! No la toqué, ni le hice daño. Hijo, se quedó en casa porque está avergonzada.

Stevie no parecía convencido.

—La doctora Mariner dijo que estaba enferma. Dijo que la señora Jones no vendría el resto del curso y que la suplente sería nuestra maestra.

La señora Jones había buscado la salida más cobarde. Podía ser muy valiente para humillar a un niño frente a sus compañeros, pero no podía afrontar la situación cuando se trataba de enmendar las cosas. Bien, era una pena.

—Papá —dijo Stevie—, ¿qué le hiciste?

DeAnne, comprendiendo que necesitaban cierta intimidad para esto, se llevó a Robbie y a los niños Cowper del salón. Gracias, DeAnne, pensó Step.

—Portero, sólo le dije la verdad, y le advertí que si no cambiaba de actitud, le contaría esa verdad a todo el mundo. Así que desistió. No me sorprendería que jamás vuelva a enseñar, incluso después de este año.

—Vaya —susurró Stevie.

—Así procedes con la gente mala, cuando puedes. Simplemente les dices su pecado. Es lo que hacían los profetas. Sólo nombras el pecado, y si hay una chispa de bondad en ellos, se arrepienten. Tal vez la señora Jones se arrepienta.

—¿Y si son totalmente malas? ¿Si no tienen ninguna chispa?

—Bien, es como Samuel el Lamanita. Le arrojaron lanzas, y el Señor le protegió hasta que concluyó su mensaje, y luego se marchó.

—Quemaron a Abinadi —objetó Stevie.

—Sí, pero sólo cuando él terminó de nombrar sus pecados. Y al final eso impidió que los malvados cometieran sus maldades. Decir la verdad sobre ellos. Sólo pueden cometer el mal cuando creen que nadie lo sabe.

—Pero Abinadi murió.

—Hijo, supongo que él y el Señor sabían que la muerte no es lo peor del mundo. Lo peor del mundo es saber que ocurre algo realmente malo y no hacer nada por miedo. Cuando Abinadi murió, la muerte fue agradable.

—¿La muerte por fuego?

—No, no creo que *eso* fuese agradable. Pero cuando todo hubo terminado, él fue a vivir con su Padre en el Cielo. De cualquier modo, Stevie, eso no es lo importante. Nadie iba a quemarme por decir la verdad sobre la señora Jones. No soy Abinadi, sólo el furioso padre de un hijo maravilloso a quien han tratado muy mal. Y ahora ha terminado. La señora Jones ya no podrá hacerte daño, y sospecho que ya no podrá hacer daño a nadie.

Stevie echó los brazos al cuello de Step y lo aferró largo tiempo. Luego se apartó y se fue del salón, tal vez un poco avergonzado.

Step fue a la cocina y se unió a la conversación.

—Tú dormirás en nuestra cama porque estás embarazada, DeAnne —dijo Jenny.

—Yo no —intervino Step.

—Por favor —suspiró Jenny—. Ya sabemos cómo sigue esta conversación. Diréis que Step puede dormir en el suelo y DeAnne en el sofá, aunque los dos sabéis que despertaría muerta si lo hiciera, y nosotros nos sentiríamos tan culpables que no podríamos pegar un ojo. Además, recordad que Spike y yo fuimos de camping en nuestra luna de miel.

—Hay un sistema de unir dos sacos de dormir —dijo Spike con voz confidencial—. Un día os lo enseñaré.

—No nos molesta usar sacos de dormir —asintió Jenny—. Nos parece romántico, aunque quien conozca a nuestros hijos pensará que no necesitamos más oportunidades para el romanticismo. Por favor, prescindamos de la discusión y pongámonos de acuerdo. Vosotros en la cama y nosotros en el saco.

Step y DeAnne se echaron a reír.

—Está bien —asintió DeAnne.

A las nueve de la noche, cuando los niños estaban acostados, DeAnne recordó que no había mirado la correspondencia.

—Podemos verla mañana —dijo Step.

—O podríamos caminar hasta allá esta noche —sugirió DeAnne—. Y echar un vistazo a la casa.

¿Por qué no? Los Cowper eran tan extrovertidos que Step necesitaba alejarse un rato.

Mientras iban a ver el buzón, Step le refirió su conversación con Stevie.

—Creo que por fin hemos superado el problema —dijo—. Stevie se pondrá bien.

—Eso espero.

—¿Sólo lo esperas?

—Hoy, cuando bajó del autobús, quise explicarle que había insecticida y no podíamos entrar en la casa, y él respondió: «Lo sé, mamá, Jack ya me lo ha contado».

Los amigos imaginarios.

—En fin, supongo que no podemos esperar que desaparezcan de inmediato.

—Estoy preocupada, Step. Es demasiado mayor para tener amigos imaginarios. Además, ¿quién tiene más de uno? ¿No se supone que los amigos imaginarios son como Snuffy de Barrio Sésamo? ¿Una criatura grandota o algo parecido?

—Dale tiempo. Cuando las cosas mejoren en la escuela, abandonará sus fantasías. Reconozcamos que estos amigos imaginarios le han permitido sobrevivir a una experiencia de campo de concentración. No los liquidemos tan pronto.

—No es broma, Step. Stevie se niega a admitir que son producto de su fantasía. Realmente cree en ellos.

—¿Y qué hay de malo? La fantasía no le habría servido de nada si no le pareciera real.

—Pero estos amigos imaginarios no son reales, Step. ¿Y si no desaparecen? ¿Y si insiste en tener a un amigo imaginario como padrino de bodas? En algún momento empezará a causarle problemas con su vida social.

—Pero no hoy. Dale un respiro. Acaba de salir del infierno a la luz del día, y tardará un poco en deshacerse de las sombras.

Llegaron al buzón. Step lo abrió y comprobó si no había arañas. Lo hacía siempre desde que una viuda negra le había trepado por la manga cuando cogía la correspondencia en Orem. Descubrió que era posible arrancarse todos los botones de la camisa en un solo movimiento y quitársela en un santiamén. La araña no le picó, pero él no la había olvidado.

DeAnne comenzó a girar las cartas para ver los remites a la luz del farol.

—Podemos llevarlas dentro —propuso Step—. A fin de cuentas, vivimos aquí.

—No entraré de nuevo hasta que se haya ido ese olor —declaró DeAnne.

—No creo que los Cowper se alegren de que nos quedemos a vivir para siempre.

—Tal vez sí. Hoy he ayudado mucho con las tareas de casa. Aquí hay una de tu hermano. —La abrió y empezó a leerla.

—¿Sabes qué me dijo Spike Cowper? —comentó Step—. Me dijo: «Sé que necesitáis un coche, y tenemos un feo, maltrecho y oxidado Datsun B-210. Funciona bien, pero es tan horrible que nunca nos pagarán lo que vale. ¿Por qué no me quitas un peso de encima? Quinientos dólares». Le dije que no podíamos pagarle ahora, y él me dijo: «Pues os enviaremos nuestra dirección, y nos pagaréis cuando podáis».

—Espero que hayas aceptado.

—¿Crees que soy tonto? Me faltó poco para darle un beso. Puedo llevar el Datsun al trabajo, y tú puedes quedarte con el Renault.

—Será como el día de la independencia —dijo DeAnne—. Creo que tu hermano te informa de que necesita que le devuelvas el dinero que pedimos prestado para la mudanza.

—Peras al olmo —dijo Step—. Le llamaré. Tal vez tiene miedo de que nos hayamos olvidado de nuestra deuda.

—Este mes no pagué la letra de la casa de Indiana.

—No creo que pudiéramos.

—Es el segundo mes consecutivo. No podremos compensar esos pagos atrasados a menos que recibamos un cheque sorpresa por derechos de autor.

—Lo sé. Le pediré un aumento a Ray Keyes. No, se lo pediré a Dicky.

Ella le entregó un sobre. Un sobre grande.

—Agamemnon —dijo.

—Estás de broma —negó Step. Rasgó el sobre.

—Es increíble que estemos leyendo la correspondencia en la calle —dijo DeAnne, echando una ojeada al vecindario. No había nadie fuera.

—¿No es lo que hacen todos cuando su casa se transforma en una cámara de gas? —dijo Step—. Es el contrato. Arkasian ha reaparecido.

—Ha tardado bastante.

—Sólo nos lo ha parecido. Han sido sólo unas semanas. Más aún, es probable que lo hiciera de inmediato y el trámite haya llevado todo este tiempo. —Step alzó los ojos—. ¿Sabes, Pescadera? Si hubieras cogido la correspondencia a la hora de siempre y me hubieras llamado para anunciarme que esto había llegado, habría renunciado a mi empleo allí mismo, antes del almuerzo, y eso habría sido totalmente estúpido e innecesario, porque después del almuerzo las cosas mejoraron. Fue una suerte que no vieras la correspondencia a tiempo. Porque no puedo renunciar hasta saber si Eight Bits se dedicará o no a los juegos de IBM.

—Una suerte.

—En efecto. —Step la abrazó bajo el farol de la calle. Los dos tenían sobres de correspondencia en la mano—. Tal vez el Señor haya decidido cuidarnos un poco.

—O tal vez la ley de probabilidades decía que ya era hora.

—Sí, ¿pero quién escribió la ley de probabilidades?

Step la besó y regresaron a casa de los Cowper. Mientras se alejaban, Step echó una mirada furtiva a la casa, preguntándose si el insecticida también habría ahuyentado a los amigos imaginarios de Stevie.

8

Terapia

Así fue cómo Step encontró un psiquiatra para Stevie, aunque había jurado que jamás llevaría a su hijo a uno de esos charlatanes.

Step no tenía nada contra los psiquiatras como individuos. Sus mejores amigos de la escuela de graduados de Vigor habían sido Larry y Sheila Redmond; Larry era estudiante de historia, pero Sheila había comenzado a trabajar como psicoterapeuta. Step solía gastar bromas sobre el ejercicio de ese sacerdocio.

—La única diferencia entre los psicoterapeutas y los sacerdotes es que los psicoterapeutas cobran más, y que esa rama de las curas milagrosas cuenta con más creyentes.

Sheila lo tomó con buen humor. A fin de cuentas, la paciencia era la marca de una buena terapeuta, y Step tuvo que admitir que, aunque todas las teorías psicológicas le parecían sectas que competían dentro de una religión secular de la autoobsesión, era posible que un terapeuta le hiciera bien a un paciente, así como un buen amigo podía ayudar a alguien que atravesaba un torbellino interior. E incluso el aspecto monetario comenzó a cobrar sentido, ya que los americanos consideraban que todo lo caro era más valioso. Pagar mucho dinero para que alguien escuchara y aplicara teorías insensatas a un problema resultaba más fidedigno y estimulante que obtener consejos gratuitos de un amigo.

Pero Step, aun admitiendo la posibilidad de una terapia útil, tenía la certeza de que jamás llevaría a un hijo suyo a uno de esos médicos brujos.

—¿Para qué? —le dijo a DeAnne—. Si lo llevamos a un freudiano, descubriremos que quiere matarme para dormir contigo. Un junguiano asociará sus amigos imaginarios con el inconsciente colectivo y un mito de los héroes duales. Un skinneriano tratará de que se levante y sonría cuando suene una campanilla. Y los nuevos entusiastas de los fármacos lo drogarán y se pasará el resto de su vida dormido.

—Estamos desorientados —dijo DeAnne—. Necesitamos ayuda.

—¿Entonces debemos depositar nuestra fe en las teorías de los hombres, en vez de confiar en aquello en lo que afirmamos creer? ¿Es Stevie una máquina física cuyos genes representan el libro que ha heredado de nosotros? ¿O es una inteligencia eterna, responsable de sus actos? ¿Tratamos de ayudar a nuestro hijo a buscar la salida de sus problemas? ¿O le pagamos a un terapeuta para que le enseñe nuevas mentiras?

DeAnne lo miró con frialdad.

—No somos científicos cristianos —dijo.

—Y los psiquiatras no son médicos.

—Sí lo son.

—Tener un título no significa ser médico. La gente de las listas de espera de las clínicas mejoran al mismo ritmo que la gente que recibe tratamiento.

—Yo también leí ese artículo —objetó DeAnne—. Pero además vi que las clínicas no causaban ningún daño. Y si lo llevamos a un médico, Stevie comprenderá que nos preocupamos por él.

—Comprenderá que pensamos que está loco.

—Juega con amigos imaginarios.

—Y los psiquiatras cuestan miles de dólares —objetó Step, sabiendo que su arma secreta en cualquier discusión con DeAnne era decir que no podían pagarlo.

—Noventa dólares —replicó DeAnne. Step comprendió que ella hablaba muy en serio.

—Ya has preguntado.

—El precio, sí. Fui a ver al doctor Greenwald, el pediatra de Jenny, quien me dio el nombre de tres psiquiatras infantiles de Steuben. Los llamé a todos y pregunté el precio. Noventa dólares la hora. Sólo queda averiguar si el seguro de Eight Bits Inc. cubre un psiquiatra.

—No lo cubre.

—¿Ni siquiera piensas preguntarlo?

Fue el turno de Step de confesar.

—Ya lo he hecho.

DeAnne rió, pero estaba enfadada.

—Eres un hipócrita.

—Has insinuado esta posibilidad desde que descubriste esos amigos imaginarios —dijo Step—. Sabía que querías hacerlo, y tenía que averiguar si el seguro lo cubría. No lo cubre.

Ella lo miró con la intención de decir algo realmente peligroso. Step conocía esa mirada, y comprendió que DeAnne estaba decidiendo si valía la pena discutir por decir lo que pensaba. Step le ahorró el problema de decidir.

—Estás a punto de acusarme de mentir —dijo.

—¡Claro que no!

—Estabas decidiendo si debías contarme que querías llamar a Eight Bits Inc. y averiguar si está cubierto.

—Eso no es acusarte de mentir. Eso es comprobar un hecho para asegurarme. Tal vez pensaron que te referías a tratamiento psiquiátrico para adultos, y eso no está cubierto, pero sí se contempla el tratamiento psiquiátrico para niños.

—Entiendo. No es que yo sea mentiroso, sino que soy tan inepto que no puedo entablar una conversación con otro adulto. Tienes que comprobar si no he pasado por alto ese pequeño detalle.

—¡La gente comete errores! —exclamó DeAnne.

—Ya lo creo —dijo Step, marchándose de la habitación.

—¡No hagas eso! —gritó DeAnne.

—¿Que no haga qué?

—No interrumpas la conversación.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—Pues no hay mucho que interrumpir —espetó Step. Ella quiso decir algo, pero él no le dio oportunidad—. Así que hasta luego.

Abrió la puerta del dormitorio, salió al pasillo y notó que Robbie y Betsy jugaban en silencio en el cuarto de Robbie, no en la sala. Step y DeAnne habían alzado la voz durante la discusión. ¿Los niños lo habrían oído?

—Hola, niños —dijo—. ¿Qué os trae por aquí?

—Stevie nos dijo que saliéramos.

—¿Estáis bien aquí?

—Sí.

Pero Robbie parecía tan solemne que Step sospechó que había oído la conversación y estaba preocupado.

—¿Qué pasa, Robot?

—Stevie ya no me quiere —dijo Robbie, con un puchero.

—Claro que te quiere, Robot —aseguró Step. Se sentó junto a él y lo abrazó. Betsy también rompió a llorar, pues con su llanto Robbie había conseguido llamar la atención de papá. Step también la abrazó, pero siguió hablando con Robbie—. Stevie está pasando por un mal momento.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Robbie—. Se pasa el día sentado, jugando con el ordenador, o jugando con Jack y Scotty. Nunca juega conmigo.

—¿Jack y Scotty? —preguntó Step.

—Siempre juega a los piratas con ellos, o al tren, y no juega conmigo, y Betsy es aburrida.

—Burrida —repitió Betsy.

—Porque es pequeña.

—Pequeño en barriga de mami —dijo Betsy.

—Robot, sé que es difícil. Stevie pasa por un mal momento en la escuela y está un poco enfadado conmigo porque le obligué a mudarse. Así que necesita estar solo.

—¿Entonces, por qué siempre está jugando con Scotty y Jack?

Step pensó un minuto. ¿Qué podía responderle? Debes comprender, Robbie, que tu hermano escapa de la realidad refugiándose en un mundo mágico lleno de buenos amigos, pero que tiene un inconveniente... El resto de la humanidad no puede ir a ese lugar.

—Robbie, trata de ser paciente con Stevie —dijo Step—. Él no te odia. Te quiere, de verdad. Sólo que ahora no puede demostrarlo. Dentro de un año recordarás este

momento y dirás...

—No digas dentro de un año —lo interrumpió Robbie de mal humor.

—¿Por qué no?

—Es lo que siempre dice mamá. «Dentro de un año te acordarás y te reirás».

La imitación de DeAnne era asombrosa, Step no pudo contener la risa.

—¿Puedes imitar mi voz?

Robbie ahondó la voz y dijo:

—Qué vida más perra, ¿eh?

—Perra —repitió Betsy.

Step quedó apabullado.

—Nunca os he dicho eso a vosotros.

—No, se lo dices a mamá cuando crees que no te oímos —declaró Robbie, muy orgulloso de sí mismo.

—Bien, ahora sé que estáis oyéndome —dijo Step.

—¿Cómo un perro? —preguntó Robbie.

—Sí.

—Guau —dijo Betsy.

—¿Por qué dices que la vida es una perra? —preguntó Robbie.

—Créeme, Robbie, cuando crezcas ni siquiera tendrás que preguntarlo. La respuesta se te ocurrirá sola.

Step se levantó. DeAnne estaba de pie en la puerta del cuarto riendo en silencio.

—Si contienes toda la risa —dijo Step—, explotarás y el bebé saldrá disparado.

DeAnne rió más, pero siempre en silencio.

—¿Mamá puede explotar de verdad? —preguntó Robbie.

—No, Robot, sólo era una broma —explicó Step.

—¿Por qué es una broma si no me parece graciosa? —se indignó Robbie—. Cuando yo digo una broma y no te parece graciosa dices que no es una broma.

—Porque soy el bromista oficial de este país. En 1980, cuando eligieron presidente a Ronald Reagan, yo fui elegido bromista general, así que mi función es determinar si algo es gracioso o no. Pero el próximo año elegirán a otra persona, porque no volveré a presentarme.

—¿Eso es verdad, mamá? —preguntó Robbie.

—¿A ti qué te parece? —preguntó DeAnne, fingiendo inocencia.

—Seguro que es una broma —dijo Robbie.

—Pues tienes razón, mi listísimo hijo —sonrió Step.

—Si mamá se ríe, significa que no os gritaréis más, ¿verdad? —preguntó Robbie.

Al oír «gritaréis», Betsy abrió la boca y lanzó un alarido.

—¡Betsy, no hagas eso! —exclamó DeAnne—. Pueden oírte en la calle. La gente pensará que os pegamos.

—No nos estábamos gritando —terció Step.

—Sí que os gritabais —dijo Robbie.

—Discutíamos porque no estábamos de acuerdo —explicó Step—. A veces ocurre. Y tal vez hablamos demasiado fuerte porque nos interesaba el tema.

—¿De qué hablabais?

Gracias a Dios no ha entendido las palabras, pensó Step.

—Hablabamos de cosas que sólo hablan los mayores.

—Mayor, mayor, mayor —canturreó despectivamente Robbie.

—Bien, un día tú serás mayor y no te parecerá tan cómico. Ahora juega con tu hermana.

Así quedó la decisión de llevar a Stevie a un psiquiatra: en nada. Era el primer punto del artículo uno de la constitución de su matrimonio. Si había desacuerdo, la votación se daba por empatada, y nadie tenía poder para romper el empate, aunque los dos se comprometían a reflexionar sobre la opinión del otro. Así que Step reflexionó sobre la opinión de DeAnne, y DeAnne sobre la de Step, pero esta vez Step sabía que jamás estaría de acuerdo con ella, y que ella tampoco vería las cosas desde su punto de vista.

Sin embargo, a pesar de todo, sabía que él se avendría a ver las cosas a la manera de ella. En el futuro comprendería que estaban realmente desorientados por el problema de Stevie, y un día terminaría por entrar en el consultorio de un psiquiatra, acudiendo al médico brujo para pedirle un encantamiento que ahuyentara los malos espíritus. Le exasperaba aquella idea, así que decidió postergar el problema, con la esperanza de que las cosas no empeorasen y los amigos imaginarios de Stevie se fueran solos.

Al fin Ray Keyes envió una nota diciendo que era hora de que el personal creativo evaluara el PC de IBM y presentara una recomendación. Al fin, pensó Step. Esto decidirá si puedo firmar contrato con Agamemnon, el gran contrato que me permitirá renunciar a este empleo para no ver nunca más a Dicky Northanger ni a Ray Keyes. Siempre que Eight Bits Inc. decida no hacer adaptaciones para la máquina de IBM.

Y había muchas razones para no hacerlas. Ante todo, esa máquina tenía muchas limitaciones. El sistema operativo era una chapucera imitación del CP/M; los gráficos en color eran sólo una opción, y aunque el usuario pagara una suma obscena para conseguirla, sólo había cuatro colores en pantalla por vez; se podía escoger entre un conjunto de colores fríos y un conjunto de colores cálidos, pero eso no compensaba las deficiencias. El sonido salía por un altavoz pequeño y repulsivo que zumbaba como una chicharra. Era como si alguien hubiera examinado el Atari 800 y el Commodore 64 y hubiera decidido dismantelarlos para que no quedara nada que

podría interesar a un ser humano.

Y eso decían los demás programadores. Para Step sería fácil callar toda réplica a esas opiniones. Dicky presentaría a Ray un informe negativo, el proyecto se abandonaría y Step podría largarse limpiamente.

Pero no sería limpiamente, pues él sabía que no realizar adaptaciones para el PC de IBM significaría la muerte de Eight Bits. Si no decía la verdad tal como él la veía mientras Eight Bits le pagaba por su experiencia, sería un farsante y un embustero, aunque nadie lo supiera, y Step no podía aceptarlo.

Así que emitió su opinión.

—Claro que tiene limitaciones —dijo—. Pero posee una característica que hoy no vemos en ningún microordenador.

—¿Cuál? —preguntó Glass con tono desafiante, pues él era el que más se oponía al PC.

Step señaló las letras *IBM* en la máquina.

—¿Qué es eso? —preguntó Glass—. Eso no es nada.

—Eso lo es todo. Eso significa una gran fuerza de ventas en todo el país, significa reputación, credibilidad, significa grandes empresas dispuestas a gastar cien mil o quinientos mil dólares para llevar este producto hasta la mesa del usuario.

—Nosotros no creamos software empresarial —objetó Dicky.

—Alguien lo creará. Alguien creará un magnífico procesador de textos cargado de funciones, porque es posible meter 256 K de RAM en esta cosa, y con 512 K se puede tener un procesador que se pondrá a bailar si se lo pides.

—Nadie meterá 512 K en esta cosa —objetó Glass—. ¡No puedes llenar 512 K con códigos que sirvan para algo!

—No te enfades conmigo, Glass. Sólo te doy mi opinión. La máquina es una basura, pero es una basura IBM. Hoy tenemos medio millón de Commodore 64 en uso, pero veremos dos o tres millones de éstas en las oficinas.

—¿Qué importa lo que haya en las oficinas? —resopló Dicky—. No creamos software empresarial. Escribimos programas para el mercado del ordenador personal.

—¿Y crees que a un empresario no le gustan los juegos? ¿Crees que un empresario no quiere tener un verdadero ordenador en casa?

—No por este precio —adujo Dicky—. No cuando puede tener un Commodore 64 con impresora y monitor por la mitad de lo que cuesta este cajón sobrevaluado.

Step pensó que con su franqueza había obtenido lo que deseaba. Si Step estaba dispuesto a desarrollar software para el PC de IBM, Dicky se empeñaría en frenar el proyecto. No podría haberlo hecho mejor aunque lo hubiese planeado, comprendió. Así que respondió con ánimo jovial:

—Te equivocas, Dicky. El mercado de IBM despegará hasta convertirse en el único mercado.

—Excepto Apple —terció Glass—. Esa compañía de chatarreros no perecerá, por muy inútiles que sean sus ordenadores.

—Te olvidas del Lisa —dijo Dicky. Era una broma, y todos se rieron. El pobre y patético Lisa era un ordenador de precio excesivo cuya única ventaja competitiva consistía en que presentaba los archivos con imágenes en vez de nombres. ¡Como si alguien necesitara la figura de una carpeta para saber que un archivo era un archivo! —. Tal vez Step crea que sólo existirán IBM y el Lisa.

—Haz la recomendación que prefieras. Estoy totalmente de acuerdo en cuanto a los defectos del PC. Pero aclárale a Ray que yo disiento en mi voto, ¿eh?

—Claro que se lo diré. Le diré que estás de acuerdo con nuestra evaluación en cuanto programadores, pero que en tu gran sabiduría y vasta experiencia empresarial crees que deberíamos respaldar el PC únicamente por razones empresariales. Creo que iré a ver a Ray ahora mismo.

Dicky se fue de la habitación tan campante.

Step quería gritar de alegría.

—Tío, acaban de enmiedarte —dijo un programador.

—Pero es caca de Dicky —señaló Glass—, así que huele a rosas.

—A pensamientos —intervino otro programador.

—A Chanel Número Dos —declaró Step. Se desternillaron de risa.

Robbie y Betsy estaban atados con sus cinturones de seguridad, mientras que el numeroso rebaño de Jenny rebotaba en la parte trasera del Renault como pelotas de ping-pong en una habitación llena de trampas para ratones.

—¿No creéis en los cinturones de seguridad? —preguntó DeAnne la primera vez que viajaron juntos.

—Yo creo en los cinturones —dijo Jenny—, pero los fabricantes de automóviles no creen en las familias numerosas. Nunca hay suficientes.

—Podrías abrochar a todos los que quepan —sugirió DeAnne.

—¿Y cuál es el mensaje que reciben los excluidos? —preguntó Jenny—. Mamá quiere a los demás niños y no quiere que mueran en un accidente, pero tú no necesitas un cinturón.

DeAnne rió, pero no las tenía todas consigo.

—¿Entonces, la solución es no proteger a ninguno? ¿Por qué dos no pueden compartir uno?

Jenny la miró.

—DeAnne, mis hijos llegarán a mayores, no te preocupes. Me voy de Steuben a fines de junio, así que resignémonos a que ninguna de las dos podrá alterar ciertas cosas en la vida de la otra.

—Lo siento —dijo DeAnne—. No era una crítica. Es que no lo comprendía.

—Yo tampoco lo comprendo. Y tenemos que llevar esta cena a la casa de la hermana Ho.

DeAnne puso el coche en marcha a regañadientes, aunque ella y Step jamás habían violado la regla de no arrancar a menos que todos los pasajeros estuvieran bien sujetos.

Estaban a finales de mayo, y un par de veces por semana ella y Jenny debían prestar algún servicio compasivo en nombre de la Sociedad de Socorro. «Servicio compasivo» significaba invariablemente preparar una comida. ¿Un niño en el hospital? La Sociedad de Socorro te llevará la cena. ¿Tu marido ha perdido el empleo? Una cena. ¿En cama con neumonía? Una cena.

No, pensó DeAnne. No soy justa. La Sociedad de Socorro hace muchas otras cosas: visitas al hospital, llevar de compras a las viudas. Una vez la hermana Bigelow se pasó tres días yendo a buscar a una mujer y sus dos hijos, pues vivían en una caravana alquilada con muebles prestados y el coche se les había estropeado en plena carretera. Es sólo que tengo la impresión de que Jenny y yo nos dedicamos únicamente a distribuir comida.

DeAnne se estaba cansando un poco de ello.

—¿No existe un jefe de servicios compasivos en este barrio? —le había preguntado a Jenny por teléfono. Los niños estaban jugando en el patio y DeAnne se había sentado a descansar, pues el bebé ya le abultaba el vientre y mantenerse en pie la agobiaba tanto como cargar con cajas de embalaje.

—Sí —dijo Jenny—, la hermana Opyer. Fue designada por inspiración. Lo sé porque ninguna persona racional la habría designado. Asombrosamente está enferma cada vez que Ruby Bigelow le encomienda una tarea, así que ahora Ruby simplemente nos llama a nosotras.

—¿Por qué no la retira del puesto y la sustituye?

—Aquí no se actúa de ese modo —dijo Jenny—. La hermana Opyer desea el puesto, pero no quiere hacer el trabajo. Si Ruby le quitara el puesto, se ofendería, dejaría de ser activa y todas las mujeres del barrio dirían que Ruby la había expulsado de la Iglesia.

—¡Pero es un disparate!

—Aún no entiendes el Sur, DeAnne. Te doy un año. Entonces comprenderás que estas dulces, amables y corteses personas te apuñalan por la espalda, y pensarás que son unos hipócritas. Un año después comprenderás que no son hipócritas, que son tan corteses que hablan en código. Si dicen «Lo haré con mucho gusto en cuanto pueda», significa: «Hazlo tú y no cuentes conmigo». Si dicen «Tienes ideas interesantísimas», significa: «Estás como una cabra». Sólo hay que aprender el código.

—¿Y cuánto tardaste tú en aprenderlo?

—Todavía estoy aprendiendo. Todavía me sorprenden. Pero la regla básica es que

sí significa quizá y quizá significa no.

—¿Por qué no dicen lo que quieren decir?

—¡Confrontación! —exclamó Jenny—. ¡Eso significaría confrontación! ¿Decir que no frente a Dios y todo el mundo? Imposible. Ningún auténtico sureño es capaz. Sería indecoroso, incluso de mal gusto.

—Pues yo siempre digo lo que pienso, y prefiero que los demás hagan lo mismo.

—Desde luego. Tú eres del Oeste. Y los sureños del barrio piensan que la gente del Oeste, como nosotras, son los picapleitos más mal educados, prepotentes, mandones, pendencieros, litigiosos y camorristas que jamás cruzaron el Mississippi para ir adonde no debían. No sé si me entiendes.

—Eres elocuente.

—Créeme —continuó Jenny—. No conseguirás que la presidenta sureña de una Sociedad de Socorro despida a alguien que no quiere irse. Te insinuará que es una pesada carga para la pobre hermana Oyper, pobrecilla, quien siempre se encuentra tan mal pero debe sobrellevar las responsabilidades. Si la hermana Oyper alguna vez dijera que en efecto es una pesada carga, pero que ella puede afrontarla, Ruby sabría que debe separarla del cargo. Pero en cambio la hermana Oyper dice, y soy testigo de ello: «Oh, hermana Bigelow, mi vocación me sostiene, mi vida cobra sentido porque sé que en medio de mi sufrimiento puedo ayudar a los demás». Eso significa que Ruby no podrá deshacerse de la hermana Oyper aunque se muera.

—Así que hacemos el trabajo de ella —refunfuñó DeAnne.

—Oye, es el trabajo del Señor. Debe hacerse, y nosotras estamos dispuestas.

—Eres más cristiana que yo.

—¿Qué quieres preparar? ¿La ensalada o el guisado?

—Me gustaría preparar las galletas.

—Ni hablar. No sabes preparar galletas sureñas, y no tengo tiempo de enseñarte.

—Para mí parecen galletas Bisquick —dijo DeAnne.

—Nunca digas Bisquick ante las mujeres del barrio. Te podrían coser una B escarlata en el vestido.

—La ensalada, pues.

En vez de descansar, DeAnne preparó una ensalada y la puso en la nevera. A la una y media, cuando los niños debían dormir la siesta, DeAnne acomodó a Robbie y Betsy en el coche y fue a recoger a Jenny y su prole. Habían hablado de la posibilidad de que una cuidara a los niños mientras la otra llevaba la comida, pero comprendieron que DeAnne estaba avanzada en su embarazo y demasiado cansada para habérselas con los traviesos niños de Jenny. Además DeAnne no soportaba el terror que sentía cuando sus hijos estaban en casa de Jenny. Por otra parte, Jenny conocía el camino y DeAnne necesitaba salir de la casa, así que fueron las dos y se llevaron a los niños.

La familia a la cual le llevaron la cena vivía en las afueras, y en el largo viaje de

regreso los niños se durmieron. Jenny preguntó en voz baja cómo andaban las cosas con Stevie.

—¿Has decidido consultar a uno de los terapeutas que mencionó el doctor Greenwald?

—Step se opone a llevar a Stevie a un psiquiatra. Se opone con todas sus fuerzas. No lo toma racionalmente. Creo que preferiría que yo saliera con otro hombre.

—Los hombres —suspiró Jenny—. Y después dicen que *nosotras* somos irracionales.

—Bien, existen ciertas razones, pero nunca las dice.

—¿Tiene algún pariente que sea terapeuta? —preguntó Jenny.

—No —dijo DeAnne—. ¿Por qué?

—Porque yo tengo un tío que es agente de bienes raíces, así que odio a todos los agentes de bienes raíces. Cuando veo uno me dan ganas de desenfundar un arma.

—¿Por tu tío?

—Un verdadero caradura. No entraré en detalles porque los niños pueden oírnos, pero créeme, si conocieras a mi tío, querrías castigar la indecencia con la pena de muerte.

—Bien, en su familia no hay ningún terapeuta.

—¿Y cuándo piensas llevar a Stevie?

—He dicho que Step se niega.

—Pero tú estás en casa. Ahora que él tiene un horario humano, lo traen a casa, así que dispones del coche. También tienes el talonario. Lleva a Stevie sin que Step se entere.

DeAnne quedó azorada.

—¿Le harías semejante cosa a Spike?

—Si Spike se atreviera a prohibirme algo cuando sé que el niño lo necesita, claro que sí.

—Step no me ha prohibido nada. Simplemente no nos pusimos de acuerdo.

—¿Pues cuál es el problema? Si no lo ha prohibido, puedes hacerlo.

DeAnne estaba asombrada. Era como si Jenny viniera de una tribu con costumbres conyugales exóticas.

—Jenny, Step y yo no tomamos decisiones acerca de los niños sin estar de acuerdo.

—Entiendo. El niño se desangra en el jardín y tú llamas por teléfono para consultar a Step.

—Las cosas no son así —objetó DeAnne, pero cerró la boca y decidió que era mejor callarse.

Jenny rompió el silencio al cabo de un minuto.

—Oye, si quieres matarme, ¿por qué no esperas a que los niños salgan del coche?

—¿Qué? —preguntó DeAnne.

—Estás yendo a noventa por hora y aquí el límite máximo es cincuenta.

Era verdad. DeAnne pisó el freno y los niños se zarandearon en la parte trasera, gruñendo en sueños.

—Lo siento —dijo DeAnne.

—Oye, enfádate conmigo si quieres, pero estás enfadada con Step y lo sabes. Llámalo como quieras, pero te está impidiendo hacer lo correcto con tu hijo. La mamá osa que hay en ti no está conforme, DeAnne. Además, uno de esos especialistas está en el barrio. Bien, es doctora, y no es miembro, pero su hijo acaba de ingresar.

DeAnne hizo una asociación.

—A Step acaban de designarlo maestro visitante, y su compañero es un joven cuya madre no es miembro pero lo lleva en coche a la iglesia.

—Exacto. Ella es psiquiatra. El doctor Greenwald me dijo que además era la que debía disponer de más horas libres.

—¿Por qué? ¿Porque es mala?

—Porque es mujer. La mayoría de los hombres se resisten a consultar a una terapeuta, y muchas mujeres prefieren un hombre. O eso creen, según comentó el doctor Greenwald. Es como los ginecólogos. Por mi parte, no entiendo por qué una mujer prefiere un obstetra varón, ahora que hay mujeres en la especialidad, pero todavía dominan el negocio. De cualquier modo, ella tiene cierta conexión con la Iglesia y es comprensiva. Creo que entenderá.

—¿Entenderá qué?

Jenny rió.

—Veo que nunca has consultado a un terapeuta. Opinan que los creyentes están chiflados.

—No es cierto —dijo DeAnne, recordando a Sheila Redmond de Vigor—. Conocí a una terapeuta y ella y su esposo eran cristianos. No eran mormones, pero desde luego no les parecía una locura ser creyentes.

—¿Alguna vez has hecho ese test que llaman Multifásico de Minnesota?

DeAnne recordó que una vez lo había hecho, pero no recordaba los detalles.

—Incluye ciertas preguntas. Por ejemplo, si crees que Dios a veces habla contigo. Así es nuestra religión, ¿verdad? Dios todavía habla con los seres humanos. ¡Y según sus reglas significa que estamos chiflados!

DeAnne comenzó a pensar que Step tal vez tuviera razón. Si los psiquiatras eran así, una consulta sería contraproducente. Como decía Step, rara vez curaban a nadie. Y si esta terapeuta disuadía a Stevie de su creencia en el evangelio...

—Lo que estoy diciendo —continuó Jenny— es que quizá puedas persuadir a Step si conoce a la especialista y confía en ella. Procura que comience con sus

lecciones hogareñas y conozca a la madre de Lee Weeks.

Step regresó a casa con sus trofeos: una copia de su contrato de empleo, el cual excluía Hacker Snack y cualquier otro trabajo que realizara para ordenadores que no interesaran a Eight Bits Inc., y el informe donde Ray Keyes declaraba que Eight Bits no haría adaptaciones para el PC de IBM. Pensó que DeAnne saltaría de alegría.

—Ahora puedo renunciar —declaró.

—Aún no —dijo DeAnne.

—La opción de nuestro contrato con Agamemnon dice que en cualquier momento de los primeros seis meses puedo enviar una carta diciendo que trabajaré en programas de PC para ellos, y eso es todo. Recibimos un cheque. Y cuando entregue el Hacker Snack para el PC, recibimos un cheque más. Lo cual significa que antes de Navidad, si trabajo duro y aprendo el lenguaje de máquina 8086 con suficiente rapidez, habremos tenido un ingreso total de más de cincuenta mil dólares.

—Eso será perfecto cuando llegue el dinero. ¿Pero qué hay de este momento? Habrás notado que tendremos un bebé en julio. No creo que podamos conseguir una póliza de seguros que cubra un embarazo preexistente.

Step le miró el vientre un instante, como si el bebé pudiera tener alguna idea.

—No puedes renunciar hasta que haya nacido el bebé —concluyó DeAnne—. Tal como están las cosas, el primer cheque de Agamemnon apenas nos permitirá saldar las deudas de la casa de Vigor. —Le mostró una carta—. Nos avisan de que tenemos treinta días para liquidar el préstamo. De lo contrario ejecutarán la hipoteca.

—¿Pero no lo entiendes? —dijo Step—. Si renuncio ahora, tendremos dinero suficiente para pagar por la casa y el bebé.

—¿Crees que no he revisado las cifras? ¿Crees que no he leído el contrato de Agamemnon? ¿Crees que no he calculado nuestros pagos hasta el último céntimo? Si te despides ahora, y hay algún problema con el embarazo, nunca saldremos del atolladero. Necesitamos el seguro. Necesitamos protección.

DeAnne tenía razón, pero también se equivocaba.

—DeAnne, la decisión de no respaldar el PC es un gravísimo error. En algún momento Ray lo notará y enviará otro informe, y creo que será pronto. Tenemos un breve tiempo en el cual puedo renunciar y abordar proyectos con el PC. Pero si Eight Bits respalda el PC cuando renuncie, tendré que aguardar un año antes de hacer otra cosa que no sea el Hacker Snack para Agamemnon, y no podremos sobrevivir un año con Hacker Snack, aunque se venda muy bien.

DeAnne desvió la mirada. Step notó que ella trataba de dominar sus emociones.

—Pues entonces no sé qué hacer —suspiró DeAnne.

—Ni siquiera puedo comprar un PC hasta que ejerzamos nuestra opción y recibamos el cheque de Agamemnon —añadió Step.

—Si perdemos la casa de Indiana, eso constará para siempre en nuestros

antecedentes. Todas las solicitudes de préstamo incluirán una pregunta: ¿Alguna vez ha dejado de pagar un préstamo? ¿Alguna vez le han ejecutado una hipoteca?

—No perderemos la casa. Bajaremos el precio de venta, ¿qué opinas? Ni siquiera obtendremos lo que vale en dinero. Es como tirar quince mil dólares, pero...

—Es algo más. Es el dinero que gastamos en la caldera nueva, el aire acondicionado, la nueva instalación eléctrica, las ventanas Anderson. ¡Ojalá no nos hubiéramos trasladado! Si nos hubiéramos quedado allá y hubieras ido a San Francisco por tu cuenta, habrías podido firmar con Agamemnon y todavía estaríamos en la casa y...

—DeAnne, ¿de qué sirve hablar de lo que pudo haber sido? No había modo de saber que Agamemnon me contrataría... Les había escrito, ¿verdad? ¿Y cómo hubiera viajado a San Francisco? Ya estábamos en las últimas.

—Lo sé. Pero tengo la sensación de que giramos en un remolino que nos succiona, y este empleo nos da algo a lo cual aferramos.

—Pues debemos aferrarnos a mi capacidad como diseñador de juegos. Soy capaz. Lo he visto en Eight Bits. Veo cosas que otros programadores no ven. Tengo talento. Confía en mí, DeAnne, no en el cheque de Ray Keyes.

—¡No lo digas de ese modo! —exclamó DeAnne. Le llameaban los ojos—. ¡Ni te atrevas! Confiar en ti... ¡Te he confiado mi vida entera, la vida de mis hijos, mi futuro! Si te pido que no renuncies a tu empleo hasta que nazca el bebé, no digas que no confío en ti.

—Estamos discutiendo por dinero.

—No estamos discutiendo. Estamos compartiendo una preocupación.

—Me quedaré un tiempo más. Pero si intuyo que Ray piensa cambiar de política, renunciaré en el acto. Sin siquiera avisar. No puedo perderme esta oportunidad en Agamemnon.

—Bueno, está bien.

Pero no estaba bien, y Step lo sabía. Ray Keyes no daría ninguna señal anticipada de que cambiaría de parecer. Simplemente enviaría otro informe anunciando que Eight Bits Inc. haría adaptaciones para el PC. Ni siquiera mencionaría que antes se seguía otra política. Y Step se quedaría con ese informe en la mano, viendo cómo se le escabullía el futuro. Estaré bajo el control de Dicky, pensó Step. Durante años y años.

Para ayudar a disipar la tensión, Step se encargó de la cena. Era sencilla —atún asado y emparedados de queso— y le daría un respiro a DeAnne. Pero ella se quedó en la cocina y cortó lechuga para hacer una ensalada. Step sabía que su modo de relajarse era acompañarlo, hablar con él. Para Step era todo lo contrario. Necesitaba estar a solas en la cocina, preparando la cena, concentrándose en la tarea. Pero DeAnne nunca lo entendía. Cuando lo veía nervioso o preocupado, procuraba

atenderlo, entretenerlo, charlar con él, hasta que él sentía ganas de gritarle que lo dejara en paz. Pero nunca gritaba. Step se quedó conversando con ella en la cocina, dejando que se distendiera, sabiendo que él podría relajarse después. Cuando se sentara ante el 64 en su estudio y comenzara a trabajar de nuevo en la adaptación del Hacker Snack, se olvidaría de todo y podría estar a solas.

Mientras Step mezclaba el atún con el aderezo, sonó el teléfono.

—¿El señor Fletcher?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy la madre de Lee Weeks. Entiendo que usted quiere llevarlo esta noche a alguna parte.

Step quedó desconcertado. Aún no había llamado a Lee Weeks. Estaba demasiado ocupado. Era casi fin de mes, así que debía llamarlo si quería actuar como maestro visitante en mayo. Incluso se lo había dicho a DeAnne. Pero no había llamado a Lee Weeks. Y desde luego, no había planeado salir de casa esa noche.

—Un momento —dijo—. ¿Puede esperar un momento?

—Sí, claro —respondió la señora Weeks. Step cubrió el micro y miró a DeAnne.

—Es la madre de mi compañero de visitas. Cree que esta noche planeo llevarlo a alguna parte.

—Sí. Yo la llamé por ti. Creí que querías que te ayudara a ordenar los horarios.

—¿Esta noche? No me lo comentaste.

—En realidad no hablé con nadie. Dejé un mensaje en el contestador, diciendo que eras el maestro visitante. Creo que no hablé de esta noche, aunque quizá dije algo que dio esa impresión.

Step destapó el micro.

—Perdone la espera. Sí, soy maestro visitante y han designado a Lee como compañero mío. Visitamos las casas de algunas familias de la congregación. Damos una pequeña lección, preguntamos si necesitan algo. Como una fiesta de bienvenida permanente, pero sin regalos.

Ella rió.

—Me parece muy bien. Pero me gustaría conocerle antes de que salgan. Usted sabe que él no sabe conducir. A veces lo intenta, y usted debe comprender que no debe hacerlo. No tiene carné. Y creo que necesito conocerle a usted.

—Sí, será un placer conocerla, y no le permitiré conducir.

¿Qué le pasaba a esa mujer? A los diecinueve años, el pobre chico tenía una madre que inspeccionaba a la gente que iba a buscarlo. Y esa insistencia en no dejarle conducir...

Quizá sea epiléptico. Quizá no sepa conducir y ella no sea sobreprotectora. Dale el beneficio de la duda.

—Lee estará preparado a las siete y media —anunció la señora Weeks—. ¿Cree

que podrá traerlo de vuelta a las nueve?

—Entre las nueve y las nueve y media —dijo Step—. De todos modos, no podríamos visitar a nadie más tarde.

—Bien, estoy deseando conocerle.

Le dio instrucciones para llegar y ambos se despidieron.

Step siguió preparando el atún, un poco irritado.

—Esta noche pensaba trabajar en Hacker Snack, no dar lecciones hogareñas.

—Lo siento —dijo DeAnne—. He estado pensando en lo que le dije, y estoy segura de que sólo comenté que mi marido, Stephen Fletcher, quería concertar una cita con Lee Weeks para dar lecciones hogareñas. Fue ella quien interpretó que era esta noche.

—Está bien, no te culpaba a ti. —DeAnne parecía realmente contrariada, o al menos preocupada. Aún no se había calmado desde la conversación sobre el empleo—. Esa mujer parece agradable.

—¿Conque irás a dar las lecciones?

—Sí.

DeAnne parecía aliviada. ¿Acaso temía que él se estuviera alejando de la Iglesia? ¿Por qué le aliviaba que fuera a dar las lecciones?

Decidió olvidarlo.

Encendió la parrilla eléctrica.

—Si la ensalada está lista, comenzaré a tostar los emparedados —dijo.

—Sí, claro. Llamaré a los niños.

DeAnne se levantó trabajosamente y se fue de la cocina.

Aún faltan dos meses, pensó Step, y ya está tan gorda que se balancea al andar. ¿Cómo estará a finales de julio?

Lee Weeks vivía en una sencilla casa de las afueras, pero había mucho terreno alrededor y todo estaba pulcramente podado. Y la calzada conducía hasta la puerta. Menos mal, pensó Step mientras aparcaba.

La señora Weeks abrió la puerta. Era delgada, y Step imaginó que tal vez se considerase alta, aunque era mucho más baja que él. Lo llevó al salón y le dio conversación; Step notó que le sonsacaba información, aunque no era el tipo de información que supuestamente debía interesarle. Le preguntó con qué se ganaba la vida —la típica evaluación americana del estatus— pero luego pasó a hablar de varias cosas, incluida la política local.

Poco a poco comprendió que lo estaban sometiendo a un examen. ¿Pero por qué? Averiguó que Step creía en las escuelas multirraciales. Que se oponía a Jesse Helms y sus ataques racistas contra el gobernador Hunt, su probable oponente en las próximas elecciones. ¿En qué se relacionaba todo esto con Lee? Pero la madre de Lee sólo llamó a su hijito cuando tuvo la certeza de que Step era un firme defensor de los

derechos civiles.

¡Hijito! Cuando entró en la sala, Step comprendió que el chico debía de medir uno noventa, porque él apenas le llegaba a la barbilla. Diecinueve años, con talla suficiente para ser guardaespaldas, y su madre no le permitía conducir ni salir con desconocidos sin haberlos entrevistado. Le parecía muy raro. Sobre todo porque era un chico guapo. Cualquiera pensaría que ya había descubierto que era atractivo para las mujeres y se había desembarazado de la tutela materna.

Sin embargo, Lee era bastante jovial, y cuando subieron al coche se echó a reír.

—Mamá es todo un personaje, ¿verdad?

—Una mujer muy interesante.

—Trata a todo el mundo como si estuviera en la consulta. —Lee apenas podía contener su hilaridad.

—¿Consulta?

—Oh, ella es psiquiatra, ¿no lo sabías? ¿No tuviste la sensación de que te analizaban?

—Más o menos.

—Pero es buena persona —aseguró Lee.

Un modo extraño de referirse a la madre, pensó Step. Y lo decía con tal desenfado que ella podía haber sido cualquiera. Su profesora. Su chófer.

De hecho, ella era su chófer.

Ya eran más de las ocho, así que Step había calculado bien al pensar que esa noche sólo podrían realizar una visita. Había optado por la hermana Highsmith, una viuda de edad avanzada, pues suponía que se alegraría de verlos y no lo pondría en aprietos mientras iniciaba a Lee como maestro visitante. Mientras se dirigían a su casa, le contó a Lee de qué se trataba.

—Conque no se trata de dictar una clase —dijo Lee.

—Sólo un mensaje. Muy breve. Y sacarla de sí misma, dejar que hable. Hace veinte años que es viuda, y le gusta charlar. No recibe mucha compañía, así que es muy parlanchina cuando la visitan. Pero está bien... forma parte de nuestra labor. Lograr que se sienta relacionada con la Iglesia. Con la vida.

—Pensé que era la primera vez que visitabas a esta gente.

—En efecto. No conozco a esta hermana, o por lo menos no la recuerdo.

—¿Y cómo sabes tanto acerca de ella?

—No sé nada de ella.

—Que hace veinte años que es viuda, que está sola, que le gusta conversar...

—Oh, son cosas que me dijo el presidente del quórum de élderes. Ya tuvo otros maestros antes que nosotros.

—¿Entonces presentamos informes sobre esta gente?

—Hombre, lo dices como si fuéramos espías —rió Step.

Lee no se rió.

—Lee, no es lo que piensas. No fisgoneamos. La gente nos cuenta lo que quiere contarnos. En general, son las mismas cosas que les contarías a un amigo. Y no hablamos de ello a menos que la Iglesia deba inmiscuirse. Por ejemplo, había una familia de Vigor, Indiana, cuyo padre era camionero y se rompió la pierna jugando al fútbol. No eran miembros activos de la Iglesia, pero yo era su maestro visitante. Fui a la casa y la madre me comentó que no tenían dinero ni seguro y no sabían a quién acudir. Ella tenía un empleo pero, como bien decía, le pagaban un sueldo de mujer, así que no les alcanzaba. No tendrían nada que comer hasta que le pagaran el lunes. Así que los invité a cenar en casa. Y luego me reuní con otros maestros, fuimos a la tienda, compramos comestibles para una semana y se los dejamos en su casa.

—Oh —dijo Lee.

—No se lo contamos a nadie, sólo al obispo, y él se puso en contacto con ellos para asesorarlos sobre la asistencia para desempleados, con mucha discreción. Averiguas qué necesitan, y procuras ayudar. Si eso es espiar, ojalá hubiera más espías en mi vida.

Lo cual era cierto. Suponía que alguien estaba designado como maestro visitante para la casa de Step, pero nunca se había presentado. Estas visitas eran una gran idea, pero no siempre se hacían con frecuencia, y en general se limitaban a media hora de conversación intrascendente, una mera formalidad. Pero aún no era preciso decírselo a Lee. ¿Por qué no hacerle pensar que los mormones se lo tomaban en serio y se cuidaban lealmente? Ya habría tiempo de sobra para las desilusiones, y entretanto Lee quizá se hubiera acostumbrado a hacerlo bien.

Cuando llegaron al edificio de apartamentos de la hermana Highsmith, Step pronunció una breve plegaria en el coche. Ayúdanos a saber qué necesita y a brindárselo, ayúdale a saber que puede confiar en nosotros. Luego se acercaron a la puerta y llamaron.

La anciana tardó una eternidad en abrir, pero los atendió como si recibiera a la realeza. Iba vestida de punta en blanco y su impecable cabello blanco parecía salido de un salón de belleza. Era grácil y elegante, al igual que su hogar, aunque había demasiadas chucherías para el gusto de Step. Una casa de abuela, pensó, una casa de abuela adonde nunca iban los nietos, así que no había que poner nada fuera del alcance de los niños.

Pero había fotos de chiquillos, y Step preguntó por ellos, con lo cual tuvieron quince minutos de charla: que eran unos nietos maravillosos, que los padres no se tomaban el evangelio en serio, que los niños a veces eran muy frívolos, con excepción de la mayor, que era muy seria y le escribía una vez al mes sin que se lo pidieran los padres, lo cual era muy reconfortante en estos tiempos en que los niños eran tan irrespetuosos.

Cuando se agotó ese tema —es decir, cuando la hermana Highsmith comenzó a preguntar por la familia de Step—, él respondió concisamente y comentó que ella no tenía acento sureño. Eso sirvió para otros minutos de charla sobre la vida errante de ella y su esposo Nick, hasta que él se retiró de las fuerzas armadas y se establecieron en Steuben. Nick falleció un año después de retirarse; había invertido la mayor parte de sus ahorros y toda la herencia de su mujer en una tienda de comida rápida, pero Der Wienerschnitzel no tuvo suerte en Steuben. Comprendieron demasiado tarde que no era una tienda sureña. Los sureños no comían los bocadillos con mostaza y cebolla, sino con pimientos y ensalada de col, y también querían un lugar para sentarse y no estaban dispuestos a pagar los precios de Der Wienerschnitzel. Los negocios anduvieron mal y ella perdió todo ese dinero, pero no le importó, porque cobraba una buena pensión además de la seguridad social y había tenido una buena vida con Nick, y si él hubiera seguido viviendo habría hecho que esa tienda produjera, estaba segura. Ahora debía esperar hasta que el Señor decidiera acogerla en su hogar del cielo, donde se reuniría nuevamente con Nick.

—¿De veras cree que él está en el cielo? —preguntó Lee.

Era la primera vez que hablaba después del saludo inicial, y la pregunta quedó suspendida en el aire un instante, mientras la hermana Highsmith trataba de comprender si aquel joven estaba cuestionando la entereza espiritual de su esposo.

—El hermano Weeks es nuevo en la Iglesia —explicó Step—. No creo que esté sugiriendo que el hermano Highsmith no está en el cielo. Creo que se trata de una pregunta doctrinaria.

—Oh, sí —aseguró Lee—. No lo pensé de otra manera... ¡Por supuesto que está en el cielo! Es decir, aun la gente que abre tiendas de comida rápida puede ir al cielo, ¿verdad? —Se echó a reír, y la hermana Highsmith y Step rieron cortésmente, aunque Step ya estaba pensando en sacar a aquel chico de allí. Por lo visto mamá Lee no ha dado a su hijo muchas oportunidades para aprender a ser discreto y saber que hay cosas que no son objeto de broma.

—Yo preguntaba —continuó Lee— si usted cree que su esposo es un dios.

Step quiso que se lo tragara la tierra. ¿Qué le habían enseñado los LeSueur a ese chico? Step odiaba la actitud de esos mormones que se complacían en la idea de alcanzar la divinidad como si fuera el primer premio de una feria y los buenos mormones pudieran llevarla a casa como un oso de peluche gigante.

—Lo que me atrajo de los mormones —añadió Lee— fue la idea de que los seres humanos pueden convertirse en dioses. Eso siempre me ha fascinado. Y luego vi una película donde decía que eso creen los mormones; entonces llamé a la iglesia del pueblo y vinieron los misioneros.

—¿Cuál era la película? —preguntó Step—. ¿Por casualidad se llamaba *The Godmakers*?

—Pues sí —admitió Lee.

—Es una película antimormona. Distorsiona totalmente nuestras doctrinas. Y la respuesta a tu pregunta es no, la hermana Highsmith no cree que su esposo sea un dios. Es un hombre, un buen hombre. ¿No es cierto, hermana Highsmith?

—El mejor hombre —asintió ella—. Ascendió a coronel antes de retirarse.

—Sí —prosiguió Step—, y ahora su espíritu ha abandonado su cuerpo y él vive con los familiares que fallecieron antes que él. Pero, Lee, alcanzar la santidad y la perfección necesarias para compartir plenamente la obra de Dios es algo muy raro y sólo ocurre al cabo de una larga evolución y mucho después de la muerte, y para muchas personas no llega nunca. No es como ascender a coronel. —Y luego, para que Lee comprendiera que esa conversación debía terminar, Step añadió—: Y nunca comentamos mucho esta doctrina. —O al menos, no la comentamos mucho si guardamos un sentido de las proporciones. ¡Ni siquiera comprendemos qué quiso decir con ello José Smith, por todos los cielos! Es mejor concentrarse en cosas como el amor al prójimo, tratando de no estropear tu vida ni la de quienes te rodean liándote con doctrinas misteriosas.

Pero Lee parecía empeñado en hablar de doctrinas misteriosas.

—Pienso continuamente en convertirme en dios —dijo—. Creo que sería sensacional diseñar planetas y todo eso. Sin duda yo podría hacer algo mejor que este mundo.

La hermana Highsmith palideció y Step comprendió que había llegado el momento de llevarse a Lee de aquella casa.

—Bien —dijo Step—, ha sido un placer conocerla, hermana Highsmith. ¿Podemos compartir una plegaria antes de irnos?

—Oh, ¿ya van a marcharse? —dijo ella.

Step temió que los invitara a quedarse por cortesía. Pero no fue así.

—Bien, han sido muy amables en venir. Me gustaría que usted pronunciara la plegaria, hermano Fletcher.

Sí, Lee había puesto un sello de extrañeza en esa velada. La hermana Highsmith se alegraba de que se fueran, lo cual no era la mejor conclusión para la visita.

En el coche, Lee actuó como si ni siquiera sospechara que había dicho alguna impertinencia.

—Fue sensacional —dijo—. Hablar así de cosas que he callado durante años. Es lo que más me gusta de los mormones: puedo contar mis pensamientos secretos y la gente me entiende. No como mamá. A ella no puedo contarle nada, porque me bombardea con sus análisis.

No me extraña, pensó Step, si le hablas tanto de convertirte en dios. ¡Y encima a una psicoterapeuta!

—Lo siento en mi interior —continuó Lee—. Continuamente. A veces hasta oigo

una voz. Y sé que es la voz de Dios, la presencia de Dios, tal como me dijo la hermana LeSueur. Dijo que había tenido una visión sobre mí, que yo tenía las semillas de la divinidad en mi interior y que sólo estaba esperando a que el Evangelio las despertara. Creo que si pudiera despojarme de las debilidades de este cuerpo que me sujeta a la tierra, podría volar. Y no hablo de aletear como un gorrión, sino de elevarme a los astros, ir de un planeta a otro. Así me siento a veces. Y en ocasiones me parece que lo he logrado, que ayer estuve en otro planeta similar a éste, sólo que el viejo no era real, sino que éste es real y el otro es una imitación, y por primera vez veo qué es la realidad, qué significa estar vivo, y pienso que nadie más puede ver esto, que soy el único que puede verlo, porque el dios que hay en mi interior me ha abierto los ojos. Todos los demás lo ven, pero no lo ven realmente. Ven pero no pueden ver pero... —Hablaban con fervor, como si tuviera la palabra exacta en la punta de la lengua y no pudiera recordarla. Step sugirió un final para sus divagaciones.

—Estás diciendo que ellos la aprehenden con los ojos, pero que tú la captas.

—Con el alma —concluyó Lee—. ¡Sí, eso es! Tiene que ser el Espíritu de Dios. Nos conecta de tal modo que sabes lo que voy a decir antes de que lo diga.

El hermano Freebody tendría que haber advertido a Step a qué se refería al decir que Lee Weeks tenía ideas raras en cuanto a la doctrina. O tal vez Lee no había llegado a tales extremos al hablar con Freebody. O tal vez Freebody no creía lo que oía cuando Lee se lo dijo.

—Y a veces sé que soy la única persona real del mundo. Sin ánimo de ofender —se apresuró a añadir.

—No es una sensación tan original —observó Step—. Se llama solipsismo. La idea de que nada es real excepto el yo.

—No, no me refiero sólo a una sensación. Eso lo puede tener cualquiera. Yo sé que Dios me ve y me reconoce como un espíritu afín, como un gemelo perdido. Nadie siente eso excepto yo. Y sólo puedo contárselo a los mormones. Vosotros me entendéis, lo habéis sabido desde siempre.

Armándose de paciencia, Step le explicó que el evangelio de Jesucristo versaba principalmente sobre el modo de relacionarse con los demás, no sobre el modo de convertirse en el ser más poderoso del universo y tutearse con Dios. Eso era para esos sujetos de la televisión, que hablaban de Jesús como si fuera un ex compañero de escuela. Lee escuchó a Step, asintiendo y manifestando su acuerdo. Pero Step estaba seguro de que Lee no entendía la esencia del asunto. Cuando llegaron a la casa de Lee, la madre le estaba esperando fuera. Pareció evaluarlos cuando salieron del coche, y sonreía cuando Step llegó a la casa. En el porche Step cayó en la cuenta de que no tenía por qué haber acompañado a Lee hasta la puerta. Siempre acompañaba a las canguros de trece años para cerciorarse de que llegaran sanas y salvas, pero los

maestros visitantes de más de dieciocho años bajaban solos del coche. Sin embargo, por alguna razón Step lo había acompañado.

—Pase, por favor —dijo cálidamente la madre de Lee. Su conducta había cambiado. Ésta era la mujer con quien había hablado por teléfono. ¿Qué había pasado desde las ocho?

—No puedo quedarme —objetó Step—. Debo ir a casa. Veo muy poco a mi familia.

—Oh —dijo ella, defraudada—. Tal vez en otra ocasión.

—Bien, quizás nos veamos un par de veces al mes. Damos lecciones a cuatro familias, y lo hacemos todos los meses.

Ella enarcó las cejas, pero parecía complacida.

—Qué agradable. Qué iglesia tan social.

—Supongo que sí —dijo Step, pensando que la vida social podía resultar muy fatigosa.

—¿Y cómo estuvo Lee? —preguntó ella.

Lee estaba junto a ellos. Era insultante que preguntara por él como si fuera un chiquillo que estaba en otra habitación, y no un adulto, un hombre. Pero Lee sonrió como si esperase una buena nota, y Step se la otorgó.

—Lee estuvo perfecto —dijo—. Habló correctamente y tuvimos una buena visita.

No era necesario contarle a mamá Weeks que Lee tenía ideas raras sobre la doctrina. Para explicarle eso tendría que explicarle la doctrina, que siempre resultaba muy extraña para la gente ajena a la Iglesia. Lo cual era de esperar. La fascinación que había sentido Lee no parecía muy natural, y había entendido todo al revés. Se necesitaba cierta predisposición para comprenderla, y Lee no poseía la predisposición ni la comprensión.

Pero había tiempo de sobra, si se quedaba en la Iglesia. Mucha gente ingresaba con concepciones totalmente erróneas sobre el evangelio; por muy claros que fueran los misioneros, la gente teñía las ideas con sus propios prejuicios y a veces incurría en conceptos extravagantes. Sin embargo, a la larga comprendía que las opiniones correctas sobre la doctrina importaban menos que aprender a servir a los demás, a aceptar y ejercer responsabilidades, y se avenía a modificar sus creencias, o no se preocupaba tanto si la mayoría de los mormones veía las cosas de otra manera.

La gente consideraba a los mormones como autómatas que obedecían a un profeta carismático, tal como los seguidores de Jim Jones le habían obedecido en Guayana. La realidad era todo lo contrario: gente obstinada que seguía su propio camino mientras los obispos y otros dirigentes procuraban mantener la cohesión, tolerando una amplia gama de doctrinas mientras la gente aceptara su vocación y fuera de fiar. Había espacio incluso para Lee Weeks, que parecía estar obsesionado por una exagerada evaluación de su potencial divino. Como el primer barrio ya tenía a

Dolores LeSueur, las ambiciones de Lee eran comprensibles.

—Me alegra —dijo la señora Weeks.

No, la *doctora* Weeks.

—Lee me dice que usted es psicóloga —dijo Step. Por alguna razón, el hecho de que fuera psicóloga parecía muy relevante. Y Step comprendió por qué: Stevie. Stevie y lo que pensaba DeAnne. De pronto Step vio a la doctora Weeks bajo otra luz.

—No soy psicóloga —precisó ella—. Psiquiatra. El título en medicina no es gran cosa... sólo unos años en la facultad, internado y residencia —rió entre dientes.

—Perdón —dijo Step. Quiso añadir que Lee sólo había dicho que era terapeuta, pero decidió que no debía enemistarse con ella. Tal vez la doctora Weeks fuera la indicada para rescatar a Stevie de la compañía de Scotty y Jack.

—Oh, estoy acostumbrada a que la gente confunda las diferentes ramas de nuestra profesión. A menudo también me llaman psicoanalista, y también es un error. El psicoanálisis es más un sacerdocio que una profesión.

Hablaba con desenfado, y Step tomó esas palabras como una excelente señal. Le gustaba esa mujer, esa terapeuta.

—Bien —dijo—. Hasta la próxima, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamó Lee.

Cuando Step llegó a casa, DeAnne esperaba en la cocina. Todo estaba limpio, y ella leía un libro. Era la novela de Anne Tyler que él le había comprado más de un mes atrás.

—¿Hasta ahora no has empezado a leerla? —preguntó Step.

—No, la empecé cuando me la trajiste —respondió DeAnne—. Pero por un tiempo no me gustó.

—Oh. ¿Y ahora habéis hecho las paces?

Ella hizo una mueca.

—Era algo que el personaje decía al principio. La anciana está en cama, tal vez muriendo, y piensa que sus hijos tendrían que haber tenido otro padre además de ella. Su esposo la abandonó.

—¿Y eso te enfureció?

—No, fue que ella había decidido tener el segundo y el tercer hijo por esa sola razón. Para tener más. Cuando el primero casi murió de crup. Me pareció una idea espantosa, tener hijos de repuesto por si pierdes a los primeros.

—No es tan espantoso —señaló Step—. La gente ha pensado así durante milenios. ¿Qué se dice en Proverbios sobre el hombre que tiene muchos hijos? Bendito aquel que tiene tantos como flechas hay en una aljaba. O algo parecido.

—Una aljaba —repitió DeAnne—. Qué fálico.

—Lo fálico es la flecha. Es una imagen sexual muy confusa.

—De cualquier modo, no podía creer que Tyler lo dijera en serio. Así que releí el

comienzo y comprendí que era una idea del personaje, no de Tyler. Además, el personaje comprendía enseguida que cada niño era una persona insustituible y no un simple repuesto por si los primeros no salían bien.

—Y ahora puedes leerla.

—Apenas tengo tiempo. Pero he querido echarle un vistazo. Si me gusta, me la llevaré al hospital.

—Tienes dos meses hasta el fin de julio.

—Me gusta planear con antelación. No quiero quedarme todos esos días con la revista *People*.

—Si quieres te haré llevar el *Enquirer* en cuanto haya nacido el bebé.

—Creí que ya estabas harto de verme vomitar.

Lo cierto era que no había vomitado mucho con este bebé. Había sido el embarazo con menos mareos. Quizá fuera una buena señal. Quizás ese bebé no causara problemas. Quizá Step no tuviera que quedarse junto a la cama todas las noches de los primeros tres años tarareando una canción. Quizás este niño no despertara gritando de una pesadilla. Quizá no golpeará la cabeza de un hermanito con un objeto pesado.

Luego comprendió que DeAnne no estaba esperando en la cocina para leer un libro, pues podría haberlo hecho en la cama. Estaba esperando para hablar con él lejos de los niños.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien. Lee es un poco raro, pero la hermana Highsmith era agradable. Una anciana simpática y charlatana, pero no aburrida. Tampoco tiene grandes problemas. Ante todo le gusta presumir de su difunto esposo, sus maravillosos hijos y sus aún más maravillosos nietos, a quienes sus estúpidos hijos malcrían y consienten.

—¿No eran hijos maravillosos?

—Sólo cuando eran pequeños. Ahora son padres y se han vuelto estúpidos. Oye, también les pasó a nuestros padres. Y a nosotros.

—¿De verdad somos padres estúpidos, Step?

—Por definición. Yo era un padre perfecto hasta que nació Robbie. Entonces todo lo que había aprendido sobre la paternidad se fue por la borda. Robbie era totalmente distinto de Stevie y lo que funcionaba con uno no funcionó con el otro. Creo que ahí nace el síndrome del segundo hijo. Ya sabes, primer hijo agradable y colaborador, segundo hijo revoltoso y problemático. El primer hijo fue criado por padres serenos. El segundo fue criado por padres que eran un montón de nervios y trataban de aplicarle los mismos métodos que al primero. Por eso los hijos segundos se pasan casi toda su adolescencia despotricando contra los padres.

—Pobre Robbie. ¿Y cómo explicas el temperamento de Elizabeth?

—Aún no he analizado el síndrome del tercer hijo. Dame tiempo, la niña todavía es muy pequeña.

Guardaron silencio un instante.

—¿Conociste a la madre de Lee? —preguntó DeAnne.

—Claro. Es imposible no conocerla. Vigila a Lee como una leona. Me sometió a una especie de entrevista laboral antes de dejarnos ir.

—Comprendo a las madres protectoras.

—Sí, especialmente con Lee. Ese chico tiene una idea totalmente distorsionada de lo que significa ser mormón.

—¿En serio?

—Espera con ansiedad que Dios se jubile para poder ocupar su puesto, como la hermana LeSueur. Más aún, se cree que ya es Dios, o al menos un dios, y cree que el mormonismo es sensacional porque somos los únicos que entendemos que es posible que exista una deidad como él.

—Qué raro.

—Pero es joven. Los jóvenes fantasean mucho.

Step recordó que cuando era joven pensaban que un día sería presidente, o un gran conquistador como Federico el Grande, o un médico que descubría la cura del cáncer. Pero ahora, al decir estas palabras, pensó en Stevie. En las fantasías de Stevie. No era una megalomanía desatada. Sólo tener un amigo, nada más. Un par de amigos. ¿Por eso estaba loco? Si alguien estaba loco, ese era Lee Weeks. ¡Y su madre era psiquiatra, por amor del cielo!

—Es terapeuta —dijo Step, siguiendo sus propios pensamientos, aunque no el hilo de la conversación.

—¿Quién? —preguntó DeAnne.

—La madre de Lee. Es terapeuta. Pero es buena persona.

—Me alegra saberlo.

—No, quiero decir que eso dijo Lee. Que a pesar de todo era buena persona. Como si ser buena persona estuviera reñido con ser terapeuta.

—Entonces ahora conocemos a una psiquiatra —señaló DeAnne.

—Bien, tampoco somos amigos íntimos.

—Pero al menos no estaríamos dejando a Stevie en manos de una desconocida.

Step comprendió. DeAnne sabía perfectamente que la doctora Weeks era psiquiatra. Y no sólo eso. DeAnne había organizado aquella cita, lo había impulsado a cumplir con su deber dentro de la Iglesia, algo que nunca había hecho antes, para que él conociera a una psiquiatra. La doctora Weeks debía de estar en la lista que le había dado el pediatra de Jenny. No podía haber tantos terapeutas en esa localidad. DeAnne lo había manipulado. Se irritó y quiso decir una frase hiriente y largarse de la cocina.

Pero en lugar de eso se puso a pensar. ¿Qué había hecho DeAnne? Sólo lo había ayudado con su función de maestro visitante. Lo había ayudado a conocer a una psiquiatra. ¿Acaso era tan malo?

No me lo dijo, eso fue lo malo. Me manipuló en vez de persuadirme.

Pero Step no le había dejado mucho margen para pensar que él iba a cambiar de parecer. Y si ansiaba conseguir ayuda para Stevie, tal vez no le quedaba más remedio. No es que me haya manipulado. No, me enfado porque me avergüenza ser un marido a quien su mujer debe manipular para obtener lo que considera necesario para su hijo.

Debo de ser un pésimo marido, en su opinión, para que ella deba engañarme. Como la esposa del gigante en el cuento de Juanito y las habichuelas. Haciendo lo posible para salvar la vida de la pequeña persona que está a su cargo, resguardándola de ese esposo cruel, horrible y despótico.

El silencio se prolongaba.

—Tal vez puedas averiguar el número de su consultorio y concertar una cita para Stevie —dijo Step—. Si acepta niños.

—¿Crees que le hará bien?

No, pensó Step. Sigo opinando lo mismo de los psiquiatras. Peor, en realidad, pues ella es muy sobreprotectora. Sigue tratando a su hijo como si fuese un chiquillo. Con razón tiene fantasías de poder, pues lo llevan de las narices como si no supiera cerrarse la bragueta después de ir al lavabo. ¿Qué podrá hacer por mi hijo cuando el suyo es Lee Weeks?

No era justo. Aunque la doctora no viera el problema de su propia familia, quizá pudiera solucionar problemas ajenos. Cuando Step era presidente del quórum de élderes, había visto claramente muchos problemas ajenos, cuando los suyos le resultaban tan turbios como siempre.

—Quizá —suspiró—. Hay tantas probabilidades como con cualquier otro y, como tú has dicho, la conocemos.

—Tú la conoces.

—Bien, qué más da. Pide la cita. Y luego tendremos que pensar cómo le diremos a Stevie que lo llevamos a una psiquiatra.

—Será una ayuda si no la llamas psiquiatra delante de él.

Conque ya has pensado en esto, pensó Step.

—Bien, llamémosla terapeuta.

—¿Por qué? Una psiquiatra es médica, y un terapeuta no. Sheila es terapeuta.

—En la cultura americana contemporánea —dijo Step—, ir a un psiquiatra significa que estás chalado. Pero ir a un terapeuta significa que eres rico y respetable.

—Odio tu cantinela sobre la «cultura americana contemporánea».

Bien, yo odio que me trates como a un títere que puedes mover a tu antojo. Hasta ahora no sabía cuánto me molestaba, porque hasta ahora nunca lo habías hecho.

—¿Te preparo algo de comer? —preguntó DeAnne.

—Ya he aumentado diez kilos trabajando en Eight Bits. Esas máquinas de golosinas me están matando. Será mejor que no coma nada.

—Sólo era una pregunta. ¿Estás molesto por algo?

Sí.

—No. Sólo cansado. No planeaba dar lecciones esta noche.

—Lo siento. Ya te he dicho que no pensaba organizarlo para esta noche. Pensé que no te molestaría que tratáramos de comunicarnos con tu compañero. ¿Vienes a acostarte?

—Supongo. ¿Hay algo bueno los jueves por la noche?

—Tenemos cuarenta canales —dijo DeAnne.

—Sí, pero treinta y tres son clones de Jimmy Swaggart tratando de curar hemofílicos con la hemoglobina del Espíritu Santo. ¿O ése era Ernest Ainglee?

—Era ese tío raro con ojos desorbitados y pelo cortado a cepillo. No te quedes despierto hasta tarde. Tienes que trabajar por la mañana.

DeAnne se marchó sin ver cómo se crispaba Step al oír esas palabras. Sí, tengo que trabajar por la mañana. Pero no es necesario. Podría entrar allí y avisar que me marchó y mandar al cuerno a Keyes y a Dicky. Podría dejar que me despidan y cobrar la indemnización. Pero no, tú no quieres que me libere de Dicky, porque no confías en que gane suficiente dinero para mantener al bebé, ni siquiera confías en mí lo suficiente como para hablarme racionalmente sobre la terapia de Stevie. Tienes que persuadirme con artimañas.

Step no quería sentir tanta rabia contra la persona que más quería. Y no era ese amor lánguido de la juventud, sino un amor que le hacía sentir a DeAnne como parte de sí mismo, al extremo de que no concebía un futuro sin ella. Era terrible sentir tanta rabia.

Fue al fregadero para servirse un vaso de agua. Se preguntó si así comenzaba el divorcio. Una sensación de furia, de traición, el repentino descubrimiento de que el matrimonio no es tan sólido y sincero como uno creía. Y luego el conflicto se agudiza y un buen día estás viviendo en un apartamento y viendo a tus hijos los fines de semana.

No, se dijo. No, lo prohíbo. No permitiré que suceda, y tampoco ella. Sólo debo tratar de ser un marido que ella no se vea forzada a manipular. Señor, ayúdame a ser como ella me necesita, para que podamos mantener esta unión. Ayúdanos este verano. Este año. Y luego ya no necesitaremos más ayuda, estaremos bien.

Dejó el vaso y dio media vuelta. Ella estaba en la puerta, con los ojos hinchados.

—Yo sabía que ella era psiquiatra —dijo DeAnne.

—¿Qué?

—Yo organicé la cita de hoy porque el nombre de ella figuraba en la lista del

doctor Greenwald. Pensé que si la conocías tal vez te caería bien, confiaras en ella y estuvieras dispuesto a llevar a Stevie. No te mentí, pero tampoco te dije la verdad.

Las lágrimas le humedecieron las mejillas. Se las enjugó furiosamente con la manga.

—Sé que ahora me odias. Nunca nos engañamos ni nos mentimos, y es lo que acabo de hacer.

Step se le acercó, la abrazó.

—Ya me había dado cuenta.

Ella se apartó para mirarlo.

—¿Lo sabías?

—Antes no, pero en la cocina até cabos. Comprendí que me habías tendido una trampa.

—¿Y no estás enfadado?

—Sí, estaba enfadado —dijo Step.

—Pero no dijiste nada.

—No. Preferí tomarme un vaso de agua.

DeAnne soltó una risita que era casi un sollozo.

—Eso no tiene sentido —dijo.

—Lo sé. Pero es lo que hice. Y ahora no estoy furioso, porque me lo has contado.

DeAnne lloraba a moco tendido, aferrándose a él. Lágrimas de alivio, de liberación.

—Step, puedes renunciar a tu empleo. En serio. Hago mal en insistir en que te quedes. Odias ese lugar, y de todos modos saldremos adelante, lo sé. No importa si perdemos la casa de Indiana. Es sólo una casa. Es sólo dinero. No soporto que vayas todos los días a un trabajo que odias sólo porque me asusta que nuestras vidas estén tan desordenadas.

—Está bien —dijo Step.

—Lo digo en serio. Puedes renunciar. Y no tenemos por qué enviar a Stevie a un psiquiatra. No es preciso que todo se haga a mi manera.

—Lo sé —dijo Step, sabiendo que, al menos en ese momento, ella era sincera. Pero no podía tomar en serio esa capitulación. Para DeAnne, la necesidad de que él conservara el trabajo hasta que naciera el bebé era verdadera y profunda. En cuanto a llevar a Stevie al psiquiatra, era la única solución que ella veía en su desesperada frustración. Step no podía negársela a menos que se le ocurriera algo mejor, y no se le ocurría.

—Lo digo en serio —repitió DeAnne.

—Sé que lo dices en serio. No me despediré por ahora, pero es muy importante saber que me comprenderás si un día no aguanto más.

—Te comprenderé, Step, en serio. Depende de ti. Simplemente pensaré que

cualquiera de estos días llegarás a casa diciendo que ya era hora, y yo lo aceptaré. ¡Quiero que vengas a casa! Te quiero aquí, conmigo y con los niños. Nuestra vida era tan placentera entonces.

—Lo era, ¿verdad?

—Y todavía lo es. Mi vida es grata porque estás tú. Todo lo bueno de mi vida viene de ti.

Step sacudió la cabeza. Sabía que DeAnne lo decía en serio, pero también sabía que no era cierto. Hasta la bondad que DeAnne encontraba en él era la bondad que ella le había dado. La bondad que él había usado como un disfraz para que ella aceptara casarse. Step había sabido que ella sólo sería feliz con un esposo que fuera bueno en ciertos sentidos. Que fuera a la iglesia con plena fidelidad, y que cumpliera con sus deberes sin protestas. Y por ella Step comenzó a asistir de nuevo a la iglesia. DeAnne nunca advirtió que él se sacrificaba por ella, para formar parte de ella. Creía que él iba por voluntad propia, y lo amaba por eso. Pero en realidad se amaba a sí misma, reflejada. Y ahora, al aferrarlo, no aferraba a Step el historiador ni a Step el programador, sino a Step el mormón fiel, un papel que ella misma le había dado, a Step el padre de sus hijos, que también eran un regalo de DeAnne.

—Concierta la cita con la doctora Weeks mañana —dijo Step—. Comenzaremos dentro de una semana, en cuanto termine la escuela. Así no tendrá que faltar a clase para ver a su psiquiatra.

Ella lo aferró con más fuerza.

—Eres increíble, Chatarrero —dijo.

Sí, pensó Step. Cuando te sales con la tuya.

Pero ahuyentó el resentimiento y la abrazó. Esto es el amor, pensó. Hacer lo que no quieres, porque ella lo necesita. Y no es tan malo ni tan difícil.

9

Escarabajos

Así fueron los regalos que recibió Stevie al cumplir ocho años el 3 de junio de 1983: su primer reloj de pulsera; un gran juego de Lego con el cual podía construir un castillo; cuatro pares de pantalones cortos y cuatro suéteres; sus primeros pantalones de vestir, con camisa blanca y corbata, para los domingos; y un juego de ordenador para el Atari, llamado Lode-Runner. Era una aceptable cantidad de regalos, a pesar de las estrecheces económicas, pero Step y DeAnne sospechaban que el regalo que más disfrutó Stevie fue el final de la escuela, el mediodía de su cumpleaños. Había terminado el segundo curso, había terminado con esa escuela y con esos niños, y podría pasar el verano en casa.

Eso fue lo que Step le escribió a Stevie en el dorso de su tarjeta de cumpleaños: «Lo has logrado, la escuela se acabó. Fuiste valiente y fuerte y estamos orgullosos de ti». Stevie leyó la tarjeta en silencio, miró a su padre sin mostrar emoción alguna.

—Gracias —dijo.

Ese domingo en la iglesia Stevie estrenó sus ropas de vestir, y cuando el obispo lo llamó al banquillo para anunciarle que esa tarde sería bautizado, Step se conmovió al verlo tan pequeño pero tan mayor, tan niño pero tan maduro.

Después de la reunión sacramental, DeAnne se llevó a los niños a la primaria.

Mientras Step recogía sus notas y apuntes para asistir a la clase de doctrina evangélica, Lee Weeks se le acercó desbordante de entusiasmo.

—¡Bautizarán a tu hijo! —dijo Lee.

—En efecto.

—Pues yo soy sacerdote. Me ordenaron sacerdote después de mi bautismo.

—En efecto —dijo Step. Sabía qué vendría a continuación, pero le costaba creer que alguien tuviera el descaro de entrometerse de ese modo con otra familia.

—¡Yo puedo bautizar al chico! —exclamó Lee.

El hermano Freebody estaba cerca, hablando con otra persona, y al oír las palabras de Lee compadeció a Step con la mirada.

—Tienes autoridad para bautizar —convino Step—. Pero en la Iglesia, si un padre profesa honrosamente el sacerdocio, es costumbre que bautice a sus propios hijos.

—Claro. Pero nunca he bautizado a nadie. Ésta es mi primera oportunidad. Tú has bautizado a mucha gente. En tu misión, ¿verdad?

—Tienes diecinueve años. Prepárate y dentro de un año te ordenarán élder, realizarás una misión y bautizarás a todos los que reciban de ti el evangelio.

—¿Pero por qué he de esperar? —preguntó Lee.

—Porque Stevie es mi hijo —respondió Step.

—Con más razón —insistió Lee, bajando un poco la voz—. Te lo he dicho, Dios

está conmigo. Yo le daría un verdadero bautismo. Como el que Juan Bautista le dio a Jesús.

—Lee, en lo concerniente al bautismo, tengo tanto peso como tú. Quedará tan bautizado por mí como por cualquiera que tenga la misma autoridad. Y ahora debo ir a mis clases.

Lee parecía... No herido sino... ¿qué? Furioso. Sí, furioso, pensó Step mientras avanzaba entre los bancos para salir al pasillo de la capilla. Muy bien, Step, magnífico, has ofendido a un converso a quien nombraron tu compañero de visitas para que lo fortaleciera en el evangelio. Pero de ningún modo permitiré que otro bautice a mi hijo mayor.

Luego, en la reunión de sacerdotes, Lee parecía haberse olvidado de todo. Hablaba y reía con los otros hombres y muchachos, e incluso con Step. Todo andaba bien.

Sin embargo, esa tarde durante el bautismo resultó evidente que Lee no había entendido nada. Fue una ceremonia sencilla. DeAnne tocó el piano y Step dirigió la música; el obispo habló un minuto, y la hermana Cowper dio una charla sobre el sentido del bautismo. Luego Step sacó a Stevie de la sala de primaria, se dirigieron hacia el vestuario donde ya se habían puesto las blancas ropas bautismales.

Lee aguardaba en el pasillo con su madre. Detrás de ellos el obispo y el hermano Cowper abrían las puertas correderas que comunicaban la sala de primaria con el pasillo. La gente salía, y Lee esperaba con un atuendo blanco que incluía zapatillas blancas.

—¿Se aceptan las zapatillas? —preguntó Lee—. No encontramos zapatos blancos.

—Lee —dijo Step, procurando no avergonzarlo frente a su madre—, sólo la persona bautizada y la persona que lo bautiza van vestidos de blanco. Lamento que hayas interpretado mal. —Se volvió hacia la doctora Weeks—. Espero que no haya sido un gran inconveniente venir con esta ropa blanca.

—¿Pero Lee no realizará el bautismo? —preguntó la doctora Weeks.

Lee sonreía sin inmutarse. Evidentemente, estaba empeñado en que Step le cediera el lugar. Pero eso no ocurriría a menos que Step cayera muerto.

—No, doctora Weeks. Esta mañana le expliqué a Lee que en la Iglesia Mormona, de ser posible, el padre bautiza a sus propios hijos.

El rostro de la doctora Weeks se endureció.

—¿Entonces esta conducta es inapropiada? —preguntó.

—No comprendo cómo Lee pudo interpretarme mal —dijo Step.

—Pero me dijiste que podía —exclamó Lee para llamar la atención de quienes les rodeaban. Step notó que DeAnne se acercaba para respaldarlo.

—No, Lee —respondió Step en voz alta—. Te expliqué claramente que tendrías

la oportunidad de bautizar si realizas una misión, pero que hoy yo bautizaría a mi primogénito. Comprenderás que es imposible que haya dicho otra cosa.

—Ven aquí, Lee —dijo glacialmente la doctora Weeks. Step no entendió si estaba enfadada con él, con Lee o, peor aún, con la Iglesia.

DeAnne tocó el brazo de la doctora Weeks.

—Comprenda usted —murmuró—. Nadie quiso avergonzar a su hijo. Fue un simple malentendido.

—Oh, estoy segura de que Lee lo entendió perfectamente —dijo la doctora Weeks, también murmurando, con una sonrisa dolorida—. Pero él adapta la realidad a sus deseos y espera que los demás le sigan el tren. Espero que esto no tenga importancia.

—Claro que no —dijo Step, aliviado al ver que ella comprendía quién era el culpable.

—Me has avergonzado, madre —protestó Lee.

—Es hora de irnos —dijo la doctora Weeks.

—¿Por qué no se queda a ver el bautismo? —sugirió DeAnne.

—Vi el bautismo de Lee. Supongo que éste será muy parecido.

—Quiero quedarme —dijo Lee.

—Vamos a casa, Lee.

Hubo una pausa de silencio, y luego Lee se volvió hacia Step y dijo con una sonrisa despreocupada:

—Debiste dejar que lo bautizara yo. Habría sido lo mejor.

Dio media vuelta y echó a andar con su madre hacia la puerta sureste del templo.

DeAnne estrujó el brazo de Step.

—Ellos se van, y todos los demás esperan —dijo.

—Sí. Lo siento. —Le sonrió a Stevie—. ¿Qué te parece si terminamos con esto? Stevie asintió.

Dentro del vestuario, sus ropas dominicales colgaban de ganchos. Step se detuvo un instante, sintiéndose obligado a dar explicaciones.

—Lee Weeks está entusiasmado con su sacerdocio —dijo—. Me entendió mal, eso es todo.

Sterie miró a su padre a los ojos.

—Yo creo que está loco de remate, papá.

Y yo pienso que tú estás tan cuerdo como yo, pensó Step. Pero tú debes ir a una psiquiatra y Lee es maestro visitante.

—Te quiero, Stevie —dijo Step.

—Yo también te quiero, papá —contestó Stevie. Pero era una respuesta mecánica.

Fueron a la puerta que conducía del vestuario a la pila. Había agua hasta el segundo escalón a partir de arriba. El agua curvaba la luz y la pila no parecía más

profunda que una piscina para niños, pero cuando Stevie bajó, pareció engullirlo, curvándolo a la altura de las piernas y las caderas, hasta que al fin le cubrió los hombros. Step lo siguió. El agua estaba fría, pero pronto se habituó. Le llegaba sólo a las caderas. Stevie es muy pequeño, pensó. Demasiado pequeño para sobrellevar las consecuencias de todas sus elecciones futuras.

Luego pensó que Stevie ya había realizado elecciones, afrontando responsabilidades desde que tenía edad para andar. Es probable que para Stevie el bautismo llegue con retraso. El Señor escogió la edad de ocho años como un conveniente punto medio, nada más.

Algunos niños están preparados apenas dan los primeros pasos y otros no lo están hasta después de la adolescencia. Stevie nació con sabiduría y bondad, como el sumo sacerdote Samuel, como Salomón, como José, que fue vendido en Egipto, como Jesús.

Step cogió la muñeca derecha de Stevie con la mano izquierda.

—Cógeme el brazo —susurró—, tal como practicamos.

Stevie alzó la mano izquierda y cogió la muñeca izquierda de Step. Su manita era muy pequeña, su apretón enérgico pero débil.

Stevie quiso mover la mano derecha para taparse la nariz.

—Todavía no —susurró Step—. Después de las palabras.

Stevie aguardó mientras Step alzaba la mano derecha y hablaba en voz alta, para que los testigos oficiales oyeran y tuvieran la certeza de que decía lo correcto:

—Stephen Bolívar Fletcher, por la autoridad que me ha delegado Jesucristo, te bautizo en nombre del Padre, el Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Amén —murmuró la multitud.

—Amén —susurró Stevie.

Step le guió la mano derecha hacia la cara, y Stevie se apretó la nariz.

—Dobla las rodillas —susurró Step.

Stevie cerró los ojos, Step lo echó hacia atrás y lo hundió en el agua. El agua se resistía como de costumbre, pero Step empujó a Stevie, abajo, hundiéndolo en el agua hasta sumergirlo por completo. Sólo entonces dejó que el agua lo impulsara hacia arriba; y cuando Stevie llegó a la superficie, Step le aferró el brazo con fuerza y lo ayudó a erguirse. Stevie jadeó, soltó el brazo de Step, se enjugó los ojos.

Algunos presentes rieron afectuosamente. Todos habían pasado por aquella experiencia. Sabían lo que se sentía al salir del agua. La desorientación. La necesidad de respirar. Boqueando como al nacer. El instinto de supervivencia dominaba el cuerpo, y sólo se pensaba en vivir. En respirar. Luego el frío. ¿Pueden verme a través de la ropa blanca? ¿Estoy ridículo? ¿Todo ha ido bien? ¿Alguna parte de mí sobresalió del agua y tendrán que hundirme de nuevo?

Step miró al obispo y al hermano Cowper, que actuaban como testigos oficiales.

Ambos asintieron.

—Está bien —dijo Step—. Ha salido bien a la primera.

Stevie asintió con gravedad.

El obispo y el hermano Cowper cerraron las puertas correderas que comunicaban la pila con el pasillo. Todos los demás regresaron a la sala de primaria para esperar. Step y Stevie salieron del agua, las ropas pesadas, goteantes, frías.

En el vestuario se secaron y se cambiaron. Stevie pidió tímidamente a Step que no mirase y le dio la espalda. Una gran diferencia con esos tiempos en que entraba desnudo en el salón cuando había visitas y gritaba: «¡Stevie agua ahora! ¡Deprisa papá!»

Step estrujó las ropas húmedas y regresaron a la sala de primaria, donde algunos chiquillos —todos Cowper, según el censo de Step— correteaban gritando. Los mayores impusieron paz y el hermano Cowper dio una breve charla sobre el sentido de la confirmación y la recepción del don del Espíritu Santo. Stevie se adelantó, se sentó en una silla frente a la pequeña congregación, y Step le apoyó las manos en la cabeza. Los otros sacerdotes —el obispo, el hermano Cowper y el marido de la presidenta de la primaria— apoyaron las manos sobre las de Step, rozando con un dedo la cabeza de Stevie. Step inició la confirmación tal como lo había hecho muchas veces durante su misión en Sao Paulo, pero en inglés y no en portugués. Confirmó a Stevie como miembro de la Iglesia, y luego le ordenó que acogiera al Espíritu Santo.

Técnicamente no se requería nada más, y Step pudo haberlo dejado allí. Pero eso habría causado mala impresión, porque era costumbre añadir unos minutos de bendición y admonición, y la omisión de esa bendición habría resultado chocante.

Pero cuando se dispuso a decir las palabras de bendición, la mente se le quedó en blanco. Había pensado en ello, desde luego. Se había pasado días repasando los modos en que podría aludir indirectamente a los problemas que había sufrido Stevie. No podía decir que lo bendecía para que sus amigos imaginarios se largaran sin que fuera preciso consultar a la psiquiatra, pero había otros modos de expresar la misma idea, prometiéndole curación, deseándole visiones verdaderas. Esas frases no llamarían la atención de la gente que desconocía los problemas de Stevie, pero su verdadero sentido resultaría evidente para DeAnne, Step y Dios. Pero Step no podía recordar nada de lo que había pensado. Guardó un largo silencio. Esto no era excepcional. Muchos hombres se tomaban un tiempo para ordenarse las ideas. Pero esta vez el momento se prolongaba, y uno de los hombres del círculo que rodeaba a Stevie cambió de posición, y una mujer de la congregación carraspeó.

¿No puedo decirle nada a mi hijo? ¿Acaso su vida es tan lúgubre? ¿O soy yo? ¿Soy indigno de ofrecer una bendición a este buen niño que tanto necesita que lo bendigan?

De pronto acudieron palabras a su mente, y las dijo casi sin pensar.

—El Señor conoce tu corazón, Stephen, y confía en ti. Te trajo a este mundo para que realices obras de amor, y te prometo que si escuchas al Espíritu Santo y escoges tal como te indica el Espíritu de Dios, traerás alegría y paz a quienes te quieren, tanto a tu familia como a tus amigos.

El borbotón de palabras cesó tan pronto como había surgido.

—Amén.

Los hombres del círculo procedieron a estrechar la mano de Stevie. Stevie saludó a todos solemnemente, pero sin mirarlos a los ojos. Y cuando Stevie regresó a su asiento, Spike Cowper miró a Step inquisitivamente, como si algo le hubiera llamado la atención. El obispo apoyó la mano en el hombro de Step y se lo estrujó. Step se preguntó qué significaba eso. ¿Aliento? ¿Consuelo? ¿Me apena que no pudieras ofrecer una verdadera bendición a tu hijo en el momento de la confirmación?

Pero había sido una bendición verdadera, Step estaba seguro. Había ocurrido un par de veces antes, durante su misión en Brasil: las palabras habían irrumpido de pronto en su mente. Eso significaba algo.

Mientras se dirigían al coche después del cántico y la plegaria final, DeAnne se alejó de los niños para hablar con Step.

—¿Eso fue todo? Ni siquiera mencionaste su futura boda en el templo.

—Era su confirmación, no una bendición patriarcal —objetó Step.

—Sí, pero...

—Dije lo que se me pidió que dijera —respondió Step con incertidumbre.

Es el problema de las cuestiones espirituales, pensó Step. Sabías pero no sabías. Porque si supieras de verdad, la fe sería innecesaria. Y sin embargo tenías que vivir en perfecta confianza, como si supieras con certeza que Dios te había hablado en el corazón. Aunque después te costara recordar si había algún sentido en ello, si había algún plan o propósito.

Mientras regresaban a casa, se hizo un largo silencio que incomodó a Step. Lo llenó con lo primero que le acudió a la mente.

—Bien, Portero, ¿te notas distinto?

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Era una de esas preguntas estúpidas que los adultos hacían a los niños. Ahora Stevie se preguntaría si debía sentirse distinto. Vaya, no me siento distinto, sólo un poco mojado. ¿Qué digo? Si no digo que me siento distinto, papá pensará que ha fallado. O que yo he fallado. Pero si digo que me siento distinto, mentiré. Mi primera mentira después del bautismo. Se han lavado todos mis pecados, y ya cometo el primero, de modo, que el bautismo sólo ha servido durante media hora. Al menos, eso habría pensado Step cuando tenía ocho años y su padre lo había bautizado.

Desde el asiento trasero, Stevie respondió en voz baja:

—Sí, papá.

Había optado por la mentira piadosa.

—Hijo, lo cierto es que la mayoría no siente ninguna diferencia. No te preocupes si no sientes nada.

—Pero la siento —dijo Stevie. No había énfasis, sólo la aserción de un hecho.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sientes? —Stevie reflexionó un instante.

Como si el Espíritu Santo estuviera en mí. Parecía la respuesta perfecta. Claro que Stevie siente el don del Espíritu Santo, pensó Step, aunque yo no lo sentí de niño, porque él siempre ha sido sensible a las cosas espirituales, y yo no.

Luego Step pensó que Stevie hablaba como Lee Weeks antes de la escuela dominical. Dios está en mí. Dios habla dentro de mí. O lo que Lee hubiera dicho. Quizá Stevie fuera sensible a lo espiritual, quizá fuera presa de una ilusión.

Step comprendió que lo veía a través de los ojos de la psiquiatra. ¿Cómo podría un psiquiatra distinguir entre el sencillo lenguaje de fe de Stevie y la extraña certidumbre de Lee Weeks, que se creía un elegido de Dios? Quizá no fuera un problema. Quizá Lee fuera extraño, pero no necesariamente chiflado. Y la doctora Weeks parecía la persona adecuada para comprender la pura fe de Stevie en la religión de sus padres.

DeAnne tomó la respuesta de Stevie sin el menor escepticismo. Cogió la mano derecha de Step.

Nuestro hijo es puro de corazón, parecía decirle, y siente la presencia del Espíritu de Dios.

—¿Qué pensaste cuando tu padre te estaba confirmando? —preguntó DeAnne.

—No sé —dijo Stevie.

—¿Pero qué te pareció su bendición?

—Bien.

—No hagamos de esto un interrogatorio —intervino Step, prefiriendo olvidar su insatisfactoria bendición.

—Lo siento —dijo DeAnne, un poco herida.

—No hay nada que sentir.

Stevie habló desde el asiento trasero.

—¿Papá?

—Sí, Portero.

—Dijiste que llevaría paz y alegría a mis amigos.

—Y tu familia.

—Pues no sé cómo.

—Para eso es el don del Espíritu Santo —dijo Step—. Para indicarte cómo.

—¿Y si el Espíritu Santo no me lo dice?

—Quizá no sea el momento oportuno. O quizá no hayas aprendido a oír lo que dice el Espíritu de Dios. O quizás aún no debas hacer nada.

—Oh —dijo Stevie. Y al cabo de un momento añadió—: Me gustaría hacer algo.

—¿Cómo qué? —preguntó DeAnne.

—Darles felicidad.

—¿A quiénes? —preguntó DeAnne.

Ya sabes a quiénes se refiere, quiso gritar Step.

—Jack, Scotty y David —respondió Stevie.

Los amigos imaginarios. Pero ahora eran tres.

—Stevie —dijo DeAnne—, ¿quién es David?

—Otro chico con quien jugamos con Scotty y Jack.

Stevie estaba confirmado, y quizás el Señor hubiera dictado a Step las palabras que había dicho en su confirmación, pero Stevie aún vivía en un mundo donde jugaba con amigos invisibles. Y hoy había añadido otro. ¿O no era hoy?

—¿David acaba de mudarse? —preguntó DeAnne—. No recuerdo que lo hayas mencionado antes.

Mudarse, sí, eso es perfecto, pensó Step. Finjamos que estos amigos viven en el vecindario y tienen familia, y los nuevos simplemente se «mudan».

—Hace un tiempo que está aquí —contestó Stevie—. Creo que nació en Steuben porque habla con acento sureño y todavía no le entiendo bien. Tengo que escucharle con atención.

De acuerdo, DeAnne, pensó Step. Tenías razón. Es preciso que vea a un psiquiatra. Nunca le había oído hablar así de sus amigos imaginarios. Como si vivieran realmente. Era más rápido inventando sus biografías que Step para elaborar el código del Hacker Snack para el 64. Con razón estabas tan inquieta. Con razón insistías. Esto es demasiado para nosotros solos.

Cuando frenaron en la calzada, la camioneta de Bappy estaba ante la casa.

—¿En domingo? —preguntó Step.

Como si hubiera oído la pregunta, Bappy se les acercó desde el patio del fondo.

—¿Todos estaban en la iglesia? —preguntó—. Vine a las cuatro pensando que ya habrían regresado, pero no había nadie.

—Tuvimos una reunión especial —explicó DeAnne—. Hoy hemos bautizado a Stevie.

—Vaya —exclamó Bappy—. Toda una ocasión. ¿Así que ustedes tampoco los bautizan cuando nacen, eh?

—¿Es usted bautista? —preguntó Step.

—Bien, mi padre era pastor pentecostal, y era un amante del agua. Los hundía hasta que todos sus pecados se ahogaban, y también se ahogaban los que encontraban a Jesús, se lo aseguro. Algunos salían con barro en la boca, de tanto como los sumergía.

DeAnne y Step compartieron su carcajada, aunque a Step no le agradaba que se

tomase el bautismo a la ligera delante de los niños, sobre todo en ese día tan especial.

—Bien —dijo Step—, lamento que no estuviéramos aquí. ¿Hace mucho que espera?

—Oh, no he esperado. Sé que debí comentárselo antes, pero estando aquí vi esos insectos en el patio trasero y decidí solucionar el problema.

—¿Se refiere a esas cosas con bolsas? ¿En los árboles? —preguntó DeAnne.

—Desovan y las orugas pueden comerse todas las hojas del árbol —asintió Bappy—. Así que mato los bichos y podo los árboles. Tengo la camioneta llena, y ya no lloverán gusanos desde los árboles.

—¡Qué asco! —gritó Robbie—. ¡Son realmente repulsivos! —Echó a correr por el patio trasero seguido por Betsy.

—Bien, ya los he pillado a todos —declaró Bappy—. O al menos los habré pillado a todos al final del día.

A Step le incomodaba permitir que Bappy trabajara en el jardín en el Día del Señor, pero a fin de cuentas no era asunto suyo. Bappy no era un empleado, sino el padre del propietario; si decidía trabajar un domingo, él no era quién para entrometerse.

—Step, ¿por qué no sacas a los niños del patio? —preguntó DeAnne.

Step encontró a Robbie y Betsy corriendo en torno del árbol.

Cogió a uno con cada mano.

—Venid a la casa si queréis comer —dijo.

—¡Él sacó las bolsas! —gritó Robbie.

Era verdad. El árbol estaba podado, y ahora sólo quedaban dos ramas cubiertas con esa masa de telarañas blancas; Bappy las había envuelto en grandes sacos de basura, preparándolas para el corte. No era difícil imaginar al membrudo Bappy trepando a los árboles. Está en mejor forma que yo, pensó Step. Pero claro, él no trabaja con una máquina de golosinas a pocos pasos.

Step llevó a los niños a la cocina y DeAnne les mandó quitarse las ropas del domingo.

—¿Dónde está Stevie? —preguntó DeAnne.

—No estaba en el patio —dijo Step—. Creí que venía contigo.

—Pensaba que se había ido con los otros niños.

—Debe de estar dentro.

—No, Step. Abrí la puerta del patio, y él tendría que haber pasado junto a mí, y no fue así. Así que está fuera, y no me gusta que no lo hayas visto con los demás niños.

Había motivos para preocuparse. El periódico de esa mañana mencionaba que otro niño había desaparecido la noche anterior durante un juego de béisbol con los Weavers. Era un equipo menor, pero tenía muchos partidarios leales en Steuben y los

partidos se llenaban de espectadores. El niño había desaparecido. Tiempos terribles. Pronto figuraría en un cartón de leche. O aparecería en casa de un vecino. O muerto. ¿Dónde estaba Stevie?

Step regresó al patio. Bappy estaba subido al árbol, aserrando una de las ramas envueltas en plástico. Saludó con la mano, y Step devolvió el saludo.

—¿Ha visto a mi hijo mayor? —preguntó.

—¡No, señor! ¿Lo ha perdido?

—Oh, debe andar por aquí.

—No pierda de vista a sus hijos, joven —gritó Bappy—. Estos no son tiempos seguros. ¡El diablo anda suelto por el mundo!

—¡No cabe duda! —respondió Step. Stevie estaba en el porche, sentado en el umbral.

—Stevie, te estábamos buscando —dijo Step—. Tu madre y yo estábamos preocupados; no sabíamos que estabas aquí.

—Lo siento —dijo Stevie. Se levantó.

—No puedes irte sin avisar.

Stevie frunció el ceño.

—Estaba aquí, papá.

—No estabas en casa, ni estabas donde pudiéramos verte, así que nos hemos asustado. Así son los padres, y tienes que darnos gusto y cerciorarte de que sepamos siempre dónde estás, o terminaremos por ponerte una correa o encerrarte, y eso no te gustaría.

—Lo siento —repitió Stevie.

No debía ser así el día del bautismo. El niño a solas, y disculpándose por ello.

—¿Qué hacías en el porche? ¿En qué pensabas? ¿Qué te pasaba por la cabeza?

—Estaba sentado —dijo Stevie. Step sabía admitir una derrota.

—Bien, vamos, es hora de cenar.

Stevie lo siguió dócilmente.

El día siguiente era el primer día de semana del verano. Stevie no iba a la escuela y DeAnne podría dormir un poco más por la mañana. Pero DeAnne se despertó antes que sonara la alarma, y no sólo porque el bebé le apretaba la vejiga con fuerza. Se quedó acostada un instante y luego comprendió por qué sentía un nudo en el estómago. A las diez tenía hora con la doctora Weeks.

DeAnne y Step habían decidido no hablar con Stevie sobre la psiquiatra hasta la mañana de la consulta. ¿Para qué preocuparlo innecesariamente de antemano? ¿Por qué estropearle el cumpleaños y el bautismo?

Stevie no era tan pequeño como para presentarle la excusa de que «era otro tipo de doctora», lo cual habría funcionado con Robbie. Stevie sabía que había locos en el

mundo, y médicos que los trataban, y lugares donde los encerraban. Era la versión infantil de la enfermedad mental: los viejos prejuicios sobre la locura sobrevivían en la subcultura de los niños, y los de nueve años se los comunicaban a los de ocho, año tras año. El manicomio. El loquero. Vergonzoso, aterrador. Step y DeAnne tenían que buscar el modo de hacerle comprender que no se trataba de eso. Sería difícil, porque en el fondo DeAnne temía que sí se tratara de eso.

DeAnne se dio una ducha. Step había instalado un teléfono de ducha, que era una salvaguarda cuando estaba embarazada, pues no tenía que agacharse estando de pie sobre una superficie húmeda.

Era agradable estar limpia. Había ocasiones, al final del embarazo, en que se sentía fea y despreciable; el cabello se le ponía grasiento y se le pegaba al cuero cabelludo, y se sentía torpe y voluminosa, y le dolían la espalda y las piernas, y tenía calambres y sentía cansancio todo el día, demasiada fatiga para limpiarse, y el vientre siempre se interponía con todo lo demás, y a veces no quería afrontar la molestia de salir de la cama. Pero si se quitaba la ropa —lo cual tampoco era tan fácil— y se lavaba, dejando que el agua le repiqueteara sobre el cuerpo, que la fregara, se sentía mejor, renovada. Como si valiera la pena realizar el esfuerzo de afrontar otro día.

Step se levantó y se duchó en cuanto ella salió del cuarto de baño. Veinte minutos antes de la hora habitual. Él también se había acordado. Step se quitó el pijama y lo arrojó en el cesto de la ropa sucia. Decididamente, ese trabajo le estaba arruinando el cuerpo. Su viejo régimen de andar en bicicleta en Vigor, además de una dieta, lo habían mantenido delgado en los últimos años, pero ahora estaba recobrando la barriga, el grosor en las nalgas, la blandura en el rostro. Era fofo y obeso cuando ella se enamoró de él. A DeAnne no le importaba, pero a él le importaba mucho y se sentía incómodo con ese cuerpo. Había logrado controlarse, adelgazar y obtener un vigor que jamás había tenido en sus años de estudiante, y DeAnne se alegraba de verlo más feliz, más seguro. Mirándolo ahora, pensó: Eight Bits Inc. lo ha destruido de todas las maneras posibles.

Quiso decirle que se despidiera enseguida. Vuelve a la bicicleta. Inscríbete en un gimnasio. Aléjate de esa máquina de golosinas. Ojalá no nos hubiéramos mudado a Steuben. En su momento les pareció la decisión correcta. Aunque DeAnne ya estaba embarazada antes de que Step solicitara empleo, parecía correcto, casi inevitable. Nos gusta deambular, pensaba DeAnne. No podemos permanecer mucho tiempo en ninguna parte. Espíritu pionero. Formaba parte de la cultura mormona, estar dispuesto a hacer las maletas para mudarse a otro lugar cada dos años. Y tal vez había un componente genético. Gentes que nacían para ser nómadas.

Pensó en talar árboles, construir cabañas de troncos, barrer un suelo de tierra, cocinar en una fogata, no poder bañarse, usar una letrina fuera de casa y dar a luz a solas y en la oscuridad, de cuclillas sobre el heno, y decidió que no deseaba ser

pionera. El afán de vagabundear estaba muy bien si llegabas a un lugar con cuarto de baño, electricidad y un buen hospital.

Fue a la cocina a prepararse salvado con pasas para el desayuno, pero cuando abrió la nevera para sacar la leche notó que estaba muy oscuro. Casi todas las mañanas la luz del sol entraba por la ventana del este.

Con la jarra de leche en la mano, se volvió hacia la ventana para ver cómo estaba el tiempo. El tiempo no tenía nada que ver con la oscuridad de la habitación. El espacio que separaba la cocina del postigo estaba abarrotada de escarabajos cuyos cuerpos traslúcidos y pardos brillaban al sol.

Era tan desconcertante y repulsivo ver esos insectos apilados que DeAnne gritó. Sintió algo frío en las piernas, y gritó de nuevo. Sólo entonces comprendió que había soltado la jarra de plástico y la tapa había saltado, desparramando leche por todas partes. DeAnne se agachó para recogerla antes de que se derramara toda la leche, pero se movió tan despacio que la jarra apenas goteaba. Dentro quedaba un tercio de la leche, pero casi todo el cartón se había perdido.

No puedo soportarlo, pensó. Esta casa espantosa. Los insectos de este lugar, la leche desparramada, el armario que todavía huele a café después de tantos meses, odio este lugar.

Se levantó con esfuerzo y usó toallas de papel para limpiarse las piernas y los pies, y luego fue al armario del pasillo, sacó paños viejos y los tendió sobre la leche para secarla. Se agachó para recogerlos.

—Mierda, mierda, mierda —masculló.

—Buenos días —dijo Step desde la puerta de la cocina.

—Se me ha caído la leche —dijo DeAnne.

—Qué alivio. Pensé que la habías vertido en el suelo. El bol de cereales más grande del mundo.

—Esta mañana iba a desayunar salvado con pasas.

—Bueno, eso lo explica todo.

A DeAnne le molestaban las bromas cuando se sentía tan mal, pero Step la ayudó a incorporarse.

—No deberías hacer eso, Pescadera.

DeAnne se sentó a la mesa mientras él recogía los paños y los llevaba al lavadero. Mientras él no estaba, DeAnne miró la ventana con la esperanza de haber exagerado la cantidad de escarabajos. No había exagerado.

Step regresó, fue a buscar toallas de papel para terminar de secar la leche y entonces miró la ventana.

—Oh, ahora entiendo por qué protestabas tanto.

—Las protestas eran por la leche y por estar embarazada —dijo DeAnne—. Los insectos de la ventana me hicieron gritar, pero tú debías de estar en la ducha y no me

oíste.

—Qué lástima, debió de ser sensacional. —Step se apoyó en el fregadero para mirar los insectos—. ¿Cómo se habrán metido ahí?

—No lo sé —dijo DeAnne—. Tal vez un escarabajo con alma de empresario les vendió entradas.

Ambos rieron, aunque la situación no era graciosa.

—Están muertos —observó Step—. Ninguno se mueve. Raro, ¿verdad? Como si todos los escarabajos que tenían las horas contadas hubieran venido aquí a morir.

—Tenemos la colección de insectos más grande del mundo, pero es un solo ejemplar.

—Bien, por suerte nos hemos levantado temprano. Este rollo de toallas de papel está casi terminado. ¿Tenemos más?

—Sí, pero aún tenemos que hablar con Stevie. Prefiero que sea en tu presencia. Luego puedo secar el suelo.

—Sólo tardaré un minuto en secarlo.

—No basta con secar la leche. Hay que fregar el suelo.

—¿Estando embarazada?

—No sería la primera vez. Para eso es el Bendectin. Para que las mujeres embarazadas puedan seguir fregando mientras los maridos miran a las luchadoras por el canal deportivo.

Él entornó los ojos parodiando una mirada de enfado.

—Zorra feminista —dijo.

Ella fingió que lo miraba con rencor.

—Cerdo machista.

—Déjame adivinar —dijo Step, mirando de nuevo la ventana—. No quieres que estos bichos se queden aquí todo el día.

—Es más importante hablar con Stevie.

—Aún no ha venido. —Step fue al lavadero y sacó una bolsa verde de plástico—. Esta vez te toca aguantar la bolsa.

—Oh, Step —dijo ella, tiritando.

—La otra probabilidad es subirte a la repisa para abrir la ventana.

—¿No puedes hacerlo fuera? —preguntó DeAnne. Le daba náuseas pensar en esos insectos dentro de la cocina.

—No tengo escalerilla, y no quiero desatornillar todo el postigo cuando me basta con abrir esta ventana. No tengo tiempo para perder media hora.

—Puedo llamar a Bappy.

—¿Para que nos rocíe de nuevo con insecticida? Yo puedo hacerlo, y no me gusta que Bappy haga tareas que yo puedo hacer. Y ambos podemos solventar el problema si me ayudas.

DeAnne ya estaba levantada. Step había sujetado las puntas inferiores de la bolsa con el salero y el pimentero.

—No, por favor —dijo DeAnne—. Si se llenan de bichos no soportaré usarlos de nuevo.

—En fin, a menos que tengas cuatro manos, Pescadera, tenemos que sujetarla con algo.

Ella se acucilló para meter las manos bajo el fregadero y sacar dos enormes barras de jabón.

—Buen trabajo, querida ayudante —sonrió Step—. Por eso te conservo, por tu inagotable ingenio.

Con las puntas inferiores sujetas, DeAnne sostuvo la bolsa contra la ventana mientras Step la abría lentamente. Los cuerpos de los insectos cayeron en cascada desde la ventana, derramándose en la bolsa como palomitas de maíz. Ese ruido áspero y crujiente fue demasiado para DeAnne. La dominó un instintivo odio a los insectos, más profundo y potente que su sentido común, y por un instante perdió el control. Gimió, sintió un espasmo en todo el cuerpo, soltó la bolsa.

El extremo superior de la bolsa se deslizó por debajo de la abertura de la ventana y los insectos cayeron fuera.

—¡Mierda! —exclamó Step—. ¿No puedes...?

No terminó la frase. Se agachó para alzar las puntas de la bolsa, de modo que los insectos siguieran cayendo dentro. Los que habían caído fuera se desparramaron en la repisa, el fregadero y el suelo, todavía húmedo de leche derramada.

—¿No puedes hacer nada bien? —dijo DeAnne, terminando la frase por él.

—No iba a decir eso.

—Claro que sí.

—Iba a preguntarte si no podías mantener la bolsa abierta, y luego comprendí que no podías y lo hice yo. No pongas palabras en mis labios, sobre todo cuando son palabras hirientes que ni siquiera se me habían ocurrido.

—Pues ahora tú aportas las palabras hirientes.

—Sal de la cocina hasta que haya limpiado esto, ¿quieres? ¿Crees que me gusta empaquetar escarabajos muertos? ¿Crees que es una ayuda que estés ahí sin hacer nada y tratando de discutir conmigo?

Reprimiendo lágrimas de furia, ahogando las réplicas que se le ocurrían, DeAnne se fue de la cocina. ¿Alguno de esos bichos le había tocado las manos? Entró en el cuarto de baño de los niños y se lavó con toско jabón Lava, tratando de limpiarse. Pero no se lavaba por el contacto con los insectos, sino por esa discusión sin sentido.

Se enjuagó y secó las manos y fue a despertar a Stevie. Durante el curso escolar había iniciado la costumbre de frotarle la espalda para despertarlo, hasta que él abría los ojos y saludaba. Pero esta vez Stevie mantuvo los ojos cerrados y murmuró:

—No tengo colegio.

—Ya sé que no tienes colegio, cariño. Pero tu padre y yo queremos hablarte de una cosa esta mañana, antes que él vaya a trabajar.

Stevie abrió los ojos.

—De acuerdo —dijo.

Ahora DeAnne sabía que Stevie bajaría en silencio de la litera de arriba y se vestiría sin despertar a Robbie. Regresó a la cocina. Step usaba una toalla de papel para recoger insectos muertos de la repisa y arrojarlos en el saco de plástico. Entretanto, el agua corría en el fregadero y el triturador estaba encendido. Imaginó insectos cayendo por el desagüe y las hojas del triturador haciéndolos picadillo. Tiritó de nuevo, y sintió un retortijón de náusea.

—Gracias por encargarte de eso —dijo.

—Tal vez desees limpiar el cartón de leche y ponerlo otra vez en la nevera —dijo fríamente Step.

Bien, se merecía que él le hablara en aquel tono. Había permitido que su revulsión por los insectos se tradujera en hostilidad hacia él, que no la merecía. Aun así, tenía que comer algo para superar su malestar, pero no podía tragar nada con esos insectos en la cocina.

—Step, lo siento.

—Está bien.

DeAnne sabía que cuando Step se enfadaba era mejor no forzar la conversación. Mejor esperar a que se calmara, y luego él sería amable y se pedirían disculpas y él insistiría en que era culpa suya y todo estaría bien. Pero a veces DeAnne no soportaba hacerlo así porque, aunque él necesitaba estar solo después de una discusión, ella no soportaba estar sola, sentía la separación tan dolorosamente como si él la hubiera pegado y tenía que hablarle, tenía que explicarse, tenía que oírle decir que no la odiaba, que aún la amaba y la quería a su lado. Sabía que era totalmente irracional, pero también era irracional esa necesidad de estar solo después de una pelea.

—Step, lo siento —repitió.

—He dicho que estaba bien —dijo Step, con un tono que sugería lo contrario.

—Lo siento pero tengo que decirte una cosa.

—Pues dilo.

—Necesito que laves el fregadero. Todos los sitios que tocaron esos insectos. Sé que no tiene sentido, pero hoy no soportaré hacer nada en la cocina si no la lavas primero. Por favor.

—Ya pensaba hacerlo —dijo Step.

Tiró la toalla de papel en la bolsa, junto con el último cadáver de escarabajo. Cogió la bolsa, la sostuvo con una mano, y la hizo girar para cerrarla. Luego la ciñó con el cordel de plástico. Lo hacía con suma destreza, pensó DeAnne. Como si para

él todo fuera una ciencia. Como si sus manos ya conocieran los secretos para hacer cosas, para hacer que las cosas ocurrieran. Se preguntó qué se sentiría al saber que uno podía pensar en hacer algo con manos que sabrían hacerlo.

Step llevó la bolsa de basura afuera, y entretanto ella se atrevió a entrar en la cocina; no le costaba tanto, mientras no se acercara al fregadero ni a la ventana, que aún estaba entreabierta. Oyó que fuera Step levantaba la tapa del cubo de basura para tirar la bolsa. DeAnne secó la jarra de leche, sacó un cuenco y una cuchara y vertió el salvado con pasas y la leche, guardó la leche en la nevera. Entonces comprendió que no resistiría ni un minuto más en la cocina. Huyó hacia la sala.

Stevie estaba jugando con el ordenador. Debía de ser el juego que Step había comprado para el cumpleaños de Stevie, aunque costaba cincuenta dólares que apenas podían pagar. Era un barco pirata a toda vela, y a poca distancia había otro barco, y maniobraban para dispararse. Le recordó la película *El capitán Blood*, que ella no había visto antes de casarse. Step la había visto cuando niño, y había leído el libro y le encantaba, y cuando la pasaron por cable la grabó y se la hizo ver a toda la familia. Era una buena película, un divertido espectáculo sin pretensiones. Errol Flynn, una auténtica aventura. Este juego era así. Comió cucharadas de cereal, cada vez más blando, y miró desde el diván mientras Stevie jugaba.

—Vamos —murmuró Stevie—. Tú puedes hacerlo.

Hablaba con una intensidad que DeAnne no le había oído desde que se habían mudado a Steuben.

—Vamos, Roddy.

¿Había puesto nombres a los personajes del juego?

—Eso es, ayúdale, Scotty. Tú puedes hacerlo.

No, eran los mismos nombres. Fingía que sus amigos imaginarios formaban parte del juego. Bien, qué más da, pensó DeAnne. Al menos, con el ordenador estaban en la pantalla, podías verlos. Tal vez, al jugar con el Lode Runner, Stevie trasladara sus amigos imaginarios a la pantalla, de donde podían irse cuando apagara el ordenador. Tal vez este problema se solucionara solo y no tuviera que llevarlo a la psiquiatra, o al menos no tendría que ir por mucho tiempo.

—¡Deprisa, Jack! Roddy está en apuros y Scotty no puede... ¡Eso es! ¡Sensacional! ¡Lo has cogido!

Los dos barcos se lanzaron cañonazos y los garfios de abordaje volaron por el aire. DeAnne quedó impresionada. Parecía una película, tan realista era el movimiento de la pantalla. No parecía tan limitado cómo otros juegos de ordenador que había visto. Hacker Snack, por ejemplo. Si ésta era la competencia, Step tendría que programarlo muy bien para estar a la misma altura.

—Si te metieras allí en vez de quedarte mirando, David, te lo pasarías mejor —dijo Stevie.

DeAnne sintió un vuelco en el corazón. Stevie hablaba con las figuras de la pantalla como si estuvieran vivas. Como si le oyeran. No eran sólo exclamaciones de aliento, como cuando la gente miraba partidos de fútbol o baloncesto por televisión, sino toda una conversación, como si la pantalla respondiera. Stevie no estaba mejorando, y el juego no era una ayuda.

DeAnne pensó en los nombres. Los de costumbre, Jack y Scotty, y el nuevo que mencionó el día anterior, y un cuarto, Roddy. Estaba empeorando.

Oyó que Step cerraba el agua de la cocina. DeAnne terminó el desayuno. Ya era hora de que Step se fuera a trabajar.

—Stevie, ¿puedes ponerle la pausa al juego para que tu padre y yo...?

DeAnne no había terminado de hablar cuando Stevie metió la mano atrás del Atari y lo apagó.

—Cariño, podías haber guardado el juego —dijo ella—. No tenías por qué apagar el ordenador.

—Da lo mismo.

Step entró en la sala.

—Hola, Stevie. Siento que tuvieras que levantarte temprano en este primer día de vacaciones, pero tu madre y yo queríamos contarte qué sucederá hoy.

Stevie aguardó. Ni siquiera aparentaba curiosidad. Step miró a DeAnne.

¿Conque ahora me toca a mí? Bien, DeAnne supuso que era justo.

—Stevie, hemos estado preocupados por ti desde que llegamos a Steuben. Has estado muy triste y callado.

—Estoy bien.

—Esos problemas en la escuela, de los que no sabíamos nada... el Stevie que conocimos el otoño pasado en Vigor nos habría contado que una maestra estaba actuando como la señora Jones.

—Ella se fue —dijo Stevie.

—Sabemos que se fue —asintió DeAnne, notando que empezaba a impacientarse. Era difícil tratar con Stevie cuando rehuía las preguntas—. Pero después de que ella se marchara, no te hemos visto más contento.

—Estoy bien.

Step acudió al rescate.

—No es sólo que estés triste y callado, Portero. Ya no juegas con Robbie y Betsy. Stevie se miró las manos.

—Y tus amigos —dijo Step—. Nos preocupa que juegues continuamente con amigos imaginarios.

Stevie se irritó un poco.

—No te enfades conmigo, Stevie. Ayúdame —rogó Step—. Hace meses que hablas de Jack y Scotty, pero cuando te miramos jugar, no hay nadie contigo.

—No estoy mintiendo —declaró Stevie.

—¿Pues qué debemos pensar, cariño? —preguntó DeAnne.

—Yo nunca miento.

—No decimos que estés mintiendo —terció Step—. No se trata de eso, ni de que te hayas portado mal. Sólo queremos llevarte a una doctora.

—Pensáis que estoy loco —dijo Stevie. Parecía aún más furioso pero no los miraba. Miraba el espacio vacío que había entre los dos.

—No, Stevie, no pensamos que estés loco. Pensamos que estás pasando por un mal momento y queremos que te ayude alguien que entiende sobre malos momentos. Una experta. Una doctora.

Stevie no dijo nada.

—Se llama doctora Weeks —añadió DeAnne—. Su hijo es miembro de la Iglesia, así que ni siquiera es una desconocida.

—Aunque ella no es mormona —aclaró Step.

—Eso es —dijo DeAnne—. Tu padre la conoce y es una mujer muy amable. Sólo quiero que hables con ella. Nada más. ¿Puedes hacerlo?

Stevie asintió.

—¿Le hablarás con sinceridad? —preguntó DeAnne.

Stevie la fulminó con la mirada.

—Yo siempre digo la verdad.

—Lo sé. No quise decir que mentirías. Sólo quiero que hables con ella. Que le digas qué sucede en tu vida. Cómo ves las cosas. No hablas mucho con tu padre y conmigo, así que pensamos que tal vez hablarías con otra persona ajena a la familia.

Stevie se quedó mirando ese espacio vacío.

—¿Puedo venir aquí a veces? —preguntó.

—¡Oh, Stevie, te equivocas! Sólo te llevaré para una consulta. Entrarás, la conocerás, hablarás con ella y volveremos a casa. Será sólo una vez a la semana y ni siquiera estarás allí una hora entera. ¡No te echaríamos de casa, Stevie!

Como Step no llevaba un bebé en el vientre, y no había estado sentado, pudo acercarse a Stevie, arrodillarse y rodearlo con el brazo. Por una vez, Stevie respondió, apoyando la cara en el hombro de su padre.

—Stevie, Stephen, hijo mío, eres la estrella más brillante en la noche más oscura. ¿Crees que alguna vez te dejaríamos? Tu lugar está junto a nosotros, hasta que decidas irte, y espero que eso no suceda hasta que tengas edad suficiente para realizar una misión y luego casarte. Faltan años. Nunca dejaríamos que te fueras de aquí.

No debes decir eso, pensó DeAnne. ¿Y si necesita ser internado en un hospital? Entonces pensará que eres un mentiroso, Step. A menos que hables en serio, y aunque necesitara tratamiento no lo dejaras ir. ¡Eso no sería amor!

Pero tampoco yo lo dejaría ir, pensó luego.

—Stevie, si nos dices que no quieres ir a ver a esta doctora, no te obligaremos. Depende de ti. No creemos que estés loco, pero creemos que estás pasando por un momento difícil y quizá la doctora Weeks pueda ayudarte a mejorar la situación, a encontrar un modo de resolver las cosas por tu cuenta. Eso es todo. Nos gustaría que lo intentaras, pero si dices que no, no te obligaremos.

Cómo puedes decir eso, gritó DeAnne en silencio. Dejarle decidir... es como preguntarle a un chiquillo si quiere la vacuna contra el tétanos. ¿Y si Stevie dice que no, Step, qué pasa con la promesa que me hiciste a mí?

—No quiero —dijo Stevie.

Magnífico. ¡Muchas gracias, Step!

Pero Stevie aún no había tomado una decisión.

—¿Es verdad que puede ayudar a la gente a resolver problemas difíciles? —preguntó.

—A veces —asintió Step.

—Entonces iré —respondió Stevie. Ya no parecía furioso.

—Gracias, Portero. Si no da resultado, o ella no te gusta, no te obligaremos a ir más, ¿de acuerdo? Esto no es como el colegio. No hay una ley que diga que tienes que ir. ¿Comprendido?

Stevie asintió, se levantó y salió de la sala. DeAnne quería abrazarlo, consolarlo. Pero si él lo hubiera necesitado, se habría quedado.

Quería estar solo, y estaba en su derecho.

Step aún permanecía sentado junto a ella en el sofá, rodeándola con el brazo.

—Yo diría que ha ido bastante bien.

DeAnne guardó silencio.

—Sé lo que estás pensando —dijo Step—, y no es verdad.

—¿Qué estoy pensando, tío listo? —preguntó DeAnne.

—Estás pensando que eres la peor esposa y madre que ha existido sobre la faz de la tierra, y te digo que sólo piensas así porque estás embarazada.

—No es verdad.

—Sé que no te gusta que te señale estas cuestiones, pero siempre estás muy abatida en los dos últimos meses de embarazo. La peor madre, el bebé tendría más suerte si naciera muerto, etcétera.

—¡Nunca he dicho semejante horror!

—Lo dijiste con Stevie y lo dijiste con Betsy.

—Ya veo que sólo soy una máquina que las hormonas usan para cumplir sus malignos propósitos en el mundo.

—No digo que tus sentimientos no sean reales, Pescadera. Sólo digo que no debes creer las cosas que te hacen pensar. Eres una mujer maravillosa, y yo no querría a ninguna otra.

—¿Ah, sí? ¿Y qué he hecho de maravilloso esta mañana?

—De momento, has mantenido a mi cuarto hijo con vida un día más, y eso es un trabajo en sí mismo. Y no me hiciste callar cuando pensaste que dejaría que Stevie no viera a la terapeuta.

—¿Qué? ¿De pronto te crees telepata?

—Te sentaste en el borde de ese diván como si no vieras el momento de saltar sobre mí y graparme la boca. No necesito telepatía. Pero no hiciste nada. Confiaste en mí, y funcionó. Yo diría que te has ganado la medalla de la heroína matinal.

—No lo creo, después del modo en que te hablé en la cocina.

—Nada de lo que alguien diga cuando encuentra cien mil escarabajos en la ventana de la cocina se puede usar en su contra. Ahora dame un beso para despedirme, que mi chófer ya ha llegado.

DeAnne lo besó.

—No has desayunado —observó.

—¿Para qué necesito desayunar en un mundo donde existen máquinas que venden golosinas? —Se levantó y se fue.

Llevar a Stevie al consultorio fue casi un anticlímax. DeAnne apiló a los niños en el coche. Stevie guardó silencio durante el viaje, pero eso era lo normal, y no tuvieron que esperar cuando llegaron. La recepcionista saludó a Stevie con una sonrisa y le dijo que su madre y sus hermanos lo estarían esperando cuando terminara. ¿Por qué no entraba para conocer a la doctora Weeks? Stevie ni siquiera miró a DeAnne de soslayo. Se dejó llevar por la recepcionista, como un soldado dejando que el sargento lo guíe a la batalla.

Esto tiene que funcionar, pensó DeAnne mientras les contaba historias a Robbie y Betsy en la sala de espera. Por favor, Señor, haz que la doctora Weeks encuentre un modo de permitirnos recobrar al Stevie que conocíamos.

La hora transcurrió y Stevie salió. DeAnne miró inquisitivamente a la doctora Weeks, pero la psiquiatra no quiso contarle nada en presencia de Stevie. Sonrió, estrechó la mano de DeAnne y la de Robbie, quien preguntó si alguna vez podría entrar para hablar con ella, pues era muy buen conversador, mucho mejor que Stevie. La doctora Weeks rió.

—Tal vez un día, Robbie, pero por ahora no.

En el viaje de regreso, DeAnne se abstuvo de preguntarle a Stevie qué había ocurrido. Stevie no se sentiría en libertad de hablar con la doctora Weeks si sabía que debía afrontar un interrogatorio en cuanto subiera al coche. Así que DeAnne limitó sus preguntas a una:

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

A la mañana siguiente, estando sola en la cocina a las ocho y media, llamó a casa

de la doctora Weeks, esperando que aún no se hubiera marchado a trabajar. Respondió un hombre. Es Lee, comprendió DeAnne.

—¿Puedo hablar con la doctora Weeks?

—¿De parte de quién? —preguntó Lee.

—Soy DeAnne Fletcher.

Una pausa.

—¿De qué se trata? —preguntó Lee.

—¿No está en casa? —preguntó DeAnne. No estaba dispuesta a confiar intimidades a ese joven, después de aquel pequeño escándalo durante el bautismo.

—Debo decirle de qué se trata —insistió Lee.

—Entonces llamaré más tarde.

Pero mientras hablaba se oyó un chasquido en la línea.

—Hola. —Era la doctora Weeks.

—Doctora, lamento molestarla en su casa, pero quería hablarle antes de que tuviera pacientes en el consultorio y mientras mis hijos aún dormían.

—Está bien. ¿Quién es?

—Oh, lo siento. Creía que Lee se lo había dicho. Soy DeAnne Fletcher, la madre de Stevie.

—¿Lee hablaba por teléfono con usted?

—Sí, él contestó.

—Lee, cuelga el supletorio ahora mismo.

Un largo silencio.

—Ya debe haber colgado —dijo DeAnne.

—Lee, cuelga ahora mismo. Esta conversación no continuará hasta que hayas colgado el teléfono.

Otro silencio. Un chasquido.

—Lo siento, señora Fletcher, a veces es como vivir con un chiquillo de tamaño adulto.

—Sí, entiendo —dijo DeAnne, aunque no lo entendía.

—¿Usted quería...?

—Sólo necesitaba saber si... si haya algo en lo que yo pueda ser de ayuda. Información, lo que sea. Después de su primer contacto con Stevie... ayer.

—No. Ya me dio la información básica antes. Pero agradecería que me confeccionara una lista de los nombres de sus amigos imaginarios y me los enviara por correo al consultorio.

—Podría decirle todos los nombres ahora —sugirió DeAnne.

—Al consultorio, por favor. En cuestiones confidenciales siempre actúo así.

—De acuerdo. Gracias, y prometo no volver a molestarla en su casa.

—Sería lo mejor. Buenos días.

La doctora Weeks colgó. Un instante antes de colgar, DeAnne oyó un segundo chasquido.

Lee no había colgado antes. Al parecer lo había escuchado todo.

Con razón la doctora Weeks prefería que le enviara una carta al consultorio. Con razón había dicho «sería lo mejor». No era grosería, sino un mero reconocimiento de la realidad. Lee espiaba cuando podía. Lee estaba fuera de control.

DeAnne se sentó a la mesa y anotó los nombres que recordaba. Jack y Scotty, desde luego. Pero el día anterior por la mañana, mientras Stevie jugaba al Lode Runner... ¿Cuáles eran los nombres? Roddy. Y David era el que había mencionado después del bautismo. Cuatro en total: Jack, Scotty, Roddy y David.

Dejó ese papel a un lado y escribió en otro:

Nombres de los amigos de Stevie en el orden en que los oímos:

Scotty

Jack

David

Roddy

Se quedó sentada mirando la lista. Imaginando a esos amigos imaginarios. Cuatro niños de la edad de Stevie. Tal vez Scotty fuera un pelirrojo como ese niño actor, Johnny Whitaker, y Jack un niño pecoso de cara redonda y cabello castaño, como Artful Doger en *Oliver* y David fuera callado, tímido, retraído, rubio. Y Roddy, audaz y propenso a meterse en problemas de los cuales había que rescatarlo. Todos rondando por la casa, entrando en la cocina. DeAnne tenía que alejarlos de la nevera porque de lo contrario no les quedaría nada para la cena, pero ellos entrarían para hablarle de sus juegos, y estarían sudados de tanto correr y tendrían ese agri dulce olor a chiquillo que DeAnne recordaba de su hermano, tal vez el peor olor del mundo, pensaba entonces, pero ahora pensaba que le gustaría olerlo en Stevie, en sus amigos, el tufo del sudor después de horas de jugar al sol en una tarde de verano; días cada vez más largos, luciérnagas brillando como lluvias de meteoros en el césped mientras los niños corrían sin cesar, hasta que al fin ella los llamaba y decía: «Niños, es hora de ir a casa, ¿no os parece? Pero aquí tenéis leche, y prepararé estas galletas después de la cena. Stevie, deja que primero elijan los invitados, uno por vez, por favor, y sería aconsejable que os lavarais las manos. Supongo que tendré que enseñaros a usar el grifo, pues a juzgar por vuestra cara no habéis visto uno en toda la vida. Esa cosa cuadrada que hay junto al fregadero se llama jabón». Y reirían y protestarían, y Stevie diría «¡Mamá!» en un reproche afectuoso, y luego comerían las galletas y se ensuciarían la boca con chocolate.

Oh, Dios, ¿por qué Stevie no puede tener amigos verdaderos? ¿Por qué no puedo

oír la voz de mi hijo canturreando en el jardín mientras cae la tarde?

Plegó la lista, la guardó en un sobre, escribió el domicilio del consultorio y llevó el sobre al buzón.

Cuando regresó a la cocina, Robbie estaba arrodillado sobre una silla, diciendo los nombres de la primera lista que había hecho DeAnne.

—Te has olvidado de Peter —señaló Robbie.

—¿Qué?

—Peter. Pero él no sale a jugar. Sólo mira.

—¿Sabes qué es esta lista?

—Los amigos de Stevie. Pero él no me los presenta...

—No, supongo que no.

—¿Para qué los anotas, mamá? ¿Stevie piensa invitarlos a casa?

—No te preocupes por eso —dijo DeAnne. Puso la lista encima de los platos del aparador—. Sólo escribía nombres. ¿Qué quieres desayunar?

—¡Crema de trigo! —exclamó Robbie.

DeAnne le ayudó a preparar el batido, y al cabo de unos instantes se olvidaron de la lista.

Dicky entró en la oficina de Step el martes por la tarde.

—Buenas noticias —anunció.

—No me digas. —Step sintió un cosquilleo de alarma: Ray había decidido respaldar el PC a pesar de todo.

—Ray ha decidido publicar una versión del Hacker Snack para el Commodore 64.

Ridículo, pensó Step. Nadie le había hablado del Hacker Snack, ni siquiera después de haber sorprendido a los programadores trabajando en él antes del viaje a San Francisco. Daba por sentado que los programadores le habían hablado a Dicky y Dicky a Ray, y que habrían renunciado al proyecto. Pero por lo visto el proyecto seguía en marcha y Dicky tenía el descaro de anunciarle que Ray había decidido publicar un juego que no le pertenecía.

—Qué pena —dijo Step.

—¿A qué te refieres?

—Ya se lo he vendido a otra empresa.

Dicky se quedó atónito, se ruborizó.

—¿Le has vendido Hacker Snacker a un competidor?

—Aquí nadie me hizo una oferta. Y yo no era difícil de encontrar. Así que supuse que no os interesaba.

—No me vengas con tonterías. Sé muy bien que hace meses que estás al corriente de nuestro interés en Hacker Snack.

—Todo lo contrario. Supe que Glass había descifrado el código y que los

programadores lo estaban estudiando, pero como yo no había vendido los derechos a nadie y en Eight Bits nadie me susurró siquiera el nombre de Hacker Snack, ni se me ocurrió que existiera interés oficial en el juego.

—Bueno, pues ahora te digo que Ray ha decidido publicar Hacker Snack.

—Y yo te digo que he firmado un contrato vendiendo esos derechos a otra empresa.

—No tenías derecho a firmar ese contrato. Tu contrato incluye específicamente los derechos a...

—Mi contrato *excluye* específicamente todos los juegos que publiqué antes de entrar en Eight Bits, Dicky. Antes de citar los contratos, deberías leerlos. No todos son iguales.

Dicky parecía a punto de estallar.

—Caradura desagradecido.

—¿Y qué debería agradecer? Hace más de cuatro meses que trabajo aquí, y nadie hizo ninguna oferta por Hacker Snack. Incluso me prohibiste programar, ¿recuerdas? Desde el principio quedó clarísimo que Eight Bits sólo me quería para redactar manuales. ¿O me equivoco? ¿Debería haberme considerado un diseñador de juegos?

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—No he hecho nada. Vosotros habéis actuado a mis espaldas invirtiendo tiempo en un producto cuyos derechos ni siquiera habíais pedido. ¿Es culpa mía? Yo sólo vendí lo que era mío a una compañía que manifestó interés en ello.

—¿A quién? ¿A quién se lo vendiste?

—Mi contrato no me obliga a explicarte qué hago con mi propiedad, Dicky.

—¡Les entablaremos un pleito!

—Precisamente por eso no pienso decírtelo.

—Ray te despedirá por esto.

—¿Me despedirá? —preguntó Step. En realidad, le parecía posible. Pero no era una mala perspectiva. DeAnne no podría culparlo de abandonar su empleo si lo despedían. Así que disfrutaba de este enfrentamiento. Dicky no podía arrebatárle nada que él valorase—. No creo que sea yo quien está arriesgando su empleo. Creo que la persona que arriesga su empleo es la que sugirió desarrollar una adaptación de mi juego a mis espaldas. La persona que ni se molestó en averiguar que mi contrato es diferente antes de comprometer los recursos de Eight Bits en un juego que no le pertenecía.

—Idiota, fue el mismo Ray quien hizo eso.

—¿Sí? ¿Y crees que Ray lo recordará de ese modo? ¿Recordará las veces que le aconsejaste que no tomara esa peligrosa decisión?

Dicky lo miró, asombrado.

—Dicky, es hora de que levantes tus gordas nalgas de esa silla y las hagas pasar

por la puerta. Si Ray piensa despedirme, dile que me envíe una nota al efecto y yo me largaré, cobrando mi indemnización sin vacilar. Y si no piensa despedirme, tengo trabajo que hacer y me estás molestando.

Step siguió revisando las pruebas de página que estaba corrigiendo.

Al cabo de un rato, Dicky se levantó y se marchó. Suavemente, con el sigilo de un gato.

Cuando Dicky se fue, Step se levantó con piernas trémulas y cerró la puerta. Se apoyó en la pared, respirando entrecortadamente. Estaba mareado. ¿Así se sentía un soldado cuando salía de la trinchera, corría hacia las líneas enemigas y llegaba allá ileso? Step no había ido a Vietnam porque le había tocado el número de reclutamiento 225, que para él ahora era tan mágico como el 7, el 3, el 12 y el 40 para otros. No tenía la experiencia de la guerra, del auténtico valor, de la lucha entre los hombres. Pero tal vez esto fuera una ínfima muestra, pensó. Dicky ha entrado aquí preparado para arrojarme una limosna como si fuera un gran obsequio de Eight Bits Inc., y me he reído en su cara y lo he desafiado a hacer lo peor. No sé cómo he logrado evitar mearme en los pantalones.

Continuó con sus tareas como pudo, pensando que en cualquier momento Dicky aparecería con un talón rosado. Pero durante ese día no volvió a ver a Dicky ni recibió noticias de su despido. Fue casi una decepción.

Los Cowper se mudaron el 10 de junio.

—Ojalá hubierais esperado hasta el sábado —le dijo DeAnne a Jenny—. Step quería ayudaros a cargar el camión. Habéis sido muy amables con nosotros, y no hemos tenido la oportunidad de compensaros.

—Tonterías —dijo Jenny—. Lo he pasado muy bien desde que llegasteis. Si hubierais estado aquí cuando a Spike le ofrecieron la transferencia, no sé si hubiéramos aceptado. Pero así son las cosas. Fuimos grandes amigos mientras duró, y no te olvidaré. Pero no te molestes en prometer que escribirás, pues sabes que no lo haremos. Salvo las tarjetas de Navidad, todos los años. Nunca me aburriré de leer tu informe familiar de fin de año, ¿oyes?

—¿No puedo escribir si lo deseo?

—Telefonéame. No sirvo para escribir cartas. Si tienes problemas económicos, llámame a cobro revertido.

—Lo mismo digo. Tú eres la que sabe mi número de teléfono, así que tendrás que llamar primero.

—Sí, claro. De lo contrario no sabréis adónde enviar los quinientos dólares del Datsun.

—Ochocientos dólares —rectificó DeAnne.

—Que sean diez mil, si lo prefieres. Pero nosotros pensamos que el precio era

quinientos y no nos importa que podáis pagarlos. Consideradlo un coche para servir a la Iglesia. Usadlo para lecciones hogareñas y para llevar adolescentes a sus actividades juveniles. Y en esas ocasiones, recordadnos.

—Pensaré muchísimo en vosotros. Y te echaré muchísimo de menos.

—Tendrás otra amiga íntima dentro de un mes.

—Otra persona puede ser mi amiga íntima sin ser la mitad de buena que tú.

—¿Tratas de hacerme llorar para que no vea por dónde conduzco y me estrellé contra la viga de un puente? Ahora fíjate que tus hijos no estén detrás del camión de U-Haul ni de nuestro coche cuando salgamos. —Jenny miró el camión de mudanzas con disgusto—. Es una compañía tan grande como para trasladar a nuestra familia por el país y comprar nuestra estúpida casa, pero no para pagar por una verdadera empresa de mudanzas. Dile a Step que renuncie a ese horrendo trabajo: son todos unos ladrones.

Jenny besó a DeAnne en la mejilla y se abrazaron. Spike salió de la casa, tras cerrarlo todo con llave, y se subió a la cabina del camión con dos niños mientras Jenny se metía en el coche con el resto. DeAnne se aseguró de que Stevie, Robbie y Elizabeth estuvieran a la vista, lejos de los vehículos, y saludó con la mano.

DeAnne se quedó mirando cómo se alejaban los Cowper y sintió que el bebé se estiraba en su vientre, apretándole las costillas hasta causarle un dolor insoportable. Quiso pegarle al bebé, gritarle, exigirle que dejara de hacerle daño, que la dejara un momento en paz.

El bebé empujó con más fuerza. Tal vez reaccionaba ante las hormonas de pena que le recorrían el cuerpo, la angustia química.

Al fin la presión se atenuó y DeAnne estuvo en condiciones de caminar.

—Vamos, niños. Esta casa ya no es de los Cowper, así que regresemos.

El maltrecho Datsun B-210 de los Cowper estaba en su casa. El coche que los convertía en una familia con dos coches por primera vez desde que se habían casado. Tocó el coche, la pintura desconchada y desleída, las puertas oxidadas. Lo acarició como si fuera un caballo que sólo ella había podido domar. Gracias por Jenny, dijo. ¿Pero por qué tenías que quitármela tan pronto?

Pero interrumpió ese pensamiento y se dijo, con toda claridad: Gracias por Jenny. No pensó más en ello y entró a preparar el almuerzo.

Había un cartero suplente, así que la correspondencia sólo llegó a las cuatro. Había un sobre de Agamemnon, y dentro estaba el cheque. Ese dinero les permitiría ponerse al corriente de los pagos sobre la casa de Indiana. Si el cartero de costumbre no hubiera estado de vacaciones, habría podido pagarle a los Cowper antes de que se fueran.

En fin. Al día siguiente haría los cheques y todo se arreglaría. Casi todo ese dinero se iría de inmediato, pues estaban muy atrasados. Y no podrían pagar lo que

debían a Hacienda, así que esa deuda aún quedaría pendiente. De todas formas, la libertad estaba a la vista.

Pero al día siguiente, cuando se sentó a escribir los cheques, no pudo hacerlo. Se sintió estúpida porque las emociones le impedían redactarlos. ¿Acaso ella y Step no habían decidido la noche anterior que pagarían la hipoteca?

Al fin hizo un cheque por la suma de la cuota más vieja, junto con todos los recargos que se habían acumulado sobre ese pago. Lo puso en un sobre, metió a los niños en el coche, fue a la oficina de correos y lo echó al buzón.

Un mes. Eso estoy haciendo, pagando por el retraso de un mes antes de que ejecuten la hipoteca. ¿Por qué? Es estúpido y peligroso.

Tal vez aún puedan ejecutarla y este pago no resuelva nada Pero no puedo liquidar esos cinco mil dólares que aguardan en el banco. No puedo reducirlos a nada porque no sabemos cuando llegará el próximo cheque.

Independencia

Así pasaron los Fletcher el Cuatro de Julio, Día de la Independencia: el primer barrio ofreció una ceremonia al alba, donde se izó la bandera, y un desayuno de tortitas. Step hubiera preferido hacer muchas cosas en vez de madrugar el lunes del único fin de semana de tres días de ese verano, pero el quórum de élderes preparaba las tortitas y DeAnne dirigía el coro que entonaría el Himno de Batalla de la República. Oír esa canción nordista interpretada por un coro sureño era motivo suficiente para que el sacrificio valiera la pena.

Desde que los Cowper se habían ido varias semanas atrás, la directora del coro, Mary Anne Lowe, había cultivado la amistad de DeAnne. Step tenía la impresión de que la hermana Lowe había esperado a que Jeny desapareciera de escena antes de iniciar la relación, como si en la vida de DeAnne sólo hubiera espacio para una amistad. Y tal vez fuera así. A DeAnne no le sobraban tiempo ni energías. Pero esta amistad era diferente. Jenny revivía y estimulaba a DeAnne, pero la abrumadora energía de Mary Anne parecía fatigarla. Además, a Step le fastidiaba que la amistad con Mary Anne entrañara cada vez más obligaciones con el programa musical del barrio. Como dirigir el coro para la ceremonia de la bandera, y los ensayos de sábados y domingos en preparación para la ceremonia.

Cuando DeAnne prestaba servicios compasivos con Jenny, casi siempre era durante el día, pero los ensayos corales se realizaban en las pocas horas que Step compartía con DeAnne y la familia, así que terminaba asistiendo al ensayo, como único tenor, o se quedaba en casa tratando de cuidar a los niños mientras tecleaba el código de Hacker Snacker en el Commodore 64.

Aun sin Jenny, los servicios compasivos continuaron. La hermana Bigelow aún llamaba a DeAnne un par de veces por semana, de modo que Step regresaba a casa y debía cuidar niños o cortar pepinos porque DeAnne debía llevar a tal o cual hermana una ensalada, un guiso, una fuente de galletas o un cuenco de salsa.

Muy bien, DeAnne. Y terminaré Hacker Snacker en diciembre, tres meses después de arruinarnos.

Luego se sentía mal por ese resentimiento pueril y hacía lo que ella pedía, y a veces más. Preparaba la cena, bañaba a los niños y hacía todo lo posible para que DeAnne se sintiera cuidada y pudiera descansar. A fin de cuentas, estaba embarazada. ¿Qué derecho tenía a pensar que DeAnne no hacía lo suficiente?

Después de la ceremonia matinal y las tortitas, que sabían a cartón endurecido, los Fletcher regresaron a casa y los niños se pusieron a alborotar y a pelearse. Stevie se enfadó cuando Robbie enfiló directamente hacia el Atari, como si se atribuyera el derecho de jugar con el ordenador en todo momento. Step resolvió el problema

mandando a todos a acostarse otra vez, pues estaban demasiado cansados para estar en compañía; y luego cogió el brazo de DeAnne y la llevó a ella a la cama. A los quince minutos Robbie y Betsy dormían, y también DeAnne. Stevie se quedó tercamente despierto hasta que Step entró y le susurró que podía leer si quería. Al fin Step se fue a la cama y se quedó acostado, exhausto y somnoliento. Así permaneció un cuarto de hora, pero al fin decidió levantarse. Fue a la sala, insertó el disco del Hacker Snack y encendió el ordenador.

Tras el ruido rechinante que hacía el ordenador al abrir el disco —que pese a todo no era tan espantoso como el crujido metálico del Commodore—, apareció la pantalla del juego y Step comenzó a mover a su caricaturesco personaje, Rodney, con sus gafas de ratón de biblioteca y su aire cómico, por un laberinto de patatas y hamburguesas electrónicas.

Esto es aburrido, pensó Step. La primera vez no, pero cada nivel es una mera repetición de lo mismo. No resulta tan placentero la décima vez que lo juegas.

La solución normal para ese problema era lograr que cada nivel sucesivo fuera tan difícil que uno seguía jugando para derrotar a la máquina y figurar en la lista de las mejores puntuaciones. Pero para Step no bastaba. Tenía que ser divertido la primera vez, pero también debía haber más elementos en los niveles superiores, para que el juego fuera una recompensa en sí mismo, al margen de la puntuación.

¿Qué podía modificar sin ocupar demasiada memoria? Bien, no tenían que ser patatas y hamburguesas. Podía trabajar con otro material. Tal vez diversas marcas de ordenador. El personaje podía comer un Vic-20, un Timex, un Apple II y un Atari, y luego un ordenador grande.

Pero si voy a hacer una secuencia evolutiva de ese tipo, ¿por qué no representar la evolución misma? En vez de comenzar con Rodney, comienzo con una salamandra o algo que surge de un cieno primordial y en cada nivel se transforma. Un dinosaurio. Un mamífero. Tal vez una musaraña. Y luego un chimpancé. Y luego el *homo habilis*; un tío de aspecto atlético, y al fin, en la cima de la evolución, un *hacker*, un fanático de los ordenadores, el cómico tío de gafas. Bien, eso sería divertido, pero consumiría espacio de disco, sobre todo porque los dinosaurios no podían coger patatas, así que tendría que alterar las cosas que comían en cada nivel. Hojas para los dinosaurios, y tal vez salamandras, los personajes de los primeros niveles. Y las musarañas podían comer huevos de dinosaurio. Y los tíos atléticos podían zurrar a los *Homo habilis* y dejarlos en una caricaturesca pila de brazos y piernas, como Beetle Bailey cuando el sargento acaba de darle una paliza. ¡Y luego Rodney podía dejar a los tíos atléticos con tarjetas color rosa de despido!

¿Pero se entendería la broma? No, no usaría tarjetas color rosa. Difíciles de mostrar en el ordenador. No, los dejaría usando uniformes de Burger King.

Eso es, pensó. Sigue siendo Hacker Snacker, pero se convierte en un juego mejor.

Fue a su estudio, cogió un papel y se puso a hacer cálculos. Se necesitaban 32 bytes para almacenar el estado de movimiento de cada figura, y para tener buena animación necesitaría seis estados de movimiento por cada figura correspondiente al jugador, desde la salamandra hasta Rodney. Luego un par de estados para cada uno de los bocadillos —comido y no comido— y eso sumaba 2K, lo cual no dejaba espacio para modificar el paisaje. Pero podía alterar los conjuntos de caracteres con cada nivel, y eso le daría espacio suficiente, aunque consumiría hasta 12 K de RAM con los conjuntos de caracteres. Si creaba una pantalla de título a partir de diversos estados de animación de las figuras, entonces contaría con RAM suficiente.

La gente de Agamemnon bailará de alegría, pensó Step. No sólo adaptaré el programa para el 64, sino que lo transformaré en un juego mejor.

Lamentó no contar con los 128 K del PC de IBM. Con todas sus limitaciones, el PC le daría el espacio necesario, con mejor animación y más niveles. Podía ser un juego más grande, con enormes laberintos que se extendieran más allá de la pantalla. ¿Y si tuviera 256 K? Podría olvidarme de los gráficos basados en caracteres y hacer animaciones de pantalla entera, como ese juego del barco pirata.

¿Cómo se llamaba ese juego? Trató de recordarlo. Uno de los juegos de Stevie. Una vez lo había buscado, pero no lo había encontrado. ¿Cuándo había sido?

En mayo. En la época en que fue a la escuela de Stevie. Demasiadas distracciones.

Tengo que ver de nuevo ese juego, pensó Step. Porque no usaba 256 K. Se ejecutaba con los 48 K del Atari.

Step regresó a la sala y empezó a insertar todos los discos, abriendo el programa para ver si el estilo gráfico congeniaba con el juego de los piratas.

No había terminado cuando DeAnne entró con aire somnoliento.

—Debo de haberme dormido —dijo.

—Esa era la idea.

—Tenemos que llegar a la fiesta de Eight Bits, ¿verdad?

—Es un picnic de todo el día. Podemos aparecer en cualquier momento.

—Bien, quizá los niños quieran quedarse un rato largo, y supongo que servirán la comida a mediodía, ¿verdad?

Step se encogió de hombros.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¿Qué prisa tienes?

—No hay prisa. Pero cuando te entusiasmas con un juego, nunca tienes bastante.

—No estoy jugando. Sólo busco uno en concreto.

—Bien, no puedo ayudarte con eso. ¿Sabes qué servirán en el picnic?

—Bocadillos y cosas similares. Pollo frito, creo. El magnánimo Ray lo hará servir

por el coronel Sanders y Oscar Mayer.

—No seas sarcástico. Creo que el picnic es una buena idea.

—Claro que sí. Pero estoy cansado.

—¿Por qué no has dormido?

—Lo intenté. Y luego me puse a pensar.

—Oh, eso es un error. Yo abandoné hace años.

—Bien, terminaré esto más tarde. Preparemos a los niños y salgamos antes de que haga más calor. Ya hay una humedad del ciento por ciento, sin duda.

—Eres un chico del desierto, Step.

—No estoy acostumbrado a sudar sin que se evapore hasta el día siguiente. —Apagó el ordenador, se levantó y se desperezó—. Ahora sí podría dormir.

—Pues acuéstate. Iremos más tarde.

—No, vayamos y terminemos con esto. Veremos a Dicky en traje de baño, vomitaremos las tortitas de la mañana y nos sentiremos mucho mejor.

Robbie y Betsy se levantaron desgastados, tanto por efecto de las tortitas como del descanso, y era casi la una cuando llegaron al picnic. Eight Bits Inc. había alquilado el lago privado de la universidad, y había un centenar de personas en el agua o paseando por la orilla. La comida se servía bajo una carpa, y se encaminaron hacia allí. Ray Keyes no estaba a la vista. Últimamente estaba cada vez más evasivo, y algunos programadores habían comenzado a llamarlo Howard Keyes, en una referencia a Howard Hughes. Pero la mujer de Keyes estaba con su hija de cinco años, y todos los demás empleados de Eight Bits habían asistido. Lo supieron porque Dicky los saludó con este jovial anuncio:

—¡Al fin han venido los Fletcher! Ahora tenemos un ciento por ciento de asistencia.

—No sabía que pasaban lista —dijo Step con el mismo tono—, habría traído una nota de mi mamá.

Él y DeAnne se dedicaron a atiborrar a los niños de bocadillos hasta que estuvieron llenos o sucios de ketchup.

Como los niños no sabían nadar, Step llevó a los chicos adonde la gente jugaba con herraduras o dardos. Tras observar un rato, Step llegó a la conclusión de que era tan inseguro como enviarlos al lago. Niños atolondrados arrojaban los dardos sin cuidado ni supervisión, y las herraduras estaban dominadas por adultos, sobre todo administradores de Eight Bits, entre ellos Vaquero Bob, y hendían el aire a suficiente velocidad para abrir la cabeza de un niño. Stevie era prudente, pero Robbie a veces se entusiasmaba y echaba a correr sin reparar en que había dardos y herraduras en el aire. Step cogió con firmeza la mano de Robbie y alejó a los niños de los juegos.

Con lo cual no quedaba mucho que hacer. Bien, dijo Step. Iré a buscar a DeAnne y Betsy y nos largaremos de aquí. A fin de cuentas, ya han pasado lista y no me

echarán de menos.

Step vio a DeAnne cerca de la carpa de comida, hablando con la señora Keyes, quien había encendido un cigarrillo y soplaba humo al hablar. A pesar de estar al aire libre, el humo del cigarrillo causaría náuseas a DeAnne, y no era lo ideal para una mujer embarazada en esa tarde calurosa. Con Stevie y Robbie a rastras, Step se acercó e intervino en la conversación.

—Lo siento, señora Keyes, pero tal vez DeAnne sea demasiado tímida para decirle que el humo del cigarrillo le molesta. Si no estuviera embarazada, no sería un problema estando al aire libre, pero...

—Oh, está bien —dijo agradablemente la señora Keyes—. Ni siquiera lo fumaba. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó—. Tendrías que haberme avisado, querida. Ni siquiera me fijé. Yo seguí fumando durante mi embarazo con Allison y olvido que algunas personas necesitan aire fresco continuamente.

—No me molestaba tanto al aire libre —dijo DeAnne.

—Cielos querida, soy la mujer del jefe, ¿crees que no lo sé? Pero, entre nosotras, Ray no me impresiona tanto, y Ray tampoco está muy impresionado por mí, así que hacerme la pelota no ayudará a mantener a nadie de su lado.

Soltó una áspera risa de fumadora. Step no podía creer que la esposa de Ray Keyes hablara así. Era encantadora, graciosa y simpática, pero también peligrosamente desleal. ¿El matrimonio peligraba? No sería de extrañar, teniendo en cuenta que Ray Keyes se estaba convirtiendo en un personaje autocrático y furtivo; los programadores comentaban en broma que Ray guardaba tan bien los secretos que su esposa tenía que contratar a un detective privado para averiguar dónde guardaba su polla. Pero si el matrimonio tenía problemas, la señora Keyes podía ser el beso de la muerte, por decir confidencias a ciertos empleados sin pensar en las consecuencias. Era muy posible que alguien se fijara con quién hablaba.

—Papá —llamó Robbie.

Step se alejó de DeAnne y la señora Keyes. Robbie señalaba alborotadamente a una niña que estaba frente a un grupo de chiquillos.

—¡Allison quiere que vaya en la balsa con ellos! ¿Puedo, papá?

—No. Sabes que no puedes ir al agua, Robbie. No sabes nadar.

La niñita intervino con voz perentoria.

—Claro que puede ir. Mi papá ha dicho que no hay peligro.

—Pues eso significa que *tú* puedes ir —dijo Step—. Robbie no puede, porque *su* papá dice que sí hay peligro.

—Bien, mi papá es el jefe y vale lo que él dice.

Conque esa niñita era la hija de Ray Keyes. Step recordó los tres preciosos documentos que guardaba en casa en el archivo de DeAnne: su contrato, el contrato de Agamemnon, y el informe de Ray declarando su intención de no respaldar el PC

de IBM. Sonrió con satisfacción.

—Bien, pequeña, tu papá puede ser el jefe de esta compañía, pero no es el jefe de mi familia, y cuando se trata de mis hijos, lo que él diga me importa tanto como el pedo de un reno.

Los otros niños festejaron esto, pues la flatulencia siempre es graciosa para los niños. Pero Allison se disgustó.

—Le contaré a mi papá lo que has dicho.

—Claro. Se alegrará de saber que su hijita cree que puede dar órdenes a los adultos. Te está criando muy bien.

Allison era tan pequeña que no comprendió que no era un cumplido.

—Gracias —le dijo—. Te perdono y no diré nada. Vamos Robbie.

—No me has entendido, pequeña. Robbie no subirá a esa balsa. Yo quiero a Robbie y no deseo que se caiga al lago y se ahogue. Pero no veo el momento de que tú subas a la balsa. Date prisa, que el lago te está esperando.

Allison quedó confundida un momento, luego le sacó la lengua a Robbie y condujo a su grupo de amigos hacia la orilla.

—Me ha sacado la lengua, papá —dijo Robbie.

—Y ha parecido muy fea y tonta, ¿verdad?

Cuando se volvió hacia DeAnne y la señora Keyes, sin embargo, se dio cuenta de que habían oído la conversación. La señora Keyes le guiñó el ojo para tranquilizarlo.

—Se parece mucho a su padre, ¿no cree? —dijo.

—No sé —respondió Step—. Hace meses que no veo a Ray.

—Bien, no se ha perdido gran cosa. Oh, no se sienta incómodo. Es evidente que ustedes dos son las únicas personas a quienes les importa un rábano lo que piense Ray Keyes, lo cual significa que son las únicas personas con quien vale la pena hablar. Usted debe de tener fortuna propia, porque es evidente que no le importa conservar el empleo. Eso me gusta en un hombre. —Le sonrió a DeAnne—. Estoy coqueteando con su esposo, señora Fletcher, pero no me preste atención, porque estoy un poco achispada. Mi norma es no más de un martini... por hora —rió encantada—. Es una broma, desde luego. No bebo. Me embriagan las circunstancias, saber que puedo mirar a este grupo de más de cien personas con la absoluta certeza de que todas odian a Ray Keyes. ¿No les importa que les diga esto, verdad?

—En realidad —dijo DeAnne—, tenemos que irnos.

—Oh, no me sorprende. Yo también necesito irme.

—¿Dónde está Stevie? —preguntó DeAnne.

—Por ahí —dijo Step, señalando el árbol donde se apoyaba Stevie, mirando las actividades acuáticas—. ¿Dónde está Betsy?

—Oh, ese joven que te traía con frecuencia a casa la llevó a pasear.

—¿Glass? —preguntó Step—. ¿Gallowglass?

—No, dijo que se llamaba Roland McIntyre.

—Ese es Glass —dijo Step. Se maldijo por no haber prevenido a DeAnne, por no haberle dicho que vigilara a Betsy, y que no permitiera que Roland McIntyre, alias Saladin Gallowglass, le tocara un pelo de la cabeza—. ¿Adonde la ha llevado? ¿Cuánto hace?

—Oh, mientras yo hablaba con la señora Keyes. Se la llevó colina arriba.

Hacia el aparcamiento. O el bosque que estaba a la derecha de los coches. En cualquier caso, la zona donde no había nadie.

—¿Pasa algo malo? —preguntó la señora Keyes.

—Espero que no —dijo Step—. Aquí está Robbie. —Puso la mano de Robbie en la de DeAnne—. No dejes que nadie se vaya a pasear con él ni Stevie, por favor.

Por el tono apremiante de Step, DeAnne comprendió que había cometido un error al permitir que Glass se llevara a Betsy.

—Step, lo siento, creía que era un amigo. Vi que te traía a menudo...

Step no se quedó a oír el resto de la disculpa. Se marchó corriendo. No era un gran corredor, y estaba en pésima forma, pero cuando llegó al aparcamiento aún tenía aliento para llamar a Betsy y Glass.

—¡Por aquí, Step! —llamó Glass.

Ahora Step lo veía, detrás de un coche en el límite del aparcamiento, detrás de un arbusto.

—¿Tienes a Betsy contigo?

—Sí, claro. Tu mujer dijo que podía llevarla a pasear.

Step estaba en medio del aparcamiento. Ahora su carrera cuesta arriba lo estaba afectando. Jadeaba, le costaba hablar.

—Creo que se ha mojado —dijo Glass—. Estaba echando una ojeada, pero no sabía cuál era tu coche.

Step al fin rodeó el coche y vio a Betsy de la mano de Glass.

Aún tenía los pañales puestos y agitaba un diente de león, tratando de soplar las últimas semillas. Step recobró el aliento.

—DeAnne dijo que podías llevarla a pasear, Glass, no que le manosearas los pañales.

—Bien, creí que no querías que a tu hija le salieran escoceduras.

Step cogió a Betsy en brazos y miró a Glass a los ojos.

—No sé cómo decir esto con delicadeza, Glass, así que no lo intentaré. Me gustas, como programador y como amigo. Pero nunca toques a un hijo mío en tu vida. Porque si te pillas de nuevo a solas con un hijo mío, tu vida acabará allí mismo.

Glass lo miró a los ojos, como si quisiera replicar. ¿Con furia? ¿Con una broma? Step lo ignoraba. Al fin Glass apretó los labios y volvió la cabeza hacia la entrada del parque.

Bien, me he ganado un enemigo, pensó Step mientras regresaba con Betsy. Pero no estoy inventando. Glass sólo tuvo a Betsy un par de minutos y ya estaba detrás de un coche, donde nadie podía verlos, y si yo no hubiera aparecido a tiempo él ya tendría otra anécdota sobre las «partecillas» de las niñas. Hasta ahora Step pensaba que Glass nunca había manoseado realmente a una niña, que lo que había contado en la habitación de San Francisco era sólo una fantasía extravagante, una obsesión imaginaria. Ahora sabía que no era así. Aunque lo llamara «revisar los pañales» o «ayudar a lavarse», era una forma de abuso sexual, y había estado a punto de hacerlo con la pequeña Betsy.

Cuando Step se reunió con DeAnne, la señora Keyes aún estaba allí, y sentía franca curiosidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Creo que es hora de volver a casa —dijo Step.

—Usted pareció alterarse al enterarse de que Bubba McIntyre la había llevado de paseo. Le aseguro que Bubba es un muchacho encantador, muy bueno con los niños.

Step recordó a la pequeña Allison Keyes.

—¿Alguna vez cuidó Bubba a su hija, señora Keyes? —preguntó.

—Sí, cuando Allison era muy pequeña. Venía a casa a preguntar si podía cuidarla. Es un encanto. Así comenzó a programar en nuestro viejo Commodore Pet. Allí escribió el programa Scribe... pero cuando comenzó a trabajar para Ray, mi marido me dijo que nunca más pidiera a Bubba que cuidara a la niña. ¡Supongo que no era correcto que su mejor programador cuidara a sus hijos!

Aún tenía una expresión de desconcierto.

—¿Betsy está bien? —preguntó DeAnne.

—Iba a revisarle los pañales —dijo Step—. Para ver si se había mojado.

—Claro que no —exclamó DeAnne—. Acababa de cambiarla, y se lo dije.

—¿Se lo dijiste?

—Me preguntó si habría que cambiarla, y le dije que acababa de hacerlo.

La señora Keyes no era estúpida.

—Santo Dios —dijo—. No estará insinuando que Bubba... pero eso es...

—No, no estoy insinuando nada sobre Bubba. Pero si alguna vez lo pilló a solas con mi hijita, un jurado decidirá si debo ser condenado a cadena perpetua o la pena capital.

La señora Keyes parecía desconcertada.

—Pero siempre cuidaba a Allison cuando ella tenía la edad de Betsy.

—Al menos ya no la cuida.

—No, porque Ray... —La señora Keyes adoptó una expresión sombría—. Sabía que era un hijo de puta, pero ni siquiera él contrataría a una... persona... sabiendo que... —Sacudió la cabeza enérgicamente—. No daré crédito a habladurías

maliciosas —dio media vuelta y se alejó.

—Oh, Step —dijo DeAnne, trastornada—. ¿Por qué no me hablaste de ese chico?

—Se me olvidó.

—¡Se te olvidó!

—Se me olvidó que Glass también vendría al picnic. Se ha ofrecido para cuidar a los niños desde que lo conocí. Pero después de San Francisco, cuando comprendí qué rumbo tomaban sus fantasías, he procurado que no tenga la oportunidad de conocerlos. Y hoy no ha pasado nada. Fue culpa mía, no tuya, que estuviéramos en un tris. Por favor, marchémonos de este lugar.

DeAnne no titubeó. Un par de minutos más tarde llegaron al coche, salieron del aparcamiento y regresaron a casa. Step estuvo muy sereno, y como Robbie y Stevie estaban en el coche, ni siquiera mencionaron el tema de Betsy y Glass.

En casa, DeAnne no perdió un instante en desnudar a Betsy y llevarla a la bañera. Step se quedó en la puerta y pensó en todas las veces que había cambiado y bañado a Betsy sin pensar en otra cosa salvo hablarle, sonreírle y estar cerca de ella, tal como a veces quería estar cerca de sus hijas. Pero ahora, mientras DeAnne la bañaba, se sentía culpable, como si el mero hecho de saber cómo la había mirado Glass envileciera los ojos de todos los hombres, incluso los suyos.

Se sentía abrumado de furia y vergüenza. Fue al dormitorio, se echó en la cama, sepultó la cara en la almohada y rugió, un bramido animal que no pudo contener. Otra vez.

Jadeando de cansancio, rodó sobre la espalda.

Comprendió que no estaba solo. Volvió la cabeza y vio a Stevie en la puerta.

—Hola, Estibador —dijo.

—¿Ese hombre ha hecho daño a Betsy? —preguntó Stevie.

—No —contestó Step. Claro, pensó. Stevie no es tan pequeño como Robbie. Nota ciertas cosas. Observa más. Comprende que algo raro ha pasado en el picnic—. No, Betsy está bien.

—¿Entonces, por qué gritabas así? Parecías muy furioso.

¿Qué debía decirle? La verdad, tanto como conviniera contarle a un niño inocente como Stevie.

—Estaba furioso, pero ante todo contra mí mismo, porque no supe proteger a Betsy. Y también tenía miedo, porque ha estado a punto de pasar una cosa mala.

—¿Qué? —preguntó Stevie—. ¿Qué cosa mala?

—Hay gente que hace cosas malas a los niños. Esa gente es la peor del mundo. Jesús dijo que si alguien hacía daño a un niño, más le valía sujetarse una piedra al cuello y arrojarlo al mar. Y cuando alguien de esa calaña puede lastimar a un hijo tuyo te da rabia y miedo.

Stevie asintió.

—Sí.

—Pero no ha pasado nada malo, ¿entiendes? Sólo me puse nervioso porque había estado a punto de pasar.

—A veces las cosas malas pasan de verdad —dijo Stevie.

—Sí, es cierto. Pero si puedo evitarlo, nunca le pasarán a un hijo mío.

—Lo sé —asintió Stevie—. Tú y mamá sois muy buenos. —Dio media vuelta y regresó a su habitación.

Stevie nunca le había hablado tanto desde que se habían mudado a Steuben. No veía el momento de que DeAnne terminara de bañar a Betsy para poder contárselo.

Pero cuando DeAnne entró en el dormitorio, Step se había dormido. No logró contarle lo que había dicho Stevie hasta esa noche, cuando estaban juntos en la cama. DeAnne se acurrucó contra Step.

—Quizá seamos buenos padres, Chatarrero. Al menos no somos Ray Keyes y su esposa.

Tal vez por eso Step se puso a pensar en Ray Keyes. Ray tenía que conocer las inclinaciones de Glass, y sin embargo lo conservaba en Eight Bits, y contrataba a otras personas a quienes Glass ofrecería sus servicios de niño, y Ray no decía una palabra que ayudara a los demás a proteger a sus hijos. Aunque quizá Ray no supiera nada, quizá fuera una coincidencia que le hubiese dicho a su esposa que ya no aceptara los servicios de Glass. Pero quizá Ray lo sabía, y no se lo contaba a nadie porque necesitaba a Glass. Necesitaba el Scribe 64 y no quería arriesgarse a perder a ese chico extraño y enfermo que lo había creado.

La doctora Weeks ya no iba a la puerta del consultorio cuando terminaba la hora de Stevie. Él abría la gruesa puerta de madera y salía, a ojos de DeAnne cada vez más empequeñecido. Es como si lo estuviera encogiendo, pensó DeAnne. Pero Stevie no se quejaba y nunca hablaba de lo que sucedía allí dentro. Era como si nada de eso le ocurriera, o como si fuera tan irrelevante que no merecía comentario alguno.

El lunes 18 de julio, DeAnne regresó con los niños del consultorio de la psiquiatra y dejó que Robbie y Elizabeth fueran a jugar al patio trasero mientras ella y Stevie recogían la correspondencia. DeAnne se dirigió hacia la puerta lateral que conducía al lavadero y de allí a la cocina. Era la puerta que usaban siempre. Pero Stevie exclamó:

—¡Mamá, hay un paquete en la puerta de delante!

No era un paquete sino un sobre grande. Lo habían enviado por correo, pero el cartero lo había dejado en la puerta, quizá porque tenía un sello que decía NO DOBLAR y no había modo de meterlo en el buzón sin doblarlo. Tenía timbre de Steuben, pero venía sin remitente, y la dirección del destinatario estaba pulcramente mecanografiada: «Stephen y Diane Fletcher, Chinqua Penn 4404, Steuben, Carolina del Norte».

No había código postal, y aunque el nombre completo de Step estaba bien, habían puesto mal el de DeAnne. Habitualmente la gente escribía los dos bien o los dos mal. Tal vez lo enviaba alguien que conocía a Step pero no la conocía a ella. O alguien que quería fastidiarla a ella y no a Step. ¿Por qué se tomaba la molestia de poner el sello NO DOBLAR y no el de incluir la dirección del remitente?

Stevie entró en casa con ella, y mientras DeAnne abría la correspondencia en la cocina oyó que él conectaba el Atari. Le molestaba que Stevie no jugara más fuera, ni siquiera en verano. Pasaba demasiado tiempo ante el ordenador. Tal vez era hora de imponerle restricciones horarias con los juegos de ordenador, igual que con la televisión. Una hora al día era lo razonable. Y que Stevie encontrara otra actividad. Algo más saludable, algo que le permitiera tomar el sol. Parecía muy pálido comparado con Robbie y Elizabeth, quienes estaban muy bronceados, con el cabello rubio.

La mayoría de las cartas eran lo de siempre. Dejó aparte la carta de la compañía financiera de Indiana, que sólo podía traer malas noticias. Eso podía esperar. Abrió el sobre anónimo.

Dentro había un disco de 45 rpm, nada más. Pertenecía a un grupo que DeAnne apenas conocía. No se interesaba en la música rock tanto como Step. Pero le gustaba ver los nuevos vídeos de vez en cuando. La televisión por cable retransmitía MTV en Steuben, igual que en Vigor, y ella dejaba el televisor sintonizado en ese canal mientras trabajaba. Le gustaba «Billy Jean», pues le agradaba esa acera de luces. Pero el vídeo donde Michael Jackson se transformaba en un monstruo había asustado a los niños y DeAnne había dejado de ver MTV cuando los niños estaban levantados. Aun así, le llamaba la atención no haber visto nada de The Police.

Nunca compraban discos de 45, así que DeAnne no recordaba dónde había guardado ese chisme de plástico que había que poner en el centro del tocadiscos. Debía estar cerca del estéreo. No creía que lo hubiesen tirado, pues nunca tiraban nada, lo cual a veces era un problema. Pero tal vez lo hubieran guardado mal después de la mudanza, pues no recordaba haberlo visto en ninguna parte.

Oyó un golpe en la puerta trasera, la que conducía de la sala familiar al patio. Era Robbie.

—¿Podemos poner el aspersor?

—Bueno —dijo DeAnne—. Poneos los trajes de baño.

Elizabeth siguió a Robbie con un contoneo exagerado. Pasos gigantes. «Perso, perso», canturreaba. DeAnne tardó un momento en comprender que decía «aspersor». ¿Por qué se había transformado en un canturreo, y qué tenía que ver con esas zancadas en la sala? Era el gran misterio de la infancia. ¿Qué hacían los niños cuando se dedicaban a esas cosas raras?

Desde luego, también era el gran misterio de la edad adulta. DeAnne echó una

ojeada al aparato de música y vio de inmediato lo que antes había pasado por alto: el adaptador para 45 rpm estaba incorporado al giradiscos.

Cogió el disco de la mesa de la cocina, lo calzó en el adaptador, conectó el estéreo y apoyó la aguja en el disco. Parecían cretinos corpulentos cantando canciones de leñadores. Levantó la aguja, pasó la velocidad a 45, la bajó de nuevo. Ahora era una canción rock.

Era una extraña canción de amor. Hiciera lo que hiciese la mujer, el hombre la estaría observando. No parecía que la amara, ni siquiera que le gustara. Y las rimas eran decididamente triviales. DeAnne comenzó a imaginar palabras con la misma rima, y le resultó tan fácil que comprendió que el autor de la canción apenas había rozado la superficie.

De pronto ya no le causó gracia. Alguien le había enviado ese disco de forma anónima. ¿Por qué? Querían enviarle un mensaje. ¿Y cuál era? Hicieran lo que hiciesen, alguien los estaría observando. Recorrió la casa, inspeccionando la cerradura de todas las puertas. Entretanto, el disco había terminado. DeAnne entró en la sala y lo puso de nuevo. Al cabo de unas notas, levantó la aguja y apagó el aparato. Step lo escucharía esa noche, y sería más que suficiente.

Elizabeth entró en pañales, llevando su traje de baño. DeAnne se sentó pesadamente en el diván para ayudarle a ponérselo.

—No puedo ponértelo como antes, Elizabeth. La barriga me lo impide. Tendrás que meterte en el traje.

Se necesitaron varios intentos, pero al fin Elizabeth se metió en el traje y DeAnne pudo alzarlo y sujetárselo al cuello.

—¿Tú también irás a jugar con el aspersor, Stevie? —preguntó. Stevie no dejó de jugar ni por un instante.

—No.

—Antes te gustaba —comentó DeAnne. Robbie entró corriendo en la sala, con el traje de baño puesto y la capa de Superman que DeAnne le había hecho para Halloween tres años atrás.

—¡Ta-tan! —gritó—. ¡Ta-tan!

—Has llegado para salvar el día —dijo DeAnne.

—¡Enciende el aspersor, mamá! —gritó Robbie.

DeAnne se levantó penosamente, apoyándose en el sofá. Se sintió como un elefante que había visto en una película, revolcándose en el barro.

—Stevie —repitió—, antes te gustaba jugar con el aspersor.

—No sería justo.

—¿Por qué no sería justo?

—Porque yo puedo y ellos no.

DeAnne conocía la respuesta, pero aun así tuvo que preguntar.

—¿Quiénes no pueden?

—Scotty, Jack y los demás.

DeAnne reprimió su frustración y trató de hablar razonablemente.

—Bueno, tampoco pueden jugar con el ordenador.

—Sí que pueden —replicó Stevie.

DeAnne abrió la puerta del patio y Robbie y Elizabeth salieron a la luz del sol. Se volvió hacia la umbría sala familiar, donde Stevie parecía una sombra, la cabeza perfilada contra la brillante pantalla, donde un tren corría sobre los raíles.

—Stevie, aunque no puedan jugar contigo en el aspersor, si tus amigos son verdaderos amigos, querrán que juegues al sol. Los verdaderos amigos no te impiden jugar con tus hermanos. Tus hermanos también te necesitan.

No podía creer que le hablara a Stevie como si sus amigos imaginarios fueran reales.

Pero si estos niños imaginarios ocupaban el centro de la vida de Stevie, excluirlos significaría excluirlo a él. Tenía que comunicarse con él de algún modo, y si ésta era la única puerta que él le abría, DeAnne entraría por esa puerta.

Stevie apagó el ordenador.

—De acuerdo —dijo—. Me pondré el traje de baño.

DeAnne se sintió débil de alivio cuando abrió el agua.

El aspersor comenzó a lanzar su lluvia oscilante sobre el césped. Elizabeth corría gritando. Sin embargo, Robbie —el que había sugerido este juego— se quedaba quieto.

—¡Vamos! —lo animó DeAnne—. Echa a correr y mójate. El agua no te hará daño.

Robbie aún titubeaba.

Entonces salió Stevie, se acercó a Robbie, le cogió la mano y dijo:

—¡Vamos, van a tirar la bomba sobre nosotros! ¡Corre!

Gritando, él y Robbie atravesaron el agua a la carrera.

DeAnne regresó a la sala y sacó la silla plegable que siempre usaba cuando miraba jugar a los niños. Mientras observaba, pensó que alguien quería hacerle pensar que él también observaba. Alguien quiere que sienta miedo en mi propia casa.

Pues bien, lo ha conseguido.

Esa noche, DeAnne postergó el momento de hablarle a Step acerca del disco. Después de la cena, se dijo. Cuando los niños se hayan acostado. Y luego, cuando leyeron juntos la carta de la compañía financiera, ni siquiera le habló del disco. ¿Para qué preocuparlo más? Step ya tenía mucho en qué pensar.

Step sabía que algo la molestaba, y no se sorprendió cuando se despertó a las tres de la madrugada y notó que ella se había levantado. Intuyó qué era. La carta de la

compañía financiera anunciaba sin rodeos: «El único pago que han efectuado no ha bastado para mantener esta cuenta abierta. Si no recibimos en nuestra oficina todas las cuotas y recargos atrasados, junto con el pago de julio, por una suma total de 3398,40\$, para el 22 de julio, iniciaremos los trámites de ejecución de la hipoteca». Sólo entonces Step descubrió que DeAnne no había pagado las cuotas atrasadas en junio, al llegar el primer cheque de Agamemnon. Tampoco había gastado el dinero en otra cosa, simplemente estaba en el banco. Le extrañaba que DeAnne no hubiera pagado. Era como si no tuvieran deudas. Tenían la obligación moral de pagarlo. Habían decidido que lo pagarían. Pero el dinero aún aguardaba en el banco.

DeAnne había aliviado la tensión contándole que Stevie había jugado con sus hermanos, pero todavía parecía nerviosa. Y ahora no podía dormir. Pues yo tampoco, pensó Step. Se levantó y fue a buscarla. La encontró en la sala y procuró tranquilizarla.

—No es la casa, Step —dijo DeAnne. Le dio el disco y también el sobre.

Step reconoció la canción de inmediato. The Police, *Every Breath You Take*. Cada vez que respire te estaré observando, pensó Step, recordando la letra. Tenía la costumbre de escuchar la radio en el coche, y la canción estaba de moda. Incluso le gustaba por su ingenio, por su malicia. Pero no le gustaba tanto cuando alguien se la enviaba anónimamente a su familia. Lo sacó del aparato antes de que terminara. Lo partió en dos y tiró los pedazos a la basura.

Step durmió mal el resto de esa noche, y al día siguiente la pregunta no cesaba de acuciarlo. ¿Quién lo habría enviado? ¿Quién querría arruinarles la vida, intimidarlos?

DeAnne sospechaba que Step tendría más pistas que ella, pero eso no descartaba a nadie, pues parecía que Step se había ganado todos los enemigos que los dos tenían. ¿Quién querría, a fin de cuentas, hacerles creer que los observaban? Lee Weeks, castigándolos por el asunto del bautismo. O Gallowglass, después del picnic del Cuatro de Julio. En el trabajo había sido frío y distante desde entonces, y quién sabía cómo podía reaccionar ante la inequívoca acusación de Step.

Pero había otros que podían abrigar malas intenciones. La señora Jones, que se había ausentado el último mes de clases, y que según la doctora Mariner tampoco regresaría al año siguiente. ¿Tal vez, mientras cavilaba en su casa, había pensado en enviarles el disco para que los Fletcher también sufrieran un poco? ¿La hermana LeSueur? Parecía imposible. Resultaba difícil imaginarla oyendo una canción rock, y menos aún comprándola, ni siquiera como arma satánica.

Y Dicky. Podía ser Dicky. Era un hombre vengativo, Step lo sabía, y habían tenido demasiados enfrentamientos.

Era una lista apabullante, realmente: Lee, Glass, la señora Jones, Dicky Northanger, la hermana LeSueur. Personas que tenían motivos para odiar o temer a Step Fletcher después de menos de cinco meses de vivir en Steuben, Carolina del

Norte. ¿Cuántos enemigos se habría ganado para Año Nuevo? Pero no se había propuesto enfrentarse con ellos. Había entrado en Eight Bits Inc. con la esperanza de trabar amistad con Dicky Northanger. Le había caído simpático durante las entrevistas. Era Dicky quien se obstinaba en ser su enemigo. Y era la hermana LeSueur quien se entrometía con ellos, no al contrario. Era la señora Jones quien había escogido a Stevie para maltratarlo. ¿Acaso Step debía haber hecho la vista gorda, esforzándose por ser un «pacificador»? ¿Qué clase de pacificador sería, qué bendiciones podía esperar, si buscaba la paz a expensas de la felicidad de sus hijos?

En cuanto a Glass y Lee, era evidente que no respondían a pautas razonables de conducta. Nadie podía culpar a Step por la hostilidad de esa gente.

Alrededor de las diez comprendió que esa mañana no podría concentrarse en su trabajo. Bien podía vagar por la sala de programación fingiendo que prestaba alguna ayuda.

En el camino pasó frente a la oficina donde almacenaban equipos en desuso y notó que alguien había dejado la luz encendida. Entreabrió la puerta, metió el brazo, apagó la luz. Alguien gritó dentro de la oficina.

Step abrió la puerta de par en par y encendió la luz pidiendo disculpas.

—Lo siento, pensé que se habían dejado la luz encendida. No sabía que había alguien dentro.

Acababa de cerrar la puerta cuando comprendió que Dicky estaba en esa oficina, sentado ante un escritorio despejado, y que el ordenador que usaba no era un 64 ni un Atari. Ninguna máquina que Step hubiera visto. Abrió la puerta de nuevo.

—Disculpa, ¿ése es el Lisa? Aquí no tenemos un Lisa, ¿verdad?

Dicky ya había cubierto la máquina con una funda y enfilaba hacia la puerta. Se sobresaltó cuando Step abrió de nuevo.

—Demonios, maldito fisgón. ¿No has espiado bastante en un solo día?

—¿Desde cuándo abrir la puerta del depósito es espiar? ¿Se trata de un proyecto secreto?

—No, es un ordenador excursionista, y le gusta dormir en una tienda —replicó Dicky.

Pero Step ya había visto lo que Dicky había omitido tapar. La gran caja vacía del suelo tenía el nombre Compaq en letras caladas.

—Lo siento, Dicky. Quizá te convendría cerrar la puerta con llave.

—Me proponía echar la llave cuando abriste por tercera vez. Espero que me disculpes por contarlas.

—Lo siento —repitió Step—. Nunca más apagaré una luz en Eight Bits. Lo prometo.

Cerró la puerta y echó a andar por el pasillo. Oyó que Dicky abría la puerta de nuevo y la cerraba con furia. Vaya, Dicky, ¿ya te sientes mejor?

Step llegó a la puerta de la sala de programación, apoyó la mano en el picaporte, pero dio media vuelta y regresó a su oficina. Cogió el teléfono y llamó a DeAnne.

—¿Ya has enviado ese cheque a la compañía financiera?

—Aún no —dijo DeAnne.

—No lo hagas.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Le mencionó lo que había visto, y la actitud furtiva de Dicky. DeAnne no comprendió.

—El ordenador Compaq es un clon de IBM, el primero y el mejor. IBM. PC. Y Dicky está trabajando en ello en secreto.

—Oh, el contrato...

—Si Eight Bits hace adaptaciones para el PC cuando yo renuncie, no podré programar para un PC durante un año. Ya estoy excluido del 64 y del Atari. Tengo que renunciar hoy, DeAnne. Quizá ya sea demasiado tarde.

—Si ya es demasiado tarde, ¿de qué sirve renunciar? El bebé no ha nacido. Lo espero para el 28, pero tal vez llegue antes, como Elizabeth.

—Robbie llegó una semana después y tuvimos que inducirlo. ¿No lo entiendes? Si no renuncio ahora, jamás podré hacerlo.

—¿Pero sería tan malo, Step? Ha sido mucho mejor desde que dejaste de llegar tan tarde.

Step quería gritarle. No, no ha sido mejor, sólo más corto. Pero no gritó.

Bajó la voz y habló deprisa, ansioso de convencerla.

—Mi posición aquí se deteriora por momentos. No estoy a cargo de nada. Mi única autoridad procede de ayudar con la programación y el diseño de juegos a espaldas de Dicky, y ni siquiera eso posee mucho valor, pues prácticamente he enseñado a los programadores todo lo que sé. Dentro de un mes podría depender tanto de Dicky que cada hora de cada día resultaría insoportable. Él rechazaría todo lo que yo escribiera, me lo haría repetir una y otra vez por las razones más imbéciles. De hecho, ya lo está haciendo, sólo que lo paso por alto y no introduzco los cambios que él sugiere, ¿pero qué ocurriría si no pudiera ignorarlo más? No sabes de qué hablas cuando me dices que debería quedarme.

—Step, sólo te pido que te quedes hasta que el bebé...

—No, me pides que me quede indefinidamente. No hay un fin a la vista. Dicky sabe que he visto el Compaq. Sabe que el secreto se difundirá, y cuando se lo cuente a Ray, habrá un informe anunciándolo para que la noticia salga de ellos y no de mí. ¿Entiendes? Es ahora mismo. Ni siquiera puedo dar preaviso. Tengo que renunciar y largarme.

—No puedes hacer eso, Step, no estaría bien.

—Nada ha estado bien desde que trabajo con ellos. ¿Y ahora yo tengo que ser

honrado?

—Tienes que darles dos semanas de preaviso, y si cuestionan tu derecho de hacer juegos para PC, puedes decir que Eight Bits no respaldaba el PC cuando anunciaste tu renuncia.

—Claro. Y eso pesaría muchísimo en un juzgado.

—Tal vez sí —insistió ella.

—Mira, DeAnne. Llama a tu tío Mike. Él es abogado. Pregúntale qué debemos hacer. Háblale de mi contrato con Eight Bits, léele el contrato para ver qué piensa. Y de paso, pregúntale qué hacemos con la casa. Qué nos ocurrirá si conservamos ese dinero para afrontar los costes del parto.

—¿Te refieres a dejarles ejecutar la hipoteca?

—Exacto.

—Oh, Step, no podemos... eso no sería honrado.

—No, DeAnne, si hubiéramos firmado la hipoteca con la intención de no pagar, eso sería deshonesto. Pero la premisa de una hipoteca es que se reconoce que tal vez no puedas pagar, en cuyo caso tienen derecho a quedarse con la propiedad. Bien, no podemos pagar, así que se quedan con la casa.

—Pero podemos pagar, Step. Tenemos el dinero en el banco.

—El dinero que está en el banco no es para la casa, es sólo dinero. Y es nuestro dinero. Si lo usamos para pagar lo del bebé, puedo renunciar hoy, ahora mismo, y quizá tenga un futuro en Agamemnon. ¿No lo comprendes?

—Estás tan empeñado en renunciar que te irás sin preaviso, dejarás que ejecuten la hipoteca y permitirás que el bebé nazca sin seguro.

—Pensé que tú también querías que renunciara, que estuviera en casa, que estuviera con Stevie, que fuéramos de nuevo una familia.

—Bien, no pienso ser la mala de la película, Step. Si quieres despedirte, hazlo.

—De acuerdo, conque yo soy el malo, ¿eh? Esta vez no tomaremos la decisión juntos. Debo tomarla solo, de modo que si sale mal será culpa mía para siempre. ¡Si quisiera esa clase de vida, me habría casado con mi madre!

—Es lo más estúpido y lo más cruel que me has dicho en tu vida, Step.

—¿Eso crees? ¿Pues qué te parece esto? ¿Cómo te sentirías si te dijera que es un poco egoísta obstinarse en tener el bebé ahora? ¿Que si quisieras de veras a tu familia, aguantarías seis meses más, y sin quejas?

Luego, como se odiaba tanto que apenas soportaba su propia voz, colgó sin esperar su respuesta.

Que llamara ella, o no llamara.

Al cabo de unos minutos, como DeAnne no llamaba, se sentó a la máquina de escribir y redactó una nota.

Querido Ray:

Por la presente renuncio a mi puesto en Eight Bits Inc., lo cual es efectivo de inmediato. No es preciso pagarme por el trabajo de hoy. Gracias por brindarme el privilegio de trabajar contigo en estos meses. Lamento cualquier inconveniente que pueda causarte mi renuncia.

Sinceramente

Sacó la hoja de la máquina y firmó.

Se sentía libre.

Luego la hizo trizas y arrojó los pedazos a la papelera.

Sonó el teléfono. Era DeAnne. Lloraba, apenas podía hablar.

—Step, lo siento muchísimo, muchísimo. He sido una egoísta.

—No, yo he sido el egoísta. No me despediré. Esperaré a que nazca el bebé, y si Eight Bits respalda el PC para entonces, pues me aguantaré. Tal vez así lo haya planeado el Señor.

—No, no. Te equivocas. Lo que planeó el Señor fue Agamemnon. Tú lo sabes. Todo anduvo muy bien en San Francisco, y te gusta Arkasian y él ha cumplido sus promesas y paga bien. Tienes que conservarlo. Es sólo mi temor, mi estúpido temor el que me hizo decir esas cosas para que te quedaras en Eight Bits. Estaba equivocada. ¿No puedo equivocarme? ¿No puedo decir que me equivoqué para que tomes la decisión correcta, la que habías pensado?

Era la misma discusión, sólo que habían cambiado de bando. Cuando ambos comprendieron que ahora DeAnne lo incitaba a largarse de inmediato, se echaron a reír.

—Volvamos al plan A, DeAnne. Llama a tu tío Mike. Estaré aquí cuando me llames.

—Te llamaré enseguida. Te quiero, Chatarrero.

—Yo también te quiero, Pescadera.

Se sentó a la máquina de escribir y redactó otra carta. Era como la primera, pero daba dos semanas de preaviso. La renuncia sería efectiva a partir del 2 de agosto, y si el bebé no había nacido el día 28, lo induciría, y nacería bajo la póliza aseguradora de Eight Bits. Era la mejor solución intermedia que se le ocurría.

Dejó la carta en el escritorio, pero no la firmó. Se quedó sentado, cerrando los ojos, esperando la llamada de DeAnne. Rezó en silencio. Que el tío Mike esté en casa. Que nos dé el consejo correcto. Que Ray Keyes aún no despache un informe sobre el PC. Que todo salga bien, por favor.

Sonó el teléfono. Era DeAnne.

—Ha dicho que dejemos la casa.

—¿La casa? —preguntó Step. ¿La casa era el problema? Bien, lo era para

DeAnne. Porque para ella saldar las deudas era cuestión de honor, y si su tío les aconsejaba que la dieran por perdida, le aliviaría muchísimo la conciencia, y a la larga eso sería muy importante.

—Ha dicho que hay recesión y que Indiana es un estado muy afectado. Es posible que los bancos de allí no se ensañen con quienes no han podido levantar su hipoteca. Tal vez no figure como antecedente. De todos modos, no será nuestra muerte. Así que la daremos por perdida.

—Bien, entonces podemos utilizar el dinero del banco. ¿Qué hay del contrato laboral?

—Dijo que podía funcionar de las dos formas. Si renuncias con la creencia de que existe determinada política y antes de que te vayas cambian de parecer, quizá puedas trabajar igualmente para juegos de PC, por el modo en que está redactado el contrato.

—Pero estoy seguro de que cambiarán de política. Por eso renuncio, y Dicky no olvidará que me despedí menos de una hora después de verle trabajar con el Compaq.

—Bien, por eso dijo que podía funcionar en los dos sentidos.

—Vaya.

—Nos aconseja que renuncies ahora. Lárgate. Así no habrá ambigüedad.

—Pero Eight Bits podría correr la voz de que me he largado sin siquiera avisarles. Y sería cierto.

—Y nuestra compañía financiera podría correr la voz de que hemos dado la casa por perdida, y también sería cierto. Es como dijo el tío Mike. A veces tienes que tomar una decisión sin pensar en las consecuencias.

—Sí, pero él es abogado. ¿Qué sabe sobre el bien y el mal?

—Step, es mi tío. Él...

—Era una broma, DeAnne. Presentaré la renuncia de inmediato.

—Vuelve a casa como un hombre libre, Step. Regresa a tu familia.

—Eso quiero.

—Di que lo harás.

—Te quiero.

—¡Oh, Step!

—Di que me quieres antes de colgar.

—Te quiero.

Step colgó.

¿Por qué ahora se resistía a renunciar? Porque no le parecía honesto. La carta que correspondía presentar era la que ya había mecanografiado, antes que DeAnne llamara para contarle lo que opinaba el tío Mike. No sabía por qué. Parecía la decisión más estúpida, la decisión que lo dejaría sin empleo, sin el contrato de Agamemnon, y liado en un litigio con Eight Bits por un año. Pero al mirar esa carta sabía que era lo correcto, lo único que podía hacer para sentirse bien consigo mismo.

Podía olvidarse de la hipoteca porque el banco se quedaría con la casa, y la casa valía mucho más que la suma que ellos debían. Pero no podía renunciar a un empleo sin anunciarlo con la debida antelación.

Firmó la carta, hizo un par de fotocopias y le llevó el original a Ludy, la secretaria de Ray, quien le echó un vistazo, chasqueó la lengua y lo miró con tristeza.

—Supongo que no ganaré la apuesta —dijo.

—¿Qué?

—Creía que aguantarías hasta que hubiera nacido el bebé.

—El bebé llegará antes del final de las dos semanas.

Ella revolvió los ojos.

—¿Estás seguro de que no quieres esperar hasta que tu seguro haya cubierto el parto?

Step sacudió la cabeza.

—Hoy —dijo.

—¿No quieres tiempo para pensarlo? Puedo retenerla hasta la mañana, por ejemplo, y si cambias de parecer Ray nunca sabrá que me la has dado.

—Ludy, eres un encanto, pero quiero que le des la carta ahora mismo, por favor.

Ella sonrió.

—Vaya, los hombres os ponéis muy atractivos cuando creéis saber lo que estáis haciendo. Desde luego, nunca lo sabéis.

Step iba a marcharse, pero se detuvo.

—¿De verdad había una apuesta sobre mi renuncia?

Ella se echó a reír.

—Claro que no. O tal vez una pequeña. Tal vez aposté conmigo misma. Un helado a que te quedabas, y una chocolatina a que te ibas.

—Menuda eres.

—Adiós —dijo Ludy.

Step recorrió con paso ligero el laberinto de pasillos del fondo, donde encontró la puerta de Dicky entreabierta. Llamó.

—Adelante.

Dicky atendía el teléfono, asintiendo. Step dejó la carta encima de la máquina de escribir. Dicky le echó una ojeada mientras escuchaba el teléfono, asintió, dijo «de acuerdo», colgó y sonrió.

—Era Ray. Tu renuncia está aceptada.

—Qué rápido —comentó Step.

—Pero olvídate de las dos semanas de preaviso. ¿Dos semanas en que un empleado resentido puede causar daños? ¿Insertar fallos en nuestros programas? ¿Comunicar a sus nuevos jefes los secretos de Eight Bits Inc.?

—¿Qué? ¿Acaso estáis desarrollando armas nucleares para la OLP? Además, no

tengo nuevos jefes. Vuelvo a trabajar como independiente. Tengo un contrato para el Hacker Snack, ya te lo dije.

—Claro, por supuesto. Y te quedarás cruzado de brazos un año, esperando a que expire la cláusula que te impide competir con nosotros y revelar nuestros proyectos, ¿verdad? Recuerda, imbécil, te estaremos observando, y en cuanto veamos la menor infracción a ese contrato tendrás tantos abogados en el trasero que no podrás alejarte de ellos ni para cagar.

—Ay, Dicky, qué asco.

—Vale, hazte el gracioso, pero ahora iremos juntos a tu oficina y guardarás todas tus pertenencias personales en esa caja delante de mí. De este edificio no saldrá nada que pertenezca a Eight Bits Inc., y cuando te vayas será mejor que sea para no volver, ¿comprendes?

—¿Me estás diciendo que rechazáis mi ofrecimiento de dos semanas de preaviso, aunque no contáis con nadie que esté al corriente de mis proyectos?

Dicky rió despectivamente.

—Step, el portero podría ponerse al corriente de tus proyectos en media hora. Eres la persona más inútil, prescindible y reemplazable de esta compañía.

—Vaya, me pregunto para qué habríais de molestaros en reemplazarme.

—Busquemos una caja, Step. Cuanto antes te vayas, mejor estará esta compañía.

Eran palabras hirientes, aun viniendo de Dicky. Step había querido marcharse de inmediato pero no le pareció honesto solicitarlo, y resultaba insultante que Ray y Dicky llegaran al extremo de interpretar que estaba dispuesto a robarles. Pero era natural. Siendo deshonestos e intrigantes, daban por sentado que él se comportaría de igual modo en la situación inversa.

Step tardó cinco minutos en retirar sus papeles personales del escritorio. Dicky le impidió llevar copias de todos los informes de Eight Bits, pretextando que eran secretos internos. Step no se opuso. Ya tenía en casa los únicos documentos que necesitaba.

Sólo hubo un problema cuando Step intentó llevarse un par de discos.

—Ni hablar —dijo Dicky—. Cualquier código que figure en cualquier disco de esta oficina pertenece a Eight Bits Inc.

—Son efectos personales. Son utilitarios míos. No pertenecen a Eight Bits Inc. Mira, los arrancaré y llamaré el directorio para que lo veas.

—Podrías haber cambiado el nombre de los archivos, Step. Dame los discos.

No valía la pena. De todos modos ya tenía en casa los utilitarios que usaba con frecuencia, así que le entregó los discos a Dicky.

Dicky cogió la grapadora del escritorio de Step y atravesó los discos con grapas: *bang, bang, bang*. Devolvió a Step los discos mutilados. Step los dejó caer al suelo.

—Cuando traigas al portero para que haga mi trabajo, dile que recoja eso —dijo.

Cogió la caja con sus papeles personales y la vació en la papelera. No necesitaba nada de Eight Bits Inc., porque nunca había llevado a su oficina nada que le interesara. No había invertido nada de sí mismo en esa gente, así que no le molestaba dejar nada. Salvo su maletín, porque era un regalo de DeAnne y porque allí guardaba los materiales para sus lecciones de la Iglesia y un par de revistas para leer durante el almuerzo.

—Abre el maletín —ordenó Dicky.

—No sin una orden judicial —dijo Step.

Caminó hacia la puerta, hurgó en el bolsillo, extrajo el llavero, sacó la llave de la puerta de Eight Bits Inc. y la tiró en el bote. Para su sorpresa, acertó.

—Eres tan idiota, Dicky, que ni siquiera me has pedido la llave.

Dio un portazo en la cara de Dicky y echó a andar por el pasillo hasta la sala de programación. Abrió la puerta, saludó y dijo:

—¡He dado a esos mamones dos semanas de preaviso pero me echan de aquí! Ha sido un placer, amigos. Pasadlo bien.

Las ovaciones y aplausos le vibraban en los oídos cuando salió por la puerta trasera, subió al coche y regresó a casa.

11

Zap

Así fue cómo nació el bebé: el jueves 28 de julio DeAnne fue al consultorio del médico para averiguar por qué el bebé no demostraba la menor intención de llegar a este mundo. Era la fecha indicada, y DeAnne no deseaba disfrutar del placer de una semana extra de embarazo, como le había ocurrido con Robbie. Cuando el doctor Keese la examinó, pareció sorprendido.

—¿No ha sentido ningún dolor?

—No siento dolores de parto hasta que voy a dar a luz —dijo DeAnne.

—Prepárese, entonces. Ha dilatado seis centímetros.

—Oh —dijo DeAnne—. Eso significa que no tengo tiempo de volver a casa.

—Eso significa que debe subir al coche e ir al hospital enseguida. Le diré a Rochele que llame a su marido.

—Qué engorro. Mi madre llegará de Utah esta noche a las nueve y media. ¿Cree usted que el bebé habrá nacido y Step podrá ir a buscarla al aeropuerto?

—¿Se da cuenta de que está diciendo tonterías? —preguntó el doctor Keese—. Estas cosas ya no serán de su incumbencia durante días, y menos durante las próximas horas.

DeAnne se detuvo en recepción y pidió el teléfono.

—Hola —dijo Step—. ¿Qué noticias hay?

—Estoy de seis centímetros y el doctor dice que no tengo tiempo de volver a casa.

—Bueno. ¿Ya tienes dolores?

—No —respondió ella—. Pero sentiré de sobra después. Recuerda que mamá llega a las nueve y media.

—Ya le he pedido a Sam Freebody que vaya a buscarla si estamos en el hospital.

—¿Y cómo la reconocerá?

—Buscará a la mujer de pelo entrecano corto y rizado que tenga cara de despiste y responda al nombre de Vette.

—Hablas de ella como de un perro perdido.

—Además pienso llamarla antes de que suba al avión, para que busque a un hombre tan alto como para cambiar bombillas sin escalera y tan ancho como para que dos serpientes de cascabel le rodeen la cintura. Creo que se reconocerán.

—Sé que eres capaz de encargarte de todo, Step. Pero si no pregunto estas cosas me preocupo.

—Lo sé. ¿Acaso me he quejado? Trato de tranquilizarte para que no te preocupes.

—Bien, lo estás haciendo perfectamente. Llama a la hermana Bigelow o a Mary Anne Lowe para que cuiden a los niños.

—La primera que acepte. Y le pediré a la otra que me pade el césped.

—Muy gracioso. En cuanto una de ellas llegue allí, necesito que me traigas al hospital la bolsa donde puse todo lo que necesito.

—Sí. Ya estoy en nuestro dormitorio y acabo de abrir esa bolsa.

—No la abras, Step, o se caerá algo.

—Estoy guardando tu ejemplar de *Cena en el Restaurante Nostalgia*, que según me dijiste pensabas leer en el hospital. Te habías olvidado de ponerlo dentro.

—Odio ese tono paternalista.

—Pronto hablaré con tono prepotente.

—Adelante. Puedo aguantar cualquier cosa. Soy una mujer.

—Deja ese teléfono, deja todo en mis manos y ve al hospital. Estaré allí dentro de media hora.

—Vale, Chatarrero.

—Ah, espera... ¿Cómo se llamaba el hospital?

—Step, no puedes haberte olvidado del...

Step se rió a carcajadas.

—Eres imposible —protestó DeAnne—. Espero que este niño no se parezca en nada a ti.

—Y yo espero que sea igual que tú —dijo Step—, pero con colita.

—Te quiero y tengo miedo. Date prisa.

—Ahora vengo. Yo también te quiero.

Se pasó una sola señal de stop en su camino al hospital. Cuando entró en la sala, le hicieron sentar en una silla de ruedas. He venido hasta aquí en coche, pensó, he caminado desde el aparcamiento, ¿y ahora necesito que alguien me cuide?

¿Por qué no? Ya no estaba a cargo de la situación, y el niño había decidido llegar. Sin seguro, pero con padres que querían a los niños y lo habían esperado con esperanza, al igual que a todos sus hijos.

Step hizo primero las llamadas, aunque sudaba a mares y estaba cubierto de hojas de césped. Sam Freebody no tenía problema en ir a buscar a la madre de DeAnne. En el aeropuerto exhibiría un letrero diciendo «Sylvette Brown, abuela otra vez». Mary Anne Lowe corrió al coche para ir a cuidar a los niños en cuanto colgó el teléfono. Bappy Waters iría para terminar de podar el césped, guardar la segadora y tirar los restos. Step llamó incluso a Ruby Bigelow, con la aparente intención de avisarle de que DeAnne no podría dar su clase dominical, pero en realidad porque sabía que la presidenta de la Sociedad de Socorro querría estar informada sobre todos los nacimientos de la congregación; así, cuando otras hermanas la llamaran para avisarla, podría decir: «Ya lo sé».

Step le dijo a Stevie que abriera la puerta sólo si era la hermana Lowe, luego enfiló hacia el lavadero, se quitó la ropa sucia y corrió al cuarto de baño en ropa

interior.

—No irás al hospital en ropa interior, ¿verdad, papá? —gritó Robbie.

—Voy a darme una ducha —explicó Step.

—¿En ropa interior? —gritó Robbie. Le pareció tan gracioso que siguió a Step por el pasillo, repitiendo—: ¿En ropa interior, en ropa interior?

—No, en calzoncillos —dijo Step. Cerró la puerta del dormitorio, echó la ropa interior en el cesto de ropa sucia y se dio la ducha más rápida de su vida.

Salió, se vistió, cogió el bolso de DeAnne. Cuando llegó a la sala familiar, Mary Anne Lowe ya estaba allí, armada con libros de colorines, lápices y juegos de mesa.

—Por favor, ayudad a la hermana Lowe —dijo Step a los niños. Y a la hermana Lowe—: Los niños no comen, así que no te molestes en prepararles la cena.

—¡Papá! —protestó Robbie.

—Robbie come cualquier cosa que lleve ketchup encima —explicó Step—. Stevie sólo come pasta con queso parmesano, sin mantequilla y sin sal. Y Betsy no come, sólo procesa la comida para transformarla en una bruma y desperdigarla por toda la cocina...

—¡No le creas! —exclamó Robbie—. ¡Es una broma!

—Nos arreglaremos —dijo Mary Anne.

Step miró a Stevie.

—¿Ayudarás a tus hermanos?

—Sí —dijo Stevie.

—¿Qué esperas que sea, niño o niña? —le preguntó Mary Anne a Stevie.

—Es un niño —contestó Stevie.

—Se hizo una ecografía —explicó Step.

—Oh, también nosotros, la última vez —dijo Mary Anne—, pero no quisimos que el médico nos lo dijera. No queríamos saberlo.

—¡Lo llamaremos Zap! —intervino Robbie.

—¿Zap? —preguntó Mary Anne.

—Por Zapata —dijo Step—. Un gran revolucionario mexicano.

—¿Y quién será el próximo, Pancho Villa? —preguntó Mary Anne con una sonrisa.

—No creo. DeAnne dijo que sólo daría a un hijo nuestro el nombre del bandido que echó a sus antepasados de México si yo mismo lo paría.

—¿Por qué estás todavía aquí? —preguntó Mary Anne—. ¿No se supone que debes decirle cuándo debe jadear y todas esas cosas?

—No —dijo Step—. Creemos en el uso de la anestesia epidural. Sin dolor. Hacemos crucigramas durante el trabajo de parto.

—Vete, por favor. Me estás poniendo nerviosa.

—Gracias por la ayuda.

—No te preocupes. Ya me desquitaré.

Cuando Step llegó al hospital, DeAnne ya estaba en una sala de parto. Una enfermera recibió la bolsa y ambos iniciaron su vigilia. Todo iba normalmente. Los dolores comenzaban, y DeAnne necesitaba que Step le hablara sin cesar, salvo cuando quería silencio. A estas alturas él sabía cuándo callarse y cuándo charlar. O tal vez ella sabía indicarle cuándo no podía oír otra palabra y cuándo necesitaba desesperadamente una distracción de ese espantoso proceso que la evolución había impuesto a las hembras humanas: dar a luz crías de cabeza grande.

La enfermera entraba y salía; el anestesista le pinchó en la espalda y puso el tubo para la anestesia epidural. Luego llegaron las malas noticias.

—Una paciente del doctor Keese tiene problemas —anunció la enfermera—. Tal vez necesite una cesárea. En tal caso, les atenderá la doctora Vender. ¿Está bien?

—¿Tenemos alternativa? —preguntó Step.

—La doctora Vender estará bien —dijo DeAnne. Cuando se fue la enfermera, añadió—: La doctora Vender acaba de entrar en el consultorio donde está el ginecólogo de Mary Anne, y Mary Anne dice que está pensando en pasarse a ella. Está labrándose una gran reputación.

—No me gusta cambiar de caballo en medio del río.

—A mí tampoco. Pero así están las cosas. Si tu médico está con otra paciente cuando llega el momento, no abandona a ese bebé para atenderte.

—Quizá tengamos suerte —dijo Step.

—Quizás esa otra mujer tenga suerte.

No tuvieron suerte. DeAnne estaba lista para comenzar, y el doctor Keese aún estaba con la otra mujer. Acudió la doctora Vender, muy solemne. A Step le pareció una de esas mujeres universitarias que siempre llevaban faldas marrones hasta la pantorrilla y sonreían tímidamente si alguien hacía una broma.

En la sala de partos no tardaron mucho. DeAnne había tenido bastantes bebés, de modo que miraba cómo le realizaban la episiotomía en el espejo. Step creía que todos los partos del mundo no le bastarían para acostumbrarse a la idea, así que no miró. El bebé asomó la cabeza. Una torsión para los hombros, y abracadabra, niño varón número tres. Zap.

—Hola, Zap —dijo Step.

—¿Por qué no le dices su verdadero nombre? —refunfuñó DeAnne—. Querrá volver si cree que será Zap toda su vida.

—Hola, Jeremy Zapata Fletcher.

—¿Está bien? —preguntó DeAnne.

—Veinte dedos en total, distribuidos normalmente —sonrió Step.

Un chasquido de tijera. La doctora Vender le entregó el bebé a la enfermera, quien lo puso en la balanza.

—Sea útil, papá —dijo la enfermera—. Vigile al bebé y no permita que se vaya caminando.

—Está temblando —comentó Step—. Creo que tiene frío.

Las enfermeras estaban preparando algo en la repisa lateral. La doctora Vender se encargaba de la placenta y de suturar la episiotomía.

—¿No podemos taparlo? —preguntó Step—. Está temblando mucho.

—Venga, no preocupe a la mamá —dijo la doctora Vender—. Todo está bien.

No nos hable como si fuésemos niños, pensó Step.

—Allá vamos —dijo la enfermera. Anotó el peso de Zap y le puso gotas en los ojos—. Ya sé que esto no te gusta.

—Decididamente esto no es normal —insistió Step—. Está temblando y hay que hacer algo.

—¿Qué pasa, Step? —preguntó DeAnne.

—No pasa nada —replicó la doctora Vender—. Papá está un poquito nervioso.

—No nos trate como a chiquillos —dijo Step, perdiendo los estribos—. DeAnne y yo somos personas adultas, y queremos saber qué pasa con el niño.

—Ya hemos mandado a buscar a un especialista en recién nacidos —dijo la doctora Vender—. Parece que hay cierta actividad espasmódica. No hemos determinado la causa. No hubo anoxia ni anomalías en sus signos vitales durante el alumbramiento.

Step supuso que le estaban dando el típico discurso para eludir un juicio por negligencia. Tal vez fuera la verdad. Pero eso no respondía a su pregunta.

—¿El bebé estará bien?

—Sus signos vitales no indican nada malo. Esto no es normal, pero quizá no haya ningún peligro. Por favor, en cuanto sepa algo más le avisaré, pero es hora de que su mujer pase a la sala de recuperación.

Step le dio un beso a DeAnne y le estrujó la mano.

—¿Puedo sostenerlo? —preguntó ella—. ¿Puedo verlo?

Step sabía lo que estaba pensando: A mi bebé le pasa algo malo, y no quiero que muera sin haberlo abrazado mientras vivía.

—Claro que sí —dijo Step.

Miró a la doctora Vender enarcando las cejas. Le hizo una seña a la enfermera que sostenía al bebé. La enfermera llevó a Zap y lo apoyó en el brazo de DeAnne. DeAnne volvió la cabeza para mirarlo.

—Es hermoso —dijo.

Era verdad. Todos los recién nacidos son rechonchos y rojos, pero Zap era un bebé precioso desde el principio.

—Está temblando mucho —observó—. No tengas miedo, Jeremy. Ya te queremos. Te espera una vida maravillosa.

La enfermera cogió al bebé. Otra enfermera se llevó a DeAnne de la sala de partos, seguida por la doctora Vender.

—Me gustaría sostener al bebé —dijo Step.

—El especialista vendrá dentro de un momento —objetó la enfermera—, y tenemos que realizar las mediciones.

—No crecerá en los próximos treinta segundos.

—Es usted muy obstinado —dijo la enfermera, y Step notó que no pensaba añadir que le gustaban los hombres así.

—Lo siento. Pero este pequeñín es mucho más importante para mí que los procedimientos de rutina, y no hay una fila de gente aguardando para entrar en esta sala.

Ella le entregó el bebé. Al igual que las tres veces anteriores, lo primero que pensó Step fue: No creía que los bebés pudieran ser tan pequeños. Todos sus recuerdos de sus otros hijos eran de momentos posteriores. Los primeros minutos siempre resultaban desconcertantes.

—Creo que está temblando menos.

La enfermera no dijo nada.

—¿Esto sucede a menudo? —preguntó Step—. ¿Estos espasmos?

—Todo sucede y nada es igual dos veces.

Lo cual sugería que ella había visto morir bebés en este estado. Ella aún estaba realizando mediciones cuando llegó el especialista en neonatos, el doctor Torwaldson.

—¿Por qué no están listas las mediciones?

—Yo insistí en que me dejara sostener al bebé treinta segundos —explicó Step—. Amenacé con romperle el parabrisas del coche si no lo hacía.

—Ya he terminado aquí —dijo la enfermera. No creía que la broma de Step hubiera sido acertada.

Torwaldson empezó a auscultar al bebé.

—Es hora de que usted pase a la sala de espera, señor... Fletcher.

—Hábleme de esos espasmos —pidió Step.

—Le hablaré de estos espasmos cuando sepa de qué se trata —replicó Torwaldson—. Feno —le dijo a la enfermera—. Controlemos esto.

Step se fue. Había momentos para entrometerse, y momentos para quitarse de en medio.

No fue a la sala de espera, sino a la sala de recuperación, y las enfermeras no le impidieron que entrara para ver a DeAnne. Ella había preguntado por su marido.

—¿Está bien el niño? —preguntó DeAnne.

—El especialista lo está revisando. Mencionó feno, que para mí se asocia con barbitol. Supongo que es algo para detener los temblores.

—¿Parecía preocupado? —preguntó DeAnne.

—Parecía competente y seguro de sí mismo. ¿Cómo estás tú?

—Duele, pero me tratan bien y me están atiborrando de medicamentos. Creo que me darán una pastilla para dormir, pues me ven muy preocupada por el niño. Di una plegaria conmigo, Step. Por favor.

Step le cogió la mano y rogó que los médicos pudieran averiguar qué sucedía y hacer todo lo que la ciencia médica les permitiera para solucionar el problema. Danos una larga vida con ese niño a quien queremos tanto, mas hágase Tu voluntad.

—Creo que se pondrá bien —dijo Step—. En serio. No estaban haciendo nada del otro mundo. No era una emergencia.

DeAnne se durmió enseguida, y Step fue a la sala de espera para empezar a hacer llamadas, pero vio a la doctora Vender en el pasillo. Ella lo llamó con una seña.

—Siento haber sido un poco desagradable con usted —dijo la doctora—, pero temí que preocupara a la señora Fletcher.

—Doctora Vender, si yo veía que algo le pasaba al bebé y no se lo decía de inmediato, ella no hubiese vuelto a confiar en mí nunca más.

—Bien, algunas personas necesitan la verdad y otras todo lo contrario. Yo no les conocía a ustedes, así que recurrí a lo más seguro. Al menos lo intenté.

—Lo siento —dijo Step. Pero no lo sentía, y ella se daba cuenta.

—Torwaldson es el mejor de Steuben —aseguró ella—. Y ahora está hablando por teléfono con un neuro de Chapel Hill.

—¿Neuro?

—Neurocirujano.

—Sí, sé qué es un neuro. Preguntaba para qué lo llamaba.

—Yo diría que se ha topado con algo que nunca vio antes, o que desea una segunda opinión.

—¿El bebé corre peligro de muerte?

—Por lo que yo sé, no.

El doctor Keese salió al pasillo a la carrera.

—¡Doctora Vender! —llamó.

—Le presento al señor Fletcher —dijo la doctora Vender.

El doctor Keese extendió la mano y Step la estrechó.

—Me alegro de verle. Le conocí cuando asomé la cabeza en la sala de parto, ¿recuerda?

Step sacudió la cabeza.

—Debió de ser antes que yo llegara aquí.

—No, usted estaba allí, pero creo que sólo tenía ojos para DeAnne. Siento no haber podido atenderla, pero le aseguro que la doctora Vender hizo todo lo que hubiera hecho yo, y tal vez mejor.

Qué simpático, pensó Step. Médicos protegiéndose contra una querrela judicial.

—Señor Fletcher —dijo el doctor Keese—. El doctor Torwaldson, la doctora Vender y yo hemos convenido en que es preciso detener los espasmos, y para ello le administraremos fenobarbital al bebé. Le hemos inyectado una dosis bastante potente para su peso, pero debemos detenerlos. Una vez que los hayamos controlado, reduciremos la dosis al mínimo para mantenerlo estable. Ahora irá a cuidados intensivos, pero no creo que corra peligro de perder la vida. Ahora le ruego que se marche a casa. Es más de medianoche, y querrá estar aquí por la mañana. Entonces sabremos más, y DeAnne querrá verle. ¿Le parece bien?

¿Qué alternativa tenía? Esperó hasta saber en qué habitación internaban a DeAnne y dónde podría encontrar a Zap por la mañana, y luego se fue al coche. Acababa de subir al Datsun cuando comprendió que no había motivos para dejar el coche bueno en el hospital. DeAnne no iría a ninguna parte. El oxidado Datsun podía mantener su vigilia allí esa noche. Mientras regresaba a casa, no podía dejar de pensar: Mi hijo ha nacido con espasmos y los médicos no lo habían detectado antes. Algo anda mal con mi pequeño, y sólo puedo rezar, y no se me ocurre una sola razón por la cual Dios excluiría a la familia Fletcher de las vicisitudes normales de la vida y no creo que mis plegarias sean escuchadas. No mi verdadera plegaria, al menos. El «hágase Tu voluntad» sin duda será escuchado, pero en cuanto a la otra parte —«Haz que todo esto termine y nada salga mal, que los médicos digan que no lo comprenden, que por la noche hubo espasmos pero ahora no hay nada, y el niño será inteligente y sano y vivirá hasta los ciento cuatro años»—, no creo que Dios modifique sus planes cósmicos para dejar espacio a esa plegaria.

Vette, la madre de DeAnne, lo recibió en la puerta de la casa.

—Oh —dijo Step—, creía que estarías durmiendo.

—Y yo esperaba que llamaras desde el hospital.

Se había olvidado de llamar.

—Hubo problemas. Me mandaron a casa. Decidí llamar desde aquí.

—¿Problemas? —exclamó ella, alarmada.

—DeAnne está bien. Pero el bebé tiene un problema y no saben que es. Estaba temblando. Hablaron de espasmos. Mejor dicho, de «actividad espasmódica». Pero dijeron que su vida no corría peligro.

—Detesto esta situación —protestó Vette—. Detesto la incertidumbre.

—Pues ya somos dos. Creo que debería llamar a todo el mundo ahora. Son las once de la noche en Utah, ¿verdad?

—También Mary Anne Lowe pidió que la llamaras sin tener en cuenta la hora.

—De acuerdo. La llamaré primero.

Fue a la cocina y de pronto se encontró rodeado de insectos zumbones. Agitó las manos pero no logró ahuyentarlos.

—¿No son asquerosos esos mosquitos? —dijo Vette—. Encontré un bote de Raid y los rocié, pero siguen apareciendo más. ¿Siempre los tenéis?

—Nunca —dijo Step—. ¿Dónde está el insecticida? —Los mosquitos parecían metérsele en el oído—. Sólo me faltaba esto.

—Creo que vienen del lavadero —respondió Vette—. Aún no he encontrado ninguno en los cuartos de los niños.

—Nos pasa algo raro con los bichos —dijo Step. Entró en el lavadero y se puso a buscar el lugar por donde entraban los mosquitos. Le contó a Vette lo de los grillos y los escarabajos—. No tenemos problemas continuos con los insectos, sino que vienen en oleadas. Cada par de meses un grupo de insectos decide mudarse a nuestra casa.

Descubrió que el conducto de la secadora se había aflojado en el orificio que daba al exterior. Trató de ajustarlo, pero con el tirón se soltó. Surgió otro enjambre de mosquitos. Sólo que no venían del orificio, sino del conducto. Como si hubieran nacido dentro de la secadora.

—Dame el Raid.

Vette le dio el insecticida, y Step roció al enjambre que le revoloteaba por encima de la cabeza. Luego roció la manguera y el orificio, y tras echar una buena dosis, metió la manguera en el orificio, cogió un destornillador del armario del lavadero y ajustó el extremo para que no volviera a soltarse.

—¿Qué estamos haciendo en esta casa? —se preguntó Step cuando regresó a la cocina.

—Sobreviviendo —dijo Vette—. Haciendo lo que debéis hacer por vuestra familia.

—Nunca debimos marcharnos de Vigor.

—Step, sabes que yo pienso que nunca debisteis iros de Utah. Pero no tenéis problemas con el pequeño Jeremy porque os hayáis mudado a Carolina del Norte.

—¿Cómo voy a saberlo? Tal vez el médico se equivocó. En Salt Lake tienen millones de niños todos los años, lo han visto todo. Aquí no hay tantos niños y están aprendiendo con Zap.

Vette esbozó una mueca.

—¿De verdad lo llamas Zap?

—Bien, lo primero que dijo Robbie cuando oyó el nombre Jeremy fue «Germen, Germen», así que Zap es el menor de dos males.

—Step, las cosas pueden ir mal en cualquier parte, y a veces van bien. ¿Y sabes qué? La mayoría de las cosas que pasan no son culpa de nadie, así que cometes un pecado de soberbia al pensar que tu hijo tiene espasmos porque te has mudado a Carolina del Norte. Tú no tienes nada que ver. Es probable que el problema estuviera determinado en el momento de la concepción.

—Bien, yo también estaba allí.

Se asombró por sus propias palabras. Se llevaba muy bien con los padres de DeAnne, pero la concepción de los hijos no era un tema ideal para hablar con la suegra.

—Mejor llama a la gente. Yo vigilaré a los mosquitos.

Step llamó primero a Mary Anne. Tardó más de lo habitual, pues mencionó que el bebé estaba en cuidados intensivos y tuvo que responder: «Aún no lo sé» a cincuenta preguntas. Así sucedió con cada llamada, pero no podía callar que el bebé tenía problemas, pues se sentirían ofendidos cuando lo averiguaran. Además, si las plegarias servían de algo en esta situación, quería los rezos de la mayor cantidad posible de gente.

Terminó las llamadas alrededor de las tres. Ya había mandado a Sylvette a la cama, convenciéndola con el argumento de que por la mañana tendría que encargarse de los niños mientras él iba al hospital, y luego tendría que ir al hospital mientras Step se quedaba con los niños. Necesitaba dormir.

—También tú —replicó Vette.

—Sí, pero yo puedo echar una siesta mientras conduzco el coche para ir y volver.

Vette se echó a reír y le dejó sacar el sofá-cama. DeAnne ya lo había preparado para su madre esa mañana. Step trasladó su cuartel de comunicaciones al dormitorio. Cuando terminó de llamar y realizó su última ronda por la casa, su suegra estaba dormida.

Echó un vistazo a los niños. Betsy, acurrucada contra el Snoopy de trapo que, por razones incomprensibles, había llamado Wilbur. Robbie, abrazado a su conejo de piel. Y Stevie, que no se abrazaba a nada.

Todos estáis a cubierto en mi casa, pensó Step, pero en realidad no puedo protegeros, ¿verdad? Porque alguien más ha llegado hace menos de seis horas, y su vida corre peligro y ni siquiera estoy allí porque soy totalmente inútil. Y aquí estáis vosotros, dormidos, seguros en vuestras camas, sólo que tú tienes algo en la cabeza, Stevie, y yo no puedo meterme dentro para averiguar qué ocurre y solucionarlo. Puedo tapar un agujero y barrer a los grillos, pero después aparecen los escarabajos, y luego los mosquitos. Aunque tengas un niño perfecto, nada es perfecto nunca. Siempre se cuela algo. Las cosas buenas siempre penden de un hilo.

En el dormitorio, ya vestido para dormir, hizo lo que no había hecho en años, aunque DeAnne lo hacía todas las noches. Se arrodilló junto a la cama, como cuando estaba en su misión, como cuando era niño. Descargó su corazón y pidió misericordia para su nuevo hijo. Déjale vivir. Déjale tener una buena vida. Si está dentro del poder de mi sacerdocio curarle, déjame sanarlo cuando mañana le dé mi bendición. No quiero perderlo. Quiero a todos mis hijos, a éste tanto como a los demás, y todos los hijos por nacer que quieras darnos. No te lo lles. Le daremos lo que necesite, si nos es posible.

Luego, tendido en la cama, pensó que quizás hubiera rogado al Señor que les otorgara sesenta años de cuidar a un niño inválido. Tal vez el problema de Zap fuera tan grave que sería cruel retenerlo en este mundo si el Señor deseaba llevárselo con Él. Así que reinició la plegaria que creía haber concluido, y añadió la frase que había excluido cuando estaba de rodillas: Hágase Tu voluntad.

DeAnne estaba en condiciones de regresar a casa, pero no quería.

—Nunca me he ido del hospital sin mi hijo.

—Le verá todos los días —aseguró el doctor Keese—. Y también Step. Y también la madre de usted. Pero entiendo que usted no está asegurada, y esto les devorará los ahorros. Necesitará todo el dinero de que disponga para cuidar de Jeremy.

DeAnne guardó silencio.

—Bien —asintió el doctor—. La tendrán preparada para el mediodía.

Para pasar el tiempo, DeAnne continuó con el libro. Se había olvidado de meterlo en la maleta, pero resultó ser lo único que lograba distraerla. Leía la historia de la familia del libro y pensaba: Podemos tener problemas, pero al menos nunca seremos como ellos.

No, había algo más. El libro le hablaba, los personajes decían cosas que hallaban un eco en su corazón. Como cuando el hijo bueno decía que la vida es como un peñasco que se erosiona y pasas la vida entera apuntalándolo. Era la pesadilla de DeAnne, la que siempre la inquietaba, y él le había puesto nombre. No él, sino la autora. Tyler escribió esas palabras para mí, pensó, para que supiera que no afrontaba sola estos días terribles.

Esa última mañana en el hospital, buscó el pasaje donde la madre habla de sus «tres maravillosos embarazos» y refiere cómo contaba los meses esperando a que ocurriera algo perfecto. «Me parecía estar llena de luz —decía la madre—. La luz y los planes me colmaban». DeAnne dejó caer el libro sobre la colcha, apoyó la cara en la almohada y lloró.

Debió de dormirse mientras lloraba, porque al abrir los ojos vio a Step sentado en la silla, la barbilla en las manos, los codos en las rodillas. Miraba el vacío, clavando los ojos en la pared.

—Hola —saludó DeAnne.

—Hola, Pescadera —dijo Step, y su rostro sombrío se iluminó, y si DeAnne no le hubiera sorprendido desprevenido en ese instante, jamás habría dudado de su buen humor y su aplomo.

—Entiendo que el médico quiere echarte a patadas y mandarte a casa. Y espero que vengas.

—Lo haré. Pero todavía no.

—DeAnne, vendrás aquí al menos dos veces al día para amamantarlo. Yo te traeré aquí, o tu madre. Pero mientras tanto será mejor que estés en casa.

DeAnne le cogió la mano.

—Step, no quiero irme sin mi hijo.

—Él mejora continuamente. Y en casa no podríamos hacerle estos análisis.

—No me gusta lo que le hacen aquí. No me gusta que esté drogado todo el tiempo.

—A mí tampoco. Pero no somos médicos.

—Ellos no lo saben todo.

—Pero saben algo —alegó Step—. Y dormir en una cama de hospital no ampliará nuestros conocimientos. Por favor, ya has pasado mucho tiempo sola aquí.

—Casi nunca estoy sola. Creo que todas las hermanas del barrio me han visitado dos veces.

—Esta mañana, en la iglesia, el obispo pidió que todos rezaran y ayunaran por Zap el próximo domingo. Todo el barrio.

DeAnne se emocionó. No estaban solos. Y tal vez, con el ayuno y las oraciones de tanta gente, Dios escuchara.

O tal vez no. Tal vez fuera como en el libro. Tal vez las cosas siempre iban manga por hombro.

Step se agachó.

—Se te ha caído el libro.

—Ya no quiero seguir leyéndolo.

—¿No? Creí que te gustaba. Ayer me leíste un pasaje.

—Ella sabe demasiado —dijo DeAnne—. Duele demasiado.

—Bien, lo pondré en este estante...

—No. Dámelo.

—Al parecer sí vas a leerlo.

—No. Sólo quiero sostenerlo. ¿Está bien?

Step la miró extrañado.

—No estoy loca, Step. Es sólo... un ancla. Es otra mujer diciéndome que sabe que las cosas salen mal, y necesito aferrar el libro, ¿entiendes? Al menos no es una muñeca Barbie.

—De acuerdo. Sólo me preguntaba si no se transformará en un icono para ti. Como las Escrituras. ¿La quinta obra canónica?

—No te burles. Esto es muy difícil para mí. Siempre me he enorgullecido de tener niños perfectos. Y ahora resulta que mi única obra perfecta son mis pasteles.

—No me burlaba —dijo Step, arqueándose para abrazarla—. Y él es un bebé perfecto, DeAnne.

—No solucionarás el problema con negarlo.

—Tiene el cuerpo perfecto para la vida que Dios quiera brindarle. Para la vida que él quiera brindarnos.

El plan de Dios. No podemos hacer nada acerca de ello. Bien podríamos dejar de rezar, de intentarlo.

No, él no cree eso, comprendió DeAnne. Cuando hablamos de ello en otra oportunidad, fui yo quien argumentó que Dios debía planear todas nuestras vidas, que de lo contrario no sería justo. Y él dijo que Dios no tiene un plan para nuestra vida, sólo nos ha puesto a todos en un mundo donde, sea como fuere nuestra vida, podemos descubrir nuestra bondad y nuestra fortaleza, o nuestra debilidad, nuestra malicia y nuestra cobardía. Habla del plan de Dios para hacerme sentir mejor.

—Sigo pensando que no debimos hacer el amor tan pronto después de haber usado el espermicida por última vez.

Step sacudió la cabeza.

—No fue tan pronto, DeAnne.

—Se supone que debes esperar más tiempo. Una semana.

—DeAnne, los médicos ni siquiera saben cuál es el problema, y mucho menos la causa.

—Y el Bendictin... todas esas historias sobre el Bendictin y los defectos de nacimiento...

—En el sensacionalista *National Enquirer*, DeAnne, no en el *Scientific American* ni el *Journal of the AMA*.

—Step, no quiero volver a casa sin mi hijo.

—Pero volverás a casa sin él, DeAnne, porque sabes que es lo mejor para él, lo mejor para ti. Y siempre haces lo correcto. Así eres tú.

Ella reflexionó un instante.

—De acuerdo. Llama a la enfermera.

Esa tarde Step pasó por la farmacia para recoger la medicación contra los dolores de DeAnne. Mientras esperaba al farmacéutico, fue a mirar las revistas. Había una mujer allí, y por el rabillo del ojo Step notó que ella lo miraba y se alejaba. Miró las cubiertas de las revistas de actualidades y luego, de puro aburrido, las revistas para fanáticos de la lucha profesional.

—No piensa dejarlo, ¿verdad? —dijo la mujer.

Step alzó la vista para ver a quién se dirigía. Lo miraba a él.

¿La conocía? Le resultaba conocida, pero no lograba identificarla.

—En la galería comercial, me doy la vuelta y allí está usted. ¿No puede dejarme en paz?

Step quedó anonadado.

—Disculpe, pero creo que me confunde con otra persona.

—¿No le bastó con que renunciara a mi trabajo? ¿Va a hostigarme hasta que me suicide? —Le temblaba la voz, y parecía genuinamente trastornada. Lo que imaginaba resultaba bastante real para ella, aunque Step no comprendía por qué se

había obsesionado con él.

—Señora, nadie quiere que usted se suicide.

—Entonces déjeme en paz —jadeó ella.

De pronto Step asoció. No lo había escogido por mera locura; había renunciado a su trabajo debido a él.

—Señora Jones —dijo.

—Es usted un hombre malvado. A pesar de lo que haya hecho, no merezco que usted me persiga.

—Pero yo no la persigo, se lo juro. Es la primera vez que la veo desde...

—No me mienta —dijo ella con desdén—. Me clava los ojos continuamente. En la galería comercial se rió de mí en voz alta.

—Señora Jones, ¿cómo podía saber que usted estaría en esta farmacia? He venido a recoger una receta para mi mujer.

—No resisto más la amenaza de esa cinta grabada. Imposible. Es peor que una extorsión, es una tortura.

Le enfermaba que la mujer que había atormentado a Stevie tuviera la desfachatez de hablar de tortura. Pero no quería discutir con ella. Era un capítulo cerrado.

—Escuche, señora Jones. Acabo de traer a mi esposa del hospital y nuestro hijo recién nacido todavía está allí porque sufre espasmos cuyo origen nadie conoce, pero está en cuidados intensivos a cien dólares la hora, y no tengo seguro, y el banco se apropiará de nuestra casa de Indiana. ¿Sabe una cosa? Usted me importa un comino. No la estoy siguiendo. Estoy viviendo mi propia vida. Viva la suya y olvídense de mí porque hasta ahora yo la había olvidado por completo, y prefiero dejarlo así.

Decidió regresar al mostrador. La señora Jones lo cogió por la manga.

—Deme la cinta —pidió.

—Ni siquiera recuerdo dónde está. Mire, señora Jones, vivimos en la misma ciudad. Por fuerza nos encontraremos en una tienda, un restaurante o un cine de vez en cuando, y eso no significa nada.

—¿Así piensa defenderse cuando solicite al tribunal una orden restrictiva? Es lo que sugiere mi abogado.

—Creo que mi receta está preparada y mi mujer la necesita. Diga a su abogado que me envíe una carta —siempre que hubiera un abogado.

Retiró el medicamento, pidió al empleado que lo anotara en su cuenta y se marchó. Temía que la señora Jones lo siguiera hasta su casa, que llamara a su puerta para pedirle que dejara de seguirla. Pero cuando regresó a casa con el medicamento, las únicas personas que llamaron a la puerta eran hermanas de la Sociedad de Socorro, que iban a confortar a DeAnne. Lo que ocurra con Zap formará parte del plan del Padre Celestial, decían. Cuando se marcharon, DeAnne no pudo contener su exasperación ante Step y Vette.

—¡Claro que formará parte del plan de Dios, pero Dios no es famoso por planear cosas agradables para todos sus hijos!

Aunque estaba molesta, Step notó que la visita de las hermanas le había hecho bien. En un entorno familiar, algunas partes de su vida parecían reencauzarse. De nuevo era la maestra de vida espiritual, en vez de ser una madre indefensa atrapada en un hospital, rodeada por médicos que no sabían qué pasaba con ese bebé pero se negaban a admitirlo.

El lunes por la mañana, DeAnne pidió a Mary Anne Lowe que fuera a cuidar de Robbie y Betsy. Step llevaría a Stevie a la psiquiatra mientras Vette acompañaba a DeAnne al hospital para amamantar a Zap.

—Hace dos meses que ve a la doctora Weeks —comentó Step—. No ha habido mejoras.

—Lo sé —admitió DeAnne—. Pero estas cosas son lentas.

—Al cabo de dos meses, merecemos un informe. Por lo menos un diagnóstico. Algo. Estamos pasando por lo mismo con Zap. Los médicos investigan para averiguar qué ocurre, pero al menos nos mantienen informados. Nos explican lo que están haciendo. Y todos los días averiguan cosas sobre el bebé... al menos averiguan dónde *no* está el problema.

—La psiquiatría no es exacta.

—A eso voy. La cuenta del hospital ya suma seis mil dólares por Zap, y no sabemos cuánto tiempo más estará allí. Estamos gastando noventa dólares a la semana en la psiquiatra, casi cuatrocientos al mes, casi tanto como por el alquiler, y no sabemos dónde estamos.

—¿Quieres dejar de llevarlo? ¿Quieres desistir? ¿Interrumpir el tratamiento?

—Quiero dejarlo en casa por hoy. Quiero ir yo, hablar con ella, averiguar hasta dónde ha llegado.

DeAnne lo miró con suspicacia.

—Creo que quieres discutir con ella. Creo que quieres librarte de ella tal como te libraste de la señora Jones.

—Si quieres, llevaré el grabador y oirás todo lo que se diga.

—No, tú lo solucionarás todo.

—Te prometo que no haré nada para hostigarla. No quiero dificultar a Lee su permanencia en la Iglesia.

—Ni que Stevie la siga viendo.

—Si es lo que más le conviene.

DeAnne se quedó mirándolo.

—Me alegra que hayas decidido no decirlo —dijo Step.

—¿Decir qué? —preguntó DeAnne.

—Que no me crees capaz de evaluar si Stevie debe continuar o no.

—No iba a decir eso.

—No, pero lo estabas pensando.

—¡No puedes enfadarte conmigo por algo que he pensado y no he dicho!

—No me enfado contigo. Sólo te recuerdo que en todos nuestros años de matrimonio, nunca he actuado a tus espaldas ni he tomado decisiones familiares a las que te opusieras, ¿verdad?

—Verdad.

—Así que merezco un poco de confianza. No eres la única que quiere a Stevie.

—No seas injusto. No he insinuado semejante cosa, ni lo he pensado, ni...

—Afronto cada día bastante bien, DeAnne. Me visto, entablo conversaciones con desconocidos y casi nunca debo llamar a casa pidiendo ayuda. Me he acostumbrado a usar una tarjeta de crédito sin equivocarme, y la tienda de comestibles me permite cambiar cheques mientras lleve una nota de autorización de mi madre.

—¿Quieres hacerme llorar? —preguntó DeAnne—. ¿Quieres hacerme sentir culpable porque es la primera vez que llevas a Stevie a la doctora Weeks y me preocupa que hagas o digas algo para...?

—¿Ves? No confías en mí. Durante cinco meses te has encargado de todo en esta casa, y ahora que he regresado piensas que todo se derrumbará a menos que tú programes cada palabra que digo, a menos que yo siga tu programa a cada momento, sin desvíos ni distracciones, sin pensar por mi cuenta.

—No quiero que nos peleemos, por favor. Por favor.

—No estamos peleándonos. Sólo expreso mi resentimiento porque no confías en mi buen juicio. ¿No recuerdas que decidimos juntos que Stevie vería a la doctora Weeks? ¿O todavía crees que fue porque me manipulaste y no te atreves a desistir de la manipulación?

—¡No me hagas esto! Tengo que ir al hospital y abrazar a mi hijo, que está tan drogado que parece una muñeca de trapo, y deben succionarme la leche del pecho y metérsela en la garganta mientras duerme. Tengo que tratar con médicos que creen que ni siquiera entiendo su idioma y obligarles a explicar qué pasa con mi bebé, y ahora me atacas como...

—Bien, si tanto te interesa averiguar qué hacen los médicos con Zap, ¿por qué demonios hemos pasado dos meses enviando a Stevie a la doctora Weeks y ni siquiera sabes qué ocurre en las sesiones? Y cuando digo que iré a ver a la doctora Weeks para hacer lo mismo que tú haces con los médicos de Zap, crees que soy demasiado estúpido, temperamental o ciego para hacerlo. Bien, yo te confío la vida de Zap mientras te encargas de ello. ¿No crees que merezco el mismo respeto al tratar con la doctora Weeks? ¿O soy el vicepresidente de este matrimonio? ¿Sólo sirvo para asistir a los funerales?

DeAnne jadeó.

—¡No digas eso! —exclamó—. ¡Oh, Step, crees que se va a morir! —Rompió a llorar.

Step quedó horrorizado.

—Era sólo un modo de hablar. Sólo decía... Reagan envía a Bush a los funerales, a eso me refería. Como cuando asesinaron a Sadat. No me refería a Zap. En serio.

La rodeó con el brazo. Ella le apoyó la cara en el hombro y lloró un instante. Luego irguió la cabeza.

—No quiero hacer esto —dijo—. No quiero llorar. No pienso flaquear. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Si flaqueo, no estaré allí para cuidar de Zap. O de Stevie, o de quien sea. Estoy caminando en el borde, Step. En el borde. No debes empujarme. No debes. Eres el único a quien puedo aferrarme.

—Pues aférrate —dijo Step—. No me apartes. Confía en mí. Confía en mí como yo confío en ti.

—Discutimos porque estamos alterados, nada más. Estamos alterados y preocupados por Zap.

—Y Stevie —dijo Step.

—Sí. Y Stevie. Ahora debo irme.

—DeAnne, tengo que saberlo. ¿Estás conmigo en esto?

—¿En qué?

—En preguntarle a la doctora Weeks qué pasa con Stevie.

—Sí. Haz lo que creas correcto.

—No haré nada. Sólo quiero informarme, tal como tú te informas acerca de Zap. ¿De acuerdo?

Ella lo miró con firmeza.

—Si consideras que la doctora Weeks no es una ayuda, puedes interrumpir las sesiones. No es necesario que lo consultes conmigo.

—Pero no lo haré. No las interrumpiré sin comentártelo antes.

Así fue como Step fue solo al consultorio de la doctora Weeks, siguiendo las indicaciones que le había dado DeAnne. Cuando Step entró, la doctora Weeks se levantó y lo saludó cálidamente.

—Señor Fletcher.

—Por favor, llámeme Step.

—De acuerdo, Step. Estaba pensando que ya era hora de que tuviéramos una reunión con usted y su mujer.

—Ella está en el hospital. Nuestro bebé está en cuidados intensivos.

—Oh, lo siento. ¿Qué sucede?

Step se lo explicó brevemente, luego dijo:

—Por eso he venido hoy. Nos las estamos arreglando sin seguro. Las cuentas de estas sesiones ascienden bastante, y he pensado que era el momento de evaluar la situación... qué ha averiguado usted sobre los problemas de Stevie, qué perspectivas ve para el futuro.

—Bien, Stevie y yo hemos avanzado bastante. Ahora habla con frecuencia, en nuestras sesiones. Creo que se está acostumbrando a mí.

Step se exasperó. ¿Habla con frecuencia? ¿Acaso hemos pagado por sesiones donde ni siquiera hablaba? ¿Al cabo de dos meses se está acostumbrando? Pero recordó las advertencias de DeAnne y contuvo la lengua.

—Al margen de eso —continuó la doctora Weeks—, todavía estoy en el proceso de diagnóstico. Su resistencia a hablar es, sin lugar a dudas, uno de los síntomas de su trastorno, pero ello retarda el diagnóstico. Creo que dentro de un par de meses podré darle una evaluación. Entretanto... —Hojeó unos papeles que tenía en el escritorio.

Tratando de conservar la calma, Step interrumpió.

—Lo que busco, doctora Weeks, no es un juicio definitivo, sino una explicación de lo que sabe, o de lo que sospecha, hasta ahora. DeAnne y yo tenemos que decidir *ahora*, no dentro de dos meses, si debemos continuar el tratamiento.

—No tengo inconveniente en llegar a un acuerdo sobre los pagos. Pero no puedo comentar un proceso en marcha, y menos si usted no es el paciente.

—El paciente tiene ocho años. Y si yo fuera su colega, usted no se opondría a comentar conmigo las posibilidades.

—Pero usted no es psiquiatra, Step.

—Soy doctor en historia, doctora Weeks. La historia no es una ciencia exacta como la psiquiatría, pero al menos soy una persona con cierta cultura, y si usted intenta explicarme qué pasa con Stevie, la entenderé. —Pensando en lo que ocurría con Zap en el hospital, añadió—: Por ejemplo, usted debe tener alguna idea de lo que *no* le ocurre. Las cosas que ha descartado.

—Sería mucho más útil para el tratamiento, Step, que usted y su mujer asistieran a algunas sesiones conmigo. Sospecho que esa insistencia en apresurar el procedimiento de diagnóstico puede sugerir un posible origen de la anormal reacción de Stevie ante el estrés.

Debí sospecharlo, pensó Step. El hecho mismo de que le exija una responsabilidad es una prueba de mi trastorno. Bien, no permitiría que Weeks estableciera una relación doctora-paciente con él.

—De acuerdo. Si usted nos explica cuál es el problema y por qué nuestra asistencia como pacientes puede ayudar, tal vez aceptemos integrarnos al proceso terapéutico.

—Step, usted manifiesta cierta hostilidad hacia los psicoterapeutas, junto con una

manifiesta fascinación que le ha inducido a aprender algunos aspectos de la jerga. No me sorprendería que inconscientemente haya transmitido esta hostilidad a Stevie.

—Doctora Weeks, mis esfuerzos por averiguar lo que sucede entre usted y Stevie no fueron la causa de sus problemas.

—No insinuaba semejante cosa. ¿Por qué siente la necesidad de defenderse?

—Doctora Weeks, usted interpreta mal nuestra relación. Estoy aquí como padre de Stevie. Si lo hubiera llevado a un pediatra porque tenía tos, tendría derecho a exigir que el pediatra me explicara cuál es la causa de esa tos y qué se propone hacer al respecto, y él no me diría chorradas sobre mi posible comprensión de las ramificaciones de la función pulmonar ni me preguntaría si últimamente he tenido problemas de respiración. Hace dos meses que Stevie viene aquí, y al parecer usted sólo ha observado que actúa con desgana y tiene amigos imaginarios, una conclusión asombrosamente parecida a la que ya teníamos antes de traerlo. Comprenda que no me propongo inmiscuirme en el tratamiento. Simplemente, tengo la responsabilidad de saber en qué consiste el tratamiento y qué se propone lograr.

—Le explicaré por qué soy reacia a hablar de esto con usted, señor Fletcher. Dada la importancia de los padres en la vida de un hijo, es inevitable que los padres de Stevie formen parte del origen de sus problemas. Esta idea resulta amenazadora para usted, y temo que usted retire a Stevie del tratamiento con el fin de proteger su propio ego. Eso podría ser muy perjudicial para el niño.

Step notó que ella procuraba manipularlo para que se echara atrás. Cualquier objeción sería calificada como un intento de proteger su ego. Pero se abstuvo de hacer réplicas mordaces.

—Doctora Weeks, DeAnne y yo sabíamos desde el principio que la resolución de los problemas de Stevie implicaría cambios en nuestra vida. Estamos dispuestos a hacer lo necesario para ayudar a nuestro hijo, y no tengo miedo de encontrar fallos en mi actividad de padre. Pero le aseguro que interrumpiré el tratamiento de Stevie si usted no me cuenta lo que ha averiguado acerca de su estado.

Ella lo miró con aire distante. Debía de haber pasado horas frente a espejos en la facultad, pensó Step, practicando esa cara de estar por encima de los conflictos emocionales de los simples seres humanos.

—De acuerdo, señor Fletcher. Le diré qué posibilidades estoy estudiando como diagnósticos para el estado de su hijo. Primero, quizá se trate de un mero trastorno facticio. Segundo, quizá...

—¿Trastorno facticio?

—Es lo contrario de lo que sugiere la palabra, señor Fletcher...

—Sé qué significa *facticio*. Explíqueme qué es un *trastorno facticio*.

—Para un lego, significa que Stevie puede estar mintiendo sobre esos amigos imaginarios porque sabe que así inquieta a sus padres y está ávido de la atención que

ello provoca.

Step sofocó el deseo de decir que, Stevie no mentía, jamás había mentido, decía la verdad aunque le diera vergüenza, aunque estuviera seguro de que lo castigarían por ello. Si Stevie decía que jugaba con amigos imaginarios, creía realmente que estaba jugando con esos amigos, y no se trataba de un puñetero trastorno facticio. Dijo simplemente:

—¿Y su segunda hipótesis?

—Es posible que sea un mero trastorno de adaptación, con depresión y distanciamiento.

—¿Y eso qué significa?

—Que la mudanza a Carolina del Norte lo perturbó gravemente. Se sintió separado de sus amigos, de un entorno seguro y conocido, y se vio sumergido contra su voluntad en un entorno aterrador donde es incapaz de comprender lo que sucede y de protegerse de los demás. En tal caso, estos amigos imaginarios serían un esfuerzo alucinatorio del inconsciente para recrear el entorno seguro del pasado, mientras que su depresión indicaría que las alucinaciones no logran enmascarar su infelicidad. No cree en la realidad falsamente dichosa que su mente inconsciente ha creado.

Step se abstuvo de decir que eso era precisamente lo que pensaban DeAnne y él antes de traerle a la consulta.

—¿Qué hacemos al respecto? —preguntó.

—Esa era una hipótesis, no un diagnóstico, y por tanto no haremos nada al respecto.

—Pero si resultara ser acertada, ¿cuál sería la decisión correcta?

—Aquí entramos en territorio peligroso, puramente especulativo.

—Lo comprendo, y no le estoy sugiriendo que haga nada impropio. Sólo quiero saber cómo sería el tratamiento si éste resulta ser el diagnóstico.

—Bien, podríamos comenzar por hacer que ustedes se comunicaran con los padres de sus ex amigos de Indiana, para lograr que le escriban o le telefoneen. Sin embargo, tal vez no sea efectivo, porque los niños de esa edad no son muy hábiles para establecer contacto emocional significativo a través de medios indirectos como el teléfono y las cartas.

—¿Y? —preguntó Step.

Le preguntaba qué otros tratamientos podrían utilizarse en caso de que el problema de Stevie fuera un trastorno de adaptación con depresión y distanciamiento. Pero la doctora Weeks lo interpretó como una invitación para exponer la tercera hipótesis.

—El tercer diagnóstico posible es el que me parece más probable, y también el que más le costará oír con imparcialidad, y por tanto le pido una actitud abierta.

Step asintió, aunque era evidente que ella no le creía capaz de ello.

—Creo que el mejor modo de explicar la conducta de Stevie no consiste en considerarla un estado nuevo, inducido por la mudanza a Carolina del Norte, sino como una exacerbación de un estado preexistente de cierta gravedad, el cual permaneció inadvertido porque había durado tanto que ustedes lo tomaron como parte del carácter de Stevie.

—¿Y por qué sólo lo notamos desde...?

—Por favor, una actitud abierta. El estrés de la mudanza alteró el patrón de comportamiento, y ustedes notaron el cambio, no la manifestación inicial del trastorno.

—¿Y cuál sería ese trastorno?

—Trastorno disociativo atípico. Está documentado principalmente en personas que han sufrido intensas experiencias de lavado cerebral, pero yo opino que es mucho más frecuente aunque nadie lo diagnostique.

Step quedó apabullado.

¿Qué experiencia podía haber sufrido Stevie que produjera los mismos efectos que un lavado de cerebro?

—En realidad, la mayoría de los niños americanos están sometidos a una forma de adoctrinamiento desde los primeros años, en los cuales se les refuerza continuamente la creencia en una figura poderosa que en realidad no existe. Sin embargo, se les brindan pruebas que respaldan esta creencia, acompañadas por historias que inducen al niño a suponer que el mundo entero cree en dicha figura mítica.

—¿Me está diciendo que Stevie tiene problemas porque le hemos enseñado a creer en Santa Claus? —preguntó Step, incrédulo.

—Todo lo contrario. Considero que Santa Claus es bastante beneficioso, pues cuando el niño al fin es autorizado, u obligado, a reconocer que Santa Claus no existe, puede afrontar el vital proceso intelectual de reconstruir la realidad a la luz de nuevos datos y nuevas referencias que dan cuenta de los acontecimientos pasados. Ello prepara al niño para muchas desilusiones y le brinda una experiencia vital y firme para mantener su sujeción a la realidad al margen de las historias que se le hayan contado en cualquier momento.

—Conque Santa Claus es bueno.

—Santa Claus no atenta contra la adaptación, y se puede encauzar hacia un buen fin. Dudo que muchos padres tengan este propósito cuando cuentan a sus hijos esa ridícula historia de la chimenea.

—No, supongo que no.

—Santa Claus no está en la raíz del problema de Stevie, desde luego. Ya ejerce un saludable escepticismo hacia esa historia.

¿Te hemos pagado noventa pavos la hora para averiguar si Stevie creía en Santa

Claus?

—Stevie ha sido sometido a otro sistema de creencias no consonantes cuyas implicaciones son mucho más decisivas en su interpretación de los hechos de su vida. Siente el enorme peso de la presión por demostrar su lealtad a este sistema de creencias, y por tanto ha tenido que presentar experiencias personales de respaldo para contárselas a usted y a su madre. Sin embargo, a Stevie se le ha enseñado a ser totalmente fiel a la verdad, y no puede hacer como muchos niños, que simplemente mienten, describiendo experiencias que no tienen. Y, al ser un niño de temperamento plácido, tampoco ha podido alcanzar el nivel de desborde emocional donde se manifiestan los fenómenos histéricos, que es el modo más normal de satisfacer estas expectativas.

—Está hablando de religión, ¿eh? —preguntó Step.

—Y la religión mormona en particular, pues entiendo que la secta de ustedes es algo carismática, aunque no en extremo. Por lo que he averiguado de Lee, hay considerables exhibiciones emocionales en las reuniones testimoniales mensuales, en la que mucha gente se pone en pie y llora mientras habla. Es claramente un fenómeno de histeria, y no es nocivo. Muchas iglesias del Sur poseen una tradición similar que les ha resultado útil como descarga emocional. Sin embargo, Stevie es uno de esos desafortunados que no pueden generar la histeria apropiada, y tampoco está dispuesto a mentir o a fingir. Por lo tanto, genera alucinaciones.

—Doctora Weeks, las únicas alucinaciones que ha tenido Stevie son sus amigos imaginarios, a partir de nuestra llegada a Steuben.

—No esté tan seguro. Stevie me ha contado que en la primera infancia tuvo varias experiencias en las que detectó una presencia maligna que amenazaba con destruirle. Inmediatamente lo reconocí como el temor al padre que es habitual en niños de esa edad, y que luego superan. Sin embargo, él dice que habló con usted y con su madre de esos «sustos» y «malos sentimientos», cómo él los llamó, y que los dos le respondieron que esos sentimientos tenían su origen en el diablo.

—Dijimos que quizá fuera así —precisó Step. Procuraba conservar la calma, pero se sentía invadido cuando ese ojo escéptico escudriñaba esos tiernos momentos de la infancia de Stevie, cuando él y DeAnne habían procurado no imponer sus interpretaciones de los sueños de Stevie.

—Para un niño de esa edad, la distinción entre «quizá fuera» y «es» no tiene relevancia. Pero no pretendía que usted lo supiera, pues también está atrapado en el mismo sistema de creencias. De todas formas, Stevie comenzó a asociar todos los fenómenos espirituales, sobre los cuales oía hablar mucho pero de los cuales no experimentaba nada, con la angustia edípica de su primera infancia...

—Cuando tenía miedo de noche —la interrumpió Step—, yo me quedaba junto a su cama un par de horas, hasta que se dormía, cantando o tarareando. No tenía miedo

de mí.

—Naturalmente, él ignoraba que tenía miedo de *usted*. Había desplazado el temor hacia una entidad imaginaria a la cual usted dio nombre. Desde entonces, su respuesta ante las presiones de la cultura de ustedes ha sido alucinar, e invariablemente ustedes calificaron estas alucinaciones como experiencias espirituales. De esta forma pudo formar parte de su cultura. Un lavado de cerebro.

—Me sorprende que usted haya permitido que Lee ingresara en nuestra iglesia, si opina eso de nosotros.

—Soy científica, señor Fletcher. No quiero ofenderle. Simplemente, creo que perjudicaríamos a Stevie si no reconociéramos que hace tiempo que sufre alucinaciones que no están relacionadas con la mudanza a Carolina del Norte. Si tratáramos únicamente los síntomas que han surgido después de la mudanza, dejaríamos sin resolver el problema esencial.

—Siempre que este diagnóstico sea correcto.

—Como he dicho, sólo me inclino hacia esta interpretación. Pero debe comprender que cuando él me habló de su bautismo, diciendo que durante esa experiencia vio una luz brillante en el agua, la cual entró en él y ahuyentó toda la oscuridad de su cuerpo, bien, eso me demuestra que está viendo algo más que amigos imaginarios.

Stevie no había hablado a nadie de esta experiencia, salvo a la doctora Weeks, que la consideraba una locura.

—¿Usted sabe que fue una alucinación? —preguntó Step.

—Usted estuvo allí, señor Fletcher. ¿Vio usted esa luz?

—No.

—Cuando una persona en medio de testigos ve algo que nadie más ve, es razonable considerar que estas experiencias son alucinaciones.

—O quizá él tenga visión más aguda que los demás.

—¿Sí? ¿Cree que existe una fuente lumínica subacuática que nadie más pudo ver?

—Creo que es posible que algo sea subjetivo y real al mismo tiempo —dijo Step—. El hecho de que lo vea una sola persona no significa necesariamente que no existe.

—Con ese criterio, señor Fletcher, no entiendo por qué ha traído aquí a Stevie. A fin de cuentas, la preocupación de usted y la señora Fletcher era que Stevie veía amigos imaginarios que nadie más veía.

Step nunca había pensado en los amigos imaginarios de esa manera. Le molestaba que la mujer identificara las experiencias espirituales con las ilusiones de Stevie. Pero las había identificado, y si estaba en lo cierto, si eran semejantes, la extraordinaria sensibilidad de Stevie, su capacidad para discernir el bien y el mal, su afinidad con el aspecto espiritual de la vida, todo eso también era imaginario, alucinatorio.

Por otra parte, podía significar lo contrario. Que la sensibilidad de Stevie a las cosas espirituales fuera real, de modo que su capacidad para ver amigos imaginarios fuera real. En cuyo caso la doctora Weeks tenía razón. Habían cometido un error garrafal llevándolo allí. Tal como había dicho la verdad sobre esa historia aparentemente absurda acerca de los malos tratos infligidos por la señora Jones, ahora también estaba diciendo la verdad sobre esos amigos imaginarios.

En cuyo caso había niños invisibles jugando en el patio cuando Stevie salía.

No, pensó Step. No. Esto no es verdad porque la doctora Weeks se equivoca lamentablemente. Sus amigos imaginarios no son lo mismo que su sensibilidad espiritual. Lo primero que mencionó —trastorno de adaptación con depresión y distanciamiento— bastaba para explicar todos los síntomas, o al menos los que Step y DeAnne consideraban síntomas. La doctora Weeks odiaba la religión, y estaba dispuesta a ver trastornos psicológicos en la cosmología del mormonismo.

Por cierto, si odiaba la religión, ¿por qué llevaba a Lee a la iglesia todas las semanas?

—¿Existe otro diagnóstico posible? —preguntó Step.

Ella se refirió brevemente a un trastorno esquizofrénico de tipo residual, pero era evidente que la posibilidad no le resultaba convincente.

—Pero veo que usted prefiere un diagnóstico que no proyecte dudas sobre su estimado sistema de creencias.

—Prefiero lo que sea mejor para Stevie —objetó Step—. Sé muy bien cómo ven nuestras creencias religiosas quienes no las comparten.

—¿Permitirá que Stevie continúe con el tratamiento?

—No tomo esas decisiones a solas. Tendré que consultarlo con mi mujer.

—Tráigala —asintió la doctora Weeks—. Creo que es hora de que ustedes participen en el tratamiento. Creo que si se redujera, y conste que no digo cesara... si se redujera la constante insistencia para que Stevie demuestre lealtad hacia sus sistema de creencias, él podría adoptar estrategias más normales para afrontar estas expectativas parentales y sociales. Podríamos eliminar las alucinaciones en un par de años, siempre que colabore toda la familia.

—Gracias por su buena voluntad al contarme todo esto, doctora Weeks. Veo que usted ha hecho lo posible por comprender la situación de nuestro hijo.

—¿Entonces, hay esperanzas de que yo continúe trabajando con este encantador niño?

—No sé qué sucederá. Como le he dicho desde el principio, el dinero es una preocupación primordial para nosotros en este momento. Pero si interrumpimos el tratamiento de Stevie, no será porque pensemos que usted no ha dado lo mejor de sí como terapeuta.

La doctora Weeks asintió grácilmente. Era demasiado profesional para permitirse

una sonrisa, pero Step estaba bastante seguro de que la había congraciado con él y con Stevie, e incluso con la Iglesia, de modo que no dejaría de llevar a Lee. No atinaba a entender por qué llevaba a Lee a la iglesia, dada su actitud hacia la religión, pero eso no le incumbía y él no quería ser un obstáculo.

Al salir confirmó a la recepcionista la cita de la semana próxima con Stevie. Luego salió del consultorio, apagó el grabador y regresó a casa. DeAnne escucharía la cinta esa noche, y Step dudaba seriamente de que Stevie regresara al consultorio de la doctora Weeks.

DeAnne tuvo una mañana frustrante con el bebé. No conseguían estimularlo para que comiera. Una enfermera le ayudó a extraerse la leche, algo que nunca había hecho con los otros niños, y la almacenó en la nevera para alimentar luego al pequeño Jeremy, pero eso no bastó para aplacar la angustia de DeAnne.

Cuando manifestó al especialista en neonatos su preocupación por la excesiva somnolencia del bebé, él movió la cabeza en un gesto paciente.

—No puede esperar que un niño que ingiere medicación antiespasmódica reaccione como los demás. Y mientras ignoremos el origen de la actividad espasmódica, sería irresponsable suprimir la medicación. Los espasmos pueden producir lesiones cerebrales serias, incluso la muerte.

—¿El exceso de fenobarbital no puede causar problemas?

—Podría, si ingiriese demasiado —admitió el doctor Torwaldson—. Pero no es el caso. —Y no dio más explicaciones.

Pero DeAnne no podía ahuyentar su preocupación, y cuando pasó el doctor Greenwald, el pediatra, le explicó todo de nuevo.

—Está perdiendo peso, ¿verdad? Más de lo normal. ¿No era una de las cosas que nos preocupaba? Y el fenobarbital le causa tanta somnolencia que no come...

—Mire, haremos una cosa —dijo el doctor Greenwald—. Iremos a la sala de cuidados intensivos y echaremos un vistazo a la dosis. Nunca está de más hacer una comprobación.

DeAnne y Vette lo siguieron a la unidad de cuidados intensivos, donde el doctor se detuvo a mirar unos bebés antes de llegar a Jeremy.

—Hola, Zap —dijo. Metió la mano en los guantes de la incubadora y palpó al bebé, alzándole los brazos y las piernas, un párpado.

—Estos niños me rompen el corazón —dijo Vette—. Tan pequeñines y tan... enfermos.

—Ah, pero no a mí —dijo el doctor Greenwald—, porque hoy todos mis pequeñines andan muy bien. Creo que los salvaremos a todos. En especial a Zap. Tiene muy buen aspecto.

DeAnne notó con resignación que el nombre Zap era tan pegadizo que todos lo

usaban, aunque ella se obstinaba en usar Jeremy. Pero mientras el médico le dijera que Jeremy andaba bien, no le importaba cómo lo llamara.

—Pocas reacciones, ¿verdad? —dijo el doctor Greenwald.

—Como una muñeca de trapo —suspiró DeAnne.

El doctor Greenwald miró el gráfico.

—Caramba, vaya dosis de feno.

—¿Cree que es demasiado?

—No —dijo el doctor Greenwald—, es una dosis normal.

—Oh. Yo pensaba... no puede ser bueno que tenga tanto sueño como para impedirle comer.

—No, no es bueno. Yo diría que tiene demasiado feno en el organismo.

—¿Entonces no es una dosis normal?

—El fenobarbital es un fármaco raro. Cada cuerpo la asimila de un modo diferente. Yo diría que el organismo de su hijito no elimina el fármaco con tanta rapidez como la mayoría, y la está acumulando. Entra una dosis normal, pero luego se acumula.

—¿No puede usted hacer nada?

—Bien, no es muy difícil. Reducimos la dosis hasta comprobar que se mantiene en el nivel correcto en la sangre. Habrá que hacer más análisis.

—¿Tienen que seguir extrayéndole la sangre de la cabeza?

—¿No le gusta el corte de pelo? Bastante punk, diría yo. Verá usted, es un recién nacido. Sus venas no son grandes ni fáciles de encontrar. Caramba, si usamos agujas más gruesas que este dedo.

—De acuerdo, sé que no puede evitarse, pero me resulta espantoso. Doctor Greenwald, ¿le molestaría decirme cuál es la dosis actual?

—¿Los números significarían algo para usted?

—No. Pero si el número no baja mañana, sí significará algo para mí.

El doctor Greenwald sonrió.

—Es usted bastante terca, ¿verdad?

Ella no devolvió la sonrisa.

—Es mi hijo —dijo.

—Doctor Greenwald —dijo Vette, frente a otra incubadora—. ¿Está bien que a éste le gotee líquido de la aguja?

Greenwald fue hasta la incubadora donde estaba Vette.

—No es uno de mis pacientes, pero no tiene buen aspecto. Sin embargo, no ha pasado mucho tiempo. La sábana ni siquiera está manchada. ¡Dana! —llamó.

Acudió una de las enfermeras.

—Eche un vistazo aquí mientras llamo al doctor Yont.

La enfermera llamada Dana se acercó y sacudió la cabeza.

—¿Otra vez has sido una niña mala, Marisha? Te quitas las agujas. Creo que la próxima vez tendremos que graparla. —Miró a Vette—. Gracias por fijarse. Revisamos a los bebés cada cinco minutos, además de mirar continuamente el monitor, pero cada instante cuenta. Ésta es tan pequeña que nos cuesta muchísimo encontrar una vena, ¿verdad, Marisha? Y cuando hace un movimiento brusco, se la saca.

—Es tan pequeña —comentó Vette.

—Sí —dijo Dana—. Tal vez la perdamos. No ha mejorado, y a veces está peor.

—Pobres padres —dijo DeAnne, pensando en la angustia que sentiría si alguien dijera lo mismo de Jeremy.

—No sé. Si Marisha vive, sufrirá graves lesiones cerebrales. No será una vida muy atractiva. A veces Dios es misericordioso y les permite regresar a casa sin pasar por este valle de lágrimas.

En ese momento Step entró en la UCI.

—Ah, esperaba que aún estuvierais aquí.

—¿Mary Anne todavía está con los niños? —preguntó DeAnne.

—Cuando llegué a casa, su marido estaba allí y se ofreció para venir y ayudarme a dar a Zap una bendición.

Harv Lowe se acercó, caminando asombrado entre las incubadoras.

—Deben de ser niños muy duros —dijo Harv—, si tienen que clavarles tantas agujas para mantenerlos tranquilos.

Dana se echó a reír.

—Oh son durísimos.

—¿Es preciso usar estos guantes con Zap? —le preguntó Step a la enfermera—. No tiene una enfermedad contagiosa, y tiene el peso adecuado. No es imprescindible tocarlo con las manos, pero sería mejor.

—Tendrá que pedir autorización al doctor Torwaldson para abrir esa caja —objetó Dana.

En ese momento el doctor Greenwald regresó con alguien que por lo visto era el doctor Yont, quien de inmediato se puso a dar órdenes y a atender a la niña cuya aguja se había aflojado. Todo el personal trabajaba con gran concentración, como si el problema fuera mucho más que una aguja floja. A DeAnne no le molestaba esperar. Agradecía que Jeremy no fuera la causa de la emergencia.

Poco después llegó el doctor Torwaldson, y el doctor Greenwald se apartó de los demás y se acercó a los Fletcher.

—No es uno de mi pacientes y no soy experto en recién nacidos —dijo—. Además soy un estorbo ahora que ha llegado Torwaldson.

—¿La niña se pondrá bien? —preguntó Vette.

—No lo creo —dijo el doctor Greenwald—. Pero a veces dan sorpresas. A veces

tienen muchas ganas de vivir.

—¿Cree que de verdad tienen deseos? ¿Cuando son tan pequeños?

—Todo depende de creer si tienen alma o no. Yo creo que sí, y pienso que el alma puede tener deseos aunque el cuerpo no esté preparado para expresarlo en palabras. He visto bebés que se aferran a la vida con todas sus fuerzas, y he visto a otros que desisten y se van. No lo dicen, pero así lo siento yo.

—¿Eso está haciendo Jeremy? ¿Desistiendo?

—Para responder a esa pregunta, esperemos a ver cómo es cuando está consciente.

—Doctor Greenwald —dijo Step—, creo que usted me entenderá. Queremos dar una bendición al niño, y nos gustaría tocarlo con las manos. También lo ungimos con una gota de aceite de oliva puro, en la frente o la coronilla. ¿Es posible?

Greenwald miró de soslayo a Tonvaldson.

—No veo por qué no. Zap es un chico muy fuerte. Comparado con los demás, es un Larry Holmes.

El doctor Greenwald abrió la incubadora, y Harv cogió el aceite, ungió la frente de Jeremy con una gota, y pronunció una breve plegaria. DeAnne notó que el doctor Greenwald observaba, inclinando la cabeza con respeto. Step y Harv tocaron ligeramente al bebé, y Step cerró la ceremonia con una plegaria más larga, la cual variaba según las necesidades de la persona que recibía la bendición, y según lo que Step se sintiera inclinado a decir.

Hace sólo un par de meses, pensó DeAnne, Step confirmó a Stevie, y ahora ofrece a su hijo más pequeño otra clase de bendición. Le confortaba saber que su esposo era capaz de hacer esto, capaz de invocar los poderes del cielo por el bien de sus hijos. Yo puedo darle leche de mi cuerpo, lo nutrí dentro de mí durante nueve meses, y Step no podía compartirlo. Pero él puede darle esto a nuestro hijo.

Aunque la bendición le resultó elocuente, DeAnne notó que Step no mencionaba la curación. Bendijo a Jeremy pidiendo que los médicos reconocieran sus propias limitaciones y no cometieran errores, y que el niño pronto estuviera en su hogar con sus padres y sus hermanos.

El doctor Greenwald estrechó la mano de Step después de cerrar la incubadora.

—¿Es usted predicador? —preguntó.

—No. Soy programador de ordenadores. Harv es contable.

—Bien, me ha gustado ver a un padre haciendo eso con su propio hijo. Nunca lo había visto.

Desde la otra incubadora, donde se habían reunido los demás médicos, llegó un claro murmullo: «Se ha ido». Un instante después, mientras los médicos se alejaban, DeAnne oyó el murmullo del doctor Yont: «Llamaré a los padres».

DeAnne rodeó con el brazo a su madre, quien estaba muy conmovida. Notó que

el doctor Greenwald extraía un pañuelo, se enjugaba las gafas y se tocaba los ojos.

—Nunca me acostumbro —dijo el doctor—. Aunque no sean mis pacientes. No me gusta perderlos. —Recobró la compostura—. ¿Por qué no salimos de la UCI? No es preciso presenciar lo que ocurre aquí ahora.

Mientras los guiaba hacia el pasillo, el doctor Greenwald los tranquilizó.

—Su hijo no corre peligro ahora, y en cuanto a ese sopor, bien, hablaré con Torwaldson esta tarde. Veremos alguna mejora cuando hallemos la dosis adecuada para su organismo. Ha sido un placer conocerle, señor Fletcher, señora...

—Brown —dijo Vette.

—Un placer —dijo Harv, estrechándole la mano.

Greenwald se fue.

—Me alegra que Zap esté en sus manos —dijo Step—. El afecto que siente por esos bebés tiene que ayudarles. Y... él... nos toma en serio.

—Gracias por haber venido —le dijo DeAnne a Harv.

—Tengo una idea —dijo Vette. De pronto hablaba animadamente, olvidando la atmósfera sombría de cuidados intensivos. Tenía el don de conocer el momento apropiado para cambiar el estado de ánimo de un grupo—. Harv podría acompañarme a casa mientras vosotros volvéis juntos en el otro coche.

—Muy bien —asintió Harv.

—Gracias —dijo Step—. Necesitaba hablar con DeAnne.

—Con una condición —dijo Vette—. Yo voy en el Renault. Tiene aire acondicionado.

—Nosotros abriremos las ventanillas del Datsun —se resignó Step—. Aún tendremos calor, pero nuestro sudor ayudará a regar los jardines de ambos lados de la calle.

Cuando estuvieron a solas en el Datsun, DeAnne preguntó por la bendición.

—¿Por qué no pediste que se curara?

—¿Crees que no quería hacerlo? ¿Crees que no era lo que tenía planeado?

—El otro día fuiste muy fatalista —dijo DeAnne—. Mejor dicho, ayer. ¿Fue sólo ayer? Pensé que ya te dabas por vencido.

—Traté de hablar de la mejoría de Zap y de pedir que tuviera un cuerpo sano y normal, pero no pude decirlo. Tal vez sea falta de fe por mi parte, o tal vez recibí el mensaje de no bendecirlo así. De cualquier modo, ¿qué podía hacer? Dije lo que pude —rió despectivamente—. Al parecer mi trastorno disociativo atípico no consigue brindarme alucinaciones tan adecuadas como las de Stevie.

—Ya —dijo DeAnne—. ¿Cómo te ha ido con la doctora Weeks?

—Primero cuéntame cómo estás tú. ¿Aún te duele?

—Tuve una pequeña hemorragia. Necesito pasar más tiempo acostada.

—Y te he puesto en este cacharro que vibra a más no poder.

—Son los viajes de ida y vuelta al hospital.

—Estás diciendo que debiste haberte quedado.

—No me estoy muriendo, Step. Sólo tengo un poco de dolor y algunas hemorragias. Háblame de la doctora Weeks. ¿Discutiste con ella?

—Sólo escucha la cinta —dijo Step. Extrajo el grabador de microcasetes del bolsillo y lo activó.

Al principio, mientras escuchaba la conversación con la doctora Weeks, DeAnne quiso gritarle que apagara el aparato, que lo estaba haciendo mal, que estaba interrogando a la doctora. Pero luego comprendió que Step había actuado con mucha moderación. Y la doctora Weeks se negaba a hablarle. Lograr que ella le explicara sus especulaciones era todo un logro, y la compostura de Step era admirable. Llegó a la parte en que la doctora Weeks hablaba del trastorno de adaptación. Conque eso era lo que sucedía con Stevie.

—Puedo hacer eso —dijo DeAnne—. Escribir a amigos de Indiana. La escuela puede darme la dirección de los padres, o remitirles mis cartas.

Step apretó STOP.

—Ella no cree en ese diagnóstico —dijo—. Y ese no es el problema que se propone tratar.

De nuevo lo puso en marcha. DeAnne escuchó el resto de la cinta sin comentarios, hasta el final.

—Vaya, Step. No puedo creer que no le dijeras ninguna frase mordaz cuando te fuiste.

—No quería echarlo a perder, por si querías continuar el tratamiento.

DeAnne se quedó de una pieza.

—¿Crees que deberíamos?

—No sabía qué pensarías tú.

—Sí que lo sabías. Sabías muy bien lo que pienso. Esa mujer afirma que quienes practican una religión están locos de remate... es decir, la mayor parte de la sociedad humana a través de la mayor parte de la historia.

—Sí —convino Step—. Tal vez la cordura no surgió hasta que aparecieron personas como ella.

—Sí, debajo de una roca —bufó DeAnne—. Conocemos a muchos mormones, Step, pero pocos son histéricos, y mucho menos chiflados.

—Bien, está la hermana LeSueur.

—Ella es malévola, no loca. El único mormón chiflado que he conocido en los últimos tiempos es precisamente el hijo de la doctora Weeks, y no puede culparnos por eso.

—Dale tiempo —dijo Step.

—Me enfurece que descarte nuestras creencias como si no merecieran la menor

consideración.

—Bien, ella cree en una religión rival —adujo Step—. Si la nuestra es verdadera, la suya es tonta.

—Bien, la nuestra es verdadera.

—Y la suya es tonta.

—Como decías tú desde el principio.

Step se encogió de hombros.

—No se trata de hacernos reproches. Se trata de Stevie. Podemos probar suerte con otro psiquiatra más adelante, pero no creo que deba acudir a una psiquiatra que está convencida de que el único modo de ayudar a Stevie es curarnos de nuestras ilusiones religiosas. Aunque lo consiguiera, no ayudaría a Stevie, pues su problema no es ése.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces la doctora Weeks es caso cerrado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Teniendo en cuenta a Lee, le diremos que postergaremos el tratamiento unos meses, mientras observamos a Stevie para ver si mejora solo.

—Muy bien —convino DeAnne.

La radio no estaba muy fuerte, pero pusieron *Every Breath You Take* de The Police durante una pausa, y ambos se dieron cuenta.

—Están tocando nuestra canción —comentó DeAnne.

—Continuamente nos pasan cosas raras —dijo Step—. Me hace sentir especial.

—Pero los problemas de Jeremy nos hacen ver las cosas desde otra perspectiva, ¿verdad? —dijo DeAnne—. Es difícil enfadarse con las tonterías de la hermana LeSueur cuando has visto a tu hijo en una caja de vidrio. Y ese disco anónimo...

—Todavía me molesta.

—También a mí —asintió DeAnne. Apoyó la mano en la pierna de Step, sintiendo cómo flexionaba los músculos mientras pasaba la pierna del embrague al acelerador—. Step, gracias por ir a ver a la doctora Weeks. No sé si yo habría logrado que me diera tantas explicaciones. Es evidente que procuraba impedir que averiguáramos lo que hacía con Stevie. Si no hubieras insistido, no lo habríamos sabido.

—Lo hice sólo porque sabía que tú estabas conmigo en ello.

Ella le estrujó la pierna.

—Te quiero, Step.

—Yo también te quiero. Te querría aún más si recordaras que tengo cosquillas en la pierna y cuando me aprietas por encima de la rodilla puedo tener un ataque y perder el control del coche.

Ella le apretó la pierna de nuevo, varias veces, pero aunque él tenía cosquillas,

había aprendido a relajar los músculos del estómago para contener la risa, una técnica que le había permitido sobrevivir a una infancia con un hermano mayor que le hacía cosquillas sin piedad.

—No eres divertido —protestó DeAnne.

—Inténtalo de nuevo cuando estés en condiciones de jugar a las cosquillas en serio.

—Espero que sea pronto.

—También yo.

Cuando llegaron a casa, encontraron a Stevie en la sala familiar, sentado en el sofá, y le dieron la noticia enseguida: No volverás a ver a la doctora Weeks.

—Oh, está bien —dijo Stevie—. De todas formas era una tonta.

—¿Sí? —preguntó DeAnne.

—Decía que Jesús era como Santa Claus. Pero todos saben que Santa Claus es sólo un cuento.

—Bien —asintió Step—, ella cree que Jesús también es sólo un cuento.

—Porque no escucha cuando Él le habla —dijo Stevie.

—Supongo que no —convino Step. Miró de soslayo a DeAnne—. Claramente disociativo —añadió con una sonrisa.

Ella meneó la cabeza, dándole a entender que no hiciera estas bromas delante de Stevie, pues era probable que él comprendiera lo que estaba diciendo.

—¿Eso significa que aún puedo jugar con mis amigos? —preguntó Stevie.

DeAnne suspiró. Una cosa era comprender que la doctora Weeks estaba esgrimiendo sus propios prejuicios, y otra muy distinta era suponer que Stevie no necesitaba ayuda.

—Preferiría que jugaras con tus hermanos —dijo DeAnne.

—Pero cuando no juegue con ellos, ¿puedo jugar con Jack, Scotty y los demás? Porque hay un chico nuevo.

DeAnne se levantó y se fue de la sala sin decir palabra. Stevie la observó en silencio.

—Haz lo que necesites —dijo Step—. Haz lo que creas correcto. —Y luego siguió a DeAnne al dormitorio, donde ella lo abrazó en silencio un largo rato.

Se llevaron a Zap a casa después de dos semanas en la UCI, con una cuenta que superaba los dieciocho mil dólares y sin diagnóstico. Un día en que Step y DeAnne estaban en el hospital, un médico de Chapel Hill describió diversos procedimientos y medicamentos que podían usar «en caso» de que el problema de Zap fuera causado por esto o aquello.

—No quiero que trate a mi hijo sin diagnóstico —dijo Step.

El especialista de Chapel Hill lo miró sorprendido; adoptó una actitud más respetuosa, y dijo casi con tono de disculpa:

—Oh, no sabía que usted era médico.

No había ninguna ironía en la voz, y Step comprendió que ese especialista estaba proponiendo cosas que no hubiera sugerido tan confiadamente si hubiera pensado que Step y DeAnne sabían algo. Eso les bastó.

El hospital los trató muy bien en muchos sentidos. Aceptó dos mil dólares y la promesa de que pagarían al menos la mitad de la factura en cuanto Step recibiera el dinero de Agamemnon por la opción contractual o lo que faltaba por la versión 64 del Hacker Snack.

Llevaron a Zap a casa e iniciaron el largo, lento y continuo proceso de descubrir la auténtica magnitud de sus problemas.

Lo único bueno de la prolongada hospitalización de Zap fue que comprendieron hasta qué punto podían confiar en personas del barrio a quienes habían considerado meros conocidos, pero que se revelaron como verdaderos amigos. Vette también reparó en ello. Es un buen barrio, dijo. Han cuidado de vosotros.

Ojalá hubiera algo en el problema de Stevie que suscitara la misma respuesta comunitaria que Zap, pensaba DeAnne. Ojalá todos se reunieran en torno de Stevie, y ayunaran y oraran por él. Tal vez debieran contar a los demás lo que sucedía con Stevie, y darle la oportunidad de ayudarlo. Pero no, porque existía la posibilidad de que al tratarse de una enfermedad mental, no física, se alejaran, evitaran al niño y agravaran su aislamiento, precipitando su descenso en la locura.

¿Y podríamos culparlos?, pensaba DeAnne. Si yo fuera la madre de un niño normal y oyera que un chiquillo de su edad ve amigos imaginarios, ¿les dejaría jugar juntos? ¿Sentiría tanta compasión por un hijo ajeno como para exponer a mi propio hijo al riesgo de resultar herido en un ataque de locura? No, las heridas de la mente eran demasiado extrañas, demasiado invisibles, demasiado mágicas, e intimidaban incluso a las personas más generosas.

Me asusta aun a mí, pensó DeAnne. ¿Por qué habría de esperar que los demás sean mejores que yo?

Así que el problema de Stevie quedó restringido únicamente a la familia. Hasta que un artículo periodístico les obligó a ver las cosas de otra manera.

12

Amigos

Así fue el titular que se publicó en la primera plana del *Times-Journal* de Steuben en la mañana del domingo 21 de agosto de 1983: ¿ASESINO MÚLTIPLE EN STEUBEN? El titular atemorizó a los padres de toda la ciudad, pues no era un periódico sensacionalista, y no era un artículo irresponsable destinado a escandalizar al público. El jefe de policía había constituido una fuerza de tareas que incluía la oficina del sheriff del condado y una estrecha colaboración con la Oficina Estatal de Investigaciones de Carolina del Norte. También contratarían a especialistas en asesinos múltiples, en concreto los que se especializaban en secuestro y asesinato de niños.

Hacía meses que la policía estaba preocupada por la cantidad de niños desaparecidos en Steuben; no habían encontrado ningún cadáver ni habían descubierto motivo alguno para que los niños escaparan, aunque habían sometido a los acongojados padres a despiadados interrogatorios. Además, las desapariciones seguían un modelo. No un patrón definitivo, no una desaparición en determinado día del mes, nada tan preciso. Sólo un lapso de un par de meses entre una desaparición y otra.

Y por primera vez se publicaron los nombres de todos los niños a quienes se creía presuntas víctimas del asesinato múltiple. Sus fotos aparecían encima del pliegue de la primera plana. Eran siete, habían desaparecido desde mayo de 1982, y las desapariciones eran cada vez más frecuentes, con menos tiempo de separación entre una y otra.

Era el artículo principal; no había otras noticias en primera plana excepto una columna sobre el jefe de investigaciones de Steuben un detective llamado Doug Douglas, que había sido una figura pintoresca durante las manifestaciones por los derechos civiles en los años sesenta, cuando juró que cualquiera que infringiera las ordenanzas de la ciudad sería arrestado y encerrado en la cárcel de Steuben, pero que cualquiera que entrara en esa cárcel saldría en el mismo estado en que había entrado. En esos días algunos comentaron que los negros creerían que tenían rienda suelta para actuar a su antojo, pero el resultado fue que los disturbios raciales desaparecieron muy pronto y en su lugar se realizaron charlas y negociaciones. Entonces Douglas era jefe de policía, el más joven de la historia de Steuben. Años después, el alcalde que fue elegido durante el arrasador triunfo de Reagan en 1980 lo degradó a jefe de detectives, y algunos dijeron que era un tardío castigo por la equitativa actitud racial de Douglas en los 60. Pero Douglas, en vez de renunciar o quejarse, continuó haciendo su trabajo. El artículo se proponía aclarar a la ciudadanía que uno de los mejores policías de Steuben estaba en el caso, y garantizar a la

comunidad negra que, aunque todas las víctimas eran niños blancos, la investigación no tendría matices raciales y los negros no serían víctimas de acoso policial. Pero los Fletcher no vieron este artículo el domingo por la mañana, porque ni siquiera tuvieron tiempo de echar una ojeada al periódico en su prisa por prepararse para la iglesia. Era el último domingo antes del comienzo de las clases, y el día anterior habían estado muy atareados comprando ropa escolar para Stevie y Robbie, que comenzaba el parvulario. Ni Step ni DeAnne se habían acordado de lavar la ropa y se pasaron la mañana rescatando prendas de los cestos que había en los armarios de los niños y planchándolas para que quedaran presentables en la iglesia.

Los niños estaban vestidos; DeAnne estaba desenredando el cabello de Betsy, y Step tenía la tarea de cambiar los pañales de Zap y vestirlo para la iglesia.

Zap sólo presentaba problemas cuando lo cambiaban. Dormía mucho, y cuando estaba despierto no se oponía a que lo vistieran ni lo alimentaran. Step casi deseaba que lo hiciera, que demostrara cierto vigor, cierta percepción del entorno. Rara vez lloraba. Sus movimientos no revelaban tono muscular ni firmeza. A veces se movía a sacudidas, pero en general dejaba los brazos y las piernas flojos, como si no le interesaran. Pero Zap siempre encogía las piernas como una rana, extendiendo las rodillas y metiendo los pies bajo las caderas. Cuando lo cambiaban, apoyaba los talones en medio de lo que hubiera en el pañal, complicando bastante las cosas.

Step le estiraba las piernas, le masajeaba los muslos y pantorrillas, diciendo: «Aquí está mi chico alto. ¿Ves qué alto eres cuando te estiro? Extiende esas piernas, chico alto». Pero no servía de mucho. Cuando le sacaba el pañal, los talones volvían a su sitio, y parecía que se necesitaban tres manos para cambiarlo. Tres manos o un par de toallas más para limpiarle los pies.

De todas formas Step estaba adquiriendo cierta destreza para cambiar los pañales de un bebé que se creía una rana, y pronto salió del dormitorio con Zap en brazos. El bebé le apoyaba la cabeza en la mano e iba montado en sus bíceps, las piernas sueltas. Step siempre cargaba así a los otros cuando eran muy pequeños. DeAnne se había horrorizado al principio, pues era como llevar una pelota de fútbol, pero pronto comprendieron que en esa posición un chico inquieto se calmaba bastante.

Los chillidos de la cocina indicaron a Step que DeAnne todavía estaba peinando a Betsy. Se quedó en silencio en la puerta de la sala familiar, mientras Robbie hacía chocar sus cochecitos Matchbox y Stevie jugaba con el ordenador.

Aunque no parecía que Stevie estuviera jugando. Desde donde estaba, Step no podía ver la pantalla, pero Stevie apoyaba las manos en el joystick y no lo movía. De cuando en cuando se inclinaba a izquierda o derecha, pero en general miraba la pantalla con el rostro transfigurado.

—Hazlo, Sandy —susurraba—. Vamos, ahora, ahora, así es. No, Van, así no, él te pillaré, ¿quieres que te pille? No te cogerá si echas a correr.

Como de costumbre Stevie llamaba a los personajes del juego con el nombre de sus amigos imaginarios. ¿Pero qué clase de juego era, si había tanta acción en la pantalla pero el jugador apenas intervenía? No podía ser muy divertido si el jugador ejercía tan poco control que apenas tenía que mover el joystick. Pero Stevie estaba totalmente absorto. Step sintió curiosidad.

Entró en la sala, a espaldas de Stevie, mirando la pantalla. De nuevo el barco pirata, pensó Step. Nunca he encontrado ese disco.

—Eh, papá, mira cómo se estrellan estos tíos —dijo Robbie. Step bajó los ojos y vio que Robbie chocaba dos cochecitos y los hacía volar por los aires, estrellándolos contra los estantes y haciéndolos botar por todas partes.

—Ya basta —dijo Step—, me quitas las ganas de montarme en el coche.

Robbie rió estrepitosamente.

Step miró de nuevo la pantalla, pero estaba en blanco. Stevie había apagado el juego y se estaba levantando de la silla.

—¿Por qué lo has apagado? —preguntó Step.

—Es hora de ir a la iglesia.

—¡Así es! —exclamó DeAnne desde la otra habitación—. Sería conveniente que llegáramos puntuales por una vez, en vez de desfilar durante el himno inaugural como participantes de un concurso de belleza.

Step ayudó a llevar a los niños al coche, sujetó a Zap en el asiento delantero mientras DeAnne acomodaba a Robbie y Betsy para que compartieran el cinturón del asiento trasero; ella y Stevie usarían los cinturones de las puertas.

—No cabe duda —dijo DeAnne—. Deberíamos empezar a llevar los dos coches a la iglesia.

—Éste todavía nos basta —objetó Step.

—Sólo porque no tienes que sentarte atrás —dijo DeAnne.

Step se bajó del coche y fue a abrir la puerta trasera.

—Oh, Step, no montes una escena sólo porque yo...

—No soy yo quien hace una escena, cariño, sino tú. Yo sólo juego al caballero galante y te dejo pisar mi capa. Por favor, déjame sentarme atrás con los niños y conduce. Tal vez me convenzas de llevar dos coches a la iglesia.

—Step, aún no me encuentro bien para conducir. Ni siquiera ha pasado un mes.

—Creía que estabas mejor.

—En general. Conduce. No debí quejarme, y ahora llegaremos tarde.

—Lo siento —dijo Step—. Sólo intentaba ser amable.

Pero no llegaron tarde, y consiguieron un buen banco lateral. Step debía cantar como solista con el coro, y Robbie tenía una charla en primaria, así que les esperaba un domingo atareado. Y cuando llegaron a casa, los niños estaban famélicos y Step preparó la cena mientras DeAnne amamantaba al bebé, lo cual era una experiencia

espantosa para ella, pues Zap a veces cerraba las mandíbulas con fuerza, como si fuera a arrancarle el pezón.

—Creo que deberías darle el biberón —observó Step—. El próximo niño se disgustará si Zap logra arrancar el pico de la manguera.

—A veces le doy el biberón, pero la leche materna es más conveniente y le apetece más. Me aguantaré.

—Mm —dijo Step—. Callos y tejido cicatricial... muy atractivo.

—Si todavía hace esto cuando le salgan los dientes, Step, te aseguro que lo destetaré sin más trámite.

Si todavía lo hace. Si aprende. Si cambia. Si comienza a dormir en un horario razonable, en vez de dormir dieciocho horas y luego permanecer veinticuatro despierto. Si alguien averigua qué significan esos análisis, sondeos y mediciones del hospital. Si alguien le pone nombre al problema de Zap para que podamos hacerle frente... o resignarnos.

Los niños entraron y comieron los bocadillos de atún que había preparado Step. Era una receta de tiempos de la Depresión que preparaba su madre, pero a los niños les gustaba, siempre que Robie pudiera ponerles toneladas de ketchup.

Al fin los niños fueron a dormir la siesta —a acostarse a leer o mirar el techo, en el caso de Stevie— y DeAnne fue a buscar el periódico mientras Step se sentaba a examinar los discos que había cerca del Atari, tratando de encontrar el juego de los piratas. Sin embargo, lo distrajo el disco del Lode Runner, pues lo insertó y se puso a jugar. Un personaje esmirriado debía correr por la pantalla juntando las bolsas de dinero mientras los malos lo perseguían. La posición de las bolsas de dinero en las pantallas transformaba cada nivel en un nuevo acertijo, y Step pronto se enganchó. Es un juego magnífico, aunque engañosamente sencillo. No hay trucos como los que estoy usando en Hacker Snack. Sólo un diseño sensato que va cambiando una y otra vez. Debo aprender de esto. Notó que DeAnne estaba a sus espaldas.

—Step —dijo ella—. Deberías leer este artículo del periódico.

—Ya voy.

—¿No puedes poner la pausa?

—Si es tan urgente —dijo Step. Tecleó la barra espaciadora para poner la pausa, pero tardó demasiado y el personaje murió.

—Oh, lo siento —dijo DeAnne—. ¿Te he hecho perder?

—Aún me quedan ocho vidas. Un juego muy cristiano, con oportunidades de resurrección. Pero al final lograré el éxtasis.

DeAnne no se rió, ni siquiera con esa risa cortés que decía no sé por qué te parece gracioso, pero te quiero. Step la siguió a la cocina y se sentó a la mesa. El titular le llamó la atención, y se puso a leer el artículo, deprisa pero sin perder detalle. Mientras preparaba su tesis había leído cien mil páginas de periódicos en español, y

había aprendido a captar la esencia de un artículo en muy poco tiempo.

—Esto es escalofriante —dijo Step—. Sé que ambos somos cuidadosos con los niños, pero creo que ni siquiera deberíamos jugar en el patio sin estar continuamente con ellos.

—Sin duda —dijo DeAnne—. ¿Pero no has notado una cosa?

—¿Qué?

—Pensarás que me estoy volviendo loca.

—Tal vez —bromeó Step, pero comprendió que el tono de broma era inadecuado. DeAnne estaba muy asustada. Estaba segura de que él pensaría que estaba loca—. ¿Qué es?

—Esperaba que lo descubrieras tú mismo. Mira las fotos de los niños perdidos, Step. Mira los nombres.

Step miró los nombres.

—¿Conocemos a las familias?

Era un comentario absurdo. Si hubiera desaparecido el hijo de un conocido, ya se habrían enterado.

DeAnne puso una lista de nombres sobre la mesa, redactada con su propia letra. Step los comparó con los nombres que había debajo de las fotos. La mayoría de los nombres congeniaban con los que figuraban en el periódico, o al menos se parecían. Scott Wilson congeniaba con el diminutivo «Scotty». «David» casaba con David Purdom. El diminutivo «Roddy» correspondía a Rodd Harker. «Jack» podía ser un apodo para Jonathan, y había un Jonathan Lee.

—¿El artículo aclara que este Jonathan Lee recibe el apodo Jack? —preguntó Step.

—No —dijo DeAnne—. Espero que no sea así.

—¿Y para qué has preparado esta lista?

—Step, no la he redactado hoy. Lo hice en junio.

Step esperó una aclaración, pero enseguida comprendió.

—Es una lista de los amigos imaginarios de Stevie. Recuerdo a Jack y Scotty.

—Pero ahora hay más. He oído más nombres desde entonces. Sé que le he oído de un Van y un Peter. Y mira.

Step miró, y dos de los niños se llamaban Van Rosewood y Peter Kemeny.

—Santo cielo —murmuró—. Esto es insólito.

—¿No dices nada más? ¿Sólo que es insólito?

—Digo que me hace cagar de miedo, pero tú no quieres que hable así. ¿Qué tiene que ver este asesino múltiple con nuestro hijo?

—No lo sé. Nada. Es imposible.

—Tal vez Stevie ha leído el periódico y ha escogido estos nombres.

—Pero tres de esos niños desaparecieron antes que nos mudáramos aquí. No

habíamos leído artículos acerca de ellos. Y este artículo es el primero que presenta una lista con todos los nombres. Piensa en ello, Step. Stevie tiene casi la misma lista que esos detectives, pero es descabellado. Absurdo.

A Step le temblaban las manos como si tuviera frío. Tenía frío.

—No es casi la misma lista. Si Jonathan es Jack... y está el último, Alexander Booth.

—Nunca ha hablado de un Al o un Alex.

—Pero esta mañana le vi jugando con el ordenador y mencionó a un Sandy. Sandy también es un diminutivo de Alexander.

DeAnne hundió la cara entre las manos.

—Este artículo me ha asustado, Step, pero cuando he visto esto... ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Ni siquiera sé lo que significa.

—¿Recuerdas ese disco que recibimos por correo? ¿El envío anónimo? ¿Con la canción que dice te estaré observando?

Hacía tiempo que Step no pensaba en ello. Aún ponían *Every Breath You Take* por la radio, pero los sucesos posteriores a la llegada del disco habían relegado ese viejo temor. Ahora, sin embargo, cobraba matices francamente siniestros.

—¿Crees que...?

—Quizás este asesino múltiple nos esté...

—Observando —concluyó Step.

Por un instante DeAnne perdió el control y se puso a gimotear con la cara entre las manos. Step no sabía cómo enfrentarse a aquella situación, ni que le sucedía a DeAnne. Le apoyó la mano en la espalda como para estabilizarla, como si ella fuera a derrumbarse y él la apuntalara.

—Oh, Step —susurró DeAnne—, estoy muy asustada. ¿Quién podría ser? ¿Y si el asesino... ha hablado con Stevie?

—Imposible. Has leído el artículo. Dicen que es extremadamente peligroso porque no deja la menor pista. Ni siquiera están seguros de que exista, porque no han hallado un solo cadáver. Así fue como esos niños llegaron a esa lista: no han encontrado los cuerpos.

—Pero quizás él... No, Stevie nos lo habría contado.

—Podemos preguntarle si alguien ha hablado con él.

—No —dijo DeAnne—. Mañana empieza el colegio. Se hablará de este asesino por todas partes. Advertirán a todos los niños de que no hablen con desconocidos. Él asociará eso con nuestras preguntas. Ya tiene suficientes problemas sin que sus padres lo relacionen tan personalmente con este asunto.

—Pero ya está relacionado.

—Quizá. Pero a lo mejor es una coincidencia.

—Van y Sandy no son nombres tan comunes —objetó Step.

—Bien, Sandy no es Alexander, y Jack no es Jonathan.

—¿Qué más podemos hacer? ¿Llamar a la policía? Agente, tenemos una magnífica pista sobre el asesino múltiple. Verá usted, nuestro hijo tiene amigos imaginarios que casualmente se llaman igual que los niños perdidos. ¿Qué? Entiendo, no tiene tiempo para hablar con nosotros.

—Tienes razón —asintió DeAnne—. Nos tomarían por locos.

Se puso a arrugar la lista, algo que hacía cuando estaba nerviosa. Plegaba y rompía papeles hasta hacerlos trizas. Step le tocó la mano.

—No rompas esa lista —dijo—. La preparaste antes de que se publicara el artículo.

—Sí, pero no tengo ningún testigo de ello.

—Enviaste unas copias a la doctora Weeks, ¿verdad?

—Sí —dijo DeAnne—. Sí, eso probaría que al menos teníamos algunos de los nombres con anterioridad. Y a fin de cuentas, recibimos ese disco.

—Creo que estás diciendo que debemos llamar a la policía.

—Debemos llamar a alguien. Debemos hacer algo. No puedes descubrir una extraña relación entre tu hijo y un asesino múltiple y cruzarte de brazos diciendo: «Vaya qué interesante».

Step echó otra ojeada al periódico.

—¿Crees que el tal Doug Douglas será accesible?

Pronto lo averiguaron. DeAnne buscó el número del departamento de policía y Step llamó. Pidió a la operadora de la centralita que lo comunicara con el detective Douglas.

—No viene los domingos, pero probaré su línea.

Sonó una vez y atendió un hombre.

—¿El señor Douglas? —preguntó Step.

—No, no soy yo —dijo el hombre.

—¿Está ahí? ¿Puedo hablar con él?

—¿Podría decirme de qué se trata?

Step cubrió el micro y le susurró a DeAnne:

—Creo que está ahí. —Luego añadió por el teléfono—: Quizá no tenga importancia. Es algo que no tiene sentido para mí, pero quizá para él signifique algo.

—¿No puede ser más preciso? —preguntó el hombre.

—Es por el artículo del periódico de esta mañana.

—El artículo sobre el asesino múltiple.

—Sí.

—Yo estoy encargado de anotar todas las denuncias y la información, así que ha dado usted con el lugar indicado.

—Pero no se trata de una denuncia. Y quizá tampoco sea información. Verá... ¿puedo hablar con el señor Douglas? Sólo le entretendré dos minutos y luego lo dejaré en paz.

—Compréndame señor, ya hemos recibido más de doscientas llamadas sobre este asunto, y si el detective Douglas atendiera a todos personalmente...

—De acuerdo. No queremos molestarle. Le dejaré mi nombre y mi número y él podrá llamarme cuando tenga tiempo.

—¿No sería más fácil que me dijera lo que sabe usted?

Sí, sería más fácil, pensó Step. Pero tú estás a cargo de recibir las llamadas de los chiflados y las llamadas sinceras pero irrelevantes y descartarlas y considerarías que la nuestra pertenece a una de esas categorías, así que no nos tomarías en serio y nunca sabríamos si teníamos razón en cuanto a los nombres. Peor aún, ni siquiera sabríamos si no teníamos razón y podíamos dormir tranquilos.

—No —declaró Step—. Le daré el número. Anótelo si desea.

El hombre lo anotó y se lo leyó. Step se despidió y colgó.

—Un callejón sin salida, ¿eh? —dijo DeAnne.

—No lo sé. Ese hombre quería que se lo contara, pero no quise que nos incluyeran en la lista de chiflados. Supongo que mi obstinación en hablar con Douglas me incluirá en la lista de chiflados más graves, o bien dará a Douglas qué pensar. En cualquier caso, tal vez alguien nos llame.

Sonó el teléfono.

DeAnne rió nerviosamente.

Step cogió el micro.

—¿Stephen Fletcher? —preguntó un hombre de voz suave y ondulante.

—Sí —dijo Step.

—Soy Doug Douglas, del departamento de policía de Steuben. ¿De qué quería hablarme?

Step le confirmó a DeAnne que era Douglas. Luego dijo:

—Señor Douglas esto puede parecer una locura y tal vez terminemos en su lista de chiflados, pero tenemos una pista y si no se lo contamos nos volveremos locos de preocupación. Si dispone de dos minutos, intentaré explicárselo todo y luego puede mandarme al cuerno diciendo que soy un tarado.

—Tengo dos minutos, hijo —dijo Douglas—. Adelante.

—Aquí tenemos una lista con cuatro nombres. Jack, Scotty, David y Roddy.

—Ajá.

—Esta lista se preparó a principios de junio. Desde entonces, y antes de ver este artículo en el periódico, hemos añadido tres nombres más. Peter, Van y Sandy.

—¿Me está diciendo que usted es vidente? —preguntó Douglas. La voz fatigada indicó a Step qué pensaba Douglas de los videntes.

—No, de ningún modo. Recibimos estos nombres de otra persona, con un propósito muy distinto. Pero no tiene por qué creer en mi palabra. La misma lista está en manos de una profesional de esta ciudad, quien también la pidió por una razón totalmente distinta.

—Ajá.

—En junio recibimos un disco por correo, un despacho anónimo pero con sello de Steuben. Y el grupo pertenecía al grupo The Police, con la canción *Every Breath You Take*. Hay un estribillo donde el cantante insiste en que estará observando. Dedujimos que alguien trataba de asustarnos o castigarnos por algo, y no creímos que la policía se interesara. En todo caso no podía hacer nada, así que no presentamos la denuncia. Pero ahora publican este artículo y pensamos... tal vez el motivo sea que estos nombres se relacionan con la persona que nos envió el disco. Y tal vez esa persona se relacione con el asesino. Y quizá...

—Es usted un poco evasivo, señor Fletcher. Aún no me ha dicho por qué tiene esa lista de nombres.

—No quiero ser evasivo. Sólo quiero contarle lo importante antes de empezar con lo increíble. Es increíble incluso para nosotros, pero quiero que lo tome en serio.

—Hasta ahora he escuchado en serio, y quiero que usted me hable en serio.

—Sí. ¿Puede usted decirme si nuestra lista realmente concuerda? Quiero saber si Jonathan Lee recibía el apodo «Jack». Y si llamaban «Sandy» a Alexander Booth.

—Señor Fletcher, todavía no he colgado. ¿Eso no responde a su pregunta?

—Sí, eso supongo. —Step cobró aliento—. Señor Douglas, mi esposa escribió esa lista.

—¿Ella es la vidente?

—No, ella es la madre. Yo soy el padre. La profesional que recibió la misma lista es una psiquiatra. La ex psiquiatra de nuestro hijo. El que mencionó esos nombres es nuestro hijo.

Douglas exhaló una bocanada de aire. Tal vez estaba fumando.

—Bien, muy interesante —dijo. Hubo una pausa, como si Douglas reflexionara—. ¿Su hijo vive con ustedes?

—Sí, claro.

—¿Tiene un empleo? Es decir, ¿hoy está trabajando o está en casa?

—Señor Douglas, nuestro hijo no trabaja. ¡Y claro que vive en casa, por amor de Dios!

—Señor Fletcher, ¿qué edad tiene su hijo?

—Cumplió ocho en junio.

Hubo un gemido en la línea. Step pensó que acababa de erguirse en el asiento, y la silla había gemido.

—¿Ocho años de edad?

—Así es.

—Santo cielo —suspiró Douglas.

—En efecto —dijo Step.

—Como usted habló de la psiquiatra de su hijo, y dijo que su hijo había mencionado esa lista... pensé que me estaba diciendo que su hijo podía ser el asesino. Demonios, he pedido a mis muchachos que buscaran su domicilio y he enviado tres coches patrulla a su casa y ahora me suelta que su hijo tiene ocho años.

—¡Sí! —exclamó Step. Se levantó de un brinco, se puso a caminar mientras hablaba—. Yo sólo tengo treinta y dos años, por amor de Dios. No envíe coches de policía aquí, que no vamos a marcharnos. Yo pensaba en mi hijo como posible víctima. Quizás este tío nos esté acechando, vigilando a nuestro hijo, tratando de asustarnos o tendernos una trampa, ¿y usted envía policías para arrestarlo?

—¡Oh, Step! —exclamó DeAnne—. ¡Qué locura! ¿En serio...?

Douglas empezó a hablar de nuevo. Step pidió a DeAnne que se callara.

—Mire, aquí estamos un poco nerviosos. La oficina de investigaciones quiere dejarnos a un lado y sentimos el aliento del tigre en la nuca. Pero esos coches volverán a su patrulla, así que no se preocupe. De todas formas, me gustaría ir a su casa y hablar con ustedes. ¿Es posible?

—Estaremos aquí toda la tarde.

—Deme media hora, entonces.

DeAnne se empezó a preocupar por lo que sucedería si los niños despertaban y se encontraban con un policía en casa.

—Es detective —dijo Step—. Irá de paisano.

—Y ellos estarán en la sala, y no hay modo de cerrar esta puerta para que no oigan.

—Pues lo llevaremos al dormitorio y cerraremos la puerta.

—¿Con lo desordenado que está?

—Pues echa la colcha sobre la cama.

—No te importa, ¿verdad?

—Pues no. No creo que la apariencia del dormitorio importe un bledo comparado con el asunto sobre el cual deseamos hablar.

—Es tu filosofía. La mía es que no quiero que piense que ha encontrado a otra familia venida a menos que no se preocupa por sus condiciones de vida.

—Si nos preocupáramos, el dormitorio estaría limpio —gimió Step.

Pero la siguió a la habitación y le ayudó a poner orden. Habían terminado, dejando a mano un par de sillas plegables, cuando sonó el timbre. Sólo habían pasado quince minutos.

—Tal vez no sea él —dijo DeAnne.

Pero era Douglas, que esperaba en el porche fumando un cigarrillo. Después de

los saludos habituales, pero antes de invitarlo a pasar, Step carraspeó y dijo:

—Disculpe, pero no fumamos.

Douglas tardó un instante en comprender que él debía replicar de algún modo.

—¿Nunca recibe visitantes que fumen?

—Ni siquiera tenemos cenicero. Y tenemos un niño recién nacido, así que no puede haber humo en la casa.

—Es el colmo. Enemigos del tabaco en una ciudad tabacalera. Mi padre trabajó toda la vida en la fábrica de tabaco. ¿Adonde irá a parar Carolina del Norte?

—En cuanto lo haya apagado —insistió Step—, será un honor recibirle.

Douglas resopló, soltó el cigarrillo y lo aplastó con el zapato.

—No quería ofender —dijo el policía.

—No nos ha ofendido. Y espero que nosotros tampoco.

No era el comienzo ideal para una conversación, comprendió Step. Y como los niños aún dormían, o al menos aún estaban acostados, DeAnne se sentó frente a Douglas en el salón mientras Step iba a cerrar las puertas de los cuartos de los niños. Cuando regresó notó que habían ido al grano, pues DeAnne le estaba mostrando la lista.

—Bien, esto se pudo escribir en cualquier momento —objetó Douglas.

—De todos modos, no constituye una prueba —intervino Step—. Imposible. Pero si necesita corroboración, la ex psiquiatra de Stevie, la doctora Alice Weeks, tiene una copia de la lista, pues DeAnne se la envió a principios de junio. Y ella hizo su propia lista de los demás.

—Deliberadamente excluimos los apodos de los periódicos —dijo Douglas—. Lo hacemos, entre otras cosas, para identificar a los embusteros. Como esa gente que «recuerda» haber visto a un hombre que llevaba a rastras a un niño y lo llamaba Alex. Pero nosotros *sabemos* que Alexander Booth se hacía llamar Sandy. Así que es falso.

—De modo que nos tomó en serio —dijo Step.

—Jack fue el remate. Su esposa me estaba contando que estos son los nombres que su hijo ha dado a sus amigos imaginarios.

—En efecto.

—Asombroso —dijo Douglas—. Y luego está el disco. Por correo. *Every Breath You Take*.

—Al cabo de un tiempo dejamos de darle importancia. Hasta que salió este artículo.

—No me sorprende.

—Pero ese envío anónimo tenía que estar destinado a asustarnos.

—Oh, sin duda —asintió Douglas—. El problema es que no nos ayuda mucho.

—¿No?

—Es muy difícil que lo enviara el asesino.

—Vaya, supongo que eso es un alivio.

—¿Pero cómo lo sabe? —preguntó DeAnne—. No saben quién es el asesino.

—Tenemos perfiles psicológicos. Algunos tíos, como el Hijo de Sam, tratan de jugar con la policía. Nos pinchan. Quieren que les echen el guante. Pero hay personajes como Ted Bundy. Listo. Frío. No tienen el menor interés en que los atrapen. Bundy nunca enviaba cartas a los periódicos. Bundy nunca descubría su juego ante nadie. Tenía una chica con quien se acostaba en la época en que asesinó a esas mujeres, pero ella ni se enteró. La chica sabía que era un ladronzuelo, pero no sabía nada de las muertes. Este asesino múltiple, siempre que exista, porque aún no tenemos ninguna prueba de ello, es como Bundy. Es listo, y no quiere que lo pillen. Tiene miedo de que lo cojan, y no le gusta tener miedo. No está en esto porque busque emociones, sino por... otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Step.

—No estoy aquí para hablarle de asesinos múltiples —objetó Douglas—. Le quitaría el sueño por un largo rato. Si me lo ha quitado a mí, joder. Con perdón de usted, señora.

—Sólo me preguntaba cómo sabe tanto acerca de él —dijo Step.

—Lo sabemos porque no hemos encontrado los cuerpos. Ni rastro, ni una pista. Si fuera un bocazas, ya tendríamos noticias de él después de siete desapariciones. Sobre todo después del artículo. Por eso llamamos a la prensa... con la esperanza de que asomara la cabeza. Pero si existe, pertenece a la otra especie. La especie que no soporta estar expuesta a la atención pública. Sospecho que será discreto ahora que se ha publicado esta nota. Ha asesinado cada dos meses, pero supongo que no volverá a hacerlo este año. Aunque todo depende.

—¿De qué? —preguntó Step.

—De la fuerza que tenga ese impulso que lo instiga a matar.

—Odio esta situación —dijo DeAnne—, pues tiene algo que ver con mi hijo.

—Tal vez no —dijo Douglas—. Me gustaría conocer al chico, si es posible.

—No quiero que lo interroge —objetó Step.

—Oh, no, yo no procedo así. Es un niño, y un niño con problemas. Yo también tengo hijos. Pero debo averiguar por qué ha mencionado esos nombres, ¿comprende? Y si le conozco, si me hago una idea de cómo es él, tal vez pueda ayudarme a interpretar todo esto.

—No quiero que lo haga —decidió DeAnne—. Tendríamos que decirle que usted es policía, y entonces él...

—¿No puede decirle que soy un tío que ha venido de visita?

—Conoce a todos sus tíos —dijo Step—. Y no es estúpido.

—¿Por qué no confían en mí? —preguntó Douglas.

—¿Por qué no puede trabajar a partir del sobre donde llegó el disco? Aún lo tenemos, y también la funda del disco. Podría tomar huellas dactilares.

—¿Quién creen ustedes que lo envió?

Step y DeAnne titubearon.

—Bien —dijo Step—, sería pura especulación. No queremos poner en problemas a gente inocente.

—¿Ve usted? —dijo Douglas—. Ya ha pensado en personas que pudieron enviar ese disco. Tantas personas que sabe que la mayoría de ellas son inocentes, aunque una de ellas quizá lo haya enviado.

—Pero la persona que lo envió...

—La persona que lo envió no es el asesino. Es un dato cierto. Si algo he aprendido sobre los asesinos múltiples, es que no cambian su patrón de comportamiento. Una vez que lo han establecido, no lo modifican. Incluso los que creen que lo cambian cada vez, sólo alteran detalles sin importancia. El patrón básico permanece igual porque forma parte del ritual, ¿comprende? Si no lo hicieran del mismo modo, no obtendrían... lo que estén buscando. Pero haga una lista de los conocidos que podrían enviarle un mensaje amenazador. No iré a interrogarlos. Sólo conservaré la lista. Luego la compararé con otras listas que tenemos, y si aparecen en otra lista, entonces iremos a interrogarlos, y pensarán que los estamos molestando por la otra lista, no la de ustedes. Y si no aparecen en ninguna otra lista, los dejamos en paz. ¿Les parece bien?

—De acuerdo —convino DeAnne.

—En cuanto al que mandó el disco, bien, tal vez un día resulte ser un asesino, pero todavía está en la etapa de la amenaza anónima, y le falta un largo trecho. El mal todavía permanece agazapado en su interior. No lo domina por completo. En otras palabras, es una persona básicamente civilizada. Y quizá logre controlar el mal hasta el día de su muerte. Nadie lo sabrá jamás. Y su mayor crimen habrá sido enviar un disco de The Police. Esperemos que así sea. Así suele ser.

—¿Suele ser? ¿Mucha gente envía discos?

—Hay muchos mensajes anónimos. Más de los que usted supone. Yo diría que la mayoría de la gente recibe un par en su vida, y quizá la mayoría envíe un par. Uno se enfada, quiere hacer daño a alguien, pero no siente suficiente odio para envenenarlo ni incendiarle la casa. Así que envía una carta. Tira basura en el jardín. Llama por teléfono y cuelga... una y otra vez, toda la noche, hasta que empieza a temer que le rastreen el teléfono y deja de hacerlo. ¿Alguna vez han recibido llamadas extrañas?

—Una vez —asintió DeAnne.

—Yo también —dijo Step.

—Sucede continuamente. No alcanzarían todos los policías del mundo para rastrearlas todas. Y en general es lo previsible: un conocido que ha perdido los

estribos, quizás un amigo íntimo. Como no se atreven a tener una confrontación, envían un disco, se desquitan y nunca más pasa nada.

—Qué alivio —dijo DeAnne.

—Pues debería sentirse aliviada. Pero también debe mirar bien antes de abrir la puerta, y saber de quién es el próximo paquete antes de abrirlo. Porque una vez de cada diez mil, el tío no está de broma.

—Con una mano conforta y con la otra quita —dijo Step con tono bíblico.

—¿Qué quiere que le diga? Me muero por fumar, y he venido aquí a averiguar porqué tenían ustedes esos nombres, pero no me dejan conocer al niño.

—Creí que usted nos diría por qué nuestro hijo conocía esos nombres —señaló Step.

—Bien, no pienso enviarle una citación. Pero les diré una cosa. Todos los chiquillos de esta ciudad corren peligro. El asesino puede permanecer oculto un tiempo, pero pronto regresará, y será difícil echarle el guante. ¿Cuántos más matará antes de cometer un desliz? Espero que no sea el de ustedes, pero matará al hijo de alguien.

—Pero Stevie no podría saber... —comenzó Step.

—¿Qué espera usted averiguar? —preguntó DeAnne.

—No el nombre del asesino, así que no se preocupen. Nada concreto. Sólo quiero saber cómo es él.

—Es un buen chico —aseguró Step.

—No lo dudo —dijo Douglas.

Step se echó a reír.

—Y seguro que los padres de camellos, violadores y estafadores le hacen continuamente el mismo comentario.

—Eso o «Siempre dije que terminaría en la cárcel».

Step miró a DeAnne. DeAnne lo miró a él.

—Ya que hemos llegado hasta aquí...

—Le dejamos hablar con esa maldita psiquiatra —gruñó Step—. Dos meses. ¿En qué puede el señor Douglas ser peor que la doctora Weeks?

—Iré a buscarlo —dijo DeAnne.

Mientras ella se iba, Step preguntó:

—¿Qué obtienen con esto? Me refiero a los tíos como el que usted está buscando. Douglas enarcó una ceja.

—¿Curiosidad morbosa?

—Sí —admitió Step—. Pero además soy historiador. Estudio la naturaleza humana, y este sujeto es humano, ¿verdad?

—No. Esos sujetos empiezan siendo humanos, pero hay en ellos un lugar vacío, un lugar hambriento que empieza a sorberles la humanidad, la decencia, el amor, la

bondad. Y cuando llegan adonde ha llegado este tío, sólo queda ese agujero. El sujeto se esfuerza por llenarlo, por encontrar algo que satisfaga esa sed, ese apetito, que llene ese vacío, pero no puede. Lo intenta una y otra vez, y nunca es suficiente. Si le queda algo de decencia, algún residuo de humanidad en esas sombras, nos deja pistas, incordia a los policías como el Hijo de Sam, pide ayuda a gritos. Liberadme de este hambre que me come vivo. Pero en los peores no queda nada. En este hombre no hay nada.

—Pero si ha perdido su humanidad, ¿no lo sabría la gente que le rodea?

—Quizá lo sepan. Quizá sea un canalla que le arroja los perros a cualquiera que se acerque a su propiedad. Pero también puede ser un sujeto amable de apariencia normal. Nunca se sabe. Puede ser su dentista. El chico de los recados del colmado. Un sacerdote. Engaña a todo el mundo.

—¿Cómo? ¿Por qué nadie ve que miente?

—Porque no miente. Una vez más, es como Bundy. Cree realmente que es inocente. Porque no es él quien lo hace, es esa cosa maligna que lleva dentro. Sabe que está ahí, pero no es él, así que ni siquiera se siente culpable, porque sabe que él jamás haría una atrocidad semejante.

—Conque podría ser cualquiera, y ni siquiera él lo sabría.

—Oh, él lo sabe. Porque mientras se dice a sí mismo que no cometería esas maldades, procura proteger a esa otra parte de sí mismo, evitar que lo atrapen. Lo sabe. Si no supiera lo que está haciendo, y estuviera realmente loco, habríamos encontrado los cuerpos.

Oyeron la voz de DeAnne, que se acercaba por el pasillo.

—No es tan importante —decía—. Sólo quiere hablar contigo.

Stevie entró en la sala con aire soñoliento. Conque al fin se había echado una siesta, pensó Step. Douglas no se levantó, sólo extendió la mano. Su cabeza estaba a la misma altura que la de Stevie.

—Soy Doug Douglas, hijo. ¿Me das la mano?

Stevie se acercó, cogió la manaza de Douglas y la estrechó solemnemente.

—No sé qué te ha contado tu mamá, pero soy policía.

Stevie echó una ojeada al traje de Douglas.

—Ya sé, no llevo uniforme. Soy detective, así que si tu papá alguna vez supera el límite de velocidad, haré la vista gorda porque el tráfico no es mi especialidad.

Douglas hizo una pausa, tal vez aguardando a que Stevie le preguntara cuál era su especialidad. Stevie guardó silencio.

—El problema —prosiguió Douglas— es que en Steuben hay una persona mala que está secuestrando niños. ¿Sabes qué significa secuestrar?

Stevie asintió.

—Bien, oirás hablar mucho de este tío mañana en el cole. ¿Qué curso empiezas?

—Tercero.

—Sí, oirás hablar mucho. Tus maestras te lo contarán, y policías como yo irán a la escuela para aconsejarte que te alejes de los desconocidos. Si alguien te coge, grita a todo pulmón.

—Nosotros ya se lo hemos enseñado —intervino DeAnne—. Stevie ya respeta esas reglas.

—Bien, me alegro de saberlo. ¿Siempre respetas las reglas?

Stevie asintió.

—¿Y si alguien quisiera que lo acompañaras y dijeras que no, porque va contra las reglas, pero él te pidiera que nunca le contaras a nadie que te lo propuso qué harías?

—Se lo diría a mamá y papá —respondió Stevie.

—¿Y si te amenazara con hacerte daño si lo delatas?

—De todas formas lo contaría.

—Este niño está bien educado —sonrió Douglas—. Stevie, he oído que tienes buenos amigos.

DeAnne se puso tensa.

—Señor Douglas —advirtió Step.

—Vamos, a Stevie no le molesta hablar de sus amigos. ¿Verdad, Stevie?

Stevie se encogió de hombros.

—Bien, no te preguntaré nada difícil. Sólo quiero que me cuentes una cosa. ¿Quién te dijo sus nombres?

—Jack —contestó Stevie.

—Jack —repitió Douglas—. Bien, él es uno de esos amigos, ¿no? ¿O estás pensando en otro Jack?

—Él es uno de ellos.

—Conque te dijo su nombre.

Stevie asintió.

—Y el nombre de los demás.

Stevie movió la cabeza.

—Excepto Sandy —añadió.

—¿Y quién te dijo el nombre de Sandy?

—Sandy.

—Stevie, apuesto a que quieres a mamá y papá, ¿verdad?

Stevie asintió sin titubear.

—Bien, sólo quiero que sepas que he hablado con ellos un rato y ellos también te quieren. Nunca sabrás cuánto, aunque sin duda ya entiendes que te quieren muchísimo, ¿verdad?

Stevie asintió otra vez.

—Te quieren tanto que no desean que corras ningún peligro. ¿Puedes hacer eso por ellos? ¿Evitar los peligros? ¿Respetar esas reglas?

Stevie asintió.

—Pues bien eso es todo. Encantado de conocerte, Stevie. Y si alguien te causa problemas, diles que Doug Douglas es tu amigo, y que más les vale que te traten bien, ¿vale?

Stevie asintió y dio las gracias.

—¿Puedes regresar a tu cuarto, Stevie? —dijo Step—. Tenemos que hablar un poco más con el señor Douglas. ¿Está bien?

Stevie se dirigió al pasillo. DeAnne se levantó para acompañarlo y volvió poco después.

—Quise comprobar que se quedaba en su cuarto.

—Bien —dijo Step—, no sé qué ha averiguado con eso.

—Oh, sólo lo necesario.

—¿Es decir?

—Su hijo es sincero. Es un niño muy dulce, hasta lo más hondo de su corazón. Si Dios pudiera saborearlo, diría eso: Este niño es dulcísimo.

Step no pensaba llevarle la contraria, pero no entendía qué podía deducir Douglas de la pequeña charla que había tenido con Stevie.

—Me recuerda a mi difunta esposa —prosiguió Douglas—. A veces tenía unas pesadillas terribles. Despertaba en plena noche, me pedía que la abrazara, y me contaba la pesadilla. Y yo me levantaba por la mañana para ir a trabajar, o a veces recibía una llamada esa misma noche, y era un crimen que se relacionaba con ese sueño. —Douglas se inclinó hacia delante, recordando—. Una vez soñó que trataba de ponerse un vestido azul, pero se le resbalaba y no podía llevarlo y eso la asustaba. Ustedes saben cómo son los sueños, uno se asusta de esas tonterías. Cuando fui a trabajar por la mañana, le estaban tomando declaración a una mujer, y ella contaba que esa noche la habían violado, que el sujeto la perseguía y ella se le había escabullido tres veces por ese vestido que llevaba puesto, el vestido azul.

—Vaya —dijo DeAnne.

Step había estudiado tradiciones populares en la universidad y sabía desde el principio cómo terminaría la historia. Todas terminaban así.

—¿De verdad le pasó a su mujer? ¿O se lo contó el amigo de un amigo?

Douglas rió en voz baja.

—Usted es el hombre que me llamó por esa lista. ¿Ahora me pregunta si esto es un cuento de hadas? Sí, siempre somos escépticos ante lo que cuentan los demás. Pero no me importa que usted no me crea, porque no iba a eso. Quiero decir que hay gente que hace cosas tan malas que desgarran la urdimbre del mundo, y hay gente tan dulce y bondadosa que percibe ese desgarrón. Ve cosas, sabe cosas, pero es tan pura y

bondadosa que no entiende lo que están viendo. Creo que eso es lo que sucede con este niño. En Steuben está ocurriendo algo tan maligno que una persona buena y pura como él no puede evitar percibirlo. Seguramente lo notó en cuanto llegó a Steuben, y eso lo entristeció. Mi esposa era así, siempre estaba triste. Los demás llevamos el mal y el bien mezclados en nuestro interior, y nuestra maldad hace tanto ruido que no oímos la aberración de ese monstruo que anda suelto. Pero Stevie la oye. Oye el nombre de los niños. Mi esposa lo convertía en un sueño, un sueño donde se ponía un vestido, pero Stevie toma esos nombres y los convierte en sus amigos. Y para él esos amigos son reales, porque el mal que le metió esos nombres en la mente es real.

—Entonces no cree que Stevie esté loco —dijo Step.

—Usted sabe que no está loco. Tiene la lista, ¿verdad?

—¿Hay algo que debamos hacer? —preguntó DeAnne.

—No se me ocurre nada, excepto cuidar muchísimo de esos niños, protegerlos.

—Sí, señor —dijo Step.

Douglas se levantó.

—Ahora necesito un cigarrillo, así que me pondré en marcha.

—Lamento haberle molestado por algo que no le ha ayudado en nada —dijo Step.

—Oh, me ha ayudado mucho.

—¿Sí?

—Claro —dijo Douglas, deteniéndose en el umbral de la puerta abierta. Step y DeAnne lo acompañaron al porche. Douglas encendió un cigarrillo y continuó—: Antes de que ustedes llamaran, no estábamos seguros de que existiera el asesino múltiple. Ahora sé que existe. De lo contrario, su hijo no habría conocido esos nombres. No habrían figurado juntos en una lista a menos que tuvieran algo en común. Siempre desaparecen algunos niños cada año, y no es el mal, es sólo algo que ocurre. Forma parte del orden natural. Su hijo no se fijó en los desaparecidos, pero si en éstos. Así que ahora sé que existe el asesino.

—Pero no puede usar este dato como prueba.

—No tengo que usarlo como prueba. Ahora sé que existe, y no descansaré hasta que lo encuentre y lo detenga.

—¿Y entonces Stevie dejará de tener estos... amigos imaginarios?

—Cuando el origen del dolor se haya ido, no necesitara afrontarlo más, ¿verdad?

Mi esposa jamás tenía el sueño dos veces.

Echó a andar hacia el coche.

—¿Aún quiere esa lista de personas que podrían habernos enviado el disco? —le preguntó DeAnne.

—¿Por qué no? Podría resultar útil.

—Le llamaremos esta tarde, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Si yo no estoy, díctensela a la persona que coja el teléfono. Estará al

corriente.

Subió al coche y se alejó. Step y DeAnne entraron en la casa, se sentaron a la mesa de la cocina y confeccionaron la lista de nombres. Personas que quizá tuvieran motivos para odiar a los Fletcher en el momento en que ellos recibieron el disco por correo. La señora Jones, Dicky Northanger, Lee Weeks, Roland McIntyre. No sabían si incluir el nombre de Dolores LeSueur, pero al fin la incluyeron.

Era ridículo pensar en ella como una asesina múltiple —era ridículo pensar en una mujer como asesina múltiple—, pero la lista tenía que ser completa o no tenía sentido hacerla.

Llamaron para dictarla, y el hombre que atendió estaba al corriente, como Douglas había prometido y fue minucioso y serio.

Cuando hubieron terminado. Step y DeAnne se quedaron mirándose ante la mesa.

—Vaya domingo —dijo Step.

—Esto te sonará espantoso —dijo DeAnne—, porque ese asesino aún anda suelto, pero... estoy más tranquila.

—También yo —dijo Step, y ambos rieron de alivio—. Stevie no está loco. Lo que me dijo la doctora Weeks es pura mierda... perdona, pero tenemos que llamar a las cosas por su nombre. Stevie no está inventando, nosotros no somos los culpables y él no está loco. Está viviendo en el mundo real pero, tal como intuíamos, él ve con mayor hondura que nosotros. Y cuando piensas en ello, resulta conmovedor, ¿verdad? Esos niños perdidos aún viven en la mente de Stevie. Él los imagina y juega con ellos, ha trabado amistad con ellos. Ya no les tengo miedo.

—Yo aún tengo miedo —dijo DeAnne—. No puedo evitarlo.

—También yo. Del asesino.

—Ojalá viviéramos en otro sitio —suspiró DeAnne—. Ojalá pudiéramos llevarnos a Stevie de este lugar.

—Sí, ya lo sé. Pero en este lugar los médicos saben qué pasa con Zap. Aquí está la congregación que ayunó y oró por él. Los demás podemos vivir en cualquier parte, pero Zap ya forma parte de la vida de este lugar. ¿Crees que la gente de nuestro barrio verá crecer a Zap pensando que es un niño extraño porque no puede erguir la cabeza? No, lo considerarán parte de la comunidad. No encontraremos eso en ninguna otra parte, DeAnne.

—Lo sé, lo sé —asintió ella, pero no bastaba para consolarla.

—El peligro aún está ahí —admitió Step, tocando el periódico—. Pero no está dirigido contra nosotros. Es como dice el artículo. Es más probable que un chico de Steuben muera en un accidente de tráfico o por el disparo accidental de un arma que como víctima de este asesino. Los padres tienen que fiarse menos de los desconocidos, eso es todo. Y nosotros ya éramos casi paranoicos, así que creo que no habrá ningún problema.

DeAnne asintió.

—Y no podemos mudarnos, DeAnne. A menos que prefieras tirarlo todo por la borda para ir a casa de tus padres.

—Sólo pensaba que ya no quiero ser adulta. Quiero ir a casa para que mamá y papá cuiden de mí —rió de sí misma—. Es difícil ser padre ¿verdad? Porque cada decisión que tomas puede ser errónea.

—Oye, todo lo que decidamos será erróneo, porque siempre ocurrirá algo malo después. Así que me niego a arrepentirme. No me arrepiento de haber aceptado mi empleo en Eight Bits ni me arrepiento de haberme despedido. No me arrepiento de esos costosos análisis que le hicieron a Zap, porque teníamos que saber que le pasa. Ante todo, no me arrepiento de ese día en que te vi hablar por teléfono y pensé que nunca había visto nada tan bello como mi mujer consolando a alguien que lo necesitaba.

Ella lo abrazó y le apoyó la cabeza, en el pecho.

—Tú sabes consolarme.

—Y piensa otra cosa —añadió Step—. No sólo nos ha confirmado que nadie está loco en esta casa, sino que además hemos arreglado el dormitorio por primera vez desde que nos mudamos.

Ella fingió que lo mordía, y luego se irguió.

—Bien, sea como fuere, es hora de dar de comer a Zap, siempre que pueda despertarlo. Empiezo a pensar que si no lo despertara para comer, se pasaría dormido el resto de su vida.

—Te entiendo —dijo Step.

Se abstuvo de comentar que DeAnne acababa de llamar Zap al bebé. La primera vez que ella llamó Betsy a Elizabeth se lo había señalado y ella replicó que jamás volvería a llamarla así, de modo que la pobre chiquilla ahora pensaba que era una persona para los hombres y otra para las mujeres. Lo cual quizá no fuera tan descabellado, dado el modo en que funcionaba la sociedad. Tal vez pronto Step dejara de llamar Betsy a Betsy, así que tendría el mismo nombre para todos. Pero Zap le parecía un nombre perfecto, al menos hasta que el niño tuviera edad suficiente para quejarse, y le gustaba que DeAnne también lo usara.

Step se quedó en la cocina y echó una ojeada al periódico. Notó que tenían las dos listas sobre la mesa, la de los amigos de Stevie y la de la gente que podía odiarle tanto como para enviar una amenaza anónima. Se levantó y las puso en un armario alto. Al margen de lo que hubiera dicho Douglas, Step no estaba muy contento con ninguna de las dos. Hubiera preferido que los integrantes de las dos listas dejaran a su familia en paz.

Ese domingo por la noche sonó el teléfono. DeAnne despertó y respondió con voz somnolienta. Escuchó un instante.

—Es tarde —dijo—. Creo que está durmiendo. Oh no, está despierto. Aquí está.
—Le pasó el teléfono a Step—. Es para ti —dijo, y volvió a dormirse enseguida.

—Soy Step Fletcher. ¿Quién es?

—Soy Glass, Step. ¿Me recuerdas? ¿De Eight Bits?

—Sí, claro. ¿Pero no es un poco tarde para llamar? Es casi medianoche.

—Bien, no es una llamada de cortesía. Sólo me permiten una llamada telefónica, y después de pensarlo un minuto decidí que lo mejor sería llamarte a ti. Eso espero, al menos.

—¿Lo mejor para qué?

—Estoy en la comisaría. Necesito que me lleves a casa. ¿Puedo explicártelo todo después? No estoy arrestado, pero no quiero que me lleven a casa en un coche patrulla. Queda mal, la gente hace preguntas.

—Si no estás arrestado, ¿por qué solamente te permiten una llamada?

—Oh, es puro teatro. Le dan un toque de dramatismo, pero no es nada. Sólo que necesito un amigo, ¿entiendes? Alguien que me venga a buscar y no diga qué ha pasado.

—No mentiré por ti.

—Oh, ya lo sabía —dijo Glass—. Pero tú ya no trabajas en Eight Bits y supongo que no te has mantenido en contacto. ¿Quién va a preguntarte? Y no te pondrás a llamar a la gente para avisarla, ¿verdad?

—No sé dónde está la comisaría.

—En pleno centro. En la esquina de Center y Church. Un edificio grande, no tiene pérdida. Te esperaré fuera para que no tengas que aparcar y entrar.

Cuando Step colgó, DeAnne se movió apenas y murmuró:

—¿Quién era?

—Glass. Roland McIntyre. La policía lo ha interrogado y quiere que lo lleve a casa.

DeAnne abrió los ojos.

—Él figuraba en nuestra lista.

—Sí, y supongo que también figuraría en otra.

Step llegó al edificio en diez minutos y Glass, como había prometido, lo estaba esperando fuera. Tenía un aire melancólico, con su camisa a cuadros de manga corta y sus gafas gruesas.

—Bonito coche —comentó Glass al subir.

—Cuesta trabajo mantener a raya los agujeros de óxido —admitió Step—. Pero éste funciona y el otro está siempre en el taller. ¿Adonde vamos?

—A casa. Oh, claro. Vivo en los apartamentos Oriole, al oeste, sobre la autopista Shaker. Como si fueras al aeropuerto.

Step arrancó.

—Gracias por venir a buscarme —dijo Glass—. No sabía a quién más llamar.

—No hay problema —dijo Step, y en cuanto lo hubo dicho sintió que en efecto no había problema alguno, pero no se había sentido así hasta el momento.

—Te echamos de menos en Eight Bits, hombre.

—Me alegra saber que me recuerdan.

—Dicky ha metido las narices en todo. Se lleva nuestros discos de trabajo y manipula los códigos de modo que el programa que funcionaba bien la noche anterior se queda colgado al día siguiente. Le preguntamos qué ha hecho y él responde: «Era el código más ineficiente que había visto, así que le di unos toques». Y si le dices que antes no se quedaba colgado y ahora sí, te mira y te pregunta si él tiene que encargarse de todo.

Step rió amargamente. Dicky. No le gustaba acordarse de Dicky, ni siquiera enterarse de que todavía era odiado por todo el mundo. Dicky estaba en su lista, así que cambió de tema.

—¿Qué ha pasado esta noche?

Glass guardó silencio un momento, mirando por la ventanilla. Se recostó en el asiento.

—Bien, no me digas que no lo sabes.

—Si lo supiera, no te lo hubiera preguntado —dijo Step, lo cual no era cierto, pero no le importaba. Ser franco con Glass no era tan importante como ser franco con sus hijos, con DeAnne o con Douglas.

—Pero tú sabes lo mío —suspiró Glass—. En realidad nunca hice nada. Ni siquiera me interesa hacerlo. Pero unos padres se quejaron porque su hijo les contó una patraña, así que me arrestaron cuando tenía dieciséis años, y ese abogado cabrón que contrató mi madre me aconsejó que solicitara un juicio de adulto a cambio de no ser encerrado, en lugar de ir a un reformatorio y quedar sin antecedentes. Porque eso era lo que buscaba el fiscal. Mi nuevo abogado me dijo que de todos modos le hubiera sido difícil encerrarme, pues el único testimonio era el de un niño y él lo habría hecho trizas en el tribunal. Lo cierto es que ahora figuro en su lista de delincuentes sexuales. —Step notó que Glass lo miraba—. Estoy en la lista de perversos. Si en Steuben alguien mira a una chiquilla entornando los ojos, me llaman por teléfono y me preguntan dónde estuve. Bien, casi siempre estoy en Eight Bits, con muchos testigos, así que no me molestan con frecuencia.

—¿Y por qué esta vez? —preguntó Step, sintiéndose incómodo. No le gustaba que Glass le contara esta historia, pues sabía que mentía, que había más de un testigo y que de hecho había manoseado a chiquillas, quizá más que eso en un par de ocasiones. Pero le dejó hablar porque no quería que se enfadase.

—Es por el rollo del asesino múltiple. ¿Te imaginas? La Oficina Estatal de Investigaciones está interrogando a todos los delincuentes sexuales de seis condados,

y así surgió mi nombre. Es una estupidez, no tiene sentido. —Estaba realmente ofendido—. Ese asesino ha matado niños, por Dios. ¿Se creen que soy maricón?

Step siguió conduciendo sin decir nada.

Al cabo de un minuto de silencio, Glass siguió comentando los chismorreos de Eight Bits, y luego llegaron al complejo de apartamentos y Glass lo condujo hacia su edificio. Step se despidió y le vio llegar hasta la puerta. Recordó las veces que había acompañado a canguros hasta la puerta de la casa de sus padres, pensó en Glass como canguro y se estremeció. Pero yo también trabajé de canguro, pensó Step. A los doce años. ¿Y cómo sabía esa gente que yo no era como Glass? Tenían que confiar en mí. Tienes que confiar en los demás aunque a veces traicionen tu confianza, pues de lo contrario la vida sería imposible.

Y luego tuvo otro pensamiento. Glass tenía madre y padre. Un padre que lo odiaba. ¿Eso habría empezado antes o después de que Glass se dedicara a manosear chiquillas? Pero esa madre aún lo quería. Lo había llevado en el vientre tal como DeAnne había llevado a Stevie, Robbie, Betsy y Zap; le había dado el pecho o el biberón, se había levantado de noche para atenderlo, había soñado con lo que él sería cuando creciera. Y debía de haber sido un chico muy inteligente. Su madre se habría sentido orgullosa cuando estaba en la escuela, y lo habría consolado cuando los otros niños se burlaban de él. Y luego esto: un hijo que manoseaba chiquillas. Algo tan oscuro y espantoso que incluso los peores criminales consideraban insoportable su presencia. Y ella debía convivir con esa realidad.

Step pensó en el pequeño Zap y comprendió que había cosas peores que tener un hijo cuyo cuerpo no respondía bien. Era posible tener un hijo cuya alma fuese indigna. Y pensó en ese asesino suelto en Steuben. Si alguien le impusiera la opción de cambiar de lugar con el padre de uno de esos niños perdidos, o con el padre del monstruo que había secuestrado, abusado y matado, no sería difícil escoger. Los padres de los niños perdidos debían sentirse desgarrados por la furia, el odio y la aflicción, por la angustia de no haber protegido a sus hijos. Pero los padres del asesino múltiple tendrían todo eso y algo más: la vergüenza de haber traído un monstruo al mundo.

A pesar de todo, pensó Step, mis hijos son buenos. Y aunque algo les ocurriera, si uno de ellos fuera atropellado por un coche como Rob Robles de cuarto curso, o enfermara de leucemia como el hijito del doctor Duhmer en Vigor, cada año que habían vivido era un regalo para quienes los rodeaban, y los recordarían con amor y alegría, no con vergüenza y desesperación.

No creo que seas tú, Glass, pensó Step, no creo que tu monstruo haya crecido tanto. Pero ahora mismo me estabas mintiendo, tratabas de ocultar al monstruo. No estás arrepentido, y eso significa que el monstruo tiene espacio para crecer y fortalecerse, y que seguirás buscando oportunidades para poseer el cuerpo de niños

indefensos. El resto del mundo estaría mejor si yo mañana comprara un arma y fuera a Eight Bits a matarte de un balazo. ¿Podría Dios llamarlo asesinato, si hiciera eso para proteger a todos los niños que podrías perjudicar?

Sí, sería asesinato. Porque tal vez el monstruo no crezca. Tal vez logres dominarte. Y si alguien te mata antes de eso, perderás la oportunidad de arrepentirte y ser perdonado. Si existe el perdón para las cosas que haces o quieres hacer. Dios permite que los culpables vivan entre los justos y les hagan daño; permite que la cizaña crezca entre el trigo. Y a la gente decente sólo le resta criar bien a sus hijos y ejercer la bondad.

Step llegó a su casa dispuesto a acostarse, pero antes fue al cuarto de los niños y los vio dormidos. Los besó uno por uno. Robbie, Stevie, Betsy. Había visto a menudo ese cuadro, la dulce belleza de esos rostros en reposo. Y el pequeño Zap, problemático e indefenso, las piernas encogidas como una rana, la boca abierta y las mejillas siempre húmedas. Os quiero a todos, dijo Step en silencio, doy gracias por todos vosotros. Tengo muchas esperanzas para vosotros. Incluso para ti, Zap, con tu cuerpo con problemas. Incluso por ti, Stevie, aunque el mal quiso alcanzarte. El mundo es mejor porque lo habitáis, y aunque deseo reteneros para siempre, si os perdiera mi vida siempre contendría la alegría de saber que alguna vez fuisteis míos.

13

Dios

Así fue como hallaron un nombre para la dolencia de Zap: durante el otoño recibieron todos los meses la visita de Jerusha Gilbert, la enfermera de la clínica infantil del condado. En su primera visita Jerusha descubrió que DeAnne y Step ya tomaban todas las medidas que ella recomendaba habitualmente. Aun así se quedó la hora entera, y volvía todos los meses; le contó a DeAnne, que la mayoría de los niños que cuidaba tenían síndrome fetal de alcoholismo o falta de atención prenatal, así que no era de extrañar que los hogares que visitaba no fuesen ámbitos ideales. Y como no tenía que tomar las medidas higiénicas de costumbre, Jerusha comenzó a explorar ideas más avanzadas que DeAnne y Step podían poner a prueba con Zap.

Jerusha fue la primera en decir *parálisis cerebral*.

—No es un diagnóstico, desde luego, porque nunca lo es. Parálisis cerebral no es un término médico, es un comodín que sirve para todos los trastornos que parecen relacionados con una disfunción del cerebro. Niños rígidos, niños flojos, algunos retardados, otros inteligentes. Algunos caminan, otros andan en sillas motorizadas, otros se quedan en cama gimiendo sin cesar cuando están conscientes, si puede llamarse conciencia. En algún punto todos convienen en que se trata de parálisis cerebral, y entonces se impone determinado sistema. Así que depende de ustedes. Si dicen que Zap tiene parálisis cerebral, nadie lo discutirá.

—¿Y si es otra cosa? —preguntó Step.

—Siempre es otra cosa. La etiqueta parálisis cerebral sólo significa que hemos convenido en que no sabemos de qué se trata, pero el niño necesita ayuda en ciertas actividades. Y tendrán suerte si deciden que es parálisis cerebral, porque Steuben cuenta con uno de los cuatro o cinco mejores centros de parálisis cerebral de Estados Unidos.

—¿Ah, sí? —preguntó DeAnne.

—En el lado este de la ciudad. El centro educativo Puertas Abiertas. Un bonito edificio, además. Ahora está a cargo del Ayuntamiento, pero originalmente se creó con aportaciones de los ciudadanos. Los padres de los niños que padecían parálisis cerebral realizaron colectas hasta reunir el dinero. Y aún prevalece esa sensación. Allí tienen todo lo que Zap puede necesitar. Y para niños en edad preescolar tienen el centro Daggett. Cobran por los servicios, pues están financiados por fundaciones y no es público, pero no es tan caro. Lo necesitarán cuando Zap cumpla dos años. Tratándose de un chico con problemas neurales, Steuben es la mejor ciudad americana para criarlo.

Parálisis cerebral. Bien, al menos habían oído hablar de ella. En cuanto tuvieron esta etiqueta para los problemas de Zap, hablaron sobre el tema con los niños en una

noche de hogar^[9]. Step les contó que había conocido a un chico con parálisis cerebral.

—Tenía dieciséis años cuando yo vivía en Mesa. Yo tenía trece. Él pertenecía al mismo barrio. La primera vez que lo vi, pensé que era retrasado, porque su andar era torpe y desmañado, y farfullaba al hablar. Pero una vez yo estaba en el pasillo (creo que estaba cursando la Doctrina y los Convenios), y él salió de un aula y se me acercó. Estaba tan enfadado que no pudo contenerse y se puso a hablar conmigo. Y me asustó, porque era extraño, pero yo lo escuché y noté que podía comprenderle si prestaba atención, y que usaba frases completas, y que se quejaba porque los líderes del barrio no le dejaban hacer nada y eso lo sacaba de quicio. Recuerdo que me dijo: «Creo que soy retrasado pero se equivocan, saco las mejores notas, soy más listo que ellos, pero no me permiten bendecir el sacramento. No dejaron que me bautizaran hasta los doce años porque no creían que tuviera capacidad suficiente para ser responsable». Decía todo esto con lentitud, y le costaba articular las palabras, y para mí fue como una revelación. Ese tío no era tonto. Era una persona. Y habían herido sus sentimientos, y quizá yo mismo lo había herido alguna vez, pues le tenía miedo, y también pensaba que era retrasado. Cuando terminó de protestar, le dije: «Yo creo que deberías bendecir el sacramento». Y creo que eso era lo que necesitaba, alguien que le diera la razón, aunque fuera un chiquillo de trece años con un libro en la mano, pues me dijo: «Pues un día lo haré».

—¿Y lo hizo? —preguntó Robbie.

—Antes de irme de Mesa, le vi subir con mucha dificultad la escalera que conducía hasta la mesa del sacramento. Debió de tardar cinco veces más que cualquier otro en decir la plegaria, pero pronunció hasta la última palabra, y cuando entregó las bandejas a los diáconos, las bandejas temblaban y el agua se derramaba un poco, pero lo hizo. Al principio la gente estaba confusa, pero al fin murmuraron que ese chico tenía vitalidad. Se enorgullecían de él.

—Niños —intervino DeAnne—, tendréis una responsabilidad especial como hermanos de Zap. Debéis tratarlo con naturalidad. Nunca actuéis como si os avergonzara. Porque si vosotros actuáis como si Zap fuera motivo de vergüenza, otros lo harán también.

—¡Él es mi hermanito! —exclamó Robbie.

—Así es —respondió DeAnne.

—No siempre será fácil —intervino Step—. Mi tía Ella es retrasada, lo cual no es lo mismo, pero tenía un aire extraño y cómico, y se crió en los años veinte, cuando la gente no era muy benévola con esas cosas, y menos los niños. Y mi madre era la hermana pequeña.

—¡La abuela Sal! —exclamó Robbie.

—¡Labelasal! —gritó Betsy.

—Así es, vuestra abuela Sal. Y un día, cuando tenía siete u ocho años, mi madre se sintió tan avergonzada que se portó muy mal con la tía Ella, y caminó por la calle a cierta distancia para que nadie supiera que iban juntas. Pero mi madre era una chiquilla y nadie le había dicho que no debía sentir vergüenza. Y una vez un grupo de chiquillos les tiró cosas y las insultó, sólo porque la tía Ella era retrasada, y mi madre, que era sólo una niña, se sentó en el borde de la acera y rompió a llorar, mientras esos chicos corrían y gritaban. La tía Ella se sentó a su lado, la rodeó con el brazo y le dijo: «No llores, Sal. Ellos no lo saben. No llores. Sólo son crueles».

DeAnne miró extrañada a Step.

—¿Por qué les cuentas esta historia, Step?

Step comprendió que los niños podían pensar que, como hermanos de Zap, serían insultados o humillados, y no lo había contado por eso. Por un instante se sintió confundido y no supo qué responder, así que hizo lo que hace cualquier padre confundido. Fingió que se trataba de un «momento de enseñanza».

—¿Por qué crees que he contado esta historia, Robbie?

—Porque no importa que traten mal a Zap, igualmente lo acompañaremos al cole. Y caminaremos a su lado en vez de cruzar la calle, porque de lo contrario se asustaría.

Robbie había captado la moraleja de la historia, aunque Step hubiera olvidado para qué la contaba.

Stevie, sin que nadie se lo preguntara, añadió:

—Creo que la tía Ella era la más lista, aunque fuera retrasada.

—¿Por qué? —preguntó Step, complacido de que Stevie hubiera llegado a esa conclusión por su cuenta.

—Porque sólo le importó el llanto de la abuela Sal. No se enfadó con los niños malos, sólo trató de consolar a la abuela Sal.

—Vale, creo que todos hemos entendido la lección, ¿verdad?

—Debemos decirle a Zap que no llore —dijo Robbie.

—Zap puede llorar si lo desea. Sabéis que en esta familia es norma que cualquiera puede llorar cuando tenga ganas. Stevie, ¿cuál es el punto más importante de esta lección?

—Hemos de procurar que Zap participe en todo, sin quedar excluido, y asegurarnos de que la gente no lo considere retrasado.

—Muy bien, Stevie. Ahora bien, quizá con los años descubramos que Zap tiene limitaciones mentales, que sí es retrasado, y eso estará bien, porque mi tía Ella ha sido retrasada toda la vida pero es una buena persona y ha hecho felices a mucha gente. Pero es posible que Zap no sea retrasado. De un modo u otro, lo trataremos bien y nunca nos avergonzaremos de él.

—Estamos orgullosos de él —aseguró Robbie—. Él es mi primer hermano pequeño, así que ahora soy un hermano mayor.

—Como yo —dijo Stevie.

Step se volvió hacia DeAnne.

—Creo que hemos aclarado esta cuestión.

Dieron la lección por terminada. Robbie agitó la mano para encabezar la canción de cierre y DeAnne ayudó a Betsy a decir la plegaria de cierre, y luego comieron helado mientras DeAnne amamantaba a Zap, ocultándose el seno con un pañal tendido sobre el hombro.

—Zap también come postre —exclamó Robbie.

—Apuesto a que se parece mucho a su cena. Y a su ensalada y su almuerzo —dijo Step.

—¡Y su cereal! —gritó Robbie—. ¡Y su atún!

—¿Tendré que dar de mamar al bebé en otro cuarto? —preguntó DeAnne, aunque en realidad no le importaba. Sus problemas y preocupaciones no se habían disipado, pero era una buena noche. Eran una familia feliz, al menos en ese momento. Y eso bastaba por ese día.

Así transcurrió el otoño. DeAnne llevaba a Stevie y Robbie a la escuela todas las mañanas mientras Step se quedaba con Betsy y Zap. Ese año le resultaba más descansado aunque tuviera que llevar a dos niños a distintos colegios, pues no debía vestir y alimentar a Betsy. Tenía que levantarse más temprano, porque muchos otros padres acompañaban a sus hijos a la escuela y los recogían después, y los padres que no los recogían salían al encuentro del autobús para acompañar a los niños a casa. Los padres que trabajaban se organizaban para ayudarse, y muchas empresas locales permitían que la gente saliera a almorzar a la hora en que terminaban las clases para que los niños no llegaran a una casa vacía.

Ahora el oficio de madre le ocupaba tanto tiempo que en ocasiones descuidaba sus labores para la iglesia, y dio un par de lecciones que no estaban tan bien preparadas como de costumbre, aunque nadie pareció notar la diferencia. Ahora concentraba su vida en Zap; no le quedaba más remedio. Fuera por los efectos residuales del fenobarbital o por problemas congénitos, Zap dormía dieciocho o veinticuatro horas seguidas y despertaba famélico. Era incómodo para DeAnne, pues tenía que optar entre despertarlo y obligarlo a comer cada ocho horas, o extraerse la leche y congelarla. Le sobraba durante los períodos de sueño, y le faltaba cuando él se despertaba.

Además, como Zap pasaba poco tiempo despierto, DeAnne no soportaba que el bebé desperdiciara tanto tiempo a solas en la cama. Como Zap no podía usar los brazos y las piernas como los bebés normales, no podía experimentar con los sonajeros, ni siquiera con su propio cuerpo. Las horas que pasaba despierto eran totalmente vacías y DeAnne temía que se aburriera y perdiera todo interés en la vida, que el sueño lo llevara gradualmente a la muerte. Si Zap se despertaba a medianoche,

DeAnne se levantaba para hacerle compañía, hablarle y jugar con él, moviéndole las manitas y los pies, cantándole. Dormía a ratos durante el día cuando Zap estaba dormido, y en ocasiones podía dormir toda la noche. Ese ritmo la estaba agotando y no le dejaba muchas energías para los demás niños, pero no podía evitarlo, y ellos eran mucho más independientes y no la necesitaban tanto. Aún colaboraba con las tareas escolares, como Step, pero Robbie y Betsy pasaban mucho tiempo juntos, y se hicieron buenos amigos cuando Betsy comenzó a asimilar algunas reglas de conducta civilizada. Stevie pasaba mucho tiempo a solas.

Step trataba de compensar la ausencia de DeAnne jugando con los niños, pero a menudo debía preparar la comida o lavar la ropa mientras DeAnne dormía, así que no participaba en sus actividades. Y cuando podía se encerraba en su estudio, luchando con el lenguaje de ensamblaje del PC de IBM hasta que al fin comprendió que obtendría resultados similares con el nuevo lenguaje Turbo C, con lo cual debería descartar todo lo que había hecho hasta el momento y empezar desde cero. Era un trabajo enloquecedor, en parte porque el ordenador estaba mal diseñado y Step debía combinar muchos elementos para que los gráficos resultaran aceptables o para conseguir que el diminuto altavoz del PC emitiera sonidos que no dieran ganas de silenciar la máquina a martillazos. Cuando Step encontraba un fallo o resolvía determinado problema, su concentración era tan profunda que, al desviar los ojos de la pantalla para ver si DeAnne lo necesitaba para preparar el almuerzo, descubría que fuera atardecía y ella ya estaba en la cocina lavando los platos después de la cena. En Indiana habían decidido que sus vidas funcionarían mejor si ella no llamaba a Step a cenar. Si él estaba tan concentrado que no oía a DeAnne cuando llamaba a los niños, significaba que no quería interrupciones.

Los dos andaban un poco perdidos con los tres niños mayores ese otoño, y cuando notaron que Stevie seguía jugando con sus amigos invisibles, con exclusión de casi todo lo demás, se preocuparon, pero se consolaron pensando que no estaba perdiendo el juicio ni que nadie quería causarle daño. Sólo estaba afrontando una prueba, y tal vez al final lo fortaleciera. Entretanto, Zap y Hacker Snack no les dejaban mucho tiempo libre.

El uno de septiembre la CNN no hacía sino transmitir noticias sobre el vuelo 007 de Korean Airlines, que había cruzado el espacio aéreo soviético y había sido derribado por los rusos. Step y DeAnne eran adictos a las noticias. Cenaban con el televisor a todo volumen en la sala, para oírla desde la cocina.

Sonó el teléfono. DeAnne se había levantado para sacar algo de la nevera y descolgó el aparato, dijo un par de frases y se lo pasó a Step.

—Es Lee.

—Hola, Lee —saludó Step—. Eres increíble, llamar el primer día del mes. Harás

de mí el maestro visitante ideal.

—No me hagas perder tiempo —espetó Lee.

—Lo siento —dijo Step. ¿Qué rayos le pasaba a ese chico?— ¿Para qué me has llamado?

—Lo sé todo —masculló Lee—. Sé lo que has hecho. Los pusiste a todos bajo el agua, ¿verdad?

—¿Qué? No sé de qué estás hablando.

—No te hagas el inocente conmigo —estalló Lee—. Oigo el televisor. Estás sintonizando la CNN como mi madre. Los pusiste a todos en el agua. A todos.

—Lee, no creerás que he tenido algo que ver con ese jet de Korean Airlines, ¿verdad?

—Sólo quiero saber si estás preparado para las consecuencias de una guerra nuclear. Porque los comunistas no te permitirán bautizarlos. Ellos no son cristianos, y no lo aguantan. Dispararán los misiles. Vi la película *El día después*, y sé lo que pasará con la gente normal. Pero tú eres demasiado listo para dejarte atrapar. Nadie puede atraparte.

Si en los últimos meses Lee había caminado al borde de un precipicio, ahora se había despeñado.

—Lee, no habrá guerra nuclear.

Lee se echó a reír.

—¿Pensabas que podrías mentir y largarte? No, no te olvidaré. Estoy adherido a ti como pegamento. Cuando subas en ese submarino, estaré contigo.

—Lee, ¿estás en tu casa?

—Dios está en mí ahora, Step. Ni siquiera estoy usando el teléfono, ¿qué te parece?

—Pues yo sí estoy usando el teléfono —replicó Step.

—No necesito el teléfono cuando Dios está en mí. Puedo verte. Puedo ver a toda tu familia.

—¿Dónde estás?

—Estoy en todas partes. Estoy en todo. Soy amor, Step. Soy el que soy —rió entre dientes—. Moisés nunca entendió qué quise decir con esas palabras.

—Lee, despierta.

—Toda esa gente bajo el agua, como el ejército del Faraón en el Mar Rojo. ¿Quieres ser Moisés? Apartando las aguas, ahogando gente. Bien, puedes ser mi profeta si quieres. Pero está mejor que reces primero. Que ofrezcas un sacrificio.

Las palabras de Lee habían dejado de ser extrañas para resultar perturbadoras.

—¿Dónde estás, Lee?

—No puedes encontrarme. Nadie puede, porque soy invisible.

—¿Por qué me has llamado?

—Porque eres el único que tiene poder para decirme que no.

—¿Ni siquiera tu madre?

—Shh. —Lee bajó la voz—. No se lo cuentes. Promételo.

—No puedo prometerlo, Lee. Necesitas ayuda.

—¡No, tú necesitas ayuda! —exclamó Lee con furia, aún hablando en voz baja—. Necesitas mucha ayuda, porque voy a detenerte antes que pongas a todos bajo el agua. No permitiré que destruyas el mundo de nuevo.

—Lee, soy sólo tu compañero de lecciones hogareñas.

—Lo sé —asintió Lee con tono despectivo—. ¿Crees que no sé quién eres? Debes de estar loco si crees que puedes ocultarte totalmente de mí.

—Lee, voy a colgar.

—No te vayas sin mí. —De pronto Lee parecía asustado, desesperado—. Déjame un lugar en el submarino. No comeré mucho.

—Adiós, Lee.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí.

—Vale. —Ahora Lee hablaba con voz jovial—. Ha sido un placer hablar contigo. ¡Nos vemos!

Step colgó.

—DeAnne, necesito el número de la doctora Weeks.

No acababa de decirlo cuando ella le alcanzó una tarjeta con un número anotado.

—¿El teléfono de su casa? —preguntó Step.

—Lo busqué —asintió DeAnne—. Presentí que ibas a necesitarlo.

Cuando se puso en contacto con la doctora Weeks, ella no parecía sorprendida de saber que Lee había llamado.

—Dijo que era invisible —explicó Step—. Dijo que hablaba conmigo sin usar el teléfono.

—Pues estaba usando el teléfono —dijo la doctora Weeks.

—Sí lo sé. —Cubrió el micro y le susurró a DeAnne—: Cree que yo estoy loco. —Y le dijo a la doctora—: Escuche, Lee tiene un problema y quería que usted lo supiera, eso es todo. Está realmente alterado, dice que es Dios y cree que yo derribé el vuelo 007.

—Usted se ha transformado en una figura de poder para él. Esas fijaciones nunca duran y son inofensivas.

—¿Así que lo tiene todo bajo control?

—Él esconde las pastillas, pero al fin tiene que dormirse.

—¿Se medica?

—No comento estos temas con profanos.

—Perfecto —dijo Step—. Sólo procure que su hijo no llame a los profanos, así no

tendrá que comentar nada con ellos.

—Gracias por su interés —terminó la doctora Weeks—. Yo me encargaré del problema. Adiós.

Eso fue todo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó DeAnne.

—Supongo que ella lo tiene bajo control. —Pero pensaba en las ilusiones que Lee estaba creando en torno de él y su familia, y se preguntó si la doctora Weeks realmente controlaba la situación.

Step estaba en el colmado cuando lo llamó una voz insistente.

—¡Hermano Fletcher, hermano Fletcher!

Le sobresaltó que lo llamaran hermano fuera de la iglesia. La mayoría de los mormones eran mucho más discretos. Entonces vio que era la hermana LeSueur, y comprendió.

—¿Cómo se encuentra su encantadora familia, hermano Fletcher?

—Bien —dijo Step.

—He rezado por su familia todos los días. Y dediqué mi ayuno del jueves a su pequeño la semana pasada. Ayuno todos los jueves, sabe usted.

—Gracias por pensar en nosotros —dijo Step, ansioso de quitársela de encima. Esa mujer hablaba a pleno pulmón. Sin duda quería pedirle algo, aunque él no se imaginaba qué.

—Un testigo me ha dicho que es usted muy especial para el Señor —dijo ella.

—Qué amable ha sido al decirle eso —respondió Step. Echó una ojeada al pasillo para ver si habían llamado la atención de alguien. No había nadie allí, ni a sus espaldas. Estaban solos en la sección de sopas enlatadas.

—Pero por fuerza debe haber un tiempo de prueba primero —prosiguió la hermana LeSueur—. Para eso ha venido su bebé.

Step se enfureció. ¿Cómo se atrevía a entrometerse en la frágil vida de Zap?

—Creo que la vida de Zap le concierne sólo a él —declaró Step—. Como la de cualquier otro niño.

Ella le tocó el brazo, sonriendo.

—Tiene usted razón, hermano Fletcher. Debe de ser maravilloso ser bendecido con tanta luz del Espíritu.

—Tengo que terminar mis compras para volver a casa, así que...

Al final del pasillo, una mujer los observaba. Step la conocía, pero no logró identificarla. ¿Era alguien de Eight Bits?

—¿No le parece que es hora de que usted bendiga a su hijo? —preguntó la hermana LeSueur.

—¿No le parece que es decisión mía y de mi mujer? —No, la mujer no era de Eight Bits. Era la señora Jones. Tampoco la había reconocido de inmediato cuando se

encontró con ella en la farmacia, en la época en que Zap estaba en el hospital. Era una persona borrosa.

—El Señor desea que actuemos con valentía y con fe, hermano Fletcher —continuó la hermana LeSueur—. Eso se me reveló en mi sueño. La bendición le pertenece por derecho, si usted tiene suficiente fe para exigírla. Como la vez en que me necesitaron con urgencia para prestar servicios compasivos. La noche anterior hubo una tormenta de nieve, y yo no tenía tiempo para limpiar el hielo de mi coche. Dije al Señor que si deseaba que yo prestara ese servicio en su nombre, tendría que limpiarme el parabrisas. Y cuando salí, mi coche era el único que no tenía una capa de hielo encima.

La señora Jones lo miraba sin parpadear. Cree que la estoy persiguiendo, pensó Step. Con un carrito lleno de comida y una lista en la mano, pero ella cree que estoy aquí sólo para fastidiarla.

—El Espíritu me habló en sueños y me dijo que es hora de que el hermano Fletcher reclame una bendición curativa del Señor.

—Pedimos bendiciones, no las reclamamos —objetó Step.

—Yo el Señor quedo comprometido cuando hacéis lo que os digo —citó ella—. Comprometa al Señor, hermano Fletcher, comprométalo y cure a su hijo. La tierna almita de su niño es rehén de su soberbia, ha dicho el Señor.

Ha dicho Dolores LeSueur, respondió Step en silencio.

—Debe someterse a la voluntad del Señor, y dejar de rechazar su palabra. ¿Paga fielmente sus diezmos?

La señora Jones seguía allí. Ojalá tuviera la cinta aquí, se la tiraría en la cara para que dejara de vigilar cada uno de mis movimientos. Le sonrió a la señora LeSueur, pensando: Estoy disimulando una sonrisa. La señora Jones me está observando como en esa canción de The Police.

—¡Vaya a su hijo, apóyele las manos en la cabeza, y ordénele que se levante y ande!

—Eso sí que sería un milagro. Aún no tiene ni dos meses.

Fue como si le hubiera arrojado un cubo de agua fría.

—Lo sé —replicó ella—. Pensé que comprendería que estaba hablando figuradamente.

Sin duda comprenderás que hablo figuradamente cuando te diga que te sientes a un palo de escoba y te pongas a volar.

—Hermana LeSueur, le agradezco sus consejos. Ahora debo terminar mis compras.

Metió el carro en el pasillo para alejarse de la señora Jones. Pero la hermana LeSueur le cogió la manga.

—Hermano Fletcher, no puede resistirse al Señor indefinidamente.

Step dio media vuelta.

—Nunca en mi vida me he resistido al Señor, hermana LeSueur, y jamás lo haré. Pero no estoy tan ávido de dialogar con él para llegar al extremo de interpretar su papel además del mío.

—Cuidado —dijo la hermana LeSueur con voz crispada—, pues el Señor le castigará por su orgullo.

Este momento sería perfecto para que la señora Jones sacara una pistola de la cartera y me matara de un tiro. La hermana LeSueur se pasaría el resto de su vida contando la anécdota. Pero la señora Jones ya no estaba. Se había escabullido mientras él le daba la espalda.

—Los hijos pagarán los pecados de los padres —sentenció la hermana LeSueur.

Step empujó el carro en dirección contraria. Había imaginado la escena de su muerte a manos de la señora Jones, tan vívidamente que ahora recordaba ciertos momentos como si en efecto la hubiera visto. La pistola saliendo de la cartera, apuntándole al pecho. Habría podido estirar el brazo para tocar el frío metal. ¿Así serían para Stevie sus amigos imaginarios? ¿O como las visiones de la hermana LeSueur? No existían en la realidad, pero parecían reales cuando acudían a la memoria.

—Hasta la tercera y cuarta generaciones castigaré a quienes me odian —martilleó la hermana LeSueur.

Dobló al final del pasillo, dejando atrás a la hermana LeSueur y su doctrina de venganza. Apuró el paso, desplazándose entre los demás compradores como si estuviera en una autopista. Tardó un rato en comprender que ya no huía de la hermana LeSueur, sino que buscaba a la señora Jones. Porque ella lo estaba observando. Porque le había hecho pensar en la canción. Tenía que saberlo.

No estaba en los pasillos ni en las filas de las cajas registradoras. Abandonando el carro, Step salió de la tienda y echó una ojeada al aparcamiento. Allí estaba ella, caminando entre los coches. Step apuró el paso.

Tal vez tendría que haberla llamado, pero temía que echara a correr, pues pensaba que él la perseguía. Cuando la alcanzó ella estaba insertando la llave en la puerta del Pinto, y soltó un chillido.

Step procuró mantenerse a distancia, las manos a la vista, apoyadas en los otros coches.

—Señora Jones, no la estaba persiguiendo. Estaba haciendo la compra.

Ella no dijo nada.

—¿Pero usted me persigue a mí?

Ella curvó los labios con desprecio.

—Usted me envió ese disco, ¿verdad?

Ella se puso pálida.

—¿Qué disco?

—El de The Police. Esa canción donde alguien observa a una persona. Alguien la envió a nuestra casa.

—Ni siquiera sé dónde vive.

—No sea absurda, figuramos en la guía. Sólo dígame si la envió usted.

Ella sonrió.

—Conque no le gusta saber que alguien lo observa, ¿verdad?

—Yo nunca le envié anónimos, señora Jones.

—Yo no le envié nada, señor Fletcher, así que debe de ser algunas de esas otras personas que usted chantajea.

—Nadie más ha maltratado a uno de mis hijos.

—Conque cree que soy yo. Tiene un nuevo problema en su familia y acusa a una mujer que ni siquiera es maestra de su hijo.

Está disfrutando, pensó Step. Le encanta saber que ese disco anónimo me saca de quicio. Es igual que con Stevie. Le gusta intimidar a los demás.

—Su abogado no me llamó para hablarme de esa orden restrictiva —dijo Step.

La señora Jones se encogió de hombros.

—Pero el capitán Douglas de la policía de Steuben cree que las huellas del sobre donde vino el disco bastarían para realizar una identificación positiva que tendrá validez en un tribunal.

—No sea estúpido.

—Conque usó guantes, ¿eh? Pero no usó guantes cuando lamió el sello y lo apretó contra el sobre.

La expresión de asombro de la señora Jones habría sido respuesta suficiente, pero su repentino alivio la confirmó.

—Qué alivio, ¿eh? —dijo Step.

—¿A qué se refiere?

—Ha recordado que pidió al empleado de correos que lo pasara por la máquina.

El rostro de la mujer revelaba su conflicto interior. ¿De verdad había dejado pistas, o sólo era un farol?

—Usted nunca creyó que yo la estaba persiguiendo —continuó Step—. Supo desde el principio que usted me observaba a mí. Así que debo prevenirle de que desista. Ya he pasado su nombre a la policía como posible remitente de ese disco. La policía la observa a usted. Deje a mi familia en paz.

—¡Dejarla en paz! —exclamó ella con tono desafiante, pero era evidente que la alusión a la policía la había inquietado.

—No le hemos causado ningún daño. Pude haber denunciado sus actos a la junta escolar y querrellado al distrito escolar, y a usted personalmente, por lo que le hizo a Stevie. Su nombre pudo haber figurado en todos los periódicos. En cambio, traté de

ser decente y solucionarlo entre nosotros. Agradézcalo y deje de buscar revancha.

—¿Agradecerlo? —replicó ella con desdén—. Es usted muy listo, señor Fletcher. Usted y su inteligente hijito. Ustedes pueden destruir la carrera de otra gente. Pueden obligarles a buscar trabajos temporales y vivir con miedo y humillación cada día de su vida.

—Así vivía Stevie.

Ella lo fulminó con la mirada, abrió la puerta del coche y le dio la espalda para entrar.

—A veces siento pena por usted —dijo Step—. Pero luego se empeña en demostrarme que le complace hacer daño a los demás. Eso es el mal, señora Jones. Eso es usted.

Ella titubeó antes de cerrar la puerta del coche, como si buscara una réplica definitiva. Al fin dio un portazo y puso el coche en marcha. Salió del aparcamiento y enfiló hacia la calle haciendo rechinar las llantas.

Al menos ya sé quién envió el disco, pensó Step. Douglas tenía razón. No era el asesino, sólo una mujer pérfida.

Cuando entró, alguien había cogido su carro. Sin duda un empleado de la tienda lo estaba guardando todo otra vez en los estantes. Step suspiró, extrajo la lista del bolsillo, y comenzó de nuevo.

Una noche de septiembre, Step pensaba estar a solas con los niños mientras DeAnne daba una charla en una reunión de la iglesia. Step sabía que debía ayudarle a quitarse los niños de encima en cuanto pudiera, pero estaba en medio de un complicado algoritmo que no le parecía estar bien. Robbie caminaba por el pasillo, haciendo botar una pelota con fuerza, tum, tum, tum, enloqueciendo a Step. Cuando no aguantó más, Step se levantó y fue al pasillo para decirle que parara. En ese momento DeAnne salió del baño en bragas, con la misma misión en mente. El pobre Robbie se quedó quieto en el pasillo, mirándolos con espanto.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz.

Los dos se echaron a reír.

—Sólo deja de hacer botar la pelota dentro de la casa, Robot —dijo Step.

—Vale —dijo Robbie—. De todos modos no sabe botar bien en la moqueta.

—No *puede* botar bien en la moqueta.

—Ya lo sé —dijo Robbie, asombrado—. Es lo que acabo de decirte.

Media hora después que DeAnne se fue a la iglesia, sonó el teléfono. Era DeAnne.

—Esto te parecerá estúpido, Chatarrero, ¿pero te molestaría preguntarle a Robbie dónde consiguió esa pelota?

—Hace años que la tiene.

—Pero se cayó en una alcantarilla delante de la casa la primera semana que vivimos aquí. Quiero saber cómo la ha recuperado. Tú no la rescataste, ¿verdad?

—Ni siquiera sabía que se había perdido. Tal vez deba devolverla allí.

—Step, haz el favor de averiguarlo o me volverá loca el resto de mi vida.

Step asintió, colgó y fue a buscar a Robbie.

—Me la consiguió el chico invisible —dijo Robbie—. Dijo que no estaba muy al fondo, y salió cuando él la llamó.

Step quiso reprenderlo por inventar semejante historia, pero la mención del chico invisible le hizo vacilar.

—¿Dónde conociste al chico invisible, Robot?

—Hoy en el jardín. Estaba desnudo, porque si llevara ropa la gente lo vería.

—Pero tú podías verle —dijo Step.

—Yo soy tu hijo —respondió Robbie, como si eso lo explicara todo.

Lee Weeks, pensó Step.

—¿Cuándo sucedió esto? —preguntó Step—. ¿Antes o después que Stevie regresara de la escuela?

—Antes —dijo Robbie—. Ya se ha ido. Tenía que volar a Raleigh.

Step rodeó la casa, echando un vistazo a las cerraduras. Luego pidió a Robbie y Stevie que fueran al cuarto de Betsy y Zap a leer en silencio mientras él salía.

Fuera estaba bastante oscuro, con poca luz de luna, pero Step lo vio enseguida, una figura pálida y fantasmal perfilada contra el alto seto del vecino. Step echó llave a la puerta y caminó hacia él.

—¿Cómo has llegado aquí desnudo Lee? —preguntó.

Lee se rió encantado.

—Sabía que tú podrías verme. Igual que tu hijo.

—Tienes suerte de que no te haya visto la policía, Lee. Esto es una ofensa contra la moral pública, y te pueden encerrar en la cárcel. —De todos modos, el cuerpo desnudo de Lee era tan pálido que sólo causaba tristeza—. No me gusta que le hables a mi hijo en ese estado.

—No puedo evitarlo si él tiene tu poder para ver lo invisible —replicó Lee.

—Supongo que has vuelto a dejar la medicación.

—Mi madre me revisa las manos —dijo Lee—. Me revisa la boca. Y me vigila para que no pueda vomitarla.

—¿Tanto odias esas pastillas?

—Me dan la sensación de que me muevo en una neblina. Cuando no las tomo, todo cobra nitidez. Puedo ver hasta el horizonte. Y mis pensamientos... puedo pensar los pensamientos de Dios. No tengo que dormir. Hace días que no duermo.

—Te creo —asintió Step, observando que, si Lee era Dios, Dios mascaba chicle—. ¿Por qué estás aquí?

—Si piensas ser mi portavoz, debes pasar una prueba.

—No seré tu portavoz, Lee. ¿Dónde tienes la ropa?

—Era el manto de mi cautiverio. Nunca he tenido ropa.

—Puede ser, pero tampoco era la ropa de tu madre.

—Le caes bien a mi madre —dijo Lee—. Te considera muy listo.

—Me alegro.

—Pero dice que no te gustan las psiquiatras.

—Se equivoca.

—Oh, no tienes que fingir. A mí tampoco me gustan. Son demasiado mandonas. Y no entienden nada. Tienen sus medicinas para transformarte en robot, cuando estás a punto de verlo todo. De alcanzar la visión total.

La visión que yo necesito ahora, pensó Step, es la de cómo hacerte volver a casa de tu madre sin poner en peligro a mi familia y preferiblemente sin llamar a la policía.

—Nunca tenemos una visión total en esta vida, Lee.

—Yo sí. Veo que tú planeas llamar a mi madre.

—Claro que sí —admitió Step—. Necesitas tu medicina.

—Nunca más. Pasaré siete días sin dormir y el séptimo cobraré todo mi poder. El sueño aturde la mente. Una vez estuve a punto de lograrlo. Conducía ese Z negro y supe que sólo debía ladearme bien en el asiento para volar a cualquier parte. Era Dios en mí. Ojalá lo hubiera hecho, Step. Pero la policía no quiso escucharme. El tío de la venta de coches debió llamarles. No comprendió que ya era mi coche. Yo conducía a ochenta, así que los policías no me detuvieron. Pero no tienen respeto por la ley. Sabían que debían detenerme antes de que yo echara a volar. Media docena de coches patrulla me cerraron el paso y me bajé del coche cuando me lo ordenaron, pero me hicieron tender en la carretera, con la grava en la cara, y me dolía mucho.

Había agudizado la voz. Un gimoteo, un sollozo de niño. Step recordó la chillona voz infantil de Howe Mandel. En Mandel era graciosa.

—Esa fue la vez que estuve en el hospital. Les dije que no soportaría el encierro, pero me sujetaron con correas, con esa especie de chaleco de fuerza con que te amarran a una mesa. Si levantas un brazo, tensas las demás correas, incluida la que te aprieta la garganta. Si mueves los dos brazos al mismo tiempo puedes asfixiarte. Y yo me preguntaba qué pasaría si me caía de la mesa. Me estrangularía y ellos no harían nada porque me envidiaban y querían que muriese sin alcanzar mi poder.

—Creo que trataban de ayudarte, Lee.

—Me estaban matando. Me puse a gritar. ¡No me gusta esto, no me gusta esto! Pero cuando vino ese tipo sólo me apretó más y ni siquiera podía mover un brazo. Y me dijo: No aflojaremos esto hasta que nos demuestres que estás controlado. Y yo dije: ¿Cómo puedo controlarme cuando me habéis atado? Tenéis que dejarme

levantar, no me iré, lo prometo. Pero no me escucharon. Luego llegó mamá con la medicina, pero cuando me la dio la vomité —rió a carcajadas—. Ya no me deja conducir. Tuve que caminar hasta aquí. Me sangran los pies.

Era verdad. Cuando se sentó en la hierba y levantó los pies para enseñárselos, Step pudo ver, aun bajo la luz del porche, que estaban lacerados, con trozos de grava y terrones en las heridas.

—Eso debe doler —observó Step.

—Estoy por encima del dolor —dijo Lee—. Por eso sé que estoy al borde de mi poder. El dolor no significa nada para mí. Podría partirme en dos y no podrías hacerme daño. Podría hacerte pedazos.

Step pensó en Lee hablándole a Robbie en ese estado y tiritó con un espanto retroactivo.

—Ha llegado la hora de tu prueba —dijo Lee—. De ver si eres digno de ser mi servidor y acompañarme en la inmortalidad.

Step pensó en varios modos de entrar en la inmortalidad. Ninguno de ellos le atraía por el momento, y menos en compañía de Lee Weeks.

—No pienso realizar ninguna prueba —declaró.

—De acuerdo —dijo Lee—. Pero apuesto a que no adivinas cómo engañé a mamá con la medicina.

Step dijo lo primero que se le ocurrió.

—Escondiste la pastilla en el chicle.

Lee cloqueó de satisfacción.

—¡Ésa era la prueba! ¡Has aprobado!

—¿Una pregunta? ¿Eso era todo?

—Eso es. Ahora te llevaré conmigo. —Lee caminó a gatas hacia el seto y se puso a buscar algo. ¿Un arma? Step no se proponía esperar para averiguarlo.

—Espera un momento. ¿Qué hay de mi prueba para ti?

—No debes probarme a mí. Yo soy Dios, idiota.

—Eso dices tú. Cualquiera puede decirlo.

—Pero soy invisible.

—No para mí.

—¿Cuál es tu prueba?

—Déjame entrar a buscarla.

—¿A buscar qué?

—La prueba. Es un objeto, y tienes que decirme dónde lo conseguí. Si eres Dios, lo sabrás.

—Ya sé qué es —replicó Lee—. Dios ya sabe cuál es tu prueba. Cuando te lo pregunté, bromeaba.

—Vale —dijo Step—. Espérame aquí.

Abrió la puerta, entró, le echó la llave. Llamó a Stevie mientras se dirigía al teléfono.

El teléfono de la doctora Weeks estaba sonando cuando Stevie entró en la cocina.

—Ve a buscar la pelota de Robbie. Dile a Robbie que la necesito, y tráela.

La doctora Weeks respondió.

—¿Está usted buscando a Lee? —preguntó Step.

—¿Está ahí?

—Desnudo y hablando de llevarme con él a la inmortalidad. Puede tener un arma.

—Lee no es violento.

—Tiene los pies heridos. Creo que necesitará una ambulancia.

—Llegaremos pronto. No permita que se vaya. —La doctora colgó.

Stevie regresó con la pelota, seguido por Robbie.

—Regresad al cuarto de Betsy, niños —dijo Step—. Quedaos aquí y no os marchéis.

Otra vez fuera, con la puerta cerrada, Step levantó la pelota.

—¿La reconoces?

—La llamé y vino a mí —explicó Lee—. La he llamado de nuevo, y tú la has traído a mí.

—¿Cómo conseguí esta pelota, Lee? Si eres Dios, lo sabrás.

—Te la dio Robbie, por supuesto.

—No, yo se la di a Robbie. Era un regalo. Te lo preguntaré otra vez: ¿Cómo conseguí esta pelota?

Lee intentó varias respuestas, pero en cuanto hablaba no quería que Step le dijera si había acertado o no.

—Esto es muy difícil —protestó Lee—. Tienes grandes poderes, hermano Fletcher. Puedes ocultarme este conocimiento.

El juego de adivinanzas duró hasta que la ambulancia y la doctora Weeks llegaron, diez minutos más tarde.

—Me has engañado, mamón.

—Esa era la prueba. Saber que la pelota no era la prueba.

La furia de Lee se transformó en decepción.

—Entonces he fallado.

—No eres Dios, Lee. Eres sólo un buen chico con un grave problema.

Lee no opuso resistencia cuando los hombres de la ambulancia le cogieron los brazos. La doctora Weeks se le acercó, mostrando la aguja de una jeringa.

—Por favor no lo hagas, mamá —pidió Lee—. Lo echarás todo a perder.

—Necesitas dormir —dijo la doctora Weeks.

—Necesito dormir contigo —rió Lee—. ¿No es eso lo que dijo tu precioso Freud? Necesito matar a papá y dormir contigo.

—¿Cómo eludiste la medicación esta vez?

—Step lo sabe —respondió Lee.

—La escondió en el chicle —explicó Step.

Lee parecía abatido.

—Me has delatado.

La doctora Weeks apretó el émbolo y Lee observó fascinado mientras el líquido le penetraba en el brazo.

—¿Es la rápida sustancia?

—Sí —dijo la doctora Weeks.

Era verdad. Cuando lo llevaron a la ambulancia, Lee ya no podía sostenerse solo. Dentro lo ataron.

—Llévoslo —dijo la doctora Weeks—. Lo están esperando. Enseguida llegaré.

La ambulancia se fue. La doctora Weeks se quedó en el jardín frente a Step.

—Gracias.

—Debe de ser difícil —dijo Step—. Ser psiquiatra y tener un hijo maníaco-depresivo.

—Lee fue la razón por la cual estudié psiquiatría. Para poder comprenderlo.

—¿Y le comprende?

—No. No cuando está así. Ni siquiera cuando no está así. Creo que él prefiere su locura. Creo que no quiere curarse. —Sonrió lánguidamente—. Yo no le caigo bien, señor Fletcher.

—Creo que usted debió advertirnos acerca de Lee cuando él ingresó en la Iglesia.

—Cuando una está sola y desesperada —murmuró ella—, se aferra a la más ínfima esperanza.

—¿Creyó que podíamos curarlo? —preguntó Step, pensando en la hermana LeSueur y preguntándose si ella se consideraría apta para esa tarea.

—No. Pero como ustedes creen que Dios habla con los seres humanos... pensé que podrían aceptarlo.

—Lo aceptamos —asintió Step—. Tanto como pudimos.

—También yo —dijo la doctora Weeks—. Tanto como puedo.

Cuando ella se marchó, Step hurgó bajo el seto buscando lo que Lee había intentando coger. No era un arma. Era el Libro de Mormón que le habían dado los misioneros.

El otoño continuó con mínimos cambios en la rutina. Jerusha trajo a un fisioterapeuta en su visita de octubre, y le explicó a Step lo que estaba haciendo: estirando los músculos de Zap y extendiendo las extremidades en toda su amplitud de movimientos, lo cual no sólo era aconsejable sino esencial.

—Es como si el cerebro no estuviera conectado normalmente con los músculos. Cuando da una orden, el efecto es excesivo, por eso patea tan fuerte, pero luego se

disipa pronto. No puede mantener la flexibilidad de sus miembros por sí mismo. Por tanto, hay que impedir que los tendones se anquilosen. Lo mismo se hace con los pacientes comatosos.

—¿Cuánto tiempo tendremos que hacer esto? —preguntó Step.

—Hasta que él encuentre un camino neural alternativo para hacerlo por su cuenta. Lo hará, pero habrá que darle tiempo.

Era alentador y ahora DeAnne y Step se turnaban dos veces al día para flexionar y estirar las articulaciones de Zap. Robbie y Stevie también se turnaron en la tarea, Stevie en silencio, imitando los movimientos de DeAnne y Step, Robbie con brusquedad y desmañadamente, de modo que tuvieron que insistir en que sólo masajeara a Zap cuando ellos estaban presentes.

Para DeAnne la tarea más difícil con Zap era bañarlo. Zap no lloraba mucho, salvo cuando sentía mucho dolor, lo cual ocurría sobre todo cuando le daba el biberón y no eructaba lo suficiente. Pero la hora del baño era un tormento para él. El agua lo aterraba. Tal vez, especuló Step, porque la gravedad era una constante, lo único que controlaba en su vida, y en el agua la gravedad era distinta. Quién sabe, decía DeAnne. ¿Cómo iban a saberlo? Lo cierto era que a la hora del baño Zap se alteraba muchísimo. Se ponía frenético y lanzaba gritos desgarradores. DeAnne se desesperaba porque no podía hacerlo sentir mejor, pero no podía dejar de bañarlo. Al fin nació una canción que se llamó *Hora del baño de Jeremy*. Era totalmente absurda y DeAnne se ruborizó la primera vez que notó que Step la escuchaba, pero él insistió en aprender la letra y la cantó con ella, de modo que ya no le dio vergüenza:

*Hora del baño en la ciudad,
hora del baño en las casas,
hora del baño de Jeremy:
Frotar y fregar
y al nene acariciar
¡Todo el mundo a bañarse,
habrá que alegrarse!*

DeAnne le explicó a Step que la canción no consolaba a Zap, pero la ayudaba a ella, le permitía soportar los sollozos desesperados del niño y seguir bañándolo sin desgarrarse por dentro.

A mediados de octubre, Step y DeAnne notaron que la conducta de Stevie estaba cambiando un poco. Ya no era tan obediente, y a veces parecía rebelde. Ahora la norma de la casa era ningún niño debía salir sin uno de los padres, y Stevie lo sabía. Más aun, varias veces había sorprendido a Betsy cuando salía y le había obligado a volver. Pero un día DeAnne sorprendió a Stevie entrando por la puerta del patio.

—Stevie, ¿qué hacías fuera?

—Miraba —dijo Stevie.

—¡Pero chico, qué sucio! ¿Dónde has estado?

—Bajo la casa.

DeAnne recordó el enrejado que rodeaba la base de la casa y de inmediato recordó lo que había imaginado allí: insectos, telarañas, barro, suciedad. Los grillos que habían entrado por el armario, el invierno anterior no habían contribuido a disipar esa imagen.

—¡Es increíble! —exclamó—. Sabes cuál es la regla para salir, y has tenido el atrevimiento de abrir el enrejado y meterte bajo la casa. Tendré que pedir a Bappy que venga a clavarlo. Ahora ve al lavadero y quítate esa ropa mientras yo preparo un baño.

Esa noche DeAnne y Step comentaron lo que había ocurrido, y comprendieron que las dificultades de adaptación de Stevie y el problema de los amigos invisibles los habían instado a ser menos severos con él. Tal vez no le hubieran inculcado normas firmes de disciplina.

—Pero, pensándolo bien, ¿cuándo debimos ser más severos? —preguntó Step—. Es la primera vez que desobedece.

—Pero ha desobedecido, y no sé qué hacer. No puedo cerrar la puerta del patio y sacar la llave. ¿Qué ocurriría si hay un incendio? Ya imagino el titular: Les sobraba tiempo para escapar, pero tenían las puertas cerradas y no encontraron las llaves.

—No escriben titulares tan largos.

—Bien, entonces moriremos y nadie sabrá siquiera por qué.

—Así será menos vergonzoso.

—Debemos explicarle que esto es serio. Hay un asesino en Steuben, y Stevie se escabulle de la casa sin siquiera avisarnos. Y para colmo se ha metido bajo la casa. Es repulsivo.

—No. Recuerda que mis hermanos menores comían tierra.

—¡Oh, qué asco! —exclamó DeAnne—. ¿Tenías que contármelo?

—Entraban en la casa con la boca sucia de barro y trataban de hacerse los inocentes. Mamá les preguntaba si habían vuelto a comer tierra. Ellos abrían la boca para decir que no, y la tenían negra de barro.

—Voy a vomitar, Step, en serio.

—Sólo digo que a los niños les gusta revolcarse en la tierra. A mí me gustaba escarbar, y tal vez a Stevie le gustaría, sólo que no tiene sitio donde hacerlo.

—Es una casa alquilada. No podemos permitir que arranque una parte del jardín.

—Oh —dijo Step—, precisamente lo que yo iba a sugerir.

—Y estamos en octubre, y cada vez hace más frío. Pero, ante todo, él no tiene por qué salir sin permiso. Tiene que entender que se lo decimos en serio.

—De acuerdo, lo encerraremos en casa.

—Step, ésa es la vida normal: estar encerrado en casa. Además, yo quiero que salga.

—Entonces le prohibiremos que use el ordenador. Mañana no hay Atari.

—Eso sí será un castigo. Siempre está jugando al Lode Runner.

—¿En serio? Nunca lo he visto. Creí que yo era el único que lo jugaba... Pensé que había sido un pésimo regalo de cumpleaños.

—No, juega continuamente. Es más, un par de veces pensé que me gustaría jugar si me enseñaras a ponerlo.

—No es difícil. Sólo fíjate que no haya otros juegos en el ordenador, inserta el disco en la ranura, baja la llave y conecta la máquina.

—Claro, es fácil para ti y Stevie.

—Hagámoslo ahora.

Entraron en la sala familiar y Step le indicó todos los pasos. Luego encendió el ordenador y apareció el juego.

—Ahí lo tienes. Sólo debes desplazar al personaje con el joystick y tratar de coger los sacos de dinero sin que los villanos te alcancen.

—Eso no es el Lode Runner —dijo DeAnne.

—Claro que sí.

—No, éste es el juego del hombrecillo, el que te vi jugar esa vez.

—Correcto, y el juego del hombrecillo se llama Lode Runner.

—No —dijo DeAnne.

Step abrió la unidad de disco, extrajo el disco y se lo mostró.

—¡Mira! ¡Milagro! El disco dice Lode Runner, pero sin embargo sale el juego del hombrecillo.

—No, es decir, sí, tienes razón. Pero creía que Lode Runner era otro juego.

—¿Cuál?

—El que Stevie usa siempre. El juego del barco pirata. A veces es muy hermoso, cuando están navegando a toda vela. Y los marineros que suben a los mástiles... Nunca había visto un juego parecido. Sin ofender, Step, pero pensaba que si logaras crear un juego con esa presentación...

—Oh, no me has ofendido —gruñó Step. Estaba un poco molesto, pero lo importante era que DeAnne también había visto el juego del barco pirata. Más aún, ella lo veía continuamente y había podido apreciar diversos aspectos del juego—. Debe de apagarlo cuando yo me acerco. Apenas he podido echarle un vistazo.

—Oh, no. Juega durante horas.

—¿Delante de ti?

—Sí.

—¿Siempre hablando con sus amigos?

—Pues sí. Así fue como me enteré de los nombres. Oyendo lo que él les dice.

—¿Has visto qué hace con el joystick cuando está jugando?

—Oh, creo que lo mueve de vez en cuando, pero no parece uno de esos juegos.

—No, parece que no. ¿Alguna vez pulsa letras? ¿Usa el teclado? ¿O los controles del teclado numérico?

—Por lo que recuerdo, no. ¿Por qué?

—Pues porque no hace nada con el joystick ni con el teclado. ¿Qué clase de juego es? ¿Qué hace él?

—¿Tiene que hacer algo?

—DeAnne, si él hace que ocurran cosas en la pantalla, es un juego. De lo contrario es una película.

—Bien, la gente mira partidos de fútbol y nunca chuta la pelota ni hace nada, pero es un juego.

—Porque hay seres humanos jugando en el campo. ¿Pero qué ser humano está jugando con ese barco pirata? Stevie no.

DeAnne frunció el ceño.

—Yo no sé nada de ordenadores, salvo activar el Altos y poner el Wordstar para redactar cosas para la iglesia.

—Créeme, si nunca he programado un juego que tuviera esa maravillosa animación es porque no se puede.

—Sí se puede. Yo lo he visto.

—Esa máquina sólo tiene 48K de RAM, y el disco ni siquiera tiene cien kilobytes. Tres segundos con ese barco navegando y los marineros de los mástiles consumen toda esa memoria. Sin embargo el barco se desplaza por la pantalla, ¿verdad?

—Dos barcos, a veces tres —asintió DeAnne.

—¿Y a veces son más grandes o más pequeños?

—Se agrandan cuando se acercan.

—Es imposible. Y mucho menos con la rapidez necesaria como para que la animación resulte convincente.

—Pues yo lo he visto, Step. No me digas que es imposible sólo porque tú no sabes hacerlo.

Step contuvo la lengua.

—El propósito de esta conversación era lograr que Stevie tomara en serio lo de las salidas, ¿recuerdas?

—Correcto.

—Así que le diremos que mañana no puede usar el ordenador, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Pero no fue tan sencillo, porque cuando se lo dijeron a Stevie la mañana siguiente

durante el desayuno, antes que él fuera a la escuela, quedó totalmente abatido.

—No podéis —gimió.

—Sí podemos —dijo Step.

—Por favor —sollozó Stevie—. Seré bueno.

—Sabemos que eres un buen chico —intervino DeAnne—. Pero queremos que comprendas que no puedes salir sin permiso.

—Por favor, dejadme usar el ordenador. —Rompió a llorar. Hacía meses que Stevie no lloraba.

—No es que te lo hayamos prohibido para siempre —dijo Step.

—Es sólo por un día —añadió DeAnne.

—No podéis —repitió Stevie.

—¿Por qué no?

Stevie apartó el cuenco de cereal, apoyó la cabeza en la mesa, sollozó.

Step miró a DeAnne consternado.

—Stevie —dijo DeAnne—. Tu reacción me preocupa tanto como tu desobediencia. No sabía que eras tan adicto al ordenador, y no creo que sea saludable. Quizá necesites estar alejado del ordenador durante más de un día.

Stevie corrió la silla y caminó hacia la ventana. Estaba furioso, fuera de sí.

—¡No podéis! ¡Es la única razón por la cual se quedan! ¡Si no pueden jugar se irán!

DeAnne y Step se miraron y los dos llegaron a la misma conclusión. ¿Tan fácil era liberarse de los amigos imaginarios? ¿Sólo apagar el ordenador?

—¡No tenéis derecho! —chilló Stevie—. ¡Me he esforzado mucho!

Las palabras de Stevie eran tan extrañas que Step no pudo sino recordar sus conversaciones con Lee durante su locura. No, pensó Step, rechazando la comparación. Simplemente, no entiendo el contexto de lo que está diciendo Stevie. Será racional si entiendo el contexto.

—Cálmate, Portero —terció Step—. Cálmate, relájate. Tu madre no ha dicho que te prohibamos usar el ordenador para siempre. Pero mírate. Estás descontrolado. Realmente das miedo, y nos haces pensar que pasas demasiado tiempo con el Atari.

—No tanto como tú con el IBM.

—Resulta que ese es mi trabajo. Resulta que así pago nuestra casa, nuestra comida y las facturas médicas de Zap.

—¿Y tú eres el único de la familia que tiene trabajo que hacer? —preguntó Stevie.

—¿Por qué? ¿Tú tienes trabajo que hacer? —preguntó.

—Por favor, no me obligues a detener el juego. Nunca más seré malo. Por favor, por favor.

—Stevie, no fuiste malo, sólo...

—Pues nunca haré lo que no deba, pero no me impidas jugar con ellos. Se irán y no los encontraré nunca más. Fue difícil reunirlos a todos, muy difícil.

De pronto Step vio una imagen con la mente. El juego del barco pirata se había transformado para Stevie en el mundo de sus amigos imaginarios. Antes jugaba con ellos en el patio, pero por lo visto los había desplazado adentro para que sólo pudiera encontrarlos cuando jugaba con el ordenador. Tal vez eso significaba que Stevie ya no tenía alucinaciones. Tal vez sólo podía verlos cuando eran imágenes moviéndose por la pantalla, y ahora temía perderlos para siempre.

¿Y no era eso lo que querían Step y DeAnne? Habían creído que Stevie no progresaba, pero había dejado de tener alucinaciones sin que ellos supieran por qué. Iba mejorando poco a poco, así que no era preciso forzarlo. Había dado a esos niños los nombres que las circunstancias le imponían, les había dado sustancia, y había construido su vida entera en torno de ellos. Debía crecer y superar el problema, como ya había comenzado a hacer. Debía regresar gradualmente a la realidad.

—Veamos. En vez de impedirte jugar, ponemos un límite. Si has terminado los deberes, has cenado, te has bañado y todo eso a las siete y media, puedes jugar hasta las ocho y media, pero a esa hora tendrás que irte a la cama —sugirió Step.

—¿Todos los días? —preguntó DeAnne—. No parece una gran restricción.

—Hablaremos de esto más tarde. Comenzaremos con una hora al día y luego veremos. ¿De acuerdo, Stevie?

—¿Incluso hoy? —preguntó.

—El día de hoy no entra en las negociaciones —intervino DeAnne.

—Qué dices de esto. No habrá ordenador después del cole, pero tu madre y yo hablaremos para decidir qué haremos esta noche.

DeAnne lo miró exasperada, pero Step no se inmutó e insistió en que ella respetara el convenio de no jugar al padre bueno y el padre malo delante de los niños, aunque en realidad él acababa de violar esa regla.

De cualquier modo, el convenio incluía un acuerdo tácito: si un padre tenía una convicción muy fuerte, el más indeciso se prestaba al juego. Y aunque DeAnne obviamente pensaba que ella merecía precedencia, la insistencia de Step le indicó que debía echarse atrás.

Eso hizo.

Entretanto, Stevie se había calmado bastante, aunque aún tenía los ojos enrojecidos y estaba muy pálido.

—¿Crees que podrás ir a la escuela, a pesar de todo? —preguntó Step.

Stevie asintió.

—Stevie, ¿has hecho amigos en la escuela este año?

Stevie se encogió de hombros.

—¿Los niños hablan contigo?

Stevie se encogió de hombros, asintió.

—Stevie, ¿alguna vez te diviertes?

Stevie lo miró fijamente.

—Claro —dijo al fin.

—Al margen del ordenador, quiero decir.

Stevie no respondió.

—Si hemos de llegar a la escuela a tiempo —intervino DeAnne—, nos iremos ahora. Y luego tu padre y yo tendremos una larga conversación.

Tuvieron la conversación, pero no fue rencorosa. Step explicó lo que pensaba, DeAnne estuvo de acuerdo y decidieron que limitar los juegos a una hora diaria ayudaría a Stevie a superar el problema gradualmente sin el trauma de perder a sus amigos de golpe.

—Lo más raro fue cuando dijo que tú no eras el único que debía trabajar en la familia —dijo DeAnne.

—Sí, no supe si alegrarme de que demostrara tanto entusiasmo o quedarme pasmado al ver que por primera vez en su vida le gritaba a su padre.

—¿Sabes en qué pensé cuando dijo eso? Pensé: «¿No sabéis que debo cumplir con las tareas de mi Padre?»

Step la miró.

—¿Y sabes qué me recuerda eso? —preguntó.

DeAnne sacudió la cabeza.

—Lee Weeks —dijo Step—. Primero él piensa que es Dios, y ahora tú piensas que eres la virgen María.

—No estaba bromeando.

—Yo esperaba que sí.

—Tal vez Stevie esté haciendo algo realmente serio, Step. Tal vez tenga una visión del mundo más clara que la nuestra. Ya sabemos que en ciertos sentidos él comprende más que nosotros, y que siempre ha sido así.

—Lo sé. Pero aquí hablamos de juegos de ordenador.

—Hablamos de la conciencia que tiene Stevie del mal que existe en el mundo. ¿Has olvidado que sabía los nombres?

—El asesino múltiple no ha actuado más desde que se publicó ese artículo.

—Pero los niños que mató siguen muertos —dijo DeAnne—. Y Stevie está jugando con amigos imaginarios que tienen sus nombres. ¿Cómo sabemos si eso es importante o no? Cuando el niño Jesús habló con los doctores del templo, eso era más importante que las obras de carpintería de José o que los temores de María.

—Quizá tengas razón. Pero aun así María tenía miedo, y José siguió como carpintero, porque era su trabajo. Y cuando se llevaron a Jesús del templo, él los acompañó. No se puso a berrear. Sé que creemos en asimilar las escrituras con

nuestra vida cotidiana, DeAnne, pero no exageremos la nota.

—Tienes razón. Sólo te contaba lo que había pensado.

La última llamada telefónica de Lee Weeks llegó el miércoles 26 de octubre por la noche. Era el segundo día de la invasión de Granada, y Step había dejado de trabajar todo el día para mirar las noticias. A la una de la madrugada aún estaba levantado, pasando de un canal a otro, alternando entre noticiarios y estúpidas películas antiguas. Cuando sonó el teléfono, Step pensó que alguien había fallecido o que alguien llamaba desde Utah y se había olvidado de la diferencia horaria.

—Ha estallado la guerra —dijo Lee.

—Hola, Lee.

—Guardé la moneda que me enviaste. La recogí de la acera donde la dejaste.

Por favor, pensó Step. Por favor no llames más.

—Me vieron recoger algo en la acera y me desnudaron para registrarme, pero me la tragué.

—¿Te tragaste una moneda?

—Sabía que la recuperaría, y que al recobrarla la usaría para llamarte. La descubrí el día en que volaron a esos Marines. Sabía que Dios había terminado con el mundo, y entonces me enviaste la moneda y pensé que estaba preparado. Y ahora, cuando la guerra arrasa la faz de la tierra, he recobrado la moneda.

—¿Desde dónde llamas? —preguntó Step.

—El teléfono público de la sala de espera. No tengo mucho tiempo para hablar, porque los enfermeros pronto descubrirán que no estoy en mi cama. Tendrás que actuar deprisa. ¿Está listo el submarino?

—Lee, no tengo un submarino.

—¡No! —gritó Lee—. ¡No, no!

Step quiso silenciarlo, pero comprendió que si Lee estaba en una clínica y se estaba escondiendo, esos gritos contribuirían a delatarlo.

Lee dejó de gritar.

—Ella me metió aquí —dijo—. Pero Dios se está impacientando. Está cansado de que yo me duerma, pero no puedo evitarlo. No puedo evitarlo. —Rompió a llorar.

—Lee, te pondrás bien, de verdad. Todo saldrá bien.

—Step, eres mi único amigo. Eres el único que ha comprendido al glorioso ser que está encerrado en mi humilde cuerpo.

—Eso es verdad, Lee. Estás atrapado en un cuerpo que no funciona bien. Te da una visión distorsionada de la realidad.

—Traté de ver la verdad, pero no vi lo suficiente, ¿verdad? No estuve a la altura de las circunstancias. Así que te irás sin mí, y yo estaré aquí al día siguiente, después de la explosión de la bomba. Pero no tengo miedo. Prefiero morir a seguir viviendo, sabiendo que no merezco ser salvado.

—Lee, no fallaste en un examen, sólo tienes que tomar la medicación que te dan.

—Eso es lo que tienes que decir a quienes fracasan. Lo entiendo, Step. Pudiste haberme incinerado cuando viste mi debilidad. Pero no soy tan débil como creen. Me he vengado. ¡Es tan hermoso! Te encantará. ¿Quieres saber qué hice?

—Claro —dijo Step.

—No lavé la moneda. —Lee lanzó una carcajada—. ¡No... lavé... la moneda!

Se oyeron ruidos. Lee dejó de reír y dijo jovialmente:

—¡Adiós por ahora!

La comunicación se cortó.

14

Nochebuena

Así fue como Stevie gastó su dinero de Navidad: para Robbie compró un GoBot, pues a Robbie le decían Robot y le gustaban los vehículos, y el GoBot podía ser tanto un robot como un vehículo. Para Betsy, dos pasadores azules para el cabello porque ella estaba muy orgullosa de tenerlo largo, pero siempre se le metía en los ojos. Para Zap, un casete con canciones para niños mormones que le había vendido Janet, hija de Dolores LeSueur y distribuidora del sello Bright Music en Steuben, el día en que ella fue a la casa en una visita que combinaba las ventas con un encargo de la Sociedad de Socorro. Para Jack, un coche de carreras Hot Wheels, porque era un niño muy rápido. Para Scotty, una baraja de cartas, porque presumía de ser un gran jugador de póquer. Para David, un perro de cerámica, porque le gustaban los perros. Para Roddy, una armónica, porque le gustaban las canciones. Para Peter, un ovillo de cordel, porque le gustaban las cometas. Para Van, un pin de la Guerra de las Galaxias, porque era su película favorita. Para Sandy, una pistola de agua, porque tenía excelente puntería.

Stevie había ahorrado sus asignaciones y les había sumado los veinte dólares que Step y DeAnne daban a los niños para Navidad, así que tenía bastante. DeAnne llevaba a Stevie, y a Zap en un cochecito, mientras que Step estaba con Betsy y Robbie, de modo que los dos pares de niños pudieran comprar regalos para sus hermanos y para el padre con quien no estaban; luego se encontrarían en el patio del centro comercial, comerían panecillos y se repartirían nuevamente los niños para terminar las compras. DeAnne notó que Stevie hacía compras para sus amigos. Intentó disuadirlo, pero fue en vano.

—Stevie, no permitimos que nuestros hijos compren regalos para los amigos, sólo para la familia.

—Nadie más les comprará regalos —objetó Stevie.

No tuvo ánimos para prohibírselo, aunque le pareció absurdo dejarle llegar tan lejos. Bien, pensó, al menos nunca nos ha pedido que dejáramos un sitio en la mesa para sus amigos imaginarios, como otros niños. Tendríamos que alquilar un salón de fiestas.

Cuando terminaron las compras y caminaban hacia los coches en el frío aire de la noche, Stevie dijo:

—Mamá y papá.

—Sí, Stevie.

—No he comprado regalos para vosotros, pero os he preparado otra cosa.

—Está bien, Stevie. No necesitamos nada, sólo que la familia esté unida, y reinen la bondad y la felicidad —dijo DeAnne.

Stevie no dijo nada más.

Pero esa noche, a solas en el dormitorio, DeAnne y Step hablaron del problema de los regalos para sus amigos imaginarios.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó Step—. ¿Manejarlos como si fueran cartas para Santa Claus? ¿Los deja bajo el árbol y a la mañana siguiente tenemos regalitos falsos que presuntamente son para sus amigos?

—No podemos hacer eso. No podemos alentarle a creer aún más de lo que cree.

—No sé. Tal vez él tenga su propia manera de darles cosas a esos niños.

—Sólo podemos improvisar.

La Navidad caería en domingo ese año, lo cual siempre era molesto porque creaba un conflicto entre la costumbre americana de abrir los regalos la mañana de Navidad y el requerimiento de la Iglesia de ir a la reunión sacramental. Fue un alivio descubrir que los barrios de Steuben tenían la tradición de realizar una reunión única a las diez de la mañana y cancelar la escuela dominical y las demás actividades, para que todos regresaran a casa antes del mediodía. Así, aunque hubiera que interrumpir el rito de abrir los regalos, los niños tendrían la mitad de los presentes antes de ir a la iglesia, y no estarían tan nerviosos.

Pero la reunión de Navidad representaba un programa coral serio. La directora del coro del segundo barrio se consideraba la reina de la música del hemisferio occidental, y Mary Anne Lowe quedó desplazada cuando se formó un coro combinado bajo la batuta de la otra directora. DeAnne sentía la tentación de boicotear el coro por lealtad a Mary Anne, pero Mary se echó a reír.

—Es Navidad —dijo—. ¿A quién le importa quién manda? Sólo quiero cantar y que todo salga bien para que comuniquemos el espíritu navideño al resto de la congregación.

Las últimas semanas del año fueron puro ajeteo, con reuniones, fiestas y programas dentro de la iglesia, aderezadas con ensayos corales. Step asistió a todos los ensayos que pudo, alternándose con DeAnne para no tener que sacar mucho a los niños. El frío recrudecía, y se comentaba que para Nochebuena avanzaría un frente helado que haría castañetear los dientes de los habitantes de Steuben.

Entretanto, Step trabajaba frenéticamente para afinar el Hacker Snack versión PC, que se estaba transformando en un programa magnífico. Quería terminarlo antes de Año Nuevo, así recibirían el cheque a tiempo para pagar las cuentas de Navidad, por no mencionar la última cuota de las cuentas de hospital de Zap y los impuestos atrasados. El inspector les había prometido que ese año Hacienda no les limpiaría las cuentas bancarias mientras aún estaban pendientes los pagos de las compras de Navidad, como había hecho el inspector de Indiana el año anterior. Pero Step y DeAnne prefirieron no dejar dinero en el banco durante las Navidades, y pagaban todo en efectivo o con tarjeta de crédito; Hacienda nunca había cumplido sus

promesas durante su lamentable historia de gestión de impuestos atrasados, y no creían que las cosas cambiaran este año.

El domingo anterior a la Navidad fue un desastre en la Iglesia, porque Dolores LeSueur descubrió que los dos obispados habían decidido introducir un cambio en el programa navideño. En años anteriores, Jacob, el marido de Dolores, siempre leía el texto completo de «El otro sabio». Dolores había visto en un sueño que no era una obra de ficción, sino una historia verídica que originalmente figuraba en el Evangelio de san Juan, de donde la habían eliminado escribas malignos que trabajaban para el emperador Constantino, adorador del sol, en el siglo cuarto de nuestra era. Este año, los obispados habían decidido presentar una breve charla de Emil Houdon, quien había visitado Tierra Santa en el verano a pesar del tiempo tórrido y de los combates en el Líbano. Emil había prometido contar un par de anécdotas y cerrar la charla a los diez minutos, y todos pensaron que sería el mejor domingo de Navidad en mucho tiempo. Sin embargo, la hermana LeSueur supo que esto era una señal de que los dos barrios iban derechos a la apostasía, y armó tal escándalo que, cuando el primer barrio terminó sus reuniones al mediodía del domingo 18, se decidió que todo el programa, incluidos los números corales, serían reemplazados por la lectura de «El otro sabio». Luego la directora del coro del segundo barrio descubrió que la habían desplazado, y montó tal escándalo que, cuando las reuniones del segundo barrio terminaron a las cuatro de la tarde, el programa coral se restauró, con lo cual la reunión de Navidad iba a durar dos horas. Todos los miembros del obispado se fueron a casa sabiendo que los habían derrotado, pero se consolaron pensando que al menos la disputa se había zanjado sin que Dolores acudiera a las autoridades de Salt Lake City.

Step y DeAnne vivieron todo esto con una mezcla de repulsión y desesperación.

—Y pensar que cuando era niña me parecía imposible que la verdadera iglesia de Cristo pudiera borrarse de la faz de la tierra —suspiró DeAnne.

—Oh, son nimiedades —dijo Step—. La gente ha matado para decidir en qué fecha se debería celebrar la Pascua.

—Sí, pero se supone que nosotros somos mejores.

—Lo somos. Después de tantos años, ninguno ha propuesto la lapidación pública de Dolores LeSueur. Los barrios de Steuben están formados por verdaderos santos.

DeAnne fue al ensayo de coro esa noche y compartió un libro de música con Dolores LeSueur. Se llevaron bien en el canto, pero al final del ensayo, después de la plegaria, cuando la gente recogía abrigo, carteras y niños, Dolores apoyó la mano en el brazo de DeAnne y dijo:

—Hermana Fletcher, he rezado muchísimo por su hijito, y quiero que sepa que el Señor lo quiere entrañablemente.

—Ya lo sé —dijo DeAnne.

—No puedo contarle todas las cosas sagradas que he visto en mis visiones sobre su hijo menor, pero será una bendición para usted saber que su espíritu es tan virtuoso y perfecto que participará del reino celestial sin tener que saborear el pecado y la tentación.

DeAnne comprendió que la hermana LeSueur daba por sentado que Zap era retrasado, y por tanto merecía la exaltación igual que los niños que morían sin ser bautizados antes de la edad en que se volvían responsables. Era exasperante, pues ni siquiera los médicos se atrevían a predecir si Zap tendría limitaciones mentales. Y lo más irritante era la sonrisa dulce y beatífica de Dolores, cuando DeAnne sabía muy bien que esa mujer se había valido de artimañas para imponer su voluntad en dos obispados, y que por esa causa ella y su familia tendrían que aguantar una reunión de dos horas en la mañana más fría de la historia de Steuben.

DeAnne cogió la mano de Dolores, la retuvo con firmeza, y le acercó el rostro. Con voz serena pero intensa, le dijo:

—Mi hijo Jeremy es un hijo de Dios como cualquier otro, y tendrá que afrontar las mismas pruebas y opciones que cualquier otro en esta vida. Si llega al reino celestial, será porque habrá escogido la virtud. Más aún, hermana LeSueur, si jamás vuelve hablarme a mí o a cualquier otro habitante de este planeta de cualquier visión o inspiración que haya tenido sobre mi familia, le prometo que cuando ambas estemos muertas y usted comparezca para ser juzgada por Dios, me pondré de pie para contarle al Señor acerca de su despreciable y egoísta comportamiento de esta mañana, pues con su prepotencia ha logrado que los obispados permitieran a su esposo leer esa maldita historia por decimoquinto año consecutivo. Le aseguro que si Dios es justo, la enviará derecha al infierno.

La hermana LeSueur trató de zafarse, pero DeAnne la aferraba con fuerza y la hermana LeSueur sólo pudo apartar los ojos como un niño que se niega a escuchar a un padre severo. Cuando DeAnne la soltó al fin, la hermana LeSueur retrocedió un par de pasos.

—¡La perdono, hermana Fletcher! —escupió—. ¡Y rezaré por usted!

Las palabras eran, por hábito, una bendición, pero el tono era tan rencoroso que todas las personas que quedaban en la capilla se volvieron para mirarla. DeAnne no habría logrado una composición mejor aunque la hubiera preparado. DeAnne, tranquila y sorprendida y Dolores LeSueur, inclinada hacia ella, el rostro contraído en una máscara de furia, la boca torcida en una mueca desdeñosa, los ojos llameantes, el semblante tan ruborizado que aparecía rosado a través del maquillaje.

Esa situación duró sólo un instante. Luego DeAnne dijo:

—Gracias, hermana LeSueur.

Dolores recobró la compostura y se dispuso a salir del edificio. La gente eludió su mirada, y DeAnne comprendió que si alguno de los presentes aún se hacía ilusiones

sobre la sinceridad y el carácter equilibrado de la hermana LeSueur, esas ilusiones estaban destruidas.

—Lo consideraré como mi regalo de Navidad para el barrio —le dijo luego a Step.

El miércoles por la noche Step estaba trabajando en una subrutina de Hacker Snack que causaba retrasos incomprensibles en la ejecución del programa. Sabía que DeAnne estaba acostando a los niños y tenía algunos problemas, pues al día siguiente no había colegio y Stevie y Robbie no parecían dispuestos a acostarse.

Al fin oyó que DeAnne le decía a Stevie:

—Te he dicho tres veces que apagaras el ordenador y te fueras a acostar, Stevie, y siempre dices que sí pero cuando vuelvo a la media hora sigues jugando. Aunque mañana no haya escuela, nuestro convenio de que juegues una hora al día sigue en pie.

Hablaba con voz agitada, y Step ya estaba irritado con el programa porque no encontraba el error, así que se levantó del escritorio, salió al pasillo y usó su voz de ira masculina a toda potencia. DeAnne y él habían aprendido que los niños pronto gritaban más que ella, pero que Step lograba los mismos resultados que la voz de Dios. Entró en la sala, se plantó detrás de la silla de Stevie y dijo:

—Tu madre no debería pedirte las cosas tres veces, Stevie.

Entretanto notó que había un juego nuevo en la pantalla, y no recordaba haberlo visto antes. Un tren corría por los raíles, con un paisaje que pasaba rápidamente por detrás. La animación era tan rápida como en el juego del barco pirata, y los gráficos eran igualmente realistas; el tren estaba abarrotado de personajes. Step recordó que, mientras DeAnne lo llamaba para ir a la cama, Stevie había dicho los nombres de sus amigos, exclamando: «¡Puedes hacerlo! ¡Tienes que hacerlo!» Pero el juego no parecía tan divertido. Los niños corrían por el techo, saltando de vagón a vagón, sin enemigos ni obstáculos. Sólo ellos. Hermosos gráficos, pero inútiles.

Stevie iba a meter la mano detrás del ordenador para apagarlo.

—¡Alto! —gritó Step—. No muevas la mano. No apagues la máquina. Levántate y ve a tu dormitorio. Yo me encargaré de apagarlo.

Stevie titubeó un instante. Step podría haberlo obligado con un empujón, pero no quiso. Tenía que ser decisión de Stevie. Al cabo de un momento, Stevie se marchó dejando el ordenador conectado.

—Ojalá pudiera pedirte la voz prestada a la hora de la cama —dijo DeAnne—. Yo me desgañito gritando y nada, tú dices tres frases y te obedecen.

Step ni la escuchó mientras se sentaba en la silla de Stevie, tratando de reiniciar el juego. Pero los personajes habían desaparecido de la pantalla. Sólo había un tren corriendo por los raíles. Cuando Step movió el joystick, el fondo también se congeló, y sólo quedó el tren. Luego los raíles se difuminaron, y las ruedas dejaron de girar.

La pantalla se puso azul. Nada.

—Step, ¿para qué tanto jaleo si pensabas apagarlo?

Step tecleó LIST y pulsó la tecla de retorno, con la esperanza de que una parte del extraordinario código del programa quedara en la memoria y pudiera examinarlo. Pero no había nada. Ni siquiera un mensaje de error. El cursor fue al margen izquierdo de la línea siguiente. Step tecleó un poco más, apretó la tecla de retorno varias veces. La pantalla empezó a rodar, pero eso era todo.

—No hay programa —comentó Step.

—¿Qué quieres decir?

—El Atari está en modo memopad. Está muerto.

—Pues las teclas funcionan.

—Pero nada más. No puedes abrir un programa en modo memopad.

—¿No puedes hacerlo arrancar de nuevo? —preguntó DeAnne.

Step abrió la unidad de disco. No había disco. Abrió la unidad de cartuchos. No había cartuchos.

—Aquí no había ningún programa.

—¿Pero qué dices? Hay un montón de discos por aquí.

—¿Habías visto antes el juego del tren?

—No —dijo DeAnne.

—Bien, no he comprado juegos desde el cumpleaños de Stevie. Y nunca vimos el juego del tren en Eight Bits antes que yo renunciara. He revisado todos estos discos buscando el juego de los piratas, y no encontré ningún disco con el juego del tren.

—Stevie tiene ocho años, Step. Él no lo ha programado.

—DeAnne, nadie lo ha programado. ¿No lo entiendes? No había programa en esta máquina.

DeAnne se quedó mirando la pantalla azul.

—Ojalá no lo hubieras apagado —dijo—. Ojalá hubiera podido verlos un rato más.

—¿A quiénes? —preguntó Step.

—A los niños. Los niños perdidos. Sus amigos.

Los dos miraron la pantalla un rato más. Step suspiró y se levantó.

—No sé —dijo.

—¿No sabes qué?

—Qué hacer. Qué pensar. Nada.

El jueves Zap se puso enfermo. Era la primera vez que le pasaba al margen de su problema neural, y DeAnne y Step no sabían cómo encararlo. Por lo pronto, aunque tenía cinco meses, Zap no podía mover la cabeza a voluntad. Si estaba de espaldas cuando vomitaba, existía el riesgo de que no pudiera volver la cabeza para vaciar la boca y se asfixiara. Pero si estaba tendido de bruces, hundiría la cara en el vómito, se

le metería por la nariz y los ojos y tal vez terminara respirándolo. Pero no lloraba, y no parecía tener mucha fiebre. DeAnne llamó al médico, quien le aconsejó que hiciera exactamente lo que estaba haciendo. Así que ella siguió abrazándolo y acunándolo, esperando a que vomitara de nuevo, o que dejara de vomitar el tiempo suficiente para poder acostarlo sin riesgos.

—No le daré el biberón por un tiempo —le dijo a Step—. Pero quizá pueda retener mi leche.

Esto comenzó poco después del almuerzo, y continuó toda la tarde. Step dejó de trabajar y jugaba con Robbie y Betsy cuando no ayudaba a DeAnne, preparaba la cena o hacía otras tareas. No entendía cómo DeAnne podía resistir esta vida, un trajín continuo sin poder concentrarse en nada.

Stevie no participó en los juegos de los niños, pero eso ya no le sorprendía. Se sorprendió cuando atravesó la sala para atender la puerta y vio que Stevie tampoco estaba jugando con el ordenador. Debe de estar en su cuarto, envolviendo regalos, pensó Step. Antes le había pedido la cinta y las tijeras.

Era Bappy quien llamaba. Tenía una sonrisa mansa.

—No quiero molestar —dijo—, pero soy un viejo sentimental y hace un par de noches pasé y vi que no había luces de Navidad encendidas.

—No hemos tenido tiempo —explicó Step.

—Pues tiempo es lo que me sobra, y todavía tengo las luces que instalamos en esta casa el año pasado y el anterior. Apuesto a que los viejos clavos todavía están donde los puse. ¿No le molesta que traiga mi escalera y camine un poco por el techo? No le sumará muchos gastos de electricidad, pues faltan pocos días para Navidad.

—No, está bien —asintió Step—. Quedará bonito. ¿Dónde las enchufaré?

—Hay una toma de corriente atrás, junto a la puerta. Usaré una prolongación. He traído el cable que usé el año pasado, pues sé que funciona.

—Perfecto, gracias.

Bappy asintió y saludó con la mano, aunque estaba junto a la puerta, y luego se dirigió hacia su camioneta. Step cerró la puerta.

Cuando Step se dirigía a la cocina para inspeccionar el pastel de carne que había preparado, Zap empezó a vomitar de nuevo, demostrando que la leche de DeAnne no surtía mejor efecto que el biberón. Y ahora Zap estaba mucho más inquieto. DeAnne le tomó la temperatura con la franja plástica y estaba altísima.

—Tengo que llevarlo al médico —dijo—. Si fuera un niño normal esperaría, pero está muy débil.

Cuando terminaron de limpiar a Zap, Step buscó el número de teléfono y llamó al consultorio del doctor Greenwald. El servicio de respuesta retransmitió el mensaje y el doctor llamó un par de minutos después. DeAnne habló con él.

—Regresará al consultorio tan sólo para ver a Zap. ¿No es un médico encantador?

—¿Y si Zap vomita mientras lo llevas? —preguntó Step.

—No se me había ocurrido.

—¿Crees que Mary Anne podrá venir a cuidar a los niños mientras te llevo?

—Vendrá si puede.

Pudo, y como vivía a poca distancia, llegaría en pocos minutos.

Step se acordó del pastel de carne.

—No puedo creer que el temporizador del horno aún no haya sonado —dijo.

—Tal vez sea porque no lo conectaste.

—Oh no, debe de estar carbonizado.

—No lo creo —dijo DeAnne—. El horno no está encendido.

—¿No encendí el horno?

El pastel de carne era carne cruda.

—Bien, no podemos comer eso —señaló DeAnne.

—Podemos cocerlo ahora, ¿verdad? Mary Anne puede dárselo a los niños cuando esté listo.

—No, Step. No puedes servir pastel de carne que ha pasado tanto tiempo a temperatura ambiente.

—No me digas que la carne se pudre tan pronto.

—La carne no. Los huevos.

—Me olvidé de los huevos.

—Si yo no estuviera aquí, Step, los niños comerían salmonela todos los días.

—Tal vez. ¿Qué pasa con la cena?

—Pon algunos cuencos y cereal frío en la mesa y llama a los niños —dijo DeAnne—. Es el último recurso de la madre en apuros, pero ese es mi caso.

Robbie y Betsy acudieron enseguida.

—¡Stevie! —repitió Step—. ¡Ven a cenar, ahora!

Sabiendo que sería obedecido, Step salió para abrirle la puerta del coche a DeAnne. Mientras DeAnne se acomodaba con Zap en los brazos, Mary Anne frenó en la calzada detrás del Renault. Step le indicó que retrocediera, y ella pidió disculpas con un gesto. Hizo marcha atrás y aparcó en la calle, frente a la camioneta de Bappy. Anochece, y Step pensó que era conveniente que Bappy interrumpiera su tarea si no había terminado con las luces. No era seguro andar caminando por el techo en la oscuridad.

Mary Anne se acercó corriendo por la calzada.

—¿Cómo está el pequeño Zap? —preguntó.

—Tal vez no esté tan mal —respondió DeAnne—, pero tenemos que asegurarnos.

—Si el médico llama para preguntar dónde estamos, dile que vamos en camino —dijo Step—. Los niños se están dedicando a tapizar la cocina con copos de maíz, así que entra a tu propio riesgo. —Mientras Mary Anne subía la escalinata para entrar en

la casa, Step gritó—: ¡Y cierra las puertas con llave!

—¡Lo hago siempre! —respondió ella.

Al doctor Greenwald no le molestó que hubieran tardado tanto en llegar al consultorio, y después de palpar y auscultar, los tranquilizó diciendo que no era nada grave. Se disculparon por haberle hecho perder el tiempo, pero él les aseguró que habían hecho bien en preocuparse.

—Con un niño tan frágil —dijo—, todo es serio.

Cuando regresaron, la casa estaba festoneada de luces blancas.

—Parece una torta de jengibre —comentó DeAnne.

—Por tratarse de una casa tan fea, queda realmente bonito —sonrió Step.

En el interior, en cambio, reinaba el caos. Betsy y Robbie estaban de pie sobre las sillas de la cocina y en cuanto DeAnne y Step cruzaron la puerta se pusieron a gritar:

—¡Arañas! ¡Arañas!

En la cocina no se veían arañas. Step sostuvo al bebé mientras DeAnne se quitaba el abrigo.

—¿Dónde está Mary Anne? —preguntó DeAnne.

—¿Sois vosotros? —preguntó Mary Anne desde un rincón de la casa.

—¡Somos nosotros! —respondió DeAnne—. ¿Dónde estás?

—En la tierra de las arañas gigantes —gritó Mary Anne—. ¡Me vendría bien un poco de ayuda y otro rollo de toallas de papel!

—Cuida de Zap y los niños —le dijo Step a DeAnne—. Veré qué pasa en el cuarto de baño.

Bajó al lavadero para coger más toallas de papel.

—No habrá otra invasión de insectos, ¿verdad? —preguntó DeAnne.

—No —respondió Step—. Las arañas son arácnidos.

Fue al cuarto de baño.

Era como si alguien hubiera tratado de revestir el cuarto entero con toallas de papel mojadas y luego las hubiera salpicado con tinta. Pero no era tinta, sino arañas falangio, y las toallas mojadas eran la estrategia de Mary Anne para inmovilizar la mayor cantidad posible de arañas mientras pisoteaba las que no habían quedado atrapadas.

Mary Anne había conservado la compostura mientras era la única adulta presente, pero en cuanto Step entró en el cuarto de baño se puso a temblar y estremecerse y soltó un chillido cuando una araña se le subió al tobillo. Pateó hasta desprendérsela; Step la cogió por los hombros y la condujo al pasillo.

—Quédate allí y vigila para que no salga ninguna. Acuérdate de vigilar el techo.

Fuera del cuarto de baño, Mary Anne logró calmarse mientras Step exterminaba arañas metódicamente.

—Subían por el desagüe de la bañera —dijo Mary Anne. Step echó una ojeada a

la bañera, que estaba taponada con toallas de papel—. Betsy estaba en su orinal y se puso a gritar «ña, ña». Al principio pensé que era una palabra simpática como «pipí», pero estaba diciendo «araña».

—Te has portado muy bien —dijo Step—. Las mantuviste bajo control. No lo creerás, pero esto sucede una vez por temporada. Primero grillos, después escarabajos, mosquitos la noche en que nació Zap. Creo que estamos padeciendo las diez plagas de Egipto.

—Las arañas son horrendas. No soporto la delicadeza con que mueven las patas, como si fueran monstruosas bailarinas de ballet.

—Oh, sigue hablando. Tendré sueños maravillosos esta noche.

—Las estás mirando. Lo que yo digo no puede ser peor.

—Sí, pero ahora no estoy mirando arañas, sino monstruosas bailarinas de ballet. Disney se perdió un gran número en *Fantasía*.

Al fin limpió las arañas y acumuló todas las toallas de papel en el fondo de una bolsa de basura. Cuando Step regresó a la cocina, Mary Anne estaba de pie junto a la mesa, hablando con DeAnne.

—Vaya, eres una heroína, Mary Anne.

—A tu disposición. Pero la próxima vez podemos saltarnos la parte de las arañas. —Mary Anne se dirigió al lavadero, se detuvo—. Ah, llamó tu madre, DeAnne. No te preocupes, no hay problema, sólo quería tu receta para los pasteles.

—¿Mi madre quiere hacer pasteles?

—¿Por qué? ¿Nunca los hace?

—Mi padre es el que prepara pasteles en mi familia. Pero ocurren milagros todos los días, ¿verdad? —Step marcó el número y le pasó el micro para que DeAnne no tuviera que levantarse mientras amamantaba a Zap.

Se despidieron de Mary Anne y acostaron a Robbie y Betsy. Stevie ya estaba en la cama, y Step tapó a Robbie en silencio para no despertar al hermano mayor.

Sólo cuando Step estuvo en la cama junto a DeAnne comprendió que las luces navideñas de fuera aún estaba encendidas.

—Oh, déjalas —murmuró DeAnne.

—Así como tú no permitiste que tu familia comiera ese pastel de carne, yo no permitiré que mi familia duerma en una casa que tiene un cable conectado fuera.

Se puso una bata y un abrigo. Fuera encontró el enchufe y lo desconectó, luego fue hasta el frente para comprobar si las luces se habían apagado. Había refrescado mucho. Entró, cerró con llave, se quitó el abrigo y recorrió la casa para comprobar si todas las puertas estaban bien cerradas y los niños bien tapados.

Era una rutina tan establecida que sólo al entrar en su dormitorio recordó que no había visto a Stevie en la cama. Robbie estaba allí, pero las sábanas de Stevie aparecían abiertas y la cama estaba vacía. ¿Habría ido al cuarto de baño? No lo había

visto en el cuarto de baño de los niños ni en ninguna otra parte de la casa. ¿Estaría en el cuarto de baño principal?

Step rodeó la cama y echó un vistazo al baño. Stevie no estaba. Imposible. A menos que Stevie estuviera escondiéndose en el armario o en cualquier otra parte. Step regresó al cuarto de los niños para mirar el armario antes de dar la alarma, pero se detuvo en seco en la puerta. Allí estaba Stevie. En la litera de arriba. Las sábanas se encontraban tal como él las había visto, pero Stevie estaba allí, escondido y totalmente dormido.

Estoy demasiado cansado, pensó Step. Cuando eché la primera ojeada todo parecía normal. Sólo después pensé que no lo había visto. Por supuesto, ha estado aquí desde el principio.

Step regresó a la cama, donde DeAnne ya estaba roncando, y pronto él también se durmió. Si soñó con arañas, no lo recordó por la mañana.

Los dos días siguientes fueron un hervidero de actividad, pero eso era previsible. Todos se levantaban a diversas horas y parecía que la mitad del barrio los visitaba o llamaba a pedirles que hicieran esto o aquello como preparativo para la Navidad. En el atardecer de la Nochebuena, mientras DeAnne ayudaba a Elizabeth a envolver un regalo en el salón, pensó en algo y llamó a Step, que estaba en la cocina guardando los comestibles.

—No recuerdo que Stevie haya comido nada en los últimos días.

—No recuerdo que nadie haya comido nada en los últimos días —dijo Step—. Nadie ha comido en presencia de los demás desde que empezaron las vacaciones de Navidad.

—Hablo en serio —insistió DeAnne—. Y ni siquiera ha jugado con el ordenador. Se ha pasado casi todo el tiempo en su cuarto. ¿Estará enfermo?

—Iré a verlo en cuanto termine con los comestibles —dijo Step.

Eso le llevó sólo unos minutos más. Luego fue al cuarto de los niños. Robbie estaba en el suelo, envolviendo un regalo.

—¡Fuera, fuera! —le gritó a Step.

—Lo siento —dijo Step. Regresó al pasillo, entornando la puerta al salir.

—¡Has estropeado la sorpresa! —gritó Robbie.

—No —respondió Step—. No he visto nada. Sólo pasaba para ver si Stevie estaba bien.

—Estoy bien —respondió Stevie.

—¡Está bien! —gritó Robbie.

—Puedo oír a tu hermano sin tu servicio de retransmisión, pero gracias, Robbie. Stevie, tu madre está preocupada. Dice que no comes nada últimamente.

—No tengo hambre.

—Pues tienes que comer algo.

—Sí —dijo Stevie.

—¿Cenarás esta noche?

Stevie guardó silencio un instante.

—Supongo que sí —dijo.

—Stevie, ¿pasa algo malo?

Otra pausa.

—No.

Step regresó al salón, donde DeAnne aún estaba envolviendo regalos con Betsy, quien de vez en cuando insertaba una mano, un dedo o la cara. En consecuencia, DeAnne había pegado media docena de trozos de cinta en la cara de Betsy, y le sobresalían por todas partes como piel despellejada por el sol.

—Oh, Betsy. Qué bonita estás.

—He oído que llamabas a Stevie —dijo DeAnne.

—Robbie no me dejó entrar en el cuarto. Estaba envolviendo regalos.

—Ya envolvió el tuyo.

—Está envolviendo el de Zap. Pero no quiso estropear la sorpresa.

—¿No lo compró cuando tú estabas delante?

—Ya conoces a Robbie. Si le estropeas una sorpresa, es mejor que te decapites y te ahorres mucho sufrimiento.

Step se tomó un descanso a las cuatro y fue a su estudio para trabajar un rato en el programa. Estaba a punto de terminarlo, y si lo dejaba preparado para enviárselo a Agamemnon por Federal Express, pasaría una Navidad mucho más tranquila. Ahora sólo quedaban tonterías, pero había que cambiar un par de líneas, compilar, ponerlo en funcionamiento y ver cómo quedaba luego retocarlo, compilar... El tiempo volaba pero no se veían los progresos.

—Step, ¿vendrás a cenar en Nochebuena?

Step se volvió. DeAnne estaba en la puerta del estudio.

—Y Stevie tampoco aparece. No he preparado un banquete, pero incluso los trabajadores independientes pueden descansar en Nochebuena.

—Me falta tan poquito, DeAnne.

—Bien, como quieras —dijo ella, y cerró la puerta.

Step suspiró y se levantó. Cuando salió al pasillo, oyó que DeAnne le decía a Stevie.

—Parece que los hombres de esta familia ya no comen.

—DeAnne —dijo Step—, ya es cargante que hables como tu madre, pero es que ahora hablas como la mía.

Ella se molestó, pero decidió tomarlo como una broma.

—No hay problema —dijo—. Me gusta tu madre. Y a ella le gusto yo. Más que tú, en realidad.

—Pero no más de lo que tú me gustas a mí.

Step se acercó, le refregó la cara con la nariz, la abrazó y le susurró al oído:

—Olvidémonos de estos niños y vamos a hacer otro bebé.

—Es demasiado pronto —sonrió DeAnne—. Aún no he olvidado cuánto duele.

Ambos recordaron los problemas de Zap y esas palabras cobraron un segundo sentido. Esta vez el beso de Step no fue apasionado, sino tierno y consolador.

Abrió la puerta del cuarto de los niños. Stevie estaba tendido de espaldas en la cama, mirando el techo.

—Ven a cenar, Stevie.

—No tengo hambre, papá.

—No te he preguntado si querías comer. Es Nochebuena y debemos estar juntos.

—Creo que está enfermo —comentó DeAnne—. Tal vez se contagió lo que Zap tuvo hace un par de días.

Entró en el cuarto, dirigiéndose a Stevie. Para sorpresa de los dos, Stevie se irguió en la cama y se alejó del borde con aire asustado.

—¡No me toques! —exclamó.

—Pues no queda más remedio —dijo DeAnne—. Tengo que ver si tienes fiebre.

—Quiero quedarme aquí un ratito más.

—Stevie, déjame ver si tienes la frente caliente.

—Estoy bien.

—DeAnne —intervino Step—, por favor no discutamos en Nochebuena.

—Pero no puedo dejarle aquí si no se encuentra bien...

—Parece estar bien —dijo Step, guiándola hacia el pasillo.

—¿De pronto eres un milagrero que puede diagnosticar a distancia?

En cuanto salieron, Step cerró la puerta y dijo:

—DeAnne, ¿no has visto la cara? Estaba absolutamente aterrado.

—Lo sé, Step. Razón de más para pensar que tenía fiebre. No actuaba racionalmente.

—No estaba pálido ni rojo, como cuando está enfermo. Está muy alterado, pero fíjate, en lo que me dijo. Quiere estar solo.

—En Nochebuena, eso es triste. —Pero entonces DeAnne comprendió a qué se refería Step—. Quieres decir... sin sus amigos imaginarios.

—¿Le has visto jugar con el Atari durante los dos últimos días?

—¿Quieres decir que se está encerrando en sí mismo?

—No sé, pero ahora es una pila de nervios, así que vayamos a comer. Luego vendré a hablarle, o vendrás tú, y veremos si podemos calmarlo. No creo que se quiera perder las fiestas. Él es quien mejor recuerda las cosas, y siempre le gusta contar historias. Ya se reunirá con nosotros si no insistimos ahora.

DeAnne suspiró.

—Cuando te pones tan paciente y comprensivo con los niños, me haces sentir como una bruja.

—¿Y cómo te sientes cuando les grito? —preguntó Step.

—Como si me dieras la razón.

Después de la cena, Step se cepilló los dientes y fue al cuarto de Stevie para convencerle de que comiera algo. Stevie no estaba en la cama; DeAnne debía de haberlo llevado a la cocina.

Step iba a reunirse allí con el resto de la familia, pero al pasar por la puerta del estudio pensó que si Stevie estaba comiendo tardaría un rato, así que contaba con unos minutos. Quizá pudiera terminar. Se metió en el estudio, se sentó, reanudó su tarea.

No supo cuánto tiempo había estado trabajando cuando oyó un golpe en la puerta. Se volvió. DeAnne estaba allí, apoyada en el picaporte como si necesitara sentarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Step, preocupado.

—Step, Stevie tiene a sus amigos en la puerta. Quiere que los invitemos para Nochebuena.

Step sintió abatimiento. Conque Stevie no se estaba recuperando. Lo había intentado, pero no había podido abandonar su mundo de fantasía. Quizá porque el mal aún no se había ido de Steuben. Quizá no pudiera recuperarse hasta que atraparan al asesino múltiple. O hasta que la familia se mudara de nuevo.

—Cuando termine este programa, tal vez debamos mudarnos —comentó—. Llevarnos a Stevie de aquí.

—No, Step —respondió DeAnne—. Quiero decir que sus amigos *están* en la puerta.

Step comprendió por qué ella parecía tan débil. ¿El poder de la imaginación de Stevie había terminado por dominar a DeAnne? No, imposible. DeAnne era demasiado fuerte. Step se le acercó con intención de abrazarla, consolarla. Pero ella se alejó de la puerta y echó a andar con paso más firme del que él esperaba.

La siguió. No era la puerta del frente, pues DeAnne no fue al salón, sino a la sala familiar. La puerta del patio estaba entreabierta, y una gélida brisa invadía la sala. DeAnne se detuvo a cierta distancia de la puerta. Step fue hasta la puerta y la abrió de par en par.

En el patio estaba Stevie. Detrás de él había siete niños cuyas edades iban de cinco a diez años. Un par de ellos estaban abrigados, pero los demás llevaban camisetas y pantalones cortos, y uno se había puesto un suéter.

—Papá —dijo Stevie—, ¿pueden entrar? Les dije que les dejarías pasar la Nochebuena con nosotros. Es lo que más echan de menos.

Step sintió que DeAnne le cogía el brazo y le apretaba la mano.

—Claro que pueden pasar —dijo Step—. Queríamos conocerlos.

Una cosa era decirlo, otra era verles subir la escalinata uno por uno, entrar en la casa. DeAnne, que tenía mejor memoria para los nombres y los rostros, los reconoció por las fotos del periódico.

—Van —dijo.

Uno de los niños le sonrió.

—Roddy. Peter. David. Jack. Scotty.

Uno por uno fueron sonriendo y luego se miraron entre sí como diciendo: Nos conoce, nos conoce.

—Sandy —murmuró DeAnne.

Step cerró la puerta.

—Ojalá los hubiera visto antes —jadeó Step.

—Lo intentamos, papá —dijo Stevie—. Yo sabía que podían hacerlo, sabía que tenían que mostrarse a la gente, pues de lo contrario nadie me creería, pero no hallaron el modo hasta que yo se lo expliqué.

—Te creíamos, hijo —dijo Step—. Siempre supimos que no mentías.

—Pero pensabas que era un juego, papá —objetó Stevie—. Y son de verdad.

Hubo un instante de silencio, y uno de los niños murmuró:

—Feliz Navidad.

—Sí —dijo Step—. Sí, Feliz Navidad. Por favor, pasad al salón. Allí está el árbol. íbamos a sacar los regalos e iniciar las fiestas, y nos gustaría teneros con nosotros.

Los niños sonrieron. Y Stevie... ¡Stevie sonrió! Step casi había olvidado la luminosa sonrisa de ese niño. Hacía tanto tiempo...

Stevie los condujo al salón, y los otros niños le siguieron en silencio.

DeAnne aún le aferraba el brazo.

—Él les indicó cómo —murmuró.

Pero Step no podía pensar en ello. Era Nochebuena, y al fin Stevie había traído sus amigos a casa.

Él y DeAnne siguieron a los niños al salón, y ella dijo:

—Traeré a Robbie, Betsy y Zap.

Y fue a buscarlos.

—Sentaos —dijo Stevie—. En cualquier parte, pero dejad esa mecedora para la mamá de Stevie, pues tiene que sentarse allí para sostener al bebé.

Step echó una ojeada a la habitación, viéndola como a través de los ojos de ellos.

El árbol de Navidad, cubierto de adornos, la mayoría hechos a mano. Los diminutos cojines que DeAnne había tejido para esa primera Navidad, cuando estaba embarazada de Stevie. Los animalillos de trapo que ella y Step habían confeccionado para el primer árbol de Navidad que vio Stevie, aunque entonces era apenas un bebé y no entendía lo que veía. Adornos más viejos que Stevie, pensó Step. Nunca tuvo un árbol sin ellos.

Y no sólo el árbol. Toda la habitación estaba decorada con borlas rojas y verdes y pueblecitos de madera y un hipopótamo vestido de Santa Claus al lado de un trineo de mimbre y un cascanueces con forma de deshollinador y todos los objetos que Step y DeAnne habían comprado o confeccionado con el correr de los años.

DeAnne trajo a Robbie y Betsy. Betsy era tímida con los desconocidos, y titubeó un poco, pero Robbie le cogió la mano y se sentó con ella frente al sofá, a los pies de Step. DeAnne se sentó en la mecedora y alzó al somnoliento Zap para que viera lo que sucedía, aunque aún no había señales de que pudiera concentrar la vista en algo.

Comenzaron con un villancico, y mientras Step cantaba, manteniendo el ritmo, recordó todas las noches que durante meses y años se había quedado junto a la cama de Stevie cantando esa canción para acunarlo, para que el miedo se fuera y Stevie pudiera descansar. Luego llegó el momento de las historias.

Step comenzó con preguntas, pidiendo a Robbie que les hablara del ángel que visitaba a María, y a Stevie que les hablara de lo que hizo José cuando supo que ella iba a tener un bebé, y así sucesivamente, Robbie y Stevie, luego DeAnne y Step, contando una parte de la historia navideña. Los pastores, los magos y la historia del Libro de Mormón acerca de la noche sin oscuridad, cuando Cristo nació en el otro lado del mundo. Step contó para qué había vivido Jesús, y habló del perdón para las cosas malas que hace la gente.

Los niños escuchaban, cautivados por la experiencia de formar parte de una Nochebuena, los ojos chispeantes a la luz del árbol. Uno de ellos habló:

—¿El perdón para todo?

Antes que Step atinara a comprender la pregunta, Stevie respondió con firmeza:

—No. El asesinato no.

DeAnne jadeó y se tapó la boca, parpadeando para no llorar.

—Stevie tiene razón —intervino Step—. En nuestra iglesia creemos que Dios no perdona a la gente que mata a propósito. Y en el Nuevo Testamento, Jesús dijo que si alguien hacía daño a un niño, más le valía sujetarse a una roca del cuello y arrojarlo al mar.

—Me dolió, papa —dijo Stevie—. Ellos nunca me hablaron de eso.

—Era un secreto —explicó uno de los niños.

—Yo le dije que no lo contaría para que él no...

La voz del niño se diluyó.

—¡No os vayáis! —gritó Stevie—. ¡Dijisteis que os quedaríais en Navidad!

—Es difícil —se quejó otro niño.

Stevie se volvió hacia Step.

—Papá, tienes que llamar al señor Douglas. Si los ve a todos, tendrá que creer, ¿verdad?

—Sí —dijo Step.

—Yo sabía que él no me creería si se lo contaba. ¿Cómo iba a creerme si vosotros no me creíais?

—Te creíamos, Stevie —dijo DeAnne, tratando de no llorar—. De verdad.

—Pero no creíais en ellos. Pensaba que podíais. Ni siquiera Robbie, salvo por un segundo.

Step pensó: Robbie los vio, pero yo no, y tampoco DeAnne.

—Y traté de averiguar cómo enseñárselos. Ellos me dijeron que estaban enterrados debajo de la casa y yo...

DeAnne jadeó y Step sintió un nudo en el estómago. Stevie no sólo había percibido un desgarrón en la urdimbre del universo, no sólo un mal indefinido que merodeaba por la ciudad. Estaba allí. Bajo la casa.

El lugar de donde habían huido las arañas y los grillos. El lugar donde alguien había ocultado los cuerpos de siete niños, donde nadie podría encontrarlos por mucho que buscaran.

Pero alguien había estado bajo la casa desde que se habían mudado, sí, más de una vez. Bappy ha estado bajo esta casa. Y Bappy vivió aquí antes que nosotros, antes que su hijo le obligara a mudarse para alquilarnos la propiedad. Bappy vivía aquí cuando secuestraron al primer niño, y Bappy ha pasado por aquí con frecuencia.

—Así que me arrastré hasta allá abajo y rebusqué, pero no sirvió de nada —continuó Stevie— aún no lo conseguía, y vosotros os enfadasteis porque me había ensuciado y porque me había ido fuera, así que no lo intenté de nuevo.

Mi hijo estuvo allí abajo, pensó Step. Quería gritar como había gritado después del picnic del Cuatro de Julio. Pero se contuvo.

—Ya no sabía qué hacer —prosiguió Stevie—, así que desistí. Pensé que nadie podría verlos jamás. Pero no podía permitir que él continuara, ¿verdad, papá? No hubiera sido correcto. Sabía que a ellos no les gustaba, aunque no me habían contado cuánto dolía.

Miró a los otros niños, y algunos bajaron los ojos, tal vez avergonzados.

—Recordé que me habías dicho que la gente mala odia la verdad porque les asusta, así que rompí las reglas y salí cuando él estaba instalando las luces. Sé lo que estás haciendo, le dije. No sé de qué hablas, replicó él. Ellos me han hablado de ti, le dije. ¿Quiénes te han hablado? preguntó él. Ellos me han hablado de Niño, dije, y Douglas es amigo mío. Vaya, dijo él. Tienes que detenerte, le dije. Ya lo he hecho, dijo él, Niño ya no lo hace más. Pero yo sabía que era mentira porque veía que Niño no era como ellos me habían dicho, Niño no era otro, Niño era él, Niño era él mismo, y entonces corrí para volver a la casa pero no lo bastante rápido.

DeAnne lloraba cubriéndose el rostro con las manos, y Step sintió lágrimas en las mejillas, porque ahora sabía, más allá de toda duda, más allá de toda esperanza, que había ocho niños perdidos, no siete, compartiendo la Navidad en su casa esa noche.

Ocho niños perdidos, no siete, enterrados bajo la casa.

—Y pensé que lo había echado todo a perder —concluyó Stevie—. Pero entonces comprendí que no. Porque yo sabía cómo lograr que vosotros me vierais. Me costó esa primera noche, y creo que un par de veces no me viste, pero mejoré cada vez más y entonces pude mostrarles cómo, porque ahora yo era como ellos. Aquí estamos papá, y tienes que llamar al señor Douglas, porque Niño todavía está ahí y hay que detenerlo.

—Sí —convino Step—. ¿Os quedaréis, niños? ¿Hasta que llegue el señor Douglas?

No respondieron. Se miraron, miraron el suelo.

—Tienen miedo de verlo otra vez —explicó Stevie—. El viejo.

—Niño —susurró uno de los amigos de Stevie.

—Niño —repitieron otros.

—Yo sé qué debemos hacer —intervino DeAnne. Trató de transmitir alegría, a pesar de las lágrimas—. Os habéis sentado aquí para ver qué hace nuestra familia en Nochebuena. ¿Por qué no contáis lo que hace la vuestra? No tenéis que hacerlo si no queréis, pero me gustaría saberlo, porque no creo que haya dos familias en el mundo que celebren la Navidad del mismo modo. ¿Qué dices, Jack?

DeAnne los animó a contar anécdotas sobre Navidades pasadas mientras Step iba a la cocina para llamar a la policía.

—Llame al señor Douglas para decirle que Step Fletcher tiene que verle esta noche. Sé que es Nochebuena, pero dígame que todas las respuestas están aquí, pero sólo si viene ahora para verlas con sus propios ojos.

Step temió que el policía no llamara por miedo a perder su empleo o un ascenso si molestaba a su jefe en Nochebuena.

—Le prometo, amigo mío —añadió Step—, que si llama a Doug Douglas le hará el mejor regalo de Navidad de su vida.

—Para usted es fácil decirlo —respondió el agente—. Pero lo intentaré y veré si él quiere hablar con usted.

El teléfono sonó al cabo de un minuto, o de una eternidad. Step atendió al instante.

—¿Qué tiene usted para Nochebuena, señor Fletcher?

—Antes tenía la lista, señor Douglas, y no era falsa, ¿verdad? Le dije la verdad.

—De acuerdo.

—Venga ahora, deprisa. Tengo todas las respuestas aquí, pero sin luces ni sirenas. Porque los asustará y podrían irse.

—¿Quiénes?

—Los niños, señor Douglas. —Step colgó, confiando en que Douglas tuviera fe suficiente para acudir a su llamada.

Douglas llegó antes de que los niños hubieran terminado de contar sus recuerdos. Entró en silencio, y al verlos allí reunidos la esperanza le brilló en los ojos, el asombro de que no estuvieran muertos. Pero luego Douglas vio la expresión de Step, notó que había llorado, y comenzó a entender.

—Su hijo los había visto realmente —dijo.

—Desde el principio —asintió Step.

—¿Pero por qué podemos verlos ahora?

—Porque Stevie les enseñó. Y los ha retenido aquí para que usted pudiera verlos.

Douglas entró despacio en el salón.

—Ah, niños. Ojalá hubiera podido encontrarlo antes. Ojalá lo hubiera detenido... Pero puedo detenerlo ahora. Decidme quién es.

Stevie repitió el relato, esta vez con más detalles. Que había un lugar profundo bajo la casa. Que no había entendido qué les había sucedido a sus amigos hasta que vio ese lugar y pidió que se lo contaran, y también pidió que le contaran quién era.

—Bappy —dijo.

—Niño —intervinieron dos de los otros.

—Baptize Waters —dijo Step—. El padre del dueño de esta casa. Antes vivía aquí. Le he anotado la dirección y el número de teléfono mientras usted venía hacia aquí.

—Niños —suspiró Douglas—. Os diré una cosa. Creo que nunca más veréis de nuevo a ese hombre. Creo que ningún niño lo verá de nuevo.

Todos asintieron.

—Os prometo que si os quedáis en esta habitación un rato más, no lo veréis nunca más. Y si aguardáis, me gustaría llamar a vuestros padres. Me gustaría que vuestros padres tuvieran la oportunidad de verlos.

—Se enfadarán —objetó un niño—. Yo no me quedé donde me habían dicho.

—No —aseguró Douglas—, he hablado con todos ellos y os prometo que no estarán enfadados. Ninguno de ellos. ¿No podéis quedaros un poco más?

—Es difícil —se quejó uno de los niños.

—Pues me daré prisa.

Douglas se fue de la habitación, entró en la cocina. Step le oyó telefonear, hablar en voz baja. Luego se enteraría de lo que les había dicho. Hemos encontrado el lugar donde ocultaron los cuerpos, y su hijo es uno de ellos. Pero hay algo más, la posibilidad de algo más, de despedirse de su hijo, si se da prisa. No se lo diga a nadie. Venga deprisa. No comprendieron, desde luego, pero acudieron. Y pronto se habían desperdigado por la casa, los afligidos padres, y los niños, al principio tímidos y susurrantes, porque ninguno era tan fuerte como Stevie.

Y mientras hablaban dentro de la casa, los policías trabajaban debajo y fuera, y exhumaron los cuerpos uno por uno y los tendieron bajo las brillantes luces del

césped. Llevaron a Bappy a la casa de Chinqua Penn, con su hijo y el abogado de su hijo, al principio furioso de que lo hubieran arrastrado hasta allí en Nochebuena. Pero cuando vieron los cuerpos en el jardín, el hijo se volvió hacia el padre y gritó con voz chillona:

—Me dijiste que ya no lo hacías. Me dijiste que eras demasiado viejo y ya no querías más. Pero no habías parado, viejo hijo de puta, seguiste haciéndolo, pero ahora los matabas.

Llorando de vergüenza y rabia, abrumado por sus propios recuerdos, el hijo derribó al padre de un empujón, y le dio patadas hasta que la policía lo aferró y lo contuvo.

—Dijo que ya no lo hacía. Yo lo hubiera denunciado si hubiera sabido que aún seguía, si hubiera sabido que hacía esto, lo hubiera denunciado.

—¿Y por qué no nos dijo nada? —preguntó Douglas.

Por un instante no supo cómo expresarlo. Al fin halló las palabras.

—Es mi padre.

—No fui yo —sollozó Bappy.

—Sí, fue usted —rebatía Douglas.

—Fue Niño —dijo Bappy—. Yo no quería. ¿Qué creen que soy? Yo nunca haría semejante cosa. Siempre fue Niño.

Todo esto quedó grabado en vídeo. El hijo. El padre. El huraño abogado pidiendo a los dos, demasiado tarde, que se callaran. Todo grabado, de modo que no fue necesario que los hombres que estaban fuera de la casa vieran o supieran lo que sucedía adentro.

Mientras se llevaban a Bappy, mientras exhumaban los cuerpos bajo las luces intermitentes en esa gélida Nochebuena, los niños que estaban dentro de la casa perdieron las fuerzas y la voluntad de seguir esforzándose, y se despidieron y se fueron. Desaparecieron de golpe. Luego se marcharon sus padres, sollozando, abrazándose y Douglas los despidió con estas palabras:

—No se lo cuenten a nadie si no quieren que el nombre de sus hijos aparezca en los periódicos. Vuelvan a casa y agradezcan a Dios que ellos hayan tenido la oportunidad de despedirse. Un pequeño acto de misericordia en este doloroso asunto.

Los padres asintieron y se fueron a casa para pasar la Navidad más solitaria de su vida, la Navidad en que al fin las preguntas encontraron respuesta, y el amor fue recordado y llorado, y Dios recibió gratitud, pero también fue culpado por no haber hecho más.

Stevie fue el último en irse; había sido el más fuerte. Robbie y Betsy estaban dormidos, y Zap también dormía en brazos de DeAnne. Así que al fin Stevie quedó a solas con sus padres, como había estado a solas con ellos cuando la familia apenas comenzaba.

—Ah, Stevie —suspiró Step—. ¿Por qué lo afrontaste solo? ¿Por qué no insististe para que te creyéramos? ¿Por qué no nos lo explicaste?

—Ellos acudieron a mí. Era mi trabajo. ¿No nos mudamos aquí por esa razón?

—No para perderte —sollozó DeAnne.

—Hice lo que me enseñasteis. No me proponía morir. Pero hasta entonces no supe cómo hacerlo. ¿Hice mal?

—Oh Stevie —dijo DeAnne—, lo que hiciste fue noble, bondadoso y valiente. Sabíamos que serías así, lo supimos desde el principio.

—Pero creíamos que tendríamos la oportunidad de conocerte más —añadió Step—. Creíamos que moriríamos antes que tú. Así deberían ser las cosas.

—Nada fue como debía ser —asintió Stevie—. Nada estaba bien, pero ahora está mejor, ¿verdad? He mejorado las cosas, ¿verdad?

—Para todos los padres que no tendrán que llorar a sus hijos, pues has detenido a ese hombre antes que él los encontrara, sí, mejoraste las cosas.

—¿Y no estáis enfadados porque me salté las reglas? —preguntó Stevie.

—No —dijo DeAnne—, pero estamos tristes.

—Stevie, ¿nos perdonarás? —preguntó Step—. ¿Por no comprenderte? ¿Por no saber que decías la verdad?

—Claro. Yo los veía y vosotros no. Sólo me enfadé con vosotros hasta que comprendí que era así. —Stevie suspiró—. Es muy difícil quedarse aquí.

—No quiero que te vayas —lloró DeAnne.

—Es tan difícil —repitió Stevie.

—Te quiero, Stephen Bolívar Fletcher —dijo Step—. Te quiero más que a la vida. Te echaré muchísimo de menos.

—Yo también te echaré de menos, papá. Y a ti, mamá. Despedidme de Robbie y Betsy. Y habladle a Zap de mí cuando crezca, porque todavía soy su hermano mayor.

—Te quiero —dijo DeAnne.

Quería decirle lo que eso significaba. Lo que significaba para ella, lo que había sentido al llevarlo en el vientre durante esos espantosos meses de náusea. Y todo había valido la pena cuando lo tuvo en sus brazos, y aún más cuando le vio crecer, un niño magnífico, mucho mejor de lo que hubiera esperado. Quería hablarle de lo que había soñado para él, de los hijos que quería que él tuviera, niños tan afortunados al tenerlo por padre. Quería decirle que una vez había soñado que yacía en su lecho de muerte, sabiendo que morir estaba bien porque Stevie estaba a su lado, cogiéndole la mano. Y soñó que él decía: Adiós, madre. Espero que estés esperándome cuando vaya yo.

—Adiós, madre —dijo Stevie—. Adiós, padre.

—Adiós, Portero —susurró Step.

—Oh, Stevie —sollozó DeAnne—, espero que estés esperándonos cuando

vayamos nosotros.

15

Año nuevo

Así fue como llegaron los Fletcher al final de 1983: llamaron a los Lowe, a quienes les bastó oír un par de frases para correr a la casa de Chinqua Penn. Mary Anne les ayudó a meter en una maleta lo que necesitarían para los próximos días mientras Harv telefoneaba al obispo y a la hermana Bigelow, quienes también acudieron. Mientras los Fletcher iban a casa de los Lowe a pasar el resto de esa larga Nochebuena, el obispo y la hermana Bigelow se quedaron a recoger los regalos que Step les había indicado, envolviendo los que habían quedado sin envolver, llenando los calcetines con las golosinas y obsequios que habían preparado Step y DeAnne, y los llevaron a casa de los Lowe antes de que los pequeños despertaran. Step y DeAnne observaban en silencio mientras Harv y Mary Anne brindaban a los hijos de los Fletcher una brillante y feliz Navidad.

Mientras ellos se quedaban en casa, los dos barrios de Steuben se congregaron, y el conflictivo programa de Navidad fue abandonado en el acto. El obispo, a pesar de no haber dormido, contó la historia de los inocentes de Belén, y la historia de Alma y Amulek presenciando la muerte de otros inocentes. Y dijo:

—Esos hijos de Dios pronto olvidarán el dolor y la muerte, pues serán saludados con regocijo. Los que se quedan, en cambio, necesitan nuestra ayuda y consuelo.

La ayuda y el consuelo cobraron diversas formas en los siguientes días. Les encontraron un piso nuevo pero desocupado, y el propietario, al enterarse de la historia, dejó que los Fletcher lo ocuparan gratuitamente el primer mes. Mientras el cordón policial impedía a otra gente el acceso a la casa de Chinqua Penn, el quórum de los élderes entró para llevarse todas las pertenencias mundanas de los Fletcher en un camión de mudanzas, que viajó de aquí para allá hasta que todo estuvo en su sitio en el nuevo hogar. Los Fletcher no tuvieron que pisar nunca más la casa donde había muerto Stevie.

La hermana Bigelow se quedó cuando se fueron todos los que habían colaborado con la mudanza.

—Encontré una cosa —dijo—. Pensé que debíais estar solos cuando lo recibierais. —Puso una bolsa de papel en la mesa—. Estaba en el fondo del armario. —La hermana Bigelow abrazó a DeAnne y se marchó.

Abrieron la bolsa. Dentro había dos regalos de Navidad de forma rara, envueltos. El de DeAnne pesaba bastante. Al abrirlo encontró dos piedras pegadas y pintadas, con forma de conejo. Una piedra era el cuerpo, la otra la cabeza, y tenía dos orejas de papel. Stevie había escrito en una tarjeta: El conejo del jardín. El presente de Step era mucho más liviano, y también más difícil de entender a primera vista. Stevie había pegado un soporte de plástico para cinta adhesiva en la tapa de un bote de crema

facial y lo había pintado todo de rojo. En la tarjeta había un detallado diagrama que mostraba un reloj colgando del brazo del soporte, varios bolígrafos que asomaban por el agujero del soporte, y monedas en el bote de crema. Había quince céntimos en el bote, para ayudarlo a empezar sus ahorros. Step y DeAnne se cogieron la mano sobre la mesa un largo rato, enmarcando los regalos con los brazos.

Ningún padre contó lo que había ocurrido esa Nochebuena, y Doug Douglas se encargó de que los periodistas oyeran sólo la historia de Bappy y su hijo, de una familia que había guardado el tenebroso secreto del viejo hasta que fue demasiado tarde. La primera plana de los periódicos, pues, sólo publicó fotos de Bappy y su hijo. Doug Douglas se mantendría en contacto con todas las familias durante años, aun después de jubilarse en el departamento de policía de Steuben, pero nunca mencionaba esa noche ni el año que la había precedido; todos conocían la índole de los hilos que los unían. Los unía la amistad de gente que había compartido un viaje largo e inolvidable.

Doug Douglas llamó a los Fletcher una sola vez. Al revisar los archivos del caso encontró una correlación entre los momentos en que la casa había sufrido una invasión de insectos o arácnidos y las noches en que habían muerto los niños. Le confirmaron las fechas. Stevie no había sido el único en intuir que el mundo sufría un desgarrón.

Step y DeAnne enterraron a su hijo mayor en un cementerio del oeste de Steuben, rodeado por tupidos bosques llenos de pájaros y animales, un lugar vivo. De pie frente a la tumba, comprendieron que sus días de vagabundeo habían terminado. Ahora estaban anclados en Steuben, por los vivos y por los muertos. El pequeño Jeremy ingresaría en Puertas Abiertas cuando llegara el momento; esa tumba recibiría flores.

Hubo siete funerales más en Steuben entre la Navidad y el Año Nuevo. Los cuerpos de los siete niños fueron a la tumba acompañados por los pequeños regalos que habían encontrado con ellos: un coche de carreras Hot Wheels, un perro de cerámica, una armónica, un ovillo de cordel, un pin de la Guerra de las Galaxias, una pistola de agua, una baraja de cartas.

Como la vida debe continuar y las facturas deben pagarse, Step terminó el programa en que estaba trabajando y lo despachó. Agamemnon le pagaría y él iniciaría su siguiente proyecto, pues su familia lo necesitaba, así como necesitaba que DeAnne cuidara de Jeremy, Elizabeth y Robbie. Ahora importaban las necesidades de los tres hijos restantes, y Step y DeAnne procuraban satisfacerlas.

El día de Año Nuevo los familiares que habían volado desde Utah para acompañarlos regresaron a casa. Los miembros del barrio que habían postergado sus ocupaciones para ayudar a los Fletcher reanudaron sus actividades. La vida volvió gradualmente a la normalidad.

Y también para los Fletcher, la vida se asentó. No volvió a la normalidad, pues para ellos era imposible volver. La vida se encauzó por un nuevo camino. Step siempre tenía la sensación de que alguien lo observaba, como si en los momentos de triunfo pudiera volverse para decir: ¿Has visto eso? No ha estado mal, ¿eh? Y el que observaba diría: Perfecto, papá.

DeAnne lo veía como una luz a lo lejos, un faro. Si siempre miro hacia esa luz, pensaba, si siempre camino hacia ella, algún día llegaré, aunque ese día esté muy lejos.

Todos los años recordaban a Stevie en su cumpleaños, y contaban historias acerca de él hasta que Robbie y Elizabeth pudieron recitarlas de memoria. A veces Robbie comentaba la Navidad en que habían venido los amigos de Stevie, aunque la familia nunca hablaba de esa noche.

Esa Navidad también se perdió otra cosa. Step dejó de llamar «Robot» a Robbie; Betsy se convirtió en Elizabeth y Zap en Jeremy. Como Step no usaba los apodos, todos dejaron de emplearlos salvo cuando Robbie se burlaba de Elizabeth diciendo: «Te llamábamos Betsy Pipí». Al crecer, los niños se olvidaron de que sus padres se llamaban Chatarrero y Pescadera. No lo hubieran creído si se lo hubieran dicho, y nadie se lo contó.

No fue porque Step o DeAnne decidieran abandonar los apodos, sino porque esos nombres formaban parte de un conjunto, y no parecía correcto usar ninguno si no podían usarlos todos. Pero sabían que algún día los usarían. Algún día volverían a usar todos esos nombres, cuando Portero los recibiera al otro lado.

Notas

^[1] Los mormones tienen prohibido el tabaco. (N. del T.) <<

[2] Algo así como «Saladino Horcagafas». (N. del T.) <<

[3] La iglesia mormona se divide en jurisdicciones territoriales denominadas «estacas» (stakes), las cuales están integradas por «barrios» (wards). (N. del T.) <<

[4] Quórum: cuerpo de pares dentro de la iglesia mormona. Élder: mormón ordenado como sacerdote de Melquisedec. (N. del T.) <<

[5] Baptize: «bautizar». (N. del T.) <<

[6] Waters: «aguas». (N. del T.) <<

[7] Santos: los miembros de la iglesia mormona, también denominada Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. (N. del T.) <<

[8] La historia de Samuel el Lamanita se narra en el Libro de Helamán, en el Libro de Mormón. Abinadi fue, según el Libro de Mormón, el primer mártir que murió por fuego, y su historia figura en el Libro de Mosiah. (N. del T.) <<

[9] Entre los mormones, veladas de reflexión familiar. (N. del T.) <<